

MÓNICA GARCÍA

Polos
OPUESTOS



Polos Opuestos

Mónica García

A María Sánchez, quien siempre me ha ayudado a perseguir mis sueños.

Capítulo 1

Madison

—Nos vemos mañana, chicas —dije.

Una a una mis alumnas fueron saliendo del aula en donde impartía clases de baile a niñas de entre seis y diez años.

Suspiré mientras avanzaba hacia la parte trasera de la sala. Allí había dejado mi bolsa y una fina chaqueta por si el día se torcía. Abrí la mochila y saqué la botella de agua que siempre llevaba al estudio. La destapé y di un gran trago.

—Maddie —oí a mis espaldas. Me giré para encontrarme con Hayley, mi alumna más joven —, tengo una duda.

—Muéstreme.

—No sé si he pillado bien el último ejercicio de la coreografía.

Le pedí que repitiera el *rol rueda* y así lo hizo. Se tumbó en el suelo boca abajo y alzó las piernas a la vez que tenía la barbilla apoyada en el suelo. Poco a poco fue bajando las piernas hasta apoyarlas en el suelo delante de su barbilla, arqueando el cuerpo.

La observé con detenimiento mientras ejecutaba el ejercicio.

—Lo haces bien, pero debes tener cuidado a la hora de arquear la espalda. Además, debes alzar más las piernas. No sé si me he explicado bien —la fui corrigiendo.

Ella asintió y repitió el ejercicio tal y como le había dicho.

—Bien hecho. Te veo mañana, ¿vale?

La pequeña afirmó con la cabeza con entusiasmo y salió disparada por la puerta hacia los vestuarios.

Recogí mis cosas y salí de la sala que Hannah Brown, la directora de todo el estudio, me había asignado para dar mis clases. Tenía que recorrer medio edificio para llegar al aula veintiséis, en donde ella nos daba clase a mis compañeras de grupo y a mí.

Diez minutos después entré en los vestuarios. En ellos solo se encontraba Sarah, una de mis mejores amigas. Cada aula tenía el suyo adherido a ella. Se podía entrar a la clase por allí o por la puerta de entrada, aunque nosotras lo hacíamos a través del vestuario.

—Buenas tardes, Maddie —me saludó.

—Hola.

—¿Qué tal la clase?

Empecé a cambiarme de ropa. Cambié mis gastados vaqueros por unas mallas ajustadas y mi camiseta de manga francesa por una camiseta verde sin mangas.

—Bien. Creo que ya están preparadas para competir.

—¿Se lo has dicho a Hannah? —preguntó.

—Todavía no he tenido tiempo de hablar con ella.

Me puse las punteras y después me recogí el cabello en una trenza que me llegaba por debajo de los hombros. A mi lado, Sarah se hizo una coleta.

Poco después de terminar de prepararnos, Samantha, Emma, Tamara y Susana entraron en los vestuarios, todas ellas charlando entre sí.

—Muy buenas, chicas —nos saludaron, alegres.

—Hola.

Esperamos a que ellas terminaran de vestirse para ir juntas al aula. Esta era muy espaciosa, con los suelos revestidos en madera. El lado contrario a la puerta principal estaba ocupado por un gran espejo que terminaba un poco antes de donde se situaba la puerta de los vestuarios. Las paredes eran de un blanco impoluto y algunas zonas estaban tapadas por gigantescos pósters de bailarines famosos que habían estudiado en ese mismo estudio.

Practicábamos baile de lunes a viernes y algunos fines de semana. Empezábamos a las cinco de la tarde y terminábamos a las nueve, aunque había algunos días que las sesiones se alargaban o que, debido a algún concurso importante, nos veíamos obligadas a faltar al instituto. Concursábamos todos los fines de semana, los sábados para ser más exactos.

Como era de esperar, llegamos antes que Hannah, quien seguramente estaría entretenida dando clase o analizando concienzudamente algunos papeles. Ella se tomaba muy en serio su trabajo y, por ende, era muy dura con nosotras. Quería sacarnos el máximo partido a todas.

Sarah y yo fuimos hacia una esquina y nos pusimos a estirar los músculos mientras charlábamos sobre asuntos triviales. Minutos más adelante, mientras me tocaba la punta de los dedos de los pies teniendo las piernas completamente estiradas, Hannah Brown irrumpió en la estancia. El cabello lo llevaba recogido en un apretado moño del que se le escapaban un par de mechones castaños.

Observó con seriedad el espacio, comprobando que todas estuviéramos allí.

—Siento el retraso, chicas. La clase que he tenido a las cuatro se ha alargado considerablemente.

—No pasa nada, Hannah —la tranquilizó Tamara, sonriéndole.

Todas nos acercamos a ella, formando un círculo a su alrededor. Como ya estábamos a mediados de semana sabíamos cuál era nuestro papel en la competencia de este fin de semana; en mi caso, solo actuaría en el baile grupal. Estábamos esperando instrucciones.

—Bien, chicas. Como sabéis, la competición de este fin de semana es bastante importante. En ella bailarán los mejores estudios de la zona, así que debéis ir a por todas.

<<Empezaremos por el baile grupal. Después, Tamara ensayará su solo. Cuando termine con ella, Samantha hará el suyo. Por último, volveréis a practicar lo primero que he dicho —nos explicó mirándonos a cada una—, ¿entendido?

Asentimos con la cabeza, sin decir ni una sola palabra.

—Bien, en ese caso podemos comenzar.

Volví al Moonlight completamente reventada. El ensayo había sido agotador, tanto que apenas podía mantenerme en pie. Hannah se había esmerado con la clase de hoy. Según ella, todo debía salir a la perfección.

Sonreí al ver la enorme verja de hierro forjado y los setos que rodeaban los terrenos del orfanato.

Saqué las llaves de la bolsa y metí la más pequeña en la abertura de la cerradura. La giré hasta que se abrió con un clic.

Entré cerrando la verja a mis espaldas y avancé por el jardín delantero, plagado de flores y arbustos, hasta llegar a la entrada principal del Moonlight. Repetí el mismo gesto y entré.

—Maddie —dijeron Maya y Owen, levantándose del sofá y viniendo corriendo hacia mí. Abrí mis brazos y los abracé con fuerza, besando sus coloradas mejillas.

—¿Qué tal estáis, preciosos? —pregunté sin soltarles, poniendo la voz más grave, tal y como

se les habla a los niños pequeños. Después, avancé por el salón hasta sentarme en uno de los numerosos sofás con ellos encima de mi regazo.

Maya y Owen eran los más pequeños que vivían en el Moonlight. Ambos tenían seis años y eran adorables. Siempre estaban juntos, a todas horas, y nunca se peleaban; es más, Owen siempre defendía a Maya en el colegio cuando alguien se metía con ella.

—Muy bien. Hemos empezado a aprender a escribir palabras largas —dijo con orgullo Owen.

—También nos han enseñado a escribir varios números —agregó Maya sonriendo.

Ambos me miraban con la emoción reflejada en sus rostros infantiles.

—¡Qué mayores os estáis haciendo!

Qué rápido pasaba el tiempo. Todavía recuerdo el día en que empezaron a ir a preescolar, lo asustados que estaban ambos. Sonreí al recordarlo.

Los dos rieron por mi comentario.

—Todavía somos niños, por si eso te consuela —habló Owen en cuanto paró de reírse.

Sonreí con dulzura y, acto seguido, les hice cosquillas.

Unos pasos resonaron por toda la estancia, provocando que parara de torturarles. En el salón entró Kara, la directora del Moonlight, seguida de Álvaro, su marido, con quien compartía el cargo. Los dos discutían sobre algo.

—...Te digo que no podemos permitirnoslo —decía ella frunciendo el ceño.

—Y yo te digo que sí. Podríamos... —Álvaro calló al vernos.

A pesar de haber pocos internos en el hogar, los gastos eran excesivos. Entre el colegio, el instituto, las extraescolares y los gastos que generaba el Moonlight andaban justos de dinero. Es por eso que yo había decidido dar clases de baile, para ayudarles con los gastos, ya que la academia de baile a la que asistía era muy cara. Como las clases privadas eran las más costosas, había decidido pagármelas.

—La cena está lista, chicos —comentó Kara intentando que olvidáramos lo que habíamos oído.

En cuanto esas palabras salieron de su boca, los niños salieron disparados hacia el comedor, dándoles un beso en la mejilla a ambos antes de marcharse por la puerta.

—¿Tan mal está la cosa? —pregunté cuando estuve segura de que nadie más nos oía.

Kara se tocó el puente de la nariz con frustración y Álvaro suspiró con pesadez. Las ojeras eran notables en ellos. Parecían agotados y estresados a la vez.

—Hablares de ello luego. Ve a cenar —me ordenó Álvaro.

Asentí con la cabeza.

Subí las escaleras de caracol y caminé por el largo pasillo hasta llegar a la habitación que compartía con Lea. En total había siete dormitorios: tres para las chicas y cuatro para los chicos. Si a eso se le sumaban la habitación de los directores más las de las cuidadoras y la de la cocinera... Además, por cada habitación había dos personas, salvo en el caso de las niñas más pequeñas, quienes dormían juntas.

El caso es que entré y fui hasta el fondo de la estancia. Dejé mi mochila de baile en mi cama, bajo una de las ventanas del gran dormitorio. Había tres camas, aunque la habitación solo estaba ocupada por Lea y por mí. Había espejos aquí y allá y tres grandes armarios. Las paredes eran de un tono rosa pastel y el suelo estaba cubierto con una gran alfombra morada.

Cuando bajé al comedor, todos estaban allí, esperándome. Me senté entre Lea y Maya y, después, me serví un buen plato de ensalada de pasta.

—¿Qué tal las clases? —preguntó Lea mientras pinchaba una espiral con el tenedor.

—Muy bien, la verdad. Cada vez ejecutamos mejor el baile grupal. Hoy, sin ir más lejos,

Hannah nos ha felicitado y nos ha dicho que si lo hacemos con la pasión con la que ensayamos, seguramente ganaremos el concurso del sábado.

—¿Sabes dónde va a celebrarse o todavía no os ha revelado el lugar?

Sonreí.

—Va a ser aquí, en Pórtland.

Mi amiga, quien había estado bebiendo un sorbo de agua, casi se atragantó. Empezó a toser, dándose suaves palmadas en el pecho.

—¿En Pórtland? —preguntó en cuanto se hubo calmado.

Asentí con la cabeza.

—¡Eso es estupendo! ¡Podré verte sin tener que salir de la ciudad!

Reí al notar el entusiasmo que destilaba su voz. Normalmente los concursos solían ser en ciudades cercanas; por eso estaba tan emocionada Lea, porque se ahorraría el viaje.

—¿Qué pasa en Pórtland? —preguntó Kara, mirándonos a ambas con el ceño fruncido. Seguro que estaría preguntándose en qué andaríamos metidas.

—El concurso de Maddie —contestó Maya antes de que pudiésemos hacerlo nosotras. Nos la quedamos mirando sorprendidas—. ¿Qué? —preguntó la pequeña—. Hablabais muy alto.

—Así que es en la ciudad... —dijo Álvaro pensativo—. ¿Sabes ya la hora?

—Empezará a eso de las cinco, más o menos. Pero yo debo estar dos horas antes para prepararme —expliqué.

—Estaremos ahí para animarte —me dijo Owen.

—En primera fila —agregó Amber.

Después de eso, el comedor se quedó en silencio. Solo se oía el ruido que producían los cubiertos al chocar con los platos. Pocos minutos más tarde, Lea me preguntó por las clases que daba y yo le conté lo orgullosa que estaba de mis niñas. Estaba completamente segura de que estaban preparadas para competir y así se lo había dicho Hannah, quien había quedado conmigo en ver la clase de mañana para determinar si estaban preparadas o no para asistir a concursos de baile.

—Ojalá estés en lo cierto y puedan participar —dijo Lea sonriendo—. Estoy segura de que eres una gran profesora.

Me sonrojé ante su comentario. Ni siquiera había pensado en eso. Si mis alumnas tenían el nivel suficiente como para competir, eso significaría que mis clases habían dado sus frutos.

—Yo también lo espero.

Capítulo 2

Eric

El maldito despertador casi me provocó un infarto. Maldiciendo, le di un manotazo, tirándolo al suelo.

Di media vuelta en la cama, tapándome de nuevo con la sábana.

—¡Eric, es hora de levantarse! —gritó mamá desde la puerta de la habitación pasados unos minutos, tocándola con fuerza.

—Cinco minutos más... —murmuré adormilado.

Oí cómo la puerta se abría con fuerza y enseguida empecé a escuchar las pisadas de mamá. Maldición, había entrado en mi dormitorio.

—¡Vamos o llegarás tarde! —Me zarandeó con fuerza.

Me levanté a regañadientes. Odiaba madrugar. Maldito instituto que nos obligaba a levantarnos temprano.

Mi madre salió de mi territorio y pocos minutos después fui al baño para darme una ducha de agua fría, a ver si así lograba despejarme del todo.

Cinco minutos después, salí con una toalla enrollada en mi cintura. Sequé mi cuerpo con rapidez y me puse una muda. Acto seguido, cogí del armario unos pantalones vaqueros y una camiseta gris, y me vestí.

Cuando bajé a desayunar, todos se encontraban en la mesa de la cocina. Papá leía el periódico mientras fruncía el ceño debido a alguna noticia que le desagradaba; mamá preparaba el desayuno entonando en voz baja una canción; Dylan y Andrew discutían tal y como lo hacían todas y cada una de las mañanas; y Hayley tomaba en silencio su desayuno.

—Buenos días, familia.

—Buenos días, hijo —dijeron mamá y papá a la vez, como si estuvieran sincronizados. Me acerqué a mi madre, que seguía preparando el desayuno, y deposité un beso en su mejilla. Repetí el gesto con papá y con Hayley. Dylan y Andrew se creían demasiado mayores como para recibir besos.

Me senté al lado de mi hermanita menor y cuando mamá depositó mi desayuno en la mesa, lo devoré.

—Papi, recuerda que debes llevarme a clase de baile —le recordó Hayley.

Todas las tardes ella daba clases de baile en la mejor academia de Portland, el *Hannah Brown Studio*.

La que normalmente la llevaba era mamá, aunque ese día no podía porque le habían adelantado una operación. Mamá era cirujana y papá, periodista.

—Tranquila, pequeña, no lo olvidaré. —Dejó el periódico sobre la mesa y sonrió con ternura.

Terminé mi desayuno y una vez dejé mis cosas en el fregadero, subí a mi habitación. Allí cogí la mochila con los libros. A continuación, salí de mi habitación y bajé corriendo las escaleras.

—¡Me voy! —grité para que todos me oyeran.

—¡Ten un buen día! —oí que decía mamá desde la cocina.

Salí de casa cerrando la puerta con un ruido seco. Caminé hasta la acera, en donde estaba aparcado mi deportivo negro, regalo de cumpleaños de mis padres. Subí en él dejando la mochila

en el asiento del copiloto, metí las llaves de contacto y las giré, provocando que el motor rugiera con fuerza. Sonreí, me encantaba ese coche.

Conduje por varias manzanas hasta llegar a la casa en donde vivía mi mejor amigo, John. Ambos habíamos ido a la misma escuela primaria y desde el primer momento estuvimos juntos. Le vi sentado sobre el pavimento, mirando su teléfono móvil con interés.

Toqué el claxon antes de parar a unos metros de él. John alzó la cabeza, sobresaltado por el estridente sonido, pero cuando vio que era yo, sonrió burlonamente.

—Ya te ha costado llegar —dijo a modo de saludo, rodeando el coche y ocupando el asiento del copiloto, aunque primero tuvo que quitar mis cosas de ahí.

—Yo también me alegro de verte.

Una vez mi amigo estuvo asegurado, arranqué de nuevo el coche.

—Odio las clases de hoy —comentó John mientras miraba por la ventana.

—Yo también las detesto. Además, hoy tenemos dos horas seguidas de matemáticas.

—Buf, ni me lo recuerdes. Solo de pensarlo me da dolor de cabeza. —Se llevó las manos a la cabeza exageradamente provocando que se me escapara una sonora carcajada.

—¡Qué dramático eres! ¿Por qué no te apuntas al club de teatro en vez de a baloncesto? —me burlé.

John me miró con total seriedad.

—Ni de coña. Todos sabemos que ese club está plagado de inadaptados sociales.

Los siguientes cinco minutos transcurrieron en silencio, sin contar el hecho de que mi amigo se puso a buscar una emisora de radio que al final no encontró, ya que cuando llegamos al aparcamiento del instituto todavía seguía canaleando. Aparqué el coche en donde solía dejarlo, cerca de la salida.

—¿Qué tal te fue ayer con Tessa? —me preguntó a la vez que avanzábamos por el mar de gente.

Hice una mueca. Ayer había ido a su casa con la excusa de que me explicara un ejercicio. Había intentado por todos los medios acostarme con ella, en vano. Esa chica no se enteraba de mis indirectas.

—Ha sido horrible. Pese a que lo he intentado con todo, no captaba nada. Estaba empeñada en explicarme las malditas derivadas.

—Y eso ha sido un duro golpe para tu ego, ¿verdad? —se burló él haciendo una mueca.

—No hablemos de mi ego —resoplé mientras entrábamos.

Cuando estábamos lo suficientemente cerca de nuestras taquillas, divisé a Jack, a Ethan y a Caden. Los tres estaban rodeados de chicas que iban ligeras de ropa y que coqueteaban con ellos sin parar.

—¿Qué pasa, chicos? —nos saludaron mientras se apartaban de las chicas.

Chocamos los puños a modo de saludo y fuimos directamente a nuestras taquillas. Puse la combinación y la abrí. Dejé la mochila y saqué los libros de las materias que tenía a la mañana, en este caso tendría dos horas seguidas de matemáticas.

Tuve que esperar a que los lentos de mis amigos cogieran sus cosas, ya que de vez en cuando se paraban a hablar como marujas en un mercado. Sonreí ante esa idea. No me los imaginaba en un mercado chismorreando con señoras mayores.

El timbre me devolvió a la realidad, y parece ser que les dio el empujón que necesitaban para terminar de coger lo necesario de las taquillas, ya que pocos segundos después los tenía a mi lado.

Los cinco nos pusimos en marcha. Andábamos con tranquilidad, total la clase no se movería

de sitio. De vez en cuando, la gente se giraba para lanzarnos miradas; muchas de ellas eran de admiración o deseo, y otras, de pura envidia.

Nosotros éramos los chicos más deseados de la escuela. Todas las chicas suspiraban por nuestros pies.

Yo nunca había tenido una relación duradera; lo mío era rollo de una sola noche. No me gustaba comprometerme y eso las chicas lo tenían claro.

Cuando llegamos al aula, esta estaba ya repleta de compañeros. En la primera fila ya se encontraban sentadas las empollonas de clase, dos chicas inadaptadas que siempre sacaban buenas notas. Charlaban animadamente sobre un tema que desconocía y que me importaba más bien poco. A su lado también estaban sentados los que querían sacar buenas notas, aunque no lo eran tanto como las de ellas. En las filas centrales se sentaban los alumnos que no sacaban ni buenas notas ni malas notas. Y en las últimas filas nos sentábamos nosotros, a los que menos nos importaba la asignatura.

Nos acomodamos en nuestros sitios y nos pusimos a hablar hasta que el profesor nos mandó callar. Las dos horas se me hicieron eternas. No entendía nada de lo que el profesor explicaba, por lo que los ejercicios los hacía de pena. Mis amigos intentaron ayudarme, sin éxito. Era un zoquete.

Al final de la clase el profesor me pidió que me quedara unos minutos porque quería hablar conmigo.

Así que me despedí de mis amigos y esperé a que todos hubieran salido.

—Señor Woods —me saludó—, ¿sabe por qué está aquí?

—No, señor.

¿Por qué razón querría hablar conmigo ese señor bajito, calvo, gordo y sudoroso? El profesor de matemáticas era un tipo peculiar. Sudaba a mares todos los días del año y normalmente vestía con unos trajes que realzaban su descomunal barriga, además de ser totalmente espantosos. Pero lo peor de todo era su rostro arrugado, cuya guinda del pastel era su horrible uniceja.

—Está a punto de suspender mi asignatura.

Palidecí. ¡No podía ser posible! Pese a que se me daban muy mal las matemáticas, siempre aprobaba esa maldita asignatura. Además, necesitaba aprobar todas para poder jugar en los partidos de baloncesto.

—Es imposible —me negué a creerlo.

—Mírelo usted mismo. Todos y cada uno de los ejercicios que ha hecho han estado mal. No solo eso, no se esfuerza en mi asignatura. Así que como suspenda el examen, no aprobará—. Se pasó un pañuelo por el cuello y por la cara para secarse el notorio sudor. Reprimí una mueca de repulsión.

—¡No puedo suspender! —La rabia me consumía. No quería creerlo. Necesitaba con urgencia aprobar esa asignatura.

—Créame, yo tampoco. Es por eso que se me ha ocurrido ponerle un tutor particular que pueda darle clases por la tarde. ¿Qué le parece?

Lo sopesé. Su oferta era muy tentadora. Pero no sabía si serviría de algo o no, teniendo en cuenta que no se me daban bien las mates. Además, ¿quién sabía quién sería la persona encargada de ayudarme? Lo que menos quería era un friki a mi alrededor, dándome órdenes. Pero, por otro lado, lo necesitaba. Si no, suspendería.

—Está bien. ¿Cuándo podría empezar con esas clases y con quién las haría? —pregunté.

Sonrió.

—Mañana mismo puede empezar cuando le presente a su tutor.

—¿Profesor particular? —John no se lo creía. Abría mucho los ojos, tanto que parecía que se le iban a salir de sus órbitas.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Cómo es eso de que vas a suspender? —Jack estaba estupefacto—. No puedes suspender.

—¿Crees que no lo sé? —exclamé pinchando un trozo de carne con el tenedor.

Nos encontrábamos en el comedor del instituto, rodeados de gente que hablaba. La intensidad de las voces era tal que teníamos que alzar mucho la voz para oírnos entre nosotros.

—¿Y quién va a ser el afortunado de aguantarte? —preguntó Ethan.

—¿Aguantarme? Yo voy a ser el que tenga que aguantarle —dije molesto. La idea de que alguien tuviese que ayudarme no me gustaba ni un pelo—. Además —añadí—, el muy canalla del profesor no me ha dicho quién es.

—Seguro que es uno de los empollones de clase —comentó Caden mirando la mesa en la que estaban sentados un grupo de ellos, charlando animadamente, ajenos a nuestra conversación.

Suspiré pesadamente. Lo que menos quería era que fuera uno de los sabelotodos de la clase, pero, bueno, no estaba en mis manos decidirlo.

Terminamos el almuerzo y depositamos nuestras bandejas en su sitio. Estábamos avanzando por el pasillo, camino hacia las taquillas para coger las mochilas, ya que por la tarde no teníamos clase, cuando, de pronto, choqué contra alguien, quien cayó redondo al suelo. Mis amigos y yo reímos por su torpeza.

—Mira por dónde vas, friki —dije.

—Mira tú por dónde vas, idiota.

La persona que se encontraba tirada en el suelo se trataba de una compañera de clase cuyo nombre no recordaba. Era una de las más frikis de clase. Vestía unos horrorosos pantalones campana y una camiseta con la imagen de un videojuego famoso. Usaba unas espantosas gafas de pasta negra que agrandaban mucho sus ojos esmeraldas. El pelo lo llevaba recogido en su habitual moño apretado. El resultado final: una empollona de pies a cabeza con la que nunca intentaría nada, ni siquiera enrollarme con ella.

La chica se levantó, se sacudió los vaqueros, recogió los libros que se le habían caído debido al fuerte impacto y me lanzó una mirada asesina.

—¡Madison! —gritó alguien. La chica se volvió al oír su nombre, oportunidad que aproveché para acercarme a ella.

—La próxima vez ten cuidado por donde andas, porque puedes tropezarte de nuevo —le susurré antes de empujarla para que cayera nuevamente.

Solté una sonora carcajada al ver la extraña postura en la que cayó, en la que parecía una mujer que estaba a punto de dar a luz. Mis amigos también rieron, dándome suaves palmaditas en la espalda.

—¡Cretino!

—Empollona.

Se levantó y cuando estaba a punto de marcharse, me sacó la lengua. Pero, ¿quién se creía? Enseguida la perdí de vista. Sin embargo, antes de hacerlo pude ver cómo avanzaba hacia donde se encontraba la persona que la había llamado: una chica, que, debía admitirlo, estaba como un queso. Rubia, alta, ojos color avellana, morena de piel, nariz aguileña, piernas largas. Qué pena que fuese con gente como Madison.

—¿Has visto qué cara se le ha quedado? —preguntó John entre carcajadas.

—Bien hecho. Esa segunda caída se la merecía, por creer que puede insultarte —dijo Jack.

Asentí, todavía mirando el lugar por el que se había ido con su amiga.

—¿Quedamos para jugar a los videojuegos? —preguntó John cambiando de tema.

Comenzamos a caminar hacia la salida del instituto. A medida que nos acercábamos, con más alumnos nos topábamos. Era lógico. Todos ansiábamos salir de las tristes paredes del Kensington.

—Me apunto. ¿Qué decís, chicos? —les animé.

—¡Nos apuntamos! —dijeron Ethan, Jack y Caden al unísono.

Quedamos en vernos en mi casa a eso de las tres y media, tiempo que empleé en darme una larga ducha, secarme, vestirme y peinarme, y en preparar el salón para nuestra mayor comodidad.

Como mamá estaba trabajando, le avisé a papá de que los chicos vendrían. Él estuvo de acuerdo, como siempre. A partir de las cuatro tendríamos la casa para nosotros solos, ya que Dylan y Andrew tenían que ir a sus respectivas extraescolares y Hayley tenía clases de baile. Además, después de llevarla, papá aprovecharía su único día libre para salir con sus amigos.

El timbre sonó a la hora acordada. Bajé corriendo las escaleras, tarareando una canción absurda mientras tanto. Abrí la puerta y dejé que los chicos pasaran y se acomodaran en el gran salón de la planta baja.

Cinco minutos después, bajó papá con Hayley a su lado vestida con una falda rosa, una camisa blanca con decoraciones infantiles y unas parisinas también blancas.

—Nos vamos. Traeré a tu hermana sobre las cinco, así que no salgas porque...

—...tengo que cuidar de ella —terminé por él—. Lo sé, papá.

Me levanté del sofá, me acerqué a mi hermanita y le planté un beso en su mejilla.

—Pásatelo bien, enana —le susurré en su oído.

—Diviértete tú también, Eric —me dijo con su dulce vocecita.

Sonreí y besé de nuevo su mejilla, abrazándola con fuerza. Cuando me separé de ella, me acerqué a papá y repetí el mismo gesto.

—Os veo luego —me despedí.

Mi hermanita agarró la mano de papá y, antes de salir, se despidió de nosotros moviendo su mano libre y diciendo un fuerte “Adiós”.

En cuanto la puerta se cerró, todos estallaron de la risa.

—¡No tiene gracia! —exclamé.

—Eric se pone tierno con su hermana —se burló John.

Lo miré con seriedad.

—Como que tú no lo haces con la tuya.

—Claro que lo hago, pero tú pareces un marica cuando lo haces —se burló.

Lo fulminé con la mirada.

Después de eso, pasamos una buena tarde jugando a los videojuegos.

El día siguiente amaneció soleado y fresco. A diferencia del día anterior, no necesité que la alarma sonara para levantarme.

Media hora después, estaba saliendo por la puerta con una sonrisa en mis labios. Presentía que hoy sería un gran y maravilloso día.

Fui a buscar a John y juntos nos dirigimos al instituto mientras planeábamos el fin de semana. John quería ver una película que según todos los críticos era increíble. A mí, por otro lado, me daba igual a dónde fuésemos con tal de salir.

—Se lo comentaremos a Ethan, Jack y Caden —dije cuando entramos en el territorio del colegio.

Él solo asintió con la cabeza mientras cantaba para sí una canción que sonaba en la radio.

Una vez el coche estuvo aparcado, cogimos todas nuestras cosas y nos perdimos en el mar de gente que entraba apresuradamente en el antiguo edificio.

Dentro nos esperaban Ethan, Jack y Caden, quienes estaban inmersos en una apasionante conversación, o eso creí, ya que los tres gesticulaban exageradamente.

—Buenos días —saludamos.

—Buenos días.

Empezamos a caminar hacia las taquillas. Todos nosotros llevábamos dos mochilas: una con los libros escolares y otra con ropa deportiva, ya que después de clase teníamos entrenamiento.

—Tengo ganas de que terminen las clases —comentó Jack parándose en su taquilla, la que estaba al lado de la mía.

Le imité y abrí el candado. Una vez deposité todo lo que no necesitaría y cogido lo que realmente utilizaría, la cerré y me reuní con mis amigos.

—Entonces, ¿qué planes hacemos para este finde? —les pregunté.

Mis amigos se lo pensaron durante unos segundos, tiempo que empleamos en ponernos en marcha hacia la clase de literatura.

—Yo había pensado en ver una película —propuso John, ganándose una mirada de desaprobación de parte de todos—. ¿Qué?

—Yo había pensado más bien en salir de fiesta —sugirió Jack.

—Yo estoy de acuerdo. Además, he oído que han abierto un nuevo local en el centro.

Miré a Ethan con aprobación.

—¿Cuál? —preguntó John.

—*Mystics*.

—¡Es verdad! Llevan anunciándolo en los periódicos desde que empezaron a construirlo —recordó John—. Entonces vamos a ese, ¿no?

—Por supuesto —dije. No estaría mal beber con mis amigos para quitarme todo el estrés de la semana.

Ya en clase, nos sentamos en nuestros respectivos sitios, uno al lado del otro en la última fila.

La profesora, una mujer de unos cincuenta que parecía molesta por tener que dar clase a una panda de adolescentes con las hormonas revolucionadas, se pasó toda la hora explicando la importancia de saber el contexto histórico en el que habían nacido los autores y en el que habían escrito cada una de sus novelas. Resoplé. ¿A quién le importaba?

La chica con la que choqué ayer participó varias veces. No entendía por qué vestía de esa manera tan horrible y por qué llevaba esas monstruosas gafas que no le sentaban nada bien.

—Bien, clase. La semana que viene hablaremos de un trabajo que tienen que hacer en grupo —terminó la clase la profesora en cuanto oímos el timbre.

Mis amigos y yo salimos disparados de ahí como alma que lleva el diablo.

La siguiente clase que tenía era matemáticas. Estaba impaciente por saber quién sería la persona encargada de ayudarme con esa materia.

La clase transcurrió igual al resto de días: explicación, práctica y más explicación. La hora se me hizo eterna. A pesar de que intenté con todas mis fuerzas entender lo que decía, no fui capaz. Necesitaría un milagro para aprobar la asignatura.

—Les veré el lunes —se despidió.

Fui a salir, pero antes de hacerlo, me dijo que me quedara, así que mientras esperaba a que el

resto saliese, me senté en un asiento de la primera fila.

—Madison Moon, quédese un momento, por favor —oí que decía.

Madison. Ese nombre me sonaba, pero ¿de qué?

Cuando vi de quién se trataba, se me cayó el alma a los pies. No podía ser *ella* mi tutora. Me negaba a aceptarlo.

Capítulo 3

Madison

¿Qué narices estaba pasando? ¿Por qué Eric, el chico más arrogante y engreído que he conocido, me miraba horrorizado?

El profesor esperó a que todos salieran del aula. Después de cerrar la puerta, rompió el silencio tenso:

—El señor Woods está a punto de suspender matemáticas —me explicó—, y necesito que le dé clases extraescolares.

¿Tenía que ayudarlo después de haber sido empujada y abochornada delante de sus amigos? ¿En serio?

Lo que me faltaba.

—¿No puede hacerlo otro? —pregunté con un matiz de esperanza en la voz. Ojalá otra persona que no fuera yo pudiera cargar con el muerto.

—Lo siento, señorita Moon, pero usted es la que mejores calificaciones tiene en mi asignatura. Debe ser usted.

Resoplé con frustración, pasándome las manos por el rostro.

—¿Cuántas clases semanales serían?

No sabía si podría cumplir lo que me pedía. Entre las clases de baile que impartía, las que me daba Hannah, el instituto y estudiar, apenas tenía tiempo para mí misma.

—Eso no depende de mí —dijo mirando a Eric, quien no había abierto la boca en lo que llevábamos de conversación.

—A ver si me aclaró —habló por primera vez—, ¿me está diciendo que me va a ayudar ella? —Hizo una mueca de repulsión.

—¿Perdona? —me indigné, fulminándolo con la mirada.

Eric me ignoró y siguió hablando:

—No puedo trabajar con ella. Entiéndame, ella es una friki total. ¿No podría trabajar con su amiga?

—Señor Woods, le digo lo mismo que le acabo de decir a su compañera: ella es la más indicada para ayudarlo.

—Pero...

El profesor golpeó la mesa con la mano con fuerza, sobresaltándonos.

—Es ella o suspenderá mi asignatura, es una orden. Ahora pueden marcharse.

Eric bufó molesto, pero no dijo nada.

Salí de clase sin esperar la respuesta de Eric. Fuera me encontré con los amigos del imbécil, quienes empezaron a hacerme burlas. Les hice caso omiso y avancé hacia las taquillas para dejar los libros.

Allí me encontré con que Lea me esperaba, leyendo un libro que había empezado esa semana.

—¿Qué quería el señor Powell? —preguntó en cuanto llegué, levantando la vista de las hojas.

Abrí la puerta metálica de la que me correspondía con fuerza, dejé mis libros y la cerré con un sonoro golpe.

—Guau, sea lo que sea lo que te haya dicho, te debe de haber molestado un montón para que

hagas semejante escándalo —observó mi amiga.

—¿Te puedes creer que debo darle clases particulares al idiota de Eric Woods? —exclamé enojada, empezando a caminar hacia el exterior.

—Espera, espera, espera. —Lea paró, mirándome como si me hubiese cambiando el color de la piel. Se llevó las manos a la boca, emocionada, soltando un chillido—. ¡Vas a estar a solas con el buenorro de Eric!

—Voy a darle clases —corregí.

Lea puso los ojos en blanco.

—Lo que sea. De todas formas vas a estar a solas con él, ¿me equivoco?

¡Rayos, no había pensado en eso! Resoplé, tendría que aguantarle después de clase. Menuda suerte la mía.

—Le odio —dije, caminando hacia afuera—. Siempre me molesta. Ya viste lo que hizo ayer, ¡me tiró al suelo el muy sinvergüenza!

—Pero debes de admitir que está más bueno que el pan.

—Si tú lo dices...

La debilidad de Lea eran los chicos guapos. Podía ser muy inteligente, pero si se sentaba al lado de un chico que le atraía, toda su inteligencia se iba al garete. Por fortuna, eso casi nunca pasaba, ya que los chicos nos eludían, lo que era bueno para mí porque no quería distracciones. Es por eso que vestía así de mal durante las horas lectivas, para que los chicos no se fijaran en mí. Además, podría usar las lentes de contacto o el otro par de gafas que tenía en casa, pero prefería llevar las que tenía en ese momento.

—Estoy deseando que llegue el día en el que te fijes en los chicos.

—Para que eso pase, primero tiene que haber llegado el Apocalipsis final —dije en tono jocoso, provocando la risa de mi amiga.

El timbre sonó antes de que pudiésemos salir. Me quedé de piedra. ¿Tanto tiempo había estado hablando con el señor Powell y Eric?

—Si lo llego a saber, ni me molestaba en salir —comenté.

Volvimos sobre nuestros pasos antes de que el resto de compañeros atravesaran las puertas.

Las dos horas siguientes se me hicieron cortas. Tomé apuntes mientras los profesores explicaban su asignatura. Pronto me vi saliendo por la puerta, camino de los casilleros.

—Te lo juro, se me han pasado volando —le decía a Lea.

—¡Qué suerte! A mí me ha pasado al revés.

Dejamos todo y fuimos hacia el comedor. Allí, tras servirnos, nos sentamos en nuestra mesa habitual, la que se encontraba junto a una pared. Empezamos a almorzar en silencio hasta que mi amiga rompió el silencio que se había formado entre nosotras:

—Así que hoy Hannah va a observar tu clase.

—No me lo recuerdes. Solo de pensarlo se me pone la carne de gallina.

—No hay nada de qué preocuparse, Maddie. Las niñas seguro que están más que preparadas para competir contra otros estudios.

—Espero que a Hannah le guste mi coreografía —dije antes de llevarme el tenedor a la boca.

Lea tomó un sorbo de su botella de agua.

—Si es como las que he visto, le encantará.

Llevaba dos años elaborando mis propias coreografías en mi tiempo libre. Las únicas que las habían visto habían sido Lea y Sarah, quienes siempre decían que eran muy buenas. Me daba reparo que Hannah me dijera que eran nefastas o una birria, por lo que normalmente no se las enseñaba.

Sonreí ante su comentario algo más tranquila.

—Gracias.

—No me las des. La que tiene todo mérito eres tú.

Nuestra charla se vio interrumpida por un carraspeo. Ambas giramos la cabeza, yo hacia la derecha y mi amiga hacia la izquierda, y nos encontramos con que Eric se encontraba de pie, observándonos detenidamente.

—¿Podría hablar contigo? —me preguntó mirándome a los ojos. Tenía unos iris muy bonitos, de un azul intenso.

—Claro.

Miró a Lea y luego volvió a mirarme.

—A solas.

Asentí con la cabeza, levantándome de la silla.

—Ahora vengo —le dije a mi amiga.

—Aquí te esperaré.

Eric me guió por el comedor hasta que salimos de él. Fuimos hacia las escaleras que daban al primer piso. Allí fue donde se paró, sentándose en uno de los peldaños. Yo, por mi parte, me apoyé contra la pared.

Pasaron varios minutos en los que no hablé, sino que se quedó callado mirando la pared como si fuera la cosa más interesante del mundo.

—Necesito que me ayudes con las mates —dijo a regañadientes, posando su mirada en la mía—. Necesito aprobar la asignatura y dudo que lo haga si estudio por mi cuenta.

—¿Cómo pretendes hacerlo?

—Lo he estado pensando. El entrenamiento de baloncesto no empieza hasta las cuatro y media, y yo debo estar en los vestuarios quince minutos antes como mínimo, por lo que podríamos estudiar en la biblioteca o pedir un aula, lo que sea mejor, hasta esa hora. ¿Qué te parece?

Lo sopesé. Más o menos volvíamos al Moonlight sobre las dos y media en un día normal. Si tuviese que quedarme, tendría que salir como muy tarde a las cuatro menos cuarto, ya que la clase de baile empezaba a las cuatro y el estudio estaba a unos diez minutos de allí andando.

—Podría ser, pero yo tendría que irme media hora antes que tú —contesté.

—¿Por qué?

—Tengo cosas que hacer a las cuatro.

—¿Cosas más importantes que ayudar a un compañero que si no aprueba, no podrá jugar en las ligas escolares y superiores? —intentó provocarme.

—Pues sí. —Me encogí de hombros.

Suspiró.

—Entonces, ¿aceptas? —Me extendió la mano derecha.

—Te ayudaré. —Estreché su mano sonriendo—. ¿Cuándo quieres empezar?

—¿Te importa que empecemos hoy y que nos reunamos de lunes a viernes?

Serían muchas horas que no tendría para estudiar. Necesitaba sacar una media de siete con cinco para poder participar en los concursos más importantes del país. ¿Valdría la pena arriesgarme? ¿Podría ayudarlo y sacar esa media? Suspiré, no perdía nada en intentarlo. Por otro lado, tendría que pedirle a Lea que hoy llevara mi bolsa con la ropa de baile al estudio antes de esa hora. Los demás días podría traerla a clase y guardarla en la taquilla.

—Vale.

Me miró con agradecimiento, gesto que solo duró unas milésima de segundo. Después, volvió

a su habitual expresión arrogante de macho alfa.

—Te espero a las dos y media en la biblioteca. Nos vemos.

Se levantó de las escaleras y volvió a entrar en el comedor. Tardé un minuto en recomponerme. ¿Qué acababa de pasar?

—No, así solo perderás tu tiempo —dije mientras borraba todo el ejercicio—. Empieza de nuevo.

Soltó un suspiro exasperado.

—Soy un caso perdido.

Llevábamos estancados en un mismo ejercicio más de media hora. No sabía si no sabía la teoría o no sabía cómo llevarla a la práctica. Poco a poco se me estaba agotando la paciencia.

Le expliqué de nuevo la teoría, poniendo ejemplos sencillos y ayudándole a realizarlos, pero mi esfuerzo fue en vano. Cuando le dejé hacer solo un ejercicio similar, lo hizo fatal.

—Lo has vuelto a hacer mal.

Soltó el lapicero.

—¡Estoy harto de esa maldita frase! “Lo has hecho mal” —imitó mi voz pésimamente—. Odio las matemáticas. Es imposible aprobar.

—Es imposible si no te esfuerzas. Este ejercicio lo dimos al principio del tema.

—¿La culpa la tengo yo? —se indignó, llevándose las manos al pecho.

—Pues sí.

—¿Sabes qué? Ha sido una mala idea pedirte ayuda, pedazo de friki —dijo mientras guardaba todas sus cosas en su mochila.

—Y ha sido una idea estúpida intentar ayudarte, gilipollas —me defendí.

Me lanzó una mirada fulminante. Parecía que tenía tantas ganas de hacerme desaparecer como las tenía yo.

Empecé a recoger mis cosas rápidamente.

—Arréglatelas sin mi, imbécil.

Salí de la biblioteca echando humo por las orejas.

Miré la hora en mi reloj de pulsera y abrí muchísimo los ojos al comprobar que solo tenía diez minutos para llegar al estudio. Maldije por lo bajo al recordar que ese día Hannah estaría en mi clase.

Corrí lo más rápido que mis piernas me permitieron, corrí como si mi vida dependiera de ello. Atrás fui dejando calles, cruces, parques y demás cosas. Llegó un punto que creí flaquear, aunque me recompuse en cuanto vi el gran edificio que componía el *Hannah Brown Studio*. Se trataba de una construcción de paredes blancas con el nombre del estudio y el logotipo escritos en grande en el centro. Aminoré el paso cuando entré en el aparcamiento, suspirando de alivio al comprobar que tenía dos minutos.

El estudio era inmenso. Tenía tres pisos e innumerables salas en las que se impartía clases de toda clase de danza. Abrí la puerta y la secretaria me saludó con una sonrisa.

—Llegas un poco justa, Maddie —observó.

—He tenido...un...pequeño...percance —dije entre jadeos.

Mi pecho subía y bajaba rápidamente, mi pulso estaba acelerado y notaba las mejillas rojas.

—Pasa un buen día.

—Igualmente. —Sonreí mientras me dirigía a la sala que me habían asignado para dar clases.

Llegué justa. Cuando entré por la puerta, comprobé que todas mis alumnas me esperaban

hablando las unas con las otras, aunque Hannah todavía no se encontraba ahí. Suspiré aliviada. De la que me había librado. Digamos que para ella la puntualidad era fundamental. No le gustaba que la gente llegara tarde.

Tomé un par de minutos en recomponerme antes de empezar con la clase. Había planeado dedicar la clase a perfeccionar las técnicas más importantes de la danza y también enseñarle la coreografía a nuestra invitada.

—Bien, clase. Hoy haremos algo distinto. En primer lugar, hoy vendrá la directora del estudio en persona para ver si estáis o no preparadas para competir.

Los murmullos y cuchicheos no tardaron en llegar, al igual que las sonrisas que esbozaron las niñas.

—¡Silencio! —ordené y todas callaron. Me miraban con atención, deseosa por saber más—. Mientras llega, vamos a practicar a modo de calentamiento distintos ejercicios. Después, cuando esté con nosotras, quiero que lo deis todo, ¿entendido?

—Sí, Maddie —dijeron todas al unísono.

—En ese caso, empecemos.

Los primeros quince minutos estuvieron haciendo diferentes ejercicios de distintos tipos de baile. Fui corrigiendo errores hasta que alguien tocó la puerta con fuerza. Las niñas se quedaron mirando la entrada, ansiosas por demostrar de qué pasta estaban hechas.

Entreabrí la puerta, sonriendo al ver que se trataba de Hannah.

—Bienvenida Hannah. Pasa. —Abrí más la puerta y dejé que pasara antes de hacerlo yo, cerrando la puerta a mis espaldas—. Chicas —las llamé. Todas pararon de hacer sus ejercicios y se acercaron a nosotras—, os presento a Hannah Brown, la directora del estudio. Como ya os he dicho antes, va a estar observando la clase. Cuando terminemos, nos dirá el veredicto final.

Hannah se volvió hacia mí.

—Ayer me dijiste que estabais ensayando un número de baile. Quiero verlo.

Asentí.

—Niñas, ya habéis oído. Poneos en la posición inicial.

Cuarenta y cinco minutos más tarde di por terminada la clase y todas mis alumnas se marcharon a los vestuarios, sonrientes por su trabajo. Hannah se quedó conmigo. Permanecimos calladas durante unos instantes, hasta que ya no lo pude soportarlo más.

—¿Qué te han parecido?

Silencio. Por Dios, prefería mil veces que me gritara a que no dijera nada.

—Estoy sorprendida con tu trabajo. Estoy convencida que si estas niñas concursasen, quedarían en una buena posición. ¿Por qué no me has avisado antes el talento que poseen estas pequeñas?

Sonreí. ¿Eso quería decir que la semana que viene podrían participar?

—Así que enhorabuena, estas chicas participarán en el concurso de la semana que viene.

Solté un chillido de emoción.

—¿Se lo dices tú o lo hago yo? —preguntó ella sonriéndome.

—Ya lo hago yo.

—En ese caso iré a por las autorizaciones.

Un momento. ¿Hannah había preparado ya las autorizaciones? Eso quería decir...

—Sabías que estarían preparadas —la acusé.

Hizo una mueca.

—No lo sabía a ciencia cierta, solo lo sospechaba. ¿Cómo no hacerlo teniendo en cuenta que eres una bailarina espléndida que trabaja duro para que todo salga a la perfección?

Me ruboricé. Lo que me acababa de decir era cierto. Trabajaba noche y día para quedar entre las cinco primeras. Bailar era mi vida, era lo que más me llenaba y esperaba poder dedicarme a ello aunque fuera dando clases a futuros bailarines.

—Te veo en unos minutos —se despidió y salió por la entrada principal del aula.

Caminé hacia la puerta de los vestuarios y di unos golpes suaves antes de entrar. Como cabía esperar, ya todas se habían cambiado, dispuestas a marcharse a casa a hacer los deberes, ajenas a la sorpresa que les daría en unos minutos.

En cuanto me vieron, dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirarme a los ojos, preocupadas.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Mia, una niña pelirroja cuya piel clara estaba surcada de pecas.

Se acercaron a mí, con paso cauteloso.

—Tengo una noticia que daros —dije y después hice una pausa dramática, creando expectación en el ambiente—. ¡La semana que viene participaréis en vuestro primer concurso!

Todas chillaron de alegría, dando saltitos en sus pies. Momentos después, me abrazaron con fuerza, agradeciéndome que les diera clase.

Permanecimos así, envueltas en un abrazo durante tanto tiempo que cuando Hannah volvió con los impresos en la mano, nos encontró así.

—¿Qué pasa, chicas? —preguntó al ver la alegría que expresaban.

—¡Maddie nos ha dicho que podemos competir! —exclamaron todas a la vez.

Ella sonrió.

—Me alegro que os haya gustado la noticia. Ahora, atendedme, por favor. Esto es muy importante —dijo, dándoles una hoja a cada una—. Vuestros padres deben leerlos y rellenarlos. Debéis traerlos el lunes, ¿entendido?

—Sí, Hannah —dijeron todas.

No podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Mis niñas participarían en su primer concurso gracias a mi trabajo. No podía estar más orgullosa de ellas.

Capítulo 4

Eric

Llegué a casa muerto de cansancio. Hoy el entrenador había sido persistente con el entrenamiento.

Cuando entré por la puerta, Hayley prácticamente se me echó encima. Parecía haber estado llorando, por cómo le brillaban los ojos y por la rojez de estos.

—¿Qué pasa, enana?

Detrás de ella aparecieron mamá y papá. Mamá sostenía una hoja en la mano y fruncía el ceño mientras leía lo que ponía. Papá, en cambio, sonreía de oreja a oreja, orgulloso.

—¡Voy a competir, Eric! ¡La semana que viene subiré a un escenario! —exclamó emocionada.

La acomodé entre mis brazos y besé su frente, apartándole un mechón rubio de sus ojos.

—¿Qué?

No sabía de qué me estaba hablando.

Hayley puso los ojos en blanco, aparentemente molesta.

—No me escuchas, ¿o qué?

—No entiendo lo que quieres decir, pequeña.

—Hayley, ¿por qué no le explicas todo desde el principio? —le propuso papá.

Recorrimos el pasillo hasta llegar al salón principal, en donde nos sentamos en un sofá. Allí también estaban Dylan y Andrew.

Hayley me explicó que la profesora de baile veía tan preparado al grupo de mi hermana que había hablado con la directora de todo el estudio, quien decidió que eran lo suficientemente buenas como para competir a nivel regional tras ver el baile grupal que llevaban ensayado desde hacía unas semanas.

Sonreí con orgullo. Mi hermanita de seis años estaba creciendo muy rápido.

—Hayley, estate quieta —ordenó mamá.

—Lo siento, pero no puedo. Estoy muy contenta.

Reí al verla ir de un lado a otro, dando botecitos de vez en cuando. Parecía que se había tomado un litro de cafeína pura.

—Además, todavía no te hemos dado permiso —agregó mamá, provocando que mi hermana se quedara estática.

—Pero... pero... —balbuceó. Su rostro empezó a tornarse blanco y sus ojos a tomar un aspecto vidrioso—. Por favor, dejadme ir —suplicó—. Seré buena, lo juro. Sacaré buenas notas. Pero por favor, dejadme ir.

Mamá la miró con ternura y palmeó con su mano el sitio libre que había a su derecha, junto a mí.

—Cariño —dijo cuando Hayley se sentó—, no te lo tomes mal. Nos es que no me fíe de ti, sino que no me fío mucho de lo que pone en el formulario. No está muy claro.

—Pero yo quiero ir —sollozó.

Papá se levantó del sofá y se acercó a ella, agachándose para ponerse a su altura.

—Créeme, princesa, estamos deseando verte sobre un escenario, pero tenemos nuestras dudas

acerca de si sería buena idea dejar que lo hagas tan pronto.

Mi hermana se pasó el dorso de la mano alrededor de los ojos para secarse las lágrimas que había derramado y lo miró fijamente.

—Prometedme que lo vais a pensar —suplicó.

Papá miró a mamá. Permanecieron unos instantes en silencio. De vez en cuando uno de ellos asentía, como si se estuviesen comunicando en silencio.

—Está bien, pero no te hagas ilusiones.

—¡Bien! Gracias, papis.

La mañana del día siguiente la pasé en la cama, durmiendo hasta muy tarde. Cuando me digné a levantarme, faltaba muy poco para la hora del almuerzo. Me puse unos pantalones de chándal y una camiseta deportiva para estar cómodo, y salí de mi habitación. Caminé por el largo pasillo hasta dar con las escaleras, las que se encontraban en el centro del pasillo abierto. Bajé y entré en la cocina, saludando a mamá con un beso en su mejilla.

—Buenos días, hijo.

Mi madre volvió la atención hacia los fogones. La observé durante un rato hasta que decidí ayudarla.

—¿Te ayudo? —me ofrecí.

—No hace falta.

Sin embargo, no le hice caso. Me acerqué a la encimera de granito y empecé a cortar las verduras que mamá había sacado de la nevera para que no estuvieran tan frías.

—Y, dime, ¿qué vais a hacer al final con todo ese tema del baile?

Me encontraba de espaldas a mamá, espalda con espalda. Ella atendía el fuego y yo cortaba y pelaba verduras.

Suspiró con fuerza.

—No sé qué hacer —confesó—. ¿Tú qué crees que debería hacer? ¿Debería dejarla ir? ¿O, por el contrario, debería impedirselo?

—Yo haría lo primero, pero si no estás segura...

—La cosa es que no sé muy bien cómo va todo este asunto. Entiéndeme, nunca antes me había pasado algo así.

Se me ocurrió una idea para tranquilizarla.

—Hagamos algo —dije dejando el cuchillo en la encimera—. ¿Por qué no llamas a su escuela para pedir información? ¿Por qué no hablas con su profesora?

—¿Sabes qué? Tienes razón. Ahora mismo voy a llamar al estudio para pedir su número. ¿Podrías vigilar el fuego mientras tanto?

—Claro.

Horas más tarde, me encontraba en mi habitación, arreglándome para salir de fiesta con mis amigos.

Llevaba puestos unos vaqueros, una camiseta azul que resaltaba mis ojos y mis deportivas favoritas, unas que estaban personalizadas con el número con el que jugaba a baloncesto.

El timbre sonó y, segundos después, mamá gritó:

—¡Eric, tus amigos están aquí!

Así que cogí la cazadora de cuero y salí de mi dormitorio mientras me la ponía, cogiendo las

llaves, el móvil y la cartera; posteriormente, metí en los bolsillos de esta todo. Bajé las escaleras para encontrarme a John, Ethan, Caden y Jack sentados en uno de los tantos sofás que teníamos en la sala de estar, charlando con mi hermana.

—¿Así que vas a competir? —oí que decía John con entusiasmo.

—Sí —respondió mi hermanita—. ¡Ya tengo ganas de que llegue la semana que viene!

Mis amigos rieron ante su emoción. Mi hermana todavía no se creía que fuera a competir, aunque mis padres todavía no lo tenían muy claro.

Al final, mamá había invitado a la profesora de baile de Hayley a cenar el domingo. Según mi hermana, era una espléndida bailarina, a pesar de su juventud. Así que la noche del día siguiente tendría que comportarme debidamente, aunque ese no fuera mi estilo.

En cuanto me vieron en el marco de la puerta, se levantaron sin antes despedirse de Hayley y salieron por la puerta. Recorrimos el largo pasillo y, antes de salir de casa, grité a modo de despedida:

—¡Me voy! ¡No me esperéis despiertos!

—¡Pásatelo bien! —exclamó mamá desde la cocina.

Caminamos por el sendero hasta llegar a la acera. Allí, aparcado en su sitio de siempre, estaba mi deportivo, tan reluciente como siempre. Jamás me cansaría de él, me encantaba.

—¿A cuál vamos primero? —pregunté.

John iba sentado en asiento del copiloto; detrás de mí iba Jack; detrás de mi mejor amigo, Caden; y en el centro, Ethan.

—Por la hora que es, deberíamos ir yendo a *Mystics*.

Ethan tenía razón. El sol estaba empezando a ocultarse, dando paso a la noche.

—No sé vosotros, chicos, pero yo tengo ganas de descontrolarme mogollón —comentó Caden.

—Yo quiero olvidar que hace más de un mes hemos empezado el curso —dijo Jack.

—Yo con tal de mojar... —John sonreía esperanzado—. Seguro que el que más liga en Eric, como siempre. No sé cómo narices lo haces, pero siempre vuelve a casa con un montón de números de teléfono.

Sonreí petulante.

—Es un don con el que he nacido.

Conduje por varias calles mientras Ethan me iba guiando. En la radio no paraban de sonar canciones populares de pop que nosotros tarareábamos en ocasiones. Media hora después estaba aparcando el coche cerca de donde se encontraba el local.

Mystics era un edificio llamativo. Las letras del local estaban escritas en grande en letras fluorescentes y las paredes externas estaban decoradas de pinturas siniestras en las que destacaba el color negro. La gente se agolpaba en la entrada, ansiosos por entrar. Apostados a ambos lados de la entrada principal había dos gorilas de dos metros por lo menos con más masa muscular que *Hulk*. Desde el exterior se escuchaba la estridente música que bullía del interior.

—¡Qué pasada!

—Hora de divertirnos. —John se frotó las manos cuando nos adelantaron dos chicas que vestían mini faldas ajustadas y calzaban tacones altos, cuyos atributos eran muy notorios.

Sonreí y nos acercamos a la entrada del local.

—Carné de identidad, por favor —dijo *Hulk* con un tono neutral en cuanto estábamos a punto de entrar.

Saqué el mío, al igual que mis amigos, y se lo mostré.

—Podéis pasar —habló *La Cosa*.

Tal y como esperaba ese local era para mayores de edad. Suerte que siempre que salíamos de fiesta llevaba mi carné falso conmigo.

Al entrar tuvimos que bajar unas escaleras. Todo estaba a oscuras, iluminado únicamente con luces de neón. Se trataba de un local espacioso donde la barra se encontraba a un lado de la pista central de baile.

En el otro extremo y en la parte trasera había reservados. La música tronaba por los altavoces, colocados en el techo al azar. La gente bailaba como si no hubiese un mañana en el centro, restregando su cuerpo con el de al lado.

Avanzamos hasta la barra y pedimos unas copas.

—¡Por la diversión! —brindamos.

Unas horas y unas cuantas copas después, bailaba con una chica que había conocido. Más que bailar, me estaba frotando con ella. Ella reía mientras intentaba seguir el ritmo.

Estaba a punto de decirle algo cuando una mano se posó en mi hombro, arrastrándome hacia la barra. Me volví para decirle unas cuantas palabras, pero a pesar de que mi boca se abrió, no salió ni un solo sonido.

Kaitlyn.

Ella era la capitana de las animadoras. Debía admitir que en varios partidos me había quedado embobado mirando cómo meneaba las piernas y el trasero. Llevaba el pelo rubio suelto y el rostro tan maquillado como siempre. El mini vestido negro de lentejuelas se le había subido hasta mostrar más allá de sus muslos.

Mi tentación.

—¡Eric, qué sorpresa! —dijo con falsedad, como si no supiera de antemano que iría allí.

—Hola, Kaitlyn.

—¿Qué haces tú por aquí?

—Ya sabes, vivir la vida.

Rió tontamente, enredando un mechón de pelo en el dedo.

—¿Y tú? —pregunté.

—Oh, he venido con unas amigas a pasar el rato, aunque una de ellas está en los baños vomitando y la otra está con ella.

—Así que ahora estás sola —deduje.

Esto se estaba poniendo interesante. Kaitlyn era la una de las chicas más deseadas de último curso, y no era de extrañarse. Tenía un cuerpo de espanto, era buena en la cama (lo sabía por propia experiencia) y, por si no fuera poco, era capitana de las animadoras, las que entrenaban a la par de nosotros, por lo que las veíamos ensayar.

—Estoy sola —dijo con un brillo malévolo en sus ojos castaños.

De un segundo a otro ya nos estábamos comiendo la boca con desesperación y urgencia. Nuestras lenguas se batallaban en la boca del otro. Olí su empalagoso perfume. Pronto fui regando besos por su cuello. La temperatura del ambiente subió unos cuantos grados hasta ser casi insoportable.

—Vayamos a mi casa —propuso cuando nos separamos.

Yo me dediqué a asentir con la cabeza y a seguirla al exterior. Sin embargo, antes de arrancar el coche, les envié un mensaje a mis amigos diciéndoles que no me esperaran.

Sonreí con satisfacción anticipando lo que vendría.

Me desperté con un dolor insoportable en la cabeza. Estaba tumbado boca arriba, viendo un

techo que no era el mío. Me incorporé, alarmado. Fue entonces cuando vi a Kaitlyn dormida a mi lado, completamente desnuda.

En ese momento recuerdos de la noche anterior inundaron mi mente nublada y embotada. ¡Me había acostado con ella! Otra vez.

Sonreí orgulloso.

Rápidamente, me levanté de la cama y reuní mi ropa, la que se encontraba desperdigada por la habitación de paredes fucsia. Me puse los calzoncillos y los pantalones, pero cuando estaba por ponerme la camiseta, Kaitlyn se removió en la cama, despertándose.

—Buenos días —ronroneó sonriendo—. Menudas vistas tengo.

Terminé de vestirme mientras ella se levantaba para meterse en el baño, dándome unas vistas perfectas de todo su cuerpo antes de desaparecer por la puerta.

Unos latigazos de dolor me obligaron a sentarme sobre la cama. Me llevé las manos a la cabeza. Maldita resaca.

Kaitlyn salió del baño totalmente vestida, con una pastilla en la mano y un vaso de agua en la otra. Se acercó a mí y me tendió ambas cosas.

—Tómatela, te ayudará con el dolor de cabeza.

Le di una mirada de agradecimiento y tragué la pastilla.

—Anoche debiste de haber bebido bastante —comentó ella sentándose a mi lado, hundiendo el colchón con su peso.

—Bastante. Me va a reventar la cabeza.

—A mí también.

Estiró la mano hacia su mesita de noche y cogió su teléfono móvil. Lo desbloqueó y miró la hora.

—Será mejor que te vayas. —Me miró—. Mis padres llegarán en cualquier momento.

Asentí, cogiendo mis cosas. Miré la hora en el móvil, descubriendo que era muy tarde, pasada la hora del almuerzo. Tenía varias llamadas perdidas de casa y cientos de mensajes de mis amigos, de los que la mayoría preguntaban por mi paradero.

“Estoy vivo, no os preocupéis”, les envié.

Minutos después, cuando estaba arrancando el coche, recibí su respuesta: “¿Qué ha pasado?”.

“Mañana os cuento”, envié y guardé el aparato.

El trayecto a mi casa fue corto. En menos que canta un gallo me encontré aparcando el coche en la entrada. Bajé y le puse el seguro.

—¿Dónde estabas? —Mamá me esperaba en la cocina, de brazos cruzados y con el ceño fruncido.

¡Oh, no! En qué lío me había metido. Mamá parecía furiosa. Tenía los labios apretados y varias arrugas en su delicado rostro. Un mechón rojizo se le había soltado del moño. Tenía la mandíbula tensa y una mirada fulminante.

—Buenos días a ti también —dije, ignorando su pregunta.

Dio un golpe fuerte a la mesa, sobresaltándose.

—¿Dónde estabas? —repitió alzando más la voz.

—Fuimos a un local. Como se nos hizo tarde, John me invitó a dormir en su casa, ya que este fin de semana sus padres se han ido fuera —mentí—. Además, no quería despertaros cuando llegara.

Lo sé. Era una mierda de hijo. ¿Quién mentía a sus padres?

Mamá alzó una ceja sin creérselo. Sabía que había estado en casa de una chica, pero no insistió con el tema. Se limitó a suspirar cansadamente, seguramente dándome por perdido.

—Ve a tu cuarto y arréglate. En unas horas tendremos visita —me ordenó señalando con el dedo el camino hacia las escaleras.

Obedecí sin rechistar. Había aprendido por las malas que cuando mamá se enfadaba, lo mejor era hacerle caso. En caso contrario, explotaría como un volcán, arrasando con todo lo que haya a su paso.

Subí las escaleras corriendo y me encerré en mi habitación. Lo primero que hice fue darme una larga y reconfortante ducha. Cuando salí con la toalla enrollada en la cintura, me encontré a Dylan sentado en mi cama. Miraba su teléfono con atención, pero lo dejó de lado en cuanto sintió mi presencia y se limitó a mirarme.

—Mamá está cabreadísima.

—No me digas —dije irónico.

—No para de maldecir en voz baja. Suerte que Hayley y Andrew no están.

Lo miré interrogante.

—¿Y eso?

—Papá los ha llevado al parque —dijo.

Suspiré con alivio. Lo que menos quería era que mis hermanos pequeños tuviesen que aguantarla así por mi culpa.

La habitación se quedó completamente en silencio por unos minutos. Momento que aproveché para vestir de manera formal. Poco después de que acabara, mi hermano de trece años preguntó:

—Dime, ¿qué tal te fue anoche?

Dylan y yo nos contábamos todo. Es por eso que el día anterior le había contado con todo lujo de detalles a dónde iría.

—De fábula.

—¿Con cuantas te liaste?

Sonreí de lado.

—Con tres. Una de ellas es compañera de clase.

—¡Menudo crack! —exclamó él.

—¿Con cuál de ellas has pasado la noche?

Su pregunta me sorprendió.

—No se a qué te refieres —me hice el loco.

—Oh, vamos. No me chupo el dedo. Sé que has pasado la noche en casa de una chica. ¡Hasta los mellizos lo saben! Así que desembucha de una vez. ¿Con quién te has acostado?

Toda mi familia sabía que era un mujeriego. Me encantaba estar con diferentes chicas, aunque ninguna de ellas me atraía lo suficiente.

—Con Kaitlyn, mi compañera de clase —confesé orgulloso de mi hazaña.

—Eres mi ídolo.

Dylan y yo nos quedamos hablando hasta que alguien golpeó la puerta. Se trataba de papá, quien entró seguido de los mellizos.

—Es hora de bajar, chicos.

Ambos asentimos. Todos nos habíamos vestido de manera formal. Papá se había puesto un traje negro que resaltaba su cabello rubio, el que los mellizos y yo habíamos heredado. Los mellizos iban conjuntados. Mientras que mi hermana llevaba un vestido en tonos pasteles, Andrew vestía unos pantalones vaqueros nuevos y una camisa de manga larga con los mismos tonos que el vestido de su melliza. Dylan se había puesto unos pantalones negros, como los míos, y una camisa gris. La mía era blanca y era una de mis favoritas.

Bajamos las escaleras para encontrarnos a mamá envuelta en un hermoso vestido celeste que

le resaltaba los ojos. Llevaba el cabello liso y suelto, dándole un aspecto más juvenil.

Toda la familia preparó la mesa y después esperamos a nuestra invitada en el salón, charlando animadamente. El enfado de mamá parecía haberse evaporado, puesto que sonreía dulcemente y reía por las cosas que decíamos.

Eran casi las nueve cuando el timbre de la puerta sonó. Todos fuimos hacia la entrada, pero al final yo fui el encargado de abrir la puerta.

Me quedé de piedra al ver a una chica muy guapa de mi edad allí, sonriendo. El pelo castaño caía sobre sus hombros formando una cascada de rizos gruesos. Tenía unos preciosos ojos esmeraldas, llamativos y vivaces. Su nariz recta era perfecta. Su pálida piel estaba cubierta por una ligera capa de maquillaje. Y su cuerpo... Era más baja que yo y estaba algo delgada.

Su sonrisa se borró al verme. Me llevé una mano a la nuca, confuso por su reacción. “¿Qué narices...?”

—Tú —dijo.

Al escuchar su voz, la reconocí. Abrí mucho los ojos. No, otra vez no.

Madison estaba en la entrada, mirándome también con confusión.

Capítulo 5

Madison

Eric me miraba sin salir de su asombro. Los ojos estaban abiertos de par en par y su boca estaba ligeramente abierta. Tenía una expresión muy cómica. Si la situación hubiese sido otra, habría reído.

Yo, por mi parte, tampoco podía creerme que él estuviese ahí, delante de mí. Vestía unos pantalones negros que le sentaban como un guante y la camisa blanca le marchaba todos los músculos. Estaba tan... ¿sexy?

Me recriminé mentalmente. ¿Qué hacía yo pensando esas cosas? ¡Por Dios, si era el chico más mujeriego del instituto!

—Creo que me he equivocado —dije mientras miraba la dirección que me había dado Hannah el día anterior y que yo había anotado en mi teléfono. Maldije por lo bajo al comprobar que no había sido así.

—Estoy de acuerdo. Deberías irte —me despachó como si fuera insignificante.

Fue a cerrar la puerta, pero una vocecita lo detuvo en seco.

—¡No, Eric, es mi profesora!

—¿Cómo?!

Hayley se asomó detrás de Eric. El aludido se giró y me quedé asombrada al ver cómo la niña le fulminaba con la mirada. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no reírme.

—Lo que has oído. Déjala pasar.

Se hizo a un lado a regañadientes y me dejó pasar. Un amplio pasillo me dio la bienvenida, al igual que toda la familia Woods. La madre de mi alumna y del idiota, una mujer muy bella que en sus tiempos de juventud debió de ser la envidia de todas las chicas, me miró asombrada.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó sin quitarme sus ojos zafiro de los míos.

—Diecisiete, señora Woods.

—Oh, no me llames así. Soy Jane y este —dijo señalando a un hombre muy parecido a Eric cuyo cabello rubio estaba cubierto de canas y quien sonreía cálidamente— es mi marido, Arthur.

Sonreí con educación.

—Mucho gusto. Yo soy Madison Moon.

—Encantada. —sonrió—. Estos son mis hijos. El de la derecha es Andrew. —Señaló al niño que estaba al lado de mi alumna y que tenía un gran parecido con ella—. La que está a su izquierda es Hayley. A su lado está Dylan. —El preadolescente inclinó la cabeza a modo de saludo—. Y por último está Eric. —El muy imbécil sonrió con arrogancia, mostrando su perfecta dentadura.

—Es un placer.

—Créeme, el placer es nuestro. Por fin conozco a la persona de la que tanto habla mi hija. Me ruboricé.

—¡Mamá! —la regañó Hayley como si hubiese desvelado el mayor de todos sus secretos. Todos sonreímos con ternura.

—Dame tu chaqueta y tu bolso, Madison. Los dejaré en la sala de estar.

Obedecí, despojándome de mi cazadora con suavidad, desvelando el vestido que llevaba.

Como Hannah me había dicho que cenaría en casa de una de mis alumnas, había decidido ponerme un vestido formal de la misma tonalidad que mis ojos.

Jane desapareció por el pasillo, llevándose consigo mi fina chaqueta de lana blanca y el bolso del mismo color. Segundos después, salió de la habitación en la que se había metido, una que se encontraba en el fondo del corredor.

—Será mejor que empecemos a cenar —dijo Arthur cuando su mujer llegó a su altura.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo con su marido.

Me guiaron hacia el comedor, el que se encontraba anexo a la cocina. Me sorprendí al ver que ya habían puesto la mesa. Un mantel color burdeos cubría la gran mesa a juego de la porcelana. Las paredes de un color gris ceniza estaban decoradas con un millar de fotografías familiares. Los muebles que decoraban la estancia eran de madera y eran de un estilo clásico precioso.

Todos fueron a sus respectivos lugares mientras yo me quedaba de pie, vacilando. Jane me indicó que me sentara al lado suyo, teniendo a Eric enfrente, a Dylan a su derecha, a Andrew a la derecha de Dylan y Arthur encabezando la mesa.

Jane fue a la cocina y trajo la cena: una gran bandeja repleta de lasaña de carne. El rico olor que desprendía junto con la imagen de del plato provocaron que se me hiciera la boca agua. Me encantaba la lasaña, era uno de mis platos favoritos.

Jane sirvió en los platos y después nos dispusimos a comer. En un momento dado, cuando tenía el tenedor a escasos centímetros de mi boca, sentí como si alguien me estuviera observando, por lo que levanté la mirada y me encontré con la sorpresa de que Eric no dejaba de mirarme, como si estuviera analizándome detenidamente.

—Cuéntanos algo sobre ti, Madison —me pidió Jane, sonriendo dulcemente.

—Tengo diecisiete años, como ya sabéis, estudio en el Kensington...

—¿Estudias en el Kensington? —me cortó Jane, mirándome con incredulidad.

Asentí levemente con la cabeza.

—¡Vaya, qué coincidencia! —exclamó Arthur—. Eric también estudia allí. —Miró a su primogénito.

—Madison y yo somos compañeros de clase —se limitó a decir su hijo secamente, casi escupiendo las palabras.

—Entonces, ya os conocíais, ¿no? —preguntó su madre antes de tomar un bocado de su cena.

—Sí —respondí. “Por desgracia”, agregué mentalmente.

—¿Eres estudiosa? —quiso saber la mujer.

Eric soltó una tremenda carcajada, atrayendo la atención de todos los presentes, la mía incluida.

—Ella siempre saca buenas notas.

Lo fulminé con la mirada. No me gustó nada el tono de voz que había utilizado, así que abrí la boca para responder a su comentario, pero su madre se adelantó.

—¡Eric! —le recriminó, lanzándole una mirada de advertencia.

—Deberías imitarla. No te vendría mal mejorar tus notas, hijo.

Eric resopló, molesto.

—Entonces no podría entrenar —se defendió.

Eso era muy relativo. Yo sacaba buenas notas y entrenaba cinco horas diarias entre semana y los fines de semana concursaba.

—Si salieras menos con tus amigos, podrías hacerlo.

Se instaló un silencio tenso. No sabía qué decir o qué hacer, no era muy buena en ese tipo de cosas. Me dediqué a tomar mi cena en silencio, algo incómoda.

—Me ha sorprendido mucho tu edad, Madison —empezó a decir Arthur, mirándome directamente a los ojos—. En realidad, esperaba a una mujer mayor, no a una chica tan joven.

—Yo también —estuvo de acuerdo Jane. A continuación miró a su hija y dirigiéndose a ella dijo—: Cuando dijiste que tu profesora era joven, no exagerabas.

—Ella será joven, mami, pero tiene muchos años de experiencia, ¿verdad?

Moví la cabeza arriba y abajo, afirmativamente.

—¿A qué edad empezaste? —me preguntó su padre.

—A los tres años di mi primera clase de baile, pero no fue hasta los siete cuando decidí que quería dedicarme por completo.

—¿Y eres buena? —preguntó Dylan, mirándome atentamente con sus ojos azules, idénticos a los de su madre y a los de Eric.

—¡Ella es campeona nacional! —exclamó Hayley, sonriendo.

Eso era cierto. Los Nacionales se celebraban una vez al año y allí competían los mejores equipos del país. Podíamos hacer tanto bailes solistas como grupales; mi estudio ese año, por ejemplo, había sido representado por todas las integrantes del grupo sénior y por un único baile grupal.

Yo había ganado casi todos los nacionales en los que había ido como solista y los bailes grupales llevaban quedando en primer lugar desde que yo tenía nueve años, salvo dos en los que quedamos segundos y terceros respectivamente.

Se suponía que en mi categoría actual, en la que había entrado este año, los que quedaran en las primeras cinco posiciones representarían al país en los internacionales. Sería todo un honor representar a mi país en un evento tan importante como ese.

—¿En serio?

Todos los presentes clavaron su mirada en la mía. Todos estaban sorprendidos, incluido el imbécil de Eric, aunque intentó ocultar su sorpresa.

—Sí —dije con timidez.

—En otras palabras, tenemos a una profesional en casa —habló por primera vez Andrew, sonriendo.

—Vaya, tus padres deben estar muy orgullosos de ti.

Vacilé. Ese tema era muy delicado, teniendo en cuenta que los sujetos que me crearon decidieron abandonarme en las puertas del Moonlight. No me gustaba tener que decirles a los extraños que me había criado en un orfanato. Por suerte, Eric me salvó de contestar esa pregunta.

—Si eres tan buena, ¿cómo es que nadie del Kensington sabe que bailas?

Me encogí de hombros.

—No soy de las que necesitan que todo el mundo esté al tanto de lo que hace.

Terminamos de cenar y, tras ayudar a Jane a recoger la mesa a pesar de sus insistencias para que no lo hiciera, fuimos al salón, en donde nos sentamos en unos cómodos y aparentemente caros sofás.

—¿Qué edad tenías cuando empezaste a concursar? —preguntó Jane.

¡Vaya! Sí que estaban preocupados. Me recordaron a Kara y a Álvaro cuando empecé. Ellos tampoco estaban muy seguros si concursar sería bueno o no para mí. Me enternecí.

—Tenía la misma edad que Hayley —contesté—. Pero no debéis preocuparos por nada. Será mejor que me explique. —Sonreí.

<<Las clases de baile serán de lunes a viernes, pero en vez de dar solo una hora, darán cinco horas. El horario sería de cuatro a nueve de la noche entre semana. Yo solo daré una hora de clase, de cuatro a cinco, tal y como he hecho hasta ahora, debido a que también tengo que

entrenar.

<<Los concursos son semanales, casi siempre serán los sábados. En caso de que aceptéis, se le entregará a Hayley el uniforme que deberá llevar a las competiciones de ahora en adelante el viernes.

<<A no ser que el concurso sea lejos, siempre vamos en autobús. Es obligatorio que un adulto vaya con ella, así como es obligatorio que esté con ella en los vestuarios.

Callé un momento, pensando en algo más que añadir, pero no se me ocurrió nada más.

—No sé... No estoy muy segura de esto.

—Por favor, mami, déjame participar —suplicó Hayley sentada en su regazo—. Te prometo que trabajaré muy duro y que sacaré muy buenas notas.

Suspiré imperceptiblemente.

—Hayley, debes comprender que esto no es un juego. Se trata de competir a nivel regional representando *Hannah Brown Studio*. Para la dueña del estudio entrenar a futuras promesas del baile es muy importante, por lo que tendrás que trabajar y esforzarte mucho, ¿entiendes lo que quiero decirte?

La niña asintió, mirándome detenidamente.

—Hablando de las notas escolares... —proseguí—. Es obligatorio sacar en todo momento un promedio igual o superior a siete con cinco para participar en los concursos.

Hayley volvió a asentir, provocando que sus dos trenzas se movieran en el aire.

—Por fi, por fi —suplicó la pequeña—. Dejádme participar.

—No hace falta que me digáis algo hoy. Tomáoslo con calma, consultarlo con la almohada y mañana por la tarde, cuando Hayley vaya al estudio, me dais una respuesta —intenté calmar las cosas. Después, miré la hora en mi reloj de pulsera y me sorprendió comprobar que era muy tarde. Kara y Álvaro me matarían por llegar tan tarde—. Lo siento, pero he de marcharme. Ha sido un placer conoceros y muchas gracias por la cena. Estaba deliciosa.

Hayley se levantó del regazo de su madre y vino corriendo hacia mí.

—¿Ya te tienes que marchar? —preguntó apenada.

—¿Cómo piensas volver? —preguntó Jane con el ceño fruncido.

—Había pensado en coger el autobús o, en el caso de que tenga que esperar mucho, un taxi.

—De ningún modo —dijo Jane—. Eric te llevará.

El aludido soltó un quejido de indignación.

—¡¿Qué?! No pienso llevarla.

Su madre le lanzó una mirada asesina. Ella era como Kara. Era dulce pero imponía respeto.

—Claro que lo harás. Si no, olvídate de salir hasta que tengas cincuenta.

Eric siguió en sus trece.

—No puedes obligarme.

En vez de responder, Jane lo miró de esa manera en la que deseabas hacer cualquier cosa con tal de que dejaran de mirarte así.

—Está bien —cedió a regañadientes—. Sígueme —me dijo.

Me despedí de su familia y seguí a Eric al exterior de la casa. Esta era gigantesca. Tenía un pequeño jardín delantero repleto de colores. Supuse que a Jane le gustaba cuidarlo y mimarlo en sus ratos libres.

La fachada era blanca y el tejado, gris. Estaba rodeada por una pequeña valla blanca que, según pude ver, únicamente recorría la parte delantera de la casa. No sabría decir cuántos pisos tendría ni la cantidad de habitaciones que habría, pero supuse que muchas.

—¡Vamos, lenta! —exclamó Eric desde el otro lado de la verja.

Salí del terreno deseando con todas mis fuerzas asesinarlo. Este chico me sacaba de mis casillas. Por suerte, ya no tendría que tratar más con él. Me negaba a hacerlo. Éramos como el agua y el aceite, completamente incompatibles. Él era un mujeriego; yo nunca había salido con nadie. Yo era estudivosa; Eric, en cambio, no daba un palo al agua. Yo trabajaba mucho; él era un vago.

Me guió hasta su coche, un flamante deportivo negro que hizo que casi se me cayera la baba. Pese a tener la edad requerida, todavía no me había sacado el carné de conducir.

Eric pasó de mí. Se subió al asiento del piloto y yo al del copiloto. Solo abrí la boca para indicarle el camino de mi casa. Cuando nos estábamos acercando, le dije:

—Puedes dejarme aquí.

Me miró con una expresión neutra.

—Como quieras.

Aparcó el coche y, tras despedirme de él, salí y me puse en marcha hacia el Moonlight.

Capítulo 6

Eric

Vi cómo la friki se alejaba por la calle moviendo sus bien torneadas piernas. Dios santo. ¡Menudo cuerpazo se escondía debajo de esas horrendas prendas que solía vestir! ¡Qué belleza ocultaban sus espantosas gafas!

Suspirando, arranqué el coche y volví a mi casa, en donde me esperaba mamá de brazos cruzados sentada en uno de los sillones de la sala de estar.

—Eric —me retuvo, levantándose.

—¿Qué pasa? —pregunté, molesto.

—Quiero hablar del comportamiento que has tenido con la profesora de tu hermana.

¿Qué? ¿En serio me iba a sermonear por actuar con indiferencia durante la cena? ¡Por favor! Estamos hablando de la empollona de clase, de uno de los bichos raros de todo el instituto. Aunque me había sorprendido su vestimenta, no pensaba dejar de creer que era una empollona. Ni por asomo.

—No entiendo por qué te has portado así, Eric. Se suponía que debías tratarla con respeto, no con desprecio. ¿Qué imagen se habrá llevado de nosotros? —Su rostro se transformó en la viva imagen del horror.

Puse los ojos en blanco. Mamá era muy dramática cuando quería.

—No sabes cómo es en realidad. Podría ser una asesina en serie y no saberlo nadie.

Esta vez, la que rodó los ojos fue ella.

—Por favor, Eric, Madison es encantadora. No te vendría mal pasar más tiempo con ella. ¿Sabes? Me agrada y creo que haríais una buena pareja.

Lo que me faltaba, salir con una chica que siempre vestía fatal. Madison no era mi tipo. Éramos completamente opuestos. Además de que nunca hablábamos.

—¡Ni en sueños saldría con ella!

Resoplé y antes de que pudiera contestar o añadir algún comentario más, subí las escaleras y me encerré en mi habitación, cerrando la puerta con llave.

Todavía era incapaz de asimilar lo buena que estaba Madison. ¡Quién diría que bajo esa ropa y esas monstruosas gafas había una chica hermosa! Tenía un cuerpazo de espanto que provocaría que Kaitlyn y el resto de animadoras se muriesen de envidia.

Lo que no entendía era por qué no se presentaba a las pruebas de las animadoras si era tan buena bailando. Vamos, todas las chicas del Kensington se morían por entrar y formar parte del grupito de Kaitlyn.

Hoy había aprendido que las apariencias engañaban. Madison parecía la típica friki que se pasaba horas y horas encerrada en una biblioteca, estudiando. Estaba muy equivocado con respecto a eso.

Me pregunté cómo sería verla bailar, si sería tan buena como mi hermana decía o si solo había exagerado las cosas. Todavía no estaba muy convencido de eso, ya que si tuviese tantos logros, se sabría, creo. En mi caso sería así; ya me habría encargado yo de divulgarlos por el instituto.

Me preguntaba sí...

¡Un momento! ¿Qué hacía pensando en alguien como ella? Debería estar pensando en otras

cosas como qué día hacer pira o ver si conseguía volver a tirarme a Kaitlyn de nuevo.
Lo mejor sería que descansara. Habían sido muchas emociones para un solo día.

—Te juro y perjuro que era ella —le dije a John con seguridad mientras el profesor apuntaba algo en la pizarra.

John y yo estábamos sentados en la parte trasera del aula, hablando entre susurros.

Jack, Caden y Ethan estaban muy ocupados charlando animadamente con unas chicas que no paraba de coquetear y de ponerles ojitos.

No paraba de mirar hacia la primera fila, en donde se encontraba Madison. Como era habitual en ella, vestía una camisa blanca de manga corta con rombos bordados por todas partes y unos vaqueros que no le sentaban nada bien.

—¿Estás seguro? —John la miró con atención—. No tiene pinta de haber ni una pizca de belleza en ella.

—Te lo repito, la vi. Era ella.

—Podría tener una hermana gemela.

—Los cojones —susurré alzando un poco la voz. Miré al profesor temeroso de que hubiese oído algo, pero este siguió dando su asignatura tranquilamente.

—Sigo sin creérmelo.

Suspiré con cansancio. Llevaba intentando convencerlo desde que había ido a buscarle. No se creía que Madison tuviese una segunda vida.

—Además, eso de que sea bailarina no me lo trago. Solo hay que mirarla ahora para saber que eso no es cierto. —Lanzó una mirada de desprecio al lugar en donde estaba sentada junto a su amiga.

—¿Cómo explicarías el hecho de que le dé clases de baile a mi hermana? —cuestioné.

Mi amigo se encogió de hombros.

—Como ya he dicho antes, podría tratarse de otra chica.

—¡Eso es imposible! —exclamé y enseguida me tapé la boca con una mano—. Si me reconoció. Dijo mi nombre y te puedo asegurar, amigo mío, que era su voz. —Señalé el lugar en donde tomaba apuntes como si su vida dependiera de ello.

—Eso se puede explicar. Hay personas que tienen la voz parecida.

—Tío, estoy convencido de que es ella. Además, respondió al nombre de Madison, y recordemos que fue así como la llamó su amiga el día en que choqué con ella.

John resopló.

—Sí tú lo dices —dijo no convencido del todo.

—¿Sabes qué? —Lo miré—. Te demostraré que es ella.

—¿Cómo? —Mi amigo también me miró, interrogante.

—Hoy llevaré a Hayley a los ensayos junto a mi madre. Ven conmigo y verás quién es la profesora.

Suspiró.

—Está bien, pero hasta que lo vea no me lo voy a creer.

Madison

Sentía que pasaba algo, o que pronto pasaría.

Era extraño que ninguno de los chicos del equipo de baloncesto se hubiese acercado a mí para

burlarse o para hacer algún comentario acerca del baile. Tampoco lo habían hecho las animadoras, ese grupo de arpías que siempre vestía provocativamente fuese la estación del año que fuese.

Al final, a mediados de la mañana supuse que Eric no les habría dicho nada acerca de mi vida en relación con el baile. Me pregunté cuál sería la razón por la que no lo había hecho, ya que los del equipo y las animadoras jamás perdían ninguna oportunidad de bajar la autoestima de los que ellos consideraban más débiles y, para mi desgracia, yo era una de esas personas, aunque, a decir verdad, no me importaba lo que dijeran. Digamos que ya estaba “inmunizada” contra ellos.

—Todavía no puedo creer que no hayas sido el objetivo de sus burlas —comentó mi amiga mientras comíamos tranquilamente en una mesa apartada del comedor.

—Siendo sincera, yo me esperaba lo peor.

—Todavía no bajas la guardia por si acaso. No me fío de ellos —dijo con desprecio, señalando con la barbilla la mesa en donde comían los más populares del Kensington.

Suspiré pesadamente.

—Yo tampoco.

Froté mis ojos con el dorso de mi mano con cansancio, quitándome las gafas unos segundos.

—Al final no me contaste qué tal te fue la cena con los Woods. —Lea sonrió con picardía—. ¿Qué te dijeron?

—Los padres de Hayley no estaban muy seguros de hacer lo correcto con respecto a dejarla participar en las competiciones de danza. Tenían miedo de equivocarse. Así que les conté cómo sería el asunto, las normas, el transporte... y les conté un poco de mi experiencia.

Lea estuvo a punto de escupir el agua que había estado bebiendo al escuchar esto último.

Tosió ruidosamente varios segundos hasta poder decir:

—En otras palabras, Eric, alias “el imbécil”, no solo sabe que bailas sino que también sabe cosas de tu vida. ¿Les has dicho que eres huérfana? Porque si es así, prepárate para vivir un verdadero infierno a partir de ahora.

—¿Quieres tranquilizarte? —le pedí mientras acariciaba su hombro para tranquilizarla. Mi amiga se había alterado al ver la posibilidad de que hubiese contado que ambas no teníamos padres. La razón era sencilla: en la escuela no lo pasamos muy bien debido a ese tema, así que cuando pasamos al instituto decidimos omitir ese pequeño detalle—. No les he contado nada de eso.

Soltó un suspiro de alivio mientras murmuraba un “menos mal” apenas audible.

Terminamos la comida y volvimos a casa andando. El Moonlight no se encontraba muy lejos del instituto, así que no hacía falta que fuésemos en coche o en transporte público. Lea y yo fuimos bromeando todo el camino, como siempre. En un momento dado, se fijó en que bostezaba.

—Maddie, ¿te encuentras bien? —preguntó.

—¿Yo? Sí, ¿por?

—Pareces cansada.

Paré.

—No se lo digas a nadie, en especial a Kara o a Álvaro, pero anoche llegué bastante tarde de la cena.

Tan tarde que no había nadie levantado cuando llegué. Es por eso que me encuentro algo cansada. Pero tranquila, mañana estaré como una rosa.

Mi amiga rió al ocurrírsele algún pensamiento alocado. Comenzamos a caminar de nuevo.

—Te imagino en los descansos dormitando contra la pared.

Me llevé una mano al pecho, fingiendo ofenderme.

—¡Lea! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

Ella rió, divertida ante mi comentario. Hice un puchero, aumentando más su risa y contagiándome a mí también.

Así fue como llegamos al Moonlight, riéndonos con descaro.

—Buenas tardes —saludamos cuando abrimos la puerta principal, encontrándonos con Kara y Álvaro en el salón.

—Buenas tardes, chicas. —Sonrieron.

Ambas les dimos un beso en la mejilla a cada uno.

—¿Qué tal os ha ido el día? —nos preguntó Kara, sin perder la sonrisa.

—Relajado —respondí.

—Aburrido —contestó a su vez Lea.

Ambos rieron por nuestra sincronización. A veces nos pasaba eso, hablar al mismo tiempo. Nos llevábamos tan bien y nos conocíamos tanto que la una era capaz de terminar la frase de la otra.

—Venga, subid a hacer los deberes —dijo Álvaro, acariciándonos el cabello a cada una.

Obedientes, subimos las escaleras. El Moonlight estaba compuesto por tres pisos: el sótano, la planta baja y el primer piso. En el sótano estaba la sala en donde solía ensayar, una salita de estar por si el salón se encontraba ocupado, una sala de almacenamiento, unos baños y otra sala en la que había mesas de billar, dardos... En la planta baja estaban el salón principal junto a la entrada del edificio, la cocina, el comedor, el cuarto de lavandería, los aseos, el despacho de Kara y Álvaro y un gran porche. En el primer piso estaban las habitaciones, tanto la de los internos como la de los directores y cuidadores. En la primera planta también había baños, uno para las chicas y otro para los chicos, una gran sala de estudio y una enorme habitación de juegos para los más pequeños del hogar.

El Moonlight, el edificio en sí, estaba rodeado por unos inmensos jardines. Había merenderos y bancos por todas partes, un parque de juegos, un cenador que apenas se utilizaba y una gran piscina con la que nos refrescábamos en verano.

Así que se podría decir que no nos faltaba nada.

Lea y yo llegamos a la habitación que ambas compartíamos y, tras cerrar la puerta, fui hacia mi armario.

Saqué unos vaqueros ajustados, una blusa gris y una chaqueta parda. Me cambié de ropa en silencio, bajo la atenta mirada de Lea. Después, me desaté el moño y alisé mi rebelde cabello rizado hasta dejarlo totalmente liso.

—Así estás mucho mejor.

Sonreí mientras avanzaba hacia el baño exclusivo de las chicas. Salí del dormitorio y tras avanzar un par de pasos llegué a mi destino. Me puse las lentes de contacto rápidamente, sin ningún esfuerzo, y volví a la habitación.

—Ahora estás perfecta.

Mis gustos eran como los de cualquier chica de mi edad. Me gustaba mucho vestirme con vestidos y faldas, con colores llamativos, con pantalones ajustados... En mi tiempo libre lo hacía. Siempre que salía con Lea o con mis compañeros de baile me ponía esas cosas. Sin embargo, cuando iba al instituto, prefería usar esa ropa que tanto odiábamos Lea y yo para ahuyentar a los chicos, ya que estos serían una distracción para mí, cuyo sueño era bailar en los internacionales. Y si para llegar a eso, tenía que renunciar al sector masculino, lo haría sin pestañear.

Kara y Álvaro estaban de acuerdo con lo de llevar ropa espantosa al instituto, aunque al principio me mostraran su oposición. Además, creo que para Álvaro fue todo un alivio cuando confesé que no quería chicos en mi vida, ya que en caso contrario, habría tenido que lidiar con ellos. A veces él podía ser tan sobreprotector...

—Yo soy perfecta —dije con falsa arrogancia, haciendo una pose sexy y provocando que Lea se desternillara de risa.

Riéndonos, fuimos a la sala de estudio para hacer las tareas. Miré el reloj y sonreí al comprobar que todavía tenía cuarenta y cinco minutos antes de tener que marcharme al estudio.

Llegué quince minutos antes de la hora, como siempre. Me encontraba en el salón en el que impartía clases, practicando un paso de la coreografía que tenía pensado enseñarles a mis alumnas para la competencia del fin de semana.

Momentos antes había hablado con Gwendolyn Daniels, la coreógrafa que se haría cargo del grupo cuando yo no estuviera. Le había enseñado la coreografía y le había puesto al día con las clases.

Poco a poco mis alumnas fueron llegando acompañadas de sus padres. Todas estaban listas para la acción, vestidas con la ropa cómoda de ensayo que solían utilizar. La última en llegar fue Hayley, quien vino acompañada de su madre, de su hermano y de un chico...

¡¿Qué?! No, mierda, no. ¿Qué narices hacían Eric y el idiota de su amigo allí? ¡Venga ya! Cómo si no tuviera bastante con que Eric supiese que bailaba...

Al principio no me vieron porque me encontraba rodeada de padres y niñas. Pero cuando uno de ellos se movió hacia un lado, quedé al descubierto. Jane y Hayley vinieron hacia mí, sonrientes; Eric y su amigo, en cambio, no lo hicieron al principio, ya que el segundo se quedó helado en el sitio, como si sus pies se hubiesen quedado pegados al suelo.

Los primeros cuarenta minutos estuve explicando todo el asunto de competir: las normas y las condiciones. Después, les presenté a la que sería su profesora.

—Os presento a vuestra profesora de baile. Ella os dará clase desde las cinco hasta las nueve.

Se armó un gran revuelo.

—Pero, ¿no ibas a ser tú nuestra profesora, Maddie? —se quejó una de las niñas.

—Lo siento, pero no puede ser. De cinco a nueve también entreno —me disculpé, sonriendo con tristeza.

—¿Podríamos quedarnos a ver el ensayo de nuestras hijas? —preguntó Jane.

—Por supuesto. Es más, es recomendable. Se os ha acondicionado un lugar para que tengáis una mayor perspectiva. —Señalé un pequeño balcón que sobresalía de la sala. Todos los salones de baile eran de techos altos y tenían la misma estructura—. Y ahora si me disculpáis, he de marcharme. Nos vemos mañana, chicas. —Sonreí.

Todas se despidieron, alegres.

Salí de allí cargando mis cosas y antes de que pudiera girar en una esquina, una mano me retuvo.

—Así que la friki tiene doble vida...

Me tensé al reconocer esa voz.

El amigo de Eric.

Joder.

¿No me iban a dejar tranquila o qué?

Seguí avanzando, soltándome del agarre con brusquedad. No debía perder mi preciado tiempo

con ellos.

—¿Estás sorda, *Maddie*? —dijeron con desprecio, riéndose de su propio chiste.

“No existen, *Madison*”, me dije a mí misma sin parar de caminar.

Sentía que me seguían silenciosamente. No quería volverme para encontrármelos detrás, sonriendo burlescamente. En el pie de la escalera suspiré y volví a frotarme los ojos con fuerza.

Cinco minutos después llegué a los vestuarios. Fui la primera en llegar. Dejé la bolsa en uno de los bancos de madera, la abrí y comencé a desvestirme. Cambié mis pantalones largos por unas mayas cortas y la blusa por un top que Hannah nos había proporcionado a todos los miembros del equipo sénior, uno negro con los bordes de color naranja chillón y con el logo del estudio en el centro.

Mientras me ponía las punteras, llegó Sarah, quien sonreía de oreja a oreja. Soltó su bolsa al lado de la mía, sin dejar de sonreír como una boba.

—Maddie, ¿has visto a los tíos buenos que están en la entrada de los vestuarios?

¡No me fastidies! ¿Todavía seguían allí ese par de orangutanes?

—¿Tíos buenos? —me hice la tonta.

—Ajá. Uno rubio con los ojos tan azules como los zafiros. El otro tiene el pelo castaño y los ojos del color del chocolate. Ambos musculosos y sexys —describió mi amiga con ojos soñadores.

Sentía náuseas. ¿Enserio los había descrito así? ¿Sexys? Por favor, solo eran un par de idiotas que se creían lo mejor de lo mejor. No le llegaban ni a la suela del zapato. Mi amiga se merecía algo mucho mejor, aunque ya lo tenía. Wyatt era su novio y hacían una muy buena pareja.

—¿Te pasa algo, amiga? —se preocupó al ver mi expresión.

Negué con la cabeza.

—Esos dos son compañeros de clase.

Sarah soltó un gritito.

—No me habías dicho que había tíos buenos. Siempre te andas quejando de los chicos. Ojalá yo tuviese chicos así en mi instituto.

Como bien habréis deducido, Sarah no iba al Kensington. Una de las razones era que su instituto estaba más cerca de su casa que el mío. La otra razón era que sus hermanos mayores habían estudiado allí, por lo que mi amiga no iba a ser la excepción.

—Puede que estén bien, pero todo eso se viene abajo en cuanto abren su boca. ¡Son unos idiotas, por favor!

—Unos idiotas muy atractivos. No me importaría pasar una noche con ellos.

—¡Sarah! —grité.

La puerta se abrió de golpe, dando paso al resto del equipo.

—¿Qué son esos gritos, Maddie? —preguntó Tamara dejando la bolsa a mi lado.

—Ha sido culpa de la perversa de Sarah —me excusé.

Todas la miramos, quien se ruborizó de pies a cabeza.

—Son las hormonas, chicas. Veo a un par de tíos buenos y se descontrolan.

—Repite eso, por favor —pidió Emma.

—¿Qué? —mi amiga se hizo la tonta—. ¿Lo de los tíos buenos? —Sonríó.

—Eso mismo.

—Han venido dos chicos monísimos al estudio. Según Maddie, son un par de imbéciles.

Todas abrieron los ojos como platos.

—Espera, espera, espera. —Tamara se volvió hacia mí—. ¿Les conoces?

—Sí, por desgracia.

—¿Cómo son? —preguntó Sam mientras se cambiaba de ropa.

—Creo que pronto lo veréis.

Las chicas siguieron cambiándose mientras yo trenzaba mi cabello. Estaba ansiosa por ver qué tendríamos que hacer esta semana y en dónde sería el concurso. Ojalá pudiera hacer un solo.

Como éramos un equipo no salimos hasta que todas estuvimos preparadas. Una vez listas, nos adentramos en el aula. Allí ya se encontraba Hannah, situada junto a los espejos que ocupaban una pared entera.

—Muy buenas tardes, chicas —nos saludó, sonriendo.

—Hola, Hannah —saludamos.

Todas nos pusimos delante de los espejos, los que tenían puesta la pirámide. Las fotos de cada una estaban tapadas, así que no podíamos saber quién de nosotras estaba en lo alto. Quería saberlo, aunque lo sospechaba.

—En primer lugar, felicidades, chicas —nos felicitó—. Habéis quedado en primer lugar en vuestra categoría. —Nos aplaudió.

Levanté la mirada hacia el balcón acristalado, temerosa de encontrarme con Eric y con su amigo. Por suerte no había ni rastro de los chicos. Perfecto.

—Ahora, veamos la pirámide —siguió diciendo Hannah ajena a todo—. En la base tenemos a Susana.

La susodicha hizo una mueca.

—Estuviste a punto de caerte en el escenario. Debes tener más cuidado la próxima vez, ¿entendido?

Ella asintió.

—Bien, continuemos. La siguiente es Emma. —Quitó el papel que tapaba la buena fotografía de ella—. Estás en esta posición porque he visto que en el baile grupal ibas un par de pasos retrasada.

Emma asintió con la cabeza, anotándolo en su cabeza para no volver a repetir ese error.

—La siguiente es Sarah. —A mi amiga le sentó mal estar en la base de la pirámide. La comprendía. Lo normal era que estuviera en la segunda fila, no en la última—. Tienes que estar más segura de ti misma a la hora de subir al escenario. La siguiente —cambió de objetivo— es Sammy. Lograste una gran puntuación con tu solo, pero no fue suficiente. Quiero que trabajes más y que me demuestres que te mereces un solo, ¿me has entendido?

—Sí, Hannah.

—Bien. La siguiente es Maddie. Estás aquí porque has trabajado muy duro en el baile grupal y porque has actuado fabulosamente. Sigue así.

Sonreí, contenta por no haber sufrido ninguna crítica. Siendo sincera, creía que Sam estaría una posición por encima de la mía por lo bien que lo hizo en la competencia.

—Y en lo alto de la pirámide tenemos a Tamara. ¡Felicidades por tu solo! Has logrado la mayor puntuación en tu categoría con tu solo y, además, en el baile grupal brillaste como una estrella.

Todas sonreímos y aplaudimos a Tamara, abrazándola con fuerza por su logro.

—Bien, chicas, ahora hablemos de la competición del fin de semana —siguió hablando Hannah—. Será en Seattle y allí participarán los mejores estudios incluyendo el *Great Dancers Studio*.

Me mató. El *Great Dancers Studio* era uno de los rivales más duros del *Hannah Brown Studio*. No solo eso, sino que también significaba que Kiara Snyder estaría allí para fastidiarme. Ella era la persona más odiosa del universo, más incluso que las animadoras o los idiotas. Nunca

nos habíamos llevado bien y no lo haríamos ahora.

—Tengo tres solos. El primero es para Tamara. —Hannah la miró con seriedad—. El nombre de tu solo es *Amazing* y será un baile de estilo jazz. El segundo solo es para Susana. —Hannah centró toda su atención en ella—. Se llama *Punk Girl* y es de estilo contemporáneo. Mi último solo es para Maddie. —Me miró con atención—. Se trata de un baile lírico que se llama *Opportunity*.

Sonreí con orgullo al saber que haría un solo lírico, que era uno de los estilos que más me gustaba hacer.

—Esta semana también habrá un dueto y será de Sarah y de Maddie.

Ambas dimos saltitos de expectación en el sitio.

—Bien en el baile grupal de esta semana quiero que saquéis vuestro lado más sexy para bailar una canción contemporánea.

Asentimos con la cabeza, dándole a entender que habíamos captado el mensaje.

—Bueno, empecemos el calentamiento. Id a las barras de ballet.

Eric

Al final decidimos volver a la sala en donde Hayley daba clase. Los padres ya se disponían a marcharse, al igual que mamá.

—Eric, tienes que hacerme un favor enorme —me pidió ella, suplicándome con la mirada—. Quédate a ver la clase de Hayley. La paciente de las siete ha pedido que le adelantemos la sesión y no puedo faltar.

Suspiré. No me apetecía nada pasar toda la tarde encerrado en ese estudio, pero no me podía negar.

Sabía lo importante que era el trabajo para mi madre.

—No pasa nada. Vete tranquila, ya me quedo yo. —Sonreí.

Me devolvió la sonrisa y, despidiéndose de mi hermana, salió del aula de baile.

John insistió en quedarse a hacerme compañía, así que ambos subimos al extraño balcón acristalado por el que se veía la habitación con todo lujo de detalles. Había unos sofás muy cómodos colocados allí, de color azabache. En la entrada de la pequeña estancia había una serie de máquinas expendedoras repletas de comida sana como frutas, barritas energéticas y bebidas.

—Primero, voy a anunciar qué rutinas se bailarán el sábado —empezó a explicar Gwendolyn—. En primer lugar, se hará el baile grupal en el que todas estaréis. Se trata de un baile lírico llamado *When we are young*. Maddie me ha explicado cómo será la rutina, incluso me lo ha dejado por escrito, así que no habrá ningún problema. —Sacó un papel blanco y calló durante unos instantes en los que leyó lo que ponía—. Va a haber dos solos: el primero es para Alice y el segundo, para Hayley.

Mi hermana dio pequeños botecitos en su sitio. Levantó la mirada y al encontrarnos, nos sonrió llena de felicidad. Le devolví la sonrisa, al igual que mi amigo.

Había más personas en el lugar en el que nos encontrábamos. La mayoría de padres se habían quedado a ver el ensayo, todos ellos orgullosos. Pero cuando vieron que sus hijas no harían un solo, sus expresiones pasaron de la alegría al fastidio. ¡Madre mía, cómo estaba el patio!

Las niñas empezaron a estirar mientras la profesora les ordenaba lo que tenían que hacer. Siendo sincero, yo no sería capaz de hacer lo que en ese momento estaban haciendo. No sabía de dónde sacaban tanta elasticidad. Jamás pensé que Hayley, mi dulce hermanita, sería tan flexible.

—Solo de verlo me hacen daño —comentó John sin apartar los ojos de las niñas.

—Ya te digo.

Gwendolyn les fue enseñando la coreografía del baile grupal. Insistió mucho en la técnica y en la expresión facial. Esto último me sorprendió. ¡Por favor, que eran bailarinas, no actrices!

Descubrí que cuando ninguna hacía solos, venían a la habitación. La primera niña a la que le enseñó el solo fue a Alice, por lo que Hayley subió para reunirse con nosotros. No paró de hablar y hablar sobre lo emocionaba que estaba de que nuestros padres le hubiesen dado permiso para competir. Irradiaba felicidad por cada poro de su piel.

Casi una hora después, Alice subió y mi hermanita bajó a la sala de ensayo corriendo como si la vida le fuera en ello.

Tengo que admitir que el solo de mi hermana me gustaba bastante. La canción era contemporánea y la coreografía era pegadiza. Además, Hayley lo hacía de miedo, a pesar de que cometía ciertos errores, según su profesora porque yo no veía ninguno.

Acabaron la clase bailando de nuevo el grupal una y otra vez. Parecía que Gwendolyn no estaba del todo contenta con el resultado, porque insistió mucho.

—Recordad, debéis trabajar más la expresión facial. Hasta mañana —se despidió.

Todas las niñas fueron hacia los vestuarios mientras nosotros bajábamos de allí. Para entrar habíamos tenido que subir por unas escaleras que estaban fuera del aula, a un lado de la entrada de la estancia.

—No sabía que tu hermana lo hacía tan bien —me dijo John, sonriendo.

—Ni yo.

Me sentía mal conmigo mismo por no haberlo sabido antes. ¿Qué clase de hermano era si no sabía esa clase de cosas? Además, yo pensaba que mi hermana solo practicaba ballet, no todos los estilos. Hayley no se merecía un hermano así.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó Hayley después de salir de los vestuarios.

—Has estado fantástica —la alabé, sonriéndole.

—No ha sido para tanto. He tenido días mejores.

Cogí la bolsa de baile que Hayley llevaba en la mano y empezamos a caminar hacia mi coche. Nos encontramos con Madison en la entrada principal. Hablaba con otra chica. Ambas iban unos pasos por delante, enfrascadas en una conversación. Madison llevaba el cabello recogido en una trenza medio deshecha y húmeda.

Sin poder evitarlo, mi hermana salió corriendo en su dirección, gritando su nombre. La aludida se volvió, al igual que su amiga, y le sonrió a modo de saludo.

—Vaya, Hayley, no te había visto —dijo—. ¿Qué tal el ensayo?

—Un poco duro, pero supongo que me acostumbraré.

John y yo nos acercamos a ellas y permanecemos en un segundo plano, aunque no por mucho tiempo. Su amiga enseguida reparó en nosotros y pronto lo hizo Madison, quien frunció ligeramente el ceño.

—¿Y el vuestro? —les preguntó Hayley.

—No ha estado mal. Ha sido un buen principio de semana. —Sonrió. Tenía una sonrisa realmente bonita—. Te presento a Sarah, una de mis compañeras. —Señaló a la rubia que permanecía callada a su lado, quien esbozó una tímida sonrisa a mi hermanita.

—Encantada de conocerte —dijo.

—Igualmente. —Mi hermana hablaba con emoción—. Todavía no puedo creerme el hecho de conocer a parte del equipo sénior del estudio.

Las dos soltaron unas risitas.

—Hayley, tenemos que irnos —le informé, interrumpiendo su conversación.

Mi dulce hermana asintió con la cabeza y se despidió de ellas con una sonrisa y diciendo un “hasta mañana”.

Antes de irnos, giré la cabeza por última vez para observar cómo Madison se alejaba con su amiga por el otro lado del aparcamiento.

Capítulo 7

Madison

El ensayo de hoy fue agotador, tanto que ni siquiera fui consciente del viaje de vuelta al Moonlight.

Hannah se había esmerado con nuestra clase.

Entré prácticamente arrastrándome. Apenas tenía fuerzas para moverme siquiera. El salón se encontraba desierto; no se veía ni un alma por los alrededores.

Llevé la bolsa de baile al pequeño cuarto de lavandería, el que estaba adherido a la cocina. Así que entré en ella, encontrándome con Marlene, la que se encargaba de alimentarnos.

—Buenas noches, Maddie. ¿Qué tal el ensayo?

—De fábula. Me han asignado un solo y un dueto, a parte del baile grupal por supuesto.

Me brillaban los ojos de la emoción. Todavía no podía creer el hecho de que estuviera en tres bailes distintos. Me encantaba cuando Hannah me ponía ese tipo de retos.

—¡Eso es fantástico!

—¿Qué es fantástico? —preguntó Kara entrando en la cocina.

—Maddie va a hacer un solo y un dueto este fin de semana —le explicó Marlene.

Kara posó sus hermosos ojos azules en los míos, sonriendo radiante de felicidad. Se acercó a mí y me abrazó con fuerza.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso. Llevabas como un mes entero sin hacer un solo o un dueto. Ya empezaba a preocuparme.

Sonreí, correspondiendo a su abrazo.

Por cada solo ganado o que quedaba entre los cinco primeros puestos se le asignaba al vencedor una cantidad del premio en metálico. Lo mismo pasaba con los duetos y los tríos, aunque esa cantidad se dividía entre los componentes del baile. Por eso Kara estaba tan entusiasmada, porque si quedaba entre los primeros cinco puestos, podría conseguir una pequeña ayuda económica.

—Kara, que me asfixias —me quejé al ver que cada vez apretaba más su cuerpo contra el mío.

—Lo siento —dijo mientras me soltaba, sus ojos tiñéndose de culpabilidad.

—No pasa nada. —Sonreí, sintiéndome mal conmigo misma por hacerla sentirse así—. Voy a dejar la ropa del ensayo en la lavandería. Ahora vuelvo.

Crucé la cocina y abrí la puerta que daba al lugar en donde teníamos la lavadora y la secadora. Abrí la cremallera de la bolsa y saqué las prendas que había utilizado en el ensayo, todas ellas empapadas en sudor. Las metí con sumo cuidado en el tambor y arrime la puerta. Después, cerré la mochila vacía y salí de esa habitación para ir a la cocina, en donde ahora también se encontraba Álvaro.

—Hola, Maddie —me saludó esbozando una sonrisa—. Kara me ha comentado que no solo te han asignado un solo, sino que también vas a hacer un dueto.

Le devolví la sonrisa.

—El dueto lo haré con Sarah —les informé—. Además, esta semana tenemos que trabajar muchísimo para vencer al *Great Dancers Studio*.

Ambos hicieron una mueca. Sabían lo que eso significaba: se avecinaban problemas.

El *Great Dancers Studio* era el rival más duro del estudio al que pertenecía. Su rivalidad se debía a que tanto Hannah Brown como Summer Carlton no se llevaban bien cuando en su juventud competían. Años más tarde ambas decidieron abrir su propio estudio en Portland.

La mejor bailarina de ese estudio, para mi desgracia, era Kiara Snyder, con quien no me llevaba muy bien. Prácticamente la odiaba, aunque no era la única: todas las del estudio lo hacíamos. Era una persona muy superficial que solo pensaba en sí misma. En otras palabras, la pareja perfecta para Eric Woods.

Desde pequeñas siempre habíamos competido la una contra la otra. Al principio todo iba bien, pero a eso de los diez años Kiara empezó a insultarme y a meterse conmigo, harta de que siempre o casi siempre quedara en mejor posición que ella.

Así que cuando había una competencia, la evitaba. Kiara y yo éramos como una gran bomba cuando nos juntábamos y como en los concursos estaba prohibido agredir físicamente a los participantes, prefería no toparme con su cara bonita.

Lo de las profesoras era otra historia. Digo esto porque cuando Hannah y Summer se encontraban por los pasillos por casualidad, enseguida saltaban las pullas y las burlas. Recuerdo que una vez casi llegaron a las manos; suerte que Sarah y yo estuvimos ahí para evitarlo.

Kara bufó.

—Odio cuando Hannah os presiona de ese modo.

Como para no. Antes muerta que perder ante Summer. Lo mismo decía yo, pero cambiando a Summer por Kiara.

—No importa. Creo que la que más se está presionando soy yo.

—No deberías hacerlo, Maddie —dijo Álvaro. Alargó una mano y la depositó en mi mejilla, acariciándola con suavidad—. A veces pienso que trabajas demasiado.

—Debo hacerlo si quiero ganar los Nacionales. Ya sabéis que este año, si quedo entre los cinco primeros puestos, podré representar al país en los internacionales y...

—...que ese es tu sueño —terminó la frase.

Puse los ojos en blanco.

—Como sea, recuerda que también debes centrarte en los estudios —me recordó Kara.

—Ajá.

No pude evitarlo, bostecé. Me moría de sueño. Gracias al cansancio había hecho un ensayo más bien regular, soportando todas y cada una de las críticas de Hannah. Hoy me acostaría temprano, así recuperaría las horas de sueño perdido.

Dejé a Kara y a Álvaro en la cocina y subí las escaleras. Me metí en la primera habitación de la izquierda, la habitación que compartía con Lea. Poco después de guardar las cosas, bajé a cenar.

La cena pasó con rapidez. Me encontraba dentro de una burbuja invisible. Notaba los estragos de la noche pasada y del día de hoy. Apenas fui consciente de que volvía al dormitorio y que me acostaba mucho antes de lo normal. De lo único que fui consciente fue del roce suave de las sábanas contra mi piel, de la sedosidad de la almohada. En cuanto apoyé la cabeza, caí rendida.

El martes no era el mejor día de la semana. Teníamos dos horas seguidas de educación física, lo que significaba que debía malgastar parte de mi energía en una clase en la que solo podíamos o bien jugar a fútbol y a baloncesto o bien ver el ensayo de las animadoras, cosa que no haría ni en un millón de años.

Sin embargo, ese día fue distinto.

—Hoy tenéis tiempo libre. Podéis hacer lo que queráis —nos informó el profesor, mirándonos fijamente.

Perfecto. Tenía dos horas para hablar con Lea mientras dábamos vueltas en la pista de atletismo.

Necesitaba tener una buena resistencia a la hora de aprender y ejecutar nuevas coreografías y eso solo se lograba corriendo.

Toda la clase se dispersó: los del equipo de baloncesto fueron a las canchas; las animadoras, hacia uno de los laterales del campo de fútbol artificial; otros prefirieron ir al campo de voleibol... y nosotras empezamos a trotar suavemente por la pista rojiblanca, aunque solo duramos dos vueltas gracias, ya que fuimos el blanco de las animadoras.

—Mirad qué monas las frikis —comentó Kaitlyn, la capitana de las animadoras. Vestía unos *leggings* negros y una camiseta sin mangas de un color amarillo chillón, al igual que el resto de las animadoras.

Todo el equipo rió con ella.

—¿Qué creéis que hacéis? —preguntó Scarlett, uno de sus dos fieles perritos falderos.

—¿No es obvio? —dije e hice ademán de volver a lo que había estado haciendo antes de que nos interrumpieran.

—¿Acaso no sabéis que este es nuestro territorio? —Jasmine nos lanzó una mirada venenosa.

—¡Oh, disculpa! ¿Desde cuándo pone vuestro nombre? —me burlé.

—Maddie... —me advirtió Lea en un susurro apenas perceptible.

Mi amiga odiaba meterse en peleas. Además, tenía el asombroso don de conseguir apagar las llamas de una inminente discusión antes incluso de que esta se diera. Yo, en cambio, no tenía objeciones cuando se me molestaba. Había estado envuelta en varias discusiones y disputas a lo largo de mi adolescencia, y por eso era consciente del carácter que tenía una vez que me estorbaban. Y Lea lo sabía; me conocía desde siempre y sabía cómo reaccionaría.

Como buena hermana y amiga decidí dejar que las aguas volvieran a su cauce. Así que, tragándome mi orgullo, comencé de nuevo a correr, alejándome de ellas.

Al final decidimos sentarnos en las gradas a charlar.

Horas más tarde, ese mismo día tuvimos Literatura con la señora Porter, quien no paró de parlotear sobre la importancia de saber el contexto histórico en el que se habían escrito las novelas.

—Bueno, clase, antes de marcharos quiero anunciar que tendréis que hacer un trabajo para dentro de dos semanas sobre uno de los tantos contextos históricos que hemos dado a lo largo del temario. El trabajo será en equipos que yo formaré —dijo dándole énfasis a ese “yo”. —Los grupos serán los siguientes: Matthew Davis, Charles Rogers, Clare Price y Ann Cooper formarán uno; John Tucker, Eric Woods y Lea Moon formarán otro; Ethan Martin, Caden Baker, Jack Taylor y Madison Moon formarán otro...

¡¿Qué?! ¡No fastidies! ¿Por qué a mí? Los tres chicos que serían mis compañeros eran los amigos del idiota y, además, todos ellos pertenecían al estúpido equipo de baloncesto del instituto. ¡Menuda suerte!

Ya sabía lo que pasaría en este trabajo: yo trabajaría como una mula mientras que ellos mirarían cómo lo hacía sin echarme una mano.

Más me valía imponerme.

Eric

Esto era un asco. ¿Por qué razón John y yo teníamos que trabajar con una empollona? ¿La profesora no se daba cuenta de que eso mancharía nuestra reputación?

La señora Porter nos asignó a cada grupo en contexto histórico en el que teníamos que trabajar; en nuestro caso nos tocó el barroco.

—Este trabajo valdrá un cincuenta por ciento de la nota global de mi asignatura, así que no voy a admitir trabajos mediocres —dijo—. Podéis iros.

Recogí los libros en silencio, resignado. No quería trabajar con ella.

—Deberíamos hablar con Lea antes de que se largue a donde sea que viva —me dijo John.

—Tienes razón.

Aunque, la verdad sea dicha, no me apetecía para nada. Pero no me quedaba de otra. Era trabajar juntos o suspender la asignatura, y como que no estaba dispuesto a hacerlo; bastante tenía ya con las matemáticas.

Eso me recordaba que tenía que buscar a alguien que pudiese ayudarme con esa materia.

John y yo no teníamos ni idea de en dónde vivía Lea y quiénes eran sus padres. A decir verdad, nadie lo sabía. Lo mismo pasaba con Madison. No obstante, sospechaba que ambas eran primas, ya que las dos llevaban el mismo apellido, aunque no se parecían en nada.

Mi amigo y yo nos levantamos de nuestros sitios en el fondo de la clase y recorrimos el aula hasta llegar a primera fila, en donde se sentaba nuestra compañera. Me fijé en cómo recogían sus libros sin ninguna prisa aparente. Madison había levantado las comisuras de sus labios rosados y había abierto ligeramente la boca, como si se estuviese riendo.

En efecto, cuando llegamos a su altura, pude escuchar su risa armoniosa.

—¿Podríamos hablar un momento contigo, Lea? —pregunté nada más llegar.

La risa de su amiga disminuyó hasta mitigarse por completo. Lea nos prestó atención, al igual que la friki de su amiga.

—Sí, claro. —Se volvió hacia la morena y le dijo—: Ve yendo al comedor, luego te alcanzo.

—Como quieras. —Se encogió de hombros, terminó de recoger sus cosas y se marchó.

—¿Qué queréis? —preguntó la rubia.

—Queríamos saber cuándo te vendría bien hacer el trabajo.

Lea pareció pensárselo varias veces. Al final, frunció el ceño y dijo:

—Ahora mismo no sé cuándo podría. Creo que estoy libre todas las tardes, pero no estoy segura.

Hagamos algo, ¿por qué no lo hablamos mañana?

No nos lo tuvimos que pensar.

—Vale. Esto... Hasta mañana —se despidió mi amigo, incómodo.

—Hasta mañana.

A las cuatro en punto empezó el entrenamiento de baloncesto. El entrenador fue muy insistente. Se pasó todo el tiempo gritándonos que éramos unos mantas.

Estábamos nerviosos porque el viernes teníamos un partido muy importante contra el mejor equipo de Portland, los Lions.

A unos metros de nosotros las animadoras ensayaban su coreografía. No pude evitar compararlas con Hayley, quien bailaba mucho mejor que ellas pese a su juventud. Les daba mil vueltas, por lo que había podido ver.

—¡Vamos, Eric, concéntrate! —gritó por tercera vez el entrenador, pasándose una mano por la calva.

Volví a centrarme en lo que más me gustaba: jugar al baloncesto. John pasó la pelota anaranjada a Jack, quien a su vez me la pasó a mí. Esquivando a Caden, quien intentaba hacerme un bloqueo, logré encestarla en el aro, ganándome unas palmaditas de mis compañeros.

—Buen entrenamiento, chicos. El viernes quiero que lo hagáis igual. Tenéis que demostrar qué equipo es el mejor de todos —se despidió antes de que entráramos en los vestuarios.

Me cambié de ropa mientras hablaba con mis compañeros de equipo. Mis amigos estaban en él, al igual que otros chicos que también eran populares en el Kensington. Yo era el capitán desde que Carl se fue a la universidad hacía dos años.

—John, Eric, ¿no sabréis por casualidad dónde vive Madison o su número telefónico? —nos preguntó Jack, cambiando su sudada camiseta del equipo por la que había llevado ese día a clase.

Últimamente esa chica parecía estar en todas partes, mirase por donde mirase. Menos mal que no la tenía en el grupo de clase; si no, habría sido el colmo de los colmos.

—No, lo siento —me disculpé—, pero creo que Lea, la chica con la que John y yo vamos a hacer nuestro proyecto, es familiar suyo. Cuando hablemos con ella, podríamos preguntarle por Madison si queréis.

—Os lo agradeceríamos mucho, chicos. Todavía no puedo creer que nos hayan asignado con ella, la reina de las frikis —dijo Ethan haciendo una mueca de desprecio.

—Ni nosotros que tengamos que hacerlo con su amiga, familiar o lo que sea —dije—. Desearía hacerlo con cualquier otra persona.

—Chicos, no seamos negativos —intentó animarnos John—. Serán frikis y todo eso, pero seguro que sacamos una notaza, teniendo en cuenta las calificaciones que sacan.

Mi amigo tenía razón. ¿Cómo no se me había pasado por la cabeza eso? Todo el mundo sabía que Lea y Madison siempre sacaban unas notas envidiables.

—¡Qué crack! —exclamó Caden—. No había pensado en eso.

—Solo espero que no se pongan pesadas.

Lo que menos quería sería que nuestra compañera estuviese tocándonos las narices todo el rato diciéndonos lo que teníamos que hacer.

Me puse las deportivas y até los cordones mientras escuchaba cómo mis amigos se burlaban de ellas, en especial de Madison.

—... no entiendo por qué lleva esa ropa tan... peculiar —decía Jack.

—¡Y sus gafas, Dios mío, qué espanto! —exclamó Ethan.

—Ya tengo bastante con verla en los pasillos. No creo que pueda aguantarla mientras estamos haciendo el trabajo. —Caden parecía asqueado.

Si solo supieran lo cambiada que estaba cuando se arreglaba, fliparían. Todavía me costaba creer que la chica que vino a hablar con mis padres sobre mi hermana fuera ella. No conseguía quitarme de la cabeza la imagen de ella vestida con normalidad, maquillada sutilmente. Esa imagen me ponía de verdad.

—A lo mejor la estamos juzgando sin conocerla —dije.

—Sí, claro —dijo Ethan sarcástico—. Las empollonas como ella no salen con chicos como nosotros. —Nos señaló—. Somos demasiado buenos para ellas.

Una vez guardado mis cosas en la bolsa, me senté en el banco de madera y esperé a que mis amigos terminaran.

—Lo que no entiendo es qué hace una persona como Lea con ella. Es guapa y sexy; su amiga, en cambio, es todo lo contrario.

John se acercó a mí y se sentó a mi lado.

—Creo que deberías decirles que se equivocan —susurró.

—No creo que deba decírselo.

—¿Decirnos qué, Eric? —preguntó Caden apartándose un mechón castaño de los ojos.

Mierda, nos habían escuchado. Suspiré . Sería mejor que confesara.

—Bueno, el domingo pasado mi madre invitó a la profesora de baile de Hayley a cenar y nunca adivinaríais quién vino a mi casa —confesé—. ¡Madison!

Mis amigos abrieron la boca de par en par durante unos instantes hasta que empezaron a desternillarse de la risa.

—Espera un momento. ¡Ella baila! —gritó Jack intentando contener la risa, al igual que el resto.

—¿Y cómo se le da a la friki? —se burló Caden.

—Chicos, no os desviéis. El caso no es ese. Cuando vino a mi casa, vestía como lo haría cualquier chica del Kensington, llevaba el pelo suelto y no llevaba gafas.

Mis amigos estaban estupefactos. Me miraban con la mandíbula desencajada y los ojos desorbitados.

—¿Cómo se veía? —quiso saber Ethan.

Sonreí evocando esa imagen. Estaba hermosa, bella. Lucía tan sexy, tan... No tengo palabras para describirlo.

—Estaba buena, mucho mejor que Kaitlyn y sus amigas.

Jack, Ethan y Caden sonrieron como lobos hambrientos.

—Creo que nos va a gustar trabajar con ella.

Puse los ojos en blanco. Típico de mis amigos.

Me compadecía de Madison, la que seguramente tendría que aguantar sus burlas esta semana.

Suspiré y cuando el último de mis amigos terminó de cambiarse y de guardar sus cosas, salimos de los vestuarios, riéndonos de cualquier cosa.

Capítulo 8

Eric

Tal y como supuse, mis amigos se burlaron de Madison el día siguiente. La pusieron en evidencia delante de todos, humillándola.

—Vaya, vaya. Mirad quién es, la bailarina —se burló Jack, girando sobre sí mismo de puntillas como si bailara.

Las animadoras no pararon de reírse como si lo que mi amigo había dicho fuera el mejor de los chistes.

—¿Por qué no nos haces una demostración?

Madison les miró con el rostro neutro.

—No, gracias, no quiero perder mi valioso tiempo con vosotros —contestó con rabia.

—Como si lo tuvieras. —Los chicos rieron, yo incluido.

Madison decidió no hacernos caso. Nos evitó, o lo intentó, durante todo el día. Cada vez que nos metíamos con ella, hacía oídos sordos. Las animadoras también aprovecharon la información para arremeter contra ella, aunque supuse que lo hacían porque no se creían lo que oían. Que Madison fuese bailarina no era muy creíble que digamos, sobre todo en un instituto en el que su reputación estaba por los suelos.

Pronto el miércoles dio paso al jueves y este al viernes. Ese día fue muy importante para mí: jugábamos contra los Lions. El partido era después de clase y todos los del instituto asistieron, desde los novatos hasta los que cursábamos último curso.

Todo fue sobre ruedas. Desde el principio conseguimos llevarles ventaja hasta tal punto de vencerles.

Una gran ola de emoción me inundó de pies a cabeza. Los del equipo me alzaron sin parar de reír por haber encestado las últimas tres canastas.

Tras el partido festejamos la victoria a lo grande. Todos los de clase fuimos a *Mystics*. No obstante, no pude quedarme mucho; al día siguiente mi hermana tenía una competición en Seattle y toda la familia tenía que madrugar para coger el maldito autobús de la compañía de baile para ir. Así que fui uno de los primeros en irse a casa.

El sábado me vi obligado a levantarme temprano. Ya desde primera hora de la mañana mi hermana estaba como una moto, yendo de un lado para el otro.

—¿Has cogido los trajes? —preguntó por milésima vez mientras desayunábamos.

—Sí, cariño, los he guardado en tu maleta —le respondió mamá sonriendo.

—¿Y los zapatos? —insistió.

—Hayley, tranquilízate. Ya está todo listo —dijo papá con aire tranquilizador.

Mi hermanita asintió con la cabeza y se sentó al lado de Andrew. Continuamos desayunando y al finalizar todos subimos a nuestras respectivas habitaciones para prepararnos.

Como era una ocasión especial para Hayley, decidí vestir mis pantalones favoritos con una camisa a cuadros que resaltaba el azul de mis ojos. Después, peiné mi cabello con gomina hacia un lado y me embadurné en colonia.

Me aseguré de que había metido todo lo indispensable en la bolsa de mano que llevaría y cuando todo estuvo preparado, bajé las escaleras y fui hacia el salón, en donde esperé

pacientemente a que el resto llegara, quienes no tardaron en aparecer.

—¿Todo listo, chicos? —nos preguntaron papá y mamá en cuanto entraron por la puerta.

—Sí.

No hubo que añadir más. Juntos salimos por la puerta y metimos el equipaje en el maletero.

¡Madre mía! Mi hermana no era la única que estaba histérica, sino que todo su grupo lo estaba. Parecía que se habían bebido litros y litros de cafeína pura, ya que no paraban de moverse.

Cuando llegamos, ya había bastantes chicas allí. Según tenía entendido, en esta competencia solo participarían los grupos sénior e infantil, por lo que inevitablemente Madison vendría.

Viajaríamos a Seattle en un único autobús. Por lo que veía, las mayores viajarían solas, sin ninguna compañía visible. Las pequeñas, en cambio, iban acompañadas de sus padres, quienes en esos momentos hablaban unos con otros.

Un poco apartadas de los demás se encontraban seis chicas de mi edad charlando animadamente.

Divisé a Madison entre el grupo, quien llevaba, para mi sorpresa, el pelo suelto y no usaba sus habituales gafas. Era tan extraño verla vestida con ropas normales que al principio me impactó.

Supuse que todas ellas competirían en la categoría sénior. Estaban muy relajadas o eso parecían. Seguro que ellas ya estarían acostumbradas.

No veía a Hannah Brown, la propietaria del estudio, por ninguna parte.

—¿Te interesa alguna en especial? —preguntó Dylan, acercándose a mí y sacándome de mis pensamientos.

—¿Eh?

Mi hermano puso los ojos en blanco y señaló a las chicas.

—No dejas de mirarlas, Eric. Así que dime, ¿quién de todas te interesa?

Tenía razón; sin ser consciente había estado mirándolas sin disimulo.

Las miré con detenimiento. Todas ellas se veían hermosas, pese a que vestían con el uniforme del equipo: unos pantalones deportivos negros y una sudadera del mismo color con el logo del estudio en colores llamativos en el centro. No obstante, solo una de ellas llamó mi atención: Madison.

¡¿Qué narices estaba diciendo?! ¿Desde cuándo yo me fijaba en alguien? ¿Y por qué demonios debía ser ella? Una idea cruzó por mi mente. No, no podía gustarme una sola chica; yo solo me liaba con las chicas, nada más.

—Ninguna, Dylan.

Sabía que con esas palabras me estaba mintiendo a mí mismo pues no podía dejar de pensar en cierta chica de ojos esmeraldas.

Sacudí la cabeza como si así todas esas estupideces se pudieran borrar de mi mente.

Maldita Madison.

—Buenos días, chicas. ¿Estáis preparadas para la acción? —saludó una voz que reconocí como la de la dueña del estudio.

Hannah Brown estaba allí, sonriendo. Tras unos minutos de saludos, el autobús se puso en marcha, rumbo a Seattle. Poco después de arrancar ya estaba deseando bajarme de allí. La razón era sencilla: me encontraba rodeado de personas que apenas conocía, sin contar mi familia, aburrido como un mono.

Al final, desesperado, fui hacia los asientos traseros en busca de diversión. Busqué a mi presa

y en cuanto la vi, sentada junto a una chica rubia que en esos momentos reía por la pésima interpretación musical de su amiga, sonreí de lado.

—Hola, encantos —saludé con voz seductora, sentándome en el asiento de al lado.

La rubia me miró con ojos soñadores, batiendo sus pestañas con coquetería. Su amiga, en cambio, puso los ojos en blanco.

—Hola —saludó ella—. Tú eres el chico que vi el lunes en el estudio, ¿verdad?

Amplí mi sonrisa, orgulloso de que me recordara.

—Sí. Permíteme que me presente como es debido. Soy Eric Woods, hermano de Hayley. — La señalé, sentada junto a una niña un año mayor que ella.

—Encantada. Soy Sarah Parker. —Sonrió.

Miré a Madison, quien en ese breve periodo de tiempo había centrado su atención en el paisaje que la ventana le ofrecía: la energía electrizante de una ciudad que en esos momentos estábamos pasando. Los altos edificios se divisaban a lo lejos y sus ciudadanos avanzaban con rapidez por sus calles.

—Dime, Sarah, ¿tu amiga es siempre así de maleducada?

Posó su mirada en Madison, la que permanecía ajena a todo. Tenía la mirada perdida, como si estuviese pensando en algo profundamente. Sarah la sacó de su mundo dándole un codazo en las costillas.

—¡Sarah! —exclamó, llevándose una mano a esa zona y dibujando una mueca de dolor—. Guau, si quieres que no hagamos el dueto, solo tienes que decírmelo. No hace falta que me lesiones —se burló.

—Muy graciosa. —Puso los ojos en blanco—. Lo haremos a toda costa y ganaremos.

—¡Esa es la actitud! Aplastaremos al resto de duetos como si se trataran de cucarachas.

Muy bien, ¿qué estaba pasando? ¿Desde cuándo las chicas ignoraban al gran Eric Woods? ¿Desde cuándo hablaba de mí mismo en tercera persona?

Carraspeé para llamar su atención.

Las dos volvieron a centrar su atención en mí.

—¿Qué es lo que quieres, idiota?

El comentario tan directo de Madison junto a esa manera de llamarme me hicieron sonreír, como si en vez de haberme insultado me hubiese hecho el mayor de los cumplidos.

—Solo busco conversación, friki —se la devolví.

Sarah nos miró, primero al uno y luego al otro, divertida. Cuando paró de hacerlo, se le escapó una risita traviesa.

—Tranquilos, chicos. Si queréis daros el lote, no lo hagáis delante de mí, por Dios —dijo.

Ambos la miramos, horrorizados.

—¡¿Qué?! —exclamamos.

—¿Yo?... ¿con él?... —Madison me dio un vistazo rápido, torciendo el gesto en una mueca de asco—. ¡Nunca!

—¿Yo?... ¿con ella?... —La señalé—. ¡Imposible!

Sarah soltó una estridente carcajada.

—Por favor, solo hay que ver la reacción que acabáis de tener. —Puso los ojos en blanco.

Para mi sorpresa, Madison se ruborizó. Desvió la mirada y la posó en un punto infinito, avergonzada.

Cuando recuperó la compostura, minutos más tarde, miró a su amiga con los ojos llameantes de furia.

Madre mía, aquí venía un arranque.

—Sarah, déjalo —susurró. Percibí una nota de amenaza en sus palabras.

Contra todo pronóstico, Madison no estalló ni gritó. Tuvo un comportamiento muy maduro para ser una chica de diecisiete años. Me pregunté cuál sería la razón.

—Pero... —empezó a objetar su amiga, pero fue cortada antes de siquiera poder continuar hablando.

—¿Qué es lo que he dicho? —Alzó un poco más la voz.

Sarah masculló algo ininteligible entre dientes y después suspiró con hastío.

Jamás habría imaginado ese lado de Madison. Siempre me la había imaginado como una chica remilgada que nunca alzaba la voz. En ese momento me quedó claro que era todo lo contrario cuando algo la molestaba.

Al final, cansado de que no me hicieran caso, volví a mi asiento.

Cuando el chófer estacionó el vehículo en el aparcamiento, me levanté de mi asiento como un resorte.

Había sido el viaje más largo de toda mi vida. Suerte que había podido hablar con mis amigos vía mensaje.

Bajé del autobús junto a todos los demás y, antes de pisar la acera, me quedé de piedra.

Miles, por no decir millones, de personas gritaban el nombre de la compañía de baile de Hannah a pleno pulmón. Todas llevaban carteles en sus manos con el nombre de las chicas del grupo sénior. Uno de los que más se repetía era el de Madison.

Joder.

Seguí a las chicas por el pasillo humano que se había formado. Nunca en mi vida había visto a tantas chicas de esa forma tan histérica, salvo en los conciertos de algún grupo famoso.

En ese momento me pregunté si quizá Madison no sería famosa. Sabía que había muy pocas posibilidades, pero las había. Solo había que ver con qué ímpetu gritaban su nombre.

El edificio parecía estar hecho especialmente para recibir a un número desbordante de gente. Era inmenso, un lugar con pasillos laberínticos. Si por mí fuera, ya me habría perdido por sus largos corredores de paredes blancas y de suelos de baldosas grises.

Por el camino nos encontramos con otro grupo. Al igual que las del *Hannah Brown Studio*, también iban vestidas con el uniforme de su estudio. En este caso consistía tanto los pantalones deportivos como las chaquetas eran de un color azul celeste. Todas iban con la cabeza bien levantada, caminando con orgullo.

Cuando nos vieron, la que parecía ser la dueña del estudio al que representaban habló.

—Vaya, vaya —dijo con una voz demasiado aguda—. ¡Mirad a quiénes tenemos aquí!

Las chicas que iban con ella, tanto las que serían de mi edad como las que eran de la edad de mi hermana, rieron burlescamente. Una en especial llamó mi atención. Morena, ojos tan azules como el cielo en un día despejado, rostro redondeado y hermoso. ¡Dios mío, menuda belleza!

Hannah suspiró, exasperada.

—¿Qué quieres, Summer?

—Solo decirte que andes con cuidado. Hoy mi equipo arrasará con todo.

Las niñas, sus padres y yo estábamos desconcertados. ¿Quién narices era esa señora?

—No te tenemos miedo. Mi equipo ha trabajado muy duro.

—Ya veo. —Avanzó unos pasos y miró a las novatas—. Tienes dos equipos, por lo que puedo observar. ¿No confías en el primero? —se burló esa tal Summer.

Hannah rió, mirando a las mayores. Todas ellas estaban en primera fila, mirando con odio al

grupo de Summer. Pude notar un brillo perverso en los ojos de la chica que me había llamado la atención, quien tenía sus hermosos ojos clavados en los de Madison.

—Claro que confío, pero olvidas que soy propietaria de uno de los mejores estudios del país y que doy clases de baile a chicos y chicas de diferentes edades, no como otros. —La miró de arriba abajo con desprecio supuse. Me encontraba casi al final, junto a las niñas.

—Eric, ¿qué está pasando? —me susurró mi hermana, asustada.

Me puse en cuclillas.

—No lo sé, aunque supongo que la dueña de ese estudio y la vuestra se odian a muerte. No te preocupes por eso, tú céntrate en tu solo, ¿vale? Vas a estar fabulosa —intenté animarla.

La abracé con fuerza y besé su frente.

—Así que tienes un grupo infantil —comentó Summer.

Me enderecé, poniendo a mi hermana detrás de mi cuerpo en ademán protector.

—Ajá.

—Y ya te da tiempo de coreografiar los bailes de los dos grupos.

—Yo no he sido la responsable de su baile, aunque sí lo he visto —dijo Hannah.

—Entonces, ¿quién lo ha coreografiado? No veo que hayas traído a alguien más. —Miró todo el grupo buscando a esa persona inexistente.

Hannah volvió a reír.

—A diferencia del tuyo, mi estudio tiene estudiantes muy prometedores, tanto que una de mis alumnas se ha encargado del baile grupal y de los dos solos que participarán en esta competencia.

—¿Y se puede saber de quién se trata? —siguió indagando Summer. ¡Dios mío, que alguien callase a esta mujer! No soportaba su voz chillona.

Hannah se volvió hacia su grupo y señaló a la culpable.

—Madison.

Enseguida todas las chicas del estudio de Summer estallaron en carcajadas, ella incluida. Madison permaneció seria, sin inmutarse, hasta que una a una fueron recuperando el control.

—Así que tú has creado esos bailes —se burló la belleza del grupo contrario—. Pobres niñas, van a quedar en ridículo.

—¡Cierra el pico, Kiara! —la mandó callar Madison.

—Mira cómo tiemblo —se burló la chica—. Será mejor que nos larguemos. Tanta falta de talento me está dando náuseas.

Todas se rieron de su comentario y comenzaron a avanzar por el pasillo. Poco a poco, sus risas fueron desapareciendo, hasta disiparse por completo.

Un silencio intenso se adueñó del grupo. Nadie sabía qué decir ni cómo actuar. Las nuevas estaban desconcertadas y las expertas parecían haberse quedado mudas.

—¿Qué acaba de pasar, Hannah? —se animó a preguntar mi madre.

Hannah se volvió y nos miró a todos, tanto a los que acabábamos de empezar como a las que llevaban muchos años con ella.

—Esa mujer que acaba de intentar desmotivarnos es Summer Carlton, la fundadora del *Great Dancers Studio*. Siento no haberos avisado con antelación, pero no he podido. El caso es que esa mujer y yo no nos llevamos muy bien que digamos. Nuestras compañías han sido rivales desde que se fundaron.

—Deberías habernos avisado —dijo papá, frunciendo el ceño. Mi padre solo hacía ese gesto cuando realmente estaba enfadado. Como para no, teniendo en cuenta lo que acababa de suceder.

—Lo siento, pensé que se comportaría.

—Hannah no tiene la culpa. Yo soy la culpable —dijo Madison defendiendo a su profesora—. Fui yo la que hablé con vosotros y a la que se le olvidó mencionaros ese pequeñísimo detalle.

—Pero ella es la propietaria del estudio de baile. Ella es adulta; tú, en cambio, todavía vas al instituto —contraataqué.

Madison puso los ojos en blanco. Me lanzó una mirada como diciendo: “No empecemos”.

—Eso da igual, ahora lo que importa es que debéis quedar en una buena posición, en especial las mayores —dijo la madre de una de las niñas, cuyo nombre desconocía.

Las sénior se miraron entre sí y soltaron un par de risitas divertidas. Alcé una ceja, intrigado.

—Hannah no acepta que quedemos en una posición inferior al estudio de Summer —nos explicó Sarah.

Todos nos encontrábamos sentados en nuestros respectivos sitios. Mamá se había reunido con nosotros hacía poco debido a que había estado preparando a Hayley para su solo.

La competencia duraba todo el día; por la mañana competían los más pequeños y por la tarde, los mayores. Es por eso que las chicas del grupo sénior se encontraban con nosotros, salvo Madison, quien estaba ayudando a Hannah con los últimos detalles, según me dijeron.

—Y ahora en la categoría infantil tenemos a Hayley Woods con *Watch Me* —anunció el presentador.

Al instante mi dulce hermana salió a escena, vestida como una diva. Llevaba unos pantalones y una camiseta plateados, y el pelo estaba recogido en un moño rizado. Llevaba mucho maquillaje para mi gusto, pero aun así se veía perfecta.

En cuanto la marchosa música empezó a sonar por los altavoces, Hayley empezó a moverse con una pasión y con un aire tan superior que pensé que mi hermana había sido abducida por los extraterrestres. A pesar de que su solo únicamente duraba un minuto, Hayley nos dio un claro mensaje: que le gustaba lo que hacía y que quería seguir haciéndolo por mucho tiempo más.

Aplaudí con fuerza cuando terminó, levantándome del asiento y silbando como si no hubiera un mañana. Hayley se levantó del escenario, saludó y salió de él sin salirse de su papel.

—Ha estado magnífica, ¿no crees, mamá? —pregunté, girando la cabeza hacia ella, quien estaba sentada a mi lado.

Mamá lloraba de la emoción. Era la primera vez que su hija salía a escena en un concurso, por lo que era lo más normal.

Asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Papá le apretó la mano que sostenía, sonriendo con orgullo.

Tres números después, salió su compañera. También lo hizo de maravilla. Hannah Brown tenía bailarines muy prometedores es su equipo infantil.

Los otros estudios tampoco lo hicieron mal. Tenía que admitir que había mucha competencia y que quizá Hayley no consiguiera quedar en un buen puesto después de todo, aunque quién sabía.

Mamá volvió a irse para preparar a Hayley para el baile grupal. Lo mismo hicieron el resto de madres.

Mientras el resto de rivales mostraban su número al jurado, yo me dediqué a hablar con mis amigos por mensajes.

“¿Cómo va la cosa?”, preguntó Jack.

“Bien. Hayley ya ha hecho su solo”, respondí.

“¿Cómo ha estado esa granujilla?”, escribió John minutos después.

Sonreí. Mi mejor amigo le tenía mucho aprecio a mi hermana.

“Fabulosa a mi parecer, pero es el jurado el que tiene la última palabra”.

Mientras que en la pantalla aparecía el icono que significaba que alguien estaba redactando un mensaje, miré cómo un grupo de niñas un poco más mayores que Hayley ejecutaba un número acrobático. Me pregunté cómo demonios serían capaces de hacer esos ejercicios que parecían tan difíciles.

“No te preocupes, seguro que queda en una buena posición”, me envió Ethan.

—A continuación el número sesenta con *When we are Young* —anunció el presentador.

Rápidamente abrí la aplicación de la cámara fotográfica y dentro de esta busqué la cámara de vídeo.

Cuando la tuve lista, esperé a que las niñas salieran para ponerla en marcha.

No tuve que aguardar mucho. Segundos después todas estaban en el escenario, recibiendo una calurosa oleada de aplausos de ánimo. Llevaban unos hermosos vestidos con bordados infantiles y el cabello recogido en dos trenzas de las que sobresalían dos lazos blancos.

Empecé a grabar en cuanto escuché que la música empezaba a sonar por los altavoces. Hice una mueca al comprobar que la melodía era lenta. Odiaba esa clase de canciones; siempre me adormecían.

Las niñas empezaron a moverse al son de la música. Pude notar que se estaban esforzando al máximo, dejándose la piel en el escenario. Puse el zoom y me centré en mi hermana, quien parecía estar en su salsa bailando en el escenario.

Todas los que estábamos relacionados con el *Hannah Brown Studio* estábamos embobados viendo cada movimiento. Siendo sincero, no sabría decir si habría habido algún error o no.

Cuando terminaron, toda la sala estalló en aplausos. Las niñas, satisfechas consigo mismas, saludaron al público y salieron del escenario.

Una hora después, todos fuimos tras bastidores. Estaba ansioso por ver a Hayley y felicitarla.

Pronto divisé una cabellera rubia a lo lejos. Sabía que se trataba de mi hermana, pues nadie más de su equipo tenía el mismo tono. En cuanto me vio, vino corriendo hacia mí, diciendo:

—¡Eric, Eric!

La abracé con fuerza.

—¡Has estado fantástica, pequeña! —exclamé. Después bajé la voz hasta susurrar en su oído —: Estoy muy orgulloso de ti.

Soltó una risita mientras el resto de sus compañeras fueron uniéndose al grupo.

—Tengo algo que anunciaros —dijo Hannah una vez que estuvo con nosotros. Ella, al igual que las madres, había estado yendo y viniendo de los vestuarios para ayudar a prepararlas y darles consejos de última hora.

—¿Qué pasa? —se preocupó una de las niñas.

Fruncí el ceño. Creo que se avecinaban problemas. Quizá alguna de las niñas había hecho algún error durante el baile grupal o simplemente a Hannah no le había gustado el número. En dado caso, Madison estaría en un aprieto.

—Nada grave. Solo quería comunicaros que en mi estudio el día de la competición tenemos una tradición: salir a cenar una vez que la competición ha finalizado. Obviamente, todos los gastos los pagaré yo.

Al instante, el rostro de todos los presentes se iluminó, salvo los de las chicas, quienes ya sabrían de qué iba la cosa.

—¿Tienes pensado a dónde podríamos ir? —preguntó mamá con los ojos destilando ilusión.

—Hay un restaurante en el que sirven una espléndida comida que está muy cerca del hotel. Siempre que venimos a Seattle vamos allí.

La idea de cenar fuera con un grupo de personas de las que apenas sabía algo no me atraía en absoluto.

Prefería cenar tranquilamente con mi familia, pero, visto cómo le había gustado la idea a mamá, no me iba a quedar otra que aguantarme.

Eran poco más de las dos cuando salimos de allí. El día era fresco pese al sol deslumbrante que iluminaba las calles ahora llenas de vida. Solo teníamos dos horas para almorzar y descansar un poco, ya que Madison y compañía debían volver pronto para empezar a prepararse.

Así que dos horas después nos encontrábamos todos allí de nuevo. Observé durante un largo instante a las chicas. No parecían estar muy nerviosas o sobrellevaban muy bien los nervios. Las pequeñas las miraban con admiración, preguntándose quizá cómo se moverían sobre el escenario. Siendo sincero, sentía curiosidad por cómo lo haría Madison, si lo haría bien o no.

Ella no me interesaba para nada. Solo quería saberlo porque íbamos juntos a clase. Además, quién sabía si ella era mucho mejor que Kaitlyn y sus perritos falderos.

—¿Podemos ir a los vestuarios con ellas? —preguntó Hayley cuando estábamos a punto de tomar distintos caminos: nosotros iríamos a la sala en donde se encontraba el escenario y ellas, hacia los vestuarios.

—¡Hayley! —la reprendió mamá.

—No pasa nada, señora. A nosotras no nos molestarían —dijo Sarah con amabilidad, sonriéndole.

—Entonces, ¿podemos ir? —preguntó otra de las niñas, apartándose un mechón azabache de los ojos mostrándonos unos ojos muy abiertos por la expectación.

Hannah sonrió y asintió.

—Por supuesto. Así podréis observar cómo actúan las chicas del grupo sénior de la academia.

Todas soltaron gritos de júbilo. Una a una se fueron despidiendo de sus padres y siguieron a las expertas por el pasillo hasta perderse en él.

Fuimos de nuevo al gran salón. Estaba repleto de gente, no había ni un solo asiento libre, únicamente los nuestros. El show estaba a punto de volver a comenzar después de la parada de dos horas que habían hecho para poder almorzar.

—Bienvenidos de nuevo señoras y señores a la competición de danza *Make a movement*. Nos quedan por ver los grupos adolescente y sénior, un fuerte aplauso para ellos —nos comunicó el presentador. Toda la sala obedeció, al igual que nosotros—. Sin más, demos la bienvenida al número doscientos tres.

Estuve más de una hora mirando la pantalla de mi teléfono, hablando con John o jugando a algún juego.

Estaba más que harto de estar allí.

—A continuación tenemos el número doscientos cincuenta y dos, un fuerte aplauso para *Oportunity*.

La gente aplaudió con ganas.

Una chica salió al escenario, una chica que yo conocía muy bien.

Madison.

Abrí la boca con asombro al ver la manera en la que movía su cadera cuando caminaba por el escenario, coquetamente. Vaya, no conocía ese lado oscuro de ella, ese lado tan sexy.

Llevaba un traje de dos piezas compuesto por un top que dejaba su ombligo al descubierto y

que resaltaba sus pechos, más grandes de los que parecían gracias a la horrible ropa que solía usar, y una falda con vuelo. Ambas partes eran una mezcla de azul oscuro tirando a negro y violeta que le sentaban de miedo. El pelo lo llevaba recogido en un moño bajo, mucho más elegante que los que estaba acostumbrado a ver.

Se paró en el centro del escenario con las piernas cruzadas y la mirada puesta en el suelo, como si temiera levantarla.

Llegó el momento que estaba esperando. Por fin sabría si esa chica sería buena o no.

Cuando el primer acorde de la canción brotó por los altavoces, ella alzó la mirada y la posó en nosotros, lanzándonos una mirada de desprecio. Empezó a moverse de forma tan dulce y delicada que me conmovió. De vez en cuando, mientras bailaba, combinaba alguna mirada de aversión a nosotros, como si fuésemos las peores personas con las que se había topado. Terminó el baile tendiéndose en el suelo, de espaldas al público, sacudiendo el cuerpo como si estuviese llorando.

Aplaudí, totalmente emocionado. Había sido lo mejor que había visto en mi vida. ¡Menuda interpretación! Madre mía.

—Vaya, no sabía que te gustaría tanto ver a esa chica —susurró mamá, quien estaba sentada a mi lado.

—Oh... Esto... No ha estado mal.

No entendía qué me pasaba con esa chica. No me interesaba, de eso estaba más que seguro. No éramos compatibles, éramos como el agua y el aceite.

—¡Que no ha estado mal! —Mamá rió—. Vamos, hijo, ni tú te lo crees. Ha estado fabulosa. La mejor de todas.

Puse los ojos en blanco. Típico de ella. Siempre pensaba que lo mejor estaba dentro del equipo al que ella pertenecía. Estaba completamente seguro de que si Madison hubiese pertenecido a otro grupo, mi madre habría pensado que no era para tanto, que había otras.

—Por favor, siempre dices lo mismo.

—Eric —dijo papá, uniéndose a la conversación—, tu madre tiene razón. Hannah nos ha dicho que Madison el año pasado quedó primera en su categoría en los nacionales. Ya has visto cómo se ha movido en el escenario, como si lo conociera tan bien como la palma de su mano. Es una experta en esto.

Suspiré. Lo que me faltaba. ¿Por qué insistían tanto en ese tema? Ni que fuera su hija...

—Me ha gustado, ¿contentos? —dije de mala gana.

Mis padres se lanzaron miradas de complicidad, pero no dijeron nada más.

Volví a centrar toda mi atención en la pantalla de mi teléfono. Tenía dos mensajes de John. Uno de ellos decía “¿Cómo va la cosa?”, y el otro agregaba para mi mala suerte “¿Ya ha salido la friki?”.

Tras contestar ambos mensajes, guardé el móvil. No sabía cuántos números habían pasado desde el de Madison, aunque supuse que muchos.

—A continuación demos una calurosa bienvenida a número trescientos con *Starry Night*.

Mis manos se movieron automáticamente para aplaudir.

Sobre el escenario aparecieron Sarah y Madison tomadas de la mano. Llevaban un hermoso vestido de un azul marino oscuro precioso repleto de pequeñas piedras que simulaban estrellas. La manga francesa daba paso a un escote de forma de corazón que se pegaba a sus cuerpos como si de una segunda piel se tratara. La falda, corta, terminaba en suaves ondas.

Si antes pensaba que Madison estaba hermosa, en ese momento lo estaba más. Además, el maquillaje, sutil, era perfecto para la ocasión.

Las dos se sentaron en el escenario, la una mirando a la otra con una sonrisa en los labios.

Comenzaron a bailar y desde el principio supe que las dos estaban completamente sincronizadas. Iban a la par. Fue maravilloso ver cómo ambas trabajaban en equipo. Se notaba que ansiaban ganar, se estaban esforzando al máximo.

Aplaudí con entusiasmo al finalizar el baile, sonriendo. Pese a no ser una canción que escucharía, me había gustado mucho la coreografía. Me pregunté cómo se les ocurrirían. El baile grupal de la compañía de danza de Hannah no tardó en llegar. Madison y Sarah tuvieron el tiempo justo para cambiarse, ya que en poco menos de quince minutos las vi de nuevo en escena, asombrando al público con un baile que yo jamás hubiese imaginado que mi compañera de clase haría. Era sensual, coqueto y sexy, unas palabras con las que yo nunca habría descrito a Madison.

Cada día me sorprendía más esa chica.

Eran casi las ocho de la tarde cuando todos los participantes finalizaron. Dejaron media hora de descanso antes de anunciar a los ganadores.

—...En la categoría infantil de solos en décimo lugar tenemos a Amanda Astrof del *Hannah Brown Studio* —dijo el presentador con ese tono de voz que ya no aguantaba más.

La niña, un año mayor que mi hermana, se levantó y fue al centro a recoger su diploma.

—...En tercer lugar tenemos a Hayley Woods.

Aplaudí con fuerza, guiñándole un ojo. Mi dulce hermanita se levantó de su sitio y fue al centro, en donde le dieron un trofeo. Sonreí con orgullo. Era la primera vez que Hayley competía y había ganado algo.

Dejé de escuchar a presentador hasta que empezó a decir los nombres de los bailes grupales infantiles ganadores.

—...En tercer lugar tenemos el número veinte. Un fuerte aplauso para ellas. —Una de las componentes del grupo se levantó de la parte trasera del escenario y recogió el premio—. En segundo lugar tenemos al número sesenta con *When we are Young*.

Amanda se levantó y se acercó al centro. Me fijé en el resto del grupo, quienes se sonreían por haber quedado segundas, un puesto difícilísimo de logra a mi parecer, teniendo en cuenta que era la primera vez que competían.

Quince minutos después, llegaron la categoría sénior. Empezaron con los solos.

—Ha sido una competición muy intensa —decía el presentador—... En cuarto lugar tenemos a Susana Diaz. —La chica se levantó del lugar en donde estaban sentadas todas las chicas del estudio de Hannah y recogió su premio—. En tercer lugar tenemos a Tamara. —Otra chica del mismo estudio se levantó y repitió el mismo gesto que su compañera—. En segundo lugar está Kiara Snyder. —Oh, Dios mío. Ella era el pibón con el que nos habíamos topado en los pasillos cuando entramos por primera vez, una de las componentes del grupo enemigo de la directora del estudio—. Y en primer lugar tenemos a Madison Moon, quien ha logrado la máxima puntuación de todo el concurso. —La aludida se levantó y fue al centro, en donde fue coronada como la mejor bailarina de su categoría. Sonreía sin parar. Su sonrisa era natural, no como la de Kiara, quien sonreía con falsedad. Más bien parecía estar asesinándola con la mirada.

En la categoría de duetos Sarah y Madison lograron la mayor puntuación, al igual que en la grupal. Esas chicas eran unas profesionales por lo que veía. No solo por cómo bailaban, sino que también por cómo actuaban las que habían quedado en posiciones inferiores. Las chicas se animaban, se abrazaban y reían juntas. Ese sí que era un equipo en condiciones, apoyándose las unas en las otras.

Capítulo 9

Eric

El domingo salimos pronto de Seattle. Apenas fui consciente del viaje, ya que iba adormilado, escuchando música y perdido en mis pensamientos.

Llegamos a la academia de baile sobre las diez y media. Sonreí, aliviado al comprobar que tenía tiempo de sobra para prepararme. John y yo habíamos quedado con Lea a las doce para hacer el trabajo de literatura. Al final, habíamos decidido hacerlo en la casa de ella, a pesar de sus objeciones, por lo que el viernes nos dio su dirección. No entendía por qué razón no quería que fuésemos a su casa.

Así que nada más llegar a la mía me di una ducha bien larga. Dejé que el agua caliente recorriera mi piel y me relajara mientras escuchaba mi repertorio de canciones favoritas. Una vez listo, cerré la llave, cogí una toalla y me sequé tranquilamente. Después fui a mi habitación con la toalla enrollada en mi cintura y empecé a vestirme.

Me peiné como siempre, dándole a mi pelo ese aire desordenado que tanto gustaba a las chicas. Me puse algo de colonia masculina.

El timbre se oyó por toda la casa.

—¡Eric, John ya está aquí! —gritó mamá desde el piso de abajo.

Cogí todo lo que creí que sería necesario a la hora de elaborar el proyecto y lo guardé en la mochila.

Cogiendo tanto las llaves de casa como las del coche y dándome un último vistazo en el espejo, salí de mi habitación y bajé las escaleras con rapidez.

John estaba sentado en el sofá, hablando educadamente con mamá. Él era esa clase de persona que caía bien a todo el mundo.

—¿Listo? —pregunté.

Mi amigo se levantó del sofá, asintió a lo que mi madre le había estado diciendo y que yo no había podido escuchar, y empezó a caminar hacia la entrada de la estancia, en donde yo estaba apoyado.

También traía consigo una mochila.

—¿Qué tal te lo has pasado?

—Buenos días a ti también —dije con sarcasmo.

John puso los ojos en blanco.

—¿Has bailado mucho? —se burló cuando salimos de mi casa.

Recorrimos el jardín delantero hasta llegar a la acera, en donde estaba aparcada la más valiosa de mis posesiones: mi coche. Saqué las llaves de la mochila y lo desbloquéé.

—No me hables de eso. No sabes la cantidad desbordante de bailes que ayer pude ver —me quejé.

Cuando llegamos a la altura del coche, abrí la puerta del copiloto e hice una reverencia cómica diciendo:

—Mi Lady.

John fingió ilusionarse y me tiró un beso, tal y como la mayoría de las chicas de nuestro instituto hacían.

Reí. En fin, ¿de dónde lo habrían sacado sus padres?

Rodeé el coche y, cuando todo estuvo en su sitio, pisé el acelerador.

—¿Tienes la dirección de Lea? —preguntó mi amigo poco después.

—Sí, pero no sé en dónde se encuentra exactamente. Aunque creo que dijo que vivía cerca del instituto, ¿no?

Asintió con la cabeza. Extendió su brazo.

—Pásame la hoja —pidió.

Le tendí el trozo de papel que había dejado en el salpicadero momentos antes de arrancar el coche.

—Tío, tienes que mejorar la caligrafía —fingió desagrado.

Sacó su teléfono móvil y metió la dirección en la aplicación de GPS que había instalado el verano pasado cuando se nos ocurrió la brillante idea de hacer un viaje por la costa en caravana.

—¡Qué extraño! —oí que decía. Le miré por el rabillo del ojo. Tenía el ceño arrugado, como si no lograra entender lo que ponía.

—¿Qué pasa?

John tardó un minuto en contestar. Metió una y otra vez la dirección, como si pensase que era incorrecta.

—Me indica que el Moonlight se encuentra a quinientos metros.

—¿Moonlight? John, ¿qué has buscado exactamente? —pregunté.

Bufó.

—Lo que ponía en la hoja. Sea lo que sea el Moonlight, Lea vive allí.

—O Lea nos ha dado una dirección falsa —indiqué. Era una posibilidad muy remota, teniendo en cuenta lo importantes que eran las notas para esa chica, pero una posibilidad al fin y al cabo.

Mi amigo me lanzó una mirada como diciendo “¿Tú estás tonto?”.

De pronto, el móvil de John empezó a sonar con una de las canciones más conocidas de género pop. Al instante, mi acompañante respondió la llamada.

—¿Sí? —Esperó a que la otra persona contestará—... De camino a casa de Lea —respondió mi amigo a la pregunta de la persona que estaba al otro lado del aparato—. ...Ya te dije que no sé en dónde vive, aunque puede que mi compañera lo sepa.

Mi amigo me miró mientras yo seguía conduciendo.

—Hagamos una cosa. ¿Por qué no venís con nosotros y le preguntáis personalmente? —Mi amigo escuchó atentamente—. ¿La dirección? Poned Moonlight en el GPS y os aparecerá... Sí... Nos vemos allí.

Paré en un semáforo en rojo. Le miré, expectante.

—Y bien ¿Quién era?

—Jack, Ethan y Caden van a venir con nosotros. Estarán en el Moonlight en diez minutos. Quieren preguntarle a Lea dónde vive Madison para poder hacer el trabajo.

—Ajá. —Volví a poner en marcha el coche cuando el semáforo se puso en verde—. John, ahora debes estar atento; no conozco la zona.

—Tranquilo, estoy en ello.

Al final de la calle un gran edificio nos dio la bienvenida. Era enorme, tan grande como una mansión.

Poseía unos terrenos espléndidos, o eso parecía desde la verja. Había varios niños jugando en el jardín delantero. En la verja, junto a la entrada, se podía leer un letrero de colores vivos que decía “Bienvenidos al orfanato Moonlight”.

¡Dios mío de mi vida! ¿Lea vivía en un orfanato? ¿Eso quería decir que Madison también? ¿Por eso llevaban el mismo apellido? ¿Desde cuándo había un orfanato en Portland?

—¿Qué narices...? —empezó a decir John.

—Por eso te salía todo el rato Moonlight, porque es el nombre del orfanato.

Aparqué el coche cerca del edificio y poco después de hacerlo, los chicos llegaron. John y yo ya nos habíamos apeado del coche, por lo que pudimos ver cómo sus rostros se convertían en máscaras de asombro.

—Chicos, ¿estáis seguros que es aquí? —preguntó Jack acercándose a nosotros no muy convencido de todo.

—Seguros, lo que se dice seguros, no. Pero miradlo por el lado positivo. Si Madison vive aquí, no tendréis que desplazaros —dijo John, sonriendo.

Los cinco nos pusimos cara a la verja. Los niños no parecían haberse percatado de nuestra presencia.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ethan.

—Voy a llamar. Preguntaré por Lea y si no está, nos largamos —dije, dándome ánimos mentalmente.

Me acerqué al pequeño timbre que había en el lado izquierdo de la puerta y lo pulsé. Esperé unos segundos hasta que obtuve una respuesta:

—¿Sí?

Era Lea.

—Somos nosotros, Lea —dije.

La puerta se abrió con un zumbido metálico. Al irrumpir en la propiedad, los niños dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirarnos con detenimiento. Me fijé en que una de las niñas, la más pequeña de todas, era una de las amigas de mi hermana.

Avanzamos por el sendero de piedra hasta llegar a la puerta principal del edificio, la que se encontraba cerrada. Suspirando, pulsé el pequeño botón que, al igual que el anterior, se encontraba en la parte izquierda.

Poco después esta se abrió, dejándonos ver a Lea, quien se sorprendió de ver a Jack, Caden y Ethan.

—Hola, chicos —nos saludó sonriendo, recuperándose del asombro.

—Buenos días —saludó John con educación.

Lea miró a los tres chicos que no habían sido invitados.

—No me malinterpretéis, pero ¿qué hacéis vosotros tres aquí? —Los señaló.

—Veníamos a preguntarte si sabías la dirección de Madison, pero ya hemos resuelto esa duda —respondió Caden.

Lea se hizo a un lado, dándonos permiso para entrar.

La entrada daba directamente a un gigantesco salón cuyo espacio estaba muy bien distribuido. Las paredes, de un blanco impoluto, destacaban el color grisáceo de los sillones y sofás. En uno de los lados había una zona reservada para ver la televisión, con varios sillones colocados enfrente de esta y una mesa a mitad de camino; y en el lado contrario habían instalado una zona que les servía, supuse, para charlar entre ellos, con varios sofás y sillones creando un círculo casi perfecto.

Me gustaba. Era acogedor.

—Iré a buscarla —dijo ella empezando a caminar hacia un rincón de la estancia, en donde estaban las escaleras que daban al primer piso.

—¡Espera! —La detuve agarrándola del brazo—. ¿Podemos ir contigo?

Suspiró sonoramente para después quedarse callada durante unos segundos, moviendo nerviosamente los dedos y mirando al infinito, como si estuviese debatiéndose internamente.

—Sí.

Menos mal. Me sentía extraño estando allí. Nunca en mi vida había tenido la oportunidad de estar dentro de un orfanato, por lo que sentía cierta incomodidad, como si estuviese invadiendo el espacio de los que vivían allí.

Lea empezó de nuevo a caminar hacia las escaleras esta vez seguida por nosotros. Me sorprendió mucho que en vez de subir al primer piso, bajáramos hacia lo que parecía el sótano. Esa situación cada vez me incomodaba más. Parecía como si Lea nos estuviera guiando hacia una cámara secreta de tortura. “Vale, Eric, has leído demasiados libros de terror”, me reprendí mentalmente.

Bajamos las escaleras de mármol y al llegar allí abajo me encontré con que el sótano parecía otra planta.

El suelo estaba cubierto por una alfombra color burdeos y las paredes eran del color del azabache.

Lea se dirigió hacia una habitación en concreto. Los chicos y yo la seguimos. En cuanto abrió la puerta, una gran oleada de música invadió el lugar. Entramos en la estancia, espaciosa por cierto. Los suelos eran de madera oscura y uno de los lados de las paredes estaba cubierto de espejos. Las paredes eran de un azul claro precioso. Hubiese sido otra estancia como las demás si no hubiese sido porque en el centro, bailando ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, se encontraba Madison.

Madison

Había sido una semana muy estresante. Entre darles clases a las niñas, quienes estaban muy inquietas, y que competíamos contra el *Great Dancers Studio*, apenas había tenido tiempo para respirar.

Esa semana había trabajado más de lo normal debido a que cierta persona llamada Kiara competiría contra mí. Sentí satisfacción cuando me nombraron por delante de ella, en primera posición.

Me gustaba ganar, por supuesto. Lo que no me gustaba era hacer cualquier cosa para hacerlo. No me gustaban los juegos sucios; prefería mil veces ser honesta y quedar en una mala posición que hacer trampa y ganar. No sería por mérito propio, por lo que no me lo merecería.

La semana había sido un éxito. Todos los bailes del estudio en mi categoría habían quedado en una buena posición, y las niñas habían quedado en un buen puesto para ser la primera vez que salían a escena. Me sentía muy orgullosa de ellas.

El domingo, poco después de llegar, salí a correr con Sarah, tal y como hacíamos todos los domingos. A pesar de que solo había estado fuera una hora porque Sarah tenía un examen muy importante ese lunes, me sentía mucho mejor. Correr, al igual que el baile, me ayudaba a pensar.

Un poco antes de las doce bajé a la sala que Kara y Álvaro me habían acondicionado hacía unos años para poder ensayar en casa sin molestar a nadie. Eso incluía que la estancia era insonorizada, solamente cuando alguien abría la puerta se escuchaba la música.

Estaba probando una nueva coreografía que tenía en mente para el baile grupal de las niñas. Se trataba de una pieza acrobática, por lo que no estaba muy segura de si serían capaces de ejecutar los movimientos como yo quería.

La música sonaba a un volumen moderado por los altavoces. Alcé una pierna por encima de

mi cabeza e incliné el cuerpo hacia el suelo, apoyando las manos en el piso para no caerme. Después di un par de vueltas en esa posición y volví a ponerme en pie.

Mi siguiente ejercicio era un *front aerial*. Me preparé para hacerlo, teniendo mucho cuidado con la posición inicial. No obstante, en cuanto intenté recuperar el equilibrio, mis pies resbalaron, cayéndome con el trasero apoyado en el suelo.

Me froté los dedos de los pies dibujando una mueca de dolor en mi rostro.

Unas risas masculinas me hicieron volver a la realidad. Se me heló la sangre al reconocerlas. Sentí cómo mi rostro se ruborizaba, por lo que miré para otro lado totalmente avergonzada.

—Dinos, Madison, ¿en qué estabas pensando cuando has hecho ese ejercicio? —se burló Jack.

Con la mayor dignidad que pude, me levanté y me giré hacia ellos. ¿Qué demonios hacían allí, en mi casa?

—En ensayar —me limité a decir.

Los cinco personajes no se encontraban solos, sino que Lea también se encontraba con ellos. Supuse que había sido ella la que los había traído hasta la sala de ensayo.

Los chicos miraron con detenimiento la sala, abriendo mucho los ojos cuando vieron la cantidad desbordante de trofeos que estaban expuestos en las baldas. Siendo sincera, en esa sala solo había una cuarta parte. El resto estaban guardados en un armario que tenía en mi habitación. Los que exponía en las repisas eran los más importantes.

—Bonitos premios —comentó Eric. No logré saber si lo decía en tono jocoso o iba en serio.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté.

¿Por qué se habían molestado en venir al Moonlight? ¿Por qué se encontraban en mi dominio, molestando mi ensayo? Odiaba que la gente hiciera eso. No me podía permitir perder ni un solo minuto.

—Tus compañeros de trabajo se preguntaban cuándo podríais hacerlo —respondió John de buenas.

—¿Y no podríais simplemente esperar hasta el lunes?

—Cuanto antes lo hagamos, mejor —dijo Ethan encogiéndose de hombros.

—¿Tienes planes para hoy? —preguntó segundos después Caden.

—Tengo clase a la tarde.

—¿Y ahora podrías?

Lo sopesé. La idea de trabajar con ese trio de imbéciles no era muy atractiva. Pero por otro lado, si me quitaba el trabajo, no tendría por qué hablar con ellos y todo volvería a la normalidad.

Así que tomando una profunda bocanada de aire para prepararme para lo peor, dije:

—Por supuesto.

El lunes llegó antes de lo previsto. El despertador sonó repentinamente, despertándonos a ambas de inmediato.

—No. ¿Por qué? —lloriqueó Lea apoyando la cabeza bajo la almohada.

Ambas habíamos estado hasta bien entrada la noche hablando sobre los chicos. Mientras que Lea, John y Eric habían ocupado la sala de estudio de la primera planta, Ethan, Caden, Jack y yo nos habíamos instalado en el comedor. Desgraciadamente para mí, los chicos apenas habían trabajado. Lea, en cambio, no había tenido esa suerte; los dos chicos trabajaron muy duro.

Es por eso que nos habíamos pasado horas y horas hablando sobre ellos, poniéndolos verdes.

Suspirando, hice a un lado las sábanas y me incorporé, estirándome como un gato.

—Hay que levantarse, Lea.

Pulsé el interruptor de la luz, el que estaba a mi derecha, y pronto la luminosidad inundó nuestra habitación.

—¡Mis ojos! —se quejó mi amiga exageradamente, tapándose la cara con las sábanas— Maddie, no hagas eso. Sabes que a primera hora soy como un vampiro.

Reí sonoramente mientras me levantaba de la cama. Típico de Lea...

—Vamos si no quieres que Julia o Ariadne vengan a por nosotras.

Empecé a vestirme mientras ella se levantaba de la cama con un aire somnoliento. Cambié mi pijama favorito, uno de manga larga del color de las cenizas con toques azules en los bordes, por una camiseta blanca y un peto vaquero un poco desgastado por el uso que le daba.

—Odio que sea lunes —se quejó Lea mientras se desvestía.

—A mí me gustan —dije mientras empezaba a hacerme un moño.

—Ya lo sé. Pero yo no tengo como motivación la pirámide de Hannah, en la que espero que estés en lo alto, Maddie.

—Y yo.

Una vez peinada, abrí el cajón de mi mesita de noche y busqué la funda color vino de las gafas que solía llevar a clase. Cuando di con ella, la abrí y me las puse de inmediato. Cabe destacar que sin ellas apenas veía.

Cuando mi amiga estuvo vestida, abrí las ventanas de la habitación para que el aire cargado que había dentro se renovara. Ya las cerraría tras el desayuno, después de arreglar el dormitorio.

—¿Lista? —me preguntó en cuanto abrí la última de las ventanas.

—Sí. Bajemos a desayunar.

Mientras bajábamos mi estómago empezó a rugir con fuerza.

—Parece que alguien está hambrienta —comentó mi amiga.

Me ruboricé.

—No puedo evitarlo.

Bajamos las escaleras y recorrimos el salón hasta dar con la puerta del comedor. Al abrirla, vimos que Kara y Álvaro ya se encontraban allí, ayudando a Marlene a poner la mesa.

—Buenos días —saludaron.

—Buenos días.

Empezamos a ayudarles. Mientras que Lea se encargaba de preparar el zumo, yo iba poniendo los cereales en un bol. Kara y Álvaro ya habían puesto los vasos, los platos y los cubiertos, así que solo quedaba que llevásemos la comida a la mesa. Una vez hecha mi parte, saqué algunas piezas de fruta del almacén y las llevé al comedor.

En ese intervalo de tiempo el resto de los internos habían ido bajando poco a poco. Vi cómo Maya y Owen hablaban sin parar, sentados el uno al lado del otro, y cómo Caleb y Adam parecían discutir. Puse los ojos en blanco. Hacía menos de una hora que acababan de levantarse y ya estaban peleándose.

Volví a entrar a por la leche, aunque Marlene se me adelantó. Por lo que esta vez volví al comedor con las manos vacías y me senté en mi sitio habitual, en uno de los laterales de la mesa. Poco después Lea se unió a nosotros y comenzamos a desayunar.

Unté dos rebanadas de pan con mantequilla y mermelada, y me serví un vaso de zumo de naranja.

Mientras comía, charlaba animadamente con mis compañeros, hablando de los que nos deparaba el día.

—¿Qué te fue ayer con las niñas? —preguntó Kara—. Con todo el jaleo que hubo por la

noche, se me olvidó preguntarte por la clase, Maddie.

Tomé un sorbo de zumo.

—No pasa nada. Sé que has estado muy ocupada últimamente —dije encogiéndome de hombros—. Y, respondiendo a tu pregunta, ha sido una clase un poco dura. Las he tenido que poner las pilas. He explicado la rutina de esta semana junto con el dueto que competirá en el concurso que, por cierto, será en la ciudad de nuevo esta semana, según tengo entendido.

—¿Qué estilo de baile es? —preguntó Álvaro con interés mientras bebía su café.

—Es una pieza acrobática. Como las he visto un poco flojas he decidido dedicar parte de la clase de hoy a practicar distintas acrobacias.

—No seas muy duras con ellas. Recuerda que tú también fuiste una niña inexperta alguna vez —me recordó Lea.

Como para no recordarlo. De niña solía practicar mucho en casa, al igual que ahora. La diferencia estaba que antes practicaba ejercicios sueltos mucho más que ahora.

Una vez terminado el desayuno, todos subimos hacia la primera planta para prepararnos para ir al colegio.

Lea y yo hicimos las camas, cerramos las ventanas y ordenamos un poco el dormitorio. Después, comprobamos que teníamos todos los libros en la mochila y cogiendo las llaves, salimos de allí y bajamos a la planta baja, en donde ya nos estaban esperando Dani, Alice, Ryan, Álex, Bruno y Samuel.

Los que íbamos al Kensington entrábamos una hora antes que los que iban a la escuela Summerville.

—Sigue sin apetecerme pasar el día entre los tristes muros del Kensington —volvió a decir Lea.

—Tranquila, no eres la única que piensa eso —la apoyaron los demás.

Abrimos la puerta y salimos al exterior. La lluvia caía a raudales, empapando todo lo que tocaba. El cielo estaba oscuro y en el ambiente había un aroma a humedad demasiado palpable.

Paraguas en mano nos dirigimos hacia el instituto, el que se encontraba a poco más de cinco minutos a pie. Fuimos hablando todo el trayecto. Fue así cómo descubrimos que a Álex le gustaba una compañera de clase cuyo nombre no quiso darnos. No importaba; al final nos enteraríamos.

Supe que el día sería horrible cuando llegamos al aparcamiento. Todos los compañeros con quienes nos encontrábamos no paraban de mirarnos mientras se reían con descaro.

—Chicos, ¿qué está pasando? —preguntó Alice frunciendo el ceño con preocupación.

—No tengo ni idea —dijo Ryan totalmente desconcertado, apartándose un mechón castaño de los ojos.

Suspiré.

—Sea lo que sea, lo descubriremos cuando lleguemos.

Y así fue. Nada más pisar el interior del edificio mis pies se clavaron en la tierra, como si hubiesen echado raíces, y mis ojos se abrieron como platos. Mi rostro mostraba una máscara de horror mientras que por mi mente solo pasaba una pregunta: ¿por qué a mí?

Capítulo 10

Madison

Iba a matar a Eric, lo tenía muy claro.

El muy idiota me había grabado mientras bailaba mi solo en la competición y, como si la cosa no fuera ya lo suficientemente humillante para mí, había esparcido ese vídeo por todo el instituto hasta llegar incluso a ponerlo en la pantalla de la entrada, la que solo se utilizaba para emitir anuncios importantes.

Lo odiaba más que nunca.

Mientras los demás seguían riéndose de mí, avancé por el pasillo hasta llegar a mi taquilla intentando con todas mis fuerzas mantener la calma.

—Maldito neandertal —mascullé.

Puse la combinación de números sin hacer caso de las risas y, cuando abrí la puerta metálica con un chirrido, cogí todo lo que necesitaría durante las dos primeras horas del día.

Si mi reputación era mala antes, en esos momentos era mucho peor. Las personas que estudiaban allí no comprendían la importancia que tenía para mí bailar, no sabían lo necesario que era para mí, lo que me provocaba. Y que se burlaran de eso me enfurecía y me dolía al mismo tiempo.

—Hoy será un día largo —dije antes de entrar en clase de filosofía, recalcando la primera vocal para darle énfasis.

Me senté en mi sitio habitual, en primera fila. Fuimos unas de las primeras en llegar, por lo que me vi obligada a aguantar los comentarios hirientes cuando los demás entraron.

Los populares se pasaron toda la hora pasándome notitas en las que decían cosas como “¡Qué bien guardado lo tenías!” o “Báilame algo, friki”. Suspiré y puse los ojos en blanco cada vez que las leía.

Lo peor vino en el descanso. Mi amiga y yo estábamos sentadas en uno de los bancos más alejados del campus, tomando un pequeño tentempié mientras charlábamos. La lluvia había cesado, aunque el cielo seguía cubierto de nubes. El aire era frío, helador. Metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta en busca de calor.

—Tengo ganas de que llegue la competición de este fin de semana —comentaba mi amiga, sonriendo.

—¿Y eso?

Su sonrisa se tornó en una de tristeza.

—Como la semana pasada me la perdí... —No la dejé terminar la frase.

—Lea, estabas enferma. No pasa nada. Sabes que no es obligatorio que vayas si no quieres, ¿verdad?

—Esa es la cuestión: ¡yo quería ir! Quería ver con qué caras se habían quedado Kiara y sus amigas.

Sonreí, divertida. Les había sentado muy mal el hecho de haber quedado en una posición inferior a la nuestra; segundas, para ser exactas. No tengo ni que decir que el haber quedado detrás de mí en la categoría de los solos había dañado el ego de Kiara, quien había creído que podía vencerme.

—Tranquila, podrás verlo en futuras competencias —le prometí.

Lea abrió la boca para decir algo, pero no llegó a emitir ningún sonido. En cambio, su mirada se había posado en un punto que estaba a mis espaldas. Su rostro se transformó en una máscara de preocupación.

Madre mía. ¿Qué estaría a punto de pasar?

Me di la vuelta y lo que vi me horrorizó. Todo el equipo de baloncesto y las animadoras avanzaban hacia nosotras con paso rápido. Mierda, se avecinaban problemas.

—Así que la empollona hace algo más que no sea pasarse las horas encerrada estudiando en una biblioteca ... —comentó Kaitlyn con su voz chillona que me provocaba dolor de cabeza.

—Yo también me alegro de verte —dije con sarcasmo.

Todo su grupo me lanzó una mirada de desdén. Mientras que mi amiga era prácticamente ignorada, yo era el centro de atención de todos los presentes, incluido el de mi amiga.

—¿Sabes qué? —Me miró sonriendo falsamente—. No me creo eso de que bailes. Solo hay mirarte ahora mismo para saber que el vídeo es falso, que esa persona no eres tú.

Me encogí de hombros.

—A veces las personas no son lo que parecen.

—Más quisieras —dijo Jasmine riéndose.

“Estúpidas”, pensé.

—Harnos una demostración, *Maddie* — se burló John soltando una gran risotada.

Puse los ojos en blanco. Lo que me faltaba. Cómo odiaba que los del equipo de baloncesto y las animadoras se creyesen los dueños del instituto cuando en realidad no lo eran.

—Dejadme pensarlo... —Fingí darle vueltas al asunto durante unos segundos—. No.

—Eso demuestra nuestra teoría —dijo Scarlett, sonriendo burlonamente.

—Como sea. Me da igual lo que penséis —dije levantándome del banco y largándome de allí, seguida de Lea.

El día fue lento y tortuoso. La gente no paró de burlarse o de hacer algún que otro comentario fuera de lugar.

Cuando llegó la última hora del día, pensé que todo había terminado, que podía almorzar con Lea tranquilamente, pero me equivocaba. Antes de finalizar la clase, el señor Gold, el profesor de matemáticas, me pidió, al igual que a Eric, que me quedara en el aula en cuanto diera por finalizada su clase. Me pregunté por qué me tendría que quedar allí.

Me despedí de mi amiga con un gesto, prometiéndole que nos encontraríamos en el comedor en cuanto saliera de allí, y me dirigí hacia la mesa del profesor. Tuve que esperar a que el resto de compañeros salieran de la clase y a que el idiota se dignara a acercarse.

—¿Saben por qué están aquí? —nos preguntó por fin, pasados unos minutos.

Ambos negamos con la cabeza. Estaba confusa y desconcertada. Que yo supiera no me había metido en ninguna pelea, pese a que en varias ocasiones había deseado patear al que ahora se encontraba a mi lado.

—Ha pasado más de una semana desde que le dije, señor Woods, que si no daba clases particulares con la señorita Moon, suspendería mi asignatura —dijo.

Abrí los ojos de la impresión. ¡Así que era por eso! Suspiré con alivio. Realmente pensaba que me había metido en algún que otro problema.

—Parece aliviada, señorita Moon —observó con el rostro serio—. No debería estarlo. Se le encomendó una tarea y no la ha cumplido. Se suponía que debía ayudar a su compañero y no lo

hizo.

—¡Lo intenté! —me defendí.

—¿Durante cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo le ha ayudado? —inquirió.

—Un día —admití de mala gana.

El profesor puso una mala cara, no creyendo lo que escuchaban sus oídos. Su rostro se transformó por completo. Ahora me miraba con una cara que mostraba todo su enfado. Noté cómo poco a poco, a medida que los segundos pasaban, las venas de su cuello se iban haciendo más notorias y su respiración se agitaba.

—¡Un día! —estalló, repitiendo casi a gritos lo que yo le había dicho. Al darse cuenta de la altitud de su tono, bajo un poco la voz—. ¿Me está diciendo que solo intentó ayudarlo un día?

Asentí con la cabeza, sintiendo que el rostro empezaba a arderme y la garganta seca.

El señor Gold dejó de mirarme para centrar toda su atención en Eric, el que seguía a mi lado sin abrir la boca con el rostro neutro.

—Usted también es culpable, señor Woods —lo acusó, señalándole con el dedo—. Su aprobado está en juego, así que más le vale ponerse más las pilas.

—¿Qué pretende que hagamos? —dijo, molesto.

—Tienen toda la tarde de hoy para ponerse de acuerdo sobre lo que harán, ya que se quedarán en el instituto hasta las ocho castigados.

Abrí mucho los ojos. ¡Castigados! ¿Este hombre se había metido alguna sustancia tóxica en el cuerpo o qué? No podía estar castigada. Además, yo nunca hacía nada tan grave como para ser sancionada.

—No puedo quedarme... —empecé a excusarme, pero él me acalló con un gesto de la mano.

—¡Me da igual lo que tenga que hacer, señorita Moon! Usted se quedará, al igual que su compañero.

—Pero...

Una simple mirada suya me hizo cerrar la boca, tragándome con ello mis palabras. Genial. ¿Cómo le explicaba a Hannah que no podía ni dar mi clase ni asistir a la suya? Abrí mucho los ojos al pensar en lo mucho que se enfurecería conmigo, a pesar de no haber faltado nunca a ningún ensayo, únicamente cuando había estado enferma. También pensé en el tremendo cabreo que pillarían Kara y Álvaro, los que no toleraban un mal comportamiento.

Mierda.

Me había metido en un gran embrollo. Me parecía injusto que el señor Gold nos castigara por algo tan insignificante. No tenía sentido. Era una buena chica. Además, nunca me metía en problemas. ¿Por qué tenía que pasarme eso a mí?

—Señor, permítame decirle que la señorita Moon no tiene nada que ver con esto. Yo soy el culpable de que no hayamos proseguido con las clases. Me atasqué con la materia y, enfadado, le empecé a decir comentarios hirientes a mi compañera mientras ella solo intentaba ayudarme.

Lo que en esos momentos Eric estaba diciendo provocó que mi mandíbula se desencajara. ¿Por qué la persona más arrogante de la faz de la Tierra estaba defendiéndome en esos momentos?

—Así que el único culpable de todo soy yo. Merezco ser castigado, pero ella no —finalizó.

El profesor nos miró durante un largo instante sin decir nada. Una fina capa de sudor le cubría la frente, provocando que la calva le brillara de una manera muy cómica.

—Está bien, señor Woods. Si insiste, se quedará hasta las ocho en el aula de castigados. Pero mañana quiero que me digan qué días harán las tutorías, ¿entendido?

—Sí, señor —dijimos los dos a la vez, sin pestañear.

—En ese caso pueden irse.

Se me escapó un suspiro de alivio. Menos mal que Eric me había defendido; en caso contrario, me habría tenido que haber perdido la clase y el ensayo. Me sentía muy agradecida.

—Que no se vuelva a repetir —escuché que decía el profesor antes de salir por la puerta.

Me despedí de Eric con una mirada de gratitud y avancé por el pasillo hasta llegar al lugar en donde se encontraba el pequeño armarito en donde usualmente guardaba los libros, la mochila y la chaqueta.

Mientras dejaba todos los libros que necesitaría esa tarde en mi mochila pensé en lo ocurrido en el aula del señor Gold. Me pregunté la razón por la que Eric hubiese actuado así, defendiéndome cuando en realidad apenas podíamos estar cara a cara. Sin contar el hecho de que todavía seguía moleta y enfadada con él.

No entendía por qué me había puesto en evidencia de esa manera. Que yo recordase, no le había hecho nada. Ni siquiera habíamos cruzado palabra el sábado, solamente cuando él vino a molestarnos a Sarah y a mí.

Suspirando con frustración, guardé todo en su lugar y dejé la mochila preparada antes de dejarla en una de las baldas metálicas y cerrar la puerta de golpe.

Ya en el comedor, encontré a mi amiga en nuestro sitio habitual, junto a una ventana. Me fijé en que todavía no había tocado su comida, cosa que me enterneció. Avanzando con rapidez, me puse en la cola y esperé a que una de las cocineras me sirviese un plato de puré de verduras, cuyo color y olor nauseabundo recordaban al vómito. Como segundo habían preparado un estofado de carne que parecía estar más bien seco. Por último, me sirvieron el postre, una pieza de fruta.

Bandeja en mano avancé por las mesas hasta llegar a la mía. Lea miraba su comida con una mueca de aversión en el rostro. Había hundido la cuchara sopera en la crema de verduras, removiendo el contenido con aire pensativo sin percatarse de mi presencia.

Me dejé caer en frente suyo, depositando la bandeja en la mesa. Sobresaltada, mi amiga desvió la mirada de su plato.

—¿Qué quería el señor Gold? —preguntó con aire preocupado.

—Estaba molesto con Eric y conmigo por no haber hecho las tutorías. —Siendo sincera, se me había olvidado que debía darle clases a ese imbécil—. En un principio estaba castigada, pero gracias a él me he librado de una buena.

Lea abrió mucho los ojos, tanto que parecía iban a saltar de sus cuencas.

—¿Cómo?! —exclamó impresionada—. ¿Desde cuándo a ti te castigan?

Llevé una cucharada de puré a mi boca y con una mueca de asco tragué intentando hacer caso omiso del asqueroso sabor.

—Fue todo culpa del idiota.

Continuamos con la comida, a pesar de ser incomedible. Tal y como suponía, el estofado estaba seco.

Además, la carne estaba muy poco hecha. Genial. Como consuelo, tomé la manzana con ansias.

Entre bocado y bocado me fijé en que mi amiga estaba muy callada para ser ella, quien nunca solía parar de hablar. Tampoco me miraba a la cara; más bien tenía la mirada perdida, como si estuviese pensando profundamente. De vez en cuando movía con aire nervioso las piernas.

—¿Te pasa algo, Lea?

Por primera vez en quince minutos mi amiga se dignó a mirarme, recordando que me encontraba con ella en el instituto.

—¿Eh? —Al principio parecía desorientada, pero al darse cuenta de lo que había pasado, su

rostro adquirió una tonalidad rojiza—. Lo siento, Maddie. No sé lo que últimamente me está pasando.

—Te noto distraída —observé.

—Ya, es...

Lea calló de repente, mirando a mis espaldas. ¿Qué demonios estaba pasando? Me fijé en ella, quien poseía un brillo distinto en los ojos y una sonrisa boba se había dibujado en sus labios. Si no la conociera lo suficientemente bien, diría que a mi amiga le gustaba la persona que tenía a mis espaldas.

Curiosa por saber quién era el afortunado, me volví y lo que me encontré me dejó de piedra. Volví a mirar a mi amiga, quien no podía apartar los ojos del moreno que estaba al lado de Eric.

¡Dios mío! No podía ser que a Lea le gustara el amigo del idiota. No le llegaba ni a la suela de los zapatos. Ella se merecía a alguien mejor.

—Necesito hablar contigo, Madison —dijo Eric.

Volví a girarme hacia ellos, no creyendo que se estuviera dirigiendo a mí. En un principio, al ver a los dos chicos pensé que querían hablar con Lea, ya que ambos eran sus compañeros de trabajo. No me esperaba que el bastardo que había difundido un vídeo sobre lo que más me gusta hacer quisiera entablar una conversación así como así.

Lo miré atentamente.

—¿Por qué querría hablar contigo después de divulgar por todo el instituto un video privado? —dije con rabia.

Eric pareció sorprendido por mi comentario.

—No fui yo —se excusó.

Puse los ojos en blanco. Sí, claro. El único que pudo grabarme fue Eric, porque hasta ese lunes era el único que conocía mi secreto.

—Y yo me chupo el dedo. Dime, si no fuiste tú, ¿quién fue?

—Ethan —se limitó a decir con un encogimiento de hombros.

—Sí, ya —dije sarcástica.

—Lo que Eric está diciendo es cierto, Madison —intervino John—. Querían ver la actuación de Hayley cuando, sin querer, se puso tu vídeo. Después, Ethan le quitó el móvil a Eric y lo subió.

Los fulminé con la mirada.

—De entrada ese vídeo ni siquiera debería existir —objeté—. ¿Por qué me grabaste siquiera?

Estaba muy enfadada con él. ¿Por qué habría decidido grabarme si nos llevábamos mal? No obstante, decidí darle la opción de la duda.

—Quería tener una prueba de que lo que veía era real —confesó apesadumbrado.

Bufé.

—Esto no quedará así. —Les lancé una mirada de advertencia—. Supongamos que os creo, ¿sobre qué querrías hablar conmigo, Eric?

—Sobre las clases particulares.

Así que era esa la razón de que estuvieran allí.

—Tienes toda mi atención —dije, mirándolo atentamente.

Se pasó una mano entre el cabello, frustrado.

—Sabes lo importante que es para mí aprobar matemáticas. Solo quiero que me des otra oportunidad como tutora. Si suspendo, me echarán del equipo.

Su tono de voz demostraba que de verdad le importaba aprobar. Me miró con una mirada de cordero degollado muy cómica. Contuve una carcajada. ¡Quién lo diría! Eric Woods pidiendo

ayuda a una de las personas más inadaptadas del Kensington.

—Por favor —suplicó al ver que no respondía.

Era consciente de lo que eso suponía. Por más enfadada que estuviese con él no podía negarme, ya que sabía lo que era luchar por algo que significaba mucho para mí. En su caso, el baloncesto lo era todo.

—Está bien, Eric, te ayudaré.

—Bueno, chicas, empecemos con la pirámide —dijo Hannah tras felicitarnos por nuestra victoria del sábado.

Sonreí con orgullo. Había sido una semana muy estresante, pero había merecido la pena. Habíamos conseguido ganar y demostrarle al *Great Dancers Studio* quién mandaba.

—En la base de la pirámide tenemos a... —Destapó la imagen—...Samantha. —La aludida asintió con la cabeza, como si ya se esperara ese puesto—. He notado que mientras estabas en el escenario te mostrabas un poco insegura, sin llegar a creerte el papel. Debes tener más confianza en ti misma, ¿entendido?

Volvió a asentir con la cabeza.

—Sí, Hannah.

—La siguiente es Emma. —Nos mostró su fotografía—. He visto que has cometido varios errores que te corregí una y mil veces. La siguiente es Susana. —A ella no pareció gustarle estar en la base, porque hizo una mueca de desagrado—. Considero que quedar en un cuarto puesto es un gran logro para ti, pero sé que puedes hacerlo mucho mejor. El baile fue sensacional y tus movimientos, limpios. Pero quiero ver más, ¿me has entendido?

—Sí —dijo mientras la miraba con atención.

—Bien. La siguiente es Tamara. —Hannah la miró con seriedad—. Has pasado de un primer lugar a un tercero. ¿Qué es lo que ha pasado, Tamara? Además, quedaste en una posición inferior a Kiara, quien todos sabemos que es la mejor bailarina del estudio de ese *bicho*. —Hannah escupió esta última palabra con asco—. Te ganó por muy pocas décimas, así que ya sabes lo que quiero la próxima vez.

—Lo haré —prometió con un destello que solo significaba que se había puesto un desafío a sí misma.

—La siguiente en nuestra pirámide es Sarah. —Mi amiga sonrió, sin esperarse ese puesto. En los vestuarios me había confesado que ella a lo mejor estaba en la base, teniendo en cuenta los resultados de las demás. No obstante, yo estaba segura de que Hannah recompensaría su trabajo, y no estaba equivocada—. Fuiste parte de un dueto que quedó primero en la categoría sénior. No puedo estar más orgullosa.

—Gracias —susurró mi amiga lo suficientemente alto como para que la oyésemos, sonriendo de oreja a oreja.

—Y en lo alto de la pirámide tenemos a Maddie. —Sonreí con orgullo mientras mis compañeras aplaudían y me abrazaban con fuerza—. Estás aquí por conseguir el primer puesto en tu categoría de solos junto a la mejor puntuación de todo el concurso y a tu trabajo en el dueto. Puedes sentirte orgullosa.

<<Ahora hablemos de esta semana —continuó diciendo, cambiando radicalmente de tema—. Será una semana intensa, distinta a las demás.

Todas nos miramos entre sí, sin llegar a comprender las palabras de nuestra profesora. ¿Qué querría decirnos con eso?

—¿Podrías explicarte mejor? —pidió Emma, frunciendo ligeramente el ceño.

—Esta semana haremos algo distinto. He recibido una llamada del programa televisivo *The Review*.

Actuaréis el sábado por la noche. Además, tras la actuación, os harán una pequeña entrevista. ¡Nos vamos a Los Ángeles!

Sonreí de oreja a oreja pensando en la cantidad de puertas que nos abriría asistir a ese programa, uno de los más vistos y conocidos del país. Era una oportunidad única en la vida y no pensaba desaprovecharla.

Durante mi vida había participado como invitada en varias series televisivas hasta llegar a salir en algunas películas con un papel secundario o carente de importancia. De pequeña siempre había soñado con actuar en algún musical de Broadway, pero con el paso de los años había ido descubriendo que competir en cierto modo me satisfacía, y se suponía que una persona que hubiese actuado en Broadway no podría participar en las competencias porque sería considerada una profesional.

—Los productores quieren que bailéis tres coreografías en directo. Después, mientras vosotras os cambiáis de ropa para la entrevista, el presentador me hará una serie de preguntas. Recordad que vosotras seréis las estrellas y que representáis a mi estudio, así que quiero que vuestro comportamiento sea el mejor.

Asentimos con la cabeza sin decir ni una sola palabra. Dejamos que Hannah continuase con su discurso.

—Ahora solo queda decidir qué tres bailes queréis representar.

Nos dejó unos minutos para pensarlo. ¿Qué actuación sería la más apropiada? Le di vueltas al asunto.

—Podríamos hacer *In the Classroom* —propuso Sam.

—Sí —estuve de acuerdo—. Con ese número ganamos los nacionales el año pasado.

Esa actuación trataba sobre el acoso escolar en las clases. Me parecía una buena idea que lo interpretáramos, ya que daría un mensaje muy claro a la audiencia.

Sarah levantó una mano, pidiendo permiso para hablar.

Sonreí ante la idea de repetirlo. Esa coreografía era una de mis favoritas. Trataba de un grupo de amigas que se enamoraban del mismo chico, salvo una. Todas ellas luchaban por llamar su atención, por ser la elegida, pero al final solo una lo lograba, la que realmente no estaba interesada en él.

—Bien, tenemos esas dos. ¿Cuál podría ser la tercera? —preguntó Hannah, mirándonos a todas con sus ojos color avellana.

Levanté la mano con timidez, temiendo que mi idea no fuese muy bien vista por las demás.

—Podríamos interpretar el baile grupal de hace tres semanas, *Life and Death*. Me parece una coreografía muy interesante que debería ser vista.

Hannah nos miró una a una.

—¿Estáis todas de acuerdo en que queréis interpretar estos tres números.

Asentimos con la cabeza a la vez.

—Antes de seguir con la clase, quiero aclararte una cosa, Maddie —dijo Hannah dirigiéndose a mí—. Como bien sabes, las niñas de la categoría infantil competirán el sábado aquí, en Portland. —Asentí con la cabeza en señal de entendimiento—. Bien. Le he encargado a Gwendolyn que el sábado se encargue de las niñas porque, como verás, tú no puedes estar en dos sitios a la vez.

Soltamos unas risitas por su comentario.

—No obstante, quiero que esas niñas queden en una posición digna de mi estudio, ¿me has entendido?

—Sí, señora. —Me puse recta mientras llevaba una mano a mi frente como si fuese un soldado.

Hannah me lanzó una mirada seria.

—En ese caso, empecemos con el número de los nacionales. Pero, antes que nada, id al centro para poder empezar el estiramiento —nos ordenó.

El martes fue un día horrible. Tuve uno de esos días en los que no me apetecía hacer nada. Lo peor de todo fue la clase de educación física, en donde el profesor decidió cambiar un poco la dinámica.

—Muy bien, chicos, hoy trabajaremos vuestra elasticidad —nos informó.

Toda la clase emitió un quejido, salvo las animadoras. Ellas al tener una coreografía debían saber algún que otro truco que necesitara elasticidad, por lo que era comprensible. En mi caso sería una pérdida de tiempo, teniendo en cuenta que por la tarde era cuando realmente la utilizaría.

—Empecemos por algo sencillo.

Me situé en la zona más alejada del profesor, en la última fila. Lea había faltado a clase porque volvía a estar enferma. Lo que a simple vista parecía un resfriado, según lo que me contó el sábado y que fue la razón por la que no me acompañó al concurso, al final resultó ser una gripe, así que, para evitar contagios, me había visto obligada a mudarme de habitación hasta nueva orden.

Me fijé en lo que el profesor nos pedía mientras me sentaba allí y estiraba las piernas hacia delante.

Sonreí al descubrir que lo que nos mandaba hacer no era muy complicado. Se trataba de estirar una pierna hacia un lado mientras dejábamos la otra doblada. Debíamos arquear la espalda hacia la pierna estirada y apoyar las manos en la punta de los pies. Lo hice sin pestañear. Repetí el mismo ejercicio hacia el otro lado y repetí el ejercicio hasta que el profesor decidió cambiarlo.

El siguiente era ya un poco más complicado. Teníamos que abrirnos de piernas estando sentados en el suelo e inclinar el cuerpo hacia delante. Maya decía que esta figura tenía forma de sapo, por lo que coloquialmente la llamaba así.

Miré hacia los lados y comprobé que era la única persona que se encontraba en la última fila, lo que fue un alivio. No quería que supiesen lo bien que se me daban este tipo de ejercicios. Al posar mi mirada en el frente me fijé en que algunas chicas del equipo de las animadoras no llegaban a hacerlo bien del todo o si hacían bien el ejercicio la colocación de las piernas no era la adecuada.

Decidí hacerlo bien. Me tomaría esta clase como un previo calentamiento. Así que sin ningún pudor alguno, abrí mis piernas y, colocándolas en la posición correcta, incliné el tronco hacia delante, tanto que casi parecía que me había tendido en el suelo.

—Ahora quiero que hagáis el puente —dijo el profesor, pasándose un pañuelo por su frente sudada. El cabello castaño, salpicado de blanco sin llegar a estar totalmente cubierto de canas, se le pegaba a la cabeza debido al sudor, cosa que no entendía. ¿No éramos nosotros los que estábamos haciendo todo el trabajo?—. Kaitlyn, muéstrales a tus compañeros cómo se hace.

Casi me atraganté con mi propia saliva. ¿Desde cuándo ella me iba a enseñar algo a mí? En todo caso sería al revés.

—Claro, señor —respondió sonriendo falsamente.

Vi cómo hacía el ejercicio y debía admitir que lo hizo a la perfección, aunque nunca se lo diría a nadie si me lo preguntaban. Los chicos la miraban embobados, babeantes. Y no era de extrañar: con esos pantalones extremadamente cortos que le marcaban todo lo que tenía y lo que no, y con su camiseta ajustada era la presa perfecta para los muchos depredadores que la miraban con ansia y deseo.

Sentí una leve punzada en mi pecho, lo que me desconcertó. Nunca, jamás en mi vida, había sentido la necesidad de mostrar mis atributos. No entendía por qué, así, de repente, me sentía un poco celosa de ella. Era impensable. Yo era una bailarina experta, tenía una gran familia que me quería por quien era y unos buenos amigos. Pero había algo que yo no tenía y que Kaitlyn, por mucho que me costara confesar, sí tenía: chicos. Yo nunca había mantenido una relación con nadie, ni siquiera había besado a alguien.

“¡Basta, Madison! ¿A qué viene ese pensamiento? ¿Desde cuándo necesitas a los chicos para ser feliz?”, me reprendí mentalmente. Había sido tan estúpida por pensar siquiera en eso que apunto estuve de soltar una tremenda carcajada, pero cuando recordé en dónde estaba, me contuve.

Seguí con la clase, haciendo los ejercicios que nos mandaban. Poco antes de finalizar, el profesor mandó que hiciésemos el *spagat*, lo que provocó muchos quejidos. La gente se quejaba diciendo que era muy difícil y doloroso.

Estaba a punto de ejecutarlo, pero una voz me detuvo:

—Profesor, ¿podría demostrárnoslo? —preguntó John, fingiendo inocencia.

Sus amigos y él se encontraban en primera fila, disfrutando del espectáculo. Distinguí una cabellera rubia entre ellos, quien charlaba con uno de mis compañeros de trabajo.

—Sí, por supuesto. ¿Algún voluntario que muestre cómo se hace? —pidió.

Me acomodé en el suelo con las piernas cruzadas, preparándome para hacer lo que había pedido en cuanto la demostración hubiese terminado.

—Madison dice que lo hará encantada —oí que decía el idiota de Eric.

Abrí mucho los ojos y lo fulminé con la mirada, aunque no sirvió de nada, ya que se encontraba de espaldas a mí.

Enseguida miles de carcajadas se empezaron a escuchar, seguidas de burlas. Mis compañeros no habían parado de reírse de mí por lo del vídeo de ayer.

—¡Sí, que salga Madison! —exclamó con falso entusiasmo Kaitlyn. Seguro que tenía unas ganas inmensas de humillarme. Se iba a quedar con las ganas porque no pensaba salir.

—Madison, ven a primera fila —dijo el profesor.

Mierda. Menuda suerte. “Piensa una excusa, Madison, la que sea”.

—Lo siento, señor, pero...

—¡He dicho que vengas! No me valen las excusas que me pongas.

Suspiré con frustración y me levanté. Fui consciente de las miradas de odio que me lanzaban algunos compañeros y de las pullas que soltaban. Llegué a primera fila con los nervios a flor de piel, lo que era extraño en mí.

Cuando me puse de cara a mis compañeros, observé el brillo triunfal en la mirada de Eric. Imbécil.

—Como ya he dicho, quiero que hagáis el *spagat*. Para ello, vuestra compañera os demostrará cómo se hace. Yo le iré corrigiendo la postura. Madison, para hacerlo tienes que...

Dejé de escucharle. A decir verdad no necesitaba que alguien estuviese explicándome el procedimiento.

Ese ejercicio lo hacía desde que tenía cuatro años. No era tan difícil.

—...¿Me has entendido?

—Sí.

—En ese caso, todo tuyo.

Me dejó mi espacio para realizar el ejercicio. Todos mis compañeros me miraban con un brillo burlón en sus ojos, esperando el momento oportuno para atacar, como una manada de lobos hambrientos que esperaba a su presa.

Se me ocurrió una idea disparatada. Empecé a abrirme de piernas lentamente desde mi posición.

Sonreí internamente al empezar a escuchar las primeras risas.

—Madison, ¿solo bajas eso? —se burló Scarlett riéndose.

Aceleré el proceso hasta estar completamente colocada en el suelo. En seguida las risas dieron paso a gritos ahogados. Sonreí triunfante. Vi cómo todos mis compañeros me miraban con asombro, sus bocas en forma de “O”.

—Así es como debe hacerse —siguió explicando el profesor sin ser plenamente consciente de la situación—. Puedes volver a tu sitio.

Me levanté y volví hacia la parte trasera, en donde pasé el resto de la clase. Cada vez que el profesor mandaba algún ejercicio de gran dificultad, algunos curiosos se giraban para verme, quizá preguntándose si yo era capaz de hacerlos o no. Daba igual, después del numerito, decidí dejar de hacer los ejercicios o hacerlos peor de lo que solía hacerlos. Lamentaba haberme expuesto así. Ahora la supervivencia en el instituto sería mucho más difícil.

Capítulo 11

Eric

La semana se me hizo corta. Me vi arrastrado por la rutina. Por la mañana iba a clases; después, me quedaba en la biblioteca haciendo las tutorías con Madison, quien cada vez se mostraba más inquieta; por último, el lunes, miércoles y viernes me quedaba hasta tarde entrenando, y los días en los que no lo hacía salía con mis amigos.

Los entrenamientos de baloncesto fueron muy duros esa semana, lo que no era extraño teniendo en cuenta que en menos de un mes empezarán las competiciones nacionales. Nos tocaba jugar contra el equipo vencedor de la provincia de Washington, *The Hurricane*. Según tenía entendido, eran muy buenos, por lo que debíamos esforzarnos al máximo. El año pasado nos eliminaron en las semifinales. Si hubiésemos pasado, ganase quien ganase las competiciones, habríamos podido participar en los mundiales en nuestra categoría. Ojalá este año lográsemos eso.

La clase de educación física del martes fue de lo más interesante. Esa idea alocada de hacer ejercicios de elasticidad fue un verdadero desastre para aquellos que no teníamos práctica, pero el ver a las animadoras ejecutarlos fue una de las cosas por las que mereció la pena pasar por esa tortura. Otra de las razones fue ver cómo Madison hacía un ejercicio que para mí era imposible con suma facilidad, dejando embobados a todos los presentes, tanto a los chicos como a las chicas. Supuse que habría hecho todos los ejercicios a la perfección, teniendo en cuenta lo que ella hacía después de clase.

Las clases que la friki me impartía me resultaban mucho más sencillas que las del señor Gold. No entendía sus clases, pero cuando Madison me explicaba lo que habíamos dado, sí pillaba todo. La primera clase, la del lunes, fue la más dura. Apenas comprendía nada. Madison se dio cuenta de eso y cambió de método. Lo explicaba con sus propias palabras, a veces poniendo como ejemplo algunos ejercicios de baloncesto.

Fui plenamente consciente de cómo mi compañera de estudios se iba poniendo cada vez más y más nerviosa. Los movimientos inquietos de pierna eran cada vez más frecuentes a medida que el tiempo pasaba y de vez en cuando se mordía las uñas. No sabía eso de ella, lo de que se mordía las uñas. Al parecer lo había intentado dejar, pero no lo había logrado, siempre volvía a mordérselas, según me dijo.

No supe la razón de su inquietud hasta que llegó el miércoles. Hayley llegó muy emocionada a casa. No paraba de correr de un lado a otro.

—Eric, Eric. Adivina —dijo, viniendo hacia el salón, en donde yo me encontraba viendo un programa televisivo.

—¿Qué pasa, pequeña? —La senté en mi regazo.

—Nos han dado una gran noticia. —Abrió muchos los ojos, provocando que sus espesas pestañas rubias se notaran más.

—Déjame adivinar. —Me llevé una mano al mentón y pensé en las posibilidades durante unos segundos—. Ya os han dicho en dónde vais a competir.

—No. —Hayley negó con su cabeza. Se le escaparon varios mechones del moño que se había hecho en los vestuarios.

—Te han dado un solo sorpresa —volví a intentarlo.

Mi hermana volvió a negar, soltando una risita adorable.

—Entonces, ¿qué es?

—¡El grupo sénior va a salir en la tele! —gritó.

¿Cómo era eso? ¿Madison iba a salir en la televisión? ¿Por qué no me lo había contado?

Hayley debió ver mi desconcierto porque me explicó:

—Maddie nos lo ha explicado hoy. Al parecer, no podrá venir con nosotras el sábado ni darnos clase el viernes porque ese mismo día, después del instituto, debe volar a Los Ángeles junto a todo el equipo.

—¿En serio?

Todo era tan extraño. Hasta hacía unas semanas no conocía el secreto de la persona más inadaptada del Kensington, y ahora apenas pasaba un día en el que no se la mencionase.

Siendo sincero, me impactó mucho la noticia.

—Sí. Saldrán el sábado por la noche en *The Review*. Harán una actuación y serán entrevistadas. —Soltó un chillido infantil que casi me dejó sordo—. Ojalá cuando sea mayor tenga las mismas oportunidades que Madison.

En ese momento me di cuenta lo que Madison significaba para mi hermana. Era mucho más que una profesora cualquiera, ¡era como un ídolo para ella! Lo notaba en el brillo de sus ojos cuando hablaba sobre ella, en la emoción que destilaba su voz.

Así que esa era la razón por la que Madison se estuvo comportando de una forma muy rara los dos días restantes. El jueves, sin ir más lejos, Jack, Ethan y Caden hablaron de ella. Según ellos, cuando habían hablado con ella sobre el trabajo, para darle los últimos retoques, habían notado que estaba nerviosa y distraída, todo lo contrario a lo usual.

—Os lo juramos, chicos —dijo Jack con seguridad, apartándose un mechón de pelo rubio de los ojos.

—Algo le pasa —dijo pensativo Ethan.

Ninguno de mis amigos sabía la razón exacta, ni siquiera John. Después de lo que había pasado esa semana, no me fiaba de ellos. De John sí, pero del resto no. La gente todavía se burlaba de ella cuando la veían por los pasillos. Si supieran que saldría en uno de los programas con más audiencia del país...

—...¿Tú qué piensas que le ocurre, Eric? —oí que preguntaba mi mejor amigo.

Oh, vaya. Empecé a buscar una posible respuesta que les sirviera a mis amigos. “Piensa, mente, piensa”.

—Creo que... quizás... a lo mejor... tiene que hacer una presentación delante de toda la clase y por eso está así.

—Podría ser, pero lo dudo. —John negó con la cabeza—. Yo creo más bien que debe estar relacionado con eso del baile. Igual tiene un concurso cuya dificultad supera a los demás y por eso está así.

Iba a replicar, pero un leve carraspeo a mis espaldas me lo impidió. Mis amigos miraron a la persona que se encontraba detrás de mí, a quien yo desconocía. Me volví rápidamente, sobresaltado, y al instante abrí los ojos de par en par ante la sorpresa de ver a la persona de quien habíamos estado hablando.

—¿Podemos hablar un minuto, Eric? —preguntó, subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

—Claro.

Antes de alejarme de mis amigos, les dije que me esperaran en la siguiente clase. Madison me

guió por el exterior hasta parar en una zona en la que solo había estado una vez, cuando las animadoras decidieron burlarse de ella el día que descubrieron su secreto. Ese día intenté pararle los pies, pero mi intento fue en vano.

Era un lugar bonito, muy tranquilo, por el que los estudiantes apenas pasaban. No era de extrañar porque se encontraba en uno de los laterales del instituto, alejado del resto. Había un banco solitario bajo un manzano. Las hojas habían adquirido una tonalidad marrón anaranjada y algunas habían empezado a desprenderse de sus ramas. Estaba rodeado por un prado que en primavera debía de estar a rebosar de hermosas flores.

Madison se sentó en el banco, cruzando las piernas. La imité y esperé a que hablara.

—Quería decirte que no hace falta que cancelemos la tutoría de mañana.

El miércoles por la noche me había escrito un mensaje diciéndome que no podría quedarse el viernes a las tutorías, aunque no me dijo la razón a pesar de que yo ya la sabía. Yo le había respondido que no pasaba nada.

Nos habíamos dado los números de teléfono el lunes de esa semana por si uno de los dos no podía quedarse.

Alcé una ceja.

—¿Y eso? —pregunté.

—Mis planes han sido modificados —se limitó a decir con un encogimiento de hombros.

—¿Quieres decir que ya no vas a salir en ese programa de televisión? ¿Que ya han visto que tu forma de bailar es de lo más común? —Sonreí de forma burlona.

Puso los ojos en blanco mientras cruzaba los brazos alrededor de su pecho. Alzó una ceja.

—Veo que Hayley te ha contado eso —comentó.

—Sí. Está muy emocionada. ¡Menudo fin de semana me espera! —exclamé, horrorizado al pensar en lo que se avecinaba—. Se puso muy nerviosa el fin de semana pasado. No entiendo cómo vosotras sois capaces de sobrellevarlo.

Madison esbozó una tímida sonrisa de dientes perfectamente alineados.

—Uno se acostumbra a ello, aunque me suelo poner algo nerviosa antes de salir a escena —confesó.

Vaya, eso me sorprendió. Recordé a aquella chica que bailaba con seguridad sobre el escenario. No me la imagina moviéndose de un lado para otro, movida por los nervios.

—No transmitías eso el sábado.

—Cuando estoy sobre el escenario —dijo— es como si todo a mi alrededor desapareciese. Puedo ser yo misma sin tener miedo a fracasar. No sé si me sigues.

Claro que lo hacía. El baile para Madison era como para mí el baloncesto: toda mi vida. Los pequeños engranajes de mi cabeza hicieron clic al comprender la razón por la que ella sacaba buenas notas, por la que se esforzaba tanto: iba a hacer todo lo que estuviera en sus manos para seguir adelante con el baile.

Así que el viernes nos quedamos en la biblioteca. No paró de atacar sus uñas ya maltratadas y de mover el pie con nerviosismo. Me mostraba cómo hacer los ejercicios y luego me dejaba hacerlos, como siempre. Sin embargo, cuando levantaba la vista para pedirle ayuda o para decirle que había terminado, vi que poseía una mirada ausente, como si en vez de estar allí estuviera en otro lugar.

—¿Nerviosa? —pregunté después de pillarla de ese modo varias veces.

—¿Eh? —Madison enfocó la mirada en mí, desorientada.

Reí entre dientes.

—Te preguntaba si estabas nerviosa.

—Oh. —Una leve tonalidad rojiza empezó a teñirle las mejillas al comprobar que no me había estado prestando atención. Soltó una risita nerviosa antes de contestar—. Sí.

Aparté los libros y centré toda mi atención en ella.

—No debes preocuparte por nada —intenté tranquilizarla.

—Tú no tienes que salir a escena delante de todo el país —replicó—. ¿Y si todo sale mal? ¿Y si tropiezo y estropeo el baile? ¿Y si dejo en ridículo a mi grupo? ¿Y sí...?

La interrumpí.

—¿Y si pasa todo lo contrario? —La miré con seriedad—. Madison, eres una bailarina fabulosa. No tienes que preocuparte por nada.

Apartó la mirada. Supe que no me creía y no la culpaba por ello, teniendo en cuenta cómo me solía comportar con ella.

—No puedo evitarlo. Lo siento si te molesta, pero no puedo evitar sentir que la presión puede conmigo.

Sé que es una tontería porque ya he vivido situaciones similares a esta, pero aun así me es imposible cambiarlo.

—Solo baila como lo has hecho siempre.

Asintió, una tímida sonrisa formándose en sus labios.

—Gracias. Por todo.

Se quitó las gafas un momento y las depositó en la mesa con suavidad. Suspiró mientras se frotaba los ojos con fuerza. Estiré mi brazo y las cogí, curioso por saber qué tal me quedarían.

—Buff, sí que estás ciega —dije apartándolas de mis ojos con rapidez, mareado.

Ella rió con fuerza, alegrándose los oídos con su armoniosa y musical risa.

—Deberías de haber visto tu cara —se burló, haciendo un intento muy cómico de lo que debería haber sido la expresión que había puesto. Nunca había visto esa parte de ella, jamás habría pensado que ella sería así. En ese momento me di cuenta de que no la conocía realmente, pero que me gustaría hacerlo en un futuro.

Me arrebató el objeto de las manos y las empezó a limpiar con un pequeño pañuelo que había sacado mientras se mofaba de mí. Me fijé en su expresión de concentración mientras lo hacía, arrugando el ceño.

Mi mirada bajó hacia sus carnosos labios y al instante un deseo de probarlos me inundó.

¡No! Me reproché a mí mismo por pensar esas cosas. Los chicos como yo no iban besando a chicas como ella. ¡Era una locura!

Mi buen humor se evaporó gracias a ese estúpido pensamiento. ¿Qué me pasaba? Ella y yo no éramos amigos, ni siquiera nos caíamos bien. ¿Por qué entonces no podía dejar de pensar en el sabor de sus labios?

—¿Te pasa algo?

Se había colocado de nuevo las gafas, ocultando así parte de su belleza. Su mirada era una máscara de preocupación.

—No —respondí con un tono seco que no pretendía utilizar.

—En ese caso, vuelve al lío.

Me centré de nuevo en el ejercicio que había dejado a medias; mejor dicho, lo intenté sin resultado alguno. Por el rabillo del ojo vi cómo mi compañera se quitaba el moño y, sin que ella lo notara, me quedé embobado viendo cómo lo rehacía.

Joder. Estaba jodido.

El sábado fue un día plagado de emociones. Hayley estaba con los nervios a flor de piel. Al igual que el fin de semana pasado, no paró de ir de un lado para otro.

Las niñas nos dejaron boquiabiertos con la buena ejecución de la coreografía, la que era tan buena y espectacular como complicada. Era acrobática y os juro que jamás había experimentado tanto dolor como lo hice esa tarde viendo cómo niñas tan pequeñas hacían acrobacias tan complejas.

Los solos que hicieron las dos niñas que representaban al estudio fueron alucinantes. La música escogida, ambas rítmicas y marchosas, se ajustaba a la perfección a la danza.

No obstante, el fiasco que me llevé fue tremendo al descubrir que el baile grupal había quedado en décimo lugar y que una de las niñas que había ejecutado un solo no se había clasificado mientras que la otra solo había quedado en noveno lugar.

Debido a eso todos nos encontrábamos alicaídos, las niñas incluidas. Hayley en especial parecía molesta consigo misma, como si supiese que podría haberlo hecho mucho mejor de lo que lo ha hecho.

—Te juro, Eric, que pensaba que quedaríamos en una mejor posición —me decía a la vez que fruncía el ceño y apretaba los labios.

Con una sonrisa triste le revolví el pelo y le besé la frente con ternura.

—Da igual lo que el jurado haya dicho, para mí ha sido magnífico.

—Pero es injusto. —Hizo un puchero.

Vaya, vaya. Así que Hayley tenía el mal perder de Dylan, quien siempre que jugábamos a los videojuegos y perdía, ponía alguna excusa barata para explicar su derrota.

—Así es la vida: algunas veces se gana y otras se pierde. —Me puse a su altura para mirarle directamente a los ojos—. Ahora hablemos en serio. Lo has hecho de fábula. Deberías estar orgullosa con ese logro. Además, no creo que a tu profesora le haga mucha gracia el hecho de que no soportes que los demás te ganen.

Hayley pareció sopesarlo. Me miró mientras ladeaba la cabeza, quizá pensando en mis palabras.

—Tienes razón —dijo finalmente unos instantes después, dibujando una tímida sonrisa.

—También debes de pensar en la de veces que las bailarinas sénior han quedado en una posición que no esperaban —agregué—. Ellas han participado en muchos concursos, ¿no crees que en alguno habrán quedado décimas o peores? ¿O acaso has pensado que siempre han quedado en tan buenas posiciones como la del fin de semana pasado?

Mi hermanita asintió con la cabeza, atenta a mis palabras.

—Debes tener eso en cuenta, pequeña. No siempre se gana.

Antes de salir del edificio en el que se el concurso se llevaba a cabo las madres y la profesora de baile se pusieron todas de acuerdo en llamar a Madison para darle la noticia. Así que Gwendolyn la llamó y la puso al día de todo. Estuvo bastante tiempo hablando con ella, apartada del resto. De vez en cuando entrecerraba los ojos y suspiraba con pesadez, como si su interlocutora estuviese sermoneándola, lo que sería muy cómico teniendo en cuenta que Madison era mucho más joven que ella.

—Maddie no está muy contenta con el resultado —nos informó en cuanto colgó y se unió al grupo.

—¿Y eso? —preguntó mi padre.

Suspiró con agotamiento.

—Ella pensaba que quedarían en un buen puesto, estaba convencida. Con lo mucho que habían trabajado las niñas y con el resultado obtenido en la anterior competencia, pensaba que

todo iría sobre ruedas.

—Oh. —Las niñas parecían apenadas. Miré a Hayley y supe que la burbuja de confianza que había creado en ella había reventado con esas palabras, hiriéndola como la peor de las puñaladas.

—No obstante, está orgullosa de que se hayan clasificado entre las diez primeras. Además, ella no es quien para juzgaros porque no está aquí, o eso me ha dicho. Tenéis suerte de tener a una profesora tan bonachona; de lo contrario, se os caería el pelo. Así que ya sabéis lo que tenéis que hacer para la próxima vez: trabajar más, ¿entendido?

Todas asintieron sin pestañear.

—Sí, Gwendolyn.

Esa misma noche mi dulce hermanita se apoderó del mando de la televisión y de la sala de estar tras la cena. Ese fin de semana había decidido no salir con los chicos. No tenía ganas de hacer nada, además todavía estaba muy confuso con respecto a la friki y eso no ayudaba para nada.

—¡Mamá, papá, ya empieza! —vociferó con emoción.

Entré en la estancia con lentitud, arrastrando los pies. No me apetecía ver ese programa, y mucho menos la actuación del estudio; ya había visto suficiente baile por hoy. Pero se lo había prometido a Hayley y una promesa es una promesa.

La entradilla pegadiza del programa resonaba por toda la habitación mientras me acomodaba al lado de mi hermana.

—Buenas noches, señoras y señores, chicos y chicas. Hoy será una noche distinta a las que estamos acostumbrados —dijo a modo de saludo Michael Sims, uno de los dos entrevistadores del programa. *The Review* era un programa de entrevistas al que asistían las personas más famosas del país.

—Hoy estará con nosotros Hannah Brown, la propietaria del estudio de danza *Hannah Brown Studio*.

Buenas noches, Hannah —le dio la bienvenida Clare Fink con una sonrisa en sus rosados labios.

La audiencia del plató aplaudió fervientemente mientras una de las cámaras enfocaba a una de las protagonistas de esa noche.

—Buenas noches, Clare, Michael. —Sonrió con dulzura a la audiencia, la que no paraba de alabarla—. Es un placer estar aquí con vosotros.

—El placer es nuestro.

—Para empezar, háganos un poco de tu compañía de baile —pidió Clare mientras se alisaba su ajustado vestido en busca de alguna arruga inexistente.

—¿Cuándo la creaste? —preguntó a su vez su compañero, totalmente interesado en el tema.

Hannah no borró la sonrisa de sus labios y sus ojos empezaron a destilar emoción.

—Creé mi propio estudio de baile hace casi veinticinco años.

—¿Por qué razón?

—Verás, siempre he estado interesada en la danza, por lo que cuando tuve los suficientes años de experiencia, decidí formar mi propia compañía.

—Interesante. —Michael asentía mientras su compañera no le quitaba un ojo de encima—. ¿Tu compañía ha generado algún bailarín famoso?

La dueña del estudio agrandó su sonrisa.

—Muchos de mis bailarines tienen carreras estelares. Varios de ellos ahora mismo están haciendo obras de teatro en Broadway o son unos coreógrafos muy reconocidos.

—¿Cómo te sientes al saber que les has impulsado, que les has ayudado a llegar tan lejos? —

preguntó Clare dejando a un lado las tarjetitas donde seguramente tendría anotadas todas las preguntas que le harían esa noche a su invitada.

—Siento muchas cosas. En primer lugar, me siento orgullosa de ellos, del trabajo que han hecho y del tiempo que han empleado para convertirse en personas importantes del mundo de la danza. En segundo lugar, cada vez que uno de mis alumnos supera un casting o gana un concurso de danza, me siento muy dichosa. Debéis saber que todos mis alumnos ocupan un lugar especial en mi corazón. ¡A muchos de ellos les he visto crecer! —Sus ojos se nublaron por las lágrimas contenidas—. También siento pena cuando se marchan, aunque sé que ya no me necesitan, que ya saben todo lo que tienen que saber para enfrentarse al mundo cruel que les rodea.

¿Mundo cruel? ¿Qué demonios significaba eso?

—¿A qué te refieres con “mundo cruel”?

Hannah sopesó la respuesta durante varios segundos, jugueteando con el dobladillo de su vestido del color de las cenizas.

—El mundo del espectáculo es duro. Muchos de mis estudiantes aspiran a hacer películas o a hacer musicales. Es muy difícil pasar los casting y uno debe ser rechazado muchas veces antes de lograr un buen papel. A los productores no les importa los sentimientos, lo único que quieren es a alguien que concuerde con el personaje.

—¿Tú crees que tus alumnos están preparados para enfrentarse a eso? —preguntó Clare con seriedad.

La mujer sonrió con dulzura.

—Sí. Todos los que han trabajado conmigo saben lo dura y exigente que soy. Una de las razones de ello es que quiero que en un futuro no se tomen a mal un rechazo en un casting, que no se desmotiven. Quiero que ese rechazo en vez de debilitarles les haga más fuerte.

—Eso es muy bonito por tu parte, Hannah —dijo Michael, mirándola a los ojos—. Pero, y permíteme cambiar radicalmente de tema, estamos aquí porque tu academia es muy famosa.

La entrevistada rió, dejándonos a todos boquiabiertos. ¿Qué mosca le había picado?

—No creo que famosa sea la palabra adecuada. Yo diría más bien que tiene muy buena reputación por la calidad de mis estudiantes, como ya os he comentado antes. —Miró a los entrevistadores, quienes la miraban sin entender, por lo que añadió—: Muchas veces esa reputación es la que hace que los padres decidan inscribir a sus hijos en mi estudio o que se muden de ciudad solo para que sus hijos vengan a mi academia. No creo que sea famosa, sino que lo que mueve a los padres o tutores es que las personas hablan bien de ella. —Se encogió de hombros.

—¿Sabrías decirnos cuántos alumnos están matriculados este año? —preguntó Clare con interés.

Hannah permaneció unos minutos callada, pensando en la respuesta.

—Ahora mismo no sabría decirte. Hay tantos que no podría decir con exactitud la cifra, pero son muchos.

—¿De entre ellos quiénes son los que compiten? —Michael cambió de tarjeta automática y disimuladamente, en vano, ya que todos fuimos conscientes del movimiento—. Porque tu estudio tiene alumnos y alumnas que compiten semanalmente en campeonatos regionales.

Con una gran sonrisa, Hannah dijo:

—Actualmente tengo dos de distintas categorías: uno infantil y otro en la categoría sénior.

—Háblanos un poco de ambos.

—Bien. El grupo sénior lo componen chicas que han estudiado danza desde siempre en mi estudio. Son unas bailarinas muy buenas.

—¿Son ellas a las que veremos esta noche? —Clare se echó hacia delante.

—Por supuesto. —Asintió con la cabeza con fuerza—. Como iba diciendo, son excelentes en lo que hacen. Suelen quedar entre los cinco primeros puestos, por lo que no puedo estar más orgullosa de ellas.

Normalmente el equipo está compuesto de chicas, todas ellas hermosas. No obstante, a veces incluyo a uno o dos chicos en mi coreografía.

—Bueno, sin más dilación, demos paso a la primera actuación de esta noche —dijo Michael mirando directamente la cámara—. ¡Con todos ustedes, este es el grupo sénior, quien interpretará *Life and Death*!

El público aplaudió con fuerza. Unos silbidos resonaron desde el plató, dándoles ánimo. Inmediatamente después el grupo sénior salió desde uno de los laterales. Todas ellas estaban serias, conscientes de la importancia que tenía esa actuación. Lo que más me sorprendió fue no ver a Madison en el número. ¡Qué extraño!

Poco después de que empezara la música y que todas las chicas empezaran a bailar, una chica vestida completamente de negro y cuyo rostro estaba cubierto por una máscara blanca salió a escena.

—¡Vaya, es precioso! —exclamó Hayley, mirando embobada la televisión.

Las chicas empezaron a actuar de una manera extraña en cuanto ese extraño personaje salió a escena.

Todas intentaban huir de ella mientras ejecutaban difíciles movimientos, pero al final ninguna logró el objetivo y esa chica salió orgullosa de allí, con un aire de superioridad.

En seguida toda la audiencia estalló en aplausos, pero no fue la única. En casa mi hermana también aplaudió, mientras papá y mamá la miraban con ternura.

—Ha sido perfecto —dijo.

—¿Has entendido la historia? —Mamá parecía estar sorprendida.

—El propio título lo dice: la persona que ha salido más tarde era La Muerte, quien ha matado a esas chicas.

Mi hermana lo dijo de tal manera que yo no pude evitar soltar una sonora carcajada. No sé de dónde había sacado la seguridad con la que había hablado.

—Muy buena, pequeña —la felicité mientras le revolví el pelo, lo que provocó que sus mejillas adquiriesen una tonalidad rojiza.

—Asombroso. —La voz de Michael hizo que volviésemos a centrarnos en la entrevista—. Una actuación impecable, ¿no ha sido así, Clare?

La susodicha asintió con la cabeza.

—En efecto, Michael. ¿Qué te ha parecido, Hannah?

—He visto una gran mejora. Este número lo coreografié hace tres semanas y estoy segura de que hoy lo han llevado a cabo mejor que en aquella competencia.

—¿A quiénes hemos visto en escena? —preguntó Clare sonriendo y cruzando las piernas.

—Ellas son Tamara Walker, Susana Diaz, Samantha Blair, Emma Knight, Sarah Parker y Madison Moon. —Sonrió por milésima vez.

—¡Vaya, sin duda esas chicas son fantásticas! —Michael parecía asombrado por la actuación.

—Esperad, el espectáculo no ha hecho más que empezar. Os aseguro que vais a disfrutar cada uno de los números.

Los siguientes diez minutos los emplearon en preguntarle sobre su infancia. Al parecer, su madre no aprobaba el hecho de que quería dedicarse al mundo del espectáculo. Tuvo muchas discusiones con ella que las llevaron a distanciarse durante largas temporadas, pero ahora, en ese

mismo momento, su relación había mejorado. Su madre al final pudo aceptar que había elegido el camino correcto. Su padre, al contrario que su madre, la apoyó en todo momento.

—No os perdáis el siguiente número —anunció Clare.

—¿Cómo se llama, Hannah?

— *Jealous*.

—¡Un fuerte aplauso para estas chicas! —pidió Michael, aplaudiendo.

Los aplausos resonaron durante unos segundos. En la pantalla apareció el mismo grupo de chicas, todas ellas sentadas en el suelo. Pronto, la música empezó a ser audible y las chicas hicieron algo que no me esperaba: empezaron a cuchichearse cosas entre sí. Pero eso no fue lo que más me sorprendió, porque segundos después apareció un chico en escena, sonriendo pícaramente a las chicas. En seguida todas ellas sonrieron tontamente, menos Madison, y empezaron a bailar alrededor de él, intentando conquistarlo.

Todas ellas hicieron movimientos sensuales, excepto Madison, quien parecía no estar interesada. El chico, cuyo cabello pelirrojo se veía a distancia, bailó con cada una de ellas, sin satisfacerse con ninguna. Mientras el pasaba de chica en chica, el resto se mostraban celosas, tal y como decía el título del baile.

Pero segundos después el chico empezó a acercarse a Madison con aire tranquilo. Ella al principio le ignoró, bailando con sus compañeras, quienes en esos momentos parecían querer asesinarla con los ojos, pero al final sucumbió al poder de seducción de su compañero. Cuando la pieza terminó, el chico y ella terminaron cogidos de la mano, sonriendo.

No sé por qué ese simple gesto me revolvió el estómago, pero lo hizo.

Mientras las luces del plató volvían a encenderse, el público aplaudió fervientemente. Las chicas saludaron elegantemente y salieron de la pista de baile que les habían acondicionado.

—Ha sido precioso —dijo mamá emocionada.

—Ahora entiendo por qué Madison insistía tanto en la expresión de la cara —dijo mi hermana sin apartar su mirada de la televisión.

Mientras tanto, en el plató aludían a Hannah y a las chicas.

—Como bien hemos podido notar, había un miembro más en el grupo. ¿De quién se trata? —quiso saber Clare.

Los ojos de Hannah brillaron con emoción y en su boca se dibujó una sonrisa orgullosa.

—Mi hijo, Wyatt Brown.

Joder. ¡Tenía un hijo!

Automáticamente todos en el salón abrimos la boca de asombro.

—¿Qué? —fue lo único que pude decir.

¿Ese chico, el que había estado seduciendo a esas chicas, era hijo de la propietaria del estudio en donde daba clases mi hermana? Me pregunté si mantendría alguna relación con la friki.

—Al parecer tiene un hijo. —Mamá todavía parecía estar estupefacta.

—¿Qué edad tiene, Hannah? —Esa pregunta nos devolvió a la realidad. Volvimos a centrarnos en el programa.

—Tiene diecisiete años. Debéis saber que, aunque no esté en el grupo sénior, a veces participa en él.

—¿Por qué no forma parte de él? —Michael me había leído la mente.

—Bueno, verás, Wyatt es un apasionado de la danza, pero también le gusta actuar, por lo que muchas veces combina sus dos pasiones. A decir verdad, yo lo quería en mi equipo de baile, pero él insistió en que quería enfocarse más en su carrera como actor. Decidí apoyarle y aún lo hago. Eso sí, me dijo que si podía ayudarme con algo, que podía pedirle ayuda.

—Por lo que vemos, estás muy orgullosa de él —comentó Clare.

—Más que eso. Es un chico ejemplar, maravilloso. Tiene un gran talento para el baile y la actuación, y pone una gran dedicación en los proyectos que emprende.

—Rió—. Seguramente ahora se esté avergonzado por lo que acabo de decir, deseando que me calle o que cambie de tema.

—No nos cabe duda de eso, Hannah —dijo Michael—. Hemos podido comprobar que una de tus alumnas y él se lanzaban miradas cómplices cuando estaban juntos.

—Oh, en efecto. No debería decirlo, pero Wyatt está saliendo con una de mis alumnas.

Todos en el plató rieron.

—¿Quién es la afortunada?

—Sarah Parker. Luego la conoceréis, tranquilos. Os aseguro que es una chica encantadora.

Suspiré para mis adentros. Era un alivio escuchar eso y no que mantenía una relación con Madison porque... porque no era su tipo. Ese pelirrojo no era de la clase de chicos con los que salí ella. Zanahorio no estaba a la altura.

—Hablando de las chicas, ahora nos queda por ver la última de las coreografías.

—Cuéntenos un poco de qué va —pidió Clare con amabilidad.

—El último baile se titula *Into the School* y trata de un tema que se habla mucho hoy en día: el bullying.

Cuando las chicas salgan a escena, podréis comprobar que una de las chicas es excluida del grupo social.

—¿Con qué finalidad creaste esta coreografía?

—Mi intención era que todos nos diéramos cuenta de uno de los problemas con los que nuestra sociedad tiene que lidiar.

—¡Con todos ustedes, *Into the School*! —bramó Michael.

Las cámaras enfocaron a las chicas, quienes ya estaban listas. Todas ellas iban vestidas con un uniforme escolar y parecían estar hablando entre ellas. Faltaba Madison, aunque pronto la vi. Entró al plató segundos después de que sonara la música. Al instante todas las chicas se alejaron, riéndose de ella.

Después de unos giros, las chicas sacaron unas hojas de papel. Al principio no entendí lo que pasaba, pero pronto lo descubrí. ¡Eran notas de examen! Y al parecer el resto de las chicas habían sacado notas mediocres mientras que la friki había sacado una nota muy alta.

Pudimos apreciar cómo sus compañeras parecían insultarla, ¡e incluso simulaban que la golpeaban!

¡Madre mía! Esto era exactamente igual que en el instituto, salvo por lo de las palizas. Madison tenía que lidiar con eso diariamente y yo era uno de los causantes de aquello. Ella no se merecía eso, era una gran chica. Ahora me daba cuenta de ello. Me ayudaba a pesar de ser un capullo con ella y yo se lo devolvía portándome mal. ¿Qué clase de persona era?

Me perdí el final de la actuación por estar perdido en mis pensamientos. De lo único que fui consciente fue de cómo el público aplaudía. No presté atención al programa hasta que dieron la bienvenida a las chicas y al chico. Ellos entraron en el plató vestidos de forma elegante. Todavía me chocaba un poco ver a Madison vestida como una chica normal de su edad, no con esa ropa grande y horrorosa que siempre usaba.

—Bienvenidos, chicos —los saludó Michael.

—¿Nerviosos?

—Un poco —confesó una de las chicas, quien estaba sentada al lado de Sarah, a quien reconocí al instante.

Su comentario provocó que las chicas soltaran risitas nerviosas.

—Habládnos un poco de vosotros. ¿Vais a la misma escuela?

—Casi todos sí, Clare —contestó Sarah.

—En realidad, la única que no estudia en el mismo instituto es Madison.

Automáticamente todas las miradas se posaron en ella.

—Mi instituto es el que más cerca me pilla de casa. El suyo, en cambio, está a veinte minutos en coche.

Los presentadores asintieron, como si entendieran la situación.

—¿Sois un grupo unido? Es decir, ¿el grupo de baile es vuestro mismo grupo social? —Esta vez quien lanzó la pregunta fue Michael.

Los siete se miraron entre sí con complicidad.

—Somos casi el mismo grupo.

—¿Cómo es eso, Tamara?

—Verás, Michael —Se colocó el pelo rubio hacia un lado—, en nuestro grupo también hay otra chica, la que es una de las mejores personas del mundo y a la que todas le mandamos un montón de besos —dijo mirando a la cámara.

—¿Os consideráis un grupo fiestero?

La pregunta de Clare hizo que todos rieran con fuerza.

—Se diría que somos bastante fiesteros —dijo Madison—. Nos gusta ir a discotecas o *pubs*. La verdad es que después de nuestra última competición, fuimos a celebrar la victoria a una de las mejores discotecas del lugar.

¡Espera, espera! ¿Discotecas? ¿Fiesta? Esas dos palabras no pegaban con la imagen que me había hecho de Madison. Al parecer esta chica era una caja llena de sorpresas.

—En general, todo lo que conlleve bailar nos atrae —dijo... ¿Tamara? No estaba muy seguro.

—Pero también nos gusta ir al cine o quedar todos en casa de uno de nosotros para ver una película, salir por ahí y ese tipo de cosas —dijo una chica que no sabía cómo se llamaba.

—¿Os da el tiempo para llevar una vida normal? —preguntó Michael, sorprendido.

—A veces.

—Muy pocas veces —dijo Madison justo al mismo tiempo que Sarah, provocando que ambas rieran.

—Pero las veces que sí podemos hacer cosas normales, las aprovechamos al máximo, que conste.

—Eso no me cabe duda, Susana —dijo Hannah con un tono jocoso, interviniendo por primera vez en la conversación.

Todos los del equipo se rieron de nuevo.

—Hannah nos ha contado que esta temporada os habéis estrenado con fuerzas.

—La verdad, nos gusta ganar —confesó Sarah—. Es por eso que nos esforzamos al máximo para dar lo mejor de nosotras.

—Vuestros padres deben de estar muy orgullosos —comentó Michael.

—Todos nos apoyan, aunque para muchos sea difícil de asumir que su hija quiere ser artista, en vez de abogada o médica, que es lo que ellos esperan de mí —dijo Tamara.

—Los míos querían que estudiara una gran carrera, pero lo mío es más estar sobre el escenario —corroboró Sarah.

—Y lo nuestro —dijeron el resto.

—Aunque sabemos que este mundillo es muy duro —agregó Madison.

Ella estaba radiante, vestida con una falda negra por encima de la rodilla, una blusa blanca

pegada, unas medias negras y unas botas de tacón. Su pelo estaba suelto, lleno de tirabuzones. No sabía si eran suyos o se los había hecho, pero de lo que estaba seguro era que estaba hermosa.

—¿Ah, sí? —Ambos parecían sorprendidos.

—Ajá. —Madison asintió—. Hay muchos bailarines en nuestro país, todos muy buenos. Al final, los que triunfan son solo un puñado de ellos.

—Pero vosotros no tendréis por qué hacerlo, sois todos muy buenos —dijo Clare con sinceridad.

—Bueno, esto ha sido todo por esta noche. Muchas gracias por venir. Ha sido un gran programa. Espero que os vaya bien en los Nacionales. Hablo en nombre de todo el equipo cuando digo que os deseamos buena suerte —se despidió Michael.

—¡Hasta la semana que viene! —se despidió Clare con alegría.

La imagen de las chicas duró unos segundos más hasta que en la televisión empezaron a dar el siguiente programa. Alargué la mano y apagué el televisor.

Hasta hacía unos minutos creía saber muchas cosas sobre Madison, pero era mentira. Apenas sabía nada de ella, por lo que había podido comprobar.

Como el programa había terminado bastante tarde, decidí acostarme. Subí a mi habitación y, tras ponerme el pijama y cepillarme los dientes, me acosté en mi preciada cama. Lo último que pensé antes de quedarme dormido del todo fue en la imagen de Zanahorio agarrando la mano de Madison.

Capítulo 12

Madison

—El vuelo de la terminal tres con destino a Portland saldrá en media hora. Por favor, los pasajeros que viajen a Portland vayan a la terminal tres, su vuelo está a punto de salir —anunció una voz femenina por la megafonía.

Suspiré. Por fin.

Me levanté del asiento metálico que habían instalado para que los viajeros pudieran esperar aparentemente cómodos, aunque la realidad era todo lo contrario.

Se suponía que nuestro vuelo saldría el domingo por la tarde, sobre las cuatro, pero tuvimos la suerte de que había sido cancelado debido a una tormenta eléctrica, por lo que habíamos tenido que esperar hasta el lunes para poder embarcar.

Kara y Álvaro estaban al tanto del asunto. Me había encargado yo en persona de avisarles de que no me esperaran hasta el día siguiente. Parecían molestos, pero entendieron que no se podía arreglar nada.

El vuelo, el del lunes, salía a las nueve de la mañana, así que nos vimos obligados a madrugar. El propio aeropuerto nos había proporcionado un alojamiento en uno de los hoteles más cercanos al lugar e incluso había pagado el desayuno.

—Vamos, chicos, si no queréis perder el vuelo de nuevo —dijo Hannah mientras se levantaba.

Los demás la imitaron y recogieron sus bolsos. Agarré la pequeña mochila y me la coloqué sobre los hombros. Todos nos reunimos alrededor de Hannah y empezamos a caminar en piña.

—Han sido los minutos más largos de mi vida —se quejó Sarah caminando a mi lado.

Reí. Era una exagerada. Puede que a mí también se me hubieran hecho eternos, pero yo no andaba quejándome cada minuto.

—Ya está, ya pasó —bromeé, acariciándole el cabello como si fuera una niña pequeña.

—Eres muy graciosa, Maddie —dijo sarcástica, poniendo los ojos en blanco.

Reí de nuevo al ver su intento de enfadarse conmigo.

La terminal estaba abarrotada de gente trajeada y parejas, o eso supuse. Nos pusimos en la cola para embarcar y esperamos pacientemente a que llegara nuestro turno.

Diez minutos después ya estábamos dentro, sentados en los asientos que nos habían asignado. En mi caso me encontraba entre Sam, quien iba en el asiento de la ventanilla, y Sarah. Detrás nuestro estaban Tamara (sentada en la ventanilla) y Susana (en el centro); y delante estaban Emma, Hannah y Wyatt.

Mientras la azafata explicaba las normas de seguridad, me abroché el cinturón de seguridad y saqué de mi mochila un libro.

Ya en el aire y pasada media hora, Sarah llamó mi atención tocándome suavemente en el brazo. Alcé la mirada de mi libro y la miré con expectación. Había estado leyendo una revista sobre danza y parecía que un artículo le había llamado mucho la atención, ya que normalmente no desvelaba nada de lo que leía si sabía que leeríamos la revista o lo que fuera en un futuro.

También llamó la atención de Sam y cuando tuvo toda nuestra curiosidad activada, se dignó a hablar:

—¿Os acordáis de aquella sesión de fotos que hicimos hará más de un mes?

—¿En la que también nos entrevistaron? —preguntó Sam.

—Esa misma. —Sonrió—. Pues el caso es que estoy leyendo la entrevista y estoy mirando las fotos que nos hicieron. Me parecen increíbles, ¿no os lo parece? —Nos pasó la revista.

La puse entre Sam y yo y en efecto, las fotografías eran fantásticas. En una de ellas aparecía Tamara ejecutando un *arabesque* a la perfección; en otra estaban Emma y Susana abiertas de piernas con la espalda arqueada hacia atrás, tocándose la punta del pie; en otra aparecía Sarah con una pose digna de una modelo principal; y en la última aparecía yo en pleno salto en cabriola. Al lado de esas fotos había un artículo que decía:

<<A todos nos apasiona la danza, o eso debería ocurrir si estás leyendo estas páginas. Este reportero ha tenido el privilegio de pasar una tarde muy agradable con unas chicas maravillosas. Me estoy refiriendo a Tamara Walker, Susana Diaz, Samantha Blair, Madison Moon, Sarah Parker y Emma Knight.

Estas cinco maravillosas bailarinas se han mostrado agradables y amigables en todo momento.

Pertenecen a la academia de danza *Hannah Brown Studio* y todas ellas son unas apasionadas de la danza. “No puedo imaginarme una vida sin bailar”, ha dicho Tamara cuando le he preguntado al respecto y, mientras, el resto de sus compañeras asentía.

Estas cinco chicas son muy reconocidas en el mundo del baile. Sin ir más lejos, Susana ha salido en varios videoclips de estrellas famosas y ha sido portada de millares de revistas desde los diez años.

Tamara, al igual que su compañera, ha salido en videoclips; pero además de eso, también ha grabado maquetas suyas que han sido oídas por todo el mundo. ¡Esta joven de diecisiete años tiene una voz magnífica y un gran talento! Emma es la que menos trabajos profesionales ha hecho; solo ha modelado para un par de marcas de moda y apenas ha salido en un par de videos musicales. Sarah, en cambio, ha salido en varios videoclips ¡e incluso ha grabado una serie! A pesar de que su personaje era más bien secundario, se ha labrado un hueco en la agenda de Hollywood ya que, según tengo entendido, la misma productora la quiere para su próximo proyecto. Samantha ha salido en varias series e incluso ha llegado a la gran pantalla como personaje secundario de una película que a pesar de no ser tan buena ha logrado que esta joven brille como un diamante en bruto. Por último, tenemos a Madison. Ella ha salido en varias series televisivas como invitada o como personaje secundario. A parte de eso, la hemos podido ver en varios vídeos musicales, ha modelado e incluso se ha atrevido con el canto. Sin lugar a dudas estas chicas son una caja de sorpresas.

Todas son muy diferentes entre sí, por lo que me han contado. “A veces Samantha es un poco perezosa”, comentó Sarah, sonriendo. “Madison es la más estudiosa de todas”, agregó Emma, “aunque por lo general todas lo somos”. Cuando les he preguntado la razón de ello, todas han respondido: “Es necesario que todas saquemos una media igual o superior a siete y medio para poder competir en concursos profesionales”. Así que si estáis interesados o interesadas en competir tal y como lo hacen ellas, tendréis que poner os las pilas con los estudios.

“El baile no es un juego de niños”, dice Madison y su compañera Samantha la ha corroborado diciendo: “No es un pasatiempo, es un trabajo muy duro”. “Nosotras no bailamos dos horas a la semana, sino que estamos metidas en el estudio más de veinte horas semanales”, me informa Susana.

Metiendo esas horas semanales os preguntaréis cuánto trabajarán diariamente. Estas adolescentes trabajan una media de cinco horas en ello. “A veces salimos muy tarde del estudio, otras veces nos vemos obligadas a perder clase para pulir un número”. Palabras textuales de

Sarah Parker quien después ha agregado que a veces trabajaban ocho horas por día e incluso más. ¡Sin duda estás chicas son incansables! Y es que para ser tan buenas como ellas es lo que debéis hacer, esforzaros al máximo.

En lo que se refiere al tiempo libre, estas chicas están totalmente de acuerdo. “Tenemos muy poco tiempo para nosotras mismas, aunque si lo tenemos, no lo desaprovechamos”, dice Samantha. ¿Qué es lo que les gusta hacer? Eso fue lo que les pregunté después y Emma sin dudar ha respondido a la pregunta con un “De todo” a lo que agrega: “Nos gusta salir de compras, ver películas... incluso hay veces que bailamos porque es eso lo que más nos gusta hacer, bailar”. “Es algo que nos apasiona”, añade Madison “y no podemos dejar de hacerlo”.

Todas ellas han sido muy educadas durante la sesión fotográfica. Se notaba que eran expertas en esto, sabían cómo actuar delante de la cámara. ¡Incluso después de la sesión, tan impresionado como estaba de sus movimientos, me preguntaron si quería ver la coreografía del último de sus bailes! No me pude negar.

En fin, veo un futuro prometedor en ellas. Tienen mucho talento y ponen mucho empeño en lo que quieren conseguir. Espero verlas en un futuro haciendo realidad sus sueños que son, según ellas, “seguir haciendo lo que nos gusta y lo que nos hace felices, bailar”.>>

—Vaya —fue lo único que pude decir. Estaba asombrada por las palabras del autor del artículo, quien a su vez nos había hecho la sesión fotográfica.

Recordaba ese día muy bien. Había sido un domingo. El día anterior habíamos sufrido una penosa derrota contra el estudio de Summer, quedando nosotras en segundo lugar y sus bailarines en el primer puesto. No estábamos con ánimos para hacer esa dichosa sesión, pero, siendo sincera, había sido mucho mejor de lo que todas esperábamos. Nos habíamos divertido y habíamos olvidado el fracaso del día anterior.

—¿Os acordáis de lo bien que nos lo pasamos? —nos recordó Sam.

—Sí —asentí—. Qué bien sienta verse a uno mismo en una revista —fingí superioridad.

—O en una serie —me siguió el juego Sarah, sonriendo.

—O en un poste de anuncios.

Las tres reímos ante nuestra broma. La tensión de la ida se había evaporado como el agua lo hace con el calor una vez que el programa había empezado. Los presentadores fueron muy amables con nosotras tanto durante el programa como en el *backstage*.

Habíamos pasado gran parte de la mañana del sábado ensayando los números en el plató, hasta que a Hannah le parecieron lo suficientemente perfectos como para salir en la televisión. Después nos había llevado a almorzar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad, en donde más de un comensal nos había pedido un autógrafo.

El autor del artículo no había exagerado a la hora de decir nuestros logros. Todas éramos muy reconocidas dentro del mundillo del baile. Habíamos trabajado muy duro a lo largo de nuestra carrera para ganar ese reconocimiento que según Summer no merecíamos.

Los bailarines de su estudio también eran reconocidos, pero no tanto como nosotras, quienes habíamos tenido muchas oportunidades para brillar a lo largo de nuestros años de carrera. Es por eso que muchos de ellos estaban celosos de nosotros y por eso nos odiaban tanto. En mi opinión, su actitud era un tanto infantil, ya que ellos también eran muy buenos, eran tan buenos como nosotros. ¿Por qué pensaba eso?

Muy sencillo, en los concursos de danza casi siempre estábamos en los cinco primeros puestos, los dos estudios. Lo único que nos diferenciaba era las oportunidades que nosotras habíamos tenido y aprovechado.

—Tengo ganas de llegar a casa y contarles a mis padres todo —dijo Sammy con emoción,

conteniendo un gritito.

—Yo también. Quiero contarles cómo nos lo hemos pasado aquí, en Los Ángeles. Todavía no me lo creo.

—Ni yo. Es increíble que hayamos salido en un programa de televisión y que nos hayan entrevistado. Me siento como una estrella famosa —dije ruborizándome un poco.

Se instaló un silencio entre nosotras. Aproveché para sacar mi teléfono móvil y escribirle un mensaje a Eric diciéndole que ese día no había clases particulares, que lo sentía. Recibí su respuesta a la hora en la que se suponía que era el descanso: “No hay problema”, e instantes después escribió: “¿Te lo has pasado bien?”.

Sonreí como una boba, lo que provocó que mis dos compañeras de asiento me miraran con asombro.

—¿Con quién hablas, Maddie? —preguntó Sarah con una sonrisa pícaro dibujada en su rostro.

—¿Eh? Con nadie... Solo es un chico al que doy clases —dije sonrojándome un poco.

—Así que un chico, ¿eh? —comentó Sam—. Me pregunto quién será y si será mono.

Alcé la mirada del teléfono y las miré con horror.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —La miré fijamente—. Le conocéis. ¿Os acordáis del chico que vino la semana pasada a Seattle? —pregunté y esperé a que afirmaran con la cabeza—. Pues es él.

A ambas se les iluminó el rostro.

—¡Ese chico estaba más bueno que el pan! —exclamó Sammy y Sarah asintió con la cabeza, apoyando sus comentarios.

¡Dios mío! Ya empezábamos.

—Podría ser, pero no es nuestro tipo —negué rotundamente.

—¿Y eso?

Suspiré a la vez que ponía los ojos en blanco.

—Es un idiota. No creo que chicas como nosotras le intereseamos.

—Pues parece que a ti sí que te interesa. Y no lo niegues, amiga mía, porque he visto cómo sonreías tontamente a la pantalla de tu teléfono como si él estuviese en el otro lado. —Calló por unos instantes.

Cuando pensaba que no iba a volver a abrir la boca, exclamó—: ¡No me puedo creer que haya llegado el día en que tú, Maddie, te hayas fijado en un chico! ¡Ya era hora! Por fin se han despertado todas tus hormonas.

—Sarah, por favor... —intenté acallarla, pues estaba segura que todos en el avión habían escuchado lo último que había dicho.

—Chicas, por favor —nos reprendió Hannah, girándose en su asiento—. ¿A qué vienen esos gritos?

—Pregúntaselo a Maddie —fue todo lo que dijeron mis dos compañeras. Traidoras.

Hannah me miró con expectación. Genial, lo que me faltaba, que tuviera que hablar con mi profesora de baile sobre mi vida sentimental.

—No ha pasado nada, Hannah.

Suspiró pesadamente.

—Que no se vuelva a repetir, ¿entendido?

—Sí, Hannah.

Suspiré para mis adentros cuando ella volvió a sentarse en su asiento. Me giré hacia Sarah, asesinandola con la mirada. ¿Cómo se atrevía a hacerme esto? Pero en vez de discutir, decidí ignorarlas, a las dos.

“¡Ha sido una pasada! Todo el mundo nos miraba embobados, como si fuese la cosa más maravillosa que ellos hayan visto en su vida. Me he sentido de cine.”, le respondí a Eric, quien había sido ignorado. Fue todo un error por mi parte porque lo único que conseguí con ello fue echar más leña al fuego.

—¡Vaya! Qué exigente es tu churri, Maddie —se burló la que decía ser una de mis dos mejores amigas.

—¡Que él no me gusta!

—¿Ah, no? Entonces, ¿cómo explicas que te moleste lo que te estoy diciendo?

Tenía razón. ¿Por qué me molestaba tanto su comentario, por qué me afectaba tanto, si no era cierto? ¿O sí lo era?

Pensemos en ello. Eric era muy arrogante y estúpido la mayoría de las veces. Sin embargo, dándole clases había aprendido que las apariencias engañaban. Toda esa arrogancia y estupidez era una fachada, de eso estaba muy segura. En privado era una persona totalmente diferente: era divertido, ocurrente, inteligente (lo que yo dudaba en un principio) y amable (en ocasiones), si bien a veces tenía sus ataques de ira, como a todos nos pasaba alguna vez.

¡Oh, no! ¡Eric me gustaba! ¿Que cómo lo sabía? Porque esa semana había sentido cómo algo cambiaba en él... en mí. Apenas habíamos discutido, o si lo hacíamos, disfrutaba viendo cómo al fruncir el ceño se le formaban en la frente unas pequeñas arrugas.

Genial, estaba jodida.

No me podía permitir que esa clase de sentimientos se instalaran en mí. Enamorarme solo significaba una cosa para mí: problemas. Solo había que ver a Sarah para saber lo que una relación provocaba. Cuando discutían, Sarah volcaba toda esa rabia acumulada en el baile y cuando quedaban para salir el fin de semana o al final de las clases, se la veía distraída. Yo no podía permitirme eso, no quería distraerme mientras hacía lo que más me importaba en la vida.

—Porque... porque... —balbuceé mientras buscaba una excusa—... Agh, ¡odio que tengas razón!

Me crucé de brazos y desvié la mirada hacia otro lado, enfadada conmigo misma por haberle confesado una cosa así.

—Maddie, no debes estar resentida por eso. Es normal a nuestra edad. Lo que pasa es que a ti te ha pasado un poco más tarde que a nosotras —dijo Sarah. Me obligó a mirarla de nuevo.

—Es que... No sé lo que me pasa. Es raro, pero a pesar de todo, me gusta estar con él.

—¿Ves? Eso no es tan malo.

—Pero a su vez tengo miedo. Miedo de que me haga daño, de que no sea lo que yo espero, de que no sea correspondida —confesé con temor.

—Ese es el riesgo que debes correr. Yo no sabía lo que Wyatt sentía por mí hasta que me lo confesó. Se arriesgó y salió ganando.

Suspiré.

—Pero tú ya contabas con otras experiencias. Esta es la primera vez que siento algo por alguien. Tengo miedo de que me rompa el corazón, porque si lo hace, no sabré cómo actuar.

Sarah y Sammy rieron.

—Tú estate tranquila con eso. Creo que Álvaro sí sabrá lo que hacer.

Reí por el comentario que Sarah había hecho porque sabía que era cierto. Álvaro era muy sobreprotector con todos, en especial con las mujeres. Si un chico que no perteneciera al Moonlight osaba entrar en su propiedad estando él presente, siempre le hacía todo un interrogatorio. Todavía recuerdo el día en que Wyatt pisó el orfanato por primera vez. Fue bombardeado a preguntas hasta que a Álvaro le pareció suficiente y le dio el “visto bueno”,

según él.

—Tengo una idea —dijo Sam unos minutos después—. ¿Por qué no quedas con él algún día? Ya sabes, fuera del horario de clases.

Lo sopesé. ¿Estaba dispuesta a abrir mi corazón a una persona cómo él? No, por supuesto que no. Seguro que me lo rompía a la primera de cambio. Pero no podía decepcionar a mis amigas. Ellas estaban ilusionadas ante la idea de que saliera con un chico por primera vez.

—No sé... no sé si estoy preparada.

—Maddie, nadie está preparado cuando el amor entra en su vida así, de sopetón —dijo Sarah.

—A veces eres más tozuda que una mula —soltó Sam—. Cuando se te mete algo entre ceja y ceja, es imposible quitártelo de la cabeza. —Suspiró con pesadez—. Haz lo que quieras, pero que sepas que una oportunidad así no se da dos veces en la vida, ¿verdad, Sarah?

—En efecto.

El resto del viaje las tres fuimos en silencio. De vez en cuando hablaba con las de delante o las que iban detrás, pero en contadas ocasiones. Estaba más bien distraída, pensando en lo que Sammy y Sarah habían dicho.

¿Estaría dispuesta a dejar que el amor entrara en mi vida?

Capítulo 13

Eric

El despertador empezó a sonar con la misma melodía dulce de cada mañana, sobresaltándome. Con un brazo, apagué el maldito cacharro y lo tiré al suelo. Hice la sábana y el edredón a un lado y me levanté, tropezándome con el despertador al mismo tiempo.

Como todos los días, me metí en el baño de mi habitación y me duché tranquilamente. Mientras el agua caía por el cabezal, dejé la mente en blanco, olvidándome de todo por un momento y disfrutando de la sensación del agua recorriendo mi cuerpo.

Salí totalmente relajado con la toalla enrollada en mi cintura, envuelto en un aura de vapor. Fui hacia el armario de madera y saqué unos vaqueros, una camiseta blanca de manga corta y una sudadera. Al pasar la pierna por la pernera del pantalón, un papel cayó de uno de los bolsillos. Cuando lo abrí me encontré con la agradable sorpresa de descubrir que era un número de teléfono. Seguramente iba tan pasado de copas que ni era consciente de lo que hacía. Miré el nombre: “Kiara Snyder”. No me sonaba.

No creo que la conociese. Me pregunté si sería guapa...

—¡He llegado yo primero! Eres muy lenta, enana —oí que se burlaba Andrew, para después escuchar la réplica de Hayley:

—¡No he sido lenta! ¡Has hecho trampa!

Esas dos vocecitas me hicieron salir de mi ensimismamiento. Terminé de vestirme y de peinarme, y salí de mi habitación para encontrarme con mis dos hermanos pequeños discutiendo.

—¡Eres un tramposo! —se quejaba mi hermana, echando fuego por la boca.

—Eres una mentirosa. Solo he actuado con ventaja.

—Tramposo. —Hayley le sacó la lengua y empezó a bajar las escaleras.

—¡Que no he hecho trampa! —Andrew empezó a seguirla por las escaleras.

Supe que era hora de actuar, sino ambos llegarían a las manos, y era muy temprano para eso. Así que bajé las escaleras a grandes zancadas. Justo a tiempo:

—¡No me llames mentiroso! —se quejaba Andrew, las mejillas tiñéndosele de rosa por la rabia. Odiaba que le llamaran así, aún siendo verdad.

—¡Tú tampoco me llames así!

—¡Basta ya! —Me interpuse entre los dos, quienes se miraban directamente a los ojos, asesinándose mutuamente con la mirada—. No sé quién ha empezado ni qué ha pasado... y tampoco me importa. Ahora vamos a desayunar como personas civilizadas si no queremos que mamá se enfadé. Porque si lo hace, las consecuencias serán mucho peores, ¿me habéis entendido?

Como si fuesen dos robots, ambos asintieron con la cabeza automáticamente, quedándose mudos de repente. Los dos entraron en la cocina de manera civilizada y se sentaron en sus sitios. Yo también entré, aunque en vez de sentarme, empecé a preparar el desayuno. Era extraño que mamá no estuviese en la cocina a esa hora, quien siempre estaba allí metida por las mañanas. Me pregunté en dónde estaría.

Pronto supe la respuesta.

Había una nota pegada en la nevera que decía:

“Eric, prepara el desayuno y lleva a los niños al colegio. Papá se ha tenido que ir temprano a trabajar y yo tengo una operación de urgencia. Te he dejado un justificante en la encimera para que le entregues al profesor que te toque a segunda hora y no te pongan una falta. Gracias. Te quiero.

Mamá.”

—¿Y mamá? —preguntó Hayley con preocupación.

—Trabajando —contesté mientras sacaba todos los utensilios que necesitaría.

—¿Y papá? —preguntó Andrew.

—También trabajando.

—Entonces, ¿quién nos llevará a la escuela? —preguntó mi hermana.

—Yo. —Empecé a preparar huevos revueltos para todos.

—¿Qué pasa contigo, Eric? —preguntó Dylan entrando por la puerta pasándose las manos por su pelo revuelto.

—Nada, tranquilo. Solo les decía a los mellizos que hoy os acompañaría al colegio.

—No me lo digas: papá y mamá están trabajando de nuevo, ¿verdad?

—Ajá.

Batí los huevos en un plato y después los eché en la sartén. Con mano experta removí la cuchara de madera mientras el líquido anaranjado se iba solidificando poco a poco. Cuando vi que ya estaba en su punto, lo saqué y lo dividí entre cuatro.

—Aquí tenéis. Espero que lo disfrutéis.

—Gracias, Eric —dijo Hayley tan entusiasta como siempre.

—De nada, pequeña. —Depositó un beso en su mejilla provocando que su sonrisa se ensanchara—. Por lo menos alguien lo agradece.

—Gracias por el desayuno —dijeron al unísono los otros dos segundos después.

—¿Queréis zumo?

Los tres se lo pensaron un rato, tiempo que aproveché para sacar el exprimidor de zumo. Aunque ellos no quisieran, a mí sí me apetecía. Además, tenía un poco más de una hora para prepararme. Me daría tiempo a hacer cualquier cosa.

—Sí, por favor —dijeron los tres al mismo tiempo.

—Déjame ayudarte.

Mi hermana, únicamente vestida en un pijama de adornos infantiles, se levantó de la silla y se acercó a mí. Había colocado la máquina en la encimera y estaba por coger varias naranjas, pero Hayley se me adelantó.

—Toma. —Me las tendió alargando su brazo.

—Gracias. —Sonreí con ternura y coloqué una silla delante de mí para que Hayley se subiera, pues con su corta estatura apenas llegaba a la encimera.

Hice el zumo con ayuda de ella. Mientras yo partía las naranjas por la mitad, Hayley posicionaba esas mitades una a una en la máquina y presionaba con todas sus fuerzas para sacar el mayor número de jugo.

—Bien, esto ya está.

Mi hermana bajó de un salto de la silla y se sentó en su asiento. Mientras tanto, serví el contenido de la máquina en cuatro vasos y los deposité en el centro de la mesa de la cocina, la que se encontraba apoyada junto a la pared izquierda, dejando la encimera colocada en el centro.

—Aquí tenéis. Disfrutadlo.

—Gracias, Eric. Eres el mejor hermano mayor del mundo —dijo Andrew con aparente peloteo.

Sonreí.

—Sabes que eso no hará que olvide la discusión que habéis tenido esta mañana vosotros dos.
—Señalé a los mellizos.

—Pero es que ha empezado ella —empezó Andrew de nuevo.

Puse los ojos en blanco y suspiré con fuerza, provocando que Dylan soltara una serie de sonoras carcajadas.

—Chaval, yo que tú no seguiría insistiendo con eso —le aconsejó él, dándole una palmadita en el hombro.

El niño se empezó a poner rojo de rabia. ¡Oh, no! Hay venía la bomba.

—¡Yo no he empezado! —gritó—. Ha empezado ella. ¡Cómo odio a las niñas! Solo traen problemas, problemas y piojos.

—¡Eh, yo no tengo piojos! —se quejó Hayley, fulminándole con la mirada.

Me interpose entre los dos. ¿Cómo? Muy sencillo: me senté entre ellos y los callé con una sola mirada.

Ambos conocían de sobra todas mis miradas, por lo que enseguida descifraron que les convenía callarse; en caso contrario, sufrirían las consecuencias.

El resto del desayuno pasó entre bromas y risas y pronto me encontré llamándoles para ir a la escuela.

El primero que apareció fue Dylan, el que vino corriendo como si tuviese un petardo encendido en el trasero. Él era el que mejor notas sacaba de todos... bueno, de momento. Los mellizos todavía estaban en proceso.

La siguiente en aparecer fue Hayley, a quien tuve que ayudar a escoger la ropa. No os lo recomiendo.

Habíamos tardado media hora en escoger lo que llevaría. ¿Por qué las mujeres tardarían tanto en arreglarse? No solo eso, también tuve que peinarla, aunque al final ella acabó dándome una lección de cómo se hacían dos trenzas.

El último en aparecer fue Andrew, quien se colocó al lado de su hermana y le dio la mano de forma protectora. Andrew era muy raro a veces. Podía pelearse con su melliza y al de unos minutos jugar o hacer lo que sea con ella como si no hubiese pasado nada.

Me coloqué mejor la mochila que llevaba sobre los hombros y cogí otra del suelo, en la que guardaba la ropa de deporte, mientras decía:

—¿Estamos listos, chicos?

—¡Sí, capitán! —exclamaron todos a la vez, poniendo sus manos sobre su frente y poniéndose rectos.

Tras asegurarme que llevaba todo, salí de casa seguido por ellos. La escuela, también llamada Summerville, se encontraba muy cerca del Kensington. Fuimos en coche, por supuesto. Conduje con precaución por las abarrotadas calles de Portland hasta llegar allí.

Summerville era una escuela que albergaba alumnos desde el preescolar hasta la secundaria. Yo mismo había estudiado en ese colegio de pequeño.

Como llegamos antes de tiempo, me quedé con mis hermanos un rato. Total, no tenía prisa por llegar al Kensington.

—Hola, Hayley —saludo una niña muy mona acercándose a nosotros.

—¡Maya! —chilló mi hermana y la abrazó con fuerza, como si no se hubiesen visto en años, cuando la realidad era que se habían visto el día anterior—. Eric, te presento a Maya, mi mejor amiga mundial.

Sonreí con ternura. Había algo en esa niña que me resultaba familiar, pero no sabía el qué. A

lo mejor era porque la había visto de lejos jugando con mi hermana y había oído hablar de ella. Podía ser. Pero nunca la había conocido realmente.

—¡Maya!

La niña se volvió al oír su nombre. Una mujer la estaba llamando, su madre, y venía hacia nosotros.

Su pelo castaño estaba recogido en un moño y sus ojos azules no se separaban de su hija, a quien miraba con ternura. Tras ella venía un niño de la misma edad que la niña. Sería su hermano. Lo extraño era que no se parecían en nada.

—Aquí estás —dijo al llegar a nuestra altura, jadeante—. ¿Qué te he dicho de salir corriendo de los lugares? —la regañó.

—Que no se debe hacer, Kara —recitó la pequeña.

La mujer abrió mucho los ojos al darse cuenta de nuestra presencia. Era bella, eso había que reconocerlo.

—Siento mucho todo esto —se disculpó.

—No pasa nada, señora —la tranquilicé.

Maya tiró suavemente de su brazo para llamar su atención.

—Kara, ella es Hayley. Jugamos siempre juntas —la presentó.

Se me hizo raro que la niña llamara a su madre por su nombre de pila. No lo pregunté, ya que era grosero y no era de mi incumbencia.

—Sí, me acuerdo de ella. Soléis jugar juntas en el parque, aunque yo no suela poder ir —respondió la mujer mirando a mi hermana con dulzura, quien sonreía con timidez. Después posó su mirada de ojos grandes en mí—. Veo que no estás en el instituto, muchacho.

—La verdad es que les estoy ayudando a mis padres. Hoy ambos tenían que irse a trabajar temprano y no podían traerlos, así que me lo han pedido a mí, aunque tenga que sacrificar una hora de clase para ello —respondí educadamente a su pregunta no formulada.

—Veo que tus padres te han educado bien. Yo intento hacer lo mismo con los míos. —Sonrió.

El sonido de la campana me sobresaltó un poco porque no fui consciente del paso del tiempo. Acto seguido, todos los niños entraron en el edificio. Vi con una sonrisa cómo mis hermanos se alejaban despidiéndose con la mano.

Me despedí de la señora y me encaminé al Kensington.

Durante la segunda hora sentí que la alegría burbujeaba en mí cuando fui capaz de seguir la clase del señor Gold e incluso cuando hice todos y cada uno de sus ejercicios correctamente. ¿Quién era el que iba a pensar ahora?

—Vaya, Eric, estás que te sales con las mates —dijo John al ver mi hoja llena de tics en rojo.

Sonreí con orgullo. Las clases con Madison habían dado sus frutos.

Al pensar en ella automáticamente miré hacia donde estaba su sitio. Me alivió comprobar que hoy sí había ido a clase, puesto que ayer no lo había hecho. Me pregunté si se habría enfermado.

—...Eric.

—¿Eh? —La voz de mi amigo me sacó de mis pensamientos—. ¿Qué decías?

—Que si sabías la respuesta del primer apartado.

Miré la hoja y le dicté el resultado.

La sirena sonó por los altavoces y todos empezamos a recoger nuestras cosas como si fuésemos robots.

Estaba tan concentrado que no me di cuenta de que el profesor se acercaba a mí hasta que

habló:

—Señor Woods, quiero hablar con usted.

Asentí con la cabeza y cogí todas mis cosas. Mis amigos se despidieron de mí y me dijeron que me esperarían en las taquillas. Fui consciente de cómo la clase se vaciaba hasta que solo quedamos tres personas: Madison, el señor Gold y yo.

Me acerqué a la mesa del profesor y me situé al lado de la friki, quien llevaba su habitual atuendo.

—Quería decirles que estoy notando que el señor Woods mejora en mi asignatura. Hoy, sin ir más lejos, ha resuelto correctamente todos los ejercicios que le he mandado corregir en voz alta.

—Sonrió—. Buen trabajo. —Dio una serie de palmaditas en mi espalda.

—Gracias, señor —dije educadamente.

—No obstante, quiero que las clases continúen, al menos hasta el final de la segunda evaluación. No quiero arriesgarme a que su nota se vuelva a poner en peligro de suspenso, ¿entendido?

—Sí, señor —respondió Madison con tranquilidad.

—Bien, en ese caso pueden irse. Que tengan un buen día —se despidió.

—Igualmente —dijo mi compañera.

Cuando salimos por la puerta, recordé una cosa: antes de llegar al instituto mamá me había enviado un mensaje diciendo que debía ir a buscar a mis hermanos a la escuela, quienes salían más o menos a la misma hora que yo. Así que se me había ocurrido una idea para no perder otra tutoría con ella.

—Espera, Madison —la retuve antes de que se marchara a paso rápido hacia su casillero. Le había agarrado del brazo y su mirada se dirigió hacia ese punto.

—¿Qué pasa, Eric? —parecía preocupada.

Con un gesto, le dije que empezara a caminar. Como estábamos en la misma clase, teníamos las taquillas en la misma zona, en la planta baja del edificio, así que empezamos a recorrer el camino que nos llevaría hacia ellas.

—Solo quería decirte una cosa.

Mientras avanzábamos por el pasillo, nos topábamos con otros compañeros. Ellos nos miraron extrañados. Supuse que sería raro vernos juntos si no era para discutir.

—Y eso es... —me apremió ella empezando a bajar por las escaleras.

—Hoy tengo que ir a buscar a mis hermanos después de clases. Pero no quiero perder otra tutoría porque ayer ya perdimos una.

Su rostro se transformó en una máscara de culpabilidad.

—Lo siento, fue...

—No pasa nada —la interrumpí—. Supuse que estarías o enferma u ocupada, ya que no viniste a clase. —Sonreí.

—La verdad, ninguna de las dos. Tuvimos un problemilla con el vuelo.

—¿Qué pasó?

—Fue cancelado. No salía otro con nuestro destino hasta el lunes.

Alcé las cejas al mismo tiempo que notaba que mi mandíbula se desencajaba. ¡Vaya! De todas las posibilidades jamás se me hubiese ocurrido esa.

—El caso es que —retomé el hilo del asunto— he pensado en que, si no es mucha molestia, vengas a mi casa para que demos allí la tutoría. ¿Qué te parece?

Ella pareció pensárselo muy bien porque tardó mucho en responder, tiempo que aproveché para rezar mentalmente por un sí.

—Vale, no me importa.

Suspiré de alivio. Menos mal, pensé que diría que no.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me preguntó mientras nos acercábamos al pasillo en donde se encontraban nuestras taquillas. A lo lejos divisé a mis amigos, así que, para evitar daños, le pedí que parara.

—Adelante.

Madison se dio cuenta de lo que pasaba y me lo agradeció con la mirada, sonriéndome con timidez.

—¿A qué escuela van tus hermanos?

¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba! ¿Por qué estaba tan interesada en eso? Mi mirada debía de ser todo un poema, pero intenté que no se notara mi asombro en mi voz cuando respondí:

—Summerville.

Ella rió. ¡Rió! ¿Qué demonios le pasaba a esta mujer? ¿Se le había ido la olla o qué?

—Mis hermanos también van a esa escuela —aclaró.

Eso tenía sentido... ¡Un momento! ¿Hermanos? Pero ella era huérfana, ¿no? ¿Cómo era posible que tuviera hermanos entonces? Podría tener un hermano biológico, igual era eso.

—¿Hermanos?

Ella se limitó a asentir y a encogerse de hombros.

—Todos los que vivimos en el Moonlight nos consideramos hermanos —me explicó con paciencia. Al parecer, no era la primera vez que tenía que explicar eso, pues no se lo había tomado mal.

—Ah —fue lo único que pude decir.

Ella se dio cuenta de mi incomodidad.

—Eric, ¿estás bien? ¿Te incomoda el hecho de que yo no tenga padres? —Me miró con tristeza.

¡Qué! Por supuesto que no. Sería un idiota, engreído y demás (o eso pensaba ella) pero no era tan imbécil como para pensar eso. Mamá me había enseñado desde siempre a respetar a los demás, aunque en el Kensington eso no lo pusiera en práctica.

—Madison —dije con seriedad—, no me importa si eres huérfana, china, negra o azul. Lo que importa es quién eres y sé que eres una chica increíble.

Sonrió tímidamente mientras se recolocaba las gafas. Su cuerpo se relajó con el largo suspiro que dio.

—Gracias. Pensaba que te burlarías de eso si lo descubrías, y eso era algo con lo que no podría lidiar.

Es por eso que lo oculté, ya que siempre aprovechas cada oportunidad para meterte conmigo —confesó desviando la mirada.

Desde que había visto la actuación de *Into The School* algo había cambiado en mí. Había tomado la decisión de no volver a molestarla más. Hasta que no había visto esa coreografía no había sido consciente de ello, de que yo, al igual que otros, acosaba a Madison día sí y día también. No sabía cómo era capaz de aguantarnos, pero era muy fuerte a la hora de hacerlo. Además, podría haber sucumbido y haber decidido vestir como una chica normal para terminar con ello, pero no lo había hecho. Eso es lo que me gustaba de ella.

—Tranquila, sé que es algo privado, así que no se lo diré a nadie si no quieres.

—Te lo agradecería mucho si me hicieras o hicieseis ese favor. —pidió, haciendo referencia a mis amigos, ya que sabían eso también.

—No te preocupes. Yo me encargo —le prometí—. Entonces, ¿quedamos en la entrada

principal cuando acaben las clases? —retomé el tema principal—. ¿Quieres que acabemos con la tutoría, te acerque a tu casa? —me ofrecí.

Sonrió de nuevo. Me estaba acostumbrado a sus hermosas sonrisas. Porque eso era lo que eran, hermosas, al igual que ella.

—Estaría bien, pero te recuerdo que debo darles clase a un grupo de niñas, dentro del que está tu hermana —dijo. Le temblaba un poco el labio inferior, lo que me dio a entender que estaba conteniendo la risa.

Oh, era verdad. ¡Qué despistado!

—Pues, como debo llevar a mi hermana, te llevo a ti también —dije. No lo pregunté, lo afirmé.

—Está bien, pero solo si no soy una molestia. —Se volvió y empezó a caminar hacia las taquillas, pero antes de volver se giró hacia mí y se despidió—: Te veo luego.

Y, así, me quedé solo hasta que llegué a las taquillas, en donde mis amigos me preguntaron todo acerca de lo que quería el señor Gold. Les conté todo, omitiendo mi conversación con Madison, la que, por cierto, nos había llevado todo el recreo.

—¿De qué hablabas con la friki? —preguntó Ethan, dibujando una mueca despectiva al pronunciar su apodo.

—Eso, ¿qué quería?

Suspiré sonoramente.

—Hablabas con ella sobre la tutoría de esta tarde. —Ellos sabían eso, así que no se sorprendieron al oírlo—. He tenido que cambiar mis planes porque mis padres tienen mucho trabajo y no pueden cuidar de ellos hoy, así que esa responsabilidad está ahora sobre mi espalda.

—¿Qué tiene que ver eso con ella? —preguntó Caden totalmente desconcertado.

—Como no quiero perder la tutoría, porque ayer perdí una, la he invitado a que venga a mi casa.

Todos mis amigos rieron. Alcé una ceja, molesto con ellos.

—Ten cuidado con lo que hacéis —dijo Jack, poniendo morritos como si estuviera a punto de besar a alguien.

—¡Jack! —exclamé—. Habrá niños en casa.

Los pasillos empezaron a llenarse de gente. Dejé mis libros en la taquilla y los cambié por mi bolsa de deporte. Genial, ahora teníamos dos horas seguidas de la asignatura que más me gustaba.

—Eso no importa si están en la primera planta y vosotros en la baja —se burló de nuevo.

—¡Basta ya, Jack!

—Eso, ¿quién querría besar a ese bicho? —Ethan fingió una arcada.

—Nadie —corroboró Caden con seguridad.

Ya con todo, me giré hacia ellos y les clavé mi mirada.

—Chicos, hay algo que os debe quedar claro sobre ella y de lo que creo que todavía no os habéis dado cuenta: ella se viste así para ahuyentar a los chicos. Bajo ese disfraz de friki hay una chica bella, mucho más guapa que las animadoras. Lo sé por experiencia.

Ellos rieron de nuevo, sin creerse mis palabras.

—Sí, ya. Y yo sueño con unicornios por las noches —dijo Ethan con sarcasmo.

—Seguro que la has visto. Además, ¿por qué la defiendes tanto? Ni que te gustara —comentó Jack, mirándome a los ojos.

Era cierto. ¿Por qué la estaba defendiendo delante de mis amigos? Ah, sí, por la actuación. Estaba seguro que ellos ni siquiera lo habrían visto.

—¿La razón? ¿Queréis la razón? —Esperé a que afirmaran con la cabeza. Suspiré sonoramente y me llevé las manos a la cabeza—. He... he visto un programa el sábado en el que ella salía —confesé— y una de sus actuaciones iba sobre el acoso escolar. Digamos que me abrió los ojos.

Un silencio se instaló entre nosotros. Mis amigos siguieron recogiendo sus cosas mientras yo los observaba. Sutilmente, vi cómo Madison sacaba su bolsa de deporte de la taquilla mientras hablaba con su amiga. Parecía que Lea estaba bromeando, puesto que empezó a reír.

—No te pongas sensibilero, Eric. Todo el mundo se mete con ella porque es fea y no me digas lo contrario —dijo Ethan.

—Te equivocas. —John salió en mi ayuda—. Te juro que la he visto vestida con normalidad y estaba buena.

A Jack le dio curiosidad.

—¿Cómo de buena?

—Digamos que mucho más que las animadoras juntas.

Todos centramos nuestra atención en Madison, la que estaba ajena a todo lo que pasaba. Su amiga y ella ya habían empezado a recorrer el breve camino hacia los vestuarios femeninos, los que se encontraban dentro del gimnasio.

—No me la imagino, tíos —comentó Caden mientras comenzaba a caminar hacia el gimnasio.

—Estoy contigo —dijo Ethan.

Estupendo, lo de que estaba buena ya lo había dicho yo. Cómo se notaba que no me escuchaban.

En pocos minutos ya nos encontrábamos en los vestuarios, cambiados y listos para la acción. Seguíamos hablando de la friki entre nosotros cinco y esa situación me pareció un tanto cómica, pues las chicas eran las chismosas, no los chicos.

Al salir de los vestuarios, nos dirigimos hacia donde estaba el entrenador. El gimnasio era parte del edificio del Kensington, por lo que estaba cubierto. Disponía de una pista que bien podía usarse para jugar a fútbol o a baloncesto, dependiendo de lo que tuviese planeado el entrenador para la clase, aunque solo usábamos esa parte si hacía mal tiempo. Hoy no era el caso.

—Chicos, os cuento el plan de hoy —empezó a explicar él cuando estuvimos todos fuera, en el enorme campo de fútbol—. Hoy trabajaremos vuestros reflejos, así que jugaremos a *Balón Prisionero*.

Genial, uno de los pocos ejercicios que odiaba, no porque se me diera mal, sino que lo odiaba sin más.

No podía evitarlo.

—Woods, Tucker, ustedes serán los capitanes. ¡Elijan a su equipo!

Peor todavía. ¡John no estaría en mi grupo!

Ambos nos pusimos en el centro y empezamos a elegir. Mi amigo tuvo la suerte de empezar a elegir, así que es su equipo estaban tanto Jack como Caden, quedándome únicamente con Ethan. No obstante, enmendé ese daño colateral eligiendo a Daniel, quien era muy ágil.

—Lea —escogió mi amigo.

Quedaban muy pocas personas, entre ellas Madison. Era normal en ella, ser de las últimas. No era muy buena que digamos.

—Kaitlyn.

—Scarlett.

—Madison.

La había elegido para que no se quedara la última, como la última vez. Ella se acercó a

nosotros y miró al grupo de John con nostalgia. Daniel se puso a hablar con ella. Él era un chico raro. Pertenecía al equipo de baloncesto del instituto y podría ser una persona muy popular, pero él prefería juntarse con gente como Madison. Era extraño.

—Bien, ya podemos jugar.

El juego comenzó y al de nada dos personas de mi equipo cayeron, entre ellas Kaitlyn. Resoplé.

Cogí el balón del suelo y lo lancé con fuerza, con la suerte de dar a la amiga de Madison en un hombro.

Bien, una menos.

Casi al final del juego solo quedábamos cuatro, dos en cada equipo: John y Caden por un lado; Daniel y yo por el otro. Nos miramos unos a otros. John tiró el balón con intención de darme, pero lo esquivé con la tan mala fortuna que los que estaban en la celda de los contrarios lo cogieron y lo tiraron, dando a Daniel. Mierda, solo quedaba yo.

—Estás perdido, amigo mío —se burló John, haciendo una mueca.

Daniel tiró la pelota desde su posición en la cárcel, pero no dio a nadie. Aproveché y la cogí. Miré a mis rivales y tiré con todas mis fuerzas el objeto circular, aunque no di a nadie. Mierda.

Madison cogió el balón y aprovechó el descuido de Caden para darle. Todo el equipo la felicitó y salió de la cárcel para situarse en el campo. Ella había sido una de las primeras en ser eliminada, así que no había ganado mucho.

Caden la miró como si fuese insignificante.

—Te voy a machacar —la amenazó, pero ella ni se inmutó. Se limitó a observar sus gestos.

Mi amigo lanzó el balón en su dirección. Ya está, me veía solo de nuevo. Pero para mi sorpresa, la friki lo cogió.

—Toma. —Me lo pasó y yo lancé, pero John la esquivó.

No aguantó mucho. La siguiente vez que tuvimos el balón, le di y mi equipo ganó.

—Buen trabajo, chicos —nos felicitó el entrenador—. Como habéis acabado antes, podéis hacer cualquier tipo de deporte, ¿entendido?

—Sí, señor.

Todos nos dispersamos: unos se quedaron en el campo de fútbol en donde había tenido lugar el baño de sangre; otros, se fueron hacia el campo de vóleibol; las animadoras se quedaron en el campo de fútbol, en un lado que no estaban utilizando los chicos; y el resto nos fuimos hacia las canchas de baloncesto.

Miré la hora en mi reloj y sonreí al ver que todavía teníamos una hora de clase.

—Vamos, Eric, no te duermas. —Ethan me pasó el balón y yo lo lancé hacia la canasta.

Continuamos así, lanzando balones mientras hablábamos, cuando Jack dijo:

—Mirad, tíos.

Jack señalaba a dos chicas que corrían por la pista de atletismo que rodeaba el campo de fútbol. Lo hacían tranquilamente. Enseguida las reconocí: Madison y Lea.

—Así vestida yo sí diría que tiene buen cuerpo la friki —comentó Caden.

Y era cierto. Llevaba unas mallas elásticas de color negro que se ajustaban a ella como si fuesen una segunda piel y una camiseta sin mangas azul. Sus deportivas eran viejas y parecían desgastadas. A su lado estaba Lea, a quien John miraba. Ambas iban hablando.

—¿A quién miráis? —preguntó Daniel al mismo tiempo que se acercaba a nosotros.

—A las frikis —contestó Ethan—. Mira, estábamos discutiendo si Madison es o no guapa. ¿Tú qué opinas?

El rostro de Daniel se transformó en una máscara de asco.

—¿Cómo podéis pensar eso? ¡Qué asco, tíos! Es mi hermana.

John, Ethan, Jack, Caden y yo nos volvimos hacia él, asombrados. ¿Qué acababa de decir? ¿Hermano de Madison? Pero si Madison... Joder, recordé lo que ella me había dicho esta mañana, que para ella todos los que habitaban en su orfanato eran hermanos.

—¿Tú... tú eres hermano de Madison? —logré articular.

Se limitó a asentir. Su rostro se mostraba neutro, sin ninguna emoción.

—Eso es imposible. Ella... ella es huérfana —dijo John, apartándose un mechón castaño de la cara.

—¿Y? —Alzó una ceja.

—No sé... Supusimos que no tenía hermanos. Además, no os parecéis en nada.

Daniel rió amargamente.

—No somos hermanos biológicos, pero es como si lo fuésemos. Nos hemos criado juntos: ella, Lea y yo. —Se cruzó de brazos y empezó a balancearse en sus piernas—. ¿Qué os pasa, chicos?

Clavó sus ojos marrones en nosotros. No sabíamos en dónde meternos. ¡Nos habíamos estado metiendo con su hermana todo este tiempo delante de él! ¡Seríamos idiotas!

—Nada, Dani. Es solo que no nos lo imaginábamos. Danos unos minutos para asimilarlo.

En ese momento me di cuenta de algo, algo muy importante: ahora sabía la razón por la que siempre estaba con ellas y por qué las defendía. ¡Madre mía, la de sorpresas inesperadas que te da la vida!

¿Quién iba a decirme a mí que esa no iba a ser la única?

Capítulo 14

Eric

El viento soplaba con suavidad, removiendo dulcemente las hojas doradas de los árboles que todavía no se habían desprendido de las ramas. Hacía fresco, tanto que metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta de cuero en busca de calor mientras esperaba. Vi cómo todos se iban alejando de allí como alma que lleva el diablo, deseosos de disfrutar de la tarde. Mis amigos hacía rato que se habían marchado con la excusa de hacer los deberes. No me lo tragaba, ellos raramente los hacían.

Volví a mirar el reloj de mi muñeca. ¿Dónde se habría metido esa mujer? “A lo mejor se ha olvidado del cambio de planes”, me dijo una vocecita en mi cabeza. Negué mentalmente, era imposible.

Unos pasos hicieron que me diera la vuelta. Una sonrisa se extendió por toda mi cara en cuanto vi que Madison se acercaba a mí mientras charlaba con Lea, Dani y otras cuatro personas más, tres de ellos parecían muy jóvenes. Supuse que ese sería su primer año en el Kensington. Me pregunté si todos ellos vivirían en el orfanato.

Me fijé en Madison. Todavía no se había dado cuenta de mi presencia. Iba hablando con su amiga mientras el resto intervenía en la conversación de vez en cuando. Una de las chicas, la que parecía la más joven, le dijo algo y ella miró hacia delante, en mi dirección. No apartó la vista, pero le dijo algo a la misma chica.

—Siento el retraso —se disculpó ella sonriendo.

Iba a responder algo, pero Dani se me adelantó:

—¿Te importa si hablo antes con Eric, Madison? Ya sabes, antes de que os marchéis.

Ella negó con la cabeza, restándole importancia al asunto con un gesto de la mano.

Con un gesto, Dani me pidió que le siguiera. Obedecí. Nos alejamos un poco de ellos, lo suficiente como para que no nos oyeran.

—Mira, no sé cuáles son tus intenciones con ella, pero no quiero que juegues con mi hermana, ¿me has entendido, Woods? —aclaró Dani. ¡Vaya, este chico no se andaba con rodeos!

Lo miré sin saber qué decirle.

—No sé a lo que te refieres. —Me encogí de hombros.

Suspiró.

—No quiero que le rompas el corazón a Maddie, cretino.

Un momento. ¿Dani pensaba que quería liarme con ella? Puse los ojos en blanco. Lo que me faltaba —No lo voy a hacer porque no hay nada entre ella y yo —objeté frunciendo el ceño. ¿Qué narices le pasaba?

Soltó una carcajada ácida.

—¿Es una apuesta?

—¿Qué?

—Te pregunto si todo este lío de dar clases particulares no tiene que ver con alguna estúpida apuesta tuya que trate sobre enrollarse con cierta chica inadaptada.

Le miré sin entender muy bien a lo que se refería.

—No te hagas el tonto, Eric. Sé muchas cosas que has hecho, como las apuestas que haces

sobre con quién te liarás o acostarás.

—Te juro que no es el caso de Madison.

—Más te vale. Como me entere que lastimas a mi hermana, te juro que te partiré los huevos en dos, ¿te ha quedado claro? —Me miró amenazante. Asentí, tragando con fuerza—Ahora finge una sonrisa en esa cara que a tantas chicas les gusta y haz como si yo no te hubiese dicho nada —ordenó.

Así que, haciendo caso de lo que él había dicho, nos acercamos al pequeño grupo sonriendo con falsedad. Seguían hablando entre ellos, sonriendo de vez en cuando.

—¿Ya habéis terminado de cotillear? —se burló Lea con sus ojos marrones brillando por la malicia.

—Claro, Lea. Tú piensa eso. —Dani puso los ojos en blanco.

Me acerqué a Madison y le dije que ya podíamos marcharnos. Ella solo asintió y empezó a caminar detrás de mí. Antes de apartar del todo la mirada del grupo, fui consciente de la mirada de advertencia que me lanzó Daniel, recordándome la amenaza.

Guié a Madison hasta donde había dejado el coche, en uno de los pocos sitios que quedaban esa mañana.

Saqué las llaves de mi pantalón vaquero y desbloqueé el deportivo.

—Sube —dije mientras le abría la puerta. Creo que Madison alucinó con mi gesto, por cómo alzó un poco una de las cejas, pero no dijo nada al respecto, solo un simple “Gracias”.

Rodeé el coche y tras abrir la puerta, sentarme y abrocharme el cinturón de seguridad, al igual que mi acompañante, puse en marcha una de las cosas más preciadas de mi vida y conduje unos pocos minutos hasta llegar a la escuela. Justo a tiempo. Todos los niños estaban saliendo del edificio en ese mismo instante.

Apagué el motor y salí del coche, al igual que Madison. Nos acercamos a la verja de metal, abierta a esas horas, y entramos en lo que yo recordaba que era el patio del recreo. Había cambiado mucho en todos esos años. En vez de ser de cemento, tal y como yo lo recordaba y contra el que tantas heridas me habría hecho, ahora ese cemento estaba revestido de un suelo más acolchado y encima de él habían construido un parque de juegos para los más pequeños.

—Maddie, ¿qué haces aquí? ¿No se supone que deberías estar ayudando a un compañero? —dijo una voz dulce que al instante me resultó familiar.

Ambos nos volvimos hacia ella. Me quedé de piedra al comprobar que se trataba de la misma señora que había hablado conmigo esa misma mañana. A mi lado, Madison le sonrió con dulzura y se acercó a ella.

Abrí mucho los ojos, tanto que casi se me salían de mis órbitas, cuando Madison la abrazó y le besó la mejilla.

—Ha habido un cambio de planes, Kara. Iré a su casa porque debe cuidar de sus hermanos, pero al mismo tiempo no quiere perder la clase.

—Chico listo. —Miró alrededor como si estuviera buscando algo—. ¿Y? ¿Dónde está?

Madison me señaló con el dedo —Kara, te presento a Eric. Eric, ella es Kara, la directora del Moonlight y una de las personas que me han criado —nos presentó sin perder la sonrisa.

La mujer extendió una mano y automáticamente se la estreché.

—Encantada de volver a verte, muchacho.

Ahora era Madison quien estaba sorprendida. Su boca formaba una enorme y hermosa “O” y sus cejas estaban alzadas.

—¿Vosotros... vosotros ya os conocíais? —preguntó.

Fue la mujer quien sonrió y contestó.

—Esta mañana he tenido el placer de conocerle. Como siempre, he llevado a los niños a la escuela. Una vez en el edificio, Maya ha empezado a correr hasta llegar a su lado, en donde estaba su amiga. Fue así cómo nos conocimos, Maddie.

Maddie. Hay estaba de nuevo ese diminutivo. Al parecer, todas las personas de confianza la llamaban así.

—¡Kara! ¡Maddie!

Una niña, la misma niña de esa mañana, se acercaba a nosotros corriendo como si le estuviesen persiguiendo una manada de lobos. Detrás de ella venía un niño de su edad, el mismo de esa mañana.

—Hola, enanos —los saludó mi compañera—. ¿Cómo os lo habéis pasado?

—Muy bien —respondió el niño—. Aprender es divertido.

—La escuela es divertida —le corrigió la niña, Maya, creo.

Riendo, Madison les revolvió el pelo a los dos con ternura para después depositar un beso en las mejillas a cada uno.

—¡Maddie!

Ante mis asombrosos ojos más niños se acercaron a nosotros, niños y preadolescentes de la edad de Dylan más o menos. Así que cuando mis hermanos salieron, apenas me reconocieron. Todo fue gracias a Maya, la amiga de Hayley, quien la atrajo como la miel a las abejas.

—Un poco más y no te vemos, Eric —dijo ella una vez que llegó a mi lado, acompañada de mis otros dos hermanos. Pero luego vio quién estaba conmigo—. ¡Maddie!

Estupendo. Acababa de ser sustituido por mi compañera. Menudo día.

Me aclaré la garganta para llamar la atención de Madison y cuando ella clavó su mirada en mí, dije:

—Es hora de que nos marchemos.

—Oh, claro.

Se despidió de ellos rápidamente y los cinco nos alejamos de ahí. Hayley estaba muy emocionada de que ella viniese con nosotros, tanto que no paraba de hablar. Parecía una muñeca a la que le habían dado cuerda.

—¿Qué vais a hacer? —fue una de sus preguntas. Estábamos en el coche sentados de tal manera que los mellizos iban detrás con Madison en medio y Dylan en el asiento del copiloto.

—Eso, Eric, ¿qué vais a hacer? —Dylan me miró subiendo y bajando las cejas en repetidas ocasiones.

Estaba equivocado si pensaba que me acostaría con ella. Ni loco. Además, tenía que estudiar. ¿Quién lo diría? Yo, Eric Woods, pensando esas palabras.

—Madison me va a ayudar con una materia —me limité a decir mientras seguía conduciendo.

—Pero luego nos darás clase, ¿no?

—Por supuesto, no me la perdería por nada. —Por el espejo retrovisor vi cómo le sonreía a mi hermana, quien estaba encantada de tenerla.

Madison era una de las pocas chicas, por no decir la única, que hacía caso a mis hermanos. Hayley estaba en su salsa y Andrew tenía esa mirada que me daba a entender que esa chica le agradaba. Más adelante, cuando salimos del coche que yo aparqué en el garaje trasero, descubrí que a ella también le agradaban mis hermanos.

—Tienes unos hermanos encantadores —me dijo cuando nos instalamos en el salón. Se había quitado la chaqueta y había dejado la mochila de deporte en la entrada.

—Gracias... por tu manera de comportarte con ellos. Creo que les has caído bien.

Ella sonrió antes de ponernos manos a la obra.

—Bien clase, os voy a explicar lo que haremos hoy —habló Madison.

Estaba sentado en la pequeña salita que habían acondicionado para que los familiares pudiésemos seguir la clase. Andrew y Dylan estaban conmigo, sentados a mi lado, y miraban la clase con aburrimiento. No podía dejarlos solos en casa porque todavía no me fiaba de que Dylan supiese cuidar de Andrew, así que los había traído conmigo. Suerte que venía preparado para todo.

—Lo primero que haré será trabajar el solo de Hayley porque ella no está en el baile grupal. Mientras tanto, quiero que el resto haga estiramientos, ¿entendido? —Todas las niñas asintieron—. Bien. Lo siguiente que haremos será centrarnos en las acrobacias. La semana pasada no logramos una muy buena posición y quiero enmendar ese error. Así trabajaremos en ello hasta que venga Gwendolyn. Después, trabajaréis tanto el número grupal como ejercicios que os ayudarán a mejorar en la danza. Comencemos.

Todas las niñas salvo Hayley se fueron a una esquina a hacer sus ejercicios. Mi hermana se quedó en el centro y empezó a hacer su solo. Madison, como buena profesora, la iba corrigiendo.

—¡Estira las piernas! —fue una de sus órdenes. Mi hermana obedeció sin rechistar hasta que llegó un punto que no sabía lo que le pedía.

Siendo sincero, había desconectado hacía un rato. A mí todos los ejercicios me parecían iguales pasados los quince minutos. El caso es que Hayley estaba haciendo mal un ejercicio y Madison decidió mostrarle la manera correcta de hacerlo, lo que provocó que empezara a prestar atención de nuevo.

—Mira, arqueas mal la espalda y eso provoca que tus piernas se tuerzan.

—Pero no sé cómo hacer eso —se quejó Hayley quien parecía estar al borde las lágrimas. Oh, no.

Conocía esa mirada. Se estaba bloqueando.

—No pasa nada, Hayley. Es normal. Mira, te voy a mostrar cómo debes hacerlo. Observa bien la espalda y las piernas.

Se tumbó en el suelo y echó las piernas hacia delante, apoyándose en su pecho. Aún sin ropa de baile ella era de goma. ¡Madre mía!

Hayley la miraba atentamente, fijándose en su espalda y en sus piernas, tal y como Madison le había pedido. Yo también lo hice y debía admitir que ella tenía razón. Así se veía mucho mejor.

Mi hermana repitió el ejercicio y Madison sonrió, satisfecha. Ya no llevaba las gafas, por lo que sus ojos verdes brillaban con todo su esplendor. Se había puesto las lentes de contacto en mi casa, antes de salir para el estudio. Según me dijo, desde que habíamos empezado con las tutorías siempre las llevaba consigo.

Cuando creyó que Hayley estaba lista, centró su atención en el resto. ¡Joder! Yo me quejaba de mis entrenamientos, pero debo decir que ella era mucho más dura. Las machacó. Las niñas hicieron una serie de ejercicios que me eran imposibles de hacer y que me hicieron daño en mis partes más nobles.

La hora de Madison pasó y Gwendolyn vino para sustituirla. Había que admitir que mi compañera era mucho más dura que Gwendolyn a la hora de dar clase, pero eso no quería decir que sus clases fuesen peores.

Tal y como había explicado Madison, emplearon un buen rato, más de una hora, a repetir una y otra vez el baile grupal mientras mi hermana las miraba con nostalgia desde una esquina, ensayando su número.

A Hayley le había molestado muchísimo el hecho de haber sido excluida del número de

grupo.

Pasado ese tiempo, la profesora se centró en ejercicios de baile moderno para que mejoraran la técnica.

Todas las niñas los hicieron y enseguida se supo quién tenía más nivel que otras. En ocasiones, las más pequeñas eran las más torpes a la hora de ejecutarlos. Hay una cosa que se me ha olvidado decir: si un ejercicio salía mal, la que lo había hecho era castigada haciendo flexiones. Ahora entendía por qué mi hermana llegaba reventada a casa, sin apenas ganas de jugar. ¡Tenía mérito que niñas tan pequeñas hicieran esos ejercicios!

Al final de la clase Gwendolyn nos pidió que nos acercáramos mientras las niñas estaban en los vestuarios. Todos bajamos de la cómoda estancia y entramos en la sala de baile. Abrí los ojos de la sorpresa al ver lo enorme que era esa gran estancia de suelos de madera y paredes blancas. Había una cantidad colosal de posters y trofeos colgados en una de las paredes y en la opuesta, la que nosotros no veíamos porque era sobre la que estaba hecha la salita, había un gran espejo que cubría toda la pared.

—Las niñas están progresando, todas ellas —empezó a hablar en cuanto todos estuvimos ahí. Andrew y Dylan también estaban conmigo, sospechosamente tranquilos.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó una madre, frunciendo el ceño al ver que Gwendolyn parecía que nos iba a pedir un favor monumental.

—No hay ningún problema en ese sentido —la tranquilizó—. Pero sí que debo pedir algo de lo que quizás estéis en desacuerdo.

Todos la miramos con expectación. ¿De qué se trataría? Debía ser muy grave para que estuviera temerosa de la reacción que tendríamos. Tras pensarlo varias veces y soltar un pequeño suspiró, por fin habló:

—Hannah me ha pedido que os diga que este viernes es necesario que las niñas falten al colegio para poder pulir los números del concurso.

¡Oh, no! A mamá no le iba a gustar eso. Ya me la imaginaba frunciendo el ceño y apretando los labios mientras partía algo en la tabla de cocinar con fuerza. Cuando se enfadaba, lo mejor era dejar que se desestresara con esa tabla. Recuerdo que hacía unos meses habíamos tenido que comprar una nueva por un ataque de ira suyo. ¡Partió la tabla en dos!

Mamá era muy obsesiva con la asistencia escolar. No nos tenía permitido faltar a no ser que estuviésemos enfermos o fuera muy grave, como lo de esa mañana.

—¿Es obligatorio? —preguntó otra madre, leyéndome los pensamientos.

—Sí.

—Pero las niñas tienen que asistir a clase —se quejó otra—. Están en una edad en la que no pueden faltar.

La mujer suspiró.

—Lo sé. Pero es necesario. Esto es muy importante. Por eso se os dijo que leyeráis el contrato, porque una de las cláusulas dice que si el caso lo requiere, las niñas deberán faltar a clase. Si no me creéis, podéis releerlo con tranquilidad en casa.

—¡Qué pasa con la educación de nuestras hijas! —exclamó una madre perdiendo la paciencia.

—No va a pasar nada si ellas faltan un día —trató de calmar a un grupo de cinco madres, seis si mamá estuviera aquí—. Os juro que esto no se repite muy a menudo. Quizás uno o dos días al año.

Todos nos quedamos cayados mientras mirábamos a Gwendolyn. Por mi parte estaba bien, pero yo no era quien debía juzgar.

—Está bien. Pero como se repita bastante, sabremos qué hacer —dijo otra de las madres.

Genial. En qué lío me había metido. ¿Cómo se lo contaba yo ahora?

Cuando llegamos a casa, después de dejar a Madison en su casa porque nos la encontramos en recepción hablando con la mujer que trabajaba allí y Hayley insistió en llevarla, no había nadie en casa. Todo estaba igual a como lo habíamos dejado al irnos. Era bastante tarde y mañana teníamos clase, así que tras dejar mi mochila en mi habitación, bajé a la cocina para preparar la cena. Solo mis amigos sabían esto, que yo sabía cocinar, y bastante sufría con algunas de sus pullas como “amo de casa” o el apodo por el que me llamaban a veces “señor Chef”.

Después de pensarlo unos minutos, decidí preparar solomillo con algo de ensalada. Saqué todo lo que necesitaría y me puse manos a la obra. Primero hice la ensalada, echándole a la lechuga otros ingredientes como aceitunas, bonito, nueces y queso, y la aliñé sin que quedara muy fuerte a pesar de yo la prefería con un pelín más de vinagre.

Lo siguiente que hice fue la carne. Mientras el aceite se calentaba en la sartén, fui esparciendo un poco de sal por los filetes. Estaba en ello cuando la puerta de la entrada se abrió y mamá entró. Lo primero que hizo fue asomarse por la puerta de la cocina y saludar. Tenía unas profundas ojeras bajo los ojos y su rostro se mostraba cansado.

—Buenas noches, Eric. —Entró y me dio un beso—. ¡Qué bien huele! —Sonrió.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa—. Estoy preparando la cena. No te preocupes por cocinar, esto ya está casi hecho. ¿Papá cenará con nosotros?

—Sí. Debe de estar por llegar.

Antes de que se fuera la retuve con la mano.

—Una cosa, después de cenar quiero hablar contigo. Es algo que ha dicho Gwendolyn después de dar la clase de Hayley.

—Está bien. —Suspiró—. Voy a cambiarme. Ahora bajo a ayudarte.

—No hace falta, mamá. Ve a la habitación y relájate. Yo te aviso de la cena, ¿vale?

Ella asintió y, antes de marcharse, me dio un beso en la frente revolviéndome el pelo a su vez.

—¡Mamá, mi pelo no se toca! —bromeé para conseguir el efecto deseado: que ella riera.

Me volví a quedar solo. Mientras la carne se hacía, pensé en todo lo que había pasado en un solo día. ¡Menuda locura! Entre acompañar a mis hermanos, la revelación de Dani y su amenaza, la clase de Madison tanto la que me había dado a mí como al resto de niñas y cuidar de que los otros dos no se aburrieran... Se podría decir que había sido un martes muy largo.

Pensé en la amenaza de Dani. Debía de estar muy mal de la cabeza para pensar en que quería liarme o acostarme con su hermana. Mis intenciones siempre habían sido buenas con ella. Sí que era cierto que había utilizado esa excusa en varias ocasiones para salirme con la mía y que todos los chicos del equipo de baloncesto estaban al tanto de eso, pues yo siempre alardeaba de mis hazañas. Pero con Madison...

¡Vamos, ella no me gustaba! Puede que últimamente la estuviese tratando mejor, pero eso no significaba que gustara. Además, yo solo la veía como a una compañera de clase, una compañera que vestida como una chica de su edad era muy sexy...

¡Maldito pensamiento! ¡No me gustaba y punto! No iba a admitir algo que no era cierto. ¿Ella y yo? Sería muy raro estar con ella como pareja.

Pero por otro lado, estaba la parte que me preguntaba a gritos cuál era la razón que me había molestado tanto al ver cómo Madison bailaba con ese chico el sábado. “Estabas celoso, Eric. Admítelo”, decía. No, no estaba celoso... ¿o sí? ¿Por qué lo estaría de... de Zanahorio? Yo era mucho más atractivo que él y menos afeminado. Seguro que mantenía una relación con Sarah

para ocultar que era gay.

¡Basta ya!

Saqué la carne de la sartén, que por poco se me quema, y la coloqué en un plato mientras ahuyentaba esos malos pensamientos. ¡Era una locura pensar en la friki y yo como pareja! Además, a mí nunca me gustaba nadie. Podía atraerme físicamente, pero gustarme no.

Dejé el plato en el centro y llamé a todos para que fueran a la mesa. Papá llegó cuando estábamos terminando de cenar, igual de cansado que mamá. Si para mí el día había sido muy duro, para ellos había sido peor. Debían de haber estado trabajando sin parar.

Papá se sentó con nosotros a cenar y, a pesar de su agotamiento, me ayudó a recoger la mesa al final.

Después, fui al salón y allí me encontré con mi madre, quien estaba sentada leyendo un libro.

Me acerqué a ella silenciosamente. Lamentaba estresarla más, pero debía decirle lo que nos había dicho Gwendolyn.

—Mamá, tenemos que hablar.

—Mi madre casi explotó ayer cuando le dije que Hayley debía faltar el viernes —le expliqué a John el miércoles por la tarde mientras dábamos vueltas a la pista de atletismo para calentar.

—Tío, no sé cuántas veces te lo habré dicho, pero amo a tu madre.

—No la amarías tanto si compartieses techo con ella día sí y día también.

—Tu madre es la mejor de todas.

—Sí, cuando está de buenas. Pero como te hayas metido en un lío...

Recuerdo bien cómo reaccionó mamá ante la noticia que le di ayer. ¡Madre mía! Pensé que iba a despedazarme con sus propias manos por cómo se puso: frunció el ceño tanto que sus cejas parecían juntarse, apretó los labios y los puños, las pequeñas venas se le empezaron a notar en el cuello... Tuve suerte de que papá estuviera ahí para retenerla. Si no, no sé lo que habría pasado.

—No seas tan exagerado, Eric —dijo mi amigo después de dar la octava vuelta.

—¡No lo soy!

Como hacía un día decente, las animadoras habían aprovechado para entrenar en el campo de fútbol su número, lo que nos alegraba la vista a todos. Podía oír de lejos los gritos de Kaitlyn llamando inepto al grupo. Lo poco de coreografía que vi no me pareció espectacular, cosa que pasaba cuando veía los números que coreografiaba Madison para las niñas. ¡Eso sí que eran buenos bailes!

Todas las animadoras iban ligeras de ropa, ataviadas únicamente con unos pantaloncitos cortos que no dejaban mucho a la imaginación y un top que apenas tapaba. Kaitlyn al ver que las miraba, me guiñó un ojo. Le sonreí como respuesta y seguí con el entrenamiento.

—¿A tu padre no le ha molestado?

—¿Molestarle? —Reí—. Parecía encantado. No me malinterpretes, ellos siempre han sido duros con el tema de la asistencia escolar, pero con toda esta movida del baile dice que está bien que Hayley sea tomada en cuenta.

—¡Vaya!

—Los que se han molestado fueron Dylan y Andrew. Se quejaron un montón y la tomaron con Hayley, quien no sabía nada aún del asunto.

—Pobre —dijo mi amigo con ternura. Le había cogido cariño a mi hermana—. A veces pienso que esos dos se pasan de la raya.

—Y yo. Por eso la defiendo.

Terminamos las diez vueltas de calentamiento. Para cuando todo el equipo se reunió, yo estaba cubierto por una fina capa de sudor.

—Bien, chicos, en menos de dos semanas jugaremos contra uno de los mejores equipos de Wood Village —nos explicó el entrenador—, así que quiero que trabajéis duro, ¿entendido?

—Sí señor.

—En ese caso, Woods, Tucker, Baker, Martin y Taylor formarán un equipo y el resto formarán otro.

Haremos tres juegos de once puntos cada uno. Podéis empezar.

El entrenador tocó el silbato metálico que siempre llevaba consigo como si fuera el mayor de los tesoros.

Los cinco nos reunimos durante unos minutos para diseñar una táctica y después cada uno se puso en su posición; en mi caso, me puse en el centro. El entrenador lanzó el balón al aire y tanto Daniel como yo dimos un gran salto para tirarlo cada uno a su campo. Al final el equipo contrario consiguió el balón.

El primer partido lo perdimos por dos miserables puntos.

—¡Vamos, equipo! Tenemos que defender más en vez de intentarles quitarles el balón —dije.

—¡A por ellos! —bramó John.

La segunda ronda la ganamos nosotros. Sonreí con orgullo. El dicho que dice “No es como se empieza, sino cómo se acaba” era cierto. Habíamos empezado fatal, pero al final habíamos acabado remontando como los campeones que éramos.

—¡A por el desempate, chicos! Hay que seguir así y no dejar que encesten ni una.

—Van a morir, Eric. Eso tenlo por seguro.

El entrenador dio por comenzado el último partido. Daniel y yo nos miramos en el centro. Su frente estaba plagada de gotitas de sudor y su pelo castaño se le pegaba a la cara. No dudaba que yo tendría una guisa parecida, por lo que no hice ni un solo comentario.

Conseguí el balón y se lo pasé a Ethan. Tras dos pases más John encestó en la canasta adversaria un tanto de dos puntos, lo que provocó que todos le diéramos unas palmaditas en la espalda.

Después de eso, el partido se puso muy interesante. Íbamos muy igualados, con la única diferencia de que perdíamos por un punto, teniendo nosotros nueve.

—Chicos, si encestamos esta, ganaremos el partido —dije de modo alentador—. Debemos evitar que los otros marquen en nuestra canasta.

—¿Qué plan tienes?

Sonreí y les empecé a explicar mi plan.

—John, Ethan, quedaros abajo por si ellos nos roban el balón. El resto subiremos. Si veis que algo marcha mal, no dudéis en subir. ¿Os ha quedado claro el plan?

—¡Sí, capitán! —corearon ellos.

Tal y como lo habíamos planeado, John y Ethan se quedaron en nuestro campo mientras yo me disponía a pasarle la pelota a Jack, quien la cogió y no dudo en salir pitando hacia la otra canasta. Como Daniel le bloqueaba e intentaba robarle el balón, Jack se la pasó a Caden. Varios pases más estábamos encestando, ganando el partido.

El entrenador dio por finalizado el entrenamiento y todos nos fuimos a los vestuarios.

—¡Buen trabajo, equipo! —felicité—. ¡Buen partido! Si seguimos así, no dudo en que ganaremos a nuestros adversarios.

Todos los chicos sonreímos y nos metimos en los vestuarios, en donde nos cambiamos llenos de felicidad, bromando entre nosotros.

Capítulo 15

Madison

—Veamos, si hacemos esto, luego lo otro y esto último al final... —pensé en voz alta mientras daba un pequeño sorbo de mi batido de chocolate y miraba mi cuaderno con el ceño fruncido.

Llevaba un buen rato dándole vueltas a lo que podría hacer mañana por la mañana en clase con las niñas.

Sí, Hannah nos había pedido que faltásemos a clase porque no veía que el número ganaría. A veces ella era muy perfeccionista, lo que llevaba a que más de una se saturara como le pasó a Emma en el ensayo de ayer. A mí no me gustaba provocar esas reacciones, así que siempre intentaba no ser tan dura como mi profesora.

Suspiré y volví a centrar toda mi atención en el cuaderno. No sabía muy bien qué practicar en el ensayo de las niñas. Hasta ahora tenía pensado trabajar en el solo de Hayley y en el baile grupal.

“Piensa, Madison, piensa”.

—¿Qué haces? —preguntó Rebecca, mi hermana de ocho años, entrando en el salón. Como me encontraba de espaldas a ella, me sobresalté al escucharla.

Había estado sola en la gran estancia a pesar de que no eran ni las diez. Normalmente a esas horas algunos solían ocupar el salón, pero cuando bajé las escaleras en busca de un sitio tranquilo (porque Lea tenía la música puesta en la habitación, por lo que no podía concentrarme, ya que estaba más a la música que a lo que me traía entre manos, y porque la sala de estudio estaba ocupada), lo encontré vacío, perfecto para trabajar.

—Estoy planificando la clase de mañana de mis alumnas —le expliqué.

Ella me miró, esbozando una sonrisa que mostraba sus pequeños dientes.

—¿Te molesta que me quede contigo un rato?

—No, tranquila.

No hizo falta más para que la niña se sentara a mi lado. En pocos segundos estaba inmersa en su lectura infantil. Sonreí al comprobar cómo devoraba las páginas con ansiedad, como si estuviese deseosa de saber cómo continuaba la historia.

Yo también era una lectora apasionada, pero disponía de muy poco tiempo libre para hacerlo.

Normalmente leía por las noches, antes de acostarme.

Volví a centrarme en mis planes. ¿Qué podría hacer? “Vamos, Madison”, rogué mentalmente. Poco después, sonreía de oreja a oreja al ocurrírseme una grandiosa idea. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Qué ciega estaba a veces!

Como el baile grupal era una pieza de ballet y ellas se equivocaban en algunos pasos, ¿por qué no emplear parte de mis dos horas laborales en mejorar su técnica? Me aplaudí mentalmente llena de orgullo y empecé a planificar la sesión. Fue así cómo me encontró Álvaro.

Ni siquiera supe que él había entrado hasta que sentí que el sofá en el que estaba sentada se hundía un poco bajo su peso. Al alzar la cabeza de mi cuaderno, me encontré con que su mirada estaba posada en mi en la hoja llena de garabatos incomprensibles que era mi letra en ese momento. Tenía buena letra, pero cuando me emocionaba, la descuidaba.

—¡Vaya, sí que las vas a hacer trabajar! —comentó.

Posó su mirada en la mía y me sonrió con ternura mientras me apartaba un mechón de cabello de la cara. Él era lo más cercano a un padre que había tenido, al igual que Kara. Según me habían contado, el Moonlight como tal no existía cuando yo fui abandonada junto a la puerta del edificio. Tenía otro nombre, del que no me acuerdo, y ni Kara ni Álvaro se conocían.

Kara, al recibir la dolorosa noticia de que no podría concebir hijos, decidió fundar un hogar en el que pudiera dar todo su amor a niños que por alguna razón u otra no podían recibir el cariño de sus padres.

Todo estaba instalado cuando alguien me depositó junto a la puerta del orfanato cuando apenas tenía días.

Según Kara, fui la primera interna. Ella me quiso desde el momento en que me vio y me cuidó a pesar de que yo no era su hija. Recibió la ayuda de sus tres amigas, Julia, Arianne y Marlene, quienes después trabajarían en el Moonlight como cuidadoras y cocinera respectivamente.

Unas semanas después, Lea fue abandonada. Ella tenía tres meses cuando aquello. Esa es la razón de que creciésemos juntas y que en ese mismo momento fuésemos como uña y carne. Siempre habíamos hecho todo juntas: ir a clase, jugar, estudiar... ¡incluso Lea había estudiado durante dos años en la academia de danza de Hannah! No obstante, ella veía el baile como un pasatiempo, no como un trabajo, así que decidió dejarlo.

¿Cómo se conocieron Kara y Álvaro? Es una historia muy divertida, la verdad. Según nos contaron, una tarde Kara había salido de paseo con Lea y conmigo, las únicas internas del orfanato que regentaba, pero la lluvia la pilló desprevenida, sin paraguas. Así que decidió meterse en el primer bar que encontró. Lea y yo no teníamos ni un año. No me imagino lo que sería cargar con dos niñas tan pequeñas de diferentes edades.

El caso es que después de pedir, se acomodó en una de las dos mesas libres. Más adelante, un hombre guapo, palabras textuales de Kara, se sentó enfrente de ella. Ambos se miraron durante unos segundos hasta que el hombre la sorprendió diciendo: “¿Por qué una mujer tan bella debería hablar con alguien como yo?”. ¿Cuál fue la respuesta de Kara? “¿Y por qué no?”.

Ese “¿Y por qué no?” les llevó a una amistad que terminó en noviazgo y después en matrimonio. Era muy pequeña cuando se casaron y no recuerdo nada de la ceremonia, pero gracias a las fotografías se podía ver que Lea había llevado las arras y yo los anillos. Habían pasado casi trece años desde aquello y su amor no había hecho más que aumentar. Ojalá yo encontrara a alguien así, alguien que me quisiera más cada día y cuyo amor por mí no se agotara.

El Moonlight como tal no nació hasta unos meses después de la boda. Ya había varios internos y las instalaciones cada vez eran mejores, pero el nombre que le había dado Kara seguía ahí. Cada vez que nos contaban la historia de cómo se conocieron, siempre decían que el nombre con el que Kara había bautizado al orfanato era horrible y muy soso. Menos mal que lo cambiaron, o eso decían.

El nombre actual del hogar era la unión del apellido de Álvaro (Moon) junto al apellido de soltera de Kara (Light). A mi parecer, fue una idea estupenda, pues yo adoraba ese nombre.

Gracias a Kara y a Álvaro había recibido una muy buena educación y era la persona que era en esos momentos. Por eso es que sentía que ellos eran (al igual que Julia, Arianne, Marlene y todos los internos) mi verdadera familia. Me daba igual quién me hubiese traído al mundo, sí bien cuando era muy pequeña había pasado por la etapa de querer conocer a mis padres biológico y sus razones para no quererme, razones que todavía hoy quería conocer. Lo importante no era qué era ni de dónde provenía, sino que quién era y qué estaba dispuesta a hacer.

Sonreí mientras le miraba. Parecía que había sido un día muy largo y duro para él. Tenía

ojeras en los ojos y la piel un poco más pálida de lo normal. Parecía cansado.

—Quiero que mis alumnas trabajen duro para que en un futuro puedan estar compitiendo en el equipo sénior o haciendo algún trabajo relacionado con el baile —respondí a su comentario.

—No te pases con ellas. Recuerda lo duro que fue para ti cuando empezaste.

Como para olvidarlo. Empezar fue muy difícil, pero progresar fue más. El mundo del baile es muy duro y debido a eso yo trabajaba. No me importaba hacerlo porque era algo que me gustaba hacer, tanto que no me veía sin bailar, sentiría que me faltaría algo, estaría vacía e insatisfecha.

—Siempre lo tengo en cuenta.

—Y, dime, ¿es cierto que mañana vas a faltar a clase? —pregunto, cambiando radicalmente de tema.

—Sí. Hannah quiere que trabajemos porque dice que el lunes lo hicimos fatal. No veas cómo se puso al ver que el viaje nos pasaba factura. ¡Provocó que Emma se bloqueara!

Él me miró con seriedad.

—A veces me pregunto por qué te gusta tanto el baile con la de problemas que te ha ocasionado —comentó.

—Es algo a lo que no puedo responderte porque no sé la respuesta. Me gusta, pero no sé la razón. Me gusta el hecho de que me obligue a trabajar mucho. También me gusta porque gracias a eso mis notas son muy buenas. Asimismo, me gusta porque me ayuda concentrarme y a pensar. Quizás lo único que odio es no disponer de mucho tiempo para mí misma.

—El que algo quiere, algo le cuesta.

Y era verdad. Yo sacrificaba mi tiempo libre. Me gustaba tanto bailar, que a veces no podía dejar de hacerlo. En algunas ocasiones, tras los ensayos, no podía evitar bailar en casa porque sí, bailando los números que estaba ensayando para esa semana o coreografías que yo hacía. También me gustaba bailar mal solo para hacer reír a los más pequeños.

Álvaro miró la hora en su reloj y alzó una ceja.

—Es un poco tarde. No te acuestes muy tarde si mañana tienes ensayo —me advirtió. Después se volvió hacia Rebecca, quien seguía leyendo ajena a lo que pasaba a su alrededor. Era curioso cómo una niña tan pequeña leía tanto—. Y tú, pequeña granuja, será mejor que te acuestes si mañana no quieres estar tan cansada como hoy para ir a la escuela.

La niña levantó la mirada de su libro y le miró suplicante.

—Una hoja más, por fa. —Sonrió como si nunca hubiese roto un plato—. Está muy interesante.

—Está bien, pero solo una. —Álvaro la abrazó y le dio un beso en la coronilla. Repitió el gesto conmigo—. Descansad, chicas.

—Lo haremos. Buenas noches.

—Buenos días —saludé después de entrar en la academia de danza. Era un gran edificio de dos plantas que estaba equipado para que una gran masa de alumnos pudiese dar clase.

—Buenos días, Maddie. ¿Lista para trabajar? —me saludó educadamente Sophia, la chica que estaba en la recepción.

—Por supuesto. Vengo con fuerzas para darlo todo.

Ella rió mientras negaba con la cabeza. Después me hizo un gesto para que fuera a mi clase. Según el horario de Hannah, de ocho a diez tenía ensayo con ella, así que me dirigí hacia las escaleras, pues mi clase estaba en la primera planta. Avancé por el largo corredor de paredes blancas decoradas con fotografías de todos los bailarines famosos y no tan famosos que habían

pisado esos suelos y trofeos importantes de baile. Me detuve un segundo a observar el que nuestro grupo ganó el año pasado en los Nacionales, maravillada de haberlo conseguido. Siendo sincera, pensaba que ese año ganaría el grupo del *Great Dancers Studio* porque (debía confesarlo) su coreografía había sido muy buena.

Volví a ponerme en marcha. Cuando llegué al pie de las escaleras me encontré con Wyatt, quien también estaba subiendo.

—Buenos días, Wyatt.

Él se volvió, sobresaltado. Se llevó una mano al pecho, un gesto muy dramático y cómico a la vez y que me robó una sonrisa.

—¡Me has asustado con tu fea cara! —bromeó él.

—Tú tampoco es que seas muy guapo que digamos —le seguí el juego.

Ambos nos llevábamos muy bien. La verdad era que Wyatt era un chico muy simpático, gracioso y agradable. Bromeábamos muy a menudo, chinchándonos entre nosotros.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —me preguntó, caminando a mi lado.

—Son las ocho y tengo clase con tu madre.

Me miró con extrañeza.

—¡Qué extraño! También tengo clase con ella. Me ha pedido que esté a primera hora.

—Me pregunto qué querrá...

—Eso pronto lo sabremos.

Wyatt no se parecía en nada a su madre. Mientras que ella era una mujer de estatura media cuyo cabello y tono de piel eran morenos y cuyos ojos marrones eran grandes y expresivos, su hijo era un chico muy alto cuyo cabello era pelirrojo y cuyos ojos eran marrones. Era pálido de piel y no era tan temperamental como su madre lo era con nosotras a la hora de dar clase. No obstante, Wyatt había heredado el gran corazón de ella.

El aula en el que dábamos clase con Hannah se encontraba en el lado izquierdo del pasillo. Era la primera con la que uno se encontraba nada más llegar al primer piso. Se encontraba enfrente de la zona de descanso, un espacio amplio en donde todos los bailarines podíamos relajarnos tras largas horas de baile y en donde en unas horas almorzaría.

Wyatt abrió la puerta de la sala y, antes de entrar, me dejó pasar a mí.

—Mi lady —dijo con tono jocosos y haciendo una reverencia.

—Mi príncipe encantador —lo imité poniendo ojos soñadores y batiendo mis pestañas.

Dentro de la estancia se encontraba Hannah, preparando todo. Al vernos, nos pidió que nos cambiásemos sin decirnos la razón de que ambos nos encontrásemos allí. Como el buen hombre que era, Wyatt esperó pacientemente a que me pusiera la cómoda ropa de baile: unas mayas cortas ajustadas negras, un top verde con el logo del estudio en el centro que dejaba al descubierto mi vientre y mis zapatos de baile. Al ensayar solía pasar mucho calor, por lo que casi siempre utilizaba ese tipo de ropa.

Cuando él salió, nos reunimos con Hannah.

—Os he pedido que vengáis tan temprano porque tengo una noticia terrible que daros. — ¡Vaya! Ahora sabía de quién había sacado el dramatismo Wyatt—. La madre de Sarah ha llamado. Su hija está enferma y no podrá bailar en el concurso de este fin de semana.

Sarah había faltado ayer y la verdad era que me había preocupado porque ella no solía faltar. Además, ayer le envié un mensaje y todavía no me había respondido. Ahora entendía la razón.

—No es por ser maleducada, Hannah, pero, ¿qué tiene que ver eso con los dos? —Nos señalé a Wyatt y a mí.

—Verás, el dueto que ambos estaban ensayando —dijo haciendo referencia al gran número

que Sarah había estado preparando con ilusión porque bailarían junto a su novio— es demasiado bueno como para que nadie lo vea. Por eso os he llamado. Tú has estado observando el baile durante toda la semana y es por eso que quiero que tomes el lugar de Sarah.

¡¿Qué?! A Hannah se le había ido la olla, eso estaba claro. No podía pedirme que aprendiera un número solo con un día de antelación. Estaba loca.

—¿Por qué no lo dejas para la semana que viene? —propuso Wyatt.

—Porque la semana que viene no habrá concurso.

La miré con asombro. Era muy raro que Hannah no nos llevara a alguna competencia. Eso solo significaba que tendríamos el recital que organizaba el estudio una vez al año.

—No es lo que estás pensando, Maddie. No habrá recital. He pensado en dejaros descansar durante una semana, ya sabes, para que podáis centraros más en vuestros estudios y, quizás, disfrutar de Halloween.

Esa idea era muy buena. Tener una semana que no fuera tan estresante sonaba muy tentadora.

—Además, Summer va a estar allí con un dueto y no quiero que piense que retiro el número porque soy una cobarde.

Señoras y señores, esa era la razón principal de que en ese momento tuviese que aprender un baile nuevo en un solo día. Mi sonrisa lo decía todo: “Te pillé”.

—Entonces, ¿qué me decís? ¿Os animáis?

Sonreí a modo de respuesta y asentí enérgicamente. Wyatt me imitó.

No faltó más para que Hannah empezara a darnos órdenes. En esas dos horas no paramos de movernos, únicamente para tomar un poco de agua o descansar. Nos machacó como nunca lo había hecho, gritándonos cada dos por tres.

Haríamos un baile de salón mezclando movimientos acrobáticos muy complejos que requerían mucha confianza en el otro. Ahora entendía por qué ella había elegido a Sarah en un primer lugar.

—Ponedle más pasión, chicos —pidió por duodécima vez.

Pasadas las dos horas, me encontré hablando animadamente con mi compañero, riendo por una broma suya. Mientras hacía un movimiento del dueto, me metí en el vestuario solo para coger mi bolsa en donde había traído todo lo necesario. No veía ninguna razón para cambiarme, ya que pasaría todo el día metida en el estudio.

—¿Qué te toca hacer ahora? —me preguntó Wyatt mientras salía de la sala detrás de mí. La camiseta sin mangas le sentaba como un guante, mostrando sus musculosos brazos que le habían llevado años de preparación.

—Tengo clase con las niñas.

—Te acompaño. Mi clase de hip hop está enfrente de la tuya.

Ambos bajamos las escaleras y cuando llegamos a nuestras respectivas clases, nos despedimos y cada uno se metió en la suya. Al entrar pude comprobar que todavía no habían llegado. Perfecto.

Aproveché ese tiempo para preparar la clase, dejando mi bolsa a un lado y rehaciendo mi trenza que gracias a las dos horas y a los movimientos se había deshecho.

Hoy sería un día distinto al resto para mis alumnas, ya que sus padres no iban a estar con ellas. Era la primera vez que estarían solas, sin protección, y quería ver su reacción. La primera vez que fui a un ensayo sola fue cuando tenía diez años y un año después empecé a ir sin acompañante a las competencias.

Mientras mis alumnas venían y no, me puse a ensayar un par de pasos de la coreografía grupal. Después de un *Fouetté en Tournant*, empecé a oír las voces de mis alumnas, provenientes

de los vestuarios y pronto las tuve conmigo.

—Buenos días, chicas.

—Buenos días, Maddie —saludaron ellas burbujeantes de emoción.

—Hoy tenemos un día duro por delante —les expliqué—. Estaré con vosotras las primeras dos horas.

Después, tendré que ir a ensayar.

<<Hayley —dije mientras miraba a la niña—, empezaremos trabajando tu solo. —La niña asintió con la cabeza. Estaba muy seria—. Después continuaremos trabajando el baile en grupo. Espero que esto no nos lleve más de una hora, pues he planeado para la siguiente hora trabajar varios ejercicios de ballet.

<<Empecemos con el estiramiento.

Observé a cada niña mientras hacían el calentamiento. Después de eso me centré en el solo acrobático de Hayley.

—¡Estira la pierna! —ordené al ver que en un ejercicio la doblaba un poco.

La pequeña lo corrigió. No obstante, diez minutos después me encontraba junto a ella, mostrándole cómo debía hacer un ejercicio. Ella lo hacía mientras yo le corregía los errores.

—Bien hecho. Recuerda también que debes trabajar la expresión —la felicité dando por finalizada su sesión—. Ve a tomar agua y descansa un poco. Quiero verte ensayando dentro de quince minutos.

—Sí, Maddie.

Llamé al resto de niñas. Ellas se habían quedado en uno de los laterales de la gran estancia ejecutando movimientos de la coreografía. Les ordené que empezaran. A medida que pasaba el tiempo, mejor veía el baile y más me convencía. Era una pieza de ballet un poco madura para que Hayley participara en ella, así que había decidido prescindir de ella, aunque a cambio le había dado un solo.

Fui corrigiendo errores hasta que me quedé satisfecha con el resultado. Por la tarde tendría otra clase con ellas, esa hora no se había modificado, por lo que la dedicaría a pulir los números.

—Bien hecho, chicas —las felicité a todas y dejé que descansaran un poco. Todas ellas tenían las mejillas sonrosadas por el esfuerzo y la frente perlada de sudor. Me recordaron a mí cuando empecé.

—Maddie, ¿estás nerviosa por la competición de esta semana? —preguntó Rachael, mirándome con sus preciosos ojos marrones.

—Estoy un poco nerviosa debido a una pequeña modificación que ha habido en el programa.

—¿De qué se trata? —preguntó Anna, apartándose un mechón de su cabello castaño de la cara. Ella era sin lugar a dudas la niña más tímida del grupo; pero cuando se subía a un escenario, ella se transformaba en una persona diferente, mostrando seguridad.

—Veréis, Sarah, mi compañera, se ha enfermado y para que el dueto que estaba preparando pueda ser visto, Hannah ha decidido que yo lo haga. Así que esta mañana, antes de daros clase, he estado aprendiéndome el número.

Todas las niñas abrieron sus ojos como platos, atónitas.

—¿Te has aprendido un número en un día? —preguntó Hayley.

—¿Te has aprendido un número en una hora? —preguntó a su vez Emily provocando que soltara una pequeña risita. Ambas estaban sentadas la una junto a la otra y eran inseparables en el estudio.

—He tenido dos horas de ensayo, pero he de decir que sabía la coreografía. Durante los ensayos suelo ser muy observadora y, además, Sarah y yo tenemos la costumbre de aprendernos

los bailes de la otra.

Eso es lo que ha salvado a Hannah.

—¡Vaya! —exclamaron todavía estupefactas.

—Pero vosotras no debéis por qué poner os nerviosas. Todo va a salir bien, lo sé, confío en vosotras y en vuestro trabajo. —Sonreí para intentar calmar sus nervios, los que se estaban haciendo cada vez más notorios. Me levanté del suelo, a un lado del gran espejo, y les indiqué con un gesto que me imitaran—. Será mejor que nos pongamos manos a la obra con los ejercicios.

—Sí, Maddie.

Todas las niñas me obedecieron y se levantaron. Fui a una de las esquinas de la sala para ir colocando las barras de ballet en el centro. Las niñas me ayudaron con eso y pocos minutos después ya las tenía haciendo *pliés* u otro tipo de ejercicio. Mientras los realizaban, las observaba, en busca de algún fallo. Si hacían muy bien un ejercicio, las felicitaba. No solo me iba a realzar los errores, eso solo las desmotivaba.

De pronto, alguien llamó a la puerta con fuerza.

—Seguid, chicas —les pedí al ver que dejaban de hacer los ejercicios.

Antes de siquiera dar un paso hacia la entrada, Sophia, la recepcionista, se asomó por la puerta.

Incliné la cabeza y alcé una ceja ante su visita. Eran raras las ocasiones en las que dejaba su puesto.

—Perdón por interrumpir la clase, Maddie, pero tenemos una visita escolar y Hannah ha dado permiso para observar la clase.

Suspiré mientras ponía los ojos en blanco. Genial, Hannah, genial. ¿No podría haberme avisado esa mañana cuando me había dado clase? Definitivamente, iba a matar a esa mujer algún día.

Noté cómo esas palabras ponían un pelín nerviosas a mis chicas. Todas habían dejado de hacer los ejercicios y miraban a Sophia atentamente.

—Vale, pueden pasar —dije mientras me volvía hacia mis alumnas—. Ya habéis oído. Hoy tenemos visita, así que quiero ver cómo de bien hacéis esos ejercicios. Luciros, chicas —las apremié.

Estaba de espaldas a la pared, por lo que no les vi entrar. Eso me daba igual, lo que contaba era que no molestaran. Esperaba que fueran callados. Me equivoqué. A pesar de que no les vi entrar, sí que fui consciente de cuando entraron.

Las niñas miraban a esas personas de soslayo mientras hacían sus ejercicios, pero notaba que estaban distraídas. Así que, como buena profesora, les iba a pedir que se callaran si querían continuar en esa estancia. Me volví, dispuesta a decirles algo, pero lo único que conseguí fue que todos soltaran exclamaciones de asombro, al igual que yo. Los miré horrorizada. ¿Qué narices hacían ellos ahí?

Eric

El lunes de esa semana los profesores nos habían avisado que todo el curso haríamos una salida, pero no nos dijeron a qué lugar iríamos exactamente. Por lo que cuál fue mi sorpresa al comprobar que nos encaminábamos al *Hannah Brown Studio*. Durante el trayecto empecé a pensar en ello, pero me parecía una locura.

No lo era.

Llegamos al estudio sobre las once de la mañana del viernes. El gran e imponente edificio nos dio la bienvenida a todos, provocando que muchos se asombraran y se maravillaran. Como para no hacerlo. Era un edificio impresionante.

Me junté con mis amigos. Estaban suspirando de admiración.

—¡Vaya! —decían.

En ese momento me planteé el decirles que nos encontraríamos con Madison, pero preferí guardármelo.

Cabía la posibilidad de que estuviera enferma. ¡Qué narices! Ni yo mismo me lo creía. Si mi hermana estaba allí, Madison también, eso estaba clarísimo.

—Vamos, chicos, no os separéis —nos pidió nuestra tutora.

Obedecimos y nos juntamos para entrar en el edificio. Nada más hacerlo, una mujer rubia nos asaltó.

—Bienvenidos, chicos. Soy Sophia y seré la encargada de mostraros todo el complejo. Todo lo que veis en este pasillo son salas de baile, todo salvo las dos estancias que están en ese pasillo —dijo mientras señalaba el primer pasillo con el que nos encontrábamos a mano derecha—, el que lleva hacia el despacho de Hannah, y esa gran sala, que es en donde se hacen todos los trajes. ¿Queréis verlo?

Todos asentimos, unos más entusiasmados que otros.

La mujer empezó a caminar por el pasillo de paredes blancas repleto de impresionantes trofeos. Me paré en varios, alucinando. Jamás me había fijado en ellos, y eso que había estado allí con anterioridad.

La sala que nos había descrito se encontraba en el segundo pasillo y era enorme por fuera.

—Aquí es donde se hacen las prendas que luego los bailarines utilizan en las funciones y concursos —dijo nuestra guía mientras abría la puerta y nos dejaba pasar.

¡Dios mío! ¡Esa habitación era increíble! Los grandes ventanales por los que entraba la luz del día hacían que la estancia de suelos de madera y paredes verdes fuera muy luminosa. Había máquinas de coser en uno de los lados, en el que estaban trabajando siete personas que nos saludaron amablemente. El resto de la estancia estaba repleto de vestuarios tanto femeninos como masculinos, de todas las tallas y colores.

—¡Me encanta! —oí que decía Kaitlyn maravillada.

—Ojalá tuviésemos a alguien en la escuela que nos hiciera vestuarios como estos —suspiró Scarlett.

En el lado opuesto de las máquinas de coser había cuatro cubículos que simulaban ser vestuarios.

Mientras que tres de ellos estaban abiertos, uno de ellos estaba cerrado. Deduje que había alguien dentro.

Una chica, que identifiqué como Tamara, estaba fuera sentada en un banco.

Al ver mi mirada, Sophia decidió hacer las presentaciones:

—Chicos, ahora os voy a presentar a un miembro del equipo sénior. —Camino hacia ella mientras nosotros le seguíamos—. Buenos días, Tamara —la saludó.

La chica se levantó del banco y la saludó alegremente.

Todos los chicos la miramos embobados. Para mí también era la primera vez que me encontraba tan cerca de ella. Era una belleza rubia, alta y de largas piernas. Su piel era tostada.

—Tenemos una visita del Kensington —le explicó Sophia al ver su mirada.

—Ah.

—Tamara, ya estoy lista —dijo una voz desde el otro lado.

—Bien, veamos qué tal te queda eso.

Una chica de origen hispano salió del vestuario ataviada con un vestido negro con toques salmón en las puntas. La reconocí como Susana. Al vernos, se ruborizó y abrió mucho la boca, lo que provocó que su compañera se riera de ella.

—¡Vaya, te sienta fenomenal! —la alabó Tamara mientras se acercaba a ella y toca la tela—. Quedará de cine con la coreografía.

—Chicos, esa chica es Susana, también miembro oficial del grupo sénior.

Todos la miraban como si fuera lo más asombroso del universo.

Dejamos a las dos chicas en paz. Nos dejaron un tiempo para curiosear el vestuario. Mientras mis amigos miraban y discutían sobre unos pantalones que parecían de hombre, yo me puse a curiosear el vestuario de las niñas, con la esperanza de encontrar lo que Hayley llevaría ese fin de semana. Había tantas cosas que no lo encontré.

—Bien, chicos. Ahora tendréis la oportunidad de ver cómo una de las mejores bailarinas del estudio da clases a un grupo de niñas, quienes compiten en la categoría infantil.

¿Por qué no me gustaron sus palabras? ¡Oh, vaya! Veríamos la clase de Hayley. Pobre.

Nos llevaron hasta esa aula que tan bien conocía. Todos se quedaron mirando las escaleras que subían hacia la pequeña salita en la que los padres podían ver cómo sus hijas trabajaban sin molestar.

—Debéis permanecer en silencio, ¿entendido? —nos advirtió.

Toda la clase asintió.

Sophia tocó la puerta y se asomó.

—Perdón por interrumpir la clase, Maddie, pero tenemos una visita escolar y Hannah ha dado permiso para observar la clase.

No escuchamos la respuesta, pero dio igual. Sophia nos hizo un gesto para que entráramos. Las niñas se encontraban en las barras de ballet haciendo ejercicios, aunque dejaron de hacerlos al vernos. La profesora se encontraba de espaldas a nosotros, pero al ver que hablábamos, se giró y al descubrir quiénes éramos, su rostro se transformó por unos instantes en una máscara de horror.

En efecto, se trataba de Madison.

—¡Qué fuerte! —exclamó uno de mis compañeros.

—La más friki de todas dando clases de ballet. ¡Qué cómico! —se burló Kaitlyn.

Madison puso los ojos en blanco y nos pidió que permaneciésemos en silencio mientras daba su clase.

Las animadoras la devoraban con la mirada mientras le lanzaban miradas fulminantes a las que ella no hizo ni caso.

Por otro lado, Hayley me vio y me sonrió. Le devolví el gesto.

—¿Esa no es tu hermana? —preguntó Ethan, señalando a Hayley.

—Sí, es ella. Este es el estudio al que viene todos los días.

—El famoso estudio de baile —comentó Caden, recordando las miles de veces que mi hermana les había dicho que bailaba.

Madison continuó su clase con tranquilidad. Sentado como estaba, la observé detenidamente. Esa mujer iba a hacer que un día de estos enloqueciera. Había algo en ella que me atraía. Llevaba días negándolo, pero era cierto. No podía evitarlo. ¿Me gustaba? No estaba seguro. De lo que sí estaba seguro era que no quería que saliera con un chico que no fuera yo.

—Toma, Eric —dijo John mientras me pasaba un pañuelo. Lo miré intrigado—. Es para que te limpies la baba.

¡Oh, mierda! ¿Tan notorio era?

—¿Tanto se me nota?

—Por favor, Eric, ¿en serio me está diciendo que sientes algo por ella? —La miró, aunque ella no lo notó porque estaba de espaldas a nosotros.

No podía mentirle, no a John, quien me conocía desde siempre.

—No sé, es algo que nunca me había pasado. Ya sabes cómo soy, siempre en flor en flor, sin ataduras —le expliqué, —Pero...

—Pero con ella es diferente —confesé—. Por favor, no se lo digas a nadie.

—Está bien, no se lo diré a nadie. Pero, ¿sabes? Es increíble que te guste Madison. De todas las chicas que hay, has elegido a la única con la que no te habría juntado nunca. Pero me alegro por ti. Espero que así asientas la cabeza de una vez.

La confesión de mi mejor amigo me dejó de piedra. ¡Vaya! No sabía que pensara eso.

Los dos nos centramos en la clase y soltamos un quejido de dolor cuando todas levantaron la pierna por encima de sus cabezas.

—¡Estira la pierna, Hayley!

—¿Cómo se da cuenta de eso? Yo no soy capaz de verlo —susurró John.

—La experiencia, supongo.

Madison se acercó a mi hermana y le estiró la pierna que hacía de base.

Media hora después, la puerta se abrió y entró una mujer joven, pero no tanto como Madison. La reconocí al instante. Era Gwendolyn, quien venía a tomarle el testigo a Madison. Ambas se sonrieron.

—Ya puedes irte, Maddie —le dijo.

Ella asintió. Empezó a caminar hacia unos de los laterales de la estancia, pero el comentario de Kaitlyn hizo que se detuviera a medio camino, delante de nosotros.

—¿Ya te has cansado? Ya decía yo que estabas durando mucho, friki.

—¡Cállate, Kaitlyn! —exclamó Lea.

—¿Y si no quiero? ¿Por qué te vas tan pronto, bicho raro?

—No es de tu incumbencia —se limitó a decir, encogiéndose de hombros. Era asombrosa la capacidad de autocontrol que tenía. Yo en su lugar ya habría empezado a insultarla o a arrancarle los ojos—. Os veo luego, chicas —se despidió de las niñas volviéndose hacia ellas. Cogió sus cosas y se largó por la puerta.

—Cobarde —masculló Kaitlyn.

La siguiente hora estuvimos ahí, viendo cómo las niñas repetían una y otra vez el baile grupal.

Quedó claro desde un principio que estas niñas eran mejores que las animadoras. Cuando Hayley hizo su solo, las animadoras la miraron con admiración.

—¿Cómo una niña tan pequeña puede hacer esa clase de ejercicios? —decía Ethan mientras salíamos del aula.

—Hayley ensaya mucho.

—Créeme, se nota —dijo Jack.

Sonreí. Mi hermana ensayaba durante horas para lograr la perfección, incluso después de clases de baile.

Era increíble que con su corta edad le pusiera tanta pasión a algo.

—Chicos, ahora veremos al grupo sénior en acción. Seguidme —dijo Sophia mientras se dirigía hacia las escaleras.

Subimos al primer piso y nada más hacerlo nos encontramos con un espacio amplio en el lado izquierdo repletó de sofás, sillones, mesas y sillas. Estaba plagado de gente que charlaba entre

ellos mientras comían algo. En uno de los sofás divisé a Madison, quien hablaba con Zanahorio. Enseguida se me revolvió el estómago.

—¿Te has enterado de la fiesta del viernes de la semana que viene que está organizando Kaitlyn? —me preguntó John mientras avanzábamos por los pasillos. Creo que si hubiese tenido que ir solo, me habría perdido.

—Ha comentado algo —dije sin interés.

Ayer me asaltó en las taquillas, por así decirlo. Me habló de su fiesta, de que fuera y esas cosas. Iría por la fiesta no por ella.

—¿Vas a ir? —preguntó.

—¿Cuándo me pierdo yo una fiesta?

—Ese es mi chico. —Me dio unas palmaditas en la espalda—. A pesar de que estás raro con todo este tema de Madison, veo que sigues interesado en divertirme.

Sonreí. La verdad era que una fiesta un viernes, después de toda la semana dura por la que tendríamos que lidiar, me parecía una idea muy tentadora. Sería una buena forma de olvidarnos de todo por una noche.

Sophia paró delante de una puerta que me parecía idéntica al resto, tocó y entró. Tal y como había hecho la vez anterior, pidió permiso para entrar.

—Pasad, chicos, no seáis tímidos —nos apremió.

Dentro de la estancia estaba Hannah trabajando con Susana. Debí haberlo supuesto al verla en los vestuarios. Trabajaba en su solo. Lo que me llamó más la atención fue que no dejara de hacerlo, a pesar de que nosotros interrumpiéramos su clase.

—Bienvenidos, chicos. Mi nombre es Hannah Brown y, como habréis deducido, soy la propietaria de este estudio —se presentó—. Ahora mismo estoy terminando con una de mis alumnas el ensayo de su solo, así que, si no os importa, sentaros ahí, enfrente del espejo. —Hannah nos señaló el lugar con un dedo y todos fuimos allí, pasando por delante de ella—. Hola, Lea, Daniel —los saludó educadamente dibujando una sonrisa en su boca.

¡Cómo no! Era lógico que Hannah conociera a esos dos, teniendo en cuenta que eran hermanos de Madison.

Diez minutos después, Hannah dio por terminado el ensayo de Susana, quien parecía muy agotada. Tenía la cara roja por el esfuerzo y llena de sudor. La ropa se le pegaba al cuerpo. Sin embargo, sonreía.

—¿Puedes decirle a Maddie que venga?

¡Vaya! La sesión iba a ser muy interesante. Tenía ganas de ver la reacción de todos cuando vieran lo buena que era. Ya me estaba imaginando sus gestos de asombro.

—Claro, ahora mismo se lo digo —respondió amablemente ella, saliendo de la sala.

Hannah cruzó la estancia para situarse cerca de nosotros. Nos miró atentamente durante unos largos segundos para después decir:

—Ahora vais a ver a una de mis bailarinas más fuertes. Es la actual campeona nacional de la categoría adolescentes. Vais a tener la oportunidad de ver el número que hará mañana en la competición que se celebra aquí, en Portland.

Todos estaban maravillados. Creo que ninguno había relacionado “Maddie”, que era así cómo la habían llamado en nuestra presencia, con la friki.

—La coreografía que he creado para ella es de estilo lírico.

Alguien llamó a la puerta y entró en la estancia. Se trataba de Madison, quien al principio nos miró sin ninguna expresión en el rostro mientras se acercaba a Hannah. A todos les resultó sorprendente verla allí, o eso fue lo que mostró su reacción.

—Hola de nuevo, Maddie —la saludo, acercándose a ella.

—Hola, Hannah.

—¿Qué tal te ha ido la clase con las niñas?

—Oh, han estado bastante mejor que ayer. Veo posibilidades. —Sonrió.

Las chicas abrieron la boca.

—No me puedo creer que esa sea la friki —dijo Scarlett en un susurro mientras se trenzaba el pelo rubio.

No sabía por qué se asombraban tanto, yo la veía igual. Pasados unos minutos en los que las dos mujeres seguían inmersas en su conversación, me di cuenta de por qué estaban así mis compañeros.

Madison nunca se mostraba tan abierta en clase, tan alegre. Tenía un brillo especial en los ojos que gritaba que lo que hacía le gustaba demasiado.

—Quiero que empieces desde el principio con tu solo. Ellos están aquí para que sientas la presión de tener un público. —Nos señaló Hannah.

Madison asintió y se colocó en el centro. Se tumbó de espaldas a nosotros y esperó hasta que escuchó los primeros acordes de la canción. Fue ahí cuando empezó a moverse, cuando empezó a hacer ejercicios casi imposibles de hacer, expresando todas las emociones necesarias tanto con el lenguaje corporal como con la expresión facial.

Juro que cuando ella terminó, todos estaban mudos. Hannah no le había corregido nada, pero, al parecer, eso no fue suficiente para que le pareciera buena.

—Repítela de nuevo.

Así fue cómo la compañera de la que todo el mundo se burlaba nos dio una gran lección durante la media hora que estuvo ensayando su número.

—Bien, es suficiente —dijo su profesora. Miró su reloj de pulsera y, suspirando, dijo—: Llama a Wyatt.

Quiero que volváis a ensayar el dueto.

Espera un momento. ¿Dueto? ¿Con Wyatt, alias “Zanahorio”? ¡Lo que me faltaba! Bastante tenía con que me gustara y ahora tenía que verla bailando con otro. Joder, maldita vida.

—Sí, Hannah.

Mi amigo me llamó la atención tocándome el brazo. Nos encontrábamos sentados en uno de los laterales, a diferencia de Caden, Jack y Ethan, los que estaban en el centro junto a las animadoras. Nosotros, en cambio, habíamos decidido ponernos en un lugar un poco más alejado.

—¿Quién ese tal Wyatt?

Tensé la mandíbula al escuchar de nuevo ese nombre.

—Es el hijo de Hannah y compañero de dueto de Madison.

—¡Vaya! En ese caso, estás jodido.

—Gracias por tus ánimos, John —dije con sarcasmo.

John iba a responder, pero la puerta se abrió. Madison y Zanahorio entraron mientras hablaban animadamente. Un suspiro salió de las bocas de las chicas al verlo. Puse los ojos en blanco.

Él podría parecer un atleta, con su cuerpo delgado y musculoso que se marcaba gracias a la camiseta que llevaba, pero estaba seguro que era otro friki.

—Hola, Wyatt. Gracias por venir tan pronto —le dijo su madre.

—Para eso estoy, sargento —bromeó él.

Rectifico. A parte de musculoso también era gracioso.

Zanahorio dos, Eric uno.

Su comentario lo único que provocó fue que Hannah pusiese los ojos en blanco y le mirase con seriedad durante unos segundos.

—Podéis empezar desde el principio. Quiero verlo de nuevo —les pidió ella.

Los dos asintieron y cada uno se fue a una esquina. Ahí estaban bien, alejados el uno del otro. No obstante, esa sensación que sentí antes al verlos juntos en el pasillo volvió con mayor intensidad en cuanto Madison fue atrapada por sus brazos. Sentí ganas de golpearlo, me daba náuseas verlos juntos.

—Tranquilo, vaquero —susurró John al ver cómo asesinaba al pelirrojo con la mirada—. Solo están bailando.

Joder. Si eso solo era bailar... Si el solo de Madison de por sí ya era bueno, ese dueto era un bombazo.

Parecía un simple baile de salón, baile que yo jamás sabría hacer, pero también tenía muchos movimientos acrobáticos (gracias a Hayley y su curso intensivo sobre baile acrobático de esa semana sabía diferenciar algunos movimientos), muchos de ellos eran muy complicados. También poseía movimientos que Madison debía hacer sobre los hombros de su compañero e incluso el final era complicado. Vi maravillado cómo esa chica, apoyándose en los brazos de Zanahorio, se impulsaba hacia atrás, hacía una voltereta doble y segundos después Wyatt la agarraba por debajo de las axilas mientras ella caía abierta de piernas.

Joder. Sí que era buena.

Al parecer Hannah no estaba del todo contenta con su actuación:

—Os falta más pasión, chicos. No veo química.

Un momento, Hannah. Esa mujer no andaba muy bien de la cabeza. No sería esto una excusa para que ambos iniciasen una relación, ¿verdad? John debió de pensar lo mismo, porque susurro:

—Eric, más te vale que te des prisa en declararte. Creo que esta mujer quiere juntarlos.

—¡Y un cuerno! ¡Por encima de mi cadáver!

Madison y Zanahorio la fulminaron con la mirada. Si las miradas mataran, ella estaría muerta.

—Te recuerdo, mamá —empezó a decir él—, que tengo novia.

Ese comentario fue lo mejor que había escuchado en mi vida. Fue como un soplo de aire fresco. Fue entonces cuando recordé que en la entrevista que les hicieron Hannah dijo que él tenía novia. ¿Cómo se me había olvidado algo así?

—Y yo te recuerdo, hijo, que cuando interpretas un papel, eso da igual —contraatacó ella—. Si el director te pide que beses a la protagonista, debes hacerlo. Da gracias de que no haya un beso en el número.

—Da gracias tú. Porque si eso llega a pasar, Sarah te habría hecho trizas y lo sabes.

John volvió a susurrarme:

—Menos mal, Eric. Tienes vía libre. Pero no te duermas en los laureles. Si no es él, será otro. Así que mueve el culo y confiésale lo que sientes. Yo te apoyo en esto.

—Gracias, pero tengo pensarlo.

John me miró con incredulidad.

—¿Qué tienes que pensar? Te gusta, lo has confesado. Así que ve a por ella.

—Tengo que pensar en si estoy preparado para iniciar algo con ella y en si debo hacerlo.

—No te pongas tan filósofo. Solo ve a por ella —me animó.

—¡No me estás escuchando! —exploté alzando un poco la voz, lo que provocó que Hannah mirara en mi dirección. Le lancé una mirada de disculpa y bajé la voz—. No quiero que sea un lío de una noche. No creo que ella sea de ese tipo de chicas, la verdad. De iniciar algo, como tú lo llamas, querría iniciar una relación con ella.

Mi amigo me miró con alegría.

—No sabes la de veces que me imaginaba esto, pero todas ellas se han quedado cortas. Mi mejor amigo, un mujeriego, por fin asentará la cabeza —dijo con dramatismo.

Reí.

—En serio, te repito lo que te dije hace casi un mes: deberías apuntarte al club de teatro —me burlé de él.

Me lanzó una mirada de advertencia.

—Quiero que actúes, que hagas algo con ella. No sé, tío. Piensa en algo que la conquiste. Pero, por favor, empieza a actuar de una vez.

Me quedé mirando la clase, aunque apenas le presté atención. Apenas fui consciente de que la clase terminaba. En lo único que pensaba era en Madison, en si estaba preparado para salir con una chica, como pareja. ¿Debería hacerlo? ¿Debería lanzarme a la piscina? ¿Debería hacerle caso a John?

Capítulo 16

Madison

Mataría a Hannah Brown con mis propias manos, lo juraba.

Nunca en mi vida había pasado tanta vergüenza en mi vida antes de ese viernes, ni siquiera en las primeras exhibiciones de baile. Esa vergüenza no se esfumó en todo el fin de semana, sino que incrementaba cada vez más con el paso de los días, asfixiándome. Deseé que ese fin de semana no acabara nunca. No sabía cómo dar la cara ese lunes. A lo mejor podría fingir una gripe...

Para más inri, ese fin de semana el *Hannah Brown Studio* sufrió una gran derrota ante el *Great Dancers Studio*. El baile grupal de estilo Bollywood quedó en segunda posición, quedando el suyo en el primer puesto. No solo eso, los solos habían sido un desastre: el de Susana había quedado en cuarta posición y el mío, en la segunda. ¿Quién había ganado? La zorra de Kiara. Lo bueno de todo esto fue que el dueto ganó el primer premio, menos mal.

Así que ahí estaba yo, a punto de entrar en el aparcamiento del Kensington, temerosa de ver lo que me depararía el futuro.

—Tranquila, Maddie. No tienes por qué estar nerviosa —me intentó tranquilizar Lea.

—Lea tiene toda la razón. Les diste una gran lección.

—No sé, chicos, pero creo que hoy será un día espantoso.

Y no me equivocaba. Como si me hubiesen estado esperando, las animadoras parecieron materializarse en cuanto pisamos el asfalto del aparcamiento. Estaban sentadas en la entrada, esperando a alguien. Su expresión no era amigable que digamos.

—¿Todavía es tarde para fingir que estoy enferma? —susurré.

Mis hermanos las vieron y palidieron. Nosotros avanzábamos por la zona que habían acomodado para que los íbamos a pie pudiésemos ir. Deseé con toda mis fuerzas que no estuvieran allí solo para meterse conmigo.

Enseguida averigüé lo que se traían entre manos.

Nada más pisar los pequeños peldaños que me llevarían dentro del porche, el grupo de tres animadoras se levantó. No les hice caso. Fui a entrar, pero ellas me obstaculizaron el avance, al igual que a mis hermanos.

—Disculpad, pero me gustaría entrar —dije intentado ser civilizada.

Kaitlyn no me lo permitió.

—¿Qué mona! La friki quiere entrar —se burló ella.

Puse los ojos en blanco. En fin, ya empezábamos...

—¿Nos dejáis pasar? —lo intenté de nuevo.

—Déjame pensarlo... ¡No! —respondió Scarlett mientras me miraba con repulsión.

—Kaitlyn, déjanos pasar, por favor —le pidió Dani, acercándose a ella. Le susurró algo al oído que la hizo reír y asentir.

—Esto no ha acabado, *Maddie* —dijo con tono burlón una de las personas más zorras que había conocido.

Se hizo a un lado y entramos. Cerré las manos en puños y los apreté con fuerza.

—¡Las odio!

—Tranquila, Maddie, solo están celosas —dijo Lea mientras caminábamos hacia las taquillas.
—¿Celosas de qué?

Lea suspiró sonoramente. Estaba intentando ser paciente conmigo. Era cierto que no sabía a qué se refería.

—Mira, el viernes todos los chicos te miraban de otra forma, como si hubieses entrado en el grupo de sus posibles conquistas, incluso el idiota de Eric. Los dejaste embobados y eso es algo que no les ha gustado al grupo de porristas.

Al llegar al pequeño cubículo metálico en donde guardaba mis cosas, introduje la combinación de números que la abría y empecé a buscar los libros de las asignaturas que tendría.

—No lo creo. La primera vez que ejecuté mi solo delante de vosotros, estaba de los nervios. Pensé que me quedaría en blanco.

—Pero no pasó. Ahí les has demostrado lo profesional que eres, tanto que estás capacitada para dar clases a un grupo de niñas que, encima, compiten —recalcó ella mientras sacaba el libro de Lengua y Literatura.

La miré con tristeza.

—Lástima que este fin de semana todo haya salido mal. Lo siento mucho por ellas.

—Lo sé, amiga —dijo ella con mirada triste—. Esas niñas son unas cracs. Han pasado de un décimo puesto a un segundo. Lástima que el primer grupo sea el del estudio de Summer. Pero, bueno, debes de estar contentísima con Hayley. ¡Esa niña ha conseguido quedar primera!

A todos nos había alegrado la noticia de ver cómo todo el trabajo y esfuerzo de esa niña daban sus frutos.

Demostró que era mejor que una de las niñas de Summer, quien también había preparado un solo. No solo eso, ganó a niñas mayores y con más experiencia que ella.

—Estoy muy orgullosa de ella. —Terminé de coger todo y cerré la taquilla, al igual que Lea, y ambas empezamos a caminar hacia las escaleras—. Se lo merecía. Ha trabajado mucho.

—Creo que la niña te adora —me dijo Lea después de llegar al primer piso—. El sábado se le iluminaron los ojos al verte. ¡Es una monada!

Sonreí. Hayley era una niña preciosa que se parecía mucho a su hermano mayor. Ambos eran rubios, aunque el de ella era mucho más claro que el de él, y tenían los ojos tan azules como zafiros. A pesar de que los dos tenían la piel pálida, Eric era un poco más moreno que Hayley. Eso sí, en lo que se refiere al carácter eran opuestos. Mientras que Hayley era una niña muy dulce, tierna y cariñosa su hermano era un idiota, engreído y egocéntrico. Esperemos que Hayley no siga los pasos de su hermano mayor.

Entramos en el aula y nos sentamos en nuestros asientos de siempre, en la primera fila. Estaba vacía cuando habíamos entrado, salvo por la señora Marshall, quien ya se encontraba ahí y a quien habíamos saludado al entrar. Poco a poco la clase se fue llenando. Vi cómo entraba Eric, aunque descubrí que hablaba con Kaitlyn, lo que provocó que una extraña sensación se apoderara de mí y que deseara ser yo la que estaba hablando con él. Lo que más me extrañó fue la sonrisa que me regaló al encontrarse nuestras miradas. ¿Qué estaba pasando?

A decir verdad, esa asignatura no me parecía interesante, todo lo contrario. Creo que era la que más me costaba sacar adelante. Lo peor de todo era que teníamos dos horas seguidas de esa asignatura los lunes a primera hora, lo que a veces era una bomba mortal para mí, aunque siempre intentaba mostrarme positiva.

Cuando había pasado la primera hora de la clase, alguien me pasó una nota en la que básicamente se me insultaba de distintas maneras. La hice trizas al instante y volví a centrarme en la clase. Pero me pasaron otra nota cuyo contenido era similar.

Al final, cansada de todo, arranqué un trozo de hoja de mi cuaderno y escribí:

“Veo que solo os dan las neuronas para insultar. Si fueseis así de persistentes con los estudios, podríais sacar buenas notas.”

Se la pasé a Lea, quien a su vez se la pasó a otro compañero no sin antes lanzarme una mirada interrogante. Me encogí de hombros a modo de respuesta y volví a centrarme en la asignatura.

No volvió a pasar nada hasta la hora del descanso. Siendo sincera, pensé que cesarían sus insultos, pero me equivoqué. Fueron muy persistentes.

Lea y yo nos encontrábamos en nuestro sitio habitual, sentadas en el pasto encima de una chaqueta. Yo comía una pieza de fruta mientras que mi amiga devoraba su magdalena. Eso era lo que más me gustaba de ella, que no le importaba para nada su cuerpo, aunque la verdad era que mi amiga tenía las curvas en donde debía tenerlas, al contrario que yo. Apenas tenía.

La música salía por los diminutos altavoces de los auriculares y ambas estábamos cantando la canción que se escuchaba. De vez en cuando yo movía las manos o los pies tal y como lo había hecho en la competencia de esa semana al bailarla con el grupo, provocando que mi amiga se riera.

—¡Oh, mirad! ¡Qué monas! —Esa voz tan chillona me hizo ponerme en alerta.

Oh, oh.

—Están la bailarina y su amiguita —dijo Scarlett.

Nos giramos y nos encontramos con todo el grupo de animadoras y el de baloncesto, salvo Dani. Todos ellos nos miraban con gesto burlón. Era una emboscada, todo estaba planeado. Cabrones.

—¿Qué queréis? —pregunté mientras me ponía de pie.

—Hablar, no te jode —dijo Jasmine sarcásticamente.

Les miré con cara de molestia. Otra vez no.

A mi lado, Lea repitió mi gesto.

—¿Sabes? Como bailes igual que vistes no tienes futuro, friki.

No respondí a la pulla de Kaitlyn. Es más, hice caso omiso, como si su voz fuese el zumbido de un mosquito molesto. Pero al resto les pareció muy graciosa, puesto que rieron. Puse los ojos en blanco. En fin, eran una panda de estúpidos.

—Vistiendo así normal que los chicos no se fijan en ti —se burló Jasmine.

—Aunque a lo mejor es que no te van los chicos y por eso te vistes así —comentó Scarlett. Abrió mucho los ojos al ver que no le respondía, por lo que siguió diciendo—: Es eso. ¡La friki es lesbiana!

—No —negué con la cabeza. Me estaban hartando.

Kaitlyn se puso de puntillas simulando estar en relevé. Patético.

—¿Por qué no nos haces una demostración? No me quedó muy claro lo del viernes.

Bufé. Apreté mucho los puños, a punto de perder la paciencia. Mis nudillos se pusieron blancos por la presión que estaba ejerciendo sobre ellos.

—Maddie... —susurró Lea en voz baja para que solo yo la oyese.

No quería meterme en un lío y menos pelearme. En caso contrario, sabía cuáles serían las consecuencias: nada de baile esa semana. Sería insoportable e inaguantable quedarme de brazos cruzados sin hacer nada para ayudar a mi equipo.

Así que me di la vuelta y empecé a caminar, pero Kaitlyn siguió adelante:

—¿Qué pasa, friki? ¿Tienes miedo?

—El bicho raro es una cobarde —corearon todos.

¡Ya no lo aguantaba más!

—Nada, que como mi inteligencia es superior a la vuestra no creo que entendáis mis insultos —respondí con tono burlón.

Me llevé las manos a la espalda y disimuladamente Lea y yo chocamos esos cinco.

Kaitlyn estaba hecha una furia. Me miró con ganas de asesinarme. Le devolví la mirada sonriendo con suficiencia.

—¡Vete a la mierda!

—¿Dónde dices que queda tu casa? —Alcé una ceja después de decir eso.

Kaitlyn iba a seguir insultándome, pero, para mi sorpresa, Eric dio un paso adelante y se interpuso entre las dos. Ambas lo miramos con sorpresa, aunque lo que más me extrañó fue lo que dijo:

—Kaitlyn, ya basta. Déjala en paz. —Se volvió hacia el resto—. El espectáculo ya ha terminado, chicos.

—Ni de broma —dijo la capitana de las animadoras con la mandíbula tensa—. ¡Ya sé cuál es tu juego!

Lo tenías planeado, perra. Lo de que te viésemos bailar. ¡Pues que sepas que a mí no me has impresionado porque sé hacer eso con los ojos cerrados!

—Sí, sí. —Sonreí burlonamente mientras me cruzaba de brazos.

Dio un paso hacia delante, apretando los puños.

—Admítelo, soy mucho mejor que tú. Soy mucho más guapa que tú, los chicos me desean más que a ti y bailo mejor que tú.

Reí. No pude evitar hacerlo. Era muy gracioso que una persona que nunca había pisado un estudio de baile en su vida dijera eso. Podía ser una animadora y todo lo demás, pero, siendo sinceros, en más de una ocasión la había visto en los ensayos y no hacía nada del otro mundo; es más, mis alumnas le daban mil vueltas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Al parecer que me riera de ella la molestó.

—Lo último que has dicho. No te ofendas, pero gané los nacionales en mi categoría el año pasado.

Kaitlyn se puso furiosa. Su rostro se tornó rojo y sus ojos echaron fuego. Si en ese momento hubiese echado espuma por la boca, no me habría extrañado. Dio otro paso en mi dirección, pero Eric la retuvo del brazo.

—¡Estate quieta! No merece la pena, Kaitlyn.

—¡Qué no! Esa arpía se está atreviendo a contradecirme. Eres una gran puta, friki.

—Mira quién lo dice...

—¡Chicas, parad! —nos gritó.

Le lanzó una mirada de socorro a John. El aludido salió entre la multitud y se llevó a Kaitlyn a rastras.

Por su parte, Eric nos arrastró a Lea y a mí hacia la parte delantera del edificio. Parecía agitado, pero no sabía la razón.

—¿Estáis bien, chicas? —nos preguntó en cuanto nos hubimos alejado del grupo.

Ambas asentimos. Todavía seguía mosqueada con todos ellos.

—¿Por qué lo has hecho? —formulé la pregunta que me rondaba por la mente.

—¿El qué?

Le lancé una mirada que lo dijo todo.

—¿Por qué has defendido a Maddie? —preguntó Lea.

—Era eso o que llegara a las manos. No sabía que eras tan ingeniosa a la hora de insultar —me dijo él mirándome como si tuviese dos cabezas—. Eso ha sido estupendo. Las has puesto en

su lugar.

—Gracias. Tenía muchas ganas de decirles cuatro cosas a esas. No sabéis lo bien que me siento en estos momentos. —Sonreí, aunque seguía algo molesta. A mi lado, Lea no parecía contenta. Creo que más bien estaba preocupada—. ¿Qué pasa, Lea? —La miré.

Suspiró sonoramente.

—Creo que ahora todos se van a meter más contigo, Maddie. Al salir a la luz tu secreto, creo que todas esas chicas se sienten amenazadas porque puede que les robes la atención de los chicos. Porque, amiga mía, no tienes ni idea de cómo te miraban el viernes. Muchos te estaban comiendo con la mirada.

—Lea tiene razón, Madison —dijo Eric—. Nos dejaste alucinados. Es normal que se sientan celosas.

Les lancé una mirada de agradecimiento.

Eric se quedó unos minutos más hablando con nosotras y después se fue con sus amigos, o eso fue lo que nos dijo. No paré de sonreír hasta que él desapareció de mi campo de visión.

—Qué raro ha sido todo —dije.

Mi amiga me miraba esbozando una sonrisa pícaro.

—¡Vaya, sí que estás ciega!

—¿A qué te refieres? —Alcé una ceja.

—¡Le gustas! —exclamó y después soltó una risita.

¡¿Qué?! Definitivamente hoy Lea no estaba en sus cabales. ¿Cómo se le ocurría pensar eso? Puede que a mí me gustara ese chico, pero era imposible que el sintiera lo mismo por mí. ¡Estábamos hablando del chico más mujeriego del instituto, con el que casi todas las animadoras se habían acostado! No creo que él quisiera mantener una relación con una única persona, y mucho menos conmigo.

—No le gusto, Lea. —Me sonrojé ante esa idea.

—Y, por lo que veo, también te gusta —añadió sin hacer caso de mis palabras.

—¡Lea!

Mi amiga se quedó callada durante un buen rato, pensativa. Se llevó una mano al mentón y miró el horizonte.

—Creo que haríais una buena pareja. No me preguntes la razón, pero me gusta la idea de verte con él. No como la pareja que se formaría si lo juntásemos con Kaitlyn. —Hice una mueca al oír ese nombre—. Creo que incluso vuestros nombres combinados quedan bien. —Calló unos segundos—. Sí, me gusta cómo suena Maddie.

—Para el carro, Lea. Vas muy rápido.

¿Maddie? ¿En serio, Lea? Menudo nombre más... extraño. Pero, bueno, no era de extrañar que a mi amiga se le haya ocurrido ese nombre, ya que ella prácticamente devoraba las revistas de famosos.

Qué mal habían hecho las combinaciones de nombres de parejas famosas como Speidi o Bennifer.

—Quiero asistir a tu boda, Maddie. Más te vale invitarme y que sea tu dama de honor.

—¡Te estás yendo por los cerros de Úbeda! No me voy a casar con él y, además, no creo que sea buena idea empezar a salir con él, más que nada porque no creo que le guste y no digas lo contrario.

Madre mía, esa conversación ya la había tenido con todo el grupo sénior. Todas ellas estaban de acuerdo en que me lanzase, pero ellas no conocían al idiota de Eric. Aunque hoy no había actuado de esa manera tan suya que lo caracterizaba tanto, como otras veces. ¿Qué le habría

pasado?

—No entiendo por qué no quieres. Hay que admitirlo, es muy sexy, todo un dios griego — dijo mi amiga suspirando.

—La razón principal es que no quiero que esa relación me distraiga de mi mayor sueño y prioridad: convertirme en una bailarina respetada.

—Eric puede que se convierta en otra *prioridad*. —Hizo comillas con los dedos para recalcar “prioridad”—. Nadie puede escaparse de las garras del amor, Maddie. Una vez que se instala en ti es imposible alejarse de él. Aprovéchalo.

La miré mientras pensaba en sus sabias palabras. No sabía qué hacer. Por un lado, estaba la promesa que les había hecho a mi grupo, una promesa que cumpliría. Por otro lado, estaba el miedo a ser rechazada.

Porque eso era lo que me impedía dar un paso hacia delante en eso. Ya me habían rechazado más de una vez y no estaba dispuesta a pasar por lo mismo de nuevo.

—Tengo miedo —confesé finalmente.

—¿Miedo? ¿A qué? ¿A que te diga que sí? ¿A que te diga que siente lo mismo?

Negué con la cabeza.

—A que me rechace. Ya he pasado por eso muchas veces y no quiero que se repita —dije con un hilo de voz. Sentía que mi vista se nublaba por las lágrimas, pero intenté retenerlas.

Lea alargó una mano y me alzó la barbilla para que la mirara a los ojos.

—Maddie, tranquilízate. Yo no permitiré que te haga daño, ni yo ni nadie. Te lo prometo. Si ese imbécil llega a hacerlo, se tendrá que enfrentar a mí, y ya sabes cómo me pongo si hablamos de defender a alguien que quiero.

Su comentario provocó que soltara una sonora carcajada, alejando por completo el llanto y la tristeza.

Eso era cierto. Ella podía ser la persona más pacifista del mundo, pero cuando alguien molestaba a alguien que le importaba, sacaba al monstruo que llevaba en ella. Es por eso que las pocas veces que Leagator, como la llamábamos cuando se ponía así, aparecía, era mejor no ser la causa de ello.

Volvimos dentro del edificio cuando escuchamos la sirena.

Los insultos no cesaron en toda la semana. El martes las animadoras decidieron molestarme poniendo música y simulando que bailaban. El miércoles Kaitlyn no dejó de burlarse de mí en todo el día mientras decía lo fea que era y que no estaba invitada a su estúpida fiesta, la que celebrarían el viernes. Mejor, tenía planes en la academia de baile. El jueves todos los populares me hicieron pasar un auténtico calvario. Resumiendo, siempre aprovechaban para ponerme la zancadilla y no pararon de gastarme bromas. Pero el peor día fue el viernes.

Ese día era la víspera de Halloween y, como era tradición en el Kensington, todos fueron disfrazados.

Solo un puñado fuimos vestidos con normalidad. Lo peor de todo fueron los disfraces de las animadoras: todas ellas parecían bailarinas. Se pasaron todo el día preguntándome de forma burlona cosas sobre la danza. No hay que decir que les hice el mismo caso que a la pared.

Por la tarde, después de mi habitual clase con Eric, fui al ensayo. Últimamente me sentía muy incómoda cuando estaba a su lado, desde que había descubierto esos odiosos sentimientos hacia él. Cada vez que nuestras manos se rozaban, se me aceleraba el pulso y me sudaban las manos.

El ensayo con las niñas fue como otros tantos. Todas estaban ansiosas por la fiesta que el

Hannah Brown Studio daría y a la que todos los bailarines y sus familiares estaban invitados. Debido a la fiesta, nuestro ensayo terminaba una hora antes.

Así que cuando llegó la hora de cambiar nuestras sudadas prendas por nuestros disfraces, estábamos ansiosas. Todas habíamos decidido ir diferentes. Sarah llevaba un disfraz muy sexy de demonio; Emma iba vestida de vampira, ella y su fiebre vampírica; Tamara vestía de bruja, dando más realismo al disfraz con su gorro acabado en punta y su escoba; Susana llevaba un traje de novia roto y harapiento; y Sam, por su parte, iba vestida de animadora zombi.

—¡Vaya, sí que te los has currado! —exclamó Sarah al verme.

Sonreí mientras me alisaba la falda del vestido lleno de manchas de sangre falsa. Había decidido dejar mi cabello suelto y rizado, aunque lo había despeinado para parecer más salvaje. Mi rostro había palidecido gracias a la gran capa de maquillaje que llevaba, dándole un aspecto más lúgubre y siniestro.

—¡Estoy lista para divertirme! —dije con emoción mientras cogía mi motosierra falsa de plástico también manchada con sangre de mentira.

—Creo que hoy van a rodar cabezas —se rió Tamara.

Todas nos encontrábamos en los vestuarios del estudio. Se suponía que la fiesta se haría en uno de los tantos salones de baile, uno de los que se encontraba en la planta baja.

—¡Divirtámonos como si no hubiese un mañana! —gritó Sarah.

Todas reímos mientras salíamos del vestuario. Mi mejor amiga a veces estaba como una cabra.

A medida que avanzábamos por el pasillo, la música cada vez estaba más alta. Al llegar a la planta baja, el sonido atronador nos indicó que la fiesta se celebraba en la sala contigua a la que solía utilizar para dar mis clases de baile.

—¡Me encanta la decoración! —dije entusiasmada al ver las paredes decoradas con telas negras, telarañas y guirnalda en forma de murciélagos. Habían puesto una gran mesa llena de aperitivos y bebidas en cada lado de la estancia y los espejos habían sido cubiertos de telas de araña y polvo falso.

La estancia ya estaba repleta de bailarines y sus familiares. A lo lejos divisé una cabellera rubia que conocía muy bien. Lea. Estaba bailando con Dani, o intentando que él bailara. Sonreí al ver el disfraz de ambos. Mientras que Lea iba vestida con un sexy traje de calabaza, Dani parecía el mismísimo mago Merlín.

Me despedí de las chicas y fui hacia donde se encontraba mi familia.

—¡Maddie! —dijeron los más pequeños al verme y empezaron a correr en mi dirección.

—¿Qué tal os lo estáis pasando? —les pregunté.

Los cuatro me mostraron sus cestas, las que tenían forma de calabaza. Todas ellas estaban a rebosar de gominolas.

—¡Mira, mira! —decían—. Nos las ha dado Hannah. —Sonrieron.

Con una sonrisa malvada, le quité una gominola a Owen, provocando que él se quejara.

—Eh, es mía. —Sus mejillas se tornaron de un rosa adorable. No pude evitar reírme mientras me llevaba el dulce a la boca. Cerré los ojos y disfruté de su delicioso sabor.

—Gracias, pequeño. —Besé su mejilla y fui donde Kara y Álvaro. Ellos estaban charlando animadamente con los padres de Emma. Esperé a que terminaran de hablar con ellos antes de preguntarles:

—¿Os divertís?

Ambos, al igual que el resto de adultos, no iban disfrazados. Los únicos que lo estábamos éramos los alumnos de la academia y nuestros hermanos, salvo Hannah, a quien había visto

disfrazada de fantasma.

No iba con una sábana sobre la cabeza, como era habitual. Su disfraz estaba muy trabajado. Llevaba un vestido blanco, roto y harapiento, e iba descalza. Según nos había dicho, “era una fantasma buena que repartía caramelos”.

Sonrieron al verme, como siempre lo hacían.

—Sí y mucho —contestó Kara, quien se movía al ritmo de la música mientras agitaba su cabello castaño suelto. Era una de las pocas veces que lo llevaba así. Creo que había sacado eso de ella, porque yo siempre o casi siempre lo llevaba recogido.

—Por cierto, muy original el disfraz. Creo que es el mejor de todos —dijo Álvaro tocado la tela de mi supuesto camisón.

Llevaba semanas planeando esta fiesta y lo que llevaría. Todos los años sobre esas fechas Hannah celebraba una fiesta y todos los que pertenecíamos a su academia y nuestros respectivos familiares estaban invitados. La idea del disfraz de ese año me vino hacía unas semanas atrás, mientras pensaba en una coreografía siniestra y en su atuendo. En su día me pareció buena, pero a medida que el tiempo pasaba, esa confianza fue menguando. Por supuesto que había anotado los pasos de ese baile en mi cuaderno, pero nadie sabía de su existencia, ni siquiera Lea o Sarah.

—Gracias. —Sonreí.

Álvaro miró por encima de mi hombro. Me giré y me encontré con la tierna imagen de Maya y Hayley bailando. Hayley le intentaba enseñar un paso de baile y Maya la imitaba lo mejor que ella podía.

—No veía tanta complicidad desde que conociste a Sarah. Eráis inseparables. —Su tono adquirió una nota de nostalgia—. Espero que dentro de unos años sigan así.

De pronto alguien me tapó los ojos, impidiéndome ver. Sabía exactamente quién era: Sarah. Siempre me hacía lo mismo, eso y acariciarme el cabello siempre que lo llevaba suelto.

—¿Te importa si te robo a Maddie? —le preguntó mi amiga quitándome las manos de los ojos.

Álvaro le sonrió y asintió con la cabeza.

—Toda tuya, Sarah.

Fui prácticamente arrastrada hacia la pista de baile. En ella se encontraba todo mi equipo, moviendo el esqueleto sin importar la técnica ni la perfección. Estaba sonando una canción pop y pronto me vi envuelta por la música y me moví al son de ella.

Casi una hora después, las chicas fuimos a tomar un poco de ponche y a picar algo. Menos mal, estaba muerta de hambre. Aunque, pensándolo mejor, yo siempre lo estaba. Debido al ejercicio que hacía, solía comer más de lo normal, lo que había provocado que mis hermanos me pusieran el sobrenombre de “Embarazada eterna”, pues comiendo parecía estar en cinta.

—¿Qué tal te va con Eric? —preguntó Sarah—. ¿Cuándo vas a decirle que se te caen las bragas cada vez que lo ves?

Le lancé una mirada fulminante antes de darle un trago a mi bebida.

—Yo voto por Maddic. —Estuve a punto de escupir el líquido.

Al instante todas mis amigas soltaron una tremenda carcajada por el comentario de Lea. La miré diciéndole o suplicándole que cerrara la boca.

—¿Maddic? —preguntó Emma alzando una ceja.

—Ya sabes, si juntamos su nombre con el de su churri nos sale ese nombre —le explicó Lea sin dejar de sonreír.

—Hablando del rey de Roma, no le veo. —Susana empezó a mirar la sala, en busca de Eric—. Es raro porque su hermana está aquí. —La señaló con un movimiento de cabeza.

—No creo que lo encuentres. Una compañera ha decidido dar una fiesta en su casa esta noche y todos han sido invitados —expliqué.

—¿Qué hacéis aquí entonces? —Sarah me miró interrogativamente.

Suspiré. Ellas sabían que yo no era popular que digamos. Ni siquiera se me podría catalogar como persona normal y corriente. Ellas sabían que yo era una friki en mi instituto, lo que ellas no entendían. En su instituto ellas eran chicas normales. No eran populares (para ellas ser llamadas así era un insulto), pero tampoco eran frikis.

—No hemos sido invitadas.

—Peor para ellos. Ellos se pierden este cuerpazo —dijo Sarah señalándome de pies a cabeza.

Reí. Mientras le daba otro sorbo al ponche, alguien gritó en mi oído:

—¡Maddie!

Grité del susto, tirando mi bebida al suelo. Me ruboricé al ver que los que estaban a una distancia considerable miraron el espectáculo.

Detrás de mí, Wyatt se partía de risa. Me volví hacia él con una mirada de pocos amigos, blandiendo mi motosierra de mentira con fuerza.

—¡Wyatt, más te vale correr! ¡Pienso castrarte con mi motosierra para que no tengas descendencia! —bromeé acercándome a él poniendo mi mejor cara de asesina.

El demonio (sí, Wyatt iba disfrazado de eso) sonrió, divertido.

—¡Maddie! —se quejó Sarah—. Que yo quiero tener hijos.

—Y yo sobrinos —dije mientras me giraba hacia ella y le sonreía.

Hacía mucho tiempo que Sarah y yo habíamos planeado nuestro futuro. A pesar de que seguramente con todo el tema de la universidad nos tendríamos que distanciar, ambas nos habíamos jurado que siempre nos mantendríamos en contacto. Ella era una persona muy importante en mi vida. Siempre habíamos estudiado en el mismo colegio y en el mismo estudio de baile, desde pequeñas. Pero como todos sus hermanos mayores habían estudiado en el instituto en el que ella estudiaba en esos momentos, no habíamos tenido más remedio que separarnos.

—¿Qué hacéis paradas? Vayamos a bailar —dijo él empezando a moverse.

Riendo todas lo imitamos y fuimos al centro de la pista de baile. Fue una noche magnífica, perfecta, pero habría sido insuperable si cierto chico hubiese asistido.

Capítulo 17

Eric

La fiesta de Kaitlyn no estuvo nada mal. Fue lo mejor para relajarme después de una dura semana. Entre el alcohol, la música y el estar con mis amigos... digamos que fue una noche inolvidable. Bebí tanto que llegó un punto en el que terminé besando a Kaitlyn. Suspiré mentalmente mientras pensaba que los labios que sentía bajo los míos eran los de Madison. Me pregunté cómo sabrían sus besos.

La mañana del día siguiente me levanté tarde, muy tarde. Solo me levanté para ingerir algo, pues mi estómago rugía con fuerza. Caminé descalzo por toda la casa hasta entrar en el comedor, en donde se encontraban todos salvo mamá. Supuse que estaría en la cocina.

—Buenos días —saludé. Le di un beso a papá y a Hayley en la mejilla.

—Buenos días —saludaron todos.

—¿Qué tal la fiesta? —pregunté. Ayer por la noche Hannah Brown celebró la fiesta de Halloween. Todos estábamos invitados, pero yo no fui porque ya había hecho planes.

Hayley abrió mucho sus ojos y empezó a sonreír.

—¡Ha estado genial! Había música, comida, bebidas... ¿Sabes? He podido ver a muchos de los bailarines profesionales del estudio haciendo el tonto. ¡Incluso Maddie! Fue una noche estupenda. ¡Ah, y nos dieron muchas golosinas!

—Me alegro que te divirtieras.

—Ojalá hubieses estado allí —dijo apenada.

Me acerqué a ella y me senté a su lado.

—Lo siento mucho, pequeña, pero ya había hecho planes. Si lo hubiese sabido antes, habría ido. —Alargué una mano y le acaricié el pelo con ternura.

—Buenos días, Eric —me saludó mamá entrando en la estancia. Venía cargada con una gran bandeja. Sin pensármelo dos veces, me levanté de mi sitio y la ayudé a dejarla en la mesa—. Gracias.

—De nada.

Nos sentamos a la mesa y nos servimos. Era irónico que fuese el único que todavía estaba en pijama.

—¿Has quedado con John, Caden, Jack y Ethan? —preguntó mamá antes de meterse un trozo de patata en la boca.

Tomé un breve sorbo de agua antes de contestar.

—Sí. Los chicos y yo teníamos pensado ir a *Mystics*. Hemos oído que va a ver una gran fiesta esta noche.

—¿Igual a la de anoche? —preguntó papá.

—Mejor. La de anoche estuvo bien, pero no se puede comparar con el *Mystics*. —Sonreí recordando la primera vez que fui a ese local.

Mamá suspiró.

—Ya eres demasiado mayor para que te diga a qué lugares ir, pero recuerda que debes cuidar de tus hermanos hasta las nueve —me recordó ella.

Por supuesto. Ambos estaban hasta el cuello de trabajo. Esa semana no habían parado. En mi

opinión, se merecían un descanso, por lo menos por las horas extras que habían invertido esa semana.

—Descuida. —Me metí un pedazo de carne en la boca y lo mastiqué.

Poco después de comer, mis padres se fueron a trabajar, dejándome solo con mis tres hermanos. Como sabía de antemano que me quedaría con ellos, había preparado una serie de juegos para que no se aburriesen o eso esperaba.

Me equivoqué.

Dylan y Andrew enseguida se aburrieron y empezaron a quejarse. Debo decir que no era bueno haciendo ese tipo de cosas y si, además, le añadíamos el hecho de que llovía a cántaros y que no podíamos utilizar el jardín...

—Eric, me aburro —se quejó por quincuagésima vez Andrew mientras lanzaba el dado.

Miré la hora y resoplé. Quedaban tres horas para que papá y mamá llegaran a casa.

—Juguemos a los videojuegos —propuso Dylan.

—No. —Negué rotundamente con la cabeza.

—¿Por qué no? —se quejaron los dos, mirándome con incredulidad.

Puse los ojos en blanco.

—Porque si lo hago, dejaréis a Hayley marginada, como siempre. Quiero hacer algo con todos vosotros.

Los que resoplaron ahora fueron mis dos hermanos.

—Es que Hayley es muy aburrida —se quejó Andrew.

—¡Andrew! —lo regañe antes de que mi hermana respondiera a su pulla.

—¿Qué? ¡Es cierto!

—¡No, no lo es! —exclamó Hayley furiosa.

Otra vez no.

—¡Chicos, ya basta! Vamos a hacer algo juntos y punto —dije tajante.

Los tres me miraron con expectación, esperando saber lo que haríamos. “Piensa, Eric, piensa”, me dije mentalmente. ¿Cómo podría mantenerlos entretenidos? Lo había intentado con muchos juegos, lo juro, pero ninguno había dado resulta. ¿Cuál podría ser el indicado?

—¿Qué os parece si jugamos a mímica?

Hayley asintió con emoción, como siempre lo había hecho durante lo que llevábamos de tarde. Los otros dos, en cambio, lo pensaron durante unos minutos, pero al final acabaron asintiendo también, a regañadientes, pero acabaron accediendo.

Creo que fue lo mejor que se me pudo haber ocurrido. Nosotros mismos escribimos las tarjetas y, por parejas, fuimos adivinando. Hayley y yo estábamos en uno de los equipos y Andrew y Dylan, a su vez, formaron otro.

Se nos pasó el resto de la tarde volando. Estábamos tan inmersos en el juego que no nos habríamos dado cuenta de que mamá llegaba si no hubiese entrado en el salón. En ese instante, Andrew estaba simulando estar metido en una caja invisible. Ponía cara de miedo.

—¡Claustrofobia! —Sonreí, victorioso.

—Veo que os estáis divirtiendo —comentó mamá, sonriéndonos a todos.

—¡Mami! —exclamaron los mellizos corriendo hacia ella.

—Hola, mis niños —los saludó dejando un beso en la mejilla de cada uno—. ¿Qué tal se han portado? —me preguntó.

—Oh, muy bien, mamá. Hemos estado jugando a mímica y se nos ha hecho corto.

—Siento el retraso, pero he tenido que rellenar un montón de papeleo —se disculpó ella.

¿Retraso? ¿A qué se refería con...? Miré la hora y maldije. ¡Eran casi las nueve y media! Se

suponía que había quedado con mis amigos en quince minutos. ¿Cómo iba a tener tiempo suficiente para arreglarme?

—Mamá, si mis amigos tocan el timbre, déjales pasar y diles que me he entretenido.

Mamá me sonrió.

—Tranquilo, yo me encargo.

Me despedí de ella besando su mejilla y subí a mi habitación para prepararme. Lo primero que hice fue darme una ducha y, después, empecé a vestirme. Me puse unos pantalones vaqueros, una camiseta de manga corta gris, unas deportivas y mi chaqueta de cuero.

Cuando fui a peinarme, escuché el timbre. Siendo consciente de que mis amigos se encontraban en casa, me di más prisa. Me puse un poco de gomina para darle a mi pelo un look rebelde y mientras lo hacía, pensé en que pronto debía cortármelo.

Antes de salir de la habitación, guardé en la chaqueta mi teléfono móvil y las llaves de casa. Mamá me había enseñado por las malas a llevar las llaves. Digamos que me vi obligado a acampar en el jardín cuando tenía doce años.

Bajé corriendo las escaleras y llegué al salón, en donde se encontraban todos. Estaban haciéndoles cosquillas a los mellizos, cuyas mejillas estaban ruborizadas y no paraban de reír de manera histérica.

—¡Parad! —suplicaba Andrew.

—...por favor.

Sonreí al ver esa escena. Quitando a John, a ninguno de los demás les gustaban los niños, aunque Andrew y Hayley eran una excepción.

—Dejad de torturar a mis hermanitos —les ordené—. ¿Cuántas veces os he dicho que solo yo puedo hacer eso? —les pregunté fingiendo molestia mientras me acercaba a ellos y empezaba a hacerles cosquillas a mis hermanos durante unos minutos.

Cuando paré de hacerlo, mis hermanos huyeron a sus habitaciones, lo que provocó que una risotada saliera de mi garganta y que el resto estallara en carcajadas.

—¿Ya está listo el principito? —se burló Jack mientras se alisaba su camisa blanca con las manos, —Ya estoy listo. —Hice caso omiso de su burla.

—Te ha costado, Eric —dijo Ethan a la vez que todos se levantaban y empezaban a caminar hacia la salida.

—Lo siento, pero se me ha pasado el tiempo volando mientras entretenía a mis hermanos.

—Así que hoy has hecho de canguro... —comentó John alzando una ceja.

Antes de salir me despedí de mamá. Papá aún no había llegado.

—Ajá. Tranquilos, sigo con ganas de diversión.

—¿Quién está listo para olvidarse de todo? —preguntó Caden a voz en grito.

Riendo, nos encaminamos hacia el local, dispuestos a pasar una gran noche.

El local estaba a reborar, lo sabía por la larga fila de gente que había en la entrada. La música atronadora se escuchaba desde la calle, interrumpiendo la paz de la calle. El nombre del local escrito con letras de neón destacaba en la oscuridad con su luz tan brillante y llamativa.

—¡Vaya! —exclamé—. Hoy sí que va a haber gente.

Menos mal que habíamos comprado las entradas con anticipación. Sonreí mientras caminaba hacia el acceso del local. El enorme gorila de la otra vez me pidió el pase. Después de dárselo, entré y esperé a mis amigos.

—Tío, el gigante ese quiere patearte el trasero. No te habrás acostado con su novia, ¿verdad?

—me preguntó Ethan una vez hubo entrado.

—No. Además, creo que Musculitos está soltero. ¿Quién querría salir con *eso*? —Lo señalé con la cabeza.

Ethan soltó una gran carcajada.

—¡Qué malo!

—¿Quién es malo? —preguntó Jack al acercarse a nosotros.

—Eric.

—¿Qué pasa con Eric? —preguntó Caden cuando se hubo acercado al grupo.

—Nada, chicos.

Nos adentramos en el oscuro local iluminado con luces de neón. Seguía igual que la vez anterior. Había chicas bailando en la pista de baile, vistiendo mini vestidos. Llevaban el pelo suelto y se movían con una gracia no muy común en ellas. Las chicas que rondaban locales como ese solían contonearse cada dos por tres, al contrario que ese grupo de chicas.

Nos acercamos a la barra y pedimos nuestros tragos. Mientras el camarero los preparaba, fijé mi mirada en las chicas. Había una en particular que llamó mi atención. Llevaba un vestido de tirantes negro. Era corto, pero no tanto como el de sus amigas. Se encontraba de espaldas a nosotros, sin darse cuenta de que la miraba.

—¿A quién miras? —preguntó Jack siguiendo la dirección de mis ojos.

El chico que nos atendió dejó nuestras bebidas en la barra. Después de pagar, le di un gran trago.

Noté cómo el alcohol bajaba por mi garganta, quemándola con su dulce sabor.

Volví a mirar a la chica. No era muy alta aun llevando tacones. Apenas tenía curvas, pero eso no me importó. Me quedé embobado mirando su larga cabellera plagada de tirabuzones castaños. Parecía estar riendo, pero no estaba seguro.

—¡Ve por ella, crack! —me animó John al ver cómo miraba a esa chica.

Terminé mi bebida y me acerqué a su grupo de amigas. Le toqué el hombro con mi mano y ella se volvió.

Me quedé estupefacto al descubrir quién era.

Madison.

Ella también parecía impactada.

Estaba hermosa, más de lo habitual. Llevaba una fina capa de maquillaje que apenas se notaba, salvo el pintalabios rojo. El pelo suelto le sentaba genial, la hacía verse más bella y resaltaba el color de sus ojos. Sonreí internamente al ver que el vestido se le pegaba al pecho.

—¡Qué coincidencia! —grité para que me oyera. Estaba contento de verla, me había alegrado la noche.

—¡Sí! —Seguía impactada, lo veía en sus ojos y en la tensión de sus hombros y de su mandíbula.

Me acerqué más a ella.

—¿Qué haces aquí?

—¿No es obvio? —Alzó una ceja. Dios mío, me encantaba ese gesto suyo. Lo había repetido tantas veces que había llegado a apreciarlo—. Bailar.

—¿Puedo bailar contigo?

Madison echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.

—No te ofendas, Eric, pero estoy en otro nivel.

Dicho esto, se fue con sus amigas hacia un reservado, dejándome solo en la pista. Con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas volví con mis amigas, los que se estaban riendo de mí en

esos momentos.

—¡No me lo puedo creer! —decía Caden—. El gran Eric Woods... rechazado.

—Eso ha debido ser un golpe duro para tu ego —se burló Jack.

Miré el reservado al que había ido Madison. Estaba hablando con sus amigas, riendo de algo. Había ocho personas allí, entre ellas distinguí a Lea. ¡Vaya! Si me había sorprendido ver a Madison allí, ver a su hermana fue todavía más sorprendente. Ella, a diferencia de Madison, llevaba un vestido de vivos colores que se le pegaba al cuerpo, marcándole todo.

Joder con las frikis.

John, al ver que no respondía a las burlas, siguió la dirección de mi mirada y abrió los ojos y la boca.

—¡Mirad, chicos! Si es la friki con sus amigas las bailarinas —se burló, pero calló de repente al ver quién estaba con ella. Sabía que a John le gustaba Lea. No dejaba de mirarla en clase últimamente y, además, me lo había confesado en la fiesta de Kaitlyn después de que él rechazara liarse con tres chicas.

—Vamos a molestarla —propuso Ethan.

—No —dije rápidamente. Lo que menos quería era que se metieran con ella.

Llevaba toda la semana defendiéndola, ganándome con ello las burlas de mis amigos, sin contar a John.

No me gustaba cómo la trataban, por lo que al final había acabado confesándoles que me gustaba Madison. A pesar de que al principio se lo habían tomado mal, habían empezado a apoyarme en eso.

—Era broma —mi amigo levantó las manos en señal de rendición.

—Aprovecha ahora, tío. Si tanto te interesa, ve a por ella —me animó Caden.

—Ya lo he intentado, pero me ha rechazado.

Mi amigo estalló en risas. Le puse una mala cara.

—¿Quiere eso decir que la friki te ha rechazado?

—No la llames así. Y sí, me ha rechazado.

Pasó más de una hora. Todos estuvimos bailando. Más de una chica me pidió un baile, pero las rechacé a todas. Yo solo quería bailar con una. La busqué entre la multitud y lo que vi no me gustó.

¡Mierda! ¿Por qué él y no yo? ¿Qué tenía Zanahorio que yo no tuviese?

Estaban bailando una canción rápida bajo la atenta mirada de Sarah. Madison movía sus caderas de manera experta mientras que Zanahorio le seguía el ritmo. Muchos de los chicos le lanzaban miradas lascivas y lujuriosas.

Joder, nunca antes en mi vida me había sentido tan celoso. Corrijo: nunca antes en mi vida había sentido celos en lo que se refería a chicas. Veía cómo las manos de ese pelirrojo agarraban la cintura de Madison. Me estaba poniendo malo. Ella era mía.

Esos nuevos sentimientos llegaron a tal punto que ya no lo pude soportar más, no pude soportar la idea de verla bailando con otro chico que no fuera yo. Deseaba ser yo la persona que le agarrara de la cintura y quien se moviera con ella. Así que me acerqué a ellos y, tragándome todo mi orgullo, dije:

—¿Puedo bailar con Madison?

Zanahorio paró de bailar, al igual que su compañera. Ambos me miraron durante un instante. Las manos de Wyatt se aferraron con más fuerza sobre su cintura.

—No —dijo él.

—No me he explicado bien. Quería decir que quiero bailar con ella.

Zanahorio iba a decir algo, pero Madison se le adelantó.

—Está bien. Wyatt, ve a bailar con Sarah.

—Pero...

Madison se volvió hacia él y le lanzó una mirada que no pude ver, pero que provocó que el pelirrojo cerrara la boca y asintiera.

—Está bien. —Me miró—. Como le hagas daño, te juro que desearás no haberla tocado —me amenazó.

—Lo tendré en cuenta.

Asintió y se fue hacia donde estaba su novia, sentada en el reservado.

Los primeros minutos fueron algo incómodos para ambos. Ella se encontraba un poco nerviosa. Empezó a retorcer sus dedos hasta que se llevó una mano a la boca con intención de morderse las uñas. Alargué una mano y se la aparté.

—No te muerdas —dije para romper el hielo.

—¡No puedo evitarlo! —se quejó.

No se la solté todavía. Le acaricié el dorso de la mano con delicadeza, provocando que sintiera una corriente eléctrica. Madison bajó la mirada hasta nuestras manos. Parecía que se ruborizaba.

La miré a ella, más bien su hermoso rostro. “Cuando se pone roja está muy mona”, pensé. Ella continuaba con la mirada gacha mientras yo miraba sus labios y un deseo de borrarle el pintalabios con mis labios se apoderó de mí. Madison iba ser mi perdición.

—¿Has venido solo? —preguntó apartando su mano de la mía y mirándome de nuevo. Me sentí vacío sin el tacto de su piel.

—No, he venido con los chicos. ¿Y tú? —pregunté a pesar de saber la respuesta.

—He venido con las chicas y con Wyatt. —Se volvió hacia el reservado y lo señaló con la barbilla.

Nos quedamos unos minutos en silencio, sin saber qué decir. “¿Qué hago?”, me preguntaba una y otra vez.

Lo que tenía claro era que no quería cagarla. Madison era la primera chica, sin contar mamá o Hayley, que me importaba de verdad. No quería ser un capullo con ella. Quería, deseaba, que ella sintiera lo mismo por mí.

—Esto... ¿Quieres bailar? —le pregunté.

Debió de parecerle gracioso porque rió. Me encantaba su risa.

—Claro.

Nos empezamos a mover al ritmo de la música. No hay que decir que ella se empezó a mover con maestría mientras que yo lo hacía torpemente. A pesar de dárseme mal, me gustaba hacerlo. Madison se rió de mí en varias ocasiones, recordándome lo malo que era a modo de burla.

Varias canciones después, fuimos hacia la barra y la invité a una bebida. Me sorprendió mucho cuando pidió un *destornillador*.

—No sabía que te gustara el vodka —comenté.

Ella se encogió de hombros.

—Hay muchas cosas que desconoces de mí. Seguro que no sabías que venía a discotecas.

—Te equivocas en eso. Sí lo sabía.

Pareció que mi comentario la sorprendió.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabías?

Sonreí y le di un trago a mi bebida antes de contestar su pregunta.

—¿Te acuerdas del programa de televisión en el que has salido recientemente a bailar?

— *The Review*. —Asintió.

—El caso es que lo vi entero.

El vaso que Madison se estaba llevando a los labios se quedó paralizado a medio camino. Al mismo tiempo, abrió mucho los ojos y se le desencajó la mandíbula.

—Hayley estaba ansiosa por veros y yo ese sábado me quedé en casa, así que lo vi. Me dejaste muy impresionado, tú y tus compañeras. Se nota que habíais invertido mucho tiempo preparando esas tres coreografías.

—La verdad, habíamos trabajado muy duro. Esa exhibición era muy importante y la entrevista, todavía más. Hannah nos estuvo dando la murga durante toda la semana sobre cómo debíamos comportarnos, cómo debíamos actuar.

—Parece que para ella lo es todo —comenté y volví a darle un largo sorbo a mi bebida.

Suspiró y probó por primera vez la suya.

—Para ella la danza es más que un pasatiempo. Es su vida, su negocio. Como pudiste comprobar el viernes pasado, ella es muy dura con nosotros dentro del estudio. La razón de eso es que luego en el futuro estemos preparados para ser rechazados en alguna audición y sepamos cómo actuar al respecto.

—También he podido comprobar que no es la única —dije mientras la miraba.

—¿Eh? —Madison no parecía entender mis palabras. Eso me hizo gracia. ¿No se había dado cuenta que ella era igual de estricta que su profesora?

—El martes estuve como observador en la clase que les diste a tus alumnas y debo decirte que las machacaste. Creo que se te ha pegado algo de Hannah.

Sonrió.

—Lo normal después de catorce años yendo a su estudio.

Abrí mucho los ojos. ¡Era increíble que llevara tantos años bailando!

—¿Nunca te cansas de bailar?

—No, me encanta. No puedo dejarlo. Es algo que siempre hago y con lo que no podría vivir. —Sus ojos tenían un brillo especial mientras decía eso, una chispa.

Había muchas preguntas que deseaba formularle, pero la más importante fue:

—¿Por qué empezaste a bailar? Hay muchos hobbies, ¿por qué ese exactamente y no otro?

Me miró largo y tendido, sopesando la respuesta.

—Kara me apuntó a clases de baile. —Se encogió de hombros—. Lo hizo como actividad extraescolar, no pensó que a mí me llenaría tanto. Lea también empezó conmigo, pero luego lo dejó. Yo decidí seguir porque me apasionaba. Nunca pensé que llegaría a ser tan conocida dentro del mundillo del baile. —Sonrió con nostalgia mientras hablaba, quizás rememorando recuerdos.

— ¿Y tú?

—¿Yo qué? —No entendía su pregunta.

—Juegas al baloncesto. ¿Por qué empezaste?

Sonreí.

—Mi padre es un aficionado del baloncesto y cuando era pequeño me enseñó a jugar. Siempre estábamos echando partidos y me encantaba, por lo que decidí apuntarme al equipo del colegio. Me gusta mucho, esa sensación de unidad que hay en la pista, todo.

—Te entiendo. Las chicas y yo somos un equipo muy unido, tanto fuera como dentro del estudio, a pesar de que en ocasiones nos peleemos. Hay veces que desearía matarlas.

—Muchas veces también siento ganas de partirle la cara a más de uno de mi equipo —confesé.

Madison rió.

Después de terminarnos las bebidas y tras una maravillosa charla con ella, volvimos a la atestada pista de baile. Madison empezó a bailar y yo la seguí. Ella no paraba de sonreír y de coquetear mientras lo hacía, lo que me estaba matando. Agarré su cintura con precaución al principio, pero al ver que ella no oponía resistencia relajé mi agarre. Ella puso las manos alrededor de mi cuello sin dejar de moverse.

Creo que el alcohol hacía mella en ella.

Me quedé mirando sus labios. Tenía unas ganas incontrolables de besarlos. Eran sensuales, atractivos, hermosos. “Eric, contrólate. No la cagues”. No quería arruinar la noche, todo lo que había avanzado con ella.

No sé cómo pasó, pero de un momento a otro Madison se puso de puntillas y unió nuestros labios.

¡Madre mía! Estaba anonadado. ¡Me estaba besando! Vale, parecía una mujer pensando eso, pero es que era increíble que ella lo estuviese haciendo.

Sus labios eran suaves y deliciosos. Tenían un ligero sabor a naranja debido a su bebida. Saliendo de mi estupor, la besé con dulzura. Sus labios se movían de manera torpe e inexperta bajo los míos. Sonreí sin dejar de besarla y sin soltarla.

Le mordí el labio inferior con suavidad. Ella soltó un breve gemido y aproveché eso para profanar su boca con mi lengua. Sus manos treparon por mi cuello hasta llegar a mi pelo. Agarró varios mechones y los revolvió.

Cuando me separé de ella, parte de su labial se había borrado. Antes de separarme por completo de ella, le di un casto beso en la boca.

Respiraba agitadamente, como yo, y en sus labios se había dibujado una sonrisa. Pasé toda la noche con ella y no dejé de sonreír en ningún momento pensando en nuestros besos.

Capítulo 18

Madison

—¡Arriba, chicas! —gritó Julia abriendo la puerta de la habitación.

Me desperté de golpe con un dolor de cabeza insoportable. Me di la vuelta en mi cama y me tapé con la sábana.

—¡Vamos! —Julia nos sacudió. Le di un manotazo.

—Es muy pronto —lloriqueé como una niña pequeña.

Julia suspiró con pesadez.

—Veo que no me dejáis otra opción —dijo.

¿Otra opción? ¿A qué se refería con...?

La luz entró a raudales por la ventana en cuanto Julia corrió las cortinas. Cerré los ojos con fuerza ante tanta claridad.

—¡Mis ojos! —se quejó Lea—. No veo, me he quedado ciega.

Reí por lo dramática que se había puesto mi amiga. Poco a poco fui abriendo los ojos, apartando las sábanas. No sabía qué hora era, pero supuse que sería bastante tarde si Julia se había visto obligada a despertarnos.

Bostecé.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media. —Abrí los ojos y me incorporé de golpe.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que nos has levantado tan temprano? —me quejé. Decidí levantarme de la cama.

Julia asintió con la cabeza mientras se encogía de hombros.

—Son órdenes de Kara.

—¿Por qué nos odia tanto? —lloriqueó Lea tras levantarse.

Julia rió ante nuestro dramatismo. Llevaba el cabello recogido en un moño, aunque un par de mechones rebeldes se le habían soltado, dándole un aire más joven. Nos miró a las dos con ternura.

—Kara os quiere abajo en diez minutos. Os tiene que decir algo importante a todos. Así que prepararos con rapidez, ¿entendido?

Me llevé una mano a la frente.

—Sí, señora.

Después de depositar un breve beso en nuestras frentes, salió de la habitación. Empecé a vestirme con unos cómodos pantalones vaqueros, una camiseta y un jersey beige. Aún sin ponerme los zapatos, abrí la ventada de la habitación y empecé a hacer mi cama mientras pensaba en lo que nos tendría que decir Kara. Debía ser muy importante para obligarnos a levantarnos a las nueve y media un domingo.

—A lo mejor está embarazada —comentó Lea como si hubiese leído mis pensamientos.

—¿Embarazada? —repetí. Solté una carcajada—. ¿Tú crees?

—Podría ser. Si lo está y es niña, quiero que se llame Emily.

—Y si es niño, se llamará Judas, no te jode.

—¡Maddie! —Lea me fulminó con la mirada—. Esto es serio. Podría estarlo, aunque las

posibilidades sean casi nulas.

Sonreí pensando en un pequeño Álvaro o una pequeña Kara corriendo por el Moonlight.

Terminé de prepararme y esperé a que Lea terminara también.

—Ya estoy —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Al llegar a la planta baja nos encontramos con que todos ya se encontraban en el salón, sentados en los sofás. Su mirada estaba dirigida hacia los directores, los que parecían muy serios. En ese momento me planteé las palabras de Lea. ¿Podría ser posible que Kara estuviese embarazada?

—Ya era hora —dijo Kara al vernos bajar.

—Sentimos el retraso —nos disculpamos las dos al unísono.

—Tranquilas, ya éramos conscientes de que sois un poquito más lentas mentalmente que el resto —se burló Ryan mientras se apartaba el cabello rubio de los ojos. Cuando llegué a su altura, le di una pequeña toba—. ¡Ay!

Gracias a mi pequeño gesto me llevé una mirada desaprobatoria por parte de Kara, quien puso los ojos blancos después.

—Sentaros, chicas.

Obedecemos sin rechistar al notar la seriedad en su voz.

La sala se sumió en un largo e incómodo silencio. Me empecé a poner nerviosa. ¿Qué era eso tan importante que tenían que decirnos? Miré a Lea en busca de una respuesta, pero ella solo se encogió de hombros. Miré a Kara y a Álvaro. Ellos se miraban mientras Álvaro agarraba la mano de Kara y la apretaba con fuerza.

—Bueno, chicos, la razón por la que os hemos reunido tan pronto es...

—¡Lo sabía! —la cortó Lea sin poder contenerse—. Estás embarazada, ¿verdad?

Kara y Álvaro se miraron durante unos largos segundos para después estallar en carcajadas. Todos alzamos una ceja, sin entender la gracia del asunto. ¿Estaba o no embarazada?

—No, Lea, te equivocas —le dijo Kara.

—Aunque estuviera encantado con la idea —añadió Álvaro.

—Entonces, ¿cuál es la noticia? —preguntó con impaciencia Alex. Se cruzó de brazos y se apoyó en el respaldo del sofá.

Los directores volvieron a mirarse entre sí.

“¡Vamos! Me estoy exasperando”, pensé mientras los miraba.

—Primero, antes de decir nada, deja de morderte las uñas, Maddie. —Kara me miró y yo dejé caer mi mano y la dejé en mi regazo—. Bien. Lo segundo es que es posible que tengamos un miembro más en la familia... y antes de que lo digas, Lea, no, no estoy embarazada.

¿Qué? ¿Vendría otro interno? Eso era genial, por un lado. Sería otro hermano más al que querer. Pero por el otro, estaba mal. Solo significaba que o bien había perdido a sus padres o bien había sido abandonado.

—¿Podéis explicar eso de que “es posible”? —les pidió Dani.

Los dos asintieron con la cabeza.

—Kara ha dicho eso porque no es seguro. Tenemos que reunirnos con el juez de menores para hablar de ello. Por eso os hemos reunido, para avisaros de la posibilidad de que tengamos a alguien nuevo en nuestra gran familia Moon.

—Además, queremos avisaros de que pasaremos todo el día fuera. Así que queremos que todos... —Nos miró con seriedad—...todos os portéis bien. Os quedáis al cuidado de Julia y de Arianne. Como me entere de lo contrario, os juro que el castigo que recibiréis será el mayor de vuestras vidas.

Todos le dijimos que sí, poniendo nuestra mejor cara de no-he-roto-un-plato-en-mi-vida, y sonreímos inocentemente.

—Bien. Eso era todo. —Los dos se acercaron a nosotros y nos dieron un pequeño beso en la frente, provocando que varios se quejasen—. Os queremos, chicos. Portaos bien —se despidieron saliendo por la puerta y dejándonos a cargo de las dos mejores amigas de Kara, quienes también trabajaban en el Moonlight.

—¿Lo besaste? —preguntó Lea con incredulidad cuando le confesé lo sucedido la noche anterior.

Asentí, algo avergonzada.

—¿Tú? —Lea estaba que no salía de su asombro. Sus ojos se habían convertido en dos grandes bolas de billar marrones que estaban a punto de salirse de las cuencas de lo mucho que estaba abriendo los ojos.

—Ajá.

Bajé mi mirada hacia la hoja. Se suponía que debíamos dibujar algo. Yo era una nula en eso.

—¡Maddie, has dado tu primer beso! —Levanté de nuevo la mirada y me sonrojé por la intensidad que emanaba de sus ojos. Sonreía pícaramente—. ¿Y cómo besa?

Me ruboricé aún más. ¿Que cómo besaba? Increíblemente bien. Besar esos labios había sido una experiencia que me gustaría repetir. Había sido dulce y pasional a la vez. Durante el beso había sentido las famosas mariposas en mi estómago junto con una pequeña corriente eléctrica que aparecía cada vez que nuestras pieles se tocaban.

—Se nota que tiene experiencia.

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—Más detalles, Maddie, quiero más detalles.

—No sé... ¿Sus labios se movían con sensualidad bajo los míos? —Reí por lo literario que quedaba—. Espera, tengo otra mejor: unimos tanto nuestros rostros que nuestros alientos se mezclaban para después dar paso a un apasionado beso.

Lea rió con fuerza, llamando la atención de los demás. Estábamos en el comedor, sentados en la gran mesa de madera en la que siempre comíamos.

—¿Habéis terminado ya, chicas? —preguntó Arianne acercándose a nosotras.

Miré mi dibujo y negué con la cabeza. Era un desastre con el dibujo. Se suponía que había intentado dibujar una mariposa, pero lo que en realidad había hecho era un desastre. Las alas estaban desproporcionadas y eran mucho más pequeñas que el cuerpo. Pobre bicho. ¿Cómo iba a volar con esas alas? Menos mal que no era Dios; de lo contrario, los seres que habitarían en nuestro planeta serían engendros.

—Bonito dibujo, Maddie —dijo Lea aguantando la risa al ver la abominación que había creado.

—Eh, el tuyo tampoco está muy bien.

Mentira. Lea era una dibujante innata. Le encantaba dibujar y eso se notaba. Solo debías mirar su dibujo para saber lo bien que dibujaba. Había estado trabajando en una ardilla animada de grandes ojos. La cabeza era demasiado grande para ese cuerpo diminuto, al igual que las dos paletas que le había dibujado en la boca. Esa ardilla era perfecta, incluso sonreía. Joder.

—¡Tiempo! —exclamó Julia. Todos dejamos de dibujar—. Veamos cuál es el mejor dibujo.

Todos mostramos nuestras obras. La mía era vergonzosa, dibujaba peor que los niños. Había dibujos de todas las clases y colores, pero el que al final ganó fue el de Lea. ¿Cómo no?

Prácticamente se pasaba el día dibujando, incluso estando en clase si la asignatura no era de su agrado.

—El de Maddie parece que ha sido atropellado —se burló Caleb, mirándome desde su asiento en frente de mí. A sus diez años no dibujaba nada mal. Creo que si seguía así, Lea tendría competencia.

—¡Oye! —me hice la ofendida—. No dibujo mal, solo lo hago así para no dejaros mal a todos.

Todos empezaron a reírse, incluso las cuidadoras. Me uní a sus risas.

—¿Cuál es el siguiente juego? —preguntó Rebecca, la hermana de Ryan. Ambos eran los únicos que eran hermanos biológicos. Ryan era muy sobreprotector con su hermana y siempre la cuidaba cuando alguien la lastimaba.

Julia y Arianne miraron una hoja con el ceño fruncido. Se susurraron varias cosas, como si estuviesen discutiendo lo que hacer, hasta que al final llegaron a un acuerdo.

—Bien, nuestro siguiente juego se llama... —Las dos imitaron el redoble de los tambores— ... “¡La batalla de baile!”.

Cuando dijeron eso, se me iluminó la mirada. Me encantaba bailar, lo haría hasta la muerte si pudiese.

Pero, por desgracia, varios soltaron varias quejas. Era la única que bailaba de todo el orfanato. No me importaba. Todo lo contrario, me hacía especial. No me malinterpretéis. Todos en el hogar teníamos algo especial. Por ejemplo, Lea dibujaba, Dani jugaba al baloncesto... Bailar era lo que me hacía especial, o eso era lo que decían todos.

—¡Es injusto!

—No vale.

—¡Vamos, chicos, no os quejéis! —dijo Arianne mirándonos con sus ojos grises—. Será divertido.

—¿Divertido para quién? En lo que al baile se refiere, tengo dos pies izquierdos —se quejó Alex.

—Nos da igual. La cosa es divertirnos. Esto no es una competición —le explicó Julia.

Alex me señaló con el dedo.

—Eso díselo a ella. Tiene *la mirada*.

Enseguida todos posaron su mirada en mí y me puse roja como un tomate.

—¡Es verdad! Tiene la mirada de voy-a-ganar —le apoyó Bruno recalcando esas palabras con énfasis.

—Chicos, eso va a dar igual en este juego. La finalidad es ganar, sí, pero en equipo. Os dividiremos en dos grupos que se harán al azar. Todos los miembros del grupo deberán bailar siguiendo un orden.

Primero lo hará uno, después otro y así sucesivamente hasta que todos hayan bailado un trozo de una canción aleatoria. ¿Lo habéis entendido? —preguntó Arianne, asegurándose que lo habíamos pillado.

—Sí.

—Pues al lío se ha dicho. Primero vamos a dividirnos en dos grupos, ¿entendido? —Julia sacó una pequeña bolsa de tela de color azul y la sacudió con brío. Esa bolsa la habíamos utilizado en otras ocasiones en otros juegos y contenía todos nuestros nombres—. Empecemos.

Pasados cinco minutos, ya teníamos hechos los equipos. En uno estaban Samuel, Ryan, Daniel, Caleb, Lea, Lucy, Amber y Maya; en el otro estábamos Bruno, Alexander, Adam, Owen, Alice, Rebecca y yo.

—¡No es justo! —se quejó Dani—. Tenéis a Maddie.

—¿Y? —inquirí alzando una ceja y poniendo los brazos en jarras—. Vosotros tenéis un miembro más, así que estamos en paz.

Julia y Arianne nos llevaron hasta el salón, en donde con nuestra ayuda apartaron varios muebles para que pudiésemos movernos con mayor libertad.

—Hay dos reglas en este juego. La primera, nada de coreografías que hayan sido vistas. — Julia dijo esto mirándome, así que asentí con la cabeza enérgicamente—. La segunda y la más importante, es obligatorio divertirse.

—La dinámica es la siguiente: primero sale un miembro de un equipo y luego sale otro del equipo contrario, ¿vale?

—Sí.

—Pues nada, ¡que empiece la diversión! —gritaron las dos—. Tenéis dos minutos para planificar cómo saldréis.

Nos reunimos y planificamos todo. Decidimos que yo saliese la última, así podría observar a la competencia y calibrar mis movimientos.

Primero empezó el equipo contrario. Lucy fue la primera en salir a la pista improvisada y, nada más hacerlo, empezó a moverse como un pato al escuchar la música. Después de ella le siguió Alex, cuya manera de bailar nos provocó un ataque de risa. Lea fue la siguiente e intentó girar, pero lo único que consiguió fue caerse al suelo y empezar a bailar desde ahí.

Nunca había reído tanto en mi vida. Veía cómo cada uno daba lo mejor de sí mismo. Después de que Maya saliera a bailar, salió Owen. Hizo la rueda y para rematar su obra, terminó con una pose de estrella.

Le aplaudí mientras sonreía y le decía lo bien que lo había hecho. Pasaron los turnos hasta casi llegar el mío. Samuel era el último miembro del equipo adversario y estaba dejándose la piel. La música que le había tocado era muy conocida y marchosa. Se puso a bailar como lo había hecho Eric la noche anterior.

Cuando Julia cambió la música, entré en la pista. Escuché los primeros acordes de la canción y después me dejé llevar por la música. Me metí dentro de ella, sin hacer movimientos “profesionales”, como mis hermanos llamaban a los complicados movimientos del baile. No obstante, no pude resistirme a hacer una voltereta.

—No vale utilizar la artillería pesada —oí que decía Lea en tono de burla.

Continué bailando hasta que Arianne quitó la canción. ¡No! Ahora que me había venido arriba.

—Buen trabajo, chicos —nos sonrieron.

—Gracias —dijimos todos.

—Hemos estado evaluando los grupos y, a pesar de que el equipo rojo tenía a Maddie, consideramos que el equipo azul ha ganado.

Los componentes de ese equipo empezaron a saltar, dándose palmaditas en los hombros y abrazándose.

—¡Toma, Maddie, en tu cara! —se burló Daniel—. Y yo que pensaba que eras profesional...

Alcé una ceja mientras soltaba una carcajada seca.

—Claro que lo soy —dije aparentando superioridad.

—Demuéstralo. —Dio un paso hacia delante.

No tuvo que decírmelo dos veces. En menos de tres minutos había demostrado de qué pasta estaba hecha y que podría haberlo hecho mucho mejor durante el juego. Pero no lo había hecho, porque era eso, un simple juego. No debía demostrar nada a nadie.

El resto del día lo pasamos así, entre juegos. Como hacía un día soleado, salimos al jardín a jugar a baloncesto y a fútbol. Ya por la tarde noche nos metimos de nuevo en casa, ya que había empezado a refrescar. Nos quedamos en el salón viendo una peli apta para todos los públicos que yo no había visto.

Estaba muy interesante y no habría despegado mi mirada de la pantalla si la puerta principal no se hubiese abierto. De ella entraron Kara y Álvaro bastante cansados.

—Buenas noches —fue lo primero que dijeron.

Cogí el mando de la televisión y paré la película. Me levanté del sofá y fui donde ellos para saludarles como era debido, con un abrazo y un beso en la mejilla. El resto me imitó y pronto nos encontramos todos formando una piña.

—¿Qué tal os ha ido? —les pregunté cuando nos separamos.

Suspiraron.

—Bien. ¿Habéis cenado? —preguntó Álvaro.

—No, os estábamos esperando —dijo Julia.

—En ese caso id yendo, nosotros iremos en cuanto nos hayamos puesto algo más cómodo.

Les sonreímos y nos dirigimos al comedor. Entre todos pusimos la mesa y ayudamos a preparar la cena, como una familia unida, una gran familia. Ellos lo eran para mí. Daba igual que no tuviésemos la misma sangre corriendo por nuestras venas, lo importante era ese vínculo que habíamos creado con los años.

Mientras colocaba los vasos pensé en lo que Kara y Álvaro habían dicho esa mañana, que a lo mejor teníamos un nuevo compañero o compañera. Me pregunté cómo sería y si al final viviría con nosotros. Yo solo sabía una cosa, si esa persona acababa viviendo en el Moonlight, intentaría que su estancia aquí fuese lo más llevadera posible, sobre todo los primeros días. Suspiré. Los primeros días eran los más duros. Recuerdo el primer día de Rebecca. Tenía cuatro años cuando ingresó por primera vez en el orfanato. Estaba muy asustada y no soltaba la mano de su hermano. Sus primeros días los pasó llorando, encerrada en su dormitorio o baño. Ella había perdido a sus padres siendo muy pequeña y al principio parecía que los estaba buscando, como si pensase que era una broma de mal gusto. Luego, con el paso de los días, se fue acostumbrando a la idea de no volverlos a ver, aunque a veces me decía que los echaba mucho de menos.

El caso es que, a pesar de no saber a ciencia cierta si íbamos a tener un nuevo compañero o compañera, estaba ansiosa por conocerlo o conocerla.

Después de cenar todos nos reunimos con Kara y con Álvaro en el salón, al igual que esa mañana.

Nosotros nos sentamos en los sofás y ellos se quedaron de pie. No hablaron durante un buen rato, creando mucha expectación.

—Y bien —dije. No lo pude evitar. Los nervios me estaban carcomiendo por dentro.

Ambos suspiraron. Parecían muy tensos y nerviosos de tener que decirnos aquello.

—Como bien sabéis, Kara y yo nos hemos reunido hoy con el juez de menores. —Calló y esperó a que todos asintiéramos—. Resolviendo la pregunta que os estaréis formulando, sí, habrá un nuevo interno.

Todos empezamos a murmurarnos cosas, asombrados y contentos por la noticia. Tener un nuevo hermano me hacía mucha ilusión. Ojalá fuese pequeño para poder mimarlo.

—Shhh —nos mandaron callar—. Álvaro os está hablando.

—Perdón —me disculpé por todos—. Puedes continuar, Álvaro.

Asintió con la cabeza.

—Su nombre es Kevin Gaham y tiene nueve años. No es un niño del todo normal. —Miró a

su mujer en busca de apoyo.

—¿A qué te refieres con “no es un niño normal”? —inquirió Dani con preocupación.

—Veréis, chicos, Kevin ha tenido una vida muy dura y debido a eso es algo... problemático. Desde que era muy pequeño ha estado yendo de una casa de acogida en otra, sin recibir amor. El juez ha pensado que el Moonlight es el sitio idóneo para que crezca rodeado de un ambiente cariñoso.

—Es por eso que os pedimos que lo tratéis bien, que seáis amables con él y que intentéis interactuar con él. Sé que es mucho pedir, pero esto es muy importante, chicos, y no os lo estuviésemos pidiendo si no lo fuera, lo sabéis.

Maya levanto su mano, pidiendo permiso para hablar.

—Kara, ¿por qué es un niño problemático?

Ella miró a la niña con ternura. Maya estaba muy seria, había captado la importancia del asunto, como siempre. Miraba a Kara con preocupación. Como estaba sentada a su lado, le agarré una de sus manos y besé su frente.

—Según nos han dicho, Kevin suele ser muy malhumorado, grita constantemente, se mete en pelas... Ese niño no confía en nadie.

¡Oh, pobre! No me podía imaginar cuán dura habría sido su vida para comportarse así. Hacía unos meses tuve que leer un artículo sobre las casas de acogida para hacer un trabajo y descubrí que la vida en muchas de ellas era nefasta. En ese momento me alegré de haberme criado en el Moonlight.

—¿Cuándo lo tendremos con nosotros? —preguntó Lea.

—El domingo por la mañana lo traerán —contestó Álvaro mirándonos a todos con seriedad—. Esto es muy importante, por eso os rogamos que os portéis muy bien con él, ¿vale? Queremos que se sienta cómodo y que sienta que puede confiar en alguien.

Sonreí.

—Tranquilos, para mí ya es parte de la familia, aunque no lo conozca —les tranquilicé.

Ambos me agradecieron con la mirada.

—Nosotros lo incluiremos en nuestros juegos —dijo Caleb mirando a Adam. Ambos eran como uña y carne, a pesar de que a veces discutieran o se pelearan. Los dos tenían la misma edad, diez años, y compartían habitación.

—Sí. —Adam asintió con la cabeza mirando a Kara con sus preciosos ojos azules.

Kara y Álvaro se acercaron a ellos y los abrazaron.

—Gracias, chicos, sois los mejores.

—¿Con quiénes compartirá habitación? —preguntó Alex.

Los directores miraron a Adam y Caleb. Su silencio fue la respuesta.

—¿Con nosotros? —preguntó Adam señalándose a sí mismo y a su compañero de habitación con el dedo.

—Habíamos pensado que como más o menos tenéis la misma edad...

—Nos encantaría —la cortó Caleb.

Kara le alborotó el cabello castaño mientras que Álvaro repetía el mismo gesto con Adam. Ambos siempre eran así de cariñosos con todos, siempre se enorgullecían cuando alguno de nosotros lográbamos superar un obstáculo y siempre nos apoyaban en todo.

—Sois los mejores, chicos —volvió a repetir Kara.

Estaba contenta con la idea de tener un hermano y estaba segura que la semana entrante se me haría eterna. Pero, ¿quién me iba a decir la cantidad de problemas que nos esperaban a todos los habitantes del Moonlight?

Capítulo 19

Madison

—Mira quién viene —dijo Lea señalando la entrada principal con el dedo. Desde el bloque de taquillas que nos habían asignado a toda la clase se podía ver el acceso del Kensington.

Eric.

Todavía no estaba preparada para mirarle a la cara, no desde que le había besado. Me daba vergüenza mi comportamiento. ¿Por qué le había besado? No lo entendía. Lo peor era que cada vez que me acordaba de la sensación tan placentera de haber probado sus labios, me ponía roja como un tomate.

Había sido mi primer beso. Siempre había querido que fuera especial, porque era el primero, pero jamás me pude imaginar la de sensaciones que provocó en mí. Eric era un buen besador.

Creo que cada vez estaba más segura de que me gustaba y eso me daba pánico. Todos sabían que Eric era un mujeriego, que se había acostado con casi todas las animadoras, en especial con Kaitlyn. Por eso me negaba a aceptar esos sentimientos, porque sabía que él no sentía nada por mí. Deseaba que ocurriese lo contrario, pero estaba segura de que eso no era así. Puede que nos hubiésemos besado, pero solo había sido eso, un beso.

Sin embargo, cuando Lea dijo eso, mi corazón empezó a latir con fuerza, se me secó la boca y me empezaron a sudar las manos. ¿Por qué me ponía así con un chico y no cuando salía escena? ¡No tenía sentido!

Abrí mi taquilla y disimuladamente le miré. Venía hablando con sus amigos. Parecían estar tomándole el pelo a Caden, porque todos reían menos él. Antes de que me pillaran, empecé a sacar las cosas.

Lea se había pasado toda la semana dándome la tabarra con mi relación no existente con Eric. ¿Cómo la llamaba? Ah, sí. Maddie. Sus comentarios habían incrementado cuando le había dicho lo que había pasado el sábado durante la fiesta. En buena hora se lo había dicho.

—¡Oh, Dios mío! Maddie, disimula. Vienen hacia aquí.

—¿Eh? —La miré sin comprender.

No respondió, simplemente se limitó a sonreír con timidez.

Alcé una ceja, interrogante.

—Buenos días, chicas. —Ahí tenía mi respuesta.

—Esto... Hola —titubeó Lea. Era extraño que ellos nos saludaran.

Me giré para encontrarme a Eric y sus amigos. Solo con verlo recordaba el beso, lo que provocaba que mis mejillas empezaran a arder.

—Ho...Hola —saludé. Me re Coloqué las gafas.

Se instaló un silencio incómodo que duró unos minutos que para mí se me hicieron eternos. Eric no dejaba de mirarme y yo no sabía qué hacer o decir para cortar la tensión que se había apoderado del ambiente.

Miré a Lea en busca de ayuda, pero la muy condenada no captó mi mirada porque estaba muy ocupada mirando a John, se podría decir que estaba babeando por él.

—Será...será mejor que nos...nos vayamos. Vamos a...a llegar tarde si no —logré articular por fin.

Los labios de Eric se elevaron en una sonrisa que me derritió por dentro.

—Tienes razón. —Se dirigió hacia su taquilla y empezó a sacar sus libros. Sus amigos repitieron su gesto.

Suspiré, relajándome por completo. Menos mal.

Terminé de coger mis cosas y prácticamente arrastré a Lea hasta la clase que teníamos a primera hora.

No quería encontrarme con ellos. Era una estupidez, ya que estaban en nuestra misma clase, pero en ese momento no quería ver a Eric.

Por suerte, no volvimos a dirigirnos la palabra hasta la hora en la que habíamos programado la tutoría.

Fui la primera en llegar a la biblioteca, como casi siempre. Empecé a preparar todo para la lección de ese día. Saqué mi libro de matemáticas, la calculadora, el cuaderno en donde apuntaba toda la teoría y en donde hacía mis ejercicios, y el estuche.

—Hola —saludó una voz muy masculina. Eric.

—Hola.

Intenté que mi voz sonara tranquila, como siempre, pero estaba de los nervios. Estúpido beso.

—He preparado una serie de ejercicios que quiero que...

—Antes de empezar quería hablar sobre lo del sábado —me cortó él.

—¿Qué pasó el sábado? —Lo confieso, intenté hacerme la longuis.

Eric puso los ojos en blanco como si dijera “Es obvio”.

—El beso.

Le miré durante unos segundos, pensando en lo que decirle. Debía ser sincera con él y decirle que no tenía ni idea de por qué le había besado.

—Sobre eso, lo siento si te ha molestado. No era mi intención, pero...

—No me importa. A mí me ha gustado. —Para mi sorpresa, Eric no parecía molesto. Es más, sonrió.

Le miré como si le hubiesen salido dos cabezas. Después, desvié la mirada, avergonzada de mi comportamiento. Había actuado como una adolescente hormonal. Vale, lo era, pero debería de haberme controlado un poco.

—Fue uno de los mejores besos de mi vida —dijo él con una sonrisa socarrona dibujada en su atractivo rostro.

—Da igual. —Le quité importancia con un movimiento de manos—. Ese truco te debe de funcionar con las demás, pero yo no me lo voy a tragar.

Suspiró con fuerza.

—Mira, Maddie...

—Madison —le corregí.

—¿Ahora me vas a decir qué mosca te ha picado?

Eric se había enfadado. Sus ojos estaban llameantes de rabia. No quería hacerlo, pero debía. Tenía miedo de salir herida y me había prometido que nunca, jamás, nadie iba a volver a rechazarme.

Me encogí de hombros.

—Como quieras, *Madison* —recalcó esa última palabra—. ¿Sabes qué? No necesito que me des más lecciones, friki.

Dicho esto, Eric se levantó, recogió sus cosas y se marchó echando humo. Genial, la había armado.

El martes llegó antes de lo esperado. Ese día estaba ansiosa de que llegara la hora de Educación Física por dos razones: la primera, el lunes Hannah nos había encomendado la tarea de observar cómo trabajaban las animadoras de nuestros institutos y las profesionales. Lo segundo ya lo había hecho en casa, así que solo me quedaba fijarme en el entrenamiento, muy a mi pesar. La segunda razón era que necesitaba liberar todo el estrés y solo lo conseguiría corriendo. Esperaba que el profesor nos mandara dar un par de vueltas por lo menos para calentar.

¿Por qué debía observar a las animadoras si yo no las aguantaba? Muy fácil. A Hannah se le había ocurrido la brillante idea de que en el concurso de esa semana hiciésemos una coreografía propia de animadoras profesionales. Era en momentos como ese cuando pensaba que Hannah no andaba bien de la cabeza. Ella sabía que yo odiaba animar, que se me daba muy mal. Ayer, sin ir más lejos, Hannah nos obligó a hacer un cántico propio de ellas. No hay que decir que fue espantosa mi manera de animar.

Provoqué que todas mis compañeras, incluida Hannah, tuviesen un ataque de risa.

Al llegar a clase, el profesor nos dijo que diésemos seis vueltas a la pista de atletismo, cosa que hice gustosa. La semana anterior no había sido tan estresante como está. Hannah estaba empeñada en que ganásemos el primer puesto. Es más, nos había dado un ultimátum prácticamente. Estaba muy enfadada con nosotras por el desastre de la semana pasada y es por eso que yo me había quedado sin solo a pesar de haber quedado segunda en la competencia anterior.

—Espérame, Maddie. No puedo alcanzarte —dijo una Lea sudada entre jadeos intentando ponerse a mi altura.

—Lo siento. —Aminoré el paso hasta que ella se puso a mi altura.

—¿Me vas a decir qué te pasa? Estás muy rara desde ayer.

No le había contado lo sucedido con Eric. Después de que él se marchara de la biblioteca mosqueado no volvió a dirigirme la palabra. Ahora que él no me hablaba, me sentía vacía.

Joder. La había cagado hasta el fondo. Eric me gustaba y mucho. ¿Por qué me tendría que atraer él y no un chico que no fuera tan mujeriego? ¿Por qué las cosas eran tan complicadas?

—Ayer discutí con Eric —dije con apenas un hilillo de voz, parándome de golpe.

—¿Qué ha pasado?

Resoplé con fuerza. ¿Cómo explicárselo?

—Él quería hablar del beso durante la clase de ayer, pero yo no le dejé hacerlo... Metí la pata y él se ha enfadado conmigo.

Lea clavó sus ojos marrones en mí.

—¿Qué es lo que le has dicho?

—Que el beso había sido un error.

—¡Maddie! —exclamó Lea comenzando de nuevo a correr. Fui tras ella—. A veces eres terca como una mula.

—Eh —me quejé.

Arqueó una ceja.

—Solo tú pensarías eso. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que no debes tener miedo de lo que pueda pasar entre él y tú? El amor es algo maravilloso y único. —Puso ojos soñadores.

Oh, no. Hay tenía a la Lea soñadora y romántica.

—Esas cosas solo pasan en los libros.

—Estás totalmente equivocada. Algunas cosas sí se cumplen.

—¿Como cuáles? —La miré sin dejar de correr.

Mi amiga se quedó callada durante casi media vuelta. Pensó bastante su respuesta antes de decírmela esbozando una sonrisa pícaro.

—El chico malo que se enamora de la friki.

—¡Lea!

Levantó las manos a modo de rendición.

—¿Qué? Es verdad. Lo he comprobado con mis propios ojos.

—¿Sí? ¿Con quién?

Ella me señaló con el dedo.

—Contigo.

Lo que me faltaba. Lea tenía un nido de pájaros en la cabeza.

—No es lo mismo.

—Pero te gusta y estoy segura de que a él le gustas. Si no, no se habría molestado de esa manera.

Tenía que admitir que Lea tenía razón. Si Eric no sentía nada por mí, ¿por qué se habría enfadado conmigo al decirle aquello? ¿Podría ser eso cierto? Lo deseaba, pero una vocecita interior me decía que eso era imposible. Lo mío era un tonto enamoramiento, uno que estaba segura que pasaría con el tiempo.

El profesor de gimnasia tocó su silbato y todos nos acercamos a ese hombre ataviado con un chándal que no le sentaba para nada bien.

—Bien, chicos, os explicaré qué haremos hoy. Como este viernes es el primer partido fuerte de la temporada, todos los que quieran podrán jugar un partido contra los del equipo de baloncesto. El resto, puede ver la coreografía que vuestras compañeras las animadoras están preparando para la ocasión.

Menos mal que Hannah me había encomendado la tarea de observar a las animadoras, porque si no, habría tenido que jugar al baloncesto. No me apetecía nada fijarme en sus ejercicios, pero era algo que Hannah nos había pedido, así que muy a mi pesar lo tendría que cumplir.

Fui con el resto de chicas hacia el interior del gimnasio y me senté en uno de los bancos. Era la primera vez que observaría a las animadoras en acción. No me gustaba el baloncesto, más que nada porque no entendía el juego, así que nunca había asistido a algún partido. Fue una sensación extraña estar sentada en los banquillos, esperando a que nuestras compañeras empezasen a hacer su número.

Antes de que empezaran recordé que había traído un pequeño cuaderno para apuntar posibles ejercicios que me gustaran. Como lo había dejado en los vestuarios, me levanté de mi asiento y fui rápidamente hacia ellos. Era una suerte que estuviesen dentro del gimnasio porque si no, habría tardado más.

Al volver, todavía no habían empezado. Las chicas estaban calentando en el suelo, hablando entre ellas.

Me fijé en su manera de estirar los músculos. No hacían los mismos ejercicios que nosotras, pero eran semejantes.

Sin avisarnos siquiera, empezaron a ejecutar su número mientras seguían el ritmo de la canción que habían elegido, una canción que no me sonaba de nada. La coreografía en sí no estaba mal, era rítmica, divertida y atrayente. Lo malo era que ellas no estaban lo suficientemente cualificadas o entrenadas para llevarla a cabo. Había muchos ejercicios complicados que requerían de mucha flexibilidad y técnica.

Esto último era lo que les faltaba.

Desde pequeñas Hannah nos había machacado en ese sentido. Siempre había insistido en

nuestra técnica, pues era la base de todo tipo de baile. Si no se tenía bien interiorizada, se cometían muchos fallos como el de no arquear bien los brazos a la hora de hacer un giro.

Pasé esas dos horas viendo su entrenamiento, apuntando varios pasos que habían llamado considerablemente mi atención. De vez en cuando, Lea miraba lo que apuntaba. Ella estaba al tanto sobre qué iba el baile grupal de esa semana y, al igual que yo, estaba en desacuerdo. No me apetecía nada ponerme en la piel de las animadoras.

Un poco antes de que la clase terminara, el profesor nos tenía una sorpresa guardada:

—Con motivo de mejorar vuestra resistencia, equilibrio, representación gestual y coordinación, voy a proponer que hagáis un pequeño trabajo por equipos. —Toda la clase empezamos a murmurar entre nosotros. ¿A qué se referiría?—. Bien, debéis trabajar en grupos de cuatro o cinco personas que yo mismo elegiré —dijo recalcando ese “yo” — y elaborar una coreografía.

—Joder, Maddie, este trabajo te viene como anillo al dedo —susurró Lea en mi oído.

Sonreí. Me encantaba la idea por dos razones: primera, me apasionaba bailar; y segunda, me encantaba crear coreografías propias.

—Tendréis un mes entero para trabajar en ellas y, debido a eso, os dejaré ensayar durante las clases de gimnasia, por lo que la fecha límite, en la que tendréis que representar vuestra coreografía, será el uno de diciembre, ¿entendido?

—Sí, señor —coreamos todos.

Sonrió.

—En ese caso, os diré los grupos.

Jack

Taylor, Ethan Martin, Caden Baker, Kaitlyn Willimiams y Scarlett Smith formarán el primero. —Dejé de escucharle hasta que dijo mi nombre—... Madison Moon, John Tucker, Lea Moon y Eric Woods.

¡Mierda! No había otro mejor momento para ponernos juntos a Eric y a mí.

—Bien, tienen un mes para crear las coreografías y espero que sean buenas, pues este trabajo cuenta un cincuenta por ciento de la nota.

Escuché las quejas que se extendieron por todo el gimnasio. A pesar de estar en el grupo con Eric, estaba feliz porque Lea estaba conmigo y porque por primera vez en esa asignatura haría algo que realmente me gustaba aparte de correr.

La semana pasó muy rápido y pronto llegó el sábado. Las niñas actuarían por la mañana mientras que nosotras, las mayores, lo haríamos por la tarde. No solíamos ir a las mañanas, pero, sin embargo, desde que mis alumnas habían comenzado a competir, siempre íbamos por las mañanas para apoyarlas.

Así que esa mañana me tuve que levantar más o menos a las siete, porque había quedado con todos a las ocho y cuarto en la puerta del estudio. El concurso sería en Portland. Se trataba de uno de los más difíciles que había y debido a eso estaba de los nervios. Esperaba que las niñas estuviesen a la altura.

A mi lado, Lea seguía dormida, echa un ovillo en su cama. Reí internamente al verla. Decidí despertarla cuando estuviese vestida.

Busqué el uniforme de estudio que había dejado la noche anterior preparado sobre la silla de mi escritorio. Me puse los pantalones deportivos oscuros, la camiseta negra con el logo del

estudio en el pecho y la sudadera negra que tenía grabado el logo en el centro con colores llamativos. Sobre mi pecho izquierdo estaba grabado la abreviatura de mi nombre y en mi espalda tenía el logo del estudio junto al nombre en grande.

Una vez estuve vestida, me acerqué a la cama de Lea y la zarandeeé con suavidad.

—Despierta, dormilona.

—Un minuto más, por fa —suplicó ella.

Volví a zarandearla y como no logré mi objetivo, cogí mi almohada y la golpeé con ella en la cara. Al ver que insistía, mi amiga se incorporó y, apartando la sábana, se levantó con las manos en alto, en señal de rendición.

—Vale, vale. Tú ganas. Me levantaré.

Sonreí, triunfante, y me dirigí a mi lado de la habitación para armar la cama.

—¿Cómo te encuentras?

Alcé una ceja, pero me di cuenta de que ella no me veía porque le estaba dando la espalda.

—Bien, tranquila.

Ella suspiró con fuerza.

—No entiendo cómo puedes estar tan calmada teniendo una competición tan importante —comentó ella.

—Gracias por tu apoyo, amiga —dije con ironía. Gracias a ella había recordado la importancia que tenía ganar esa semana, lo que provocó que mis nervios se despertaran y empezaran a pasarme factura.

Una vez terminada la tarea, empecé a peinarme. Decidí que ese día lo quería llevar suelto puesto que llevaba casi una semana recogíendome. También decidí que no me lo alisaría, quería lucir mis rizos.

Cuando terminé de prepararme, Lea también lo había hecho. A diferencia de mí, lucía unos vaqueros ajustados, un jersey de punto gris por el que sobresalía su camisa favorita, la que era de color rosa palo.

A modo de calzado llevaba unas playeras que se habían puesto muy de moda hacía un par de años y que le encantaban, sobre todo porque se las había tenido que pagar ella.

—Vayamos a desayunar —dije.

—Sí. Tengo tanta hambre que me comería una vaca entera —comentó ella empezando a caminar hacia la salida.

Cogiendo la pequeña maleta en donde llevaba todo lo indispensable para brillar sobre el escenario, la seguí por el pasillo, intentando hacer el menor ruido posible.

Cuando llegamos a la cocina, ambas nos pusimos manos a la obra. Mientras ella sacaba las rebanadas de pan, yo saqué la tostadora. Después, saqué la leche a la vez que las tostadas se hacían, y empecé a preparar café para las dos.

Una vez estuvo todo listo, nos sentamos alrededor de la gran encimera, la una al lado de la otra, y disfrutamos de nuestro desayuno mientras hablábamos del trabajo de Educación Física.

—¡Qué bien que nos haya tocado juntas! —exclamó ella antes de darle un pequeño sorbo a su café.

—Es una de las cosas buenas. —Sonreí.

—Vaya. No te veía tan ilusionada con un trabajo desde que tuvimos que hacer una obra de teatro en primaria y a ti te tocó ser la protagonista —dijo mientras me devolvía la sonrisa.

Le di un mordisco a mi tostada, pensando en el lado malo.

—Lo malo es que tenemos que trabajar con Eric y John.

—¡El destino quiere que Maddic exista! —exclamó ella. La fulminé con la mirada para luego

poner los ojos en blanco. Ya empezábamos de nuevo—. En serio, deberías darle una oportunidad si resulta que le gustas.

—Pero...

—¡Nada de peros! No renuncies porque creas que te va a romper el corazón. Haz una locura por una vez en tu vida y lánzate a sus brazos, Maddie. Ve con tu Romeo.

Eso era lo que más deseaba, pero no estaba segura de si saldría bien. Tenía miedo de salir herida, de dejar de lado mis prioridades, de ser rechazada. Había sido rechazada muchas veces a lo largo de los años, por muchos posibles padres adoptivos. Al parecer, no era lo suficientemente buena para ellos, pues siempre acaban diciendo las mismas palabras: “Es una niña muy agradable, pero no creemos que sea compatible con nosotros”.

Lea también había sufrido varios rechazos a lo largo de esos años, pero el peor de todos ocurrió cuando ella tenía seis años. Recuerdo que ambas estábamos ilusionadas por esa visita, por la posibilidad de tener unos padres que nos quisieran. Esa pequeña cita la ilusionó más de la cuenta, pues esa pareja pidió los papeles para poder adoptarla. ¿Qué pasó? Unos días antes de que firmaran los papeles cambiaron de opinión. No sabíamos por qué lo habían hecho, lo único que sabíamos era que eso la dejó destrozada. Pasó días sin salir de la habitación, comiendo muy poco. Siempre lloraba y yo no sabía qué hacer para calmarla.

Fue entonces cuando nos hicimos la promesa de que seguiríamos juntas, pasara lo que pasara. Fueron unos meses muy duros para ella, quien se negaba a ser entrevistada. Kara y Álvaro intentaron animarla en todo momento, al igual que todos los internos.

Verla sufrir de esa manera me hizo darme cuenta de que no quería que volviera a pasar por lo mismo, y esa era la razón por la que siempre intentaba protegerla. Ella era tan ingenua a veces, tan inocente...

—Tengo... tengo miedo —confesé tras unos minutos de silencio.

Sabía a lo que me refería, lo vi en la forma en la que su rostro se transformó, recordando por un instante la expresión que poseía cuando pasó por esa mala temporada.

—Maddie, si yo pude hacerle frente a eso, tú, que eres mucho más fuerte que yo, podrás con ello si llega a ocurrir lo peor, cosa que dudo. Si no, que se prepare para quedarse sin descendencia.

Solté una pequeña risita.

Lea apenas mencionaba lo sucedido, solo cuando tenía una gran crisis de autoestima. A veces, como esa vez, lo mencionaba de pasada, refiriéndose al asunto como *eso*.

—Pruébalo. Quién sabe lo que te deparará el futuro.

¿Sabéis la sensación que uno tiene cuando ve a la persona que le gusta por los pasillos del instituto? ¿Esa que le deja sin respiración, que le hace parecer más torpe de lo que realmente es, que provoca que su corazón se acelere y que miles de mariposas vuelen por todo su estómago? Pues eso fue lo que sentí al ver a Eric salir del coche de sus padres.

Charlaba animadamente con las chicas, esperando a que las niñas llegaran para poder irnos hacia la competición cuando llegaron. Me sorprendió mucho ver que John también vendría con ellos.

Sabía de quién se trataba antes incluso de girarme y, sin embargo, no pude evitar que mi corazón latiese con fuerza y que mis mejillas ardiesen.

—¡Qué bonito es el amor! —canturreó Emma.

La fulminé con mirada.

Ya empezábamos. Sería un viaje muy largo.

Diez minutos después ya nos encontrábamos dentro del autobús. Me senté al lado de Lea, con Sarah y Susana a un lado. Pese a que no tardamos ni quince minutos, el trayecto fue todo un calvario para mí, pues el tema que estaba en boca de mis amigas era Eric, quien estaba ajeno de todo, sentado en la parte delantera.

Al parecer, John también viajaría con nosotros. No sabía muy bien la razón de ello. Su presencia me puso un pelín nerviosa y provocó que mi lado perfeccionista saliera a la luz, mi lado oscuro por así llamarlo.

Quería dejarlos impactados a todos, quería que el baile grupal quedara en primera posición para así restregarle a Summer que su victoria de la semana pasada no nos había afectado para nada.

Al llegar al edificio, el conductor paró el vehículo y todas fuimos bajando ordenadamente. Al instante, una multitud de personas, casi todas ellas chicas, gritó nuestros nombres con vehemencia. Sonreí mientras pasaba por la multitud, parándome un par de veces para hacerme una fotografía con algún fan.

Lo primero que hicimos una vez dentro del edificio fue ir a la recepción, un pequeño puesto improvisado que habían colocado en la entrada del edificio. Allí había tres personas revisando un montículo de papeles inmenso. ¡Vaya! Sí que se había inscrito mucha gente. La verdad, no tendría que haberme sorprendido, ya que la competencia de esa semana era una de las más duras de la temporada.

Hannah revisó que todos los números estuviesen inscritos correctamente. Nos dieron unas hojas en las que ponía el orden de los números. Tal y como pasaba a menudo, los primeros números eran los de las niñas, primero iría el solo de Emily y por último iría el baile grupal. Me fijé en que el margen de tiempo que tenía mi alumna para cambiarse era muy corto, por lo que tendríamos que ayudarla entre todas para que estuviese lista. Solo disponía de cuatro números.

Los bailes sénior, en cambio, serían por la tarde. Esa semana Sarah haría un bonito solo lírico que ejecutaría sobre las seis de la tarde. El baile grupal sería hora y media después, así que no había ninguna prisa.

Suspiré cansadamente al volver a revisar el programa. Kiara haría un solo y el baile grupal sería una actuación antes que la nuestra. Lo que me faltaba, tener que ver su coreografía tras bastidores.

Fui con las niñas hacia los vestuarios, al igual que mis compañeras, Lea incluida. Ella solía ayudarnos a prepararnos en los concursos. A Hannah le agradaba su presencia, decía que siempre que estaba ella, estábamos más calmadas. Siendo sincera, jamás me había fijado en eso.

El camerino que nos habían asignado era bastante amplio. Dejé mi maleta a un lado y me dirigí al lado de Hannah. Las madres estaban colocando el maquillaje, los rizadoros y alisadores, y demás aparatos en las mesas.

—Las noto un poco nerviosas —comentó Hannah mirando a las niñas.

La miré con culpabilidad.

—Creo que es culpa mía. Las he presionado un poco esta semana.

Sonrió.

—Recuerda: la presión es buena siempre que se dé en cierta medida. Si las presionas demasiado, solo puedes esperar que ocurra un gran desastre. ¿Acaso no has aprendido nada de mí?

¿Cómo olvidar la de veces que Hannah nos había presionado tanto que algunas nos habíamos llegado a bloquear en el escenario? A mí me había pasado una vez. Ocurrió cuando tenía trece

años. Hannah me había puesto un dueto y un solo aparte del baile grupal. No solo eso, los exámenes estaban a la vuelta de la esquina. Debo decir que esa no fue una muy buena combinación, ya que a la hora de presentar mi solo, me quedé completamente en blanco. No soy capaz de describir con exactitud cómo de humillada y avergonzada me sentí esa vez. Nunca en mi vida me había sentido tan inútil. Me costó mucho volver a tener esa confianza en el escenario, pero al final la recuperé unas semanas después.

—Lo he aprendido por las malas.

Me fijé en las niñas. Todas habían empezado a maquillarse. Me acerqué a Emily, la única que se encontraba sola. Sus padres no habían podido asistir porque ambos trabajaban, así que Hannah cuidaría de ella.

—Deja que te ayude. —Cogí una brocha y empecé a maquillarla para su solo. Noté que, en efecto, estaba intranquila—. Escúchame, vas a hacerlo genial. Ya estoy orgullosa de ti por todo el trabajo que has hecho esta semana. Ahora solo debes demostrarles a los jueces que te mereces ser reconocida por ellos, ¿entiendes? —intenté tranquilizarla mientras le alzaba la barbilla—. Estoy muy orgullosa de ti.

—No quiero decepcionarte —confesó ella con temor.

—Y no lo harás. —Dejé el maquillaje a un lado y la miré directamente a los ojos—. Sé lo buena que eres y el talento que tienes. No tengas miedo de fallar, incluso yo lo hago. No somos perfectos, Emily. —Cogí el colorete y lo apliqué suavemente por sus pómulos. Cuando terminé de hacerlo, me acerqué a su oído y le susurré—: Recuerda divertirme también.

Seguí ayudándola con la cosmética hasta que estuvo lista en ese aspecto. Le pedí amablemente que se pusiera el traje que utilizaría en su solo para poder peinarla. Mientras tanto, observé a las niñas, quienes también habían empezado a prepararse. Ayudé a las madres en todo lo que estaba en mis manos hasta que Emily salió de los baños ataviada con un hermoso vestido azul rey que le llegaba por debajo de las rodillas, el que con los giros y otros movimientos crearía un efecto precioso. La parte de arriba tenía pedrería y brillaba con la luz de los fluorescentes. La falda, en cambio, era lisa.

Me aseguré de que le quedaba bien antes de empezar a peinarla. Con el rizador en mano, le hice suaves ondulaciones para luego recoger su cabello en una media coleta. Como guinda del pastel, le coloqué un lazo a juego del vestido. La miré y sonreí, dándole mi aprobación.

—Lista. Ve a estirar.

Sin decir una sola palabra, la niña fue hacia una esquina de la sala y empezó a hacer unos ejercicios de calentamiento mientras escuchaba música a través de sus auriculares.

—Has hecho un gran trabajo con ella —dijo Sarah, mirando a mi alumna.

—Gracias. Intento dar lo mejor de mí para que ellas puedan dar lo mejor de sí mismas.

Ella sonrió y siguió mirándola.

Cuando vi que Emily empezaba a ensayar su rutina, fui hacia donde estaba ella y la ayudé en todo momento, corrigiéndole errores y dándole consejos de última hora. Hannah no nos quitó el ojo de encima.

—Ya es la hora, Emily —le dije.

Ella asintió, seria, y mientras agarraba la chaqueta del estudio salió del vestuario. La acompañé hasta el escenario y, antes de irme, le di un fuerte abrazo, deseándole toda la suerte del mundo y asegurándole que lo haría estupendamente.

No me equivoqué. Cuando la vi diez minutos después sobre el escenario, me dejó fascinada. Esa niña de siete años tenía un gran talento. Ejecutó la coreografía bastante bien, corrigiendo los errores que había cometido durante los ensayos esa semana. Cuando terminó, fui la primera en

empezar a aplaudir. Estaba muy satisfecha con su actuación.

Cuando salió del escenario, fui rápidamente a los vestuarios para ayudarla a cambiarse para en número en grupo. El resto de niñas estaban allí, todas ellas preparadas. La única que faltaba era Emily.

Entre todas conseguimos que estuviera lista en menos que canta un gallo. Mientras yo me encargaba de hacerle el moño, Emma y Susana la maquillaban.

—Necesito más horquillas —dije.

Sarah me las pasó, junto al hilo y al tocado. Muchas veces, cuando llevábamos un sombrero u otro tipo de accesorio para el cabello que pudiera caerse durante el número, los sujetábamos con hilo. En este caso, se trataba de un adorno con forma de sombrero, aunque su tamaño era menor. Era de color rojo y brillaba por la purpurina. Una tira negra cubría el ala.

—Diez minutos —nos recordó Hannah.

—Ve a cambiarte.

No tardó mucho en hacerlo. Salió con un vestido similar al de las demás y volvió a sentarse. Le di los últimos retoques y, cuando creí que estaba preparada para salir a escena, la obligué a levantarse y a reunirse con sus compañeras.

Las acompañé hasta el escenario, tal y como había hecho antes con Emily.

—Escuchad, chicas —llamé su atención. Todas ellas me miraron, expectantes—. Sé que os he estado presionando mucho esta semana con todo esto de que es un concurso muy importante. Por eso quiero deciros lo orgullosa que estoy de vosotras, chicas. Habéis trabajado muy duro esta semana. Para mí da igual quién gane, ya sois ganadoras.

—Pero no queremos defraudarte si quedamos en un mal puesto o si no llegamos a clasificarnos —dijo Hayley mirándome con preocupación.

—Además, está ese estudio que Hannah odia. Queremos vencerlo para que no se arrepienta de habernos elegido como grupo infantil —agregó Mia, la más mayor de mi grupo.

—Estaría encantada de ver eso. —Sonreí. Ellas me miraron con más preocupación. Oh, mierda. Esto de calmarlas se me estaba dando fatal—. Mirad, salid a escena y darlo todo, pero no dejéis por ello de disfrutar y divertirlos.

Les di un gran abrazo a todas las niñas y me despedí de ellas deseándoles suerte.

Me reuní con Hannah, Lea y los familiares de mis alumnas en los asientos del público, en uno de los laterales de la tercera fila. Estaba nerviosa por ver la puesta en escena. La verdad era que la coreografía la había creado hacía un año más o menos y era una de mis favoritas.

—A continuación démosles la bienvenida al número cuarenta, *Rouge* —las presentó.

Cuando las niñas salieron a escena, mi corazón latía desbocado. Creo que yo estaba más nerviosa que ellas.

Observé cada movimiento con detenimiento. El baile iba bien hasta que Anna se resbaló y estuvo a punto de caer, pero en el último momento logró estabilizarse. Sonreí con nerviosismo, alabando a Dios que la niña no se hubiera caído.

Aplaudí con fuerza cuando las niñas terminaron y, cuando salieron del escenario, fui a los vestuarios para felicitarlas. Suspiré aliviada. Ahora solo quedábamos nosotras.

Eric

Estaba muy orgulloso de mi hermana. A mis ojos, habían sido las mejores. Los trajes eran muy bonitos y les sentaban muy bien.

—Tío, me encanta tu hermana. Es una cucada —dijo John en cuanto el grupo de Hayley salió

del escenario. Había invitado a John esa semana porque llevaba pidiéndomelo hacía varias semanas. Había sido una gran idea, pues así tendría a alguien con quien halar.

Mamá se levantó del asiento, junto al resto de madres, y fue hacia los vestuarios. Todas las chicas del grupo sénior también se fueron.

—¿Has visto que bellezas? —A pesar de haberlas visto antes, John se había quedado deslumbrado con las compañeras de Madison.

—Sí, aunque yo solo tengo ojos para una de ellas.

Todavía me dolía que Madison me hubiera rechazado. Siendo sincero, nunca nadie en mi vida me había dicho que no en ese sentido y he de decir que fue una sensación horrible. Sentí cómo mi corazón sangraba por dentro de dolor. Había sido muy cruel por su parte. Sin embargo, durante esa semana, hablando con mis amigos, me había hecho la promesa de que no me rendiría, seguiría luchando por ella.

—Qué me vas a contar —susurró él mirando el sitio vacío en donde minutos antes había estado sentada Lea—. Si te cuento algo, prométeme que no te reirás.

¡Vaya! Debía ser muy importante, ya que estaba demasiado serio y preocupado.

—Adelante, John. Puedes confiar en mí. —Le miré.

Suspiró, pasándose las manos por el pelo.

—Había... había pensado en... en pedirle salir a... a Lea después de la competición. ¿Te parece buena idea?

¿Que si me parecía buena? ¡Era fantástico! Por lo menos uno de los dos se animaba a abrir su corazón a una chica. Me alegraba mucho por John. Haría una buena pareja con ella.

—¡Por supuesto! —exclamé—. Ojalá tengas más suerte que yo y te diga que sí.

Bufó.

—Estoy muy nervioso, Eric. Es la primera vez que me interesa una chica demasiado como para pedirle una cita.

¡Qué me iba a contar! Me pasaba lo mismo con Madison. Hoy había sido una tortura de día, sin ir más lejos. A pesar de vestir el uniforme del estudio, se veía perfecta. Lo malo fue que en ningún momento me hizo caso. Habría deseado que me dijera un simple “Hola”, con eso me habría conformado.

—Chicos, es hora de irnos a almorzar —nos dijo papá en cuanto mamá se acercó a él.

Después volveríamos para ver cómo actuaban las mayores. John estaba emocionado en ese aspecto.

Hasta el momento solo las había visto por separado. Sabía que le iba a encantar verlas haciendo un baile en grupo, porque las chicas eran una pasada.

Hannah nos invitó a comer. Fue muy generoso de su parte, aunque no era necesario. Como Sarah salía a escena a las seis, decidimos almorzar en un restaurante que se encontraba a un par de manzanas de ahí.

Era un italiano y he de decir que la decoración era impresionante, de paredes rojas decoradas con líneas clásicas y de techos altos y luminosos de los que colgaban varias lámparas de araña. Como éramos un gran grupo, nos pusieron en uno de los reservados más grandes.

Miré el menú y, tras ver la cantidad descomunal de platos, me decanté por los espaguetis a los cuatro quesos y por unos *calzone* de jamón y queso.

Mientras preparaban lo que habíamos pedido, empezamos a hablar entre nosotros. Hannah alabó a las niñas por su trabajo y elogió a Madison por su coreografía.

—Ha sido muy expresiva —comentaba.

—Por lo general suele crear grandiosos bailes. No nos podemos quejar —dijo la madre de

Rachael.

Madison sonrió emocionada.

—Solo imagino qué pasos de baile concordarían con la música que elijo. —Se encogió de hombros—. Es algo que empecé a hacer hace un par de años y que me encanta.

Sonreí al ver cómo le brillaban los ojos.

No aparté mi mirada de ella en toda la comida. De vez en cuando John y yo intentábamos entablar una conversación con Lea y con ella. En ese momento estábamos hablando del trabajo de Educación Física.

La verdad era que no habíamos hablado de ello en toda la semana, así que ya era hora de empezar a planearlo.

—Creo que deberíamos empezar con los ensayos, para ver qué estilo de baile elegir —dije.

—Hablando de eso —dijo Madison mientras se llevaba su comida a la boca. Masticó y tragó con tranquilidad, sin prisa pero sin pausa—, se me ha ocurrido qué estilo podríamos usar.

John la miró suplicante.

—Por favor, que no sea como el que te vimos ensayar. Era demasiado lenta y no creo que nos resalte.

Madison y Lea rieron. Por la mirada que se dieron, supe que Madison le había comentado eso.

—Tranquilo, he tomado en cuenta que no tenéis ni la elasticidad ni los años de experiencia que yo tengo, no os ofendáis. —Lea le golpeó el hombro—. ¡Ay!

—Eso por llamarnos nulos.

Me encantó esa pequeña riña entre ellas dos.

—¡Yo no he dicho eso! —se defendió, poniendo la voz de una niña pequeña.

—¿Qué estilo sería ese? —pregunté retomando el hilo de la conversación.

Madison me miró durante unos instantes eternos en los que bebió su bebida. La miré de la misma manera, embelesado por su belleza. Siendo sincero, la vería guapa aun estando vestida con un chándal.

—Se me ha ocurrido que podríamos mezclar el hip hop con jazz. ¿Qué os parece la idea? —preguntó.

—Me gusta la idea de bailar hip hop, pero no tengo ni idea de lo segundo —dijo John.

—Ni yo.

Madison sonrió.

—Yo no he especificado quién hará la parte del jazz. Además, sería solo una pequeña parte que podría hacer sin ningún problema, siempre y cuando estéis de acuerdo.

—A mí me gusta la idea —habló Lea—, pero te recuerdo que tengo dos pies izquierdos a la hora de bailar, amiga mía.

Madison volvió a sonreír. Jamás me cansaré de sus sonrisas, lo juro.

—Eso es algo que un par de clases pueden arreglar.

Carraspeé para llamar su atención, pues parecía que nos habían excluido.

—Creo que también necesitaremos alguna que otra clase de baile, si no te importa —dije en cuanto ambas me miraron—. John y yo estamos un poco desengrasados.

—Claro.

—Os advierto que es muy dura cuando se pone en modo instructora —dijo Lea inclinándose sobre la mesa, como si lo que nos acababa de soltar fuese el mayor de los secretos, aunque su hermana lo había escuchado claramente.

—No soy dura, Lea. Soy perfeccionista.

Así que perfeccionista... Estaba asombrado por el hecho de que cada día sabía más cosas de

ella. Esa, por ejemplo, no me la esperaba. Sí que era consciente de que ella era trabajadora, pero no pensaba que llegara al punto de ser de las que se obsesionaban con la perfección.

—¿Cuándo queréis empezar con los ensayos? —pregunté.

Lea miró a Madison, la que se quedó pensativa. Parecía tener un gran dilema porque empezó a morder su labio inferior. Dios, incluso ese gesto se veía sexy en ella.

—Estamos buenos —fue lo único que dijo cuando al fin habló.

—¿Qué pasa? —John la miró con preocupación.

Suspiró.

—Es solo que con los ensayos y vuestros entrenamientos apenas tendremos tiempo. ¿Qué días los tenéis?

¡Vaya! No había caído en eso.

—Los lunes, miércoles y viernes, de cuatro a nueve —recitó mi amigo como si estuviese diciendo su número de teléfono.

Madison se pasó las manos por el pelo, aparentemente frustrada.

—¿Te pasa algo, Maddie? —preguntó de pronto Hannah mientras miraba a su alumna con el ceño fruncido.

La aludida la miró, luego nos miró a nosotros y por último volvió a mirarla.

—Nada, Hannah. Es solo que nos han puesto un trabajo muy importante que debemos entregar en un mes pero para el que no encontramos tiempo.

La propietaria del estudio alzó una ceja.

—¿A qué se debe?

Madison suspiró con pesadez.

—Verás, se supone que debemos elaborar una coreografía para la clase de Educación Física y con los ensayos, con las clases y con sus entrenamientos... —dijo mientras nos señalaba a John y a mí cuando dijo eso último—. Digamos que tenemos muy poco tiempo para trabajar en ello.

Sarah, sentada a su lado, la miró.

—A veces eres muy exagerada.

—Tienes los domingos y entre semana hasta las cuatro para ensayar —la apoyó Sammy.

Eso era cierto. Teníamos varias horas libres.

—Pero entre semana hasta casi las cuatro le doy clases particulares. —Me señaló.

Las chicas nos miraron alternativamente, alzando y descendiendo sus cejas.

—Ah, sí, las famosas clases particulares. —El tono que empleó Emma provocó que Madison se ruborizara hasta las raíces.

Por suerte, nadie escuchaba nuestra conversación. El resto de comensales hablaban entre ellos, ajenos a lo que decíamos.

—¡Emma, eres una perversa!

Todas rieron, burlándose de ella. Fingió que se enfadaba.

Tengo que decir que lo que su compañera dijo también me afectó. En ese momento lo que más deseaba era que Madison fuese mía, completamente.

—Te propongo un trato —habló Hannah tras varios minutos de silencio—. ¿Qué te parecería disponer de una hora más para ensayar, para trabajar en la coreografía?

Madison la miró con todas las alarmas encendidas.

—¿A qué te refieres?

—Verás, das clases de baile hasta las cinco. ¿Te gustaría disponer de ese tiempo para emplearlo en el trabajo?

No sabía que Hannah fuese todo un trozo de pan. Le estaba dando la oportunidad de poder

emplear más horas en el trabajo. Era cierto lo que Madison me había dicho, que su profesora era estricta con ellas dentro del estudio, pero fuera de él era totalmente diferente.

Pasaron unos largos minutos en los que la persona que estaba sentada en frente de mí permaneció callada, sopesando la propuesta de Hannah. Vi cómo se empezó a morder el dedo meñique distraídamente. Al final, apartó la mano y resopló antes de contestar:

—Me gustaría, pero si no doy esas clases, no podré pagarme las clases privadas.

—¿Clases privadas? —preguntamos John y yo a la vez.

Las dos mujeres asintieron.

—Así es como Maddie se paga esas clases —nos explicó Hannah—. ¿No tienes algo de dinero ahorrado? —preguntó esta vez dirigiéndose a su alumna.

—Pues sí, la verdad.

—Kara y Álvaro nos abrieron una cuenta bancaria hace unos años. Esos son ahorros para cuando tengamos que dejar el Moonlight y tengamos que valernos por nosotras mismas, aunque creo que la tuya tiene mucho más que la mía, Maddie. Podrías usar parte de esos ahorros. Además, no te vas a arruinar.

Volvió a pensárselo.

—Está bien, te lo agradecería mucho, Hannah. —Sonrió.

—Además, si quieres, las clases podemos hacerlas en otro momento o posponerlas hasta después de entregar el proyecto, ¿qué te parece? —ofrecí. Había mejorado muchísimo gracias a ella, lo admitía, y ahora podía ingeniármelas yo solo, o eso esperaba. Abrió la boca para responderme, pero no la dejé—. No me importa. Lo fundamental es aprobar el proyecto, que vale el cincuenta por ciento de la nota.

—Y que tú apruebes matemáticas —apostilló ella.

—Si tengo alguna duda, ya sé en dónde puedo encontrarte.

Bufó.

—Está bien, Eric

Una vez que terminamos de comer y que la cuenta fue pagada, salimos del restaurante y fuimos hacia el gran edificio en donde tenía lugar la competencia. Por desgracia, tuvimos un pequeño percance llamado Summer.

—Vaya, vaya, vaya —dijo en cuanto nos vio en la entrada. Supe por su mirada que se avecinaban problemas—. Mirad a quién tenemos aquí, si es Hannah y sus bailarinas.

Hannah puso los ojos en blanco e hizo caso omiso. Siguió avanzando.

—¿Por qué tantas prisas, chicas? —dijo una de sus bailarinas—. ¿Tenéis miedo de que os demos una paliza en el escenario como la del otro día?

—No, a diferencia de otros —respondió Sarah.

Vi cómo las chicas se chocaban los cinco disimuladamente y seguían caminando hacia el interior del edificio.

—¿Estás lista para perder, Madison? —preguntó Kiara, mirándola con los ojos brillantes de burla.

Ella se dio la vuelta y la encaró. El resto de las chicas hicieron lo mismo. Madison la fulminó con la mirada. Las dos chicas parecían odiarse a muerte. Me pregunté la razón de ello.

—Al contrario, Kiara. Estamos listas para ganar. —Una hermosa sonrisa tiró de sus labios.

Kiara le lanzó una mirada venenosa. Después fijó toda su atención en John y en mí, evaluándonos.

—¿Y quiénes sois vosotros, chicos? —Su voz chillona era muy parecida al chillido de una rata. Se acercó a nosotros, moviendo su cuerpo con coquetería.

—Soy Eric Woods y él es John Tucker —nos presenté—. Somos acompañantes.

—Ah —fue lo único que salió de sus labios pintados de rosa fosforito—. ¿Sabes una cosa? Por un momento he pensado que eras novio de alguna de esas. —Señaló con el dedo a las chicas, canalizando todo su desprecio hacia ellas—. Pero luego he recordado que todas tienen novio a excepción de *eso*. —Señaló a Madison.

—Eres todo un bicho, Kiara —contraatacó la morena.

Oh, no. Ya empezábamos de nuevo. Había tardado menos en reaccionar que con Kaitlyn. Eso fue lo que me dio a entender que ambas se detestaban. Vi cómo Madison parecía querer asesinarla con la mirada y como Kiara le devolvía el gesto. Menos mal que había una distancia considerable; si no, se habrían enzarzado en una pelea.

—Por lo menos este bicho tiene novio —dijo con petulancia mientras se apartaba un mechón castaño de la cara. Sus ojos azules miraban con frialdad a Madison—. No es de extrañar que no lo tengas. Eres bajita, fea, insoportable y una penosa bailarina. Y, por si no fuera poco, eres huérfana. Así que será por eso que estás y estarás soltera de por vida. ¿Quién va a quererte si tus padres nunca te quisieron?

Madison apretó con fuerza los puños hasta que los nudillos le quedaron blancos. Veía en sus ojos que ese comentario le había afectado, aunque su rostro permaneció con una expresión neutra. No podía verla así, sufriendo. Sabía que le había dolido.

Di un paso al frente.

—Te equivocas completamente con ella —dije con toda la seguridad del mundo—. Madison ya no está soltera.

Kiara la miró como si lo que acababa de decir fuese el chiste más gracioso de la faz de la tierra.

Empezó a reírse, al igual que su grupo de arpias. ¿Por qué todas las zorras tenían un séquito así?

—Permíteme que lo dude. Ella jamás tendrá novio. ¿Quién iba a querer a alguien cuyos padres no querían?

Fue un golpe bajo por parte de ella, un golpe que provocó que Madison empezara a correr.

—Eres la persona más penosa que jamás he conocido, Kiara.

—¿Quién se supone que eres tú para hablarme así? —Parecía molesta, como si yo no fuese tan bueno como ella.

Las siguientes palabras salieron de mi boca sin pensar y fueron lo mejor que había escuchado en mi vida.

—Su novio.

Y fui al interior del edificio en busca de Madison. La vi corriendo a unos pasos delante de mí. La llamé en varias ocasiones, pero o no me escuchó o no me hizo caso. Siguió avanzando por el pasillo. Era bastante rápida y ágil, pero no tanto como yo. En unos pocos segundos ya la había alcanzado. La agarré del brazo y la obligué a girarse.

—Déjame, Eric —sollozó. Tenía todo el rostro surcado de lágrimas.

—No.

Tiró de mi brazo para soltarse de mi agarre, pero no se lo permití. Es más, tiré de él para acercarla a mí y abrazarla con fuerza. Al principio se resistió, pero luego respondió a mi abrazo. Noté cómo se convulsionaba e hipaba de vez en cuando por el llanto.

—Tranquila, Maddie —intenté tranquilizarla.

—La odio —decía entre lágrimas.

Acaricié su pelo con ternura, aspirando su dulce fragancia a lirios frescos. Acaricié su espada

intentando calmarla, cosa que logré después de unos minutos.

Se separó de mí con los ojos rojos e hinchados por el llanto, limpiándose las pocas lágrimas que quedaban en su rostro tan perfecto.

—Lo... lo siento —tartamudeó.

—¿Estás bien? —pregunté alzando su barbilla para mirarla a los ojos.

—¿Tú que crees? —preguntó furiosa—. Lo siento, lo siento —rectificó.

Acaricié su mejilla con mi pulgar, adorando cada centímetro de su piel.

—No pasa nada.

Volvió a sollozar. Verla así me estaba desgarrando por dentro. No quería que sufriera, me estaba matando verla así. Quería que fuera feliz.

—¡Odio a esa arpía! —exclamó ella con todas sus fuerzas—. La odio, la odio.

—¿Por qué la odias tanto? —Cuando formulé esa pregunta, deseé no haberlo hecho. Pensaba que se molestaría aún más, que me mandaría al diablo. Sin embargo, me sorprendió mucho que suspirara con fuerza y me explicara la razón.

—Ella y yo siempre hemos competido la una contra la otra —empezó—. Al principio no se metía conmigo. Fue pasados unos años cuando empezó a hacerlo. Cuando empezó, no la hacía ni caso, pero pasado un tiempo empezó a molestarme.

<<El día que ella descubrió que yo no tenía padres fue el peor de toda mi vida. Empezó a utilizar eso como arma, descubriendo que eso me dolía. Porque me duele, Eric. Me duele no saber por qué las personas que me crearon no me quisieron, qué hice mal.

<<Por eso me ha afectado tanto su comentario.

Volvió a empezar a llorar. La abracé de nuevo y esta vez no vacilé en abrazarme. Oí un ahogado “Gracias” proveniente de mi pecho, en donde ella estaba apoyada. Deposité un beso en su coronilla y seguí acariciando su pelo sedoso.

Cuando me separé de ella, ya no lloraba. Alzó la mirada y me miró con curiosidad. Una sonrisa se asomó por sus labios, lo que provocó que mi corazón saltara de alegría por haber conseguido alejar esos demonios de ella.

—¿Por qué estás siendo tan bueno conmigo, Eric? —preguntó ladeando la cabeza.

Alcé la mirada al cielo. No se coscaba de nada esta mujer.

—Porque... porque me gustas, Maddie. Te has ido metiendo poco a poco aquí —dije mientras me señalaba el lugar en donde estaría mi corazón—. No he podido evitarlo. Siento que debo protegerte, que debo darte lo mejor, porque te lo mereces. Sé que es raro, pero no puedo evitar sentir esto.

Estaba muda, sin palabras.

—Eric... Yo...

—Mira —la corté. Cogí su mano y la coloqué sobre mi pecho. Quería que sintiese lo que estaba provocando en mí, cómo mi corazón latía con más fuerza contra mi pecho por el simple hecho de estar con ella—. Esto es lo que me pasa cuando estoy contigo.

Se ruborizó. Jamás habría pensado que una persona pudiese estar tan bella así.

Madison tomó aire con fuerza.

—Eric, también... también me gustas.

Esas fueron las únicas palabras que necesitaba oír. Sonreí de oreja a oreja como un bobo.

—Pero... —continuó diciendo—...tengo miedo de... de que me... rechaces o que me...hagas daño —confesó con timidez, apartando la mirada.

La obligué a mirarme a los ojos.

—Maddie, yo nunca, nunca te haría daño. Sé que esas palabras no son comunes en mí, pero

estoy dispuesto a iniciar una relación contigo, quiero salir contigo como pareja. Me gustas, ¿cómo podría rechazarte?

Se quedó callada. Su mirada me estaba matando, sus ojos eran dos esmeraldas brillantes que me perforaban.

—Yo solo tenía miedo de lo que sentía —declaró.

Besé la punta de su nariz con ternura.

—Ya somos dos. Pero creo que debemos ser valientes y lanzarnos a la piscina —le dije mientras le acariciaba la mejilla. Noté cómo se estremecía bajo mi tacto.

—Me gustaría intentarlo si tú quieres, claro.

Mi pecho se hinchó de pura felicidad y dicha.

—Por supuesto. Prometo quererte, Maddie, si tú me prometes lo mismo.

No hubo necesidad de palabras. Ambos fuimos acercando nuestros rostros hasta que nuestros labios se fundieron en un beso esperanzador, plagado de promesas. Fui dulce con ella, quería que disfrutara tanto del momento como yo lo estaba haciendo. Había anhelado mucho sus labios.

Fue ella quien se separó, sonriendo ampliamente.

—Tengo que irme —dijo con la voz apenada, aunque no borró su sonrisa.

—Debes irte. —Besé de nuevo sus labios—. Machaca al *Great Dancers Studio* de mi parte, Maddie.

Sonrió y empezó a avanzar hacia los vestuarios. La acompañé mientras le cogía de las manos. Me encantaba esa sensación de tener sus dedos entrelazados con los míos. Era perfecto. Me dio mucha pena cuando llegamos.

—Suerte, Maddie.

Me despedí de ella con un casto beso en sus labios y me dirigí hacia los asientos del público más feliz que una perdiz, deseando poder contarle a John todo lo sucedido. Me senté al lado de él y empecé a ver a los participantes, aunque la verdad era que no les estaba prestando atención. Mi mente estaba con cierta chica a quien acababa de confesar mis sentimientos. Todavía no me podía creer que ambos sintiésemos lo mismo. Eso me había llenado por completo de júbilo y me prometí mentalmente que haría todo lo posible para que Madison fuese la persona más feliz del universo.

Capítulo 20

Madison

—... Y recordad sed educados —estaba diciendo Julia mientras nos miraba.

Nos habían reunido a todos en el salón mientras esperábamos que Kara y Álvaro viniesen con Kevin.

Para ello, nos habían obligado a levantarnos temprano para arreglarnos, pues llegarían sobre las diez de la mañana.

—Maddie...

Me quedé quieta al escuchar el tono de regaño de Arianne y me disculpé con la mirada. Estaba tan nerviosa y ansiosa por verlo que no paraba de moverme de un lado para el otro en mi sitio.

Escuchamos el motor de un coche fuera y mi corazón se aceleró. Miré a Lea con expectación. Estaba como una niña que va a una tienda de caramelos por primera vez.

—Ahí vienen —nos avisó Julia. Miraba por la ventana, sonriendo.

—Recordad, chicos, debéis integrarle, ¿vale?

—Sí, Julia —coreamos todos.

El clic de la puerta nos puso a todos tensos. Yo estaba que saltaba por las paredes de la emoción. Ya quería conocerlo y darle la bienvenida. El primero que entró fue Álvaro seguido de Kara. Por último, entró el nuevo miembro de la gran familia Moon.

Tenía el cabello rubio un pelín largo para mi gusto. Su piel era morena y su nariz, chata. Sus ojos, grandes y marrones, estaban cubiertos por largas y gruesas pestañas. Sus rasgos todavía eran infantiles, pero su mirada era la de una persona adulta. Estaba serio, mirándonos, quizás analizándonos, a cada uno.

Algo en su mirada me dijo que algo no marchaba bien.

—Buenos días, chicos. Os presento a Kevin Graham. Kevin, estos son...

—Me da igual quiénes sean —la cortó.

Abrí la boca con asombro. No fui la única en hacerlo. Nunca nadie había hablado a Kara así, empleando el tono tan despectivo que había utilizado él.

—Kevin... —El tono que Álvaro empleó fue de advertencia.

Él lo miró desafiante.

—¿Qué? No son nada mío y es probable que en unas semanas no esté aquí —dijo el niño con rabia.

En ese momento recordé que él había estado en muchas casas de acogida. Me pregunté cuántas habría pisado para decir aquello.

—No digas eso, Kevin —dijo Kara—. Intentaremos que no tengas que mudarte más.

El niño hizo un gesto con la mano, como si sus palabras no valiesen nada.

—No digas nunca nada que no puedas cumplir.

—¡Ya basta! —alzó la voz Álvaro, provocando que los más pequeños lo mirasen asustados—. No tienes derecho de tratarla así cuando ella está siendo muy amable contigo.

Kevin fue a decir algo, pero Kara le cortó.

—Chicos —nos miró—, ¿por qué no le enseñáis el Moonlight?

—Yo no necesito que nadie me enseñe nada. Puedo hacerlo yo solo.

Ni Kara ni Álvaro le hicieron caso. Se limitaron a suspirar imperceptiblemente y a mirarse el uno al otro durante unos breves instantes.

—Ven, Kevin, te enseñaremos nuestra habitación. Te hemos hecho espacio —dijeron Caleb y Adam al mismo tiempo mientras se acercaban a él.

—Luego podemos enseñarte esto —dije con amabilidad, sonriendo.

—No creo que...

Pero Kara le cortó con una mirada que lo decía todo. Kevin al final accedió a regañadientes. No parecía querer estar allí. Me pregunté cuál sería la razón de ello.

Le acompañamos hacia la que sería su habitación, la que se encontraba al lado de la habitación de Julia.

La razón de ello era muy simple: Caleb y Adam tenían la costumbre de pelearse, así que si llegaba a darse dentro de la habitación, Julia los oíría e iría a solucionar la disputa.

Los chicos habían pasado todo el sábado limpiando su dormitorio con esmero. Habían acondicionado la tercera cama que había en la habitación y la habían ordenado.

Me quedé fuera. Mejor dicho, me obligaron a quedarme fuera. Caleb y Adam odiaban que las mujeres entrásemos en su territorio. Estaban en esa magnífica edad en la que odiaban a las chicas. Ya veríamos si su opinión al respecto cambiaba en el futuro.

—¡Eh, es mío! —escuché que Caleb decía de pronto.

Suspiré. Oh, no. Esperaba que no se estuviesen peleando.

—Ahora es mío —decía Kevin.

Abrí la puerta y entré, seguida de Lea. Me encontré con que Caleb estaba en el suelo con las manos hacia arriba para que Adam le ayudara. Mientras tanto, Kevin reía con fuerza mientras sujetaba entre sus manos una pelota de baloncesto.

—Kevin, devuélvesela —ordené.

—Kevin, devuélvesela —me imitó con burla.

La sangre empezó a hervirme en las venas. Intenté calmarme, pensando que solo era un niño.

—¡Hablo en serio!

—Hazle caso —le dijo Lea.

El demonio puso una expresión de terror fingida que me sacó aún más de mis casillas.

—Mira como tiemblo.

—¿Qué te he hecho? —preguntó Caleb cuando se puso en pie.

—Existir. Por vuestra culpa estoy aquí. ¡No quiero estar aquí! ¡Ni en ningún lugar! —gritó saliendo de la habitación.

Fui detrás de él. Lea se quedó con los niños, revisando que no hubiera daños mayores. Kevin bajó con rapidez las escaleras hasta llegar al salón, en donde sin saber a dónde ir siguió bajando las escaleras hasta llegar al sótano. Pensé que por un momento lo había perdido, pero lo encontré en la pequeña salita de estar. Estaba sentado en uno de los sillones, con la cabeza apoyada en sus piernas. Sus convulsiones me dieron a entender que estaba llorando.

—¿Kevin?

El niño alzó la cabeza con rapidez y se secó las lágrimas con las mangas de su jersey negro. Me miró con rabia, una mirada que en un niño tan pequeño me preocupó.

—¡Déjame en paz! —gritó.

Negué con la cabeza.

—No.

—¡Que me dejes en paz! —Se levantó y avanzó hacia mí asesinándome con la mirada.

Permanecí en mi lugar, apoyada en el marco de la puerta con la ceja alzada.

—No —repetí.

—¡Te odio! ¡A ti y a tus estúpidos hermanos!

—¡Eh! No son estúpidos.

Le miré con el ceño fruncido.

—Sí que lo son. No tenéis ni idea de nada, así que dejadme en paz si no queréis sufrir las consecuencias.

Me acerqué a él.

—¿Es eso una amenaza? —Alcé más la ceja.

—Tómalo como quieras. Y deja de hacer eso —dijo señalando mi rostro—. Me pone nervioso.

Me acerqué lo suficientemente a él para que captara el mensaje.

—Escúchame, niño, a mí nadie me habla así, ¿entiendes? Te recomiendo no tenerme de enemiga porque suelo ser muy vengativa, que te lo cuente el resto.

Dicho esto último, me marché de allí, dejándolo rojo de furia.

—¡Odio a Kevin! —se quejó Lea mientras se sentaba en su pupitre.

—¿Qué ha hecho?

Dejé los libros de la asignatura que teníamos sobre la mesa y saqué todo el material que necesitaría.

Mi amiga resopló.

—Ese pequeño demonio andante ha cambiado mi crema hidratante por pasta de dientes. —Me miró con seriedad—. Te juro que ese niño va a llegar a adulto.

Suspiré.

Kevin había estado incontrolable todo el día de ayer. Había molestado a los más pequeños, los que solamente habían estado jugando sin molestar a nadie. También había estropeado parte de la cubertería por un ataque de rabia. Y, por si no fuera poco, había intentado pelearse con Samuel y con Bruno. Madre mía, casi no lo sacamos vivo de esa.

—Ten paciencia. Solo necesita acostumbrarse.

—¿Qué tenga paciencia? —se quejó—. Como me haga otra parecida, le dejaré sin descendencia, ¿me oyes?

Reí. La bromita de Kevin la había sacado de quicio.

—Buenos días, Lea, Maddie —saludó Eric pasando por nuestro lado, deteniéndose en la primera fila.

Sonreí de oreja a oreja, como una boba. No pude evitarlo. Él también lo hacía.

—Buenos días a ti también, Eric.

Su sonrisa se amplió y sus ojos se iluminaron. Se dirigió hacia su asiento. Cuando miré a Lea, ella sonreía con picardía.

—Así que Maddie ya está en marcha, eh —comentó.

—No sé de qué me hablas —me hice la loca.

—Por supuesto que lo sabes. —Puso morritos como si estuviese a punto de besar a alguien—. Hablo del beso que te diste con Eric el sábado.

—¡Lea! —Fui plenamente consciente de cómo mi rostro empezaba a arderme con fuerza.

—No me vengas con timideces ahora, amiga mía. —Me miró—. ¡Por fin os habéis confesado vuestros sentimientos! Estoy tan feliz de ti.

Miré a Lea. Poseía una mirada soñadora e ilusionada propia de ella.

La profesora entró por la puerta, por lo que dejamos de hablar y nos pusimos a atender a su clase.

Tres horas después, a la hora del descanso, decidimos quedarnos dentro del edificio. Llovía a cantaros, así que no teníamos otra opción si no queríamos calarnos. Hacía un frío de mil demonios en la calle, pero dentro del Kensington hacía un calor infernal, por lo que solo llevaba puesta una camiseta con la imagen de una película que se había estrenado hacía nada.

—¿Qué canción vamos a bailar? —me preguntó mi amiga de pronto.

Sonreí. Había estado pensando en eso durante el fin de semana, al igual que en la coreografía. Se me había ocurrido bailar una canción moderna que había sido lanzada hacía un par de años.

—Había pensado en que fuera una canción pop que tuviese mucho ritmo.

—Pero, ¿cuál?

Sonreí al ver su impaciencia y le dije lo que había pensado.

—¡Me encanta! —exclamó—. ¿Crees que a los chicos les gustará?

Me encogí de hombros.

—Ni idea. No conozco sus gustos.

Mi amiga se quedó un rato callada mientras miraba el atestado pasillo. Nos habíamos sentado en las escaleras que daban acceso a la primera planta. A lo lejos se oía el golpeteo de la lluvia contra el cristal de las ventanas, amortiguado por las paredes.

—Si te cuento algo, ¿me prometes que no se lo contarás a nadie? —pidió ella volviendo a mirarme, pasados unos largos minutos de silencio.

Asentí mientras ponía una mano sobre mi pecho y alzaba la otra con la palma abierta.

—Te lo juro por lo que más quiero.

Permaneció varios segundos callada, pensando las palabras. Se mordió el labio inferior, una costumbre que tenía desde siempre que significaba que creía que lo que me iba a decir me iba a molestar.

—Verás... Hace poco... —Resopló al no encontrar las palabras—. Lo que pasa es que... no eres la única que ha... ha encontrado el amor —tartamudeó.

Abrí tanto la boca que mi mandíbula casi tocaba el suelo. La miré con los ojos desorbitados de la sorpresa. ¡Madre mía! Eso era algo que no me esperaba. Me pregunté quién sería el afortunado, aunque, siendo sincera, tenía una breve idea de quién podría tratarse.

—¿Quién es el que te ha robado el corazón?

Lea se puso colorada. Soltó una risita nerviosa y se acercó más a mí, bajando aún más la voz hasta susurrar:

—John.

¡Lo sabía! Solté un gritito de júbilo y me levanté de las escaleras para dar pequeños saltitos en mi sitio.

—Shh —me acalló llevándose una mano a los labios—. Estás llamando la atención.

—Este es un momento histórico. Lea Moon enamorada de John.

—Y Madison Moon enamorada de Eric —agregó ella.

Mis mejillas se pusieron rojas como un tomate. Todavía no acababa de asimilar el hecho de que Eric sintiese lo mismo que yo. Lo busqué con la mirada. Estaba en el pasillo, hablando con sus amigos.

John también se encontraba con él.

—¿Mirando a tu Romeo?

Negué con la cabeza.

—Mirando a nuestros Romeos. —Los señalé con la cabeza. Ambos estaban bromeando entre ellos. En un momento dado Eric me pilló mirándolo y me dedicó una sonrisa que hizo que mi corazón se desbocara y que en mi rostro se dibujara una sonrisa boba.

Kaitlyn y su grupo de animadoras se encontraban cerca de ellos. Ella interceptó mi mirada, pero no le hice ni caso. Me sacó el dedo medio y yo me di la vuelta, quedando de espaldas a ellas.

—No le hagas caso —dijo Lea al ver lo ocurrido—. Solo está celosa de que Eric te haga más caso a ti que a ella.

Reí.

—Creo que si supiera lo que ha pasado entre nosotros dos, me arrancaría el pelo lentamente y me torturaría durante el resto de mis días.

Mi risa contagió a Lea.

—También debería estar celosa de lo bien que bailas, Maddie —dijo ella en cuanto se hubo calmado—. Creo que ha sido el baile grupal más alucinante que jamás haya visto.

—Siendo sincera, he pasado un poco de miedo mientras mis compañeras me alzaban para hacer la pirueta mortal del final. Tenía miedo de que no pudiesen con mi peso. Ya sabes que ese ejercicio lo habíamos practicado muy poco.

Ella asintió, estando de acuerdo conmigo.

—Mi corazón se detuvo cuando te vi hacer eso. Creía que no volvería a hablar contigo.

Sonreí.

—Pero al final todo ha merecido la pena.

No hay nada más satisfactorio que ver a tus enemigos sufrir una derrota humillante y aplastante. Sarah ganó al estudio de Summer quedando en primera posición, al igual que nuestro baile grupal. Ellas, en cambio, tuvieron un pequeño contratiempo sobre el escenario: se les fue la música y perdieron el ritmo, lo que provocó que no llegaran a clasificarse. También estaba muy contenta con mis alumnas. ¡Habían quedado primeras tanto en el baile grupal como en el solo de Emily! No podía estar más orgullosa de ellas.

—Me ha encantado el vestuario de la semana pasada. Estabas muy sexy y a Eric se le caía la baba al verte con esa faldita y ese top tan monos.

Eric no había sentido ningún pudor cuando me vio salir de los camerinos y me dio un beso en los labios delante de todos. No había dejado de repetir en todo el viaje de vuelta lo hermosa que había estado y lo bien que lo había hecho. Su gesto fue muy importante para mí y logró entermecerme.

De pronto, Lea se quedó callada y empezó a mirar por encima de mi hombro. Fui a darme la vuelta, pero unas manos en mis ojos me lo impidieron. Eran grandes y ásperas. Sonreí al saber a quién pertenecían.

—Si adivinas quién soy, puede que tengas un premio.

Fingí pensarlo durante unos segundos.

—¿Eres Ryan? —Dije el primer nombre masculino que me vino a la cabeza.

—Frío, frío.

—¿Dani? —probé de nuevo.

—Te has acercado a la edad, Maddie —dijo mi amiga.

—¡Ya sé! ¿Eres el que me besó el sábado? ¿Cómo se llamaba? —me hice la despistada—. Ah, sí, ¡Eric!

Una carcajada juguetona salió de su garganta. Me quitó las manos de los ojos y me dio la vuelta para que pudiera encararlo.

—Sabías que era yo a la primera. —No era una pregunta. Era una afirmación.

Miré sus preciosos ojos azules, los que tanto amaba.

—Puede que sí o puede que no. —Sonreí de forma malévola.

—Bueno, chicos. Yo sobro, así que será mejor que me vaya —dijo Lea detrás de mí.

Fui a decirle algo, pero Eric se me adelantó.

—John me ha dicho que quería hablar contigo. No sé de qué, pero creo que era importante.

Lo miré extrañada. Supe que él mentía. Seguramente sabría la respuesta, pero no quería decírnosla. ¿Qué tramarían estos dos?

—Vale. Iré a buscarle. ¿Sabes dónde está? No le veo. —Lea miraba hacia donde habían estado Eric y sus amigos minutos antes. Yo también miré el lugar vacío. Qué raro. ¿En dónde se habría metido?

—Ha ido al baño. Me ha dicho que le esperes en las taquillas, que él vendrá a buscarte.

—Vale. —Se levantó y empezó a alejarse de nosotros, pero antes de hacerlo por completo, se volvió hacia nosotros y dijo—. Gracias, Eric. Os veo luego, chicos. Divertíos, pero no demasiado. —En sus labios se dibujó una sonrisa traviesa.

—¡Lea! —exclamé ruborizada de pies a cabeza.

Se fue soltando una sonora carcajada, dejándome sola con Eric.

—¿Sabes? Estás preciosa cuando te sonrojas.

Ese comentario hizo que me pusiese aún más roja. Menudo día llevaba.

Eric me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Sonreí al ver esa imagen, acordándome de la primera vez que lo había hecho, el sábado.

—¿Ha pasado algo? —pregunté para distraerme.

Frunció el ceño, plagando su frente de pequeñas arruguitas muy monas.

—¿Tiene que pasar algo para que vea a la chica por la que estoy loco?

—Así que soy la chica que te vuelve loco... —dije con aire coqueto.

Eric puso las manos en mi cintura y me atrajo hacia él. Su olor era una mezcla de fragancia masculina y su propia esencia. Quedé embriagada por su aroma tan delicioso.

—¿Me estás oliendo?

—Puede. —Aspiré con más fuerza, exagerando el sonido.

Su pecho empezó a convulsionarse por la risa.

—Me encantas. —Besó mi frente—. No cambies nunca.

Puse las manos en su cuello y enredé mis dedos en su cabello.

—Tranquilo, no tenía pensado hacerlo nunca.

Todo marchaba bien, pero Kaitlyn tuvo que meter las narices en donde no la llamaban. Se acercó a nosotros sin que nos diésemos cuenta, lo que era muy fácil, ya que estábamos en nuestro propio mundo. Si no fuera por su voz tan aguda, jamás me habría fijado en ella y en sus seguidoras.

—Eric, ¿qué estás haciendo con ella?

—¿Qué haces tocando *eso*? —Puse los ojos en blanco. Scarlett tenía menos cerebro que una mosca.

Siempre seguía a Kaitlyn a todas partes, como un perrito faldero.

—¡Puaj! ¡Qué asco! —Jasmine era otra de sus seguidoras. En ocasiones había bromeado con Lea, diciéndole que si Scarlett y Jasmine pudieran, se tatuarían el nombre de Kaitlyn.

Fui a responderles, pero Eric no me dejó hacerlo. Se me adelantó. Se separó un poco de mí, se volvió hacia ellas y, sin apartar su mirada de ellas, entrelazó nuestras manos.

—Esta —dijo mientras me señalaba con la mano libre— es Madison y es mi novia.

Lo miré con asombro. Que yo supiera, todavía no éramos nada. Pero, a decir verdad, esas palabras sonaban muy bien. Novia. Me gustaba cómo sonaba de sus labios.

Las tres chicas miraron a Eric como si acabara de decir la mayor tontería de la historia. Sus mandíbulas se desencajaron y sus ojos se abrieron como platos. Permanecieron estupefactas unos minutos, sin saber qué decir, pero poco después empezaron a reírse.

—Eso es imposible. ¿Tú... con ella? —Kaitlyn me miró con desprecio y aversión.

—Cree lo que quieras —me limité a decir.

Fui hacia las taquillas, pues acababa de sonar el timbre. Me alejé de ahí, dejando a Eric con esas tres perturbadas. Las tres seguían riéndose de lo que Eric les acababa de decir y no dejaron de hacerlo en todo el día.

Eric

—Creo que tenemos una compañera nueva —fue lo primero que dijo Jack en cuanto entramos en el Kensington el martes.

Seguí la dirección de su mirada. Estaba de espaldas a nosotros, charlando con Dani. Ambos estaban riéndose. Parecía que alguien había encontrado a su media naranja. Me alegré por él, ya era hora de que saliese con alguien.

La chica tenía el pelo largo lleno de preciosos tirabuzones castaños. Llevaba unos vaqueros claros y un jersey de color tierra. Las zapatillas que usaba me eran muy conocidas. No sabría decir si era guapa, porque no podía ver su rostro, pero de lo que sí estaba seguro era de que no había nadie que pudiera compararse con mi Madison.

—Vamos a presentarnos, chicos —propuso Ethan mientras esbozaba una sonrisa.

Nos acercamos a los dos con paso rápido. Estaban apoyados en la zona en donde nos habían asignado las taquillas a los de mi curso. Dani parecía estar buscando algo mientras que ella escuchaba atentamente lo que decía.

—... en serio, no debes preocuparte por nada.

—Siento como si estuviese en el punto de mira de todos.

Abrí los ojos como platos. ¡Oh, Dios mío! Esa voz era la de Madison.

—¿Por qué habla como tu chica, Eric? —John también estaba asombrado.

Porque era ella, pensé. Y no estaba equivocado. Cuando la obligué a darse la vuelta, pude comprobar que era ella en su versión más bella. Abrí la boca sin poder evitarlo, no comprendiendo la razón de que estuviese vestida de esa forma cuando normalmente usaba ropa espantosa.

—Hola, Eric. —Sus labios formaron una sonrisa que me dejó sin aliento.

—Maddie. —La imité—. ¡Qué sorpresa verte así! Estás preciosa.

Se sonrojó y bajó la mirada avergonzada.

—No me ha quedado más remedio —fue lo único que dijo. Lo hizo en voz tan baja que apenas pude escucharla.

Alargué una mano y la posé en su barbilla, alzándola para mirarla a los ojos. No llevaba las gafas puestas, por lo que tuve la oportunidad de ver sus preciosos ojos sin tener que sortear obstáculos.

—¿Por qué?

—He tenido un problemilla. —Abrí la boca para pedirle que se explicara, pero no me dio opción—. Luego te lo cuento, Eric.

—¿Hoy no ha venido Lea? —preguntó John, apenado.

¡Era verdad! Me pareció muy extraño que no estuviese con ellos, porque Madison y ella siempre estaban juntas.

—No, John.

—¿Tiene que ver con el *problemilla*? —pregunté, haciendo énfasis en “problemilla”.

Suspiró y asintió con la cabeza. Parecía cansada. Ojalá supiera la razón.

—¿Qué pasa? —exigí saber.

Resopló y se despidió de Dani con un “Hasta luego”. Fue hacia su taquilla y yo fui a la mía. Cogí todas mis cosas con rapidez y me acerqué a ella. Seguía guardando cosas en su caja de metal. Era increíble la cantidad de objetos que cabían en ese diminuto espacio: su mochila, su bolsa de baile y de deporte y su chaqueta, sin contar los libros que guardaba allí y que no llevaba a casa porque no le eran necesarios.

Seguía resoplando, así que decidí agarrarle la cintura con las manos.

—No estoy de humor, Eric.

—¿Cómo sabías que era yo?

Se giró y me lanzó una mirada seria.

—Que yo sepa, nadie más que tú me ha agarrado la cintura, ni siquiera mis hermanos, así que lo he deducido.

Sonreí.

—¿Qué? —Madison me miró mientras alzaba una ceja.

—¿Alguna vez te han dicho que te pones muy mona cuando te enfadas? —Ensanché más mi sonrisa.

Se pasó las manos por el pelo. En ese momento me pareció que estaba frustrada. ¿Por qué lo estaría?

—Eric, no me busques las cosquillas porque hoy no respondo de mis actos.

Me llevé las manos a la cara y fingí estar asustado.

—¡Huy, qué miedo! ¿Qué piensas hacerme si no te hago caso?

Una pequeña sonrisa iluminó su rostro. En ese momento me sentí la persona más dichosa del universo por haberle sacado una.

—Pienso encerrarte en una habitación oscura y darte una lenta y dolorosa tortura en la que me suplicarás que te mate. Pero, ¿sabes qué? No lo voy a hacer. Veré cómo tus días se convierten en un infierno y cómo te consumes en tu propia miseria.

Su tono me hizo reír y mi risa fue tan contagiosa que provoqué que ella riera, ahuyentando toda esa irritación que traía consigo.

—¡Qué sádica eres a veces, Maddie! —Me cerqué más a ella y bajé la voz para que solo ella lo escuchara—: Me gusta que lo seas.

—¿Lea piensa venir al ensayo? —le pregunté a Madison en cuanto me acerqué a ella. Estaba sentada en las escaleras que daban a la salida del Kensington, mirando el infinito. Al oírme, se giró y me dedicó una sonrisa.

—Hoy no vendrá. —Se levantó y se colgó la mochila sobre los hombros mientras agarraba la otra con la mano izquierda.

—Al final no me has contado lo que le ha pasado. Ya sabes, ese *problemilla*.

Nos movimos un poco, dejando pasar al resto de compañeros que ansiaban salir de las viejas paredes del instituto. Todavía teníamos que esperar a John, el que había ido al baño nada más terminar las clases.

—Si te lo digo, prométeme que no te reirás.

Sonreí mientras me llevaba una mano al corazón y alzaba la otra.

—Te lo prometo.

Madison abrió la boca para hablar, pero de sus labios no salió ni un solo sonido, ya que John se nos unió y la interrumpió:

—Eric, no prometas nada que luego no puedas cumplir.

Me giré y le fulminé con la mirada.

—Estoy hablando en serio. No se lo diré... diremos —corregí, pues ahora John también sería partícipe de todo— a nadie.

Empezamos a caminar hacia mi coche. Como hoy John y yo no teníamos entrenamiento, habíamos quedado para ensayar en mi casa. Cuando lo comenté, Hayley se puso a dar saltos de alegría, pero le dije que no debía molestarnos, que estaríamos trabajando.

Ya en el coche, Madison se explicó:

—Tenemos un nuevo interno en el Moonlight que nos está causando problemas a todos. Primero han sido las constantes peleas con los mayores y después ha empezado a gastarnos bromas a todos. Ayer por la noche, sin ir más lejos, le tiñó el pelo a Lea. No veáis el susto que me he llevado esta mañana al encontrármela con el pelo verde.

Se me escapó una risita al imaginármela así. Con razón había faltado ese día.

—No solo eso. El muy cabrón ha roto toda mi ropa. Tenía todo el armario lleno de pedazos de tela.

Suerte que tenía esto en la secadora. —Señaló su ropa—. Juro que ese niño no llega a la adolescencia.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó John.

Madison lo miró desde el asiento de atrás.

—Eso es lo que más me saca de quicio, que no le hemos hecho nada. Solo le hemos intentado ayudar, ya sabéis, siendo amables con él.

Conduje por un par de calles mientras pensaba en qué podía responderle.

—A lo mejor solo busca llamar la atención.

—No creo. Siempre dice que quiere estar solo.

De repente, el teléfono de Madison empezó a sonar con fuerza. Lo sacó y miró la pantalla, leyendo el nombre de la persona que le llamaba. Por el espejo retrovisor vi que fruncía el ceño.

—Es Lea —aclaró. Me pregunté si habría pasado algo grave. Era extraño que la estuviese llamando en ese mismo instante.

—¿Sí? —contestó a la llamada—. ¡Qué ha hecho qué! —Calló para escuchar la respuesta—. No me digas eso porque te juro que lo mato. —Escuchó lo que le decía su amiga mientras John y yo permanecíamos atentos—. Vale. Te veo luego. —Se quedó callada—. Sí, en casa de Eric, como habíamos quedado. —Sonrió—. Yo también te quiero. Adiós. —Y colgó la llamada.

—¿Qué ha pasado? —preguntamos John y yo a la vez.

Suspiró de forma cansina.

—Otra de las travesuras de Kevin.

—Así que el granuja tiene un nombre... —comenté.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó John.

Guardando su teléfono móvil en la mochila —lo supe porque oí el sonido de la cremallera—, respondió:

—Le ha tirado un cubo de agua y harina a Lea, y estaba dando vueltas por el salón mientras gritaba cuando me ha llamado. —Resopló—. Ese niño acabará conmigo.

—No te preocupes —intenté tranquilizarla mientras llegaba a la calle en donde vivía—. Algún día se le pasará. Creo que solo necesita adaptarse a vosotros y que vosotros os adaptéis a él.

—Ojalá ese día sea pronto. No me apetece aguantarlo por más tiempo.

Aparqué el coche en el garaje y, antes de que Madison pudiera salir del coche, me apeé y le abrí la puerta, ganándome una hermosa sonrisa de agradecimiento de su parte y una mirada de burla de mi amigo.

Puse los ojos en blanco. Estaba deseando que se echara una novia para que entendiera por qué actuaba así. Estaba deseando que le confesara sus sentimientos a Lea de una vez por todas. No sabía si podría soportar mucho más tiempo las miraditas indiscretas que le lanzaba.

Al abrir la puerta de casa, el apetecible olor de la comida inundó mis fosas nasales. A pesar de haber almorzado, ese olor te instaba a comer lo que sea que mamá hubiese preparado.

—Buenas tardes, chicos —nos saludó mamá saliendo de la cocina—. ¿Qué tal os ha ido el día?

La razón de que mamá no se sorprendiera por la visita de Madison era que ya estaba avisada. Habíamos quedado ayer en que ensayaríamos en mi casa si no teníamos entrenamiento.

—Un poco cansado, pero bien. —Sonreí y le di un beso en la mejilla.

—Me alegro. Os he dejado el salón preparado para que podáis ensayar mejor. Divertíos. —Miró a Madison y a John—. Estáis en vuestra casa.

Volvió a la cocina.

—Me encanta tu madre, Eric —fueron las palabras de John.

Entramos en el salón. Tal y como había dicho mi madre, el salón había sido modificado. La mesa de cristal que usualmente estaba situada en el centro, se encontraba en uno de los laterales y la alfombra que había debajo había sido enrollada y colocada en una de las paredes.

—Tenemos que pensar en qué queremos hacer —empezó a decir John—. Me parece muy buena la idea de mezclar Hip Hop con Jazz, pero no tengo ni idea de cómo podríamos plasmarlo.

—La canción que elegiste es muy apropiada para un baile de ese estilo, o eso me ha dicho Hayley —confesé.

Madison nos miraba con la concentración dibujada en su rostro. Creo que en ese momento la teníamos en “modo coreógrafa”.

—He pensado en varios pasos, pero primero quiero ver vuestro nivel para saber si seréis capaces de reproducirlos.

Así que nos obligó a bailar. Como ya he mencionado anteriormente, era muy malo bailando, pero aun así no sentía vergüenza por hacerlo. A John, en cambio, se le daba medianamente bien o eso dijo Madison en varias ocasiones.

—Vale, chicos, ya sé lo que podemos hacer para empezar. Dejadme estirar y os lo enseño.

Solo tardó diez minutos en hacerlo, pero para mí fueron los diez minutos más dolorosos de mi vida. ¿Cómo hacía esas posturas tan difíciles?

—Bien, ¿estáis listos?

Asentí con la cabeza, preparado para la acción. Pero, ¿quién me iba a decir a mí que iba a ser el mes más movidito de mi vida?

Capítulo 21

Madison

—¿Cuántas veces te he dicho que no te muerdas las uñas, Maddie? —preguntó Eric mientras me apartaba la mano de la boca de un manotazo.

Solté un breve quejido.

—¡No puedo evitarlo, Eric!

Suspiró mientras se acomodaba en el sofá, sentado a mi lado. Giró su cuerpo de tal manera que quedamos cara a cara. Alzó mi barbilla con suavidad, presionando sus dedos y mandando una suave descarga eléctrica por cada poro de mi piel.

—Escucha, todo está bien. No tienes por qué estar nerviosa...

—¿Que no? —lo interrumpí—. ¡Mañana tenemos la presentación, sin ir más lejos! Así que sí, tengo razón en ponerme nerviosa.

Eric echó la cabeza hacia atrás y soltó una tremenda carcajada. Me indigné.

—Lo siento, Maddie, no he podido evitarlo —se intentó disculpar al ver que apartaba la mirada y me levantaba. Me miraba con demasiada intensidad—. A veces eres tan perfeccionista...

También se levantó y me dio un suave beso en la punta de mi nariz. Pese a que llevábamos casi tres semanas saliendo oficialmente, todavía seguía ruborizándome actos como ese. Esperaba que con el transcurso del tiempo me fuera acostumbrando.

—¿Qué te parece si ensayamos nuestra parte en parejas mientras Lea y John terminan de tomarse su bebida? —pregunté. Los dos habían ido a la cocina a por un vaso de agua, pero llevaban más de diez minutos desaparecidos.

—Me parece una buena idea. —Sonrió de lado, esa sonrisa que provocaba tantas cosas buenas en mí y que tanto adoraba.

Eric había mejorado muchísimo. Antes parecía un pato cuando intentaba bailar, pero después de casi un mes de ensayo eso había cambiado notoriamente. Al principio me había visto obligada a darles un par de clases de hip hop contando con la ayuda de Wyatt. No sé por qué a Eric le molestó eso, pero lo hizo. No paraba de lanzarle miraditas de vez en cuando. Unos días después me confesó que estaba celoso de él.

No tenía por qué estarlo. Yo estaba enamorada de él, no de Wyatt. Él solo era un gran amigo de toda la vida, el único amigo del sexo masculino que tenía en realidad. Una de las razones por las que Eric estaba celoso, según me dijo, era porque Wyatt y yo teníamos cierta confianza y complicidad que no tenía con él.

La razón era que lo conocía desde siempre, no como a Eric, a quien había empezado a conocer hacía menos de un año.

—¿Estás ahí? —preguntó, sacándome de mis pensamientos.

Asentí levemente con la cabeza mientras el muy canalla sonreía de forma burlona y me arrastraba hasta el centro de la pista improvisada que habíamos creado en el centro. A pesar de ser lunes, hoy ni John ni Eric ni yo entrenaríamos. Pese a que me fastidiaba la idea de perderme la pirámide y el primer día de ensayos, era algo que veía necesario hacer. Hoy quería tener todo a punto: hacer el ensayo final y probarnos el vestuario que llevaríamos mañana durante nuestra

exhibición. Por supuesto que había avisado a Hannah con anterioridad y me había ganado una gran regañina de su parte, porque para ella era mucho más importante mi carrera profesional como bailarina, pero al final había entendido la importancia de pulir bien los últimos detalles para que todo estuviera a punto el martes.

Puse la música y empezamos a reproducir la coreografía. Me encantaba, aunque su nivel de dificultad no fuese muy elevado. Había ciertos pasos que adoraba. También había unos segundos en la coreografía en la que debía hacer un pequeño solo, cuyos pasos de baile eran los más complicados. En definitiva, estaba ansiosa por mostrarla al mundo.

—Oh, mira qué monos, John —se burló Lea en cuanto entraron por la puerta y nos vieron.

—¿Celosa? —pregunté mientras me soltaba del fuerte agarre de Eric a regañadientes.

—Qué más quisieras. —Me sacó la lengua.

No pude evitar reírme de su forma de actuar. Parecía una niña resentida.

—¿Ensayamos o vamos a seguir perdiendo el tiempo? —dijo John dando un paso hacia delante.

Debía admitir que tenía razón. Habíamos estado perdiendo el tiempo, y yo no había faltado a clases de baile para no hacer nada. No señor.

Hice crujir mis nudillos como si me estuviese preparando para el peor de los combates.

—Tienes razón. Pongámonos manos a la obra.

—Te cuento —decía Sarah desde el otro lado de la línea telefónica—. Estabas en el segundo puesto de la pirámide por el gran trabajo que hiciste con el grupo el sábado y yo estaba en el tope por haber vencido a Annette en la categoría lírica sénior.

Asentí con la cabeza, pero al darme cuenta de que ella no podía verme reí internamente.

—¿Qué más me he perdido? —pregunté mientras me sentaba en uno de los mullidos sofás del salón principal.

—Esta semana va a ser la última semana de competencias del año porque...

—¡Hay recital! —exclamé ilusionada ante la idea, interrumpiendo lo que mi amiga me iba a decir.

—Exacto —la escuché decir, seguido de su risa—. El caso es que tendremos tanto tú como yo un solo, y Emma, Tamara y Sammy un trío.

—¡Eso es estupendo!

—Sí. Tu solo no sé cómo será, pero el mío es de estilo lírico con algún paso contemporáneo, y el trío es un baile de jazz, por lo que he podido ver.

—¿Qué hay del grupal?

Soltó un pequeño suspiro.

—Va a ser un musical.

Sarah odiaba ese género de baile desde siempre porque no era su fuerte. A mí, en cambio, me encantaba porque exigía actuación y mucha técnica.

—Cambiando de tema, ¿qué tal llevas tu trabajo?

—Creo que bien, pero estoy un poco nerviosa. Ya quiero exponerlo. Creo que es una buena coreografía y que los cuatro estamos coordinados, más o menos.

—No seas tan perfeccionista, ¿vale? Recuerda que ninguno ha dado una clase de baile en su vida.

Bueno, eso era relativo. Yo misma les había dado un intensivo de baile en ese mes. Creo que los tres habían acabado odiando la danza por mi culpa, pues a veces me pasaba de dura. Era algo

que no podía evitar. Sentía que si algo no salía a la perfección, haríamos el ridículo, así que solía ser muy exigente.

Por el rabillo del ojo vi a Kevin entrando en el salón. Me puse alerta al instante. Sus bromas pesadas y sus berrinches no habían menguado en lo más mínimo en ese mes. Todo seguía igual, él no había cambiado. Parecía no querer estar aquí, como si no se sintiese cómodo con nosotros.

—Debo dejarte —le dije.

—Vale. Nos vemos mañana, Maddie. Te quiero.

—Y yo.

Lo miré y él hizo lo mismo. Me fulminó con la mirada. Le imité sin pudor. Ese niño de nueve años no me asustaba. Fue él el primero en apartar la mirada. Se sentó en uno de los sofás, a una distancia prudencial de mí. Solo aparté mi mirada de él cuando sacó una pequeña videoconsola y empezó a jugar con ella.

Me relajé un poco y volví a lo mío antes de que Sarah me hubiese llamado.

Estaba tan ansiosa de que llegara la mañana siguiente que cuando lo hizo no podía creérmelo. Por fin había llegado el día señalado.

Esa mañana me desperté antes de lo normal y cuando comprobé que no podría volver a dormirme, decidí levantarme y empezar a preparar todo. Me aseguré de que tanto el vestuario de Lea como el mío estuviesen dentro de la bolsa en la que los habíamos guardado la noche anterior, intactos. No me fiaba de Kevin.

Como todavía faltaba una hora para que los demás se levantaran, decidí bajar a la sala de ensayo para repasar el baile y terminar de pulirlo. Así que únicamente vestida con unos leggings y una camiseta negra en cuyo centro se promocionaba una marca deportiva, bajé hasta el sótano.

Cuarenta y cinco minutos más tarde salía de ahí cubierta de sudor y sonriendo como una tonta. Ese era el efecto que producía el baile en mí, era la cosa que más feliz me hacía y que más me relajaba. Fui hacia mi dormitorio y cogí la ropa que llevaría a clase ese día. Como todos ya habían visto mi otro yo, ya no hacía falta que me escondiera bajo esas capas de ropa horrenda. Eso me gustaba; de lo contrario, no habría podido ponerme una falda ese día, con lo que a mí me gustaba llevarlas.

Después de darme una buena ducha y una vez preparada para pasar otro día en el Kensington, bajé las escaleras y entré tarareando en el comedor.

—Vaya, al parecer alguien está de buen humor —fue lo primero que dijo Lea nada más verme.

—Estoy eufórica —dije mientras me sentaba a su lado y me servía un poco de zumo.

—No te he visto cuando me he levantado. ¿En dónde estabas?

Me encogí de hombros.

—Me he despertado temprano, por lo que he decidido ensayar un poco para aplacar mis nervios.

—Espero que no te hayas cansado. Te necesitamos fresca como una rosa.

No pude evitar soltar una tremenda carcajada.

—Te recuerdo que soy capaz de pasarme todo el día bailando, así que no tienes que preocuparte por nada.

Seguí tomando mi desayuno mientras hablaba con los demás. Dani se quejaba de su mala suerte, pues le había tocado como compañera de baile a una de las arpías del grupo de Kaitlyn, la que debía de bailar fatal, según nos había dicho. Siendo sincera, no creía que el profesor de Educación Física nos pusiera mala nota si el baile no estaba perfecto. No tenía pinta de saber mucho de eso. Sin embargo, quería hacerlo bien por si las moscas.

Muy a mi pesar, la hora de irnos llegó y pronto nos encontramos entrando por la puerta de entrada del Kensington. Llevaba mi mochila habitual junto a la de baile. En esta segunda llevaba todo lo que necesitaría tanto para la puesta en escena como para los ensayos. Había decidido traerla conmigo porque suponía que, como ese día debíamos presentar nuestro proyecto, Eric y yo empezaríamos nuevamente con las tutorías de inmediato.

—Buenos días, preciosa —susurró alguien en mi oído.

Pegué un gran bote en mi sitio. Cuando me giré para encarar a aquel que había osado asustarme, me encontré con que el culpable era Eric. El muy canalla se estaba riendo de mi reacción.

—¡Me has asustado!

—Lo siento, pero ha sido muy gracioso, Maddie —dijo entre risas.

—¡No tiene gracia! —fingí enfadarme con él, aunque mi sonrisa me delató.

Agarrando las correas de mi mochila, me acercó a él. Con una mano alzó mi barbilla para que lo mirara y con la otra entrelazó nuestras manos, despertando así a las dichosas mariposas de mi estómago, aquellas que habían permanecido dormidas durante diecisiete largos años.

—¿Sabes que te pones muy guapa cuando te enfadas?

—Sí. —Sonreí con falsa petulancia—. ¿Sabes que con eso no vas a llevarme al huerto? —me burlé.

—Créeme, soy consciente de ello. Pero quería halagar a mi novia. —Sonrió con esa sonrisa suya que me encantaba.

Esa palabra sonaba muy bien salida de sus labios.

—Mmm, repítelo de nuevo.

Amplió su sonrisa.

—¿El qué? —se hizo el sueco—. ¿Lo de que soy consciente de ello? —se burló. Puse los ojos en blanco—. Ah, vale, ya sé. ¡Que eres mi novia! —Y me besó—. Toda mía.

—Sí, como tú eres mío. —Lo acerqué más a mí y pegué mis labios en los suyos.

Alguien carraspeó a mi lado, lo que provocó que nos separásemos de inmediato.

Lea nos miraba alzando una ceja.

—Siento interrumpiros, pero necesito sacar mis cosas y como que estáis apoyados en mi taquilla.

Ups. Me ruboricé de pies a cabeza. Me pregunté cuánto tiempo llevaría viendo cómo nos dábamos el lote.

—¿Lo siento? —Sonreí como si nunca hubiese roto un plato.

Me aparté de ahí para que ella pudiese sacar sus cosas y la imité. Saqué mi libro de francés y el cuadernillo y todo el material de matemáticas. Uf, esa mañana sería un pelín dura.

Poco a poco los pasillos se llenaron de adolescentes alterados, sobre todo el bloque en donde se encontraban las taquillas de mi curso. Era lo normal por lo que tendríamos que hacer entre cuarta y quinta hora. Siendo sincera, también estaba nerviosa, pero solo lo habitual. Lo que no sentía era la presión que solía sentir cuando competía, pues era consciente que no debía impresionar a nadie.

Los amigos de Eric llegaron al pasillo en donde nos encontrábamos poco antes de que yo terminara de preparar todo. Mientras esperaba a Lea, tamborileé con los dedos la melodía de la canción que habíamos preparado sobre el metal mientras la cantaba internamente.

—¿Quieres parar? —me pidió ella—. Me estás poniendo nerviosa.

Dejé de hacerlo, disculpándome con la mirada. Esperé pacientemente a que terminara de coger sus cosas y, cuando lo hizo, se giró y miró por encima de mi hombro.

—¿Vamos?

Asintió con la cabeza sin decir una sola palabra y empezó a caminar hacia la clase de francés que se encontraba en la planta baja. La seguí, volviéndome.

—Esperad, chicas. Os acompañamos —nos pidió Jack mientras se ponía a nuestra altura. Desde que Eric y yo había decidido empezar una relación sus amigos ya no se metían con nosotras; es más, eran amables.

Qué pena que no pasara lo mismo con las animadoras. Ellas habían incrementado su odio hacia mí, si eso era posible. Lea decía que estaban celosas de que el chico más popular y sexy de toda la clase me hubiese elegido a mí en vez de a una de ellas. Debido a eso debía aguantar todos sus insultos y pullas.

Tal y como me había pedido, les esperamos. A decir verdad, fueron muy rápidos. John fue el primero en terminar y fue a hablar con Lea, la que se encontraba a unos pasos por delante de mí. El siguiente fue Eric, quien se acercó a mí, entrelazó nuestros dedos y me dedicó una de sus maravillosas sonrisas. Jack y Ethan fueron los siguientes. Caden fue el más lento de todos.

Llegamos a clase de francés con tiempo de sobra. Lea y yo nos situamos en la primera fila, como siempre, y Eric —mi novio— en la última, no sin antes despedirse de mí con un casto beso en los labios.

Sonreí como una boba mientras me sentaba en mi sitio y ordenaba todo.

Las siguientes tres horas se me hicieron cortas, no sé si fue por lo ansiosa que estaba o porque no había parado de tomar nota. Solo sé que pronto me vi saliendo de clase de matemáticas, despidiéndome de un sudoroso señor Gold.

Cuando Lea y yo llegamos a los casilleros, Eric y sus amigos ya se encontraban ahí, rodeados por las animadoras. Puse los ojos en blanco, molesta al ver cómo Kaitlyn coqueteaba con Eric. Deseé arrancarle sus falsas extensiones ahí mismo, pero me contuve.

Los chicos no habían asistido a clase de matemáticas porque habían decidido, según nos habían dicho, que la clase era tan aburrida y que ellos iban tan adelantados en esa materia que no necesitaban esas dos horas. No tenía ni idea de en dónde habían estado, pero lo cierto era que me importaba más bien poco.

—Llegó el día del Juicio Final —decía Lea mientras abría el pequeño armario metálico que le habían asignado a comienzos de curso.

—¡Qué dramática eres a veces, amiga!

—Es la verdad —se quejó ella.

—Hablando de eso, se me ha ocurrido que podríamos ir preparándonos durante el descanso, ¿qué te parece?

Comencé a dejar mis cosas en su lugar correspondiente mientras era ignorada completamente. Bufé, agitando una mano delante de su rostro. Miraba embelesada a John, el que se encontraba a unos pasos de nosotras.

—El planeta Tierra llamando a Lea Moon. Vuelva del planeta John, en Madisontrópolis la necesitan.

Mi amiga parpadeó y, ruborizándose hasta la médula, centró toda su atención en mí. Negué con la cabeza, sonriendo de lado.

—No sé por qué no te lanzas.

—Es que él es tan...él y yo soy tan... yo que... ¡argh! —Se sonrojó aún más, si eso era posible.

Reí por su nerviosismo.

—Es obvio que le gustas. Si no, mira la manera en la que te mira. —Lo señalé. John no le

había quitado el ojo de encima en cuanto habíamos llegado, fascinado.

—No sé. Siempre está rodeado de chicas —comentó con inseguridad. Era curioso que esa fuera la misma persona que me aconsejó hacía más de un mes que le pidiera salir a Eric. ¡Qué irónico!

—¿Te crees que Eric no? —Lo señalé. Estaba hablando con Kaitlyn muy animadamente y eso, debía admitirlo, me estaba matando de celos.

Puso los ojos en blanco.

—Eric está enamorado de ti hasta los huesos, amiga. No es lo mismo. El punto es que no sé si John siente lo mismo que yo. ¡Argh! ¿Por qué el amor es tan complicado? —Se pasó las manos por el cabello, gesto que solo hacía cuando estaba realmente frustrada. Solté una gran carcajada al verla así—. ¡No tiene gracia!

—¿Qué es lo que no tiene gracia? —preguntó Eric acercándose a nosotras seguido de John.

—¡Nada! —exclamamos las dos al unísono, como sincronización y poniendo nuestra mejor cara de no-he-roto-nunca-un-plato.

—¿Qué era lo que me estabas diciendo antes, Maddie? —preguntó Lea.

Suspiré

—Que si queréis que vayamos preparándonos para la puesta en escena durante el recreo.

—Es una buena idea. —John sonrió—. Tu novia tiene buenas ideas, Eric.

Esas palabras provocaron que me pusiera roja como un tomate.

—Mi novia siempre tiene buenas ideas —dijo él mientras entrelazaba nuestros dedos.

Alcé una ceja.

—¿Acaso lo dudabais? —Eric no dejó de sonreír en todo momento, sin quitarme el ojo de encima—. Entonces, ¿qué decís?

—Me apunto —dijo Lea, y John y Eric la secundaron con un asentimiento.

Así que cogimos las mochilas en donde guardábamos todo lo que habíamos traído para la presentación y fuimos hacia el gimnasio. Tal y como había deducido, no había nadie. Supuse que todos estarían disfrutando de su merecido descanso tras tres largas horas de clase.

El vestuario masculino y el femenino se encontraban en puntas opuestas del gimnasio, por lo que tuvimos que separarnos a mitad de camino. El vestuario de las chicas era muy amplio, de suelos y paredes hechas de baldosas azules y blancas respectivamente. Un gran banco recorría toda la pared y en el fondo, bien ocultas, se encontraban las duchas.

Dejé mi mochila en la parte más alejada de la estancia y empecé a sacar todo lo que necesitaría para arreglarme. Me cambié por el atuendo que llevaríamos durante la presentación y, una vez vestida, me miré en el espejo. Era increíble lo bien que me sentaban esos pantalones cortos, la camiseta de manga larga gris y el chaleco brillante de color negro. Para no pasar frío, habíamos decidido ponernos unos *leggings* también de colores llamativos.

—¡Me encanta tu sentido de la moda! —exclamó Lea. Vi cómo se acercaba a mí a través del espejo. A ella le sentaba mucho mejor que a mí debido a sus hermosos rasgos angelicales y a su cabello claro.

Sin decir más, empezó a cepillar mi cabello hasta atarlo en un sencillo moño trenzado. Repetí la acción con ella para después empezar a maquillarnos mutuamente con una sutil capa de maquillaje en la que destacamos un poco nuestros labios con colores fuertes.

Poco antes de acabar, escuché varios murmullos provenientes del pasillo, lo que nos indicaba que el resto de chicas estaban a punto de entrar en los vestuarios.

—...

Creo que seremos las mejores —parloteaba Kaitlyn irrumpiendo con su

voz tan chillona. Scarlett iba a su lado, junto al resto de las seguidoras.

—Seguro que sacamos la nota más alta de la clase —la secundó Scarlett.

—Porque sois las más experimentadas en todo esto.

Ellas se situaron cerca de la entrada sin antes dirigirnos una mirada de aversión a Lea y a mí. Puse los ojos en blanco y continué con lo mío.

—Siento que tengo ganas de vomitar —dijo Lea captando toda mi atención—. No sé cómo lo aguantas, Maddie. Siento que me he metido un litro de cafeína pura en las venas.

Me giré hacia ella, quien había empezado a caminar de un lado a otro con nerviosismo, retorciendo sus manos y mordiéndose el labio inferior distraídamente.

—Eso son los nervios, amiga mía —dije mientras me acercaba a ella—. Pero debes estar tranquila, porque lo vas a hacer bien.

Suspiró.

—Tengo miedo de quedarme en blanco y dejar mal al grupo, de tropezar y quedar mal delante de toda la clase.

Le puse las manos sobre sus hombros y la miré a los ojos, impidiéndole avanzar.

—Lea, escúchame. Da igual lo que pase en escena, lo importante es que nos divirtamos, ¿entiendes? No creo que el profesor sea muy estricto teniendo en cuenta que de baile sabe más bien poco.

—Ya, pero...

Lea no llegó a terminar la frase, pues Kaitlyn había decidido que era una buena ocasión para molestarnos con sus estúpidos comentarios. Se acercó a nosotras acompañada de Scarlett y Jasmine. Las dos primeras iban ataviadas con unos vestidos demasiado cortos para mi gusto y demasiado escotados de un color muy llamativo que yo nunca, jamás, me pondría porque no me quedaba bien. Jasmine, por el contrario, llevaba una falda de seda turquesa y una camisa gris perla. Así, tal y como lo había conjuntado, me gustaba mucho.

—Rompeos una pierna, literalmente.

—Eso, frikis.

—Habló una de las mayores perras del universo —contraataqué.

—Por lo menos yo soy guapa, no como otras. —Y nos miró con desdén.

—La belleza no mide cuán bello es el rostro de uno, sino que mide cuán bella es su manera de ser —recité. Esas palabras me las había dicho Kara cuando Kiara me había llamado fea delante de todas sus compañeras y llegué echando humo por las orejas y con los ojos hinchados y enrojecidos por las lágrimas.

—Por lo menos los chicos se fijan en nosotras —arremetió Scarlett con ese tono que tanto detestaba, pues era muy similar al de Kiara.

Miré a Lea y, segundos después, ambas estallamos en carcajadas.

—¿Qué? —Las dos parecían molestas.

—Creo que habéis olvidado que Madison está saliendo con uno de los chicos más calientes del curso y del instituto —les recordó Lea.

Kaitlyn se acercó peligrosamente a mí, fulminándome con la mirada. "Gracias, Lea, por avivar el fuego de su ira", pensé.

—No sé cómo lo habrás hecho, estúpida, pero créeme que en cuanto él se canse de ti, te dejará y correrá a mis brazos.

—Qué más quisieras —me burlé, harta ya de ellas.

—¡Por favor, sí todas sabemos que solo busca revolcarse contigo! —exclamó Scarlett—. ¿Por qué si no iba a estar contigo?

Esas palabras me hicieron dudar al principio. Pero luego recordé lo detallista que era conmigo, lo bien que se portaba y que nunca buscaba nada más allá de los besos que compartíamos. Hacía tres semanas que habíamos decidido empezar a salir, pero, sin embargo, ni Kara ni Álvaro lo sabían porque, siendo sincera, no sabía cómo asimilarían el hecho de que yo, una chica que nunca se había fijado en los chicos en toda su vida, ya no estaba soltera. Es por eso que deseaba que Eric los conociera. Era extraño que yo sí conociera a sus padres y él no conociera a mis tutores legales.

—A lo mejor es porque soy mejor persona que vosotras.

Kaitlyn parecía querer aniquilarme ahí mismo, lo veía en su mirada. No obstante, no llegó a decir nada, pues escuchamos el agudo pitido del silbato del entrenador, lo que significaba que ya era hora de salir de ahí, por suerte.

—Esto no va a quedar así, friki. Te vamos a machacar en la pista de baile —amenazó.

—Uy, mira cómo tiemblo. —Hice una mueca.

Lanzándome una mirada que lo decía todo, salió de los vestuarios con paso enérgico seguida de todo su séquito de harpías. En el vestuario quedamos las pocas chicas que aún no habíamos terminado de prepararnos. A nosotras nos faltaba calzarnos, cosa que hicimos con rapidez. Pronto nos encontramos saliendo de los vestuarios y reuniéndonos alrededor del entrenador. Tuvimos que esperar a que el resto saliese, entre ellos mi novio y sus amigos, los que se acercaron a nosotras.

—Os diré cómo será la clase de hoy —fue lo primero que dijo en cuanto vio que ya estábamos todos—. Como sabéis, hoy os toca presentar la coreografía que habéis elaborado delante de toda la clase. Yo elegiré los turnos de actuación, ¿entendido?

Todos asentimos con la cabeza sin cuestionarle, pues sabíamos que si nos quejábamos, nos haría correr alrededor de la pista de atletismo a pesar de estar lloviendo a mares.

—En ese caso, los primeros van a ser Jasmine Davis, Alma Wings, Isabella Long, Chad Bennett y Jace Wadlow.

Los aludidos fueron al centro del gimnasio. Se suponía que debíamos haberle mandado la pieza que bailaríamos la noche anterior, de lo que yo me había encargado. Su coreografía no me gustó, la verdad.

No me parecía muy buena, pero el intento había estado bien. Jasmine se movía con maestría; se notaba que tiempo atrás había asistido a clases de baile en el *Great Dancers Studio* hasta los doce años. Dejó el baile a esa edad, según tenía entendido, porque sus padres no podían pagar la escuela de Summer. Ella, al contrario que el resto de compañeros ahí presentes, asistió a otro colegio e incluso estuvo matriculada en el mismo instituto de Sarah hasta hacía un par de años, en los que se mudó de barrio y de centro. Al principio me preocupó que ella me reconociera de las competencias de baile y arruinara todo el plan, pero por suerte no lo hizo, pues yo había cambiado mucho en esos años, no como ella. De pequeña era igual de presumida, puede que incluso más. Summer era una experta en eso, ya que muchos de sus alumnos eran unos engreídos. Había visto cómo los mimaba llevándolos a las competencias en limusina y hospedándolos en los mejores hoteles de la ciudad cuando la competición era en sitios lejanos de Portland.

Mis compañeros fueron presentando sus números según el profesor les iba nombrando hasta que llegó nuestro turno. Para entonces, me sentía un poco nerviosa, lo que era normal en mí. Eric no se había separado de mí en ningún momento, sentado a mi lado y agarrando mi mano con fuerza.

—Eh —capté su atención mientras nos levantábamos—, lo vas a hacer bien.

—Ojalá. No quiero que suspendamos por mi culpa —confesó.

—Entre Lea y tú me vais a dar un dolor de cabeza con eso. Debes confiar en ti, ¿vale? Quiero ver al Eric orgulloso, egocéntrico y seguro de sí mismo de siempre —le apremié.

Me miró guiñándome un ojo.

—Bueno, si me lo pides así...

Me coloqué en mi posición riéndome por lo bajini.

—Suerte —nos deseó el entrenador poco antes de poner la canción.

Los primeros diez segundos me quedé quieta en mi sitio, tal y como habíamos acordado, pero pasado ese tiempo empecé a moverme siguiendo los pasos de la coreografía. Ese mes había mejorado muchísimo con el hip hop, pues había invertido muchas horas en ese estilo de baile. Estuvimos muy bien sincronizados, aunque en ocasiones Lea se adelantaba un par de pasos que yo intentaba ocultar poniéndome a su altura.

Al terminar, respiraba agitadamente. Había dado todo de mí y esperaba que eso fuera suficiente.

—Gracias, que pasen los siguientes —pidió el señor que nos machacaba, nombrando a los afortunados que tendrían que hacer, en mucho de los casos, el mayor ridículo de sus vidas.

—Ha estado muy bien —dije mientras me sentaba en el mismo sitio de antes con Eric y Lea a ambos lados de mí y John al lado de mi amiga.

—Ha sido divertido —comentó John.

—Había olvidado lo que se siente al hacer exhibiciones de baile.

—Ahora sabes lo que te pierdes. —Sonreí llena de satisfacción por el resultado.

Mi amiga hizo una mueca muy graciosa, similar a la que se obtiene cuando se come un limón bien ácido.

—Todo tuyo. Lo he pasado fatal con los nervios.

Seguimos viendo el resto de coreografías hasta que todos los grupos hubiesen expuesto el trabajo en el que habían empleado muchas horas. Después, el entrenador se dirigió a toda la clase, diciendo en voz alta las notas.

—...Kaitlyn Willimiams, Scarlett Smith, Ethan Martin, Caden Baker y Jack Taylor —los nombró—, han hecho una presentación excelente. Tienen un nueve. —Los aludidos se felicitaron los unos a los otros—. Madison Moon, Lea Moon, Eric Woods y John Tucker, han sacado la nota más alta de la clase, un nueve y medio.

Sonreí y abracé con fuerza a mi equipo.

—¿Veis que lo íbamos a hacer bien?

—Eso no es hacerlo bien, eso es ser unos profesionales. —Reí por el orgullo que notaba en la voz de Eric y en el brillo triunfal de sus ojos—. Tengo una idea, después de clases vayamos a tomar algo antes de que te tengas que ir al estudio.

Sonreí y asentí con la cabeza. En ese momento nadie borraría la alegría y emoción que sentí burbujear en mi interior, ni siquiera la mirada de odio que me lanzaba todo el grupo de animación del Kensington.

Capítulo 22

Madison

El domingo, al ver que Kevin tendría uno de sus días malos, decidí llevar a los más pequeños al cine. A Kara y a Álvaro les pareció una gran idea, tan buena que me pidieron que comiésemos en un restaurante de allí. Era entendible, pues últimamente Kevin estaba arremetiéndome contra los más inofensivos del hogar.

—Toma el dinero para pagar la comida y el cine, Maddie —dijo Álvaro mientras me extendía unos cuantos billetes.

—Gracias de nuevo por hacer esto —me agradeció por millonésima vez Kara mientras me daba un fuerte abrazo—. No sé cuánto va a durar el comportamiento de Kevin ni cómo pararle los pies.

—No hay de qué. —Sonreí—. Lo hago encantada. Sabes que me encanta pasar tiempo con ellos.

Se despidieron besando mi coronilla cada uno y después salí de su despacho, situado en la planta baja del Moonlight. Había planeado todo. Iríamos en autobús hasta el centro comercial más cercano al orfanato, en donde había un gran cine y varias zonas de juegos infantiles.

Fui a buscarles. Fue fácil encontrarles, pues los cuatro se encontraban en el jardín trasero. Mientras que Maya y Owen jugaban a la pelota, Rebecca y Amber jugaban a una rayuela improvisada que habían dibujado en el suelo, en donde se encontraba la pequeña zona de juegos.

—Chicos —los llamé nada más salir al porche. Hacía un frío helador a pesar de que el sol brillaba con fuerza—, ¿podéis venir un momento?

Los cuatro niños dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron.

—¿Qué pasa, Maddie? —preguntó la pequeña Amber, clavándome sus preciosos ojos claros. Sonreí.

—He pensado que podríamos ir los cinco al cine, ¿os apetece?

Soltaron un grito agudo de júbilo al unísono que casi me dejó sorda.

—Sí, sí. —Y empezaron a dar saltitos de emoción.

—He hablado con *los jefes* —continué diciendo, remarcando la palabra “jefes”, pues era así cómo llamábamos a Kara y a Álvaro en broma— y están de acuerdo. Es más, nos dejan comer fuera y todo.

—¡Comida y peli! ¡Comida y peli! —canturreaban ellos, sacándome una gran sonrisa.

Les revolví el cabello con ternura.

—Id preparándoos, ¿vale? A ver si podemos salir de casa en media hora.

Así fue cómo mis hermanos fueron a sus habitaciones, burbujeantes de felicidad. Yo también subí a mi habitación, en donde encontré a Lea. Fui armando el bolso mientras le contaba todo lo ocurrido el día anterior en el concurso, ya que ella se tuvo que quedar en Portland haciendo un trabajo.

Entre ella y yo habíamos planeado que el domingo intentaríamos calmar los ánimos de todos, teniendo como cómplice a Dani. Yo me encargaría de los más pequeños; Lea entretendría a los medianos; y Dani se ocuparía de los mayores. Lea se quedaría en el Moonlight haciendo una serie de actividades que había planeado. Dani, a su vez, había planeado una salida al Washington

Park, en donde pasarían el día.

Cogí dinero de la pequeña caja en donde guardaba mis ahorros, guardada en el fondo falso de uno de los cajones de mi mesita de noche, y lo guardé en la cartera. Me cercioré de que había guardado la tarjeta del autobús varias veces. Cuando ya tuve todo listo, saqué mi abrigo negro del armario y me lo puse.

Mientras ataba los botones, alguien llamó a la puerta.

—¡Voy! —exclamó Lea yendo hacia allí—. Hola, chicos —saludó—. ¡Maddie, es para ti!

Terminé de abrocharlo y, cogiendo el bolso, fui hacia la puerta, en donde se encontraban Maya, Owen, Rebecca y Amber. Estaban ansiosos y emocionados por cambiar la rutina de los fines de semana que solía consistir en quedarse en el Moonlight alternado con alguna salida al parque si el tiempo lo permitía.

Despidiéndome de Lea con la mano, salí de mi habitación y bajé las escaleras acompañada de los niños.

Antes de irnos, fui a ver a Kara y a Álvaro. Como no eran ni las once de la mañana supuse que seguirían en su despacho, trabajando sin parar. A veces me preocupaban, ya que se pasaban casi siempre el día metidos entre esas cuatro paredes tan deprimentes.

Toqué la puerta y entré en cuanto Álvaro abrió la puerta.

—¿Pasa algo? —preguntó con preocupación—. ¿No ibas a pasar el día fuera con los niños?

—Y eso es lo que voy a hacer. —Sonreí—. Venimos a despedirnos, ¿verdad, chicos?

—Sí —dijeron los niños entrando detrás de mí.

Diez minutos después salíamos por la puerta camino de la parada de autobús más cercana, situada a un par de cuadras de allí. Iríamos al *Pioneer Place*, que disponía de buenos restaurantes, un gran cine y varias zonas acondicionadas para que los niños pudiesen jugar.

—¡Qué emoción! —dijo Maya mientras caminaba a mi lado, agarrada de mi mano.

—Hacía mucho que no hacíamos una salida de estas —comentó Amber mientras se arrebujaba un poco en su abrigo.

—Gracias por sacarnos de ahí, Maddie. Aunque sea solo por unas horas.

Me enternecí ante los comentarios de mis hermanos. Los miré con adoración mientras continuábamos nuestro camino hacia la estación. Llegamos sobre las once y media y, mientras los niños se acomodaban en los asientos de plástico, miré el horario de los autobuses. Resoplé al comprobar que tendríamos que esperar casi veinte minutos a que el nuestro llegara.

—¿Queda mucho para que venga? —preguntó Owen mientras me miraba con sus preciosos ojos color chocolate. Su cabello estaba un poco despeinado debido al viento y su rostro infantil, ovalado y de mejillas regordetas, estaba un poco sonrojado gracias al frío.

—Un rato.

Pensé que esos minutos se harían eternos, pero me equivocaba. Los niños empezaron a jugar a *Veo Veo* y gracias a eso el tiempo se nos pasó volando. Pronto llegó el autobús y nos subimos a él. Pagué el viaje de los cinco con mi billete y, a continuación, caminé hacia el fondo del transporte, en donde los cuatro niños se habían instalado, uno al lado del otro.

Todo fue sobre ruedas. Fui hablando animadamente con los niños mientras el traqueteo del vehículo nos acompañaba. Sin embargo, en un momento dado Rebecca empezó a mirar el paisaje con seriedad y preocupación.

—Maddie —me llamó Owen—, ¿estás segura de que hemos cogido el autobús correcto?

¿Qué tontería me estaba diciendo un niño de seis años? Por supuesto que nos habíamos subido al autobús indicado.

—Segura como que mi nombre es Madison.

Los edificios eran altos y lujosos, propios del centro, y el tráfico era bastante agobiante en esa zona.

Mientras Rebecca y Amber hablaban de una compañera de clase, Owen y Maya se pusieron a discutir sobre algo a lo que no presté atención. Me limité a mirar lo que había en el exterior.

Pasados unos minutos, me eché hacia delante en mi asiento, abriendo los ojos de par en par, totalmente alarmada al ver cómo el centro comercial al que supuestamente íbamos se quedaba atrás. Mi corazón se detuvo por un instante al descubrir lo que pasaba. ¡Madre mía, me había equivocado de autobús!

—Maddie, ¿por qué se ha quedado el *Pioneer Place* atrás y el autobús no ha parado? —se preocupó Amber, apartando la trenza a un lado.

—¡Es verdad! —El resto se apoyó en el cristal, mirando hacia atrás a la vez que fruncían el ceño.

—Que no cunda el pánico, chicos. Yo me encargo, ¿vale? —intenté tranquilizarles.

Lo que me faltaba, perderme con cuatro niños pequeños histéricos.

Miré el destino de la línea y me relajé al comprobar que nos dejaba cerca de otro centro comercial.

Menos mal. Bendita suerte la mía. ¡Qué susto me había llevado por un momento!

—¡Ya está! La línea del autobús nos deja cerca de *Lloyd Center*. ¿Qué os parece el cambio de planes?

Los cuatro sonrieron con alivio.

—Jo, Maddie, por un momento he pensado que nos habíamos perdido —comentó Rebecca. Bizqueó a causa de los rayos del sol que entraban por la ventana y que se habían posado en su pálido y redondeando rostro.

—¡Menudo susto!

Soltó una pequeña risita de alivio.

El resto del viaje fue sobre ruedas. Tardamos una media hora en llegar al final de la línea. Lo malo era que no estaba muy segura de en dónde nos dejaría exactamente el gran autocar bicolor azul y blanco.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —se quejó Amber.

—Yo no lo veo. —Owen miraba al horizonte achinando los ojos.

Tomé una gran bocanada de aire, buscando la poca paciencia que me quedaba.

Saqué mi teléfono móvil y abrí *Google Maps*. Puse el nombre del centro comercial y, cuando lo encontré, lo puse en modo GPS.

Así fue cómo llegamos allí tras haber estado andando durante casi tres cuartos de hora. En ese momento amé mi móvil con todo mi ser. Fue tal mi desespero, que estuve a punto de arrodillarme y besar el suelo de la entrada. Nunca llegar a un lugar me había hecho tan feliz ni me había aliviado tanto.

Después de tomar una buena y merecida comida en uno de los restaurantes que había allí, llevé a los niños a una zona de juegos infantil. Mientras ellos se divertían, me quedé fuera, vigilando que no se hicieran daño.

—¡Mira! —decía uno de los niños mientras enseñaba cómo se tiraba del tobogán bocabajo.

Sonreí y les saludé con la mano.

Unos minutos más tarde sentí que mi móvil vibraba dentro del bolso, así que lo saqué y lo desbloqué.

Era un mensaje de Eric.

“Buenas tardes”, decía.

Sonreí como una boba mientras le escribía lo mismo. Pronto recibí otro mensaje de él.

“¿Por casualidad no estarás en *Lloyd Center*?”. Miré el aparato extrañada, alzando una ceja.

“Sí”.

Tardó unos segundos en contestar:

“Te estoy viendo”.

Giré sobre mis talones buscándole con la mirada, pero no lo encontré. El pequeño aparato que tenía en mis manos volvió a agitarse.

“Frío, frío. Mira arriba”.

Así hice. Alcé mi mirada y lo encontré. En mi rostro se dibujó una sonrisa al verlo bajar por las escaleras mecánicas. Iba con sus hermanos pequeños, Andrew y Hayley, los que me saludaron con la mano y cuyo gesto devolví con gusto.

Volví a centrarme en los míos. No se habían percatado de nada; lo normal, supuse, pues seguían jugando dentro del gran parque plagado de distintos tipos de toboganes, una piscina de bolas de plástico, una ludoteca, una pequeña zona deportiva y demás aparatos.

Sentí que una mano se posaba en mi hombro, pidiéndome sutilmente que me volviera, cosa que hice.

Sabía quiénes eran antes de girarme: Eric y sus hermanos.

—¡Vaya sorpresa, Maddie! —exclamó Eric, sonriéndome con esa sonrisa tan suya y que bajaba todas mis defensas—. No esperaba encontrarte aquí.

—Ya ves, el mundo es un pañuelo.

—¿Has venido sola o...? —Eric no llegó a terminar lo que decía, pues Maya lo interrumpió.

—¡Hayley! —gritó desde la piscina de bolas.

—¡Maya! —Se giró hacia su hermano—. Eric, ¿podemos ir, por fa? —suplicó ella con esa mirada de no-he-roto-nunca-un-plato que conocía tan bien.

Su hermano le revolvió el cabello con ternura y asintió, sin antes depositarles un beso en la mejilla a cada uno. Los dos niños entraron en el perímetro del parque persiguiéndose el uno al otro.

—Parece que nos hemos quedado solos —dijo Eric mientras se acercaba más a mí, agarrando mi cintura con sus manos.

—No por mucho tiempo. —Señalé a los cinco niños, los que estaban ajenos a nuestra conversación.

—Mmm, quiero aprovechar ese tiempo. —Eric me guió a una zona acondicionada con sillones y sofás de color azabache y bordados dorados. — ¿Qué haces aquí?

Antes de contestar me dejé caer en uno de los sofás:

—He venido a ver una película con los niños.

—¡Qué casualidad! Yo también. —Su sonrisa se hizo más grande.

—Aunque, siendo sincera, no tenía pensado venir a este centro comercial.

—¿Y eso?

Suspiré con frustración mientras recordaba la aventura que habíamos vivido esa mañana. Eric me miraba de tal forma que si hubiese sido un personaje de videojuego, encima de su cabeza habría tenido un gran símbolo de interrogación rojo.

Le conté todo lo que nos había pasado sin poder evitar que mis mejillas se tiñeran de rojo por la vergüenza, ya que siempre dependía del autobús o el metro para ir a sitios que estuviesen lejos de Moonlight, así que no debería haber cometido ese error.

Cuando terminé de contar mi relato, Eric soltó una gran carcajada y después, sin previo aviso, me dio un imprevisto beso en los labios.

—¡Oye! —me quejé—. No tiene gracia, Eric.

—No la tiene para ti, pero ha sido muy gracioso de oír. Ojalá hubiera estado allí.

Fingí enfadarme con él.

—Oh, Maddie. Solo era una broma —dijo a la vez que posaba sus dedos en mi barbilla para alzarla, ya había desviado la mirada para hacer más creíble mi actuación. Cuando nuestros ojos se encontraron, azul contra verde, me reí con malicia, a lo que Eric respondió con una cara de asombro hasta que se dio cuenta de lo que pasaba—. ¡Eres una...!

—¿Gran actriz? —me atreví a preguntar, cortando lo que iba a decirme—. Gracias, me lo dicen mucho.

Puso los ojos en blanco.

—No me refería a eso.

—¿Ah, no? ¿Qué ero lo que ibas a decir? —bromeé poniendo voz coqueta y batiendo mis pestañas tal y como se lo había visto hacer a Kaitlyn y compañía.

Rió de nuevo y volvió a besarme.

—Eres increíble. —Sonreí a la vez que me separaba de él.

Eric me acercó a él posando sus manos en mi cintura. Apoyé mi cabeza en su hombro y miré el parque de juegos, sin perder de vista a los seis niños, los que parecían estar pasándose en grande. Se habían instalado en los cinco toboganes, colocados el uno al lado del otro y siendo cada uno más alto que el anterior. Todos ellos eran de colores brillantes. Dos de ellos tenían forma de tubo, otro era llano y los dos últimos tenían pequeñas ondulaciones.

Permanecimos, así, abrazados y charlando, durante mucho tiempo. Estaba muy a gusto con él, calmada y relajada. En un momento dado Eric se levantó y, tirando de mí, nos acercó a la zona en donde estaban situados los cines, a unos metros del parque. Estuvimos mirando la cartelera y, al final, tras debatirlo durante unos minutos, nos decantamos por ver la última película infantil que se había estrenado. También decidimos comprar ya las entradas, pues apenas había cola.

La chica que estaba en la taquilla, una despampanante morena que parecía un mapache debido a la gran cantidad de maquillaje que se había puesto en los ojos, coqueteó con Eric o lo intentó, ya que mi novio solo se dedicó a pedir las entradas.

—¿Has visto qué mueca ha hecho cuando le hemos dicho qué película íbamos a ver? —Reía Eric.

—Lo mejor ha sido cuando le hemos pedido ocho entradas. Creo que ya le hemos hecho el día.

La peli sería a las cinco y media, así que todavía disponíamos de tres cuartos de horas antes de que empezara.

—¿Qué te parece si llevamos a los niños a tomar un helado antes de ir al cine? —propuso.

Mmm. Me encantaba comer helado, era algo que hacía en todas las épocas del año, aunque hiciese un frío insoportable como era el caso.

—¡Estupendo! Vayamos a por la tropa.

—A sus órdenes, mi amor. —Se llevó una mano a la frente al mismo tiempo que se erguía, provocando que de mi garganta se escapara una sonora carcajada.

Sin borrar la sonrisa de mis labios, recogimos a los niños del parque para llevarles a la heladería que se encontraba en el segundo piso y que se convirtió en una de mis favoritas gracias al delicioso helado.

Todos sabían que Eric y yo habíamos empezado a salir, así que no fue de extrañar que cada

vez que Eric me daba un beso, ellos pusieran muecas de aversión, sobre todo los más pequeños, los que decían:

—¡Qué asco!

—¡Ha besado a una chica!

Sus comentarios me hicieron reír como nunca lo había hecho. Ya veríamos si su opinión cambiaba en unos años.

Capítulo 23

Eric

Fue una agradable sorpresa encontrarme a mi novia en aquel centro comercial y que, casualmente, los dos tuviésemos el mismo objetivo: ver una película. Fue una lástima que no pudiese sentarme a su lado, porque Maya y Owen, los más pequeños de sus hermanos, insistieron en sentarse a su lado.

Después de aquel encontronazo, volví a casa sonriendo como un bobo, lo que llamó la atención de mamá.

—Vaya, sí que te ha gustado la película.

Si ella supiera con quién me había encontrado...

—La peli no sé, pero la hermana mayor de Maya sí que le ha gustado y mucho —dijo Andrew mirándome con burla.

Le di un coscorrón cariñoso, ganándome una mirada de desaprobación de mi madre.

—¿Os la habéis encontrado?

Asentí con la cabeza.

—A ella, a Maya, a Owen y a otras dos niñas que no conocía, pero que he supuesto que son sus otras dos hermanas. Han sido muy majas —contestó Hayley.

—¡Vaya, qué casualidad!

Sonreí. A mamá le caía muy bien Madison, creo que era la primera chica que yo conocía y que no era parte de la familia que le caía bien.

—Hablando de ella... —dije—. Recuerda que mañana vendrá para retomar las tutorías.

Ella me miró.

—Recuerda —me imitó— que mañana viene Christina, así que quiero que la saludes, ¿entendido?

—Sí, señora.

Mamá era una persona muy sociable y, debido a eso, conocía a muchas personas. Entre ellas estaba Christina Price, la que era la mejor amiga de ella. Desgraciadamente, no podían verse muy a menudo debido al trabajo de ambas; mejor dicho, debido a la ocupación de mamá. Christina era maestra de primaria en Summerville y había sido mi profesora cuando yo estaba en segundo y tercer grado, y en esos momentos era la maestra de los mellizos.

Me despedí de ella dándole un beso en la mejilla y subí a mi habitación.

La mañana del día siguiente la encontré perfecta, a pesar de que el cielo estaba cubierto de nubes esponjosas que por su color blanquecino supuse que pronto caerían los primeros copos del año.

No me equivoqué, puesto que cuando bajé para tomar el desayuno, ya se veían cómo caían esos preciosos cristales de hielo. El invierno era una de mis épocas del año preferidas. Me gustaba ver el paisaje cubierto por la nieve y jugar con ella a todas horas, sintiendo su tacto frío y los pies hundiéndose en ella.

—Eric, está nevando —dijo Andrew mientras apoyaba las manos en el cristal de la ventana de la cocina, la que daba a calle.

Sonreí

—Ya veo. —Les di un beso tanto a papá como a mamá y a Hayley. Después, le revolví el pelo a Andrew

—. ¿Y Dylan?

Mamá dejó el desayuno en la mesa y me miró frunciendo el ceño.

—Está enfermo, así que hoy no irá a la escuela.

—Espero que no sea grave —dije con un poco de preocupación, porque para que Dylan faltase al colegio debía de estar fatal. A él le encantaba asistir, decía que esas horas eran muy interesantes porque aprendía cosas nuevas.

—Tiene bastante fiebre y un dolor insoportable de cabeza, así que le he obligado a quedarse en la cama.

Ningún hijo mío asistirá al colegio si no se encuentra en condiciones de atender en clase.

Empecé a tomar mi desayuno con tranquilidad mientras hablaba con los mellizos.

—¿Hoy vendrá Maddie? —preguntó Hayley mientras agarraba con una de sus manos su gran tazón de cereales y con la otra cogía la cuchara.

Antes de tomar un sorbo de mi taza de café sonreí en su dirección a la vez que asentía con la cabeza.

—¡Es verdad! Hoy tienes esas tutorías —comentó Andrew.

—Ajá.

—Y hoy también viene la amiga de mamá, la señorita Price. ¡Vaya, qué coincidencia! —exclamó mi hermana.

—Así me dirá qué tal os portáis en clase —dijo mamá mientras se acercaba a ellos desde detrás y les hacía cosquillas en la barriga.

—¡Jo, eso no vale!

—¿Por qué tiene que ser tu amiga, mami?

No pude evitar reírme por la reacción de los mellizos. Yo a su edad estaba encantado de que ellas dos tuvieran una relación de amistad, ya que Christina era en esa época mi profesora favorita, como una diosa ante mis ojos por la cantidad de cosas que sabía.

—Porque sí. Pero a vosotros eso no os debe preocupar. ¡Ella os adora!

Terminé mi desayuno y subí a mi habitación, en donde terminé de prepararme para ir al Kensington y ver a mi maravillosa novia. Solo con pensar en ella, una sonrisa se dibujaba en mi cara sin poder evitarlo.

Decidí enviarle un mensaje, tal y como hacía todas las mañanas.

“Buenos días, preciosa”, marqué y pulsé en “enviar”.

Estaba poniéndome el abrigo cuando recibí su respuesta:

“Buenos días a ti también, guapetón”.

Esas palabras me sacaron una sonrisa y le escribí un “tengo ganas de verte”.

Me coloqué los guantes, el gorro y la bufanda antes de colgarme la mochila de los hombros y de ponerme en marcha hacia el instituto. Mi móvil vibró en el tramo de las escaleras y al sacarlo, leí el mensaje de mi hermosa Maddie:

“Yo más. Nos vemos en el Kensington”. Junto al mensaje me había enviado el emoticono que lanzaba un beso.

—Me voy. Pasad un buen día —me despedí en la puerta.

—Igualmente, Eric. Diviértete.

Tal y como hacía todos los días, recogí a John por el camino y juntos nos encaminamos hacia el Kensington sosegadamente. John todavía no había decidido dar el paso y pedirle una cita a Lea. Le daba vergüenza que le rechazara, palabras suyas, no mías. Estaba harto de decirle que creía que Lea sentía algo por él, pero parecía que no quería escucharme. A veces podía ser muy testarudo.

—Es que no te entiendo, tío —le decía mientras me centraba en la carretera—. Creo que le gustas.

—Mira, Lea es la primera chica que me gusta de verdad y no quiero cagarla. Conociéndome seguro que la ahuyento con mis tonterías.

Cuando John se ponía nervioso, soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin procesarlo. Casi siempre se trataba de estupideces que lo hacían quedar mal delante de las personas con las que estaba hablando en ese momento. Eso era lo que le había pasado en varias ocasiones con Lea, empezaba a hablar sobre cualquier idiotez y acababa metiendo la pata.

—Si Lea supiera que estás colado hasta los huesos por ella y que por eso actúas de esa manera cuando estás delante ella, lo entendería —intenté tranquilizarle.

—No creo. Ella es tan... perfecta —dijo—. Y yo soy tan... idiota.

Lo miré unos breves instantes antes de volver toda mi atención al pequeño tramo que nos separaba del edificio del instituto. Mi amigo estaba realmente preocupado. Vaya, parecía que quería a Lea como no lo había hecho con nadie.

—No te preocupes, seguro que le gustas tal y como eres en cuanto le confieses lo que sientes por ella.

Al llegar al aparcamiento, aparqué en mi plaza habitual junto al coche de Jack y me apeé de mi adorado vehículo. En cuanto los dos estuvimos fuera, lo bloqueé con el mando.

—Mira quién viene por ahí —dije señalando un extremo del aparcamiento por donde avanzaban con tranquilidad Madison y sus hermanos. Entre ellos divisé a Lea, la que llevaba un gran objeto que estaba cubierto por una sábana vieja, su mochila y un pequeño maletín en su mano libre.

—¿Mirando a tu Julieta? —se burló Ethan, acercándose a nosotros.

Negué con la cabeza y señalé a John.

—Estoy mirando a *su* Julieta. —Recalqué ese “su” mientras no le quitaba ojo a mi mejor amigo, el que no había apartado la mirada del lugar por el que caminaban.

Esperamos a que el resto de nuestros amigos se nos unieran y, juntos, empezamos a caminar hacia el Kensington. Una vez dentro del edificio, fuimos hacia nuestras taquillas, en donde nos encontramos con Madison y Lea.

—Espero que le guste a la profesora de arte, porque como no le guste, la voy a matar —decía Lea, apoyada en la puerta metálica de las tantas taquillas.

—Le encantará. ¡Eres muy buena!

Me acerqué a ellas y las saludé. Mientras que Madison me saludó con una gran sonrisa, Lea solo me dedicó una mirada nerviosa.

—¿Pasa algo, chicas?

—Verás... —empezó a decir Lea, pero calló de repente y empezó a mirar encima de mi hombro. Al girarme, comprobé que John se estaba acercando a nosotros y que miraba a su amada frunciendo el ceño, preocupado al verla tan agitada—. Verás... —volvió a empezar, pero al no encontrar las palabras resopló con fuerza.

—Lea tiene una exposición muy importante en clase de arte, por eso está tan nerviosa. La profesora le ha pedido que exhiba una de sus obras delante de todos.

—Eso —articuló su amiga, dándole una mirada de agradecimiento—. Llevo trabajando en esto más de dos semanas. Es muy importante que sea de su agrado, porque me ha dicho que de serlo, me dará la oportunidad de exponerlo junto a sus obras en una de sus exposiciones.

—¡Vaya! —fue lo único que pude decir.

—¡Suerte con ello! —le deseó mi amigo—, pero todos sabemos que no la necesitas. Seguro que está de cine tu obra maestra.

Lea sonrió con agradecimiento.

—Maddie, ya sé que soy muy pesada, pero ¿podrías acompañarme a la clase de arte, por favor? —Juntó sus manos a modo de súplica.

Madison le dedicó una de sus hermosas sonrisas, esas que yo tanto adoraba, y le dijo que sí. Así que tras coger sus cosas y despedirse de mí con un suave “adiós”, desaparecieron de nuestra vista con rapidez.

Ya a la hora del descanso, casi tres horas después, veía cómo John caminaba de un lado para el otro con nerviosismo, pasándose las manos por el pelo con frustración. Quería confesarle a Lea todo, pero no se animaba.

—¿Podrías parar? Me estás poniendo nervioso.

—¡No puedo evitarlo, Eric! —Miró un punto a lo lejos, en las escaleras. Allí era donde pasaban los descansos Madison y Lea cuando hacía mal tiempo.

—¿Sabes qué? —le pregunté, cansado de todo.

—¿Qué?

—Ven.

Y lo arrastré por el pasillo hacia el lugar en donde se encontraban mi novia y su mejor amiga. Me fijé en que Lea estaba muy concentrada deslizando el lapicero por el papel. Fruncía el ceño y los labios, y su cara de concentración era épica. De vez en cuando miraba a su amiga durante unos segundos para luego volver su vista a lo que estuviera haciendo.

En cuanto Madison nos vio, sonrió, ganándose una queja de Lea.

—¡Maddie! ¿Qué parte de no te muevas no has entendido? —la regañó.

—Lo siento.

Su amiga la fulminó con la mirada.

—Lo has vuelto a hacer.

Lea tenía una mano de oro con la pintura y el dibujo. Madre mía, ¡estaba dibujando a Madison! He de decir que el dibujo era idéntico a ella, al dedillo. Había plasmado en el papel todos sus rasgos. Todavía estaba sin pintar, pero estaba seguro de que sería una pasada.

—¡Dibujas de maravilla, Lea! —la alagó John.

Las mejillas de ella se tiñeron de rojo mientras desviaba la mirada.

—Gracias.

—Esto... ¿qué estabais haciendo? —preguntó John después de unos instantes de silencio.

Maddie señaló el boceto de su amiga y lo miró como si fuese la cosa más obvia del mundo. Mi amigo se removió con incomodidad.

Debía actuar ahora y rápido.

—Maddie —le dije—, tengo que hablar contigo sobre una cosa muy importante.

—¿Qué cosa?

Puse los ojos en blanco. Madison era una persona muy inteligente, pero había que decir que a veces no se empanaba de nada. Daba igual. Yo la quería así. Porque la quería. Ella era sin lugar a dudas la persona más maravillosa del universo y yo me sentía el hombre más afortunado por ser el que tuviera el privilegio de estar a su lado cada día.

—Una cosa.

La agarré del brazo y prácticamente la saqué a rastras de allí obteniendo varias quejas a cambio.

—¿Eric?

Agarré su mano y entrelacé nuestros dedos mientras la guiaba al exterior. Había dejado de nevar hacía unos minutos y el aparcamiento estaba cubierto por una fina capa de nieve que le daba ese toque que a mí me gustaba. Amaba cuando todo se quedaba blanco.

—Eric, me haces daño en la mano —oí que se quejaba ella.

La solté de inmediato.

—Lo siento, no ha sido mi intención.

Me sentí culpable de ello. No sabría decir por qué le había agarrado con tanta fuerza, pero lo había hecho y...

—Eric, tranquilo. No pasa nada —intentó tranquilizarme—. ¿Qué era esa cosa tan importante que tenías que decirme?

Sonreí con culpabilidad.

—¿Quieres la verdad?

—Ajá. —Asintió con la cabeza.

Suspiré.

—Ninguna. Quería dejar a Lea y a John solos porque John no se atreve a decirle que...

—¡No me digas que a John también le gusta Lea! —casi gritó Madison con los ojos brillantes de la emoción.

Abrí tanto la boca que si hubiese sido un dibujo animado, habría llegado hasta el suelo. No me podía creer lo que estaba escuchando. ¡Esa era la mejor de las noticias! Estaba tan contento que me puse a bailar de forma descontrolada.

—¿Estás bien, amor? —me preguntó con diversión—. ¿Por qué parece que te estás electrocutando?

Paré y la miré, fingiendo ofenderme.

—Eh, te recuerdo que no soy un profesional del baile. No como otros y no miro a nadie.

Mi maravillosa novia soltó una gran carcajada.

—No hace falta serlo para bailar medianamente bien, Eric. Parece que tienes dos pies izquierdos cuando lo haces.

—Vaya, alguien se ha levantado muy graciosa esta mañana —la intenté picar.

Hizo un mohín con los labios.

No pude evitar acercarme a ella y darle un beso en los labios, a pesar de que cuando nos separamos ella se quejara, porque todavía, a pesar de llevar saliendo oficialmente varias semanas, le daba vergüenza que los demás vieran cómo “intercambiábamos saliva”, palabras tuyas, no mías.

La acerqué más a mí. Ella apoyó la cabeza en mi pecho y yo la envolví entre mis brazos. Noté cómo temblaba ligeramente, así que la apreté con fuerza.

En ese momento se me ocurrió un plan para que juntar a los dos tortolitos. Esboqué una gran sonrisa mientras en mi mente elaboraba todo. Ahora que sabía que Lea también gustaba de John, podríamos organizar algo sin tener problemas de que Lea huyera.

—¿Por qué sonríes como si se te acabara de ocurrir el mayor de los planes?

—Tengo una idea que puede que no te guste, pero que quiero llevarla a cabo si quiero que John se case alguna vez.

—Ilumíname, amor.

—Una cita secreta.

Cuando aparqué el coche en el garaje de casa, aún seguía nevando copiosamente. La temperatura había descendido considerablemente durante todo el día, siendo muy baja en esos momentos. Debido al tiempo, me había visto obligado a poner la calefacción del coche, puesto que mi novia, sentada a mi lado en el asiento del copiloto, tiritaba con frecuencia.

—Pásame tu mochila de baile —pedí mientras estiraba una mano para cogerla. Pero, claro, Madison rechazó mi oferta apartándola con brusquedad.

—Puedo llevarla yo, Eric.

—¿Por qué siempre frustras mis intentos de caballerosidad?

Alzó una ceja y me miró con burla.

—¿Porque a lo mejor no lo eres?

Esto era la guerra.

Me acerqué a ella con cautela y, sin previo aviso, empecé a hacerle cosquillas sin piedad. Madison reía a carcajada limpia, suplicándome que parara, con los ojos empañados por las lágrimas. Eso era una de las cosas que había descubierto por casualidad mientras veíamos una película acurrucados el uno contra el otro un domingo, que todo su cuerpo era sensible a las cosquillas.

—Está bien, Eric, tú ganas. Eres un caballero —acabó confesando ella a regañadientes—, aunque solo cuando quieres. —La malicia brillaba en sus preciosos ojos cuando me separé lo suficiente de ella.

Sonriendo, empecé a recorrer el pequeño tramo que separaba el garaje de mi casa. Teníamos un patio trasero bastante grande, considerando que nos encontrábamos en el centro y que poseíamos de algo que no muchos tenían: privacidad. Ahora todo se encontraba cubierto de una fina capa de nieve, salvo el gran porche, pues este era cubierto. Allí era donde solíamos comer cuando el día era cálido y en donde papá celebraba sus famosas barbacoas.

—Vaya —suspiró Madison, mirando todo a su alrededor embobada y maravillada.

—¿Te gusta?

Ella afirmó con la cabeza al mismo tiempo que me seguía. En cuanto llegué a la puerta que nos permitiría acceder al interior de la casa desde el porche, la abrí y dejé que ella entrara primero.

—Mi Lady.

Fingió emocionarse.

—Mi príncipe azul —dijo con un tono jocosos en la voz y que me robó una sonrisa de inmediato.

No pude resistir el impulso de besarla con suavidad. Me encantaba que fuera tan ella cuando estábamos juntos, que no tuviese miedo a que yo la juzgara por cómo era...

Un carraspeo hizo que nos separásemos y, al instante de hacerlo, la cara de mi novia se tiñó de un rojo carmesí precioso.

—¿Qué tal el día?

El carraspeo había sido causado por mi madre, la que en ese momento nos miraba esperando una respuesta, aunque sonreía con amabilidad.

—Más interesante de lo normal —le contesté. Mi mano busco los dedos de Madison y los entrelazó—. Lo único malo es que en matemáticas hemos dado varias cosas nuevas que no entiendo, así que Madison me las va a explicar, ¿no es así?

—Ajá.

—Vale, pero antes de eso, ¿por qué no saludas a Christina? Está deseando verte.

Madison elevó una ceja como si me preguntara quién demonios era ella. Sonreí mientras la arrastraba hacia la cocina, en donde supuse que estaría. No me equivoqué.

Christina era una mujer unos años más joven que mi madre. Era hermosa para superar los más de treinta años que tenía. De pelo rubio y liso, era, según mi madre, la envidia del instituto en su juventud. Estaba tomando una taza de té, absorta en sus pensamientos, hasta que, sin querer, me tropecé con una silla que obstaculizaba la entrada.

—¡Eric! —exclamó tras sobresaltarse por el escandaloso ruido que había provocado, pues debido al tropiezo, la silla había caído al suelo—. Cuánto has crecido. —Y, levantándose, acortó el pequeño espacio que nos separaba y me dio lo que yo denominaba “un abrazo de oso”.

¿Sabéis ese momento en el que deseáis que la tierra os trague, que llegue el Apocalipsis Final o que un tornado se lleve tu casa? Pues eso era lo que estaba sintiendo en esos momentos. Quería meter la cabeza en un agujero como un avestruz y no salir de ahí nunca.

—Christina... no puedo... respirar.

—Oh, lo siento —dijo y se separó de mí, revolviéndome el pelo con ternura tal y como siempre hacía.

Por si el abrazo no hubiese sido suficientemente bochornoso, agreguémosle ese gesto. Madre mía, mi reputación estaba quedando por los suelos en muy poco tiempo.

—¡Christina! —me quejé en broma, pues me era imposible enfadarme con ella. La conocía desde que tenía uso de razón. Era casi como una tía para mí—. No me pongas en ridículo delante de mi bella dama.

—Tarde —oí cómo Madison se burlaba de mí. Cuando me separé de Christina y me volví hacia ella, vi en sus ojos que se estaba regodeando.

Christina clavó sus grandes y expresivos ojos en ella. Diría que su rostro fue surcado por varias emociones, pero fue tan rápido que pensé que habían sido imaginaciones mías. Eso sí, no apartó su mirada de ella.

—Maddie, te presento a Christina Price. Christina, ella es Madison Moon, mi novia. —Sonreí como un tonto al decir esa última palabra.

—Encan... —empezó a decir Madison mientras extendía su mano izquierda, pero la amiga de mi madre se acercó a ella y la abrazó con fuerza y emoción—...tada.

—El gusto es mío —habló ella, soltándola—. Por fin conozco a la primera novia oficial de mi Eric. ¿Sabías que este hombretón que ahora tienes a tu lado usó aparato de ortodoncia cuando cursaba cuarto grado en la escuela primaria? Le llamaban “Dientes de Hojalata”.

—¡Christina! —la reprendí mirándola con horror. Lo que me falta ya, que le contara cosas sobre mí que me pusieran más en evidencia—. No hace falta que le digas esas cosas.

Ella rió con malicia, al igual que lo hacía Madison. Vaya, esas dos mujeres se habían aliado para tomarme el pelo.

—Bueno, nosotros tenemos cosas que hacer —dije, intentando sacar a mi novia de ahí para que no escuchara más anécdotas vergonzosas sobre mí.

Esa mujer sonrió y se despidió de nosotros con la mano, sin antes decir:

—Espero que no sean ese tipo de cosas.

Si no fuera porque la quería tanto, la mataría. A veces esa mujer era de lo más entrometida.

Conseguí sacar a Madison de la cocina y la conduje hacia el salón, en donde nos pusimos manos a la obra, codo con codo. Me explicó todo lo que yo no entendía lo mejor que pudo mientras yo la escuchaba atentamente. De vez en cuando me distraía y mi vista viajaba hacia sus

labios a la vez que mi mente fantaseaba con la idea de probarlos de nuevo. Llegó un punto que Maddie no pudo evitar soltar un gran suspiro de frustración:

—¡Eric, ya es la decimonovena vez que te explico el mismo ejercicio! —se quejó—. No te distraigas.

Sonreí con picardía.

—¿Sabes que es lo que me ayudaría?

—¿El qué? —me preguntó ella con pura inocencia.

—Un besito de tus hermosos labios.

Me miró durante un largo tiempo como diciéndome: “¿Es en serio?”. Asentí con la cabeza, obteniendo como resultado que ella pusiera los ojos en blanco y negara con la cabeza.

—No, aquí no.

—¿Por?

—Estamos en tu casa, con tu madre en la cocina charlando con una amiga suya que apenas conozco de nada. ¿Quieres que busque más razones?

—Por favor —supliqué poniendo ojitos de cordero degollado.

—No.

—Por favor —repetí.

—No.

La miré durante unos instantes poniendo mi mejor cara de insistencia. Al final no pudo mantener mi mirada y la apartó poniéndose un pelín roja. Cuando volvió a mirarme, sus expresiones faciales me dieron a entender que estaba molesta.

—Por favor —lo intenté de nuevo.

Suspiró.

—Te mataré como alguien nos vea, ¿entendido?

—Sí.

—Te odio, te odio, te odio —repetía mientras se acercaba a mí y depositaba con suavidad sus labios sobre los míos. Sabía cuáles eran sus intenciones: quería que el beso fuera apenas un efímero roce, pero yo deseaba que durara más, así que la agarré de la nuca y profundicé el beso allanando su boca con mi lengua. Al principio Madison opuso un poco de resistencia, pero al final se abandonó al beso.

Fue uno de los mejores que me había dado. Juro que vi estrellitas de colores cuando nos separamos con la respiración agitada, en busca de aire. Sonriendo, le di un casto beso y volví a la tarea diciendo:

—Eres la mejor.

—Lo sé. Ahora más te vale hacer bien los ejercicios.

Eso hice. Trabajé muy duro hasta que, sediento, decidí ir a la cocina a por un vaso de agua. Le había ofrecido algo de beber antes de haber empezado, pero ella había declinado la oferta.

Salí de la gran estancia que era el salón y fui hacia la cocina, la que se encontraba pared con pared con el salón. Antes de entrar, escuché cómo mamá hablaba con Christina:

—¿Qué te ha parecido la novia de Eric?

—Oh, es encantadora.

Silencio. Me acerqué a la puerta con sigilo, intentando escuchar lo máximo posible. Lo sé, era un curioso y chismoso.

—¿Qué pasa? —preguntó mamá—. ¿Por qué te has quedado callada?

—Por nada, es solo que me recuerda a alguien que conocí una vez.

Escuché cómo mamá suspiraba.

—Sabes que en todos estos años te he apoyado y ayudado en todo lo que he podido.

—Lo sé.

—¿Alguna vez no has sentido las ganas de rendirte? Llevas casi dieciocho años buscándola, ¿no crees que deberías desistir?

No se oyó nada en varios minutos. Estuve tentado de irme, iba a hacerlo, pero Christina volvió a hablar.

—En todos estos años lo único que he deseado es encontrarla. Esa niña, ahora ya casi adulta, debe de estar preguntándose por sus orígenes, y siento que es mi deber estar con ella. Por eso nunca me he rendido.

—Entiendo.

—No sabrás en dónde vive y con quién, ¿verdad?

¡Ostras! Estaba en shock. ¿A quién estaría buscando Christina? Debía ser alguien importante para ella, pues su tono irradiaba mucha emoción. Me pregunté por qué, de repente, se había interesado por Madison. Todo eso era muy extraño.

No llegué a escuchar la respuesta de mamá, ya que, al escuchar cómo alguien se acercaba a la puerta, salí corriendo hacia el salón sin el vaso de agua que buscaba, con miles de interrogantes rondando por mi mente.

Capítulo 24

Eric

El jueves fue el último día lectivo antes de comenzar las tan ansiadas vacaciones de navidad. Ese día tuve que llevar a mi hermana a las clases de baile porque mis padres trabajaban y no podían ir ellos.

Así que pasé toda la tarde sentado en la pequeña salita por la que podíamos ver cómo las niñas ensayaban, rodeado de señoras mayores que no dejaron de preguntarme cosas.

Esa semana las niñas no viajarían para competir, sino que se quedarían allí, en Portland, para hacer el recital anual de baile, el que se celebraba todos los años sobre esas fechas y al que había asistido desde que Hayley había empezado a bailar. Me resultó muy chocante que no reconociera a Madison en uno de esos recitales, pues llevaba asistiendo como público casi tres años, pero supuse que no me había fijado en ella debido a que había muchos números de baile.

En ese momento mi adorable novia estaba machacando a todas las niñas mientras repasaban todas y cada una de las coreografías que se habían aprendido durante todo el año.

A las cinco en punto Gwendolyn irrumpió en la gran estancia de suelos de madera. Saludó a las niñas con esa alegría tan contagiosa suya y se despidió de Madison abrazándola con fuerza y depositando un pequeño beso en su mejilla.

Casi hora y media después, mientras Hayley ensayaba su solo *Watch Me*, Hannah entró en la sala sin avisar. Mi hermana continuó bailando hasta el final, como una profesional, y, al hacerlo, Hannah la aplaudió y alabó, provocando que mi hermana sonriera y se ruborizara.

Nos hizo un gesto para que bajáramos y entráramos allí, así que obedecimos sin rechistar, como militares bajo las órdenes de su superior.

—¿Qué pasa? —preguntó una de las madres con preocupación.

—Quiero ensayar con las niñas en el auditorio de la academia. Todos los bailarines ya están haciendo sus números ahí.

—Vale.

—Otra cosa, el camerino de las niñas tanto hoy como mañana será el veinticinco. Necesito que solo se pongan el vestuario, no hace falta ni peinarlas ni maquillarlas, ¿entendido?

Todos asentimos con la cabeza mecánicamente, como robots bien sincronizados.

—Bien, eso es todo. Gwendolyn, ve llevándolos, ¿quieres?

La aludida se limitó a asentir con la cabeza, regalándole una sonrisa y empezando a avanzar. Me dispuse a seguirla, pero Hannah me detuvo con suavidad.

—Necesito hablar contigo, muchacho.

Tragué saliva. No conocía muy bien a esa mujer, pero lo que sí sabía era que solo su presencia imponía mucho más respeto que varios de mis profesores del instituto. No quería tener problemas con ella y presentía que en ese momento estaba en uno bien gordo.

Me quedé en el aula, rezagado del grupo. Hayley iba con sus amigas, camino al auditorio, el que no sabía en dónde se encontraba. No sabía cómo narices daría con el sitio.

—Sí, Hannah. ¿Hay algún problema? —pregunté a la vez que la miraba e intentaba ocultar mi inquietud.

Ella sonrió con tranquilidad, acercándose a mí.

—¿Sabes si tus padres van a poder venir mañana a la función?

Suspiré, relajando cada músculo de mi cuerpo de inmediato. Así que era eso... Menos mal, pensaba que me había metido en algún lío y no me había dado cuenta.

—No estoy muy seguro de que puedan hacerlo. Mi madre está muy ocupada últimamente y mi padre debe terminar un artículo que es muy importante y para el que lleva trabajando toda la semana.

—Ajá.

—Pero yo sí puedo venir y, si quieres, me puedo encargar de prepararla. ¿Qué te parece? — dije con rapidez.

—¿La verdad? —Guardó silencio hasta que me vio asentir con fuerza—. Me vendrías muy bien. Mañana habrá muchos cambios de ropa, mucho alboroto y jaleo, así que sí, necesitaré tu ayuda en el caso de que tus padres no puedan venir.

—Aquí estaré, a las ocho de la mañana —le prometí. Sí, el recital sería por la mañana. Por lo que tenía entendido, empezaba a las diez de la mañana y duraría casi cuatro horas, hasta la hora del almuerzo.

Hannah nos había invitado a todos a comer, pero mis padres habían rechazado la oferta, ya que yo debía estar a las cuatro en el Kensington para competir contra los *The Flamingos*.

Al final fue Hannah la que me guió hacia el auditorio. ¡Madre mía! Si el estudio ya era grande de por sí, eso era gigantesco. Se encontraba al fondo de todo el edificio y se entraba atravesando las dos puertas metálicas que había al fondo, junto a las escaleras que llevaban al primer piso. Estaba formado por un gran escenario muy similar al de las competiciones y muchísimos asientos que parecían y eran muy cómodos. Los suelos eran oscuros y estaban cubiertos de moquetas negras, y el escenario, de un negro brillante, imponía. A un lado de este se encontraba el telón, de un granate llamativo precioso.

En el escenario se encontraba el grupo sénior bailando una de sus tantas piezas, una que no conocía de nada. Busqué a Madison con la mirada y la hallé en uno de los laterales, moviéndose con destreza. Lucía un precioso traje rojo de lentejuelas que le sentaba como un guante.

Hannah me acompañó hasta los vestuarios y ahí nuestros caminos se separaron: ella se dirigió de nuevo hacia los asientos y se situó en el centro mientras que yo busqué el camerino número veinticinco. Por suerte no estaba muy lejos; de lo contrario, me habría perdido, pues mi sentido de la orientación era pésimo.

Ahí fue donde pasé el resto de la tarde, ayudando a mi hermana a ponerse el vestuario que llevaría en todos sus números en un tiempo récord. Al final, salimos de ahí casi a las diez, una hora más tarde de lo usual. Había llamado a mamá para avisarla de que nos retrasaríamos bastante. Mamá no parecía molesta.

Según me dijo, tenía trabajo para largo y papá más de lo mismo. Últimamente trabajaban demasiado.

Era una noche muy fría y oscura, sin luna. Esa semana no había parado de nevar, por lo que el asfalto era de color blanquecino y estaba cubierto de pisadas. De camino al coche, me fijé en que Madison caminaba sola unos metros por delante de nosotros, así que chisté para captar su atención. Al principio, miró a ambos lados con cautela, levantando la mirada de su teléfono móvil. Puse los ojos en blanco y volví a chistar, esta vez un poco más alto.

—Maddie.

Al final, se giró al oír mi voz y su sonrisa iluminó todo mi mundo.

—Hola. No os había visto.

Sonreí con burla.

—Como para no. Ibas muy atenta a tu teléfono —le dije mientras señalé su aparato, el que descansaba tranquilamente en su mano.

Soltó una risita nerviosa.

—¿Qué tal los ensayos? —preguntó, cambiando radicalmente de tema y mirando a mi hermana, la que había permanecido en silencio todo ese tiempo, escuchando.

—¡Me encantan! Estoy muy emocionada por lo de mañana. Espero que papá y mamá puedan venir, aunque no pasaría nada si no vinieran.

Hayley era consciente de que los trabajos de nuestros padres requerían de mucho tiempo. Sabía que a ella le molestaba que no pudieran ir a verla al recital, ella me lo había dicho cuando íbamos hacia el estudio, y que le gustaría que vinieran a verla. Ojalá pudieran asistir. Hayley había mejorado mucho en el poco tiempo que llevaba compitiendo, o eso fue lo que me había dicho Gwendolyn esa misma tarde. No podía estar más orgulloso de mi pequeña.

—No pasa nada si no vienen porque graban el recital.

El *Hannah Brown Studio* tenía una página web oficial en donde la propietaria del estudio colgaba todo tipo de información que estuviera relacionada o bien con su estudio o bien con sus estudiantes. Ahí era a donde iría a parar ese vídeo, como el de todos los años. Era una forma muy buena de promocionarse.

—¿Quieres que te acerquemos a casa, Maddie? —propuse mientras sacaba las llaves del coche.

—No hace falta, vivo...

—Insisto.

Me miró durante unos instantes antes de aceptar a regañadientes.

—Está bien.

Sonreí como un niño que se había salido con la suya y desbloqueé el coche, el que se encontraba a unos pasos de nosotros. Hayley se sentó en su asiento de siempre, detrás de mí, y Madison, en el del copiloto.

Mi hermana no paró de hacerle preguntas en todo el trayecto, ilusionada ante la idea de tener a su profesora en el mismo coche que ella. Fui consciente cómo mi novia la trataba, con paciencia y ternura.

Debía tener mucha experiencia a la hora de tratar con los niños, porque ella tenía cuatro hermanos pequeños de la edad de Hayley, creo recordar. Me encantaba cómo se desenvolvía con ella. Recuerdo que cuando antes tenía mis rollos con Kaitlyn, esta apenas le hacía caso o se comportaba con una falsedad muy notoria, al igual que el resto de chicas.

Su móvil vibró y enseguida leyó el mensaje. Estuvo unos minutos en silencio. En un momento dado la encontré mordiéndose las uñas, lo que significaba que estaba algo nerviosa.

—Maddie, lo vas a hacer genial mañana —intenté animarla.

Ella apartó las manos de su boca y me miró, negando con la cabeza, provocando que su trenza diera pequeñas sacudidas.

—No es eso. Kara me ha escrito un mensaje preguntándome en dónde me encontraba, así que le he explicado que nos hemos retrasado y que tú me traías en coche. ¿Sabes qué es lo que ha dicho?

Negué con la cabeza, de un lado al otro.

—No.

—Quiere invitaros a cenar, a Hayley y a ti. Dice que ya es hora de que te conozcan.

—Ajá. —Giré hacia la derecha, entrando en el barrio en el que vivía—. ¿Ellos saben que tú y yo salimos?

—Sí. ¿Te acuerdas ese día en que fuimos al cine? —Me miró. Asentí suavemente con la cabeza—. Pues, verás, a Maya se le escapó que tú y yo somos novios. Desde entonces, Kara ha estado dándome la vara con el tema, pidiendo poder conocerte. —Suspiró—. ¿Te importaría quedarte a cenar?

Sonreí con alegría. La verdad era que llevaba un tiempo pensando en ello, queriendo conocer a aquellos que la habían educado y querido. Eso no quería decir que no me pusiera nervioso, porque sí lo hizo.

Quería caerles bien, que vieran que yo era una buena influencia para ella y que no la llevaría por el camino del mal.

—Me encantaría, pero tengo que llevar a Hayley a casa, ¿verdad? —pregunté eso último a mi hermana, la que escuchaba con atención nuestra conversación.

—Por mí no os preocupéis. Estaría encantada de cenar con Maya.

Suspiré mientras me debatía internamente. Si hubiese estado solo, habría aceptado su oferta sin pensármelo dos veces; pero que Hayley estuviera conmigo lo cambiaba todo.

—¿Kara sabe que estoy con Hayley?

—Sí. Por eso te he dicho antes que ella quería invitaros a los dos.

Aparqué el coche en la entrada del Moonlight y cogí mi teléfono, dispuesto a llamar a mamá para pedirle permiso. Sin embargo, antes de que pudiese marcar el primer dígito, mi teléfono empezó a sonar. Su nombre brilló en la pantalla, lo que me resultó muy cómico, pues estaba a punto de hacer lo mismo.

—¿Mamá? —pregunté.

—Eric, ¿por qué tardas tanto? Acabo de llegar a casa y no estás. ¿En dónde te has metido?

Puse los ojos en blanco. En ocasiones mamá tenía tendencia a exagerar las cosas.

—Estoy llevando a Maddie a su casa —respondí posando mis ojos sobre mi novia, la que no me quitaba el ojo de encima—. Una cosa, ella me ha preguntado si Hayley y yo podemos quedarnos a cenar allí, ¿qué te parece?

Escuché cómo suspiraba apenas imperceptiblemente.

—Eres consciente de que mañana tu hermana tiene recital, ¿no?

—¿Quién crees que me mira en estos momentos esperando a que respondas? A Hayley le ha encantado la idea.

Era cierto. En ese momento me miraba con expectación, suplicándome con la mirada, aunque, claro, eso no estaba en mis manos.

—Está bien, podéis quedaros, pero no volváis muy tarde, por favor. No quiero que mañana tu hermana esté muy cansada, ya sabes que tiene que madrugar.

—A sus órdenes, señora. —Sonreí.

—Cuidaos y sed educados, por favor.

—No debes de preocuparte por eso. Nos portaremos mejor que nunca —prometí—. Te queremos.

—Y yo a vosotros.

Y colgó.

Guardé el teléfono y al alzar la mirada, Hayley preguntó:

—¿Y? ¿Qué te ha dicho?

No pude evitar reírme por lo emocionada que estaba.

—Nos deja.

—¡Yupi!

Sonreí mientras me bajaba del coche y le abría la puerta primero a mi hermana y después a mi

novia.

—Voy a avisarles —fue lo único que dijo, sonriendo, mientras sacaba el móvil de su mochila y empezaba a escribirles un mensaje.

Cogí la mano de Hayley y, después de que abriese la puerta metálica de la verja, empecé a caminar siguiendo a Madison a través del gran jardín delantero, el que supuse que sería la envidia del barrio, pues era inmenso y hermoso. A mamá le encantaría, pues vi que en uno de los rincones había un lugar reservado para la jardinería y eso a ella le encantaba.

El suelo, cubierto de una fina capa de nieve y hielo, crujía bajo nuestros pies. Me fijé que había un pequeño caminito de guijarros que llevaba hasta la entrada principal.

Solo había estado allí una vez, el día en que John y yo tuvimos que hacer un trabajo con Lea, y, siendo sincero, no me fijé en muchas cosas. Ahora, en cambio, me estaba fijando en cada detalle y me gustaba lo que mis ojos veían, era impresionante.

Madison introdujo otra llave en la ranura pequeña de la puerta principal y, tras girarla y escuchar un pequeño clic, la abrió sin mucho esfuerzo. Nada más entrar, me encontré con un gran salón de estilo abierto, el que sí recordaba de la otra vez, pero el que a su vez me parecía más grande.

—Vaya —soltó mi hermana asombrada mirando el gran espacio.

—¿Te gusta? —le pregunté, sonriéndole mientras depositaba un beso en su cabellera.

Asintió con la cabeza, aún sorprendida por lo que veía.

No nos dio tiempo a avanzar más, ya que, de pronto, una chica unos años más joven que Madison y yo entró en la estancia. Al vernos, paró en seco y nos miró largo y tendido. Después, como si hubiese salido de su trance, se aclaró la garganta y dijo:

—¡Qué bien que hayáis llegado! Os estábamos esperando.

Y agarró la mano de Madison, tirando de ella para arrastrarla a través de la gran estancia.

—Espera. —Se soltó de su agarre y me dijo con la mirada que la siguiera, así que eso fue lo que hice: las seguí hasta que la chica, Alice, se paró frente a una gran puerta de doble hoja. Una vez allí, Alice soltó a Madison y entró.

Se instaló unos segundos de silencio en los que, debo admitirlo, me puse aún más nervioso. ¿Y si no les caía bien? ¿Y si pensaban que era una mala influencia? ¿Y si decía alguna estupidez delante de ellos? ¿Y si...?

Un pequeño tirón proveniente de Hayley me devolvió a la realidad. Ella estaba tironeando de mi brazo intentando captar mi atención. La miré sin comprender, hasta que vi que señalaba a Madison, por lo que alcé la mirada hacia ella y comprobé que había estado hablándome. Me sentí avergonzado al instante.

—Perdón, ¿qué decías? —me disculpé desviando la mirada.

Madison soltó una pequeña risita negando con la cabeza.

—Eric, no estés nervioso. Les vas a caer bien.

—¿Cómo estás tan segura?

Su sonrisa se amplió.

—Porque yo no saldría con cualquiera. Así que saca esa seguridad que tienes y deslúmbrales, amor.

Sonreí de lado al ver lo mucho que mi novia confiaba en mí. Me armé de valor y la seguí dentro de la estancia, la que en realidad era un gran comedor compuesto de una gran mesa de madera de roble oscura y una cantidad descomunal de sillas, todas ellas ocupadas salvo unas pocas, alrededor de esta. Las paredes eran de un color crema magnífico y los suelos, de madera, estaban cubiertos de una gran alfombra de terciopelo. Empotrado a las paredes había un gran

armario hecho del mismo material que la mesa y las sillas de estilo clásico en la que supuse que guardarían la vajilla.

Sentado en la cabecera de la mesa había un hombre que reconocí como Álvaro, o eso supuse, que no me quitó el ojo de encima en cuanto osé pisar la estancia, la que era el doble que el comedor que teníamos en casa. Me miraba con sus ojos verde oliva clavados en los míos, con seriedad y retándome con la mirada. A su lado había una mujer que, al contrario que él sonreía con dulzura. La reconocí al instante: era Kara. Jamás olvidaría esos rasgos tan característicos suyos.

Paseé mi vista por la mesa con disimulo, intentando analizar la situación. Había un total de diecinueve personas allí, mirándome con curiosidad, la mayoría. Entre ellos reconocí a Dani, quien me lanzó una sonrisa alentadora. Seguí paseando la mirada hasta posarla en un niño que me miraba con odio, como si fuésemos enemigos de toda la vida, a pesar de no conocerlo de nada. Tenía clavados sus ojos color miel mientras se apartaba un mechón de pelo rubio de la cara para así poder fulminarme mejor con la mirada.

—Chicos, os presento a Eric, mi novio. Eric, ellos son Samuel, Bruno, Alex, Dani, Lea, Ryan, Rebecca, Amber, Maya, Owen, Caleb, Adam, Alice, Lucy y Kevin. —A medida que los nombraba, los señalaba.

Así que el niño rubiales que me miraba era el famoso Kevin, alias “el niño de demonio”, según lo había nombrado ella en varias ocasiones, debido a las trastadas que hacía, como la última que sufrió Madison, en la que le calló un cubo de barro en el pelo. Madre mía, jamás había visto a una persona tan furiosa.

Lea me contó que si no hubiese sido por ella, Madison lo habría desmembrado en ese mismo momento.

—Eric —me llamó de nuevo Madison, acercándose a la cabecera de la mesa, en donde estaban los directores—. Te presento a Kara Moon y a Álvaro Moon, los directores del Moonlight.

—Es un gusto conocerles al fin. —Sonreí mientras estrechaba la mano que Álvaro me tendía.

Apretó bastante mi mano, advirtiéndome. Su esposa, al contrario, me dio un par de besos en la mejilla con alegría.

—Me agrada volver a verte, muchacho.

Amplí mi sonrisa. Kara seguía siendo tan agradable como la otra vez, cuando me la encontré en la entrada del colegio de mis hermanos.

—¿Ya le conocías? —Su marido la miraba incrédulo.

—¿Te acuerdas que te comenté que conocía al chico al que Maddie daba clases particulares? —preguntó ella y no volvió a hablar hasta que vio a Álvaro asentir—. Es él. Y la personita que le acompaña es su preciosa hermana.

Hayley sonrió con timidez, sujetando con más firmeza mi agarre cuando todas las miradas se posaron en ella.

—Por último y no por ello menos importantes, te presento a Julia, Arianne y... —Una mujer entró en la estancia, sujetando con las dos manos una gran bandeja—...y Marlene.

—¿Qué pasa conmigo? —quiso saber la mujer que acababa de irrumpir en el comedor.

Madison soltó una pequeña risita.

—Nada, Marlene. Solo estaba haciendo las presentaciones.

—Oh, ya ha llegado tu Romeo.

—Ajá. —Movié la cabeza arriba y abajo, afirmando sus palabras.

—Encantada de conocerte. Oh, Maddie, cuando decías que era guapo no lo decías en broma

—dijo la mujer, provocando que las mejillas de mi novia se tiñeran de un rojo adorable.

—No sé de qué hablas —se hizo la loca y le lanzó una mirada que no entendí muy bien. Creo que intentó decirle con la mirada “Cierra la boca. No me pongas en ridículo”.

Álvaro carraspeó, llamando la atención de todos.

—¿Por qué no empezamos a cenar?

Suspiré imperceptiblemente, más relajado al ver que ya no era el centro de atención. Maya levantó una mano, supuse que estaría pidiendo permiso para hablar.

—¿Qué pasa, Maya? —le dio la palabra Kara, mirándola con ternura.

—¿Puede Hayley sentarse a mi lado, por favor?

A mi hermana le encantó la idea, ya que oí cómo susurraba un “por favor” en voz muy baja.

—Claro. Hazle hueco.

Le di un beso en la mejilla y, antes de que se fuera con su amiga, le susurré.

—Pórtate bien, pero no olvides divertirte.

Madison me señaló la silla que estaba a su lado y que quedaba enfrente de Kara. Ella se sentaría al lado de Lea y yo, junto a Álvaro. Menuda suerte la mía.

Una vez la cena estaba servida, cada uno se sirvió en su plato. Mientras cenábamos me di cuenta de una cosa a la que no le había prestado atención y que debería de haber sabido sobre mi novia: era zurda y no diestra tal y como yo pensaba al principio.

—Dinos, Eric, ¿tienes algún hobby? —preguntó Kara antes de meterse en la boca un pedazo de carne.

Me limpié la boca con una servilleta de papel antes de contestar:

—Sí. —Sonreí—. Juego al baloncesto. De hecho, Dani y yo jugamos en el mismo equipo, ¿verdad? —Lo miré sin borrar mi sonrisa.

—Sí. Él es el capitán del equipo y es muy bueno jugando —agregó él.

—Mañana por la tarde tenéis el partido contra *The Flamingos*, ¿no? —preguntó Madison.

—Sí —respondimos los dos al unísono a su pregunta.

—¿Irás? —pregunté.

—Por supuesto. Ya es hora de que vaya a verte a un partido —dijo con una pizca de culpabilidad, lo que no me gustó.

La miré a los ojos.

—Maddie, no vas a mis partidos porque tienes ensayo, no porque no quieras. Es más, siempre me dices que quieres ir. Así que deja de sentirte culpable. —Le sonreí.

Que mi novia fuera al partido por primera vez era algo que en parte me llenaba de satisfacción y alegría, pues llevaba tiempo deseando que fuera. Pero, por otro lado, me ponía un poco nervios, ya que debería dar el máximo en la pista para no perder el partido. *The Flamingos*, el equipo contra el que competíamos, era muy bueno. A penas habíamos empezado la temporada nacional y ya jugábamos contra equipos expertos.

—¿Qué tal te ha ido el ensayo, Maddie? —preguntó Álvaro, cambiando de tema—. ¿Qué tal con tu solo nuevo, ese que es todo un misterio para nosotros?

Eso era cierto. Madison haría un solo nuevo para el recital y parecía que o no le agradaba o no le salía muy bien, ya que no nos quería decir de qué iba ni cómo le salía. Siempre eludía el tema, como si fuese algo malo.

—Los ensayos van muy bien, aunque es muy estresante. Tenemos muy poco tiempo para cambiarnos, en comparación con años anteriores.

¡Qué os decía! Había evitado por completo la segunda pregunta.

—¿Y tú solo? No hablas de él. Parece que lo odias —intenté sacarle información.

Hizo lo que menos me esperaba: sonrió. Alcé una ceja, interrogante. ¿Qué rayos le pasaba?

—No lo odio. ¡Me encanta!

—Entonces —intervino Lea por primera vez en la conversación—, ¿por qué lo mantienes tan en secreto?

—Porque es tan alucinante que quiero que sea una sorpresa. Quiero ver vuestras caras cuando me veáis en escena. —Amplió más su sonrisa, con los ojos brillantes por la emoción. Me encantaba verla así—. Porque vendréis, ¿verdad?

—Por supuesto que iremos —dijo Julia—. ¿Cómo perdernos algo así? Además, así veremos todas las coreografías que has hecho a lo largo del año.

Continuamos cenando, hablando entre todos. Sinceramente, ya tenía ganas de que llegara el viernes por dos razones: la primera, por la mañana sería el recital; la segunda, por la tarde sería el partido. Sería un día plagado de emociones.

Álvaro me pidió si podía hablar con él en privado tras la cena, a lo que le respondí con un “sí”. Así que después de cenar, le seguí hasta que me llevó a una estancia que servía como despacho y que era muy similar al que mi padre tenía en casa.

Ninguno de los dos nos sentamos, sino que permanecemos de pie, el uno en frente del otro. Permanecemos sumidos en un silencio tenso por varios minutos, en los que Álvaro no dejó de observarme detenidamente de nuevo, como si estuviera analizándome.

—No sé cuáles son tus intenciones con Madison —habló por fin—, pero quiero que sepas que ella es como una hija para mí y que como se te ocurra hacerle daño, te juro que me encargaré de que tu vida sea un infierno, ¿me he explicado bien?

Tragué saliva, amedrentado por el tono que había empleado. Había sido una amenaza, eso era muy claro.

—Señor Moon —dije intentando sonar seguro de mí mismo—, Madison es una gran chica, tiene un gran corazón y es muy apasionada en todo lo que hace. Le juro que la quiero con locura por todo eso y que no busco más. Le prometo que cuidaré de ella y que nunca le haré daño intencionadamente.

Me miró de arriba abajo, sopesando mis palabras. Noté cómo las palmas de mis manos sudaban un poco, así que froté los vaqueros con ellas, nervioso.

—Más te vale. Madison ha sufrido mucho cuando era pequeña y no quiero que vuelva a hacerlo. Así que espero que te quede claro el mensaje: como la vea sufrir... ya sabes lo que haré.

Y con esas últimas palabras, salió del despacho esbozando una gran sonrisa y dejándome confuso.

Capítulo 25

Eric

Al final mis padres no pudieron asistir al recital, por lo que me tocó hacer el trabajo de mamá en los camerinos. Por suerte, conté con la ayuda de John, el que se quedó con Andrew y Dylan durante todo el espectáculo, cuidando de ellos. Debía de admitir que mi mejor amigo era un brillante en bruto, no había nadie como él. Me hacía los favores más grandes del universo sin apenas oponerse. No podía quejarme de amigo.

Mientras él se encargaba del niño y del preadolescente, yo me quedé tras bastidores, ayudando a mi hermana a cambiarse y a prepararse para todos y cada uno de sus números. Este año, a diferencia del anterior, tenía más, así que debía ser rápido, ágil y eficaz.

—Eric, me haces daño —se quejó por décima vez.

Suspiré lleno de frustración. Era la tercera vez que intentaba hacerle el maldito moño de las narices y no me salía. ¡No estaba hecho para ser peluquero!

—Déjame intentarlo —dijo Madison acercándose a nosotros al ver que tardaba demasiado. Llevaba una leve capa de maquillaje en la cara que la hacía verse hermosa y extraña a la vez, ya que estaba acostumbrado a verla sin maquillar. La dejé hacer lo suyo mientras me fijaba en que seguía vistiendo de forma normal y que todavía no se había cambiado de ropa.

—Ya está.

¡No podía ser! ¡Qué rapidez! Y yo que llevaba más de diez minutos intentándolo en vano...

—Sabrás maquillarla, ¿no? —Cuando dijo eso, noté que su voz estaba teñida de un sutil matiz jocoso.

No quería quedar mal delante de ella, así que dije con total seguridad:

—Sí.

Y me puse manos a la obra.

Todavía quedaba más de media hora para que el recital comenzara y el primer número de Hayley no era hasta las diez y media, así que todavía disponía de tiempo de sobra para experimentar con el maquillaje.

Más o menos sabía lo que tenía que hacer, mamá se había encargado de ello la noche anterior, pues me había dado una clase exprés al saber que no podría ir. Gracias a ella hice bien la primera parte.

Apliqué la base de maquillaje de tal forma que no se notara que iba maquillada y, después, los polvos fijadores con suavidad. El rubor fue el siguiente paso. Hasta ahí bien. Lo difícil venía después. ¿Cómo aplicaría el delineador?

—Cierra los ojos —pedí y mi hermana obedeció.

Antes de aplicárselo en el ojo hice una pequeña prueba en un trozo de papel. Una vez más seguro, le hice una fina raya en el párpado, siguiendo la línea de sus pestañas. Hice lo mismo con el otro ojo y, al terminar, le dije que abriera los ojos.

—¿Cómo lo ves? ¿Quieres que lo intente de nuevo o está bien así?

La niña se miró en el espejo y, mientras lo hacía, sonrió a su reflejo, mirando cada detalle.

—Está bien. No está mal para ser tu primera vez en esto. Deberías estar de este lado más a menudo en vez de quedarte todo el rato en los asientos.

Sonreí con agradecimiento y continué con mi labor. Llegaba la hora de pintar los labios. Dudé. ¿Qué iba primero el lápiz de labios o el pintalabios?

—Eric —dijo mi hermana, cogiendo el lápiz de labios de color rosa palo—, ya lo hago yo.

—Espera, puedo ayudarte. Solo dudaba en qué iba primero. —Cogí el producto de sus manos y empecé a dibujar una ligera línea siguiendo sus finos labios. Después, rellené sus labios con el pintalabios—. ¿Así?

—Perfecto. —Soltó una pequeña risita.

Hayley fue a ponerse el traje que llevaría en el baile grupal que estuvieron ensayando al principio del año y me quedé solo, rodeado de mujeres.

—¿Os importa si os dejo un momentito? —nos preguntó Madison—. Debo cambiarme de ropa para el recital.

Le dijimos que no pasaba nada, que estábamos bien y no se preocupara, así que se fue a su camerino, el que se encontraba justo enfrente del nuestro. Vaya, qué coincidencia. Gwendolyn se quedó con nosotros, charlando por teléfono con alguien.

—Eric, ¿quieres que le ponga el tocado a Hayley cuando vuelva? —propuso Raven Jones, la madre de Mia. La verdad era que todas ellas eran muy agradables y en el poco tiempo que las niñas llevaban juntas habían formado lo que ellas habían denominado “hermandad”. Por lo que había podido comprobar, se ayudaban las unas a las otras en todo lo que podían y eso era de agradecer, porque debía admitir que yo no tenía ni idea de cómo poner el dichoso tocado con forma de corona de flores.

Así que cuando Hayley salió de los baños, Raven se encargó de ayudar a mi hermana mientras que yo me fijaba en cómo lo hacía.

—Ya estás —dijo al terminar.

Una vez preparada, Hayley se levantó y fue hacia donde estaba Gwendolyn y hacia donde fueron todas las niñas. Ella les fue recitando una serie de ejercicios que las niñas reprodujeron a modo de estiramiento y, a continuación, empezaron a repetir el baile grupal.

Mientras lo hacía, alguien llamó a la puerta con fuerza. Como era el que más cerca estaba de la entrada, fui yo el que la abrió, encontrándome con una Madison muy distinta. De entrada, en vez de llevar el pelo suelto, lo llevaba recogido en dos trenzas francesas a cada lado. No solo eso, la vestimenta que llevaba era muy peculiar: llevaba un vestido tirolés con la falda de color verde oliva y la parte de arriba blanca salvo en el escote, en donde llevaba dos tiras negras bien atadas. La falda era larga, hasta por debajo de la rodilla, y lisa, sin ningún estampado.

—Interesante —fue lo único que dije, totalmente impactado.

Soltó una pequeña risita.

—¿Me dejas pasar, Eric?

Fue ahí cuando me di cuenta de que estaba obstaculizando su paso. Me aparté a la vez que me disculpaba con ella.

—Veo que ya están todas preparadas y listas para la acción —dijo ella solo para que yo la escuchara.

—Sí. Están ansiosas por salir y demostrarles a sus familiares lo mucho que han trabajado durante el año.

—Ajá.

—¿Y tú?

Me miró sin entender mis palabras.

—¿Yo qué? —Se señaló.

Sonreí, riéndome por lo bajini.

—¿Qué tal estás? ¿También estás ansiosa?

Me miró y supe la respuesta antes de que me la dijera.

—Solo estoy un poco nerviosa. Por supuesto que quiero hacerlo bien, pero sé que, al igual que hago siempre, lo haré lo mejor posible. Confío en mí misma.

Me fascinó la manera en la que habló, con qué pasión salían las palabras de sus labios y cómo brillaban sus ojos cada vez que hablaba sobre el baile. Era algo que siempre le había gustado y eso se notaba a leguas de distancia.

—Tengo una pregunta —dije, cambiando de tema.

—Dispara. —Formó una pistola con la mano e hizo un gesto similar al de un disparo mientras me guiñaba un ojo.

—¿Por qué vas vestida tan...? ¿Cómo decirlo...? ¿Rara?

Alzó una ceja a modo de advertencia, pero sabía que ese gesto lo hacía en broma, pues cuando realmente se enfadaba, solía fruncir el ceño, apretar los labios, mover las aletas de la nariz notoriamente y, por si eso fuera poco, apretaba los puños con fuerza, sin dejar de lado que lanzaba chispas por los ojos y espuma por la boca como un perro rabioso.

—No estoy rara. El baile grupal se llama *Cuckoo Clock* y, bueno, todos simulamos ser las figuras de un gran reloj de cuco, como bien dice su nombre. En este caso, nosotros vamos a ir cobrando vida poco a poco. Con esta coreografía quedamos primeras en Fresno, California.

—Vaya —dije asombrado.

Soltó una pequeña risita antes de alejarse de mi lado para acercarse a las niñas y ayudarles en todo lo posible, a pesar de que Gwendolyn ya estuviese allí. Juntas se encargaron de pulir el baile, sacándole el máximo posible. A las diez y veinte Madison dio una fuerte palmada, llamando la atención de todos.

—Ya es hora de que las niñas vayan hacia el escenario. Podréis ver su actuación desde los asientos o a través de las pantallas que hay en el pasillo, lo que prefiráis.

Madison salió de los vestuarios seguida de todas sus alumnas y las llevó hacia el escenario. Yo, en cambio, fui hacia los privilegiados asientos que nos había proporcionado el estudio por ayudar durante el recital. Me senté al lado de Andrew y le pregunté si le había gustado lo que había visto hasta ese momento y cuya respuesta fue un rotundo sí.

John estaba sentado al otro lado de Andrew, de cuerpo presente pero de mente ausente. Su mirada estaba posada en Lea. ¡Cómo no! Siendo sincero, ya era hora de que John le confesara a Lea todos sus sentimientos. Si Madison tenía razón, y esperaba que la tuviera, Lea diría que sí en cuanto mi amigo se le declarara. Así que estaba ansioso de que llegara la tarde para poner en marcha el plan “Operación Jolea”, como lo había llamado mi novia, juntando los nombres de ambos.

—A continuación, démosle la bienvenida al grupo de competición infantil *Spring* —las presentó el marido de Hannah desde detrás del escenario.

Aplaudí con fuerza, al igual que mis hermanos y mi amigo. Dos niñas salieron a escena mientras que el resto se quedaron detrás de las cortinas, esperando su momento para salir a lucirse.

Los primeros acordes empezaron a escucharse por el gran auditorio y las niñas empezaron a moverse con precisión. Poco a poco la tercera integrante del grupo apareció en escena y, más tarde, lo hacía Hayley seguida de Emily. Esa pieza de música junto a la coreografía que había creado Madison era impresionante, a pesar de no ser mi estilo de música.

Al finalizar la función, fui el primero en aplaudir con fuerza, silbándolas. Las niñas salieron de escena y, tan pronto como lo hicieron, me levanté de mi asiento y fui prácticamente corriendo

hacia los camerinos, al igual que el resto de madres. Era hora de hacer magia con ellas y prepararlas para el próximo número: otro baile grupal.

Así fue cómo transcurrió mi mañana, entre vestidos, maquillaje, peinados y funciones. No tuve ni tiempo para aburrirme con tantas cosas que hacer. Al final fui acostumbrándome a la rutina de peinarla, maquillarla, asegurarme que el traje le quedaba bien y verla en escena. No obstante, en uno de los muchos bailes que hizo, le tocó hacer un solo. Era con el primero que ganó una competición, *Watch Me* se llamaba, ese lo recordaba muy bien.

La cosa era que Hayley ya estaba preparada y lista para la acción, pero ni Madison ni Gwendolyn estaban ahí para corregirla. Estaba haciendo su solo en una esquina, apartada del resto, con los auriculares puestos en el pequeño reproductor de música que mamá le permitió tener solo para ensayar.

De pronto, alguien llamó a la puerta y Sandra, la madre de Amy, abrió la puerta. No pude ver quién era.

—Necesito que Hayley venga al camerino de las sénior para que ensaye su solo —dijo esa persona. Era un hombre, por lo grave que era su voz.

Mi hermana fue obediente. Salió del camerino y fue hacia el de su profesora. La acompañé en todo momento. Es más, fui yo quien tocó la puerta y el que al entrar fue recibido por unas risitas burlonas y varios cuchicheos.

—Pasad, chicos —nos invitaron.

Entramos y, nada más hacerlo, las chicas nos arrastraron al centro de la gran estancia de paredes blancas y suelos de madera negra, lleno de cajas de maquillaje, cepillos para el pelo, accesorios de todas las clases y colores... Observé el espacio y pude comprobar que no había ni rastro de Madison. ¡Qué raro!

Me pregunté si estaría en escena.

—¿Dónde está Maddie? —preguntó mi hermana, dándose cuenta de que su profesora no estaba.

—Está preparándose para su solo nuevo. Se está vistiendo —le respondió Sarah y le señaló una cortina de color carmesí en la que supuse que se encontraban los baños—. Por fin sabremos de qué trata ese solo tan misterioso.

La miré con sorpresa. De todas las personas del universo Sarah era la que yo pensaba que sabría sobre qué trataría su solo, al igual que Lea. Ambas eran muy cercanas a ella y me sorprendía que no les hubiese dicho nada.

—Vale, chicas, estoy lista —oí su voz desde detrás de la cortina—. ¿Estáis listas para ver la mejor actuación de vuestras vidas?

Y desplegó la cortina sin darles tiempo de responder.

En ese momento mi mandíbula se desencajó completamente al verla vestida con un vestido totalmente blanco, sucio y raído en los extremos. La sangre artificial cubría parte de su atuendo y le salpicaba las manos, los codos y el cuello. La parte de arriba era pegada, por lo que resaltaba todas sus curvas, aunque en ese momento el efecto que se quería lograr era otro: asustar al público. La falda era suelta y sus pies estaban descalzos.

—Sin palabras —dijo Emma sin poder apartar los ojos de ella.

—Creo que esta noche se va a cometer un asesinato —comentó Sarah con malicia—. Me recuerda mucho a tu disfraz de Halloween.

—Es que es mi disfraz. —Sonrió mientras avanzaba hacia nosotros. De pronto sus ojos se posaron en los míos y abrió la boca, sorprendida de verme ahí—. Oh, Eric, Hayley, ¿qué hacéis aquí?

—Nos han dicho que vengamos aquí —me limité a decir.

—Yo he sido la que ha pasado el recado —confesó Susana—, pero ni Gwendolyn ni tú podíais estar con ella, así que, como ambas actuaciones son seguidas, ¿por qué no te aseguras que la niña hace bien su solo y después practicas el tuyo?

Madison lo pensó durante unos segundos en los que se empezó a morder una de sus uñas perfectamente pintadas.

—Vale. Ve empezando.

Así fue como vi a Madison en acción, centrada en mi hermana. Le mandó repetir varios ejercicios suelto y, cuando creyó que ya no era necesario, dijo:

—Creo que ya está. Ahora, si me permitís, me toca ensayar.

—Vale. Suerte. —Me acerqué a ella—. Te veo luego, amor—. Le di un suave beso en los labios y después me llevé a Hayley de ahí. La acompañé hasta los bastidores y después la abracé con fuerza, susurrándole—. Déjanos con la boca abierta, torbellino.

Sonriendo, se alejó de mí y se posicionó en el lugar que le habían indicado, mirando en la pequeña pantalla que habían instalado cómo un trío bailaba coordinadamente sobre el escenario.

Volví a los asientos y, poco después, fue el turno de Hayley. Salió al escenario con la misma confianza con la que bailó en aquel concurso. Su baile fue increíble, mucho mejor que la vez anterior. Me gustó tanto que al finalizar aplaudí con fuerza, tirándole varios besos.

—A continuación, démosle la bienvenida a Madison Moon, quien bailará *The Killer*.

Si no fuera porque la había visto en su camerino, habría contenido la respiración y me habría quedado sin palabras al verla salir al escenario con esa mirada y ese brillo en los ojos propio de los mejores actores de horror. Se sentó en el suelo, mirando al público con odio y esperó a que la pieza sonara para empezar a moverse al son de ella.

En toda la coreografía no dejó de actuar en ningún momento. Fui consciente cómo hacía cada movimiento con precisión y cómo jugaba con su utilería con destreza. Todo el público no despegaba la mirada, temerosos de perderse algo. Me fijé en que en la misma fila en la que me encontraba estaba toda su familia. Todos ellos no se podían creer que esa chica que bailaba en el escenario y que derrochaba unas ansias terribles por asesinar a alguien era su dulce y tierna Madison, aquella que era incapaz de matar a una sola mosca.

Cuando terminó, no pude evitar aplaudirla con fuerza y, después, salí de allí con rapidez para encontrármela en el pasillo intencionadamente. Justo a tiempo. La encontré avanzando hacia su vestuario.

—Eric —jadeó. Su pecho subía y baja con fuerza, debido a que su respiración todavía no había vuelto a la normalidad.

Me hice la víctima. Junté ambas manos, me arrodillé en el suelo y puse mi mejor cara de miedo.

—Por favor, señorita, no me mate. Le juro que le daré todo lo que tengo: dinero, tierras, joyas... Pero, por favor, déjeme vivir.

Madison soltó una gran carcajada antes de seguirme el rollo y volver a su anterior papel. Su rostro se ensombreció, poniéndose serio de pronto, con un brillo lunático en los ojos que, si no fuera porque sabía que no iba en serio, habría jurado que se trataba de todo lo contrario.

—Tú te lo has buscado —canturreó de forma espeluznante, provocando que se me erizara la piel. Se fue acercando a mí con paso lento a la vez que me levantaba del suelo haciendo la mejor de mis actuaciones.

—No, por favor. Soy demasiado joven y guapo para morir.

Madison echó la cabeza hacia atrás y soltó una pequeña serie de carcajadas ante mi

comentario, saliendo de su papel de asesina en serie.

—¿Qué pasa? ¿Acaso usted le tiene miedo a una chica? —continuó con el juego, empleando un tono jocosos y sonriendo con burla.

—No, señorita, no le temo a las chicas. Le temo a usted y a esa motosierra que tiene en sus manos. A saber qué hace con ella. —Le guiñé un ojo.

Abrió la boca para decir algo, pero en vez de oír su voz, escuché la de Sarah, la que acababa de abrir la puerta del camerino de las sénior con sutileza y a cuya presencia no había prestado atención.

—¡Guau, chicos! No sabía que os iba ese rollo. ¡Qué bien escondido lo tenías, Maddie! —El tono que empleó provocó que las mejillas de la chica que estaba a mi lado se tiñeran de un rojo adorable.

—¡Sarah! No... No nos va... Esto... Ya sabes... —tartamudeaba ella. Se aclaró la garganta—. Solo estábamos bromeando. —Se le escapó una risita nerviosa.

Su amiga puso los ojos en blanco.

—Sí, sí. No lo niegues, aunque, siendo sincera, ya sospechábamos algo —se burló de ella, provocando que el color de sus mejillas aumentara.

—¡Que no me va el rollo sado! —se defendió Madison, cansada de su broma.

Sarah levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Pero, por favor, no me apuntes con esa motosierra y deja de mirarme como si fueses a aniquilarme ahora mismo.

¿Qué? Miré a mi novia y era cierto lo que su amiga decía. En su rostro se había instalado aquella mirada que dirigió al público y sus manos habían aumentado su agarre en torno al asa del arma artificial que tenía en sus manos, provocando un efecto propio de las películas de terror, cuando el asesino sale por primera vez a escena, en este caso asesina.

No pude aguantar las ganas de reírme al ver la expresión de asombro de Madison al darse cuenta de la situación y de ver cómo se dibujaba una sonrisa de culpabilidad segundos después.

—Lo siento. Creo que de tanto ensayarlo se me ha quedado grabado en la cabeza —se disculpó.

—Da igual. Me ha encantado la coreografía y el atrezo. —Sonrió—. Ahora despídete de tu novio, que todavía nos quedan varios números.

Y desapareció tan rápido como había aparecido.

—Siento tener que decirlo, pero es cierto. Me tengo que ir. —Me lanzó una mirada de tristeza que pronto cambió por una de determinación—. Debo volver al escenario en quince minutos. —Dio un par de pasos al frente y me dio un casto beso de despedida—. Nos vemos luego, amor.

Madison se fue por donde lo había hecho Sarah, dejándome solo en el pasillo durante unos instantes, sonriendo como un bobo. Después, sacudí la cabeza y volví a ponerme manos a la obra con todo el jaleo del recital.

¡Madre mía, qué mañana más movidita!

Madison

—Vamos, Lea. Ya es hora de irnos —dije mientras cogía el bolso que había dejado descansando encima de mi cama.

—Ya voy. —Lea repitió el mismo gesto que yo y avanzó hacia la entrada, en donde yo me encontraba—. ¿Lista para ver cómo Dani, tu novio y todo el equipo les dan una tremenda paliza a ese equipo de pacotilla?

—Lista.

Dani hacía más de una hora que había ido hacia el Kensington, en donde se disputaría uno de los partidos más difíciles de la liga nacional de baloncesto juvenil. Era el tercero de la liga y, desgraciadamente, yo no había podido acudir a ninguno debido a los ensayos. Llevaba queriendo asistir desde que había empezado la temporada, pero todos ellos se jugaban un viernes o un sábado. Es por eso que en esos momentos estaba eufórica ante la idea de asistir. Tenía muchas ganas de ver cómo nuestro equipo les machacaba.

—Anda, vamos o llegaremos tarde —dijo ella dándome un pequeño empujón cariñoso.

Riéndome, salí de nuestra habitación y recorrí el pequeño tramo que nos llevaba a las escaleras, las que bajamos sin dejar de reírnos como dos completas locas. Al llegar a la planta baja, nos encontramos a Kara y a Álvaro en el salón, sentados el uno al lado del otro.

—¿Ya os vais? —preguntó Kara, alzando la mirada de su libro.

—Ajá.

—Divertíos —dijo Álvaro a la par que se levantaba y nos daba un beso en la frente a cada una, gesto que repitió Kara.

—Vosotros también con esa maravillosa reunión—les deseó Lea.

Ambos tenían que reunirse con una mujer que había solicitado una entrevista con ellos esa semana. No teníamos ni idea de quién era ni de qué quería, aunque supuse que pronto lo sabríamos.

—Qué graciosa, Lea. —Kara fingió que reía—. Id antes de que se os haga tarde, chicas.

—Vale. Adiós —nos despedimos al unísono y salimos de ahí.

Nos encaminamos hacia el instituto. Buff, qué raro se me hacía ir al Kensington cuando no teníamos clase. Era como si las vacaciones no hubiesen comenzado, a pesar de que lo habían hecho hacía un día.

Se me habían hecho cortos los primeros meses del curso, no sabría explicar la razón de ello.

Cuando llegamos al aparcamiento, lo encontramos totalmente abarrotado de coches. La gente se dirigía hacia la gran cancha de baloncesto que había en la parte trasera de todo el complejo. A pesar del frío, había una gran multitud de espectadores bramando por sus ídolos cuando llegamos a los palcos. Varias chicas sujetaban pancartas hechas a mano para animar a su equipo. Me sorprendió mucho la cantidad de fans que tenía Eric.

En ese momento me sentí muy mal conmigo misma por apenas saber nada de él. Era su novia y se suponía que debía saber como mínimo esas cosas. Fue humillante para mí haberlo descubierto tan tarde cuando él llevaba un tiempo metido en mi mundo.

—¡Mira! —Lea señaló uno de los laterales de la pista—. Ahí está Dani. Vayamos a saludarle y a deseárselo buena suerte —propuso.

Asentí con la cabeza y caminé a su lado con su brazo enrollado en el mío hacia donde se encontraba nuestro hermano, hablando con unos compañeros mientras tomaba un sorbo de agua. Como todavía no nos encontrábamos en las gradas, fue fácil acceder al lugar.

El chico con el que hablaba, cuyo nombre desconocía, miró por encima de su hombro, en nuestra dirección, y después le susurró algo al oído mientras no borraba su sonrisa de los labios. Dani se volvió al instante y en el momento en el que nos vio, nos lanzó una de sus características sonrisas.

—Hola, chicas. Me alegra que hayáis venido.

—Te prometí que aquí estaría —le dije.

—Suerte, hermano. Machácales a esos pajarracos rosados, desplúmales.

Ambos miramos a Lea con incredulidad. Vaya. Al parecer, a mi amiga le apasionaba mucho

el baloncesto o, por lo menos, eso era lo que aparentaba.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Lea? —bromeó Dani, riendo a carcajadas.

—Eh —se quejó frunciendo el ceño.

—¿A qué se deben esas ganas tuyas de ganar, Lea? —pregunté.

Ella me miró como si la piel se me hubiese cambiado de color, esa mirada suya de “¿En serio te lo tengo que decir?”.

—Cómo se nota que esta semana no has prestado atención de lo que te he dicho, Maddie —comentó, fingiendo molestarse conmigo—. Ahora hablemos en serio. —Suspiró sonoramente—. No adivinarás quién vendrá a ver el partido.

La miré interrogante, sin saber de quién estaba hablando. Abrí la boca para hablar, pero Dani se me adelantó:

—¿De quién?

Lea le miró durante unos instantes antes de lanzarme una miradita que no entendí.

—Es una gran amiga de Madison —dijo con sarcasmo—. Esa con la que se lleva tan bien que cuando ambas están en un mismo edificio, la tierra parece temblar, dándole el inicio al Apocalipsis Final.

No, por favor, que no se esté refiriendo a la persona que tenía en mente. Podrían ser todas las personas del universo, todas menos esa arpía que tanto odiaba.

—Oh, no —dijo Dani frunciendo el ceño con preocupación, entendiendo las palabras de Lea—. Dime que es mentira.

—Ojalá lo fuera, pero su hermano juega en el equipo de *The Flamingos*, por desgracia.

—Kiara —escupí con asco, nombrando a la indeseada.

—Esa misma.

Dani me miró a los ojos con seriedad, apoyando sus manos en mis hombros. Me miró largamente, clavándome sus característicos ojos color chocolate.

—Por favor, prométeme que no te vas a meter en problemas, que aunque esa chica te pique, tú no vas a hacerle ni caso. —Apretó más su agarre, tensando los brazos.

Suspiré con cansancio.

—Está bien, lo intentaré.

Por encima de su hombro vi cómo Eric salía de los vestuarios. El uniforme del equipo, aunque sonara extraño, le daba un aire sexy y masculino. El color azul del uniforme le resaltaba el color de sus ojos.

Sobre su pecho descansaba tranquilamente el emblema del instituto, un pequeño fantasma sonriente encadenado mirando el cielo estrellado con nostalgia. El fondo, al igual que el color de la camiseta sin mangas, era azul y, sin embargo, los bordes del mismo eran blancos. Esos eran sin lugar a duda los colores del Kensington.

—¿Hablando con tus admiradoras? —preguntó él mientras se acercaba.

Eric no nos vio porque tanto Lea como yo éramos más bajas que Dani, el que medía más de metro ochenta. Lea, a su vez, era bastante alta; medía metro setenta, más o menos. Yo, al contrario, era bajita; mi estatura rondaba el metro y medio más o menos. Es por eso que en ocasiones, cuando se burlaban de mí, me llamaban “duende”, lo que odiaba con toda mi alma, eso y que me llamaran “embarazada eterna” por la cantidad de comida que ingería.

—No. —Sacudió la cabeza enérgicamente y se apartó para que pudiera vernos a las dos—. Estoy con la que dice ser tu novia y con Lea.

Le di un golpe cariñoso en el hombro.

—¡Oye!

—Oigo.

—Pero qué graciosa estás hoy, duendecillo.

Puse los ojos en blanco, detestando ese término, pero no dije nada para que no siguieran con sus burlas, ya que había aprendido con el tiempo que con mis quejas lo único que conseguiría sería más burlas por su parte.

Lea y Dani soltaron sonoras carcajadas por mi reacción mientras que Eric sonreía con cortesía, no entendiendo la gracia del asunto. Me lo preguntó con la mirada y yo negué con la cabeza y articulé un “luego te lo cuento”, ganándome una sonrisa por su parte.

—¡Qué alegría veros, chicas! —exclamó Eric, sin borrar su sonrisa—. ¿Listas para ver cómo machacamos a los rivales?

—Listas —respondimos Lea y yo al unísono.

Alguien llamó a los chicos, así que, desgraciadamente, nos tuvimos que despedir de ellos. Le di un beso en la mejilla a Dani, gesto que repitió Lea segundos después. Íbamos a irnos a las gradas, pero el carraspeo de Eric nos lo impidió.

—¿No hay nada para mí, Maddie?

—No, no —canturreé.

—Venga. Un besito en la mejilla —dijo a la vez que se señalaba el pómulos derecho—, por favor. —Hizo ese gesto tan mono de poner ojos de cachorrito. Esa mirada me derritió por dentro de ternura.

—Está bien.

Me acerqué a él para darle un beso en la mejilla, pero cuando estaba a punto de hacerlo, giró el rostro de tal manera que acabé dándole un beso en los labios. Me separé de él alzando una ceja mientras que de su garganta salió una profunda risa.

—¡Eres un tramposo!

—Yo también te quiero, amor. —Me tiró un beso antes de irse con los del equipo.

Roja como un tomate me dirigí a las gradas, acompañada de mi amiga, la que, por suerte, no había hecho ningún comentario al respecto. Nos sentamos en la fila de en medio, en la que teníamos unas vistas maravillosas del campo de juego en el que se disputaría el título esa tarde.

Me puse cómoda, dispuesta a disfrutar del partido, pero una voz chillona que bien conocía interrumpió mi descanso.

—¿Qué haces tú aquí?

No había que ser muy listo para saber a quién le pertenecía esa voz que tanto detestaba y que no podía aguantar. Sí, en efecto, habéis adivinado.

—¿No es obvio? —La miré. No estaba sola, por lo que pude comprobar. Iba con sus compañeras del estudio, a quienes a penas conocía, quizá a un par de ellas. La verdad era que no teníamos una muy buena relación con las chicas del estudio de Summer debido a la disputa entre ella y la directora de mi estudio.

Desde siempre habíamos vivido esa confrontación y por eso en ese momento estábamos totalmente acostumbradas a los arrebatos de ambas, tanto sus chicas como nosotras.

—¿Qué narices haces en este partido si no perteneces al Harrison High School?

—Porque pertenezco al Kensington, vuestro rival. —Sonreí con falsedad.

—Oh, pues sentimos tener que deciros que vuestro equipo va a perder. Nuestros chicos son los mejores.

—Los nuestros van más allá. —Como siempre pasaba entre ella y yo, siempre tenía que quedar por encima de ella.

Me lanzó una mirada de desdén y miró hacia la primera fila, en donde estaban las animadoras,

preparándose para el intermedio. Permaneció un rato así, mirándolas sonriendo burlescamente, creyéndose lo más de lo más cuando en realidad era una persona mezquina e insignificante a mis ojos.

—Incluso vuestro equipo de animación es de lo más patético. Mirad, chicas, eso es lo que no debemos hacer en los ensayos de baile —dijo con desprecio, apartando la mirada de ellas y volviendo a posarla en nosotras, riéndose.

—¿Me tengo que ofender? Porque me da igual. —Me crucé de brazos.

Dejé de prestarles atención, como si sus voces fueran el zumbido de un insecto molesto que no tenía otra cosa que hacer que revolotear a nuestro alrededor. Me giré hacia Lea, dispuesta a entablar una conversación con ella, pero la presencia de esas indeseadas no me lo permitió, puesto que siguieron hablando.

—No me puedo creer que esta perra esté aquí —dijo a la vez que me señalaba con la cabeza. Empleó un tono de voz demasiado alto para que estuviesen hablando entre ellas, por lo que supuse que lo había hecho aposta, para que yo me enterara.

Puse los ojos en blanco, tomando una profunda bocanada de aire para no cantarles las cuarenta allí mismo, y volví a lo mío. Me crucé de piernas y le dije a Lea:

—Se me ha ocurrido que luego podríamos ir al cine a ver una peli, ¿qué te parece?

—Mmm... —dijo mientras fantaseaba con la idea—. Hace mucho que no vamos juntas.

—Ya.

—Quiero ver una comedia romántica —propuso.

—Jo, yo quería una de acción —fingí quejarme. El plan era llevarla al cine, “encontrarnos” con Eric y con John y, después, dejarlos solos.

Lea abrió la boca para decir algo, pero Kiara no la dejó.

—Oh, mira, Madison, ¿ese no es el que finge ser tu novio?

Sentí esas palabras como una puñalada en la espalda, desgarrándome por dentro. Fue un golpe bajo por su parte, muy rastrero. Ella sabía que nunca antes había salido con un chico y, debido a eso, sabía lo insegura que era a veces. Siendo sincera, antes de que todos esos sentimientos hacia Eric florecieran en mi interior jamás creía que una persona como yo pudiera salir con alguien como él. La vida me había demostrado cuán errada estaba. Mis sentimientos hacia él iban creciendo cada día y, a veces, sentía ese miedo a que hiciera algo que me lastimara, pero al ver cómo me sonreía, lo atento que era conmigo... ese sentimiento se evaporaba como el agua con el calor.

—Es mono —dijo Ashley, una chica que competía en su mismo equipo—. No entiendo por qué está contigo.

—Ya, es muy raro —dijo Lynn, clavándome sus fríos ojos grises.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó Kiara.

—Ilumíname. —Sonreí con cinismo.

—Creo que está contigo porque te ve como una chica fácil. Seguro que eres tan perra que ya te has acostado con él.

—Habló la reina de las zorras —contraataqué—, y no, no nos hemos acostado. No soy como tú que te acuesta con todo ser andante —escupí con asco, pues odiaba a esa clase de personas.

La cara de Kiara se tornó roja.

—¡Y tú eres una... una...!

—¿Una qué? —la desafié, con los ojos brillantes por la ira.

Kiara abrió la boca para decir su comentario, pero Lea se interpuso entre nosotras, como siempre lo hacía cada vez que me iba a pelear con alguien.

—Chicas, por favor, estamos aquí para disfrutar del partido, no para pelear.

—Tú a mí no me das órdenes, rubia —espetó fuera de sí, echando fuego por la boca.

Eso sí que no. Nadie trataba así a Lea, no se lo merecía.

—Ni tú a mí tampoco, morena —explotó mi amiga roja de furia—. Te juro que como no os larguéis ya de aquí, todos los presentes sabrán la clase de persona que eres, Kiara.

Cuando Lea juraba algo, lo cumplía sí o sí, sobre todo cuando se enfadaba como pasó aquella vez. Kiara sabía esto gracias a que Lea casi siempre viajaba con nosotras cuando competíamos y que en más de una ocasión había cumplido lo que había prometido, así que se tragó sus palabras y se largó de ahí seguida de su séquito.

Cuando las perdí de vista, suspiré aliviada. Menos mal, en ese momento pensaba que íbamos a llegar a las manos.

—Gracias, Lea.

—De nada, para eso están las amigas y hermanas. —Sonrió.

—Pensé que Leagator iba salir de su escondite. —No pude evitar reírme.

Al principio mi amiga me miró frunciendo los labios y el ceño, pero luego estalló en carcajadas, uniéndose a mí.

—Yo también lo pensaba.

Sonreí y me apoyé en ella, dispuesta a disfrutar del partido. Vi cómo daban comienzo las presentaciones y cómo el comentarista decía:

—¡Quiero oírlos gritar!

Y cómo todos coreamos el nombre del equipo:

—¡*Phantom, Phantom!*

Entre aplausos apareció todo el equipo y se dispusieron a jugar. A pesar de estar atenta durante todo el partido, había ocasiones en las que no entendía el juego. No sabía por qué a Eric le habían pitado dos faltas o por qué Dani hizo lo que se denominaban *pasos*. No estaba muy puesta en el juego, la verdad.

Aun así lo disfruté como lo hace un niño en un parque.

Al final resultó que el juego estuvo muy reñido, tanto que terminaron empatando. Debido a eso, les dieron un tiempo extra de cinco minutos para que desempataran. ¿Quién ganó? Después de varios minutos de tensión, derrotamos a esos *The Flamingos*. ¡Lo lograron! ¡Ganamos! En ese momento me sentía la persona más dichosa del planeta, aunque sabía que los jugadores de nuestro equipo estarían aún más eufóricos.

—¡Hemos ganado! —exclamé mientras abrazaba a Lea totalmente emocionada.

—Lo sé. ¡Qué fuerte, tía! —decía sin poder creérselo y es que el equipo adversario era muy bueno, eso había que admitirlo—. Vayamos a celebrarlo.

Hice una mueca.

—Hoy no me apetece salir, estoy reventada.

—¿Qué propones entonces? —Alzó una ceja.

—Lo de antes. ¿Qué te parece? Peli, palomitas, gominolas y bebida.

Lo sopesó durante unos segundos hasta que al final asintió con la cabeza, sonriendo.

—Venga, vale.

—¿Qué película quieres ver? —preguntó ella, una vez que nos pusimos a esperar la gran cola del cine.

—Una de acción, ya te lo he dicho.

Lloriqueó.

—Yo quiero ver una comedia romántica. Por fa, Maddie. —Batió sus largas pestañas rubias para convencerme. No pude evitar reírme por su gesto.

—Está bien.

Mi amiga, la que se suponía que iba a cumplir dieciocho años en marzo, soltó un grito de júbilo propio de una niña. Si antes había reído, en esos momentos me encontraba tirada en el suelo muerta de la risa.

—Maddie, compórtate, me estás poniendo en evidencia —se burló de mí.

La gente me miraba como si fuese un marciano al verme ahí, tirada en el suelo, riéndome como si no hubiera un mañana.

—Creo que te ha dado tu famoso ataque de risa —comentó ella al ver que no podía dejar de reírme. Eso solo me pasaba muy pocas veces, pero me pasaba. Era algo que no podía contralar y que cuando me ocurría, solía ser muy fuerte.

Intenté tranquilizarme tomando varias bocanadas de aire hasta que al fin conseguí volver a la normalidad.

Me dolía el estómago de tanto reírme.

—Ya estoy bien. —Noté cómo me temblaba el labio inferior por estar conteniéndome.

Mi amiga soltó una pequeña risita y volvió a centrarse en la cola.

Sentí que mi teléfono móvil vibraba dentro de mi bolso, por lo que lo saqué. Tenía un mensaje de Eric.

Sonreí al ver lo que decía: “Ya estamos. John piensa que vamos al cine. Me va a matar por hacer esto”.

Le escribí sin borrar la sonrisa que se había dibujado en mis labios: “Lea piensa lo mismo y también me matará por organizarles esta cita secreta”.

Minutos después me escribió: “¿Dónde estáis?”.

“En la cola del cine. Ven ya, por favor. Estamos casi llegando al principio”, le escribí con desesperación, ya que solo nos quedaban dos personas para pedir.

Mi teléfono vibró de nuevo: “Vale, creo que te veo. Finge que te sorprendes de vernos”.

“A sus órdenes, capitán”, redacté y junto al mensaje le envié un emoticono de sargento.

Solo tuve que esperar unos segundos antes de escuchar cómo Eric decía:

—¿Madison? ¿Lea? ¡Qué casualidad veros aquí!

—Ho... Hola, chicos —tartamudeó mi amiga, incrédula.

—¡Vaya, qué sorpresa! —fingí que no sabía que vendrían.

John se quedó mudo, como si le hubiese comido la lengua el gato.

—¿Qué peli teníais pensado ver? —preguntó Eric.

—Una comedia romántica, ¿verdad, Lea?

—Ajá.

Ahora pasaríamos a la segunda fase del plan “Operación Jolea”. No me gustaba la idea de dejar a Lea sola, pero debía hacerlo si quería que John y ella tuvieran una relación.

—Esto... Chicos, tengo que ir al baño. Nos vemos luego, en la sala. —Y me fui de ahí antes de que dijeran algo. Fui hacia los baños, que se encontraban en uno de los laterales. Me quedé escondida en el baño de las chicas hasta que recibí un mensaje de Eric diciendo que venía a buscarme, así que salí de mi escondite. Al abrir la puerta, no miré por dónde iba y, debido a eso, me choqué con alguien.

—¡Ay!

Eric.

—Lo siento, amor. No estaba mirando por dónde iba —me disculpé.

—No pasa nada. Nuestro plan está funcionando. Les acabo de dejar solos.

Miré hacia la fila del cine con disimulo y comprobé que los dos charlaban animadamente mientras esperaban su turno. En un momento dado llegaron al principio de la fila y pidieron las entradas. Cuando terminaron, vi cómo nos buscaban con la mirada. ¡Qué inocentes se veían! No sabían lo que les esperaba.

De pronto, vi cómo John sacaba su móvil marcaba un número.

—¡Oh, mierda! —exclamó Eric sacando su teléfono y mirando la pantalla con nerviosismo—. ¿Qué hago? ¿Qué le digo?

—Dile que nos encontraremos dentro.

—Pero no es cierto.

—En efecto. Tú y yo iremos a ver esa misma película, pero nos sentaremos en la última fila para estar al tanto de ellos, ¿entendido?

—Ajá.

—Ahora contéstale antes de que sospeche.

Eric se llevó el pequeño aparato al oído y contestó:

—¿Sí? —Escuchó lo que seguramente John le decía desde el otro lado de la línea—. Oh, Maddie y yo estamos en los baños. Hay una cola impresionante. Nos veremos dentro, amigo, ¿vale? Cuida de Lea mientras tanto y lánzate. —Puso los ojos en blanco al ver lo que su amigo le respondía—. Lo que tú digas. Nos vemos. Chao. —Y colgó la llamada.

Esperamos unos veinte minutos antes de volver de nuevo a la cola, pero esta vez al principio de ella. No había mucha gente, por fortuna, pero aun así tuvimos que esperar durante un buen rato. Suerte que la película no empezaba hasta dentro de veinte minutos.

Una vez tuvimos nuestras entradas, fuimos a por las palomitas, gominolas y bebidas. A pesar de que me negué rotundamente, Eric acabó pagando todo. Decía que quería aprovechar esa ocasión para que también fuera nuestra cita. Suspiré con pesadez. A veces mi novio era de lo más testarudo.

En una ocasión nos tuvimos que esconder, ya que vimos a John y a Lea a lo lejos, caminando hacia la sala del cine.

—Casi nos pillan —dije, pasándome la mano por la frente con alivio.

—Casi, pero no lo han hecho. —Sonrió mientras entrelazaba nuestros dedos.

Llegamos a la sala y nos sentamos en los asientos de la última fila, en donde podíamos ver con total claridad a Lea y a John, sentados en la fila del centro. La primera parte de la película no pasó nada entre ellos, así que supuse que nuestro plan había sido una birria. No sabía cuán equivocada estaba.

Me encontraba acurrucada contra Eric, mirando la película, cuando de pronto él me llamó la atención y me susurró:

—Mírales.

Y así hice.

¡Oh, Dios mío! Se estaban besando. Por fin. Ya les había costado.

Estaba tan contenta que le di un gran beso a Eric que lo dejó estupefacto durante unos instantes, pero que tras salir de su asombro profundizó. Después, continué viendo la película sin borrar mi sonrisa de la cara, dándole de vez en cuando algún que otro beso por sorpresa a Eric.

Estaba llena de tanta dicha que dudaba que nada ni nadie podrían quitarme tal dicha.

Capítulo 26

Madison

—¡Te juro, Madison, que no vas a tener descendencia! —gritó Lea la mañana siguiente nada más verme desayunando. Como ya estábamos oficialmente de vacaciones de Navidad y como también en el estudio nos tomábamos una semana libre de competencias, no tenía prisa.

Continué tomando mi desayuno sin hacerle caso, error por mi parte. De pronto, sentí cómo un líquido pegajoso caía sobre mi cabeza, empapándome por completo. Al girarme me encontré con que Lea tenía en sus manos la jarra de zumo que supuse que traía y una sonrisa malvada dibujada en sus labios.

—¿A qué viene eso? —me quejé.

—¡Te lo mereces! Por dejarme sola con John. Tú y ese al que llamas novio. Sois unos... — Dejó la frase en el aire.

—Lo siento si te ha molestado, pero sentíamos que debíamos daros un pequeño empujón. Si no, no te habrías besuqueado con él ayer —le recordé. Después puse morritos simulando besar el aire.

—Estás jugando con fuego, Maddie, y sabes lo que pasa si juegas demasiado —me amenazó, achinando sus ojos y sentándose a mi lado—. Deberías darte una ducha. Tienes el pelo lleno de porquería.

Puse los ojos en blanco para después poner cara de fingido horror.

—No me digas. —Me llevé las manos al rostro—. No me había dado cuenta —dije con ironía.

Después de desayunar subí a mi habitación para coger algo de ropa y me metí en el baño que compartíamos todas las chicas. Cuando entré no había nadie, lo que agradecí internamente. A pesar de estar acostumbrada a ducharme a la vez que otras chicas, todavía sentía vergüenza al estar desnuda delante de ellas.

Suspirando, dejé las prendas en uno de los bancos, me desvestí y me metí en una de las tantas duchas que había para podernos duchar más de una al mismo tiempo. Una de las cosas buenas de estos baños era que cada ducha estaba separada por una pared negra y por una puerta del mismo color que daban cierta intimidad. El suelo de baldosas grises oscuras estaba frío, por eso me ponía chancletas; también lo hacía para no coger hongos y para no resbalarme, ya que las baldosas se ponían resbaladizas con el agua.

Abrí la llave y dejé que el agua caliente me relajara por completo. En un momento dado empecé a tararear, a la vez que con mis manos enjabonaba mi cabello. Poco a poco iba subiendo el volumen de voz y una vez terminé de aclararme por completo, salí de ahí sin antes escurrir mi cabello con ambas manos.

Hacía mucho frío, tanto que empecé a tiritar con fuerza. Rápidamente me envolví en la toalla y me sequé el cuerpo. Me vestí lo más rápido que pude, muriéndome de frío, y después salí de ahí cargando con mis cosas.

Una vez dejé todo en su sitio, decidí que pasaría toda la mañana encerrada en la sala de ensayo. Desde hacía un par de días tenía en mente una coreografía que aún no había terminado. Me parecía muy buena para que las niñas la hicieran en uno de los concursos del año entrante, lo malo era que para ese número necesitaría chicos. Suspiré. Hablaría con Hannah al respecto.

Bajé las escaleras hasta llegar al sótano en donde, antes de dar dos pasos siquiera, alguien salió de la sala de estar y chocó conmigo. Me iba a disculpar cuando escuché cómo Kevin gruñía y decía:

—¡Mira por dónde vas!

—Mira por dónde vas tú —espeté. Ese niño me tenía harta. Ya no lo podía aguantar más. No entendía por qué narices actuaba así y, siendo sincera, sentía curiosidad por su actitud. ¿Qué era aquello que lo hacía comportarse tan mal con nosotros hasta llegar al punto de molestarnos todo el tiempo?

—Tú te has interpuesto en mi camino.

—¿Quién te dice que no has sido tú el que obstaculiza mi camino? —Alcé una ceja.

—Eres insoportable —bufó—. Te odio. —Y desapareció de allí como alma que lleva el diablo.

Observé cómo se alejaba con paso fuerte y, tras encogerme de hombros al no saber qué hacer al respecto, entré en la sala de baile. La música la tenía en mi teléfono, así que lo saqué y busqué una canción. A la hora de estirar me gustaba escuchar música porque me ayudaba a evadirme.

Una vez pasadas tres canciones, decidí dar por finalizado el calentamiento y empezar a ensayar la coreografía que llevaba rondando por mi cabeza desde hacía unos días. La había llamado *Paparazzi* y había sido producto de un sueño que había tenido hacía un tiempo en el que mis compañeras de danza y yo asistíamos a una fiesta cuando, de repente, aparecía un grupo de paparazzis y empezaba a acosarnos.

En el sueño todas intentábamos zafarnos de ellos sin éxito. Recuerdo que desperté con el corazón latiendo fuertemente y una sensación de agobio oprimiendo mi pecho.

Pasaron varias horas y yo aún no había perfeccionado la coreografía. Sentía que estaba a punto de lograrlo y que gracias a ella mis chicas lograrían quedar entre los cinco primeros puestos. Ahora lo único que me quedaba por hacer era hablar con Hannah, pues necesitaría tres niños de la edad de las chicas.

También había trabajado en otra coreografía, basada en una de las canciones del famoso musical de *Annie*. Recuerdo que en la academia de Hannah, cuando tenía unos diez años, protagonicé esa obra.

Fue gracioso y molesto a la vez haber tenido que llevar esa peluca pelirroja de cabellos rizados. La verdad es que fue un gran logro para mí, pues me encantaba tanto las películas como los musicales.

El caso es que había ideado una coreografía lírica con la canción *You're Fully Dressed Without a Smile*.

Había pensado en que Mia sería perfecta para representarlo en escena porque tenía mucha técnica y era muy hábil, además de que se metía en el papel con facilidad cuando bailaba. También estaba el hecho de que la protagonista de la obra tenía diez años, la edad exacta de esa niña.

Fue así cómo me encontró Lea, haciendo un *Needle*. Al principio no me di cuenta de sus presencia, ya que estaba concentrada en mantener mi pierna sobre mi cabeza, recta y bien estirada, sin desequilibrarme. Fue su “Oh, Dios mío” lo que hizo que girara mi cabeza hacia un lado y viera una mezcla de asombro con dolor en su rostro.

Bajé la pierna y paré la música. En otras ocasiones utilizaba mi portátil, pero esa mañana lo había puesto a cargar. Suerte que durante la noche mi teléfono estuvo enchufado, rellenándose de fuerzas y energía para aguantar un día duro.

—Ya sabes que me encanta ver cómo haces esas cosas, Maddie, pero esta vez me ha dolido de

verdad.

Todavía no entiendo por qué a ti no te duele.

—¿Quizás porque llevo haciéndolos bien desde pequeña? —La miré con cautela, preguntándome si seguía enfadada conmigo o no por haber planeado a sus espaldas aquella cita secreta. No estaba segura de si me había perdonado o no.

Mi amiga puso los ojos en blanco.

—Esa no es la respuesta correcta.

Reí.

—¿Aún sigues enfadada conmigo? —me atreví a preguntar vacilante.

Tardó varios minutos en contestar, tiempo que pasó mirado la sala con expresión ausente, como si en vez de estar allí estuviera en otro lugar. Habló cuando clavó sus ojos marrones cubiertos por gruesas pestañas en mí.

—No. —Suspiró—. Me ha molestado que tanto Eric como tú hayáis actuado a nuestras espaldas, pero, tras sopesarlo, me he dado cuenta de que solo queríais ayudarnos porque somos tan cabezotas como para no actuar, aunque, siendo sincera, no he sido la única. —Me lanzó una mirada significativa—. Aun así, gracias, de verdad, porque si no, John y yo no habríamos pasado una gran velada.

Estaba muda, atónita. Pensaba que Lea seguiría enfadada conmigo por ello, ya que sus enfados solían durar bastante. Sin embargo, parecía que se había dado cuenta de que había obrado mal.

—De nada. Yo solo quería ayudar.

—Y siento lo de esta mañana. —Bajó la mirada a la vez que su rostro se teñía de un color carmesí—. Cambiando de tema, tienes visita.

Alcé una ceja, no sabiendo de quién se trataba, pues jamás recibía una visita un sábado por la mañana.

Me preguntaba quién sería, aunque lo más seguro es que fuera Sarah, Emma o cualquiera del equipo.

Normalmente solíamos competir todos los sábados, por eso era extraño no estar yendo hacia una competición.

—¿Quién es?

Sonrió con picardía.

—¿Por qué no lo averiguas tú misma?

Eric

Miré las letras doradas de nuevo en las que se leía “Bienvenidos al Moonlight” encima de la verja de hierro forjado que protegía a sus moradores de cualquier peligro. La verja daba paso a un gran seto que ocultaba el interior de ese gran terreno de las miradas de los curiosos.

Respiré de nuevo, armándome de valor para entrar. Por alguna razón desconocida no era capaz de tocar el portero automático. Llevaba ahí parado, chupando frío como un idiota, más de diez minutos, debatiendo internamente si llamar o no. La verdad es que me apetecía llevar a Madison a un restaurante de la ciudad que se encontraba a unas calles de donde ella vivía y que servía una excelente comida.

Había estado pensando en ello durante toda la mañana.

—Vamos, Eric, puedes hacerlo.

Vacilando y con un poco de miedo de que me dijera que no, llamé.

Tuve que esperar varios minutos antes de que Lea me dejara pasar con su arrasadora energía y contagiosa alegría. Me encantaba esa chica y estaba seguro que John sería capaz de quererla como yo lo hacía con su hermana.

—¡Hola, Eric! —me saludó de nuevo, abriéndome la puerta principal, chocándome contra una barrera invisible de calor que me embriagó completamente, incomparable con el frío helador del exterior.

—Buenas, Lea. ¿Qué tal te fue anoche? —Le guiñé un ojo, provocando que se le subieran los colores.

—Te juro que os mato, a ti y a la que dice ser mi mejor amiga y hermana. —Me señaló mientras me fulminaba con la mirada.

Sonreí.

—Así que fue bien... —seguí diciendo, aunque, claro, John ya me había puesto al tanto de todo. Después de haberme echado una gran bronca por lo ocurrido, me acabó diciendo cómo le fue su cita y las ganas que tenía de que se repitiera.

Se aclaró la garganta.

—Esto... No quiero ser maleducada ni nada de eso, pero ¿por qué has venido?

Sonreí de lado.

—He venido a buscar a Madison. ¿Sabes si puedo verla?

—Claro, que yo sepa no ha desaparecido ni nada por el estilo. Voy a buscarla, creo que ya puedes deducir en dónde estará ahora.

Por supuesto que lo sabía: en ese pequeño refugio en donde ella podía pasarse horas y horas encerrada, bailando con la música a todo volumen.

—Te acompaño —me ofrecí, avanzando hacia ella, pero me detuvo con un gesto de la mano.

—Será mejor que no lo hagas, Eric. Le molesta que la interrumpamos en medio de un ensayo si está muy concentrada en él. Mejor espérame aquí, ¿vale? O, mejor, ¿por qué no me esperas en los jardines traseros? —Señaló una gran puerta de cristal que se encontraba al otro lado de la gran estancia y de la que se veía un gran porche—. No creo que a Maddie le guste que la veas sudando como un cerdo.

Me encogí de hombros, indiferente. Ella estaba guapa siempre, eso era un hecho.

—Como quieras.

Fui hacia esa puerta, que poco después descubrí que era corrediza, y di con el porche. Era muy parecido al que había en mi casa, pero un pelín más grande. Los suelos eran de madera, al igual que la barandilla y, a un lado, había unas escaleras que daban acceso al jardín.

Era la primera vez que me encontraba en ese lugar y, a decir verdad, me sorprendió mucho. Su propiedad poseía una gran extensión de jardín. A un lado de este había una pequeña zona de recreo infantil compuesta de un par de toboganes de colores llamativos, columpios y demás juegos infantiles. En otro de los lados había un gran cenador de paredes blancas y techos grises que se encontraba un poco alejado de la entrada, casi en los límites de la propiedad. En el centro había una gran piscina, en esos momentos cubierta, y que estaba seguro que sería la envidia del vecindario.

De pronto, escuché una suave melodía proveniente del cenador. Era extraño, pues el jardín parecía totalmente deshabitado, así que decidí acercarme. Ya sé que la curiosidad mató al gato, pero tenía muchas ganas de saber quién la estaba escuchando.

Había un pequeño sendero de guijarros que llevaba allí, cubierto de una fina capa blanca debido a que había nevado esa noche y un pelín resbaladizo. A medida que me aproximaba al lugar, el volumen de la música iba en aumento. Era una canción de las que solía bailar Maddie

para sus solos líricos, lo que me extrañó. ¿No se suponía que estaba en el sótano?

Cuando llegué, tomé el pomo de la puerta y la abrí con suavidad. Ni en un millón de años me habría imaginado con quién me encontraría ahí dentro, bailando como un experto, ajeno a todo. Juro que en ese momento mis ojos por poco salen de sus órbitas y mi mandíbula se desencajó ante tal sorpresa.

Era Kevin, alias “el niño del demonio”, como lo llamaban Lea, Dani y Madison cuando lo mencionaban por la cantidad descomunal de travesuras que habían sufrido de su parte. ¿Qué narices...?

En un momento dado, ese niño de nueve años se giró y quedó de cara a mí. Su cara se transformó por un momento en una mueca de horror, que enseguida enmascaró en su habitual frialdad.

—¿Qué haces aquí? —Frunció el ceño, aparentemente molesto con que lo hubiera interrumpido.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Escuché la música y sentí curiosidad de ver de dónde provenía. No sabía que te gustara bailar.

—Y no me gusta —dijo con demasiada rapidez, apartando la mirada.

—Sí, ya —dije sarcástico—, y yo me chupo el dedo.

Bufó.

—Vale, me gusta, ¿contento? Felicidades, ¿quieres un pin o una chapa por haber descubierto eso? —Suspiró.

—¿Tomas clases de baile? —pregunté interesado. Madison no me había dicho nada al respecto y eso era raro, ya que ella siempre me contaba todo lo que tenía que ver con ese pequeño monstruo.

—¿A ti qué te importa?!

Ahí volvía el niño molesto de siempre.

—Mucho, la verdad.

Lo miré directamente a los ojos, en busca de una respuesta. Kevin era muy cerrado con todos, de eso me había dado cuenta en la cena del otro día. Según me habían contado, siempre me gustaba estar solo, como si la soledad fuera el mejor de sus amigos. Yo tenía la sospecha de que había vivido una experiencia negativa para que no confiara en nadie. Me pregunté qué le habría pasado en su corta vida...

—¡Eso es mentira! —exclamó con furia y con las mejillas teñidas de rojo—. No le importo a nadie. —Apartó la mirada y se quedó callado durante bastante tiempo hasta que lo oí sollozar—. No le importo a nadie —repitió, rompiendo a llorar.

Me quedé paralizado, estático, en mi sitio, no sabiendo qué hacer. El comportamiento de Kevin era totalmente desconcertante. Pensé que seguiría actuando de manera fría y distante, tal y como había estado haciéndolo hasta ese momento; pero, por supuesto, me equivoqué por completo.

Saliendo de mi estado de aturdimiento, lo abracé con fuerza. Al principio soltó un par de quejidos, pero después se aferró a mí con fuerza, temblando y convulsionándose a la vez. Le pasé la mano por la espalda, acariciándosela con ternura. En mi opinión, ese niño de tan solo nueve años había sufrido bastante en su vida y por eso se comportaba así. Creo que se merecía recibir un poco de cariño, aunque sea en ese estado de vulnerabilidad en el que se había sumido de pronto.

—No le importo a nadie —decía entre hipidos—. Soy un niño malo, soy un niño malo.

¡Vaya! ¿Por qué narices decía eso? Y, lo más importante, ¿qué quería decir con eso? Kevin había estado reprimiendo esos sentimientos durante toda su estancia en el Moonlight, de eso no me cabía duda alguna.

Creo que el pequeño había explotado emocionalmente.

—No lo eres, Kevin, eres un gran chico.

—No —sollozó—, no lo soy. Ya ves cómo he tratado a mis compañeros. Soy un niño malo. ¿Quién me querría a su lado?

Lo separé un poco de mí, apoyé mis manos en sus hombros y me agaché lo suficiente como para quedar a su altura y mirarnos directamente a los ojos, los que seguían derramando lágrimas sin cesar, provocando un nudo en la boca de mi estómago y una sensación de impotencia al no verme capaz de calmarlo.

—Escúchame, no sé cuál es el motivo de que digas esas cosas, pero me veo obligado a decirte que no son más que estupideces. Estoy seguro de que en cuanto te abras a los demás, ellos te integrarán gustosos en su gran y maravillosa familia.

—¿Cómo lo sabes si no los conoces? —preguntó con la respiración entrecortada por el llanto.

—Les conozco lo suficiente como para saberlo. Kara y Álvaro se han encargado de construir un lugar en el que los niños y no tan niños puedan crecer rodeados de amor. Ya lo has visto por ti mismo.

Se quedó callado por un momento, mirando el infinito con expresión ausente. Me pregunté qué era lo que le estaría rondando por esa pequeña cabeza suya.

—No sé, no me fío de ellos.

Sonreí con ternura.

—Parece ser que no confías en nadie —bromeé, intentando relajar el ambiente y que ese pequeño se abriera como una flor lo hace durante el día, dispuesta a absorber todos y cada uno de los rayos del sol.

Sus regordetas mejillas se tiñeron de rosa y apartó la mirada algo avergonzado. No volvió a mirarme en lo que duró ese pequeño instante de silencio, pero, al parecer, logré que Kevin se relajara un poco, ya que se sentó en el suelo y me invitó con un gesto a ponerme cómodo a su lado.

Suspiró antes de volver a mirarme, siendo esta vez la mirada de un niño apenado y triste, la misma mirada de una persona que cargaba consigo el mayor de los secretos.

—Si te cuento algo, prométeme que no se lo dirás a nadie —suplicó.

Lo miré a los ojos.

—Te lo prometo.

Tomó una gran bocanada de aire.

—Me gusta bailar, pero no me gusta que me llamen gay por hacerlo. Por eso no se lo he dicho a nadie, porque temo que me empiecen a llamar así, tal y como han hecho en la mayoría de las casas de acogida a las que he ido. —Su semblante se volvió vacío, lejano, como si estuviese perdido en sus recuerdos.

<<Esto no se lo he contado a nadie, así que espero que quede entre tú y yo. He vivido en muchas casas de acogida desde que mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo era muy pequeño. Estoy acostumbrado a que los demás no me quieran, a ser siempre el chico que hace las tareas.

—¿Te mandaban hacer las tareas de casa? —pregunté con asombro.

Clavó sus ojos color miel en los míos antes de responder mi pregunta:

—Sí. Me sentía como un esclavo, porque siempre era yo el que las tenía que hacer. Todas y

cada una de ellas, como fregar los cacharros, quitar el polvo, planchar, barrer y fregar el suelo... Era horrible. Lo peor era cuando esa familia tenía hijos biológicos. Ellos vivían como reyes y yo... como un vagabundo.

Casi siempre me veía obligado a dormir en los áticos de la casa o, en algunos casos, en el sótano. No sabes el miedo y el frío que he pasado encerrado ahí abajo. De tan solo recordarlo se me ponen los pelos de punto. —Tembló como si le recorriera un escalofrío.

<<Pero lo peor de todo vino hacia dos casas de acogida. Al principio se comportaban como en todos los hogares por los que había pasado, pero, de pronto, sin saber ni entender cuál fue la razón de ello, empezaron a menospreciarme, diciéndome que era un niño malo, que no valía nada. Poco después empezaron las palizas semanales, que se convirtieron en diarias.

<<Al principio me negaba a pensar en que ellos tenían razón, pero con el tiempo fui acostumbrándome a sus palabras hasta que dije “Basta”. Un día no lo pude aguantar más y me escapé de ahí, pero no sirvió de mucho, porque me llevaron a otra casa de acogida peor que la anterior. Fue ahí cuando decidí que si tanto decían que era un niño malo, ¿por qué no comportarme como si fuera uno?

<<No duré ni un mes con esa familia. Estuve en el limbo, por así llamarlo, durante una semana. El juez de menores no sabía qué hacer conmigo. Creo que me veían como lo hacen todos los adultos, como un niño problemático.

<<Pero, ¿sabes qué?, solo soy un niño con un pasado triste que no puede y que desea olvidar. En cierto modo bailar me ayuda a seguir adelante, me hace sentir yo mismo, sin problemas ni miedos. Solo existo yo, ¿entiendes?

Cuando Kevin terminó de contar aquella horrorosa experiencia, nos quedamos un buen rato en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, sin saber muy bien qué decir.

—Esto... —empecé a decir, pero callé para aclararme la garganta—... No tenía ni idea.

De repente, su rostro se endureció.

—¡No me mires así, con lástima! No te lo he contado para que me mires como si fuera alguien que necesita caridad.

—No era mi intención. —Desvié la mirada—. ¿Por qué no se lo has contado al juez o, en este caso, a los directores del Moonlight?

Él me miró como si quisiera decir: “¿Eres tonto o te lo haces?”. Me encogí de hombros a modo de respuesta, logrando únicamente que el niño suspirara con pesadez.

—Porque no confío en la gente. Tengo miedo de sufrir y de que me hagan daño de nuevo.

Sentado como estaba, con las piernas cruzadas a lo indio, alargué una mano para alzar su barbilla y para que así me mirara a los ojos. Ese niño debía comprender que no pasaría nada si confiaba en Kara y en Álvaro, que ellos eran unas personas maravillosas.

—Escúchame, Kara y Álvaro son dos personas increíbles, totalmente confiables. Seguro que intentarán ayudarte en todo, al igual que han hecho con el resto de internos durante todos estos años —le intenté convencer.

Pero, claro, Kevin era muy tozudo.

—No lo creo.

—Si has podido confiar en mí para contarme este secreto tuyo, que hasta hace cuatro días no era una persona muy de fiar, que te lo diga Maddie, podrás contar con su apoyo incondicional. —Apoyé mis manos en sus hombros—. Créeme, estamos aquí para ayudarte porque te queremos.

Me miró, dudoso.

—No sé...

—Además, si les dices que amas la danza, es muy seguro que te apunten a clases de baile. —

Le guiñé un ojo. A él se le iluminó el rostro.

—¿Estás seguro de que me dejarán hacerlo?

—Claro. En primer lugar, lo haces de maravilla y, segundo, hay una compañera tuya que asiste a un estudio de danza.

Kevin me regaló una sonrisa sincera a la vez que sus mejillas se teñían de un rosa adorable.

—Gracias por... —Calló de pronto, abriendo los ojos como platos—. ¡Espera! ¿Has dicho que una chica de aquí baila? —Afirmé con fuerza, moviendo la cabeza de arriba a abajo—. ¿Quién es?

Solté una pequeña carcajada al ver tal ilusión en su rostro. Había pasado de ser aquel niño repelente y frío a uno completamente diferente. Me gustaba, me caía bien Kevin. Le revolví el pelo con ternura, gesto que lo dejó helado en su sitio por un momento.

—Madison.

Abrió aún más sus grandes y expresivos ojos marrones, sin creérselo.

—¿Ella?

—Sí.

—Hala... —suspiró, totalmente maravillado—. ¿Es buena?

Reí.

—Ella es una profesional. ¿Sabes que da clases de baile en el estudio a un grupo de niñas de seis a diez años?

Kevin abrió la boca, volviendo a soltar un “Hala”.

—Ahora entiendo por qué llega tan tarde entre semana.

—¿Sabes que también tiene una sala en el sótano especial para bailar?

La forma en la que me miró me dijo que no lo sabía. Su estado de asombro iba más allá.

—¡Por eso pasa tanto tiempo ahí abajo encerrada! —Se levantó de un salto y empezó a dar pequeños botes en su sitio. Esa emoción me recordó a la de los mellizos, y no pude evitar sonreírle con ternura.

Repito, me encantaba ese niño.

—Ajá.

—¿Podría preguntarle si podríamos compartirla? —Me miró lleno de incertidumbres, como si yo supiera la respuesta.

—Creo que ella estará encantada de compartirla siempre y cuando no la molestes y dejes de hacer esas travesuras que tanto la sacan de quicio.

Me miró con culpabilidad y arrepentimiento. Estaba claro que se sentía muy mal por haberse comportado así durante su corta estadía en el Moonlight.

—Lo siento, lo siento de verdad, Eric.

—No está en mis manos perdonarte o no porque a mí no me has hecho nada. Deberías disculparte con tus compañeros e intentar convivir con ellos porque me da la sensación de que harás grandes amigos aquí.

Sonrió con tristeza.

—Nunca antes he tenido amigos —confesó.

Le tendí un brazo sonriendo al mismo tiempo.

—Aquí tienes uno. Será un placer ser amigo tuyo, Kevin.

—Encantado de serlo, Eric. —Me estrechó la mano y soltó una adorable risita infantil.

Me levanté del suelo y me sacudí los pantalones con las manos. Mientras tanto, Kevin caminaba de un lado a otro sin cesar y con nerviosismo.

—¿Me harías un gran favor, Eric? —me pidió, parando y mirándome con inquietud.

—Claro. ¿De qué se trata?

—Esto... ¿Me acom... acompañarías a hablar con Kara y Álvaro? Solo hasta el despacho. Por favor. —Juntó ambas manos a modo de súplica, como si su tono de voz no hubiese tenido ya un deje de ruego.

Cómo resistirme a esa carita de cordero degollado.

—Venga, vale. ¿Vamos? —Le tendí un brazo para que me diera la mano, cosa que hizo y que me sorprendió, pues dudaba de que lo hiciera.

Salimos al exterior y, de inmediato, una gran ráfaga de aire frío nos envolvió, provocando que el niño que caminaba a mi lado temblara como una hoja. Con gesto sobreprotector, le pasé el brazo por los hombros y lo acerqué a mí.

Llegamos al edificio, totalmente congelados y temblando como flanes. Solté un gran suspiro de satisfacción y placer cuando nos adentramos en él, ya que la calefacción estaba puesta y, por ende, el interior nos envolvió en un abrazo cálido.

Ni siquiera nos dio tiempo de dar un par de pasos cuando escuchamos cómo Madison preguntaba:

—¿Qué haces aquí, Eric? ¿Qué haces con...? —Miró al niño con cautela y preocupación— ¿... Kevin?

Lea, a su lado, nos señaló con las manos.

—¿No es obvio? Chico malo, niño malo. Es una buena combinación.

Alcé una ceja mientras sentía como Kevin se tensaba a mi lado.

—Lea... —advertí, tensando la mandíbula.

Ambas me miraron con sorpresa y yo articulé un “Os lo cuento luego”.

Tal y como le había prometido, acompañé a Kevin al despacho de los directores, quienes se encontraban dentro, pues, cuando Kevin llamó, Álvaro abrió la puerta. Nos miró a los dos extrañado.

—Por favor, dime que Kevin no te ha hecho nada malo —suplicó dirigiéndose a mí.

—¿Por qué cada vez que vengo acompañado de alguien piensas eso? —se indignó el niño.

Álvaro lo miró con severidad.

—¿Porque a lo mejor siempre ha sido así?

Bufó.

Me aclaré la garganta.

—No debe de preocuparse por nada, señor Moon. Kevin solo quiere hablar con ustedes. —Le di un suave empujón al niño y, antes de irme de ahí para dejarles solos, le susurré en el oído—. Confía en ellos.

Madison

—¿Qué ha pasado exactamente en mi ausencia, Eric? —quise saber.

Eric había propuesto que saliéramos juntos a comer y había aceptado encantada. La verdad era que debido a los ensayos y a sus entrenamientos apenas teníamos tiempo para salir juntos, por eso aprovechábamos los pequeños ratos libres al máximo.

No sabía por qué razón se encontraba al lado de Kevin ni tampoco por qué parecía que lo estaba protegiendo. Ese niño no se merecía nada, no después de cómo nos había tratado a todos.

—¿A qué te refieres?

Dejé los cubiertos sobre la mesa y lo miré desafiante. Ya estaba harta de que eludiera completamente el tema. No estaba de humor como para aguantar de nuevo sus estupideces.

—Sabes a qué me refiero, Eric. —Le miré largo y tendido mientras volvía a coger los cubiertos y pinchaba una aceituna de mi ensalada.

Negó con la cabeza a la vez que tensaba la mandíbula.

—Créeme, Maddie, si te digo que quiero contártelo, pero le he prometido a Kevin que no se lo contaría a nadie.

—Así que tiene que ver con él —comenté.

Eric se tapó la boca con las manos, una señal muy clara de que se había ido de la lengua. Sonreí con malicia mientras pensaba en cómo podría sacarle aún más información. No tenía ni idea de lo que habían estado hablando durante ese periodo de tiempo en el que había estado duchándome, quitando todo el sudor acumulado de la mañana por el ejercicio, pero lo que sí sabía era que Eric había conseguido algo que nadie en el Moonlight había logrado: la confianza de Kevin. Estaba segura de ello.

Suspiré.

—No sé qué le has dicho ni lo que has hecho con él, pero gracias. Creo que lo que acabo de ver ha sido un gran paso para ese niño.

Asintió con la mirada fija en mí.

Continuamos tomando nuestro maravilloso almuerzo en aquel acogedor restaurante. Fue extraño que no lo conociera a pesar de que se encontraba a un par de calles del Moonlight. La ensalada con medallones de queso de cabra estaba exquisita, al igual que los canelones de espinacas.

—¿Qué desean pedir de postre? —preguntó un camarero, sacando un bloc de notas y un bolígrafo del bolsillo delantero de su camisa negra.

Volví a mirar la carta, frunciendo el ceño y sin ser capaz de decidir entre el pedazo de tarta de chocolate con frutos rojos y el mousse de chocolate blanco. ¡Qué vida más frustrante!

—Yo quiero el sorbete de naranja, ¿y tú, Maddie?

—La tarta de chocolate con frutos rojo —me decidí al fin.

Le devolvimos las cartas al camarero y este se fue hacia la cocina a entregar nuestros pedidos.

—¿Has pensado ya en cuáles serán las primeras coreografías del año de las niñas?

Lo miré con diversión, intentando ocultar la sonrisa burlona que tiraba de mis labios hacia arriba.

Alcé una ceja.

—No te diré nada hasta que sueltes prenda sobre Kevin.

Me señaló con el dedo.

—Touché.

Diez minutos después teníamos lo que habíamos pedido en la mesa mientras reíamos como si no hubiese un mañana porque uno de los camareros se había resbalado y se había caído de trasero y eso me había recordado a la caída que había tenido hacía unos días Lea.

Metí una cucharada de mi postre en mi boca y solté un leve gemido automático. Disfrutaba mucho de la comida, sobre todo de los postres; era algo que no podía evitar.

—¿Está bueno? —se burló de mí a la vez que alzaba una de sus rubias y perfectas cejas. Asentí con la cabeza disfrutando cada sabor que recorría mi paladar. Primero el sabor intenso del chocolate y, después, el toque agrisado de los frutos rojos—. Dios, Maddie, si no te conociera, diría que estás teniendo un orgasmo.

Me hice la ofendida.

—¡Oye! —Lo miré desafiante—. Solo disfruto de la comida.

—Me encantaría saber... —dejó la frase sin terminar.

—¿Qué? —Dejé la cuchara en el aire, esperando su respuesta.

Apartó la mirada.

—Nada, solo iba a decir una tontería.

Fruncí el ceño y los labios, pero lo dejé pasar. Me había hecho a la idea de lo que me iba a decir. Le dirigí una mirada de advertencia y seguí tomando mi postre, disfrutando de cada bocado.

Eric empezó a sorber el líquido anaranjado ocultando una sonrisita y mirándome directamente a los ojos, divertido.

—¿Me das un poco? Solo para probarlo.

Apartó el vaso, fingiendo posesividad.

—No, es mío. —Parecía serio, pero sabía que estaba bromeando. Me lo decían sus preciosos ojos azules, los que tenían una chispa burlona.

Hice un puchero.

—Por fa. —Puse voz de niña buena y cara de no-he-roto-nunca-un-plato—. Por fa.

Sonrió de lado y, tras soltar una sonora carcajada, me pasó el gran vaso. Estaba frío y tenía una pajita de color rosa. Di un pequeño sorbo y el líquido dulcificó mi garganta. Reprimí un gemido de placer para que Eric no se riera de nuevo, aunque creo que no logré mi objetivo.

—Disculpe —hablé, llamando al mismo camarero de antes—, ¿podría traerme un mousse de chocolate, por favor? —pregunté con educación.

—Claro, ahora mismo se lo traigo, señorita.

Eric alzó una ceja, interrogante.

—¿Llevas una semana pasando hambre o qué?

Lo miré con tranquilidad, negando con la cabeza.

—No, es solo que tengo hambre.

Se echó hacia atrás en su asiento, mirándome con estupefacción.

—¡Pero te has comido una ensalada, unos canelones y ahora te acabas de comer un gran trozo de tarta! ¿Cómo puedes seguir hambrienta? Explícamelo porque no lo entiendo. —Apoyó los codos en la mesa y la cabeza en estos, clavándome ese océano que tenía por ojos. Un brillo travieso chisporroteó en estos durante un instante—. Ya sé —agregó y sonrió burlonamente—. ¡Estás embarazada!

Al instante noté cómo mis mejillas se teñían de rojo. Puse los ojos en blanco. Ya empezábamos de nuevo.

Me pregunté quién de todos mis hermanos había sido el culpable de que supiera que no me gustaba que me llamaran así.

—¡Eso no es cierto! —Lo miré desafiante.

Alzó una ceja con aire inquisitivo.

—¿Ah, no, duendecillo? —En fin, eso ya era el colmo. Impulsivamente, me levanté de mi asiento y fui hacia el aseo. Antes de alejarme lo suficiente de mi mesa, escuché cómo Eric decía entre carcajadas—: Era una broma, Maddie. Sabes que lo decía con amor.

Abrí la puerta y me metí en los baños femeninos. Una vez dentro, caminé hacia el lavabo blanco impoluto y abrí el grifo metálico con fuerza. Por suerte, el lugar estaba vacío. Me mojé un poco las mejillas con el agua fresca para que el color carmesí que se había instalado en mis pómulos se fuera.

Odiaba que me llamaran así por mi manera de ser porque, a pesar de saber que no era cierto, me hacían sentir mal, como si no fuera de su agrado o quisieran que cambiara. Yo era así y no iba a cambiar por nada ni nadie, eso lo tenía bien claro. Era consciente de que muchos bailarines

caían en la bulimia o en la anorexia debido a sus complejos. Ellos no parecían darse cuenta que con eso solo conseguían que yo me replanteara si estaba en buenas condiciones físicas o no. Suerte que me aceptaba tal y como era a pesar de mi complejo de bajita, que era algo que me gustaría cambiar si pudiera.

Me miré en el espejo y comprobé que el color rojo ya había desaparecido de mis pómulos, volviendo a su habitual palidez de siempre. Ese día me había recogido el cabello en una coleta semirecogida. Mis rizo se veían elásticos como siempre, tal y como me gustaba. Me había maquillado lo justo: un poco de rímel, una fina raya de delineador debajo del ojo y, por último, un poco de brillo en los labios, aunque este último ya había desaparecido por completo. Sabía maquillarme en condiciones desde que era pequeña debido a los concursos de baile, pero no me gustaba parecer un payaso cuando iba por la calle, así que siempre optaba por llevarlo lo más natural posible.

Alisé la falda de mi vestido como si tuviera alguna arruga y me re Coloqué mejor la media coleta regalándole al espejo una sonrisa que mi reflejo me devolvió. Lo que más me gustaba de mi aspecto físico eran mis ojos y mi cabello, a pesar de que hasta hacía unos años me costaba mucho peinarlo.

Tomé una fuerte bocanada de aire y salí de ahí con paso decidido, dispuesta a dejarle las cosas claras a Eric. Cuando llegué a la mesa, lo encontré jugando distraídamente con la cucharilla del mousse que yo había pedido y que ya habían traído.

—¿Estás bi...? —empezó a preguntar, pero no le dejé terminar. En cuanto me hube acomodado en mi asiento, puse las manos sobre la mesa con fuerza, llamando su atención y provocando que frunciera su ceño con aire preocupado.

—¡No vuelvas a llamarme duendecillo si quieres tener descendencia! —exclamé clavando mi mirada en la suya, desafiante, firme. Al ver que había elevado demasiado la voz, suavicé el tono—. No me gusta que me llamen así. Ya sabes que soy bajita en comparación con el resto de mortales y eso es algo que me ha atormentado desde que entré en esta maravillosa etapa de la vida llamada adolescencia.

Su mirada seguía clavada en mí, congelada por mis palabras. Tragó saliva con lentitud sin saber qué contestar.

—Yo... Yo... Te juro que... que no lo sabía —tartamudeó con las mejillas teñidas de un adorable tono rosado que me derritió—. Pensé que era un apodo.

Sacudí la cabeza.

—Odio que me llamen así. Gracias a mi estatura me han rechazado muchas veces en el mundo del baile porque buscaban a personas físicamente más altas —dije con amargura pensando en esos momentos bochornosos en los que me decían que si hubiese medido unos centímetros más, habría sido idónea para el papel. En uno de ellos había estado Kiara presente y, para mi desgracia, le habían dado el papel a ella.

En ocasiones odiaba que todo lo relacionado con la danza estuviese plagado de estereotipos, pues gracias a ellos a grandes bailarines se les cerraban las puertas, tal y como a mí me había pasado.

Su mirada se tornó seria de pronto, como si lo que acabara de decir hubiese sido el peor de los insultos para él.

—Maddie, créeme cuando te digo que eres perfecta, perfecta para mí. No me importa cuán alta seas ni tu físico. —Clavó su mirada celeste en mí—. Me gustas por cómo eres, a ver si te entra en esa cabecita tuya de una vez. Da igual si eres bajita, gorda, pecosa, bizca o te falta un diente; a mí me gustas igual.

Su sonrisa me hizo sonreír mientras un millón de mariposas aleteaban en mi estómago al escuchar aquello. Me encantaba cómo sonaban esas palabras salidas de sus labios.

—Y tú a mí, Eric. A pesar de que al principio no podía ni verte en pintura y te tachaba de idiota. Me has demostrado que estaba equivocada.

—¿Yo un idiota? —Fingió indignación llevándose una mano dramáticamente al pecho—. Por favor, Maddie, ¿cómo pudiste pensar eso de mí?

Me encogí de hombros.

—¿A lo mejor porque te acostabas con todas las chicas fáciles del instituto? —insinué. Al pensar en Eric intercambiando saliva con la zorra de Kaitlyn, me ponía mala. Mi estómago se revolvía y unas terribles y arrolladoras ganas de golpearla me invadían. Por supuesto que ese bicho seguía haciéndome la vida imposible, soltando alguna de sus ingeniosas pullas de vez en cuando.

Tomó otro sorbo de su bebida, la que no había tocado desde que había ido al baño.

—No debes preocuparte por eso. No lo necesito, ya que estar con cierta personita me satisface mucho más que acostarme con ellas. —Me miró significativamente, provocando que un leve rubor se instalara en mis mejillas.

Continuamos comiendo nuestros postres mientras charlábamos animadamente sobre cualquier tema tribal y no tan tribal. Me contó que su madre estaba actuando de una manera muy extraña esos últimos días, preguntándole cosas sobre mí.

—No te preocupes. Seguro que solo quiere saber cosas de tu primera novia —intenté que se relajara, aunque sus hombros estaban en tensión, lo que me daba a entender que le frustraba no estar al tanto del asunto.

—¡Pero es que no lo entiendo! —Se pasó las manos entre el cabello con fuerza, despeinándolo—. Cada vez que le pregunto por su curiosidad, ella me da una excusa barata y sin sentido.

Me encogí de hombros, indiferente.

—Puede que sea por simple curiosidad. Ya sabes cómo son las madres en ese aspecto. Si te digo que Kara no ha parado de perseguirme por toda la casa, repitiéndome la gran charla que nos dio a Lea y a mí en cuanto cumplimos los quince años...

Eric echó la cabeza hacia atrás y soltó una estridente carcajada.

—Pobre.

Eric me acompañó hasta el Moonlight cuando el sol ya se había ocultado, dando paso a una brillante luna llena y a un cielo estrellado. Después de dejarme en la puerta sana y salva, se fue de ahí en su coche, ese deportivo negro que era una pasada.

Ni siquiera di dos pasos cuando escuché cómo alguien decía:

—¡Maddie! ¡Por fin llegas a casa!

Todos se encontraban en el salón, mirando la televisión; bueno, todos salvo Kevin, Kara y Álvaro. Los pequeños estaban sentados o tumbados en el suelo mientras que los mayores acaparaban todo el sofá.

—¿Qué tal con tu príncipe? —preguntó Lea levantándose del sofá. Adam aprovechó eso para ocupar su lugar con rapidez, lo que provocó que Lea le fulminara con la mirada.

Sonreí pensando en todo lo que habíamos hecho. Después de la comida tan maravillosa habíamos ido al parque a dar un largo paseo bajo el sol frío de invierno. Habíamos pasado la tarde entre besos, arrumacos y palabras bonitas, caminando y perdiendo la noción del tiempo.

—Ha sido un día insuperable —dije mientras me quitaba la pinza que ataba mi cabello, dejándolo suelto cayendo por mi espalda—. ¿Qué tal vuestro sábado?

—Aburrido —respondió Ryan mientras acariciaba con suavidad el cabello de su hermana con ternura, la que estaba apoyada entre sus piernas y no dejaba de mirar la televisión como si fuese algo hipnótico o realmente interesante.

—Como cualquier sábado —añadió Owen.

Sonreí y decidí quedarme con ellos hasta que nos llamaran para cenar. Estuvimos unos quince minutos viendo un programa de televisión que no tenía ni pies ni cabeza. Se suponía que los protagonistas gastaban bromas a personas normales y corrientes, muchas de ellas no tenían sentido. Era como una cámara oculta, pero de las malas porque te desvelaban con antelación cuál era la broma. En mi opinión, resultaba mucho más divertido cuando no sabíamos de qué se trataba la inocentada.

Pasado ese tiempo, Arianne entró en el salón para decirnos que la cena ya estaba lista, por lo que todos fuimos en banda hacia el comedor, en donde tomamos una maravillosa y tranquila cena. Esa tranquilidad se debía a que Kevin no estaba, ni Kara y Álvaro. Me pregunté qué habría pasado para que no cenasen con nosotros... Me encogí de hombros diciéndome internamente que seguramente habría sido otra de las trastadas de ese niño. Esperaba que eso cambiase con el tiempo, pues ya estaba empezando a cansarme de él y de sus bromas pesadas.

Capítulo 27

Madison

El lunes de la semana siguiente, al igual que el resto de la semana, lo pasé encerrada en el estudio, perfeccionando mi técnica y entrenando diversos estilos de la danza que usualmente apenas hacía. Pasé la mañana haciendo una clase privada de claqué que pagué gustosamente con el dinero que me había ganado honradamente dando clases a mis alumnas. La clase duró un par de horas y sentí que había invertido mis ahorros de forma adecuada.

La siguiente clase fue grupal. Nos juntaron tanto a las chicas que competíamos en la categoría sénior como al resto de nuestra edad. Dimos una clase común de ballet en la que acabé reventada. El profesor me corrigió en varias ocasiones la postura, diciéndome que no me encorvara, que debía estar más recta.

Era muy común que durante las vacaciones estuviésemos todo el día metidas en el estudio de Hannah y mucho más común que fuera en campamentos que ella organizaba. Ese año, en cambio, no había sido así.

Fue extraño.

—¡Ten cuidado a la hora de levantar la pierna por encima de tu cabeza, Maddie! ¡Es la segunda vez que doblas la pierna de apoyo!

Bufé cansada de sus gritos y continué haciendo el ejercicio obedeciendo sus órdenes.

Después de esa clase tuvimos un buen y merecido descanso que fue empleado para almorzar. Llevábamos ahí desde las diez de la mañana, horario que nos había puesto Hannah ese año y que, como ya he dicho antes, fue extraño. Normalmente entrenábamos desde las nueve de la mañana cuando teníamos festivo en el estudio.

—¿Qué tienes ahora? —preguntó Sarah mientras pinchaba un trozo de macarrón con el tenedor. Había sido casualidad que ambas tuviésemos la misma comida.

Miré el horario y sonreí.

—Me toca darles clase a las niñas durante dos horas: de tres a cinco. ¿Y tú?

Resopló.

—Clase particular de hip hop. —Hizo un puchero y fingió sollozar—. Se me da muy mal.

Tomé un poco de mi almuerzo, saboreando la deliciosa salsa de tomate que hacía Marlene y que me encantaba.

—Me dijo Lea ayer que el sábado saliste con Eric. ¿Qué tal se está en el paraíso del amor?

Mi amiga era muy romántica, al igual que Lea. A ambas les gustaba leer novelas sobre el amor a primera vista, el destino y almas gemelas. A mí, en cambio, no me gustaban tanto. No creía en el destino porque, por favor, era ridícula la idea de que la historia de cada uno estuviese escrita desde antes de que esa persona naciera. Tampoco creía en el amor a primera vista porque es imposible enamorarte de alguien sin conocer a esa persona primero, sin saber cómo es por dentro. Porque puede que sí, sea atractiva por fuera; pero puede que su interior estuviese cargado de oscuridad y destrucción. Y, por supuesto, tampoco creía en las almas gemelas. ¿Cómo era posible eso?

—Fue la mejor cita que he tenido en mi vida —respondí sonriéndole y con mi voz cargada de la emoción. Que no creyera en esas cosas no significaba que no fuera un pelín romántica. Me

gustaba que los chicos demostraran su amor hacia su pareja con gestos como regalarle flores o bombones, ser caballeros con ellas y demás.

Sonrió burlonamente.

—Tu chico no lo tiene muy difícil que digamos teniendo en cuenta tu escaso historial de citas. Le saqué la lengua como una niña que no se salía con la suya.

—Eso no cambia nada.

—¿Qué hicisteis? —preguntó.

Me llevé el tenedor a la boca y mastiqué mi comida sosegadamente, sin prisa. Cuando hube tragado el contenido, respondí a su pregunta:

—Me ha llevado a un restaurante al que nunca había ido y hemos comido una excelente comida. Después, terminamos dando un largo paseo por Washington Park, cogidos de la mano, hablando y besándonos.

—¡Oh, qué bonito es el amor! —exclamó ella—. Me siento tan feliz por ti, Maddie.

—Créeme si te digo que soy feliz con él. Es todo lo contrario a lo que pensaba de él antes de conocerle realmente. Dichoso el día en que su hermana empezó a competir.

Mi amiga alzó su botella de agua y la llevó en mi dirección. Comprendí lo que quería hacer.

—¡Por su hermana que ha conseguido que el corazón de hielo de mi amiga arda de amor!

—¡Por esa maravillosa enana que juntó ambos mundos y que hizo que dos polos opuestos se atraigan con fuerza!

Juntamos nuestras botellas con fuerza a modo de brindis para después tomar un gran sorbo de agua.

Una vez finalizado el almuerzo, llegó la hora de volver a ponernos en marcha. Como nos encontrábamos en el área de descanso de la planta baja porque nuestra última clase había sido en ese piso, no tuve que moverme mucho para llegar al aula en donde solía impartir mis clases de baile.

Cuando entré, no había nadie, lo normal, pues todavía faltaban unos minutos para que fuese la hora.

Usualmente en las vacaciones descansábamos de las competiciones, pero yo había hablado con Hannah al respecto, porque quería empezar a enseñarles el baile de la semana siguiente, llamado *Paparazzi*. Ella me había dado permiso para empezar a practicarlo, al igual que el solo de Mia. Así que esa clase iba a ser un poco dura para ellas.

La puerta que daba acceso desde los vestuarios se abrió y de ella entraron todas las niñas, un total de seis. Todas ellas iban bien uniformadas, vestidas con prendas que el estudio les daba a los representantes del estudio en competiciones. El uniforme de ese año era negro, tanto el pantalón corto o las mayas largas como el top. En el centro de este último se podía leer con claridad el nombre del estudio, ya que estaba bordado con colores llamativos, al igual que los bordes del top. Como hacía bastante frío a pesar de que la calefacción del edificio estaba puesta en marcha, todas mis alumnas se habían puesto las mayas largas.

Les expliqué lo que haríamos y pronto las tuve ensayando. Primero practiqué lo que sería el baile grupal.

Les fui dando indicaciones de lo que quería que hicieran y fui corrigiendo los errores que vi. Lo siguiente que practiqué fue el solo que haría Mia. La estuve machando durante más de media hora y debía admitir que esa pequeña de diez años tenía mucho potencial y que apenas cometió errores. La coreografía le venía como anillo al dedo, a mi parecer, por lo bien que expresaba las emociones con el rostro, algo clave para la coreografía.

—Recuerda que no debe quedar forzada. Debe salir natural —le recordé mientras dejaba que

descansara antes de ponerme de nuevo con la coreografía de grupo.

Mia tomó un gran sorbo de su botella de agua a la vez que asentía levemente con la cabeza. Sus mejillas estaban coloradas por el esfuerzo y una fina capa de sudor le cubría el rostro. Ella era muy trabajadora y, siempre que le daba un solo, había quedado en el puesto más alto de su categoría. No podía estar más orgullosa de ella.

—¿Sabes si el estudio rival de Hannah competirá la semana que viene? —preguntó Hayley, sentada como estaba en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda recta.

Me encogí de hombros, no sabiendo la respuesta.

—No lo sé, es demasiado pronto para saberlo. Supongo que de hacerlo, Summer lo publicará en alguna red social, como lo hace siempre.

Eso era algo habitual en ella. Hannah decía que era para intimidarnos, aunque, en mi opinión, lo que quería era alardear. Siempre que coincidíamos en una competición, ponía uno de sus típicos mensajes amenazantes diciendo que quedarían las primeras porque eran las mejores del país. ¡Por favor, si ni siquiera nos llegaban a la suela de los zapatos!

—De todas formas, nos esforzaremos mucho para quedar en una buena posición —dijo Emily con determinación, clavándome sus preciosos ojos grises.

—Eso. Haremos que Hannah se sienta orgullosa de nosotras —la secundó Amy.

Sonreí con ternura.

—Creedme si os digo que ya se siente orgullosa de vosotras —les aseguré—. A penas lleváis unos meses compitiendo y habéis logrado más victorias que las que conseguimos las que ahora pertenecemos al grupo sénior en nuestros inicios.

—Se me hace raro pensar que alguna vez tú fuiste una niña inexperta como nosotras —comentó Rachel rehaciendo su coleta sin apartar sus mirada marrón de la mía.

—Ya. Es que eres tan buena que no te imaginamos quedando fuera de los primeros diez puestos.

Miré una a una a mis niñas, sin borrar mi sonrisa de los labios. Había trabajado mucho para ganarme la reputación que tenía en esos momentos. Había renunciado a parte de mi niñez, había optado por pasarme horas y horas encerrada en la sala de baile del Moonlight a jugar con el resto de niñas de mi edad. Era un pequeño sacrificio que había tenido que pagar.

—He trabajado mucho para llegar a ser lo que ahora soy. Solo sé que para cumplir un sueño se requiere mucho esfuerzo y pasión.

Las niñas asintieron con descoordinación. Decidí que ya era hora de continuar con la clase, así que les mandé hacer una serie de ejercicios que quería que repasaran, porque las había visto muy flojas cuando los estaban ejecutando. Fue así cómo nos encontró Hannah. No sabía cuánto tiempo había pasado, solo sé que de pronto alguien dio unas palmadas, provocando que tanto mis alumnas como yo nos volviésemos hacia la puerta principal del salón, en donde se encontraba la propietaria del estudio apoyada contra el marco de la puerta, cruzada de brazos y elevando una ceja.

—¿Sabes qué hora es, Maddie? —La miré interrogante, no sabiendo a lo que se estaba refiriendo—. ¡Son más de las cinco y cuarto! —Abrí los ojos como platos. ¡No jodas! Se me había pasado el tiempo volando. ¡Espera! ¡Iba tarde! Mierda—. Eso es, llegas tarde al ensayo.

—¿Cómo es eso posible? ¿Y Gwendolyn? ¿No debería de haber llegado ya? —Estaba totalmente desconcertada y confundida.

Hannah me dedicó una sonrisa cansada.

—Se me ha olvidado decirte que hoy no vendrá porque está enferma.

Tomé un gran respiro.

—Iré ahora. Si me dejas, terminaré la clase.

Me fui a girar hacia mis alumnas, quienes habían sido testigos de la regañina de Hannah me había dado.

Pero, claro, ella no me dejó hacerlo, si no que se me adelantó.

—Chicas, como Gwendolyn no estará hoy con vosotras, se me ha ocurrido que podéis ver en vivo y en directo a vuestra maestra de baile y a sus compañeras, ¿qué os parece? Así podréis ver el gran anuncio que daré y cómo ellas ponen todo su empeño.

Me pregunté qué era aquello tan importante que tenía que decirnos Hannah. ¿Sería una sorpresa? ¿O

acaso la primera competición del año sería en un lugar especial? ¿Habría muerto alguien? Esta última no tenía sentido; de lo contrario, ella estaría muy triste.

—¡Sí, sí!

La emoción e impaciencia de las niñas le robaron una sonrisa a mi estricta profesora de baile. A ella siempre le habían gustado los niños, desde siempre.

—En ese caso, seguidnos, chicas.

Esperamos a que mis alumnas recogieran todos sus bártulos de los vestuarios y después avanzamos por el largo corredor hasta dar con las escaleras que daban a la primera planta. Al llegar al pie de esta, me encontré a Wyatt sentado cómodamente en la zona de descanso. Nos saludó a todas con una deslumbrante sonrisa para después volcarse de nuevo en la conversación que estaba manteniendo con Connor, su mejor amigo. Connor era un chico muy majo, aunque a veces era un poco idiota y egocéntrico, más o menos como lo era Eric antes de que empezáramos a salir juntos. Eso sí, debía admitir que el chico bailaba muy bien.

La clase en donde habitualmente ensayaba las coreografías era la primera con la que uno se encontraba a mano derecha. Era todo un alivio que en ese aspecto no tuviésemos que recorrer todo el primer piso para encontrarla, como lo tenían que hacer algunos compañeros.

Antes de entrar, Hannah les pidió a mis alumnas que subieran al palco que estaba adherido al aula para que pudiesen observar mejor la clase. A parte de eso, también les pidió que estuvieran tranquilas, ya que nosotras necesitaríamos concentrarnos al máximo.

Al traspasar la puerta, me encontré con una escena muy graciosa: todas mis compañeras estaban bailando una de las últimas canciones que se había puesto de moda. El caso era que estaban improvisando. Por un lado, Emma y Susana bailan juntas, tomadas de las manos; la segunda sostenía todo el peso de la primera, pues esta había alzado los pies y los mantenía en el aire. Por el otro, estaban Tamara, Sammy y Sarah, las que estaban imitando de manera muy penosa los famosos ritos del fútbol americano. No pude evitar soltar una escandalosa carcajada, llamando la atención de ellas.

—¿Qué es tan gracioso, Maddie? —preguntó Sarah, avanzando hacia mí y enarcando una de sus perfectas cejas—. Porque llegas casi media hora tarde.

—Esa abominación que estabais haciendo. —Solté una risita y señalé a Emma y a Susana, las que seguían moviéndose.

Mi amiga rió conmigo, viéndolas.

—Hannah nos ha pedido que improvisemos mientras iba a buscarte. ¿En dónde estabas, amiga mía? No es propio de ti llegar tarde a clase de baile.

Suspiré.

—Me he entretenido con las niñas. Como la clase ha sido muy amena y, además, Gwendolyn hoy no ha venido, digamos que no he controlado muy bien la hora.

Sarah iba a decir algo, pero Hannah la interrumpió, entrando estruendosamente por la puerta.

Al instante, la pareja dejó de dar vueltas y se acercó a ella, al igual que el resto. Nos pusimos en fila, a unos pasos de ella, y esperamos a que ella hablara.

—En primer lugar, estoy muy orgullosa de vuestro trabajo en el recital, chicas. Dejasteis a la audiencia pasmados y os felicito por ello. —Dio un par de palmadas antes de continuar hablando —: En segundo lugar, Maddie, tu solo fue una gran actuación propia de una actriz y bailarina que, estoy segura, te vas a convertir. Nos dejaste sorprendidos, horrorizados, y también nos hipnotizaste en cierta manera, porque no podíamos quitar la mirada de ti, atentos a todos y cada uno de tus movimientos. Por todo eso te felicito, por tu trabajo y esfuerzo esta semana, y por tu empeño de sorprender a todos, incluidas a tus compañeras. —Las miró esbozando una radiante sonrisa cariñosa.

<<En tercer lugar, tengo que daros una gran y maravillosa noticia: ayer me enteré gracias a un buen amigo mío de que habrá un casting aquí, en Portland. Buscan a una chica joven, de unos dieciséis, diecisiete y dieciocho años, para que haga un papel de invitada en una serie de gran audiencia nacional e internacional. Esa serie televisiva es... —Movi6 las manos en el aire simulando que hacía el redoble de los tambores—... ¡ *Secrets!*

Me emocioné. Estaba muy enganchada a esa serie, me encantaba. La idea de poder ser parte del elenco aunque fuera solo durante unos pocos días me llenaba de una alegría y satisfacción inmensas. Hacía poco que se había estrenado ese programa de misterio y, sin embargo, había conseguido una gran audiencia en ese poco tiempo. Era atrayente y sorprendente, una buena mezcla de suspense y comedia. Ambos protagonistas estaban como una cabra, pero resolvían los enigmas como nadie lo hacía.

Chillé de la emoción. No fui la única en hacerlo. A todas nos gustaba muchísimo esa serie, tanto que incluso habíamos hecho un maratón en casa de Sarah hacía unas pocas semanas. Recuerdo lo divertido que fue aquello. Nos quedamos hasta las tantas viéndola, comiendo todo tipo de comida basura.

Todas éramos un grupo muy unido. A veces Eric me preguntaba si no veía a esas chicas como mis rivales, a lo que yo le había respondido que no, porque éramos un gran equipo, fuerte. Sin ellas no creo que en esos momentos tuviésemos la misma fama que teníamos. Las unas nos apoyábamos en las otras, incluso cuando una tenía una crisis nerviosa. Pasara lo que pasara, siempre estábamos ahí para ayudarnos, tanto en los buenos como en los malos momentos.

—La audición será el miércoles en *Merril Auditorium* a las doce de la mañana, pero debéis estar ahí media hora antes.

Levanté la mano, pidiendo permiso para hablar y, al verme, Hannah me indicó que hablara con un suave movimiento de cabeza.

—¿De qué trata el papel?

—La que sea elegida hará de la víctima en uno de los primeros capítulos de la segunda temporada.

Considero que este papel es perfecto para cada una de vosotras, chicas, porque piden a una joven que sepa bailar. Se supone que este personaje estaba preparándose para protagonizar una obra de teatro cuando es hallada muerta.

La idea de asistir a un rodaje me parecía muy apasionante, y la idea de que hacer de una persona que habían asesinado me parecía de lo más tentativa y atractiva. No sabría decir por qué, pero cuando me tocaba hacer solos del mismo género que *The Killer*, me era más fácil meterme en el papel.

—O sea, que lo que queda de hoy y mañana los daremos perfeccionando nuestra técnica y haciendo simulacros de audiciones —puntualizó Emma, rascándose su hombro derecho.

Hannah sonrió y la señaló con un dedo.

—Exacto, así que pongámonos manos a la obra.

Horas después, entraba por la puerta del Moonlight totalmente reventada, casi arrastrándome de puro cansancio. Cuando Hannah dijo que el personaje requería conocimientos de la danza, no lo decía en broma. Nos tuvo repitiendo ejercicios básicos y no tan básicos de distintos estilos de baile por si los productores nos pedían que bailásemos distintos géneros. También habíamos estado practicando cómo debíamos canalizar la voz a la hora de leer el guion. Estuvimos más de una hora haciendo ese ejercicio y Tamara se trabó en varias ocasiones en la misma línea, provocando que el resto de nosotras se riera sin poder evitarlo.

Al entrar por la puerta, encontré el salón desierto. Miré la hora en mi reloj de pulsera y me preocupé de que no hubiese nadie allí, porque siempre que llegaba a las nueve a casa, me encontraba con alguien en esa estancia. Me pregunté qué habría pasado y en dónde estarían.

Suspirando, fui hacia la cocina para dejar la ropa que había usado ese día en la lavandería, que era una pequeña estancia que estaba adherida a la cocina. Fue ahí en donde encontré a Marlene, metiendo los platos sucios al lavavajillas.

—Maddie, ¿qué tal el ensayo?

—Bueno... Un poco duro, la verdad —me sinceré. Vacié la mochila en la lavadora y después de salir, pregunté—: ¿Dónde están todos? Es muy temprano...

Marlene me miró como si hubiese dicho la mayor de todas las barbaridades.

—¿Temprano? ¡Son más de las diez, niña!

Abrí los ojos tanto que casi se me salieron de las cuencas. Pero si solo eran las nueve, lo decía mi reloj.

—Pero... pero... —balbuceé, mirando de nuevo mi muñeca izquierda—. Son las nueve, ¿yes?

—Le mostré el pequeño accesorio que servía a modo de pulsera también, pues la correa metálica y gruesa tenía adornos muy bonitos y la esfera era de color verde esmeralda.

La cocinera del Moonlight echó la cabeza hacia atrás y soltó una gran y estruendosa carcajada mientras que mi cara debía ser todo un poema. No entendía lo gracioso del asunto.

—Maddie, se le ha agotado la pila a tu reloj —declaró al fin.

Eso era imposible porque la última vez que la cambié fue hacía... fue desde ¿mayo? No, en mayo lo tuve que arreglar porque en uno de los ensayos rompí la correa. ¿Junio? Tampoco. ¿Marzo, quizá? Sí, sí que recordaba haber ido a la relojería antes de acudir a los ensayos. Vaya, ¿ya había pasado casi un año desde que lo cambié?

Miré mi reloj y solté una pequeña risita nerviosa al comprobar que, en efecto, las manecillas no se movían por la esfera, sino que permanecían quietas, sin vida, descansando tranquilamente.

—Será mejor que mañana sin falta lo lleve a arreglar. —Sonreí con timidez.

—Yo sí que te voy a arreglar. —Sonrió y sacó un plato de la nevera de acero inoxidable—. Te había guardado la cena. Ten. —Me la tendió—. Hay más, por si te quedas con hambre.

La cogí, gustosa. La verdad era que estaba hambrienta.

—Gracias, Marlene, eres la mejor. —Deposite un beso suave en su mejilla y me acerqué a la puerta que comunicaba la cocina con el comedor—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Entré en la gran y vacía estancia y me senté en mi sitio de siempre, con mis pensamientos como única compañía. Comí en silencio, meditando el hecho de que en menos de dos días me presentaría al casting de *Secrets*. Sabía que era una gran oportunidad, era por eso que no quería

cagarla. Quería demostrarme a mí misma que podía conseguir ese papel, aunque, siendo realista, sería muy difícil.

Estaba terminando de cenar cuando escuché que alguien abría la puerta con tanta fuerza que esta golpeó la pared opuesta, ocasionando un gran estruendo y un sobresalto de mi parte.

Me volví hacia la puerta, ya que mi asiento me ponía de espaldas a ella. El causante de todo aquello (¿cómo no?) era Kevin, el que había entrado en la gran estancia. Nuestras miradas chocaron durante una fracción de segundo, hasta que el niño rompió el contacto visual, caminando hacia la cocina.

Tomé un gran trago de agua y terminé los dos pedazos de carne que me faltaban mientras me metía desde mi teléfono móvil en varias redes sociales para ver cuáles serían las últimas novedades.

Desgraciadamente, vi en una de ellas cómo Summer alardeaba de que sus chicas asistirían a la audición de *Secrets*. Suspiré con pesadez. La que nos esperaba el miércoles.

Siempre que ambos estudios se encontraban por casualidad, Summer intentaba humillar a Hannah, y ella ponía todos sus esfuerzos en ignorar su voz tan chillona. Kiara, por su parte, siempre me atacaba con su lengua envenenada de odio mientras que yo debía hacer oídos sordos. No quería parecer una maleducada cuando asistía a actos de suma importancia.

El crujido de la puerta me devolvió a la realidad. Había sido Kevin, el que volvió a entrar en la estancia con un vaso de leche y un puñado de galletas en las manos. Se situó en el sitio que estaba frente a mí y lo señaló.

—¿Puedo sentarme?

Alcé una ceja sin comprender muy bien cuáles serían sus intenciones, pero asentí levemente con la cabeza.

Tomé otro sorbo de agua y empecé a atacar sin piedad mi manzana, sumida de nuevo en el pequeño aparato. Tenía un mensaje de Eric que decía: “Mi hermana me ha contado lo de la audición. ¿Cómo estás con eso?”. Sonreí sin poder evitarlo. Su gesto había enternecido mi corazón.

Tecleé con rapidez: “Un poco nerviosa y estresada. Quiero hacerlo bien. Me gustaría que me escogieran”.

“Seguro que les dejas con la boca abierta. Tú solo sé tu misma. Confío en ti, amor”. Junto a ese mensaje me envió el emoticono que lanzaba un beso, consiguiendo que deseara besarlo con todas mis fuerzas.

“¿Cuándo podremos quedar?”, pregunté y al instante me respondió con: “Mañana”. Fruncí el ceño extrañada, porque al día siguiente sería un día de arduo trabajo.

“¿Mañana?”

“Sí. Mañana me toca llevar a Hayley al estudio, así que no tendrás que esperar por ver al guapo y sexy de tu novio”.

Reí por su mensaje y, entre carcajadas, le escribí: “Será el egocéntrico de mi novio, que yo sepa”.

Cuando le di el último mordisco a la manzana, recibí su respuesta: “Muy graciosa. Te veo mañana. Te quiero”.

“Y yo”.

Dejé el aparato encima de la mesa y me limpié la boca con una servilleta. Empecé a dejar los cubiertos sucios encima del plato, al igual que el corazón de la manzana y, una vez hecho eso, me levanté. Sin embargo, Kevin me retuvo:

—¿Podemos hablar?

Lo miré de nuevo, preguntándome internamente si no se trataría de otra de sus travesuras. El niño parecía que realmente quería hablar conmigo. Su mirada desprendía urgencia y ansiedad.

—Claro, siempre y cuando sea de manera civilizada.

—Vale. —Asintió con la cabeza.

Kevin estaba extraño. Ese niño que tenía frente a mí no era el pequeño demonio que nos había estado torturando a todos los habitantes del Moonlight durante más de un mes entero. Ahora que me fijaba, desde que Eric habló con él (o eso supuse yo al verlos juntos), las diabluras del niño habían cesado, dándonos un gran respiro a todos. En ese momento me volví a preguntar qué era lo que le habría dicho Eric.

Lo miré durante un instante. El niño tenía la cabeza gacha, sopesando quizás lo que iba a decirme en unos instantes. Cuando alzó la mirada, dispuesto a encararme, me asombró ver sus mejillas teñidas de rojo.

Así sí que parecía tener nueve años.

—Si... Siento haberme com...comportado así du...durante estas semanas.

Creo que en ese momento mi mandíbula estaba por los suelos. No me esperaba que Kevin se disculpara y mucho menos que se sintiera avergonzado. Su tono de voz lo delataba.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunté intentando que mi voz sonara lo más neutral que me fue posible.

Sus ojos marrones se clavaron en los míos y se encogió de hombros.

—Porque os he tratado muy mal cuando vosotros solo queráis que me sintiera cómodo. Lo siento.

¿Por qué Kevin se estaba disculpando así, por las buenas? Ese sin lugar a dudas no era el pequeño que había llegado al Moonlight hacía ya un tiempo.

—Comprendes que lo que has hecho ha sido imperdonable, ¿verdad? —Asintió tímidamente con la cabeza. Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y cómo intentó retenerlas en sus ojos—. No soy la única que debe perdonarte, lo sabes, ¿no?

Tragó saliva con fuerza, como si intentara disipar así todos sus malestares.

—Siendo sincero, mientras estabas fuera me he disculpado con el resto. Te habría esperado, y lo he hecho un poco, pero has llegado muy tarde. Pero créeme si te digo que lo siento desde el corazón.

No estaba muy segura de si debía creerle o no. Podría tratarse de una de sus jugadas. No obstante, algo en mi interior me decía que el niño no mentía y que solo quería ser aceptado por el grupo. Así que decidí darle la opción de la duda.

Le sonreí con calidez, intentando que el pequeño se calmara, pues una lágrima había empezado a descender lentamente por su redondeada mejilla. Alargué las manos y tomé las suyas con suavidad, rozándolas con las yemas de los dedos. Kevin miró nuestras manos unidas con un poco de desconfianza, pero al ver que no hacía nada raro, relajó el cuerpo que antes había tensado.

—Te creo, no me preguntes por qué, pero lo hago.

—¿Por qué eres tan buena conmigo cuando yo he sido insoportable? —preguntó de pronto, cuando llevábamos un buen rato sin hablar.

Me levanté de mi asiento y rodeé la mesa hasta situarme a su lado. Le revolvía el cabello con ternura. No sabía decir la razón de ello, pero me encantaba hacerlo.

—Porque sé que en el fondo no eres malo. A pesar de no saber la razón por la que actúas así, y, créeme, me gustaría saberlo, no pasa nada. Sé que con el tiempo te abrirás. No quiero que te sientas obligado, hazlo cuando tu corazón te lo dicte.

Le di un beso en la frente a modo de despedida y salí de ahí, sin antes guardar todo en su lugar correspondiente.

Eric

Llegó el maravilloso y a la vez maldito miércoles. Había podido hablar con Madison el día anterior y creedme si os digo que esa mujer estaba hecha un manojo de nervios. Por supuesto, sus alumnas a penas lo notaron, pero yo la conocía lo suficiente como para saber cuáles eran sus tics nerviosos. Le había dicho una y mil veces que estuviera tranquila, que lo haría bien y que yo la apoyaba en todo, pasara lo que pasara.

Es por eso que me compinche con Lea para organizarle la mayor de las sorpresas para cuando llegara a casa a la hora del almuerzo, a pesar de que al principio se opusiera. La cosa era que le íbamos a organizar una pequeña merienda en el salón. Entre los dos nos encargaríamos de todo, aunque también contamos con la ayuda de Dani.

Así que cuando por fin llegó el miércoles y sabiendo lo importante que era esa audición para mi novia, le escribí un gran mensaje de ánimo que le gustó tanto que al instante me llamó.

—¿Cómo estás, amor? —le pregunté esbozando una gran sonrisa.

—Nerviosa, asustada, con ganas de gritar —dijo todo eso de sopetón, sin respirar siquiera—. ¡Ah!

Al oír su grito, me vi obligado a apartar el auricular de mi oído para no quedarme sordo. Esa mujer admirable tenía unos pulmones muy potentes.

—No debes de estarlo. Sé que eres la mejor y que les vas a dejar con la boca abierta.

Oí que suspiraba apenas imperceptiblemente.

—Siendo sincera, estoy temblando como un flan. —Calló e instantes después escuché cómo gritaba a todo pulmón—. ¡Lea, ni se te ocurra! ¡Lea!

Escuché una pequeña interferencia.

—Lea al habla.

Fruncí el ceño con preocupación.

—Hola. ¿Qué pasa? ¿Cómo se encuentra?

Suspiró.

—Está aterrorizada. Apenas ha... perdón, hemos dormido siquiera. Ahora mismo parece que se ha tomado un litro de café.

—¡Devuélvemelo, Lea! —escuché que gritaba Maddie en el fondo.

—No quiero —le dijo con voz aniñada antes de volver a centrarse en mí de nuevo—. Espera, que salgo de la habitación. —Escuché unos pasos y un gran portazo de fondo, al igual que un suave quejido proveniente de Madison—. Ahora, ya podemos hablar de la merienda.

—Bien. ¿Tienes todo o falta algo por comprar? —pregunté.

—No, está todo. —Escuché cómo suspiraba—. Espero que a Madison le vaya bien hoy. Está muy ilusionada ante la idea de tener un papel. ¿Sabías que el año pasado salió en dos videoclips musicales?

Eso también fue una tortura.

Sonreí imaginándome cómo de contenta se debería de haber puesto ella al saber que haría esos dos vídeos.

Carraspeé.

—¿Puedes volver a pasarme a Maddie? Quiero desearle suerte.

—Claro.

Noté de nuevo cómo entraba en la habitación. Escuché cómo Madison le preguntaba un “¿Ya has terminado?”. Sonreí al imaginármela elevando una ceja con aire interrogativo. Era uno de los gestos que más hacía y que yo más adoraba de ella.

—Es para ti —le contestó Lea y segundos después habló mi maravillosa novia.

—Hola de nuevo. No sé qué es lo que estáis tramando y no quiero saberlo.

Rayos, nos había pillado. Aunque, claro, no sabía en qué consistía el plan.

—Quiero que sepas que pase lo que pase te seguiré queriendo igual o más que antes, ¿te ha quedado claro? Pásatelo bien y no te frustres si no te cogen.

—Sí, Eric. —Calló durante unos segundos y cuando volvió a hablar, casi me dejó sordo—. ¡Madre mía, qué tarde es! Tengo que dejarte. Deséame suerte.

—Suerte, aunque sé que no la necesitarás. Te quiero.

—Y yo.

Había quedado con Lea a las cuatro de la tarde en el Moonlight para preparar todo. Sorprendentemente, cuando llegué allí, me encontré con mi amigo, John.

—¿John? ¿Qué haces aquí?

—Buenos días a ti también —dijo sarcástico. Pasó una mano por los hombros de su novia con delicadeza, atrayéndola hacia sí.

Puse los ojos en blanco y solté a regañadientes un “Buenos días”.

—¿Me puedes explicar ahora qué haces aquí?

—Lea me ha pedido ayuda, tío, y no podía negarme. ¿Cómo hacerlo ante semejante belleza? —Levantó su barbilla dispuesto a besarla, aunque lo evité con un carraspeo, llamando su atención.

John se disculpó con la mirada mientras que la chica que estaba sentada a su lado se ruborizaba hasta las raíces.

—Está bien. ¿Empezamos?

Fue así cómo nos pasamos más de una hora. Con ayuda de Marlene, la cocinera del hogar, hice unos deliciosos cupcakes de chocolate y mora. Como guinda del pastel, creé un trofeo de azúcar encima de cada uno de ellos. Mientras la masa estaba en el horno, también hicimos varios batidos con fresas naturales, el que sabía que era el sabor preferido de Madison.

Mientras nosotros trabajábamos codo con codo, los dos tortolitos se encargaban de arreglar la pequeña sala de estar que tenían en el sótano para que pudiésemos pasar una gran y acogedora tarde viendo películas y jugando a juegos.

Unos minutos antes de sacar los cupcakes del horno, Kevin entró en la cocina. Al verme, esbozó una gran sonrisa y vino corriendo hacia donde yo me encontraba, detrás de la gran isla que ocupaba la parte central de la estancia.

—¡Hola, Eric! ¿Qué haces aquí?

Señalé el horno con una sonrisa.

—Estoy preparando un postre especial para Madison. Tiene una audición muy importante hoy y entre Lea, un amigo y yo le vamos a organizar una pequeña merienda.

Abrió los ojos.

—¡Hala, qué guay! ¿Puedo ayudarte en lo que estés haciendo?

Asentí con energía mientras sacaba las dos bandejas del horno con mi mano enfundada en un guante para no quemarme. Con un gesto de la cabeza le indiqué que se sentara en uno de los tantos taburetes que había y le expliqué cómo debíamos poner el glaseado mientras la base se

enfriaba.

Cuando estuvieron bien fríos, ayudé a Kevin a poner el glaseado de color morado y, por último, pusimos las figuras de azúcar.

—Kevin, ¿tienes algo aquí? —Me señalé la mejilla ocultando una sonrisa traviesa, ya que era mentira. El niño tenía un poco de glaseado en la mano y quería que se restregara la mejilla con ella, lo que hizo. Al darse cuenta de lo que pasaba, me fulminó con la mirada.

—¡Eh!

Reí de forma traviesa y, debido a eso, no vi venir lo siguiente: Kevin manchándome la mejilla con la misma sustancia pegajosa, riéndose con malicia.

—¡A ver, parad los dos! —intervino Marlene—. Eric, no le provoques.

—Ha empezado él —se defendió Kevin, levantando las manos por encima de su cabeza—. Soy totalmente inocente.

Ambos sonreímos y terminamos el trabajo.

—¡Ya estoy en casa! —escuché que gritaba Madison a todo pulmón.

Oí cómo crujía la madera bajo su peso cuando avanzó por la estancia. Yo estaba en la sala de estar del sótano, junto a John y a Kevin, los que en ese momento se encontraban sumidos en una apasionante conversación.

—Oh, ahí viene —dije y les mandé callar—. Ahora tenemos que hacer el menor ruido posible. Ya sabéis que Lea la va a arrastrar hasta aquí, en donde gritaremos “Sorpresa” a pleno pulmón —les recordé el plan.

—Sí, sí.

—Es la decimoquinta vez que lo dices —se quejó John acomodándose en el sofá.

—...¿Qué pasa, Lea? —oí que le preguntaba Madison mientras bajaba a toda velocidad las escaleras, provocando que sus pasos resonaran por todo el sótano.

—¡Mira, mira! —fue la única respuesta de su amiga.

Los tres nos pusimos en pie con sigilo y nos preparamos para darle la mayor sorpresa de su vida. El pomo de la puerta se giró y la puerta se abrió de golpe.

—¡Sorpresa! —gritamos los tres al unísono.

Madison gritó con todas sus fuerzas, pegando un gran bote en su sitio. Fue tan cómico que no pude evitar reírme, al igual que mis acompañantes.

—¡No tiene gracia!

—exclamó

ella totalmente sonrojada—. ¿Qué...

qué

hacéis aquí? ¿Qué... qué está pasando?

Estaba asombrada, lo veía en sus preciosos ojos verdes. Se había llevado una mano al pecho y respiraba agitadamente.

—Queríamos darte una sorpresa —me expliqué y sonreí— y veo que ha surtido efecto. ¿Qué tal el casting, por cierto?

Su rostro se iluminó como el cielo lo hace al alba. Entró en la estancia y se sentó a mi lado en uno de los sofás.

—Ha sido increíble. Yo creo que lo he hecho bien. He visto cómo uno de ellos sonreía mientras apuntaba algo en una hoja al mismo tiempo que ejecutaba la coreografía que había ensayado para la audición. La parte de actuación creo que también ha ido bien. Me ha gustado la

experiencia.

—Me alegro. —Le di un beso en la mejilla con ternura.

De pronto, como si se hubiese dado cuenta, se giró hacia el resto y, dedicándoles una grandiosa sonrisa de las que tanto me gustaban, preguntó:

—¿Y? ¿Qué habéis preparado?

Todos sonreímos y empezamos a tomar la merienda que habíamos preparado en su ausencia mientras charlábamos animadamente. Fue una velada magnífica, insuperable. Descubrimos un montón de cosas de Kevin que no sabíamos, como que sabía dos idiomas más a parte del inglés: el castellano y el francés.

Incluso le dijo a Madison que también le gustaba el baile.

—¿Qué?! —Miró al niño como si fuese el ser más extraño del universo—. ¿Va en serio? —No daba crédito a lo que oía y ver eso provocó que una pequeña risita se escapara de mis labios, llamando su atención—. ¿Tú lo sabías, Eric?

—Em... Sí.

—Eric me pilló bailando aquel día en que vino a buscarte —explicó Kevin—. No te enfades con él. Yo le hice prometer que no se lo contara a nadie.

Madison nos miró a ambos ocultando sin éxito una sonrisa.

—¿Puedo ver qué tal lo haces?

—Claro —dijo el niño devolviéndole la sonrisa.

Fue así cómo empezó una pequeña batalla de baile entre los dos. Kevin era muy bueno, pero no lo era tanto como Maddie. Enseguida lo derrotó, aunque su expresión era claramente de sorpresa.

—¡Vaya! Eres un experto. —Se llevó las manos al mentó y empezó a caminar por la estancia como un león enjaulado. No tenía ni idea sobre lo que estaría pensando en esos momentos. Paró de repente mirándole a los ojos—. ¿Te apasiona bailar, Kevin?

El pequeño asintió con la cabeza.

—Me encanta, es lo que más adoro hacer después del colegio, lo que me permite desconectar, ser yo mismo.

—Conozco esa sensación. —Le sonrió con complicidad guiñándole un ojo—. Es por eso que a mí me apasiona. Si pudiera dedicarme a ello, lo haría. Amo el baile.

—Y yo —suspiró él.

Al final fue una gran idea que Kevin estuviera presente durante toda la tarde. Vimos una película que él podía ver y con la que nos desternillamos de la risa, comimos palomitas y dulces hasta reventar, y, por si fuera poco, Maddie me regaló varios de sus dulces besos a pesar de las quejas de los demás. En definitiva, una tarde que no olvidaría nunca.

Capítulo 28

Madison

El lunes llegó antes de lo deseado y con ello la dichosa alarma sonando a las siete de la mañana por toda la habitación.

—¡No! —Lloriqueó Lea escondiendo el rostro en la almohada—. ¿Por qué?

Me estiré en mi cama como un gato. Había dormido como un bebé esa noche y, debido a eso, me sentía llena de energía. Hice la sábana, la manta y el edredón a un lado y me levanté. Fui medio bailando hacia la gran ventana y, con varios movimientos, subí la persiana, provocando que el llanto de Lea aumentara.

—No, hoy no es lunes. Seguro que todavía es domingo —decía, aunque, siendo sincera, me costó entenderla, pues sus palabras estaban amortiguadas por la almohada.

—Vamos, Lea. Es hora de ir a clase.

—¡No quiero! —chilló como una niña resentida.

—Pero tienes que ir. —Me acerqué a ella y la destapé con rudeza—. Si no te levantas, tomaré medidas, y creo que sabes a qué me refiero.

Como si de repente el cochón estuviese fabricado de pinchos, se levantó como alma que lleva el diablo y me miró con sus ojos achinados.

—No me vas a volver a tirar un cubo de agua en la cabeza.

Hacia unos años, al ver que no conseguía levantar a Lea por las buenas, opté por tirarle un cubo de agua helada encima. Digamos que fue efectivo en parte, ya que Kara y Álvaro se enfadaron tanto conmigo que estuve una semana castigada sin poder asistir a clases de baile, sin contar el hecho de que mi amiga estuvo enfadada conmigo durante una semana. Pero fue divertido.

—Admite que fue mejor que el despertador.

Me fulminó con la mirada.

—¿Quién no saldría pitando de la cama cuando le cae del cielo agua fría, Maddie?

Contuve una gran carcajada, aunque no pude evitar que una sonrisita se dibujara en mi rostro.

—¡No tiene gracia! —exclamó ella empezando a prepararse para pasar un maravilloso día de invierno encerradas en el Kensington.

Sonreí mientras me enfundaba en un vaquero oscuro, una camisa verde a cuadros y un jersey del mismo color. Me estaba calzando los botines marrones de suela plana cuando vi un gran resplandor entrando por la ventana y, segundos después, un gran y estruendoso trueno que provocó que Lea se sobresaltara. No pude evitar reírme.

Una vez listas, bajamos a desayunar. Hoy era uno de los muchos días grises en Portland, tormentosos y fríos. La lluvia repiqueteaba contra las ventanas con fuerza mientras el viento ululaba con fuerza.

—Pero qué día más bonito hace para empezar la semana —dijo con ironía mi amiga antes de meterse un trozo de galleta en la boca.

—Ajá —dije con aire distraído. Vi cómo Kara entraba en la estancia con paso firme. Tenía que hablar con ella sobre Kevin, pues me había sorprendido saber que le gustaba el baile tanto como a mí, y me había impactado mucho más que fuera muy bueno—. Discúlpame, Lea, pero

tengo que hablar un momento con Kara.

Terminé lo poco que me quedaba de desayuno y me levanté de mi asiento con rapidez. Me acerqué a ella y me senté en la silla vacía que estaba a su lado, la que usualmente utilizaba Álvaro.

—Kara, ¿podemos hablar un momento, por favor? —le pedí con un tono de súplica.

—Adelante.

Miré a todos lados, comprobando que nadie nos miraba y me mordí el labio inferior con nerviosismo.

—Es sobre Kevin.

Automáticamente miró hacía donde estaba sentado el niño, hablando con Adam sobre algo mientras los dos reían. Desde el día en que hablé con él, su comportamiento había cambiado considerablemente. Ya no se metía en peleas ni las buscaba y no nos gastaba esas horribles bromas. Menos mal, había sido todo un alivio.

—¿Qué ha hecho?

Negué con la cabeza con rapidez.

—Nada. Es sobre lo que te comenté ayer, ¿recuerdas? Dijiste que lo pensarías. —Ayer le había pedido, suplicado mejor dicho, que apuntara a Kevin al estudio de Hannah, pues necesitaba un bailarín tan bueno como él en mi equipo infantil. Estaba segura que cuando Hannah lo viera bailar, vería el gran potencial que tenía—. ¿Has pensado ya en ello?

Kara me dedicó una larga mirada que yo mantuve sin pestañear. Estaba segura que ese niño solo necesitaba integrarse en un grupo de amigos. ¿Qué mejor manera de hacerlo si no era haciendo algo después del colegio?

—Mmm... —murmuró ella volviendo su mirada al niño una vez más—. Álvaro y yo hemos estado hablando de ello y hemos pensado... —Volvió a mirarme esbozando una de sus ya tan conocidas sonrisas —...hemos decidido que sí, le vendría muy bien. Lo que queremos es que se relacione con los demás, que haga amigos. —Alargó las manos y tomó las mías con fuerza—. Te agradezco que hagas este gran esfuerzo por él, Maddie.

Le devolví el apretón sonriendo.

—Créeme si te digo que espero que eso le ayude.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti también, Kara.

La vuelta a clase fue una gran tortura para mí, acostumbrada como estaba a pasarme las horas del día en el estudio con mis amigas, haciendo lo que más amaba en la vida: bailar. Sin lugar a dudas me decepcionó mucho volver a la triste rutina de las clases y aguantar las muchas pullas de las animadoras.

A una hora para que terminaran las clases, tuve que ir al baño para satisfacer mis necesidades. El caso es que mientras estaba lavándome las manos tranquilamente en el lavabo, tarareando la canción que bailarían mis niñas, entró todo el grupo de animadoras. En un principio hice caso omiso a su presencia, pero, al parecer, ese día tenían ganas de burlarse de mí.

—¡Oh, pero mirad quién es! —dijo una de ellas.

—¿Dónde se ha metido tu amiguita, friki? —preguntó con asco Kaitlyn, acercándose a mí.

Alcé una ceja con obviedad.

—En clase, en donde deberíais estar vosotras.

—Lo mismo digo, enana.

Apreté los puños contando hasta diez mentalmente para relajarme y no saltar sobre ella y arrancarlas sus falsas extensiones rubias. Odiaba que se metieran con mi baja estatura, era lo que más detestaba.

—Seré pequeña de estatura, pero en lo demás soy mucho más grande que vosotras —contraataqué volviéndome hacia ellas y dando un paso hacia adelante, encarándolas.

—Nosotras somos superiores a ti, que te quede bien claro. Aquí mandamos nosotras —dijo Scarlett dándome un fuerte empujón que me pilló desprevenida. Me tambaleé hacia atrás, cayéndome de culo.

Una mezcla de furia y vergüenza fue lo que sentí al ver cómo se carcajaban a mi costa. Sentía las mejillas calientes y unas ganas incontrolables de golpearlas.

—Permitidme dudar. —Sonreí con burla.

Intenté salir del baño, pero no me lo permitieron. Dos de ellas formaron una barrera entre la puerta y yo mientras que Kaitlyn se burlaba de mí sin parar. Sus comentarios para mí valían menos que la nada; es más, ni siquiera la estaba escuchando hasta que Jasmine dijo:

—El otro día hablé con una vieja amiga mía, empollona, y, ¿sabes qué?, no para de quejarse de una tal Madison. Ella se llama Kiara, una antigua compañera de baile, ¿la conoces? —Me miró con malicia esperando mi reacción. Maldita sea, en ese momento supe que había descubierto que yo era la misma chica con la que solía competir cuando era niña—. Pero, ¡qué digo! Por supuesto que la conoces. —Me miró de arriba abajo con superioridad y aversión—. Hay que ver qué mal has crecido. Te recordaba de otro modo.

Mientras ella hablaba, el rostro de Kaitlyn y su séquito de desesperadas fue enmascarado por la confusión, sin comprender de lo que estaba hablando su amiga. Patético. ¿Y se hacían llamar amigas?

—¿De qué hablas, Jasmine? —preguntó la líder.

Ella me señaló.

—Esta chica que veis aquí es la misma que competía contra mi estudio cuando era pequeña. No sé por qué os sorprendéis si es algo que ya os he contado antes. —Se encogió de hombros.

—Así es. Siempre competíamos juntas y todas esas veces acababa perdiendo —dije sonriendo con suficiencia mientras recordaba las muchas veces que la una competía contra la otra y en las que casi siempre le ganaba. Creo que solo en una ocasión me venció.

—¿Quiere eso decir que este *bicho* —preguntó Scarlett recalcando la última palabra como si la escupiera— es la misma persona que os vencía?

—¡Imposible!

—Solo mírala. —Johanna me miró de arriba abajo con aversión, a lo que respondí poniendo los ojos en blanco.

—Pero cómo es que no me he dado cuenta antes de que eras tú —se decía a sí misma Jasmine—. Debería de haberte prestado atención cuando hicimos aquella actividad en gimnasia, en la que tuvimos que bailar por equipos.

Eso lo explicaba todo. Si ella se hubiese fijado mejor, se habría dado cuenta de que ambas éramos viejas conocidas. Eso tenía más sentido. En fin, al final pudo escabullirme de allí, no sin antes tropezarme con el pie que Kaitlyn había puesto en mi camino y riéndose por su logro.

—Hola, Sophia —saludé a la secretaria con energía esa misma tarde.

—Buenos días, Maddie. Veo que hoy vienes acompañada —dijo ella mirando a Kevin con curiosidad

—. ¿Cómo te llamas, pequeño?

A mi lado Kevin sonrió con timidez, apretando más mi mano con fuerza.

—Soy Kevin Graham. —Le extendió la mano con educación. Así era él cuando estaba en un lugar en donde se sentía a gusto, tranquilo y educado—. Es un placer conocerte, Sophia.

Ella pasó de mirar al niño a mirarme a mí.

—¿Es nuevo en el Moonlight?

Asentí enérgicamente con la cabeza mientras le acariciaba el cabello a Kevin, provocando que una suave queja brotara de sus labios y que debido a eso Sophia riera.

—Voy a hablar con Hannah porque quiero incorporarlo al grupo infantil.

En cuanto Kevin había sabido que lo quería en mi equipo, no paró de dar saltos y volteretas por todo el orfanato y de soltar grititos de lo más monos. Es más, cuando veníamos del Moonlight al estudio, no había parado de preguntarme cómo era todo, desde la infraestructura hasta la directora de allí.

—Así que por eso se ha pasado Hannah más de una hora hablando con Kara y Álvaro — comentó ella.

Ambos habían ido al estudio para hablar con la señora directora del lugar y, al parecer, la reunión se había alargado bastante.

—¿Hannah está en su despacho? —pregunté con curiosidad.

—Sí, le avisaré de que estás aquí. —Dicho y hecho. Cogió el pequeño telefonillo que tenía encima de la mesa y marcó el número del despacho de ella. Habló con ella durante unos instantes hasta que colgó y, con una sonrisa, nos dijo—: Podéis pasar.

Me despedí de ella devolviéndole el gesto y arrastré al niño hacia la habitación contigua a la secretaría: el despacho que Hannah Brown poseía. Toqué la puerta antes de entrar y cuando escuché un “Pasad, chicos”, abrí la puerta con suavidad y entré en la gran estancia que era muy similar al despacho de Kara y Álvaro. Tenía muebles de caoba, los suelos eran de madera oscura y las paredes eran de una tonalidad gris preciosa. De estas colgaban una cantidad desbordante de diplomas y fotografías importantes para ella.

—Buenos días, Maddie y...

—Kevin —lo presenté.

—Bienvenido al estudio, chico, ¿Estás emocionado?

El niño asintió con la cabeza con fuerza.

—¡Sí, ya quiero empezar!

Hannah lo miró con ternura y, sin apartar la mirada de él, dijo:

—¿Me lo prestas un rato, Maddie? Quiero ver de qué pasta está hecho. Te prometo que te lo devolveré antes de que empiece la clase con las niñas.

—Vale. —Me puse en cuclillas para quedar a la altura de Kevin—. ¿Te importa si te dejo solo un momento?

Sacudió la cabeza.

—No, Maddie. —Sonrió—. Luego nos vemos.

Le di un pequeño beso en la mejilla y salí del despacho para ir a la sala que se me había asignado para dar mis clases de baile. Como todavía era muy temprano (casi tenía media hora antes de que empezara la clase) decidí calentar un poco y repasar cada paso de los números de baile.

Así fue cómo Hannah y Kevin me encontraron, haciendo una pirueta bastante difícil de ejecutar, cayendo correctamente sobre mis pies. Automáticamente paré la música y atendí a las dos personas que me miraban, una con la boca abierta y otra con orgullo.

—¡Hala! ¡Qué pasada! —exclamó el primero.

—Estira más la pierna de apoyo para estabilizarte —dijo la segunda.

—¿Qué tal os ha ido?

Hannah me miró primero a mí y luego a Kevin para después mirarme a mí de nuevo.

—A eso venía. Kevin, ¿podría hablar con Madison un momento a solas?

—Claro.

Mientras que el pequeño se quedaba en el centro de la sala, Hannah me llevó a uno de los laterales. Antes de comenzar a hablar, se fijó en que Kevin no escuchara nada de lo que iba a decirme y una vez que estuvo segura, dijo:

—Maddie, ese niño tiene un gran talento innato para la danza. Muy pocas veces veo niños con tanta pasión y tan buenos, es por eso que te doy permiso... no, te ordeno que lo incorpores en el grupo.

Sonreí.

—¿Es en serio?

—Ajá. Tenías razón cuando decías que te había gustado su técnica. Creo que en cierto modo se parece a ti, porque es igual de perfeccionista que tú.

—Voy a darle la noticia.

—Adelante. ¡Adiós, chicos!

—¡Te veo luego! —me despedí de ella.

El jueves llegó mucho antes de lo esperado. La semana había sido una tortura, pues solo podía pensar en que pronto llamarían los de la audición para decir si nos daban el papel o no. Estaba tan ansiosa, tan nerviosa...

—¡Lea, devuélveme el teléfono! —grité a mismo tiempo que la perseguía hasta la planta baja.

—¡No hasta que dejes de mirarlo cada dos por tres! Relájate, seguro que llamarán pronto.

—Temo que si no han llamado ya, no lo hagan nunca.

Lea dejó de correr para acercarse a mí. Ambas empezamos a caminar hacia el comedor con paso tranquilo. En un momento dado, me devolvió mi preciado tesoro.

—Lo harán, créeme, lo sé —dijo mientras entrábamos en la gran estancia. Saludamos a todos con nuestro habitual “Buenos días” y nos sentamos en nuestros lugares de siempre. Me serví un vaso de zumo y, cuando me lo llevé a los labios, noté que me temblaban las manos—. Maddie... —suspiró poniendo los ojos en blanco.

Intenté permanecer tranquila desayunando. Según Hannah, nos llamarían a lo largo del día para decirnos si habíamos sido escogidas o no.

De repente, mi teléfono empezó a sonar. Al ver que en la pantalla ponía “Número privado”, me puse de lo más nerviosa y lo cogí con ansiedad.

—¿Qué hago? —le pregunté a Lea.

—Cógelo. —Puso los ojos en blanco.

—¿Sí? —contesté. Incluso yo noté el leve temblor de mi voz.

No obstante, no recibí como respuesta una voz humana, sino que un gran sonido estruendoso como el de una bocina. Grité con todas mis fuerzas a la vez que alejaba el aparato de mis oídos.

Dani entró en la estancia en medio de un ataque de risa con su teléfono móvil y una bocina en las manos.

En seguida mis mejillas se tiñeron de rojo al comprobar lo que había pasado.

—¡Yo te mato! ¡No sabes el susto que me has dado! —grité.

—Has caído como una mosca. —Siguió carcajeándose a mi costa.

—¡Eh! Te haré lo mismo cuando esperes una llamada importante —lo amenacé achinando los ojos y poniendo voz macabra.

Sonrió.

—Si lo dices, ya no será una sorpresa. Ahora sabré que lo harás, así que lo esperaré. —Me guiñó un ojo.

—Señor, dame paciencia porque si no, cometeré el mayor de los crímenes y soy demasiado guapa como para ir a la cárcel.

A mi lado Lea casi escupió su desayuno.

Continué con el mío y, una vez que lo terminé, subí a mi habitación para terminar de prepararme. Me rehíce las dos trenzas de espiga y terminé de preparar la mochila. Metí todo lo necesario y cuando estuve lista, salí de ahí. Esperé a que el resto de mis hermanos bajasen.

Mientras tanto me metí en *Twitter* para ver las últimas novedades y me llevé un gran fiasco al ver que Kiara había puesto:

“¡Me han devuelto la llamada los del casting! Quieren verme este domingo en el mismo lugar para una segunda audición”.

Estupendo. Eso quería decir que si me hubiesen escogido, ya me habrían llamado. El día no podía empezar mejor.

Bufé.

—¿Qué pasa?

Pegué un bote al escuchar esa voz salida de la nada.

—¡Dios mío, qué susto me has dado, Alice! —Me llevé una mano al corazón, el que latía con fuerza dentro de mi pecho.

Rió.

—Pero qué dramática eres a veces.

Esperamos a que el resto bajara y, una vez que estuvimos todos listos, empezamos a caminar hacia el Kensington. Yo me encontraba alicaída, puesto que tenía la esperanza de haber pasado a la segunda ronda del casting y la sospecha de no haberlo conseguido.

—¿Te encuentras bien, Maddie? —preguntó Dani con preocupación—. Estás muy callada y es raro que no hayas soltado algún comentario sarcástico de lo que acabo de decir.

—Perdona, no estaba escuchando. ¿Qué decías? —Sonreí con inocencia.

—Desembucha, ¿qué ha pasado?

—No ha pasado na... —Fui interrumpida por la canción que tenía como tono de llamada. Sin pensármelo dos veces, saqué el pequeño aparato de la mochila. No reconocía el número.

—¿Qué hago? —Entré en estado de pánico.

—¡Cógelo! —gritaron ellos.

—¿Y si me dicen que no valgo?

—¡Cógelo!

—No.

Todos pusieron los ojos en blanco. Lea me quitó el teléfono y cogió la llamada tendiéndomelo. Al final lo agarré teniendo un gran nudo en la garganta y miles de hormigas en el estómago.

—¿Sí?

—¿Es usted la señorita Madison Moon?

—Sí, soy yo. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Soy Matthew Halloway, el director de *Secrets*. Quería decirle que estaríamos encantados de

volver a verla en el segundo casting que tendrá lugar el domingo a las diez de la mañana en *Merril Auditorium*.

Espero verla.

Sonreí de oreja a oreja.

—Gracias, ahí estaré.

Al colgar la llamada todos los pares de ojos estaban puestos en mí. Para cuando la llamada terminó, ya habíamos cruzado el aparcamiento. Me sentía tan contenta y tenía tantas ganas de gritar...

—¿Quién era? —preguntó Lea.

—¿Por qué sonrías tanto? —fue lo que preguntó Ryan.

—Chicos —dije sin borrar mi sonrisa de la cara—, ¡quieren volver a verme! —casi grité.

Entramos al edificio.

—Eso es fantástico.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Te vas a hacer famosa.

Solté una pequeña risita sin dejar de sonreír. Creía que no habría nada que pudiera quitarme la alegría, pero me equivocaba. Sí había algo. Lo descubrí en cuanto llegué a las taquillas y vi a una pareja besándose. No le di importancia hasta que me di cuenta de quiénes eran.

Kaitlyn y... Eric.

Capítulo 29

Madison

Ver cómo Eric y Kaitlyn se comían la boca me rompió el corazón. En ese instante, con los ojos empañados por las lágrimas, deseé empequeñecer hasta desaparecer. Odiaba lo que mis ojos veían y, sin poder evitarlo, una lágrima descendió por mi mejilla. En un momento dado los ojos de Eric se encontraron con los míos y al verme ahí parada, con el rostro bañado en lágrimas, sus ojos se abrieron con horror. Negué con la cabeza y, armándome de valor, pasé a su lado.

Sentía que mi corazón sangraba por dentro y eso dolía mucho. Esa era una de las razones por las que no quería salir con nadie, porque siempre te acababan haciendo daño de alguna manera u otra. Toda la felicidad que sentía se había evaporado al ver esa escena horrible y espantosa.

—¿Te encuentras bien? —oí que Lea me decía, aunque su voz sonó lejana y distorsionada.

Asentí con la cabeza sin mirarla y saqué mis cosas de la taquilla con demasiada rudeza, pues sentía la necesidad de golpear algo. Al terminar de coger todo, cerré con un estruendoso porrazo y me fui de ahí sin esperar a nadie, ni siquiera a Lea. Sentía que un gran nudo en mi garganta que presionaba con fuerza, mareándome y asfixiándome.

Llegué a clase de Lengua y Literatura. Saludé sin muchas ganas a la señora Marshall y me senté en mi lugar, en primera fila. Saqué todo lo que necesitaría en esa clase y guardé el resto en el pequeño cajón que tenía bajo la mesa de madera. Como todavía faltaban unos diez minutos más o menos para que el resto llegara, decidí distraerme un rato pensando en lo único que, sabía, me calmaría.

Así que saqué una hoja en blanco y empecé a diseñar una coreografía con la que podría canalizar la ira, la rabia, la decepción, la tristeza y la congoja que sentía en esos momentos. Fui anotando los pasos en la hoja al mismo tiempo que me los imaginaba representados en un escenario imaginaria por una bailarina sin rostro. Era así cómo creaba todos y cada uno de mis bailes, mientras escuchaba una música lejana.

Pasados unos minutos sentí cómo alguien me dio un pequeño coscorrón en la cabeza. De inmediato alcé la mirada de la mesa, encontrándome con los ojos de mi amiga, la que me miraba con preocupación.

—¿En serio te encuentras bien?

—Ajá.

—Sí, ya —dijo sarcástica.

—No, sofá —respondí volviendo mi vista a la hoja, pero ella me la quitó con un rápido movimiento—. ¡Oye! Devuélvemela —exigí extendiendo una mano hacia ella.

—No hasta que me digas qué te pasa.

Bufé. ¿Acaso no había visto cómo Kaitlyn besaba a mi novio? Porque era claro que me lo estaba restregando en la cara. Seguro que todo había sido mentira, un sucio y vil plan de los dos. ¿Cómo podía haber sido tan idiota de haber caído? Seguro que a Eric no le importaba, que todo había sido mentira desde el principio. Quería gritar de dolor, sentía que explotaría en muy poco tiempo.

Sentí un nudo en la garganta que no me permitía hablar y una picazón en los ojos que solo significaba que se avecinaban más lágrimas.

—Es solo que... —Noté la voz rota y temblorosa. Hice un esfuerzo sobrehumano de contener las lágrimas, pues no quería malgastar ni una sola gota en él—... Eric... Kaitlyn... beso —farfullé con apenas un hilillo de voz.

—Maddie, tranquila. Respira hondo y repítelo, no te he entendido.

Hice lo que me pedía y volví a intentarlo.

—Kaitlyn —dije aún con la voz temblorosa y el maldito nudo en la garganta— y Eric se... se estaban... estaban besando.

Mi amiga abrió mucho la boca y los ojos como si hubiese dicho alguna barbaridad.

—¡Eso es imposible!

Apreté los labios y la mandíbula con fuerza, intentando contener con todas mis fuerzas las dichas lágrimas que amenazaban con escapárseme de los ojos. ¿Por qué tendría que ser tan sensible en ocasiones?

—¡Te estoy diciendo que los he visto! —exclamé alzando más la voz.

Mi amiga alzó las manos en señal de rendición y se acercó más a mí. Me dio un abrazo suave, intentando serenarme, diciéndome que toda saldría bien, que seguramente se trataba de un error.

Poco antes de que comenzara la asignatura, fui consciente cuando Eric irrumpió en el aula. Se acercó a mi mesa y, deteniéndose, dijo:

—Maddie, puedo explicártelo. Ha sido...

—Creo que ya me ha quedado claro con lo que he visto —dije con sequedad, escupiendo las palabras.

—Pero... —Eric no llegó a terminar de hablar, pues la señora Marshall lo mandó a su sitio.

La clase se me hizo mucho más eterna de lo que casi siempre se me hacía. Deseaba con todas mis fuerzas largarme de ahí, pero, claro, el destino no estaba de mi lado. Dejé de prestar atención en lo que la profesora decía minutos después de que comenzara a hablar. Ese día me llamó varias veces la atención porque no estaba a lo que ella decía.

—¡Señorita Moon! —llamó por quinta vez. Alcé la cabeza de la hoja de mis apuntes, en donde había dibujado de mala manera un corazón roto y sangrante—. ¿Qué es lo que estaba diciendo?

Maldición. ¿Qué se suponía que había estado explicando durante toda la hora? ¿La coherencia? ¿La cohesión? ¿Literatura tal vez?

—Em... —“Piensa maldito cerebro”—. ¿La caracterización? —probé suerte.

La señorita Marshall se llevó una mano al puente de la nariz y cerró los ojos al mismo tiempo que suspiraba, seguramente pensando en por qué habría decidido dar clase a una panda de críos y lamentando su mala elección. Oí cómo mis compañeros soltaban sonoras carcajadas por mi metedura de pata y maldije para mis adentros.

—Vaya, no sabía que habíamos vuelto a ese tema, señorita Moon —dijo sarcástica, ocasionando que el nivel de carcajadas aumentase—. ¡Silencio! —Pero no pudo contener a la clase, ya que en ese mismo instante el timbre resonó por las cuatro paredes dándome un gran alivio.

La siguiente hora, historia, también fue una tortura, al igual que el resto del día. Me lo pasé prácticamente huyendo de Eric, pero mi plan se fue al garete en cuanto vi que en la hora del almuerzo se sentó a nuestro lado. En ese instante se instaló un silencio muy incómodo entre nosotros en el que me dediqué a comer a pesar de que tenía el estómago cerrado.

Cuando los cubiertos de Lea cayeron al suelo, Eric explotó:

—¿Cuánto tiempo vas a estar ignorándome, Maddie?

Permanecí callada, sin prestarle atención. Seguí comiendo mi hamburguesa en silencio

mientras mi mente iba a mil por hora, pensando en todo lo ocurrido en tan poco tiempo. Me sentía como una mierda y solo quería llorar acurrucada en mi cama.

—¿Maddie? —volvió a intentarlo.

Clavé la mirada en sus ojos durante un breve instante para después fijarla en la ventana que tenía a sus espaldas, como si fuese más interesante que él.

Bufó con fuerza.

—¡Eres imposible!

Dejé los cubiertos sobre la mesa con fuerza, llamando la atención de todos los presentes en la mesa redonda. Lo miré con furia y rabia, apretando los puños. Finalmente me levanté de mi asiento y apoyé las manos en la mesa con fuerza, provocando que todo en ella temblara.

—¡Eres un idiota, Eric! No debería de haber confiado en ti. No me puedo creer lo estúpida que he sido. ¡Púdrete en el infierno! —Y, antes de largarme de ahí a paso rápido, le tiré todo el contenido de mi botella de agua encima, sintiéndome un poco mejor.

—¡Aquí estás!

Esas palabras fueron las que me sacaron de mi trance. Nada más llegar a casa, había cogido mis cosas de danza y había bajado al sótano para descargar toda mi ira y rabia. Mis pasos eran rudos y fuertes, sin ningún ápice de elegancia. Me centré más en el hip hop, pues era un estilo que me ayudaba a quemar toda esa energía que sentía que en ese momento me sobraba.

Me extrañó ver a Kevin en la entrada de la estancia, mirándome con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Qué pasa? —gruñí, girándome hacia él.

La música todavía sonaba a todo volumen por los altavoces, por lo que la bajé sin sentirme satisfecha del todo con mi trabajo y conmigo misma. Quería seguir bailando hasta reventar.

—¡Por fin te encuentro! ¿Eres consciente de que falta menos veinte minutos para que empiece la clase que tú nos darás?

Abrí los ojos de golpe mirando con rapidez mi reloj de pulsera y comprobando que, en efecto, quedaba muy poco tiempo. ¡Madre mía! ¿En dónde tenía la cabeza?

—Dame diez minutos, Kevin. Espérame en el salón.

Subí las escaleras corriendo hasta llegar a mi habitación, en donde una Lea muy confusa me preguntó qué me pasaba. Diciéndole que iba tarde a la vez que no paraba de decir blasfemias, preparé todo con rapidez y salí de ahí con una exhalación.

—¡Ya estoy! —casi grité llegando al sofá en donde Kevin estaba sentado, leyendo un libro infantil—. Vaya, no sabía que te gustara leer.

El niño se levantó de ahí y cogió la mochila que había dejada en el suelo. Tras colgársela en el hombro, empezó a caminar hacia la salida con paso rápido.

—Sí y mucho —contestó él con una sonrisa enorme dibujada en el rostro.

Antes de siquiera abrir la puerta, alguien tocó el timbre. Ambos dimos un pequeño bote debido al susto.

Como yo era la que más cerca se encontraba de la entrada, estiré la mano y tiré del picaporte para abrirla. La mujer con la que me encontré al otro lado era nada más y nada menos que Christina, la amiga de la madre de Eric. Me pregunté qué era lo que estaría haciendo ahí.

—Buenas tardes, Christina —la saludé con educación.

Esbozó una gran sonrisa.

—Hola, Madison. ¿Qué tal todo?

—Bien —mentí.

—¿Puedo pasar?

¡Pero qué maleducada era en ocasiones! Me hice a un lado, disculpándome al mismo tiempo.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Claro. —Asintió con la cabeza.

La llevé al salón, en donde se encontraba Kevin.

—¿Qué haces aquí?

Esa mujer no perdió la sonrisa en ningún momento.

—Vengo a hablar con los directores sobre mis tutorados, Maya y Owen Moon. Es una reunión que hacemos cada poco para ver cómo progresan los niños durante el curso —me explicó. Después, posó la mirada en el niño de nueve años y le preguntó—. ¿Cuántos años tienes, pequeño?

—Tengo nueve años, pero cumpliré los diez en unas semanas y seré mayor —dijo con orgullo.

Christina le revolvió el cabello con ternura, provocando que el niño se quejara en broma. Ese simple gesto hizo que dejara a un lado mis penas y soltara la primera carcajada en todo el día. Era raro en mí que no riera.

—Os dejo. Pasad una buena tarde.

Y atravesó el salón, desapareciendo de nuestra vista.

Kevin y yo nos miramos un tanto desconcertados durante unos instantes hasta que, saliendo de mi asombro, lo arrastré a la calle. Tuvimos que hacer el trayecto corriendo para llegar a tiempo al estudio, ya que debido a mi despiste, llegábamos más tarde que pronto. Por suerte, llegamos justo a tiempo, aunque jadeantes y empapados en sudor.

—Ve a cambiarte —le pedí mientras entraba en la gran sala. Allí ya estaban todas mis alumnas esperándome mientras hablaban entre sí. Al mirar hacia lo alto de la estancia, en donde se encontraba el pequeño balcón acristalado, comprobé que todas las madres de las niñas estaban ahí, salvo la de Hayley.

Muy a mi pesar, en su lugar estaba Eric. Genial, justamente el día en que menos quería verle. Vaya suerte.

Di dos palmadas en el aire para llamar la atención de mis alumnas.

—Mientras esperamos a Kevin —empecé a decir a la vez que dejaba mi bolsa en la esquina en donde solía dejarla— comenzaremos con el estiramiento. Hoy nos espera una tarde dura, debido a que quedan solo dos días antes de la competición y que, según Hannah, competiréis en contra del estudio de Summer de nuevo. Así que quiero que quede perfecto, ¿entendido?

—Sí, Maddie —dijeron las niñas al unísono.

Cinco minutos después, Kevin salió de los vestuarios y pasados otros cinco, di comenzada la clase.

Digamos que fui tan dura que en una ocasión una de las niñas, Emily, empezó a llorar de la frustración y que Hayley se quedó bloqueada haciendo su solo.

—¿Crees que a algún productor no le importará que no recuerdes una parte de la coreografía? —le pregunté. Los ojos de Hayley se pusieron vidriosos y enseguida me arrepentí de lo que dije —. Lo siento, Hayley, pero debes comprender que en este mundillo solo van a brillar los mejores.

—Lo entiendo, Maddie, solo que hoy ha sido un día muy duro en la escuela y por eso no me sale la coreografía.

Sonreí, jugando con sus dos trenzas rubias.

—Una de las cosas que debes aprender es a olvidar todos los problemas que surjan fuera de las paredes del estudio para centrarte en el baile o también puedes aprender a canalizar esos sentimientos en tu coreografía. —Hice una pausa para tomar un sorbo de agua. Mientras lo hacía, vi que la niña asentía suavemente con la cabeza—. ¿Puedo preguntarte qué ha pasado hoy en tu escuela para que estés así?

La pequeña movió la cabeza arriba y abajo, diciendo que sí con energía.

—Hoy unas compañeras de clase nos han molestado a Maya y a mí. Me han quitado mi muñeca preferida, esa que tiene forma de bailarina y que tanto me gusta. Cuando les he pedido que me la dieran, se han reído de mí y la han roto.

¡Vaya! Y yo que pensaba que los niños de primaria eran unos santos, en especial los de primer curso...

¡Qué ingenua era! Al parecer, las víboras se empezaban a entrenar a una edad temprana.

—¿Tú que has hecho al respecto? —indagué.

La niña me miró con culpabilidad.

—Se lo he dicho a Christina, mi tutora. Pero esas niñas malas me han señalado diciendo que soy una chivata. Pensé que Maya también se pondría en mi contra, pero no, ha sido la única que me ha defendido.

Oír eso de mi hermana me llenó de orgullo. Al parecer, Kara y Álvaro estaban haciendo muy buen trabajo con ella.

—También me han defendido Owen y Andrew —continuó—, pero el resto me ha llamado chivata y mentirosa.

—No pasa nada, pequeña. No les hagas caso. Solo son cosas de niños.

—¡Pero es que yo tenía toda la razón en decírselo a la profesora!

—No lo dudo, Hayley. Te conozco bien y sé que eres una niña que lucha por aquello que es injusto.

Espero que eso no cambie con el tiempo. —Le di un suave apretón en el hombro y, después, me levanté del suelo, instándola a que hiciera lo mismo que yo—. Te veo mañana y, recuerda, cuando algo así vuelva a suceder, intenta que esos sentimientos se vuelvan a tu favor mientras bailas.

Me despedí de ella con un pequeño abrazo y salí de ahí, saludando al resto con un movimiento de manos y con un gran “Adiós”. Mi intención era llegar lo antes posible a mi aula, pero fue un objetivo fallido, pues me encontré con la persona que menos deseaba ver en ese momento.

Apoyado contra la pared opuesta y enfundado en su habitual cazadora de cuero, me miraba con culpabilidad, arrepentimiento y un deje de disculpa. Intenté pasar delante de él, pero, tal y como suponía, no me dejó.

—Maddie, ¿podemos hablar? Quiero explicarte... —Pero no le dejé continuar.

—No tengo tiempo —dije con sequedad y frialdad, empujándole con fuerza para que me dejara pasar. Con un rápido movimiento de manos, me agarró de la cintura y me acercó a él—. ¡Suéltame!

—No quiero.

Mis ojos empezaron a escocerme, síntoma de que estaba a punto de llorar de nuevo. Hice el mayor de todos los esfuerzos para no hacerlo delante de él; mi orgullo y dignidad me lo impedían.

—Por favor... —supliqué con un hilillo de voz.

—Maddie...

Tomé una profunda bocanada de aire para armarme de fuerzas, pensando en una excusa.

—Llego... llego tarde.

Fue eso lo que le obligó a soltarme. Salí prácticamente corriendo de ahí sin mirar atrás, restregándome las manos por los ojos para secar las dos lágrimas traicioneras que me había sido imposible no derramar.

Capítulo 30

Madison

El viernes de esa semana no fui al Kensington, sino que todas las chicas del grupo sénior tuvimos que faltar a clase para perfeccionar las coreografías. Esa semana era la más estresante de todas, ya que era la primera de todo el año, en la que se nos juzgarían si ese sería bueno o no.

A decir verdad, Hannah me estaba presionando mucho con mi solo. Éramos conscientes de que Summer enviaría a Kiara como solista y debía admitir que era muy buena, cosa que nunca diría en voz alta, jamás, ni con una pistola en la frente. Quería demostrar que era una bailarina buena que merecía el mérito de ser vista y, por eso, a veces, me exigía demasiado, como aquella semana.

A primera hora, estuvimos trabajando la técnica con Gwendolyn. Siendo sincera, ella era un hueso duro de roer. Era extraño, ya que sabía que con mis niñas no era así y sabía cuál era la razón: todavía eran muy pequeñas para intimidarlas como ella lo hacía.

—¡Maddie, has vuelto a doblar la pierna! —chilló por tercera vez—. Y ya sabes lo que eso significa: treinta flexiones, aquí y ahora.

—Sí, señora. —Me puse recta y llevé una mano a mi frente, como si fuera un soldado y ella mi capitán.

Al ver su mirada de advertencia, me tumbé en el suelo y obedecí su orden sin rechistar. A lo lejos me llegó una risa contenida que reconocí al instante: Sarah. Sin embargo, su apenas imperceptible gesto tuvo sus consecuencias.

—¿Te hace gracia, Sarah? —La miró de forma amenazadora—. ¿Por qué no te unes a ella?

Así fue cómo mi amiga acabó tirada en el suelo junto a mí. Ambas hicimos las treinta flexiones que nos pidió en menos de dos minutos y, al terminar, nos quedamos bocarriba mientras frotábamos nuestros brazos adoloridos.

—Continuemos.

Después de esas dos horas tortuosas tuvimos un pequeño descanso de diez minutos para hidratarnos y descansar, tiempo que pasé rodeada de mis amigas y compañeras de baile.

—¿Todavía sigues sin hablarle? —preguntó Sarah en un momento dado cuando ella y yo nos alejamos un poco del grupo.

Supe al instante de quién estaba hablando, por lo que arrugué la nariz con desagrado. No quería hablar de él, no después de lo que había hecho. Era un idiota e imbécil. ¿Por qué habría caído en su trampa de amor? ¡Pero qué estúpida había sido!

Antes de responder la miré unos largos segundos apretando los labios y los puños con fuerza, intentando contenerme.

—Después de lo que me ha hecho, no merece que vuelva a dirigirle la palabra. Todavía no entiendo qué he podido ver en él —solté seca.

Ella suspiró con pesadez.

—Mira, Maddie, sé que estás dolida con él y, no me malinterpretes, si Wyatt hiciese algo así, quiera Dios que no pase eso, tampoco le hablaría, pero sí querría una explicación.

Fruncí los labios y el ceño.

—No creo que necesite una explicación. Lo que vi me bastó para deducir lo que había pasado.

Sarah soltó una sonora carcajada.

—Eres tan cabezota —dijo.

—Y tú tan pensada. —Imité su tono.

—Ahora hablemos en serio. Creo que deberías darle una oportunidad de que se explique. Puede que sea solo un malentendido. ¿No me has dicho que le pillaste besando a la más de zorras de todas las zorras? —Alzó una ceja de manera inquisitiva.

—No, a la segunda. Recordemos que ese puesto lo ocupa Kiara —dije escupiendo su nombre como si fuera el peor de los venenos. Después de decir eso, me quedé callada unos instantes, pensando.

Se instaló un pequeño silencio en el que yo permanecí perdida en mis pensamientos mientras mi amiga me miraba con preocupación. No dijo nada hasta pasados unos minutos, que fue cuando una lágrima solitaria empezó a descender con lentitud por mi mejilla.

—¿Qué pasa, Maddie?

Me sequé esa pequeña gota con la mano de manera muy brusca, ofuscada. Ya había llorado suficiente el día anterior por él, y me había jurado no volver a hacerlo.

—Es que... —hipé—... se ha... cumplido uno de mis temores. —La miré significativamente—. Me ha acabado haciendo daño, Sarah, y mucho. ¿Por qué estaba besando a esa... a esa... a esa... —Busqué la palabra adecuada—... perra? Dímelo.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Te recuerdo que no la conozco y que no sé quién es, pero por cómo te ha tratado todos estos años puedo suponer que es muy probable que ella le haya besado a él. No sé, llámame loca, pero creo recordar que a E... —Calló al ver mi mirada fulminante—... que al chico innombrable —corrigió— le ha costado mucho ganarse tu confianza y tu amor, así que no creo que haya hecho semejante tontería. Piénsalo.

Bufé con fuerza, no sabiendo que pensar o creer. La verdad era que también había pensado en ello, pero por mucho que intentase creerlo, había una parte de mí que no podía hacerlo.

Abrí la boca para decir algo, pero no pude, ya que Connor entró en el área de descanso corriendo como si persiguiera una manada de lobos. Paró en la entrada y empezó a escrutar toda la zona en busca de alguien. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, sonrió y se acercó hacia donde mi mejor amiga y yo nos encontrábamos, en el fondo de la pequeña sala.

—Por fin te encuentro, Maddie —dijo entre jadeos, intentando llenar sus pulmones de aire.

—¿Qué pasa, Connor? —pregunté un tanto preocupada.

—Hannah es lo que pasa. Quiere vernos a ambos para practicar el dueto. Sus palabras textuales han sido: “Voy a haceros bailar hasta que os sepáis bien el dueto o hasta que os sangren los pies, lo primero que ocurra”.

Solté un pequeño quejido. Si algo había aprendido en todos esos años yendo a aquella academia era que cuando Hannah decía algo, lo cumplía a rajatabla. Esperaba que con lo que hubiéramos ensayado durante toda la semana fuera suficiente para ganar al dueto que el estudio de Summer presentaría; en caso contrario, Hannah nos despedazaría.

—Te veo luego, Sarah. Si ves que a la noche no salgo, llama a la policía —bromeé alejándome de allí despidiéndome del resto de compañeras con la mano.

Llegué al Moonlight mucho más tarde de lo usual, prácticamente a rastras. Madre mía, Hannah no había exagerado nada. Me dolían los pies una barbaridad al igual que los brazos. ¿Era yo o estaba temblando del cansancio que tenía? ¿Eso era posible? Sabía que cuando hacía frío,

todos temblábamos, ¿pero de cansancio? Kevin no volvió conmigo porque él y el resto del equipo infantil habían tenido la suerte de que Hannah había visto que ya estaban listo para machacar al estudio de su enemiga y, por ello, se había marchado antes.

Al ver que ese día íbamos a tardar más de lo normal, había llamado al Moonlight para avisar de que me retrasaría por los ensayos, así que cuando llegué a la cocina para tomar mi bien merecida cena, Marlene no se extrañó de verme ahí.

—Buenas noches —me saludó besando mi coronilla.

—Buenas... noches. —Me dejé caer sobre uno de los tantos taburetes de madera que había junto a la gran encimera de granito.

—¿Qué tal el día?

Suspiré.

—Cansado y productivo.

—¿Y eso? —preguntó ella mientras me servía la cena, una gran hamburguesa con lechuga, carne de ternera, tomate, cebolla, beicon y pepinillos. Sonreí al oler el delicioso aroma y me serví gustosa un poco de ketchup y mostaza.

Suspiré con suavidad antes de contestar.

—Ya sabes, este fin de semana nos toca competir contra muy buenos estudios, entre ellos el *Great Dancers Studio*, así que Hannah ha estado más que exigente esta semana.

Marlene empezó a guardar todos los cacharros en el lavavajillas sin perderse una palabra de lo que decía. Vi cómo en una ocasión asentía levemente con la cabeza, señal clara de que estaba escuchándome.

—A veces creo que os pide demasiado. No te lo tomes a mal, Maddie, pero todavía sois unas crías. A esa edad yo solo pensaba en cómo podría engatusar a mis padres para que me dejaran ir a la fiesta de Kelly Strike, la chica más popular del instituto. Vosotras, en cambio, salís muy poco y por eso creo que deberíais hacerlo más en vez de quedaros horas y horas encerradas en el estudio. —Al ver cómo la miraba, se encogió de hombros—. No me mires así, es solo mi opinión.

Sopesé sus palabras. Era cierto lo que decía, pasábamos muchas horas en el estudio, pero todo ello tenía un único objetivo: mejorar como bailarines. Allí trabajábamos la técnica, practicábamos distintos estilos de baile y socializábamos a nuestra manera, porque, aunque no lo pareciera al principio, allí era en donde se encontraban mis verdaderas amigas salvo Lea; que conociera a Sarah, Susana, Tamara, Samantha, Emma, Wyatt y a otras personas había sido gracias al estudio, en donde habíamos coincidido todos. Sí, pasábamos muchas horas ensayando, pero para ser “alguien” en ese mundillo había que hacerlo.

Ese era mi sueño desde que era una niña pequeña, desde que vi a Amanda Johnson, cuando aquello bailarina del equipo sénior, bailar. Ella también nos daba clase de danza cuando yo tenía ocho años.

Empecé a bailar a los tres años como una actividad extraescolar, como un hobby. Pero eso cambió unos años después, cuando tenía siete años más o menos. Todo fue gracias a una enfermedad. Me puse mala de faringitis y no pude asistir a clases de baile durante más de una semana. Fue lo peor. Recuerdo que no se lo puse nada fácil a Julia y a Arianne, las cuidadoras. No paraba de moverme a pesar de estar obligada a permanecer en la cama: me levantaba, iba de un lado a otro o hacía algún que otro movimiento de baile.

También recuerdo que intentaba asistir tanto al colegio como al estudio. Un día escuché cómo Julia le decía en broma a Kara que parecía una niña hiperactiva.

Pasar tantos días inactiva me había hecho darme cuenta que no podía vivir sin el baile. Y ver

cómo mi profesora, Amanda, bailaba de forma tan perfecta me hizo esforzarme más, haciéndome la promesa que algún día sería tan buena como ella. En ese momento podía decir que se había cumplido con creces.

—Sí, lo sé. Es solo que estaba pensando en que tenías razón. Invierto muchas horas en el estudio, pero es porque quiero, porque me gusta. Créeme que si no, no lo haría, Marlene. Te lo juro.

—Puedes estar segura que lo sé. —Sonrió mientras continuaba con su tarea. Le di un gran mordisco a mi cena, disfrutando de su delicioso sabor. Comer era algo que me gustaba y de lo que disfrutaba, al igual que bailar, sobre todo si se trataba de comida grasienta o postres, eso sí que me gustaba—. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti, de todo lo que has logrado a lo largo de tu corta vida: los “no” que has tenido que aguantar, los “sí” que te han hecho llorar de la emoción, todos los premios que has conseguido a base de sudor y lágrimas... Eres una chica muy talentosa, Maddie, y para mí ya eres una ganadora pase lo que pase este fin de semana.

Sus palabras me llegaron al alma. Marlene no era muy habladora que digamos, pero siempre tenía algo que decirnos cuando la situación lo requería.

—Oh, Marlene... —dije con la voz rota y los ojos vidriosos. Sus palabras me habían emocionado.

Me levanté de mi asiento y le di un fuerte abrazo que ella correspondió.

—Será mejor que termines cuanto antes la cena si mañana no quieres estar cansada durante el día —dijo ella pasados unos minutos, separándose de mí y esbozando una sonrisa genuina.

Solté una pequeña risita y obedecí. Tomé mi cena charlando alegremente con ella sobre la fiesta sorpresa que le haríamos a Kevin por su cumpleaños. Faltaban más de veinte días, pero quería que ese pequeño celebrara su día especial. Lea y yo lo teníamos todo planeado y ahora solo nos quedaba convencer a Kara y a Álvaro.

—¡Cinco minutos, Maddie! —gritó Hannah cuán histérica corriendo hacia donde yo estaba repasando mentalmente toda la coreografía.

Estaba lista, podía hacerlo. Además, contaba con la ventaja de que había mostrado la coreografía en el recital. Respiré hondo y segundos después expiré. Estaba lista para machacar a Kiara.

Asentí levemente con la cabeza y me levanté de del suelo. Sacudí con suavidad la falda del vestido que llevaba para después alisar las arrugas inexistentes. Antes de irme me retoqué el maquillaje que llevaba.

Ya en los pasillos avancé escuchando las voces de los demás participantes de manera distorsionada, como si yo estuviese bajo el agua o en otra habitación. De vez en cuando alguno de ellos posaba su mirada en mí como si no existiese nada más en el mundo.

Llegué al escenario, en donde un señor vestido de negro me dijo que tenía que esperar mi turno. Me quedé en el lado derecho del escenario, tras la cortina roja, tomando varias respiraciones para serenarme. Todo iba a salir bien, volví a repetirme por milésima vez.

—A continuación démosle la bienvenida a Adele Colleman —dijo el presentador con su voz cantarina.

Aplaudí de forma automática mientras repasaba mentalmente todo mi número. Estaba nerviosa, como siempre, pero esa vez quería demostrarme a mí misma que todo lo que había pasado con el innombrable no me había afectado demasiado, que podía seguir adelante y que no lo necesitaba.

Pronto escuché cómo el público aplaudía con fuerzas a la que sin duda sería una rival muy dura de roer ese fin de semana. Me preparé, pues era la siguiente. Mientras veía cómo Adele se despedía del público sonriendo con satisfacción, agarré con más fuerza mi *attrezzo* jurándome que saldría victoriosa en esa batalla.

—Ahora démosle una calurosa bienvenida a Madison Moon.

El público empezó a aplaudir y yo salí al escenario poniendo la expresión más terrorífica que pude, la que había estado ensayando durante toda la semana. Enseguida el público soltó alguna que otra exclamación de asombro. Allá íbamos. Confiaba en Hannah y en su criterio; confiaba en mi coreografía.

Me coloqué en la posición inicial arrodillada en el suelo y esperé a que la música fluyera por los altavoces. Una vez escuchados los primeros acordes, sentí cómo todo a mi alrededor desaparecía quedando yo sola. Me convertí en la asesina en serie que era mi personaje.

Hice todos los movimientos casi a la perfección sin salirme del papel y al final toda la sala estalló en aplausos. Al escuchar aquello, me sentí orgullosa de mi trabajo y de lo que había ocasionado todo el esfuerzo y empeño que había invertido en aquel baile.

Capítulo 31

Madison

Todo el esfuerzo que hice esa semana dio sus frutos. En la categoría sénior de solos quedé en primer lugar con la puntuación más alta de todo el evento y el baile grupal sénior venció con creces al estudio de Summer quedando nosotras en el primer puesto y ellas en el quinto. Mis niñas nos volvieron a llenar de orgullo quedando tanto en la categoría de solos como en la de los bailes en grupo en primera posición.

No podía estar más satisfecha. En resumen, el *Hannah Brown Studio* había arrasado en la competición.

Al final resultó que hice muy bien la audición para la serie de televisión, ya que unos días después me llamaron por teléfono diciendo que yo había sido la elegida. No sabéis la alegría y el gozo que sentí en esos mismos momentos, lo orgullosa que estaba de mí misma. Además, no las había tenido todas conmigo, ya que el resto de participantes lo habían hecho de maravilla.

El rodaje fue la semana siguiente a la audición y debido a eso me vi obligada a faltar a clase casi tres días seguidos. El miércoles pude asistir al instituto, pero llegué a tercera hora y se me había olvidado traer el cuaderno en donde tenía todos mis apuntes de francés, así que me gané una regañina por parte de la señora Pamel.

Por otro lado, seguía sin dirigirle la palabra al malnacido de Eric. Cuando estábamos en el instituto, intentaba evitarle, lo cual era difícil. Eso sí, siempre que intentaba hablar conmigo, discutíamos.

Así fue cómo fue pasando el tiempo. Muy pronto nos encontramos casi a finales de la primavera. Faltaba muy poco para el baile de graduación que el Kensington celebraba cada año para despedir a sus estudiantes. Lea estaba como una moto con eso, decía que quería ir bien conjuntada con John. Ambos seguían juntos a pesar de lo que había pasado entre Eric y yo.

—Deberías perdonarlo —era el consejo que me habían dado tanto Sarah como Lea en varias ocasiones.

—Creo que todo esto ha sido culpa de Kaitlyn —había dicho Lea.

Pero yo no sabía qué creer y, siendo sincera, ya estaba cansada de pensar en ello. Quedaban dos semanas para el baile de la promoción y ambas no dejaban de insistir en que debería de darle otra oportunidad y de que debería ir con él, pero yo tenía mis dudas. ¿Qué debería de hacer?

—Ese no me gusta cómo te queda. Te hace más pequeña de lo que eres —dijo Lea con un deje de burla en el tono de voz.

—Ja ja, muy graciosa. —Me miré de nuevo en el espejo y maldije por lo bajo. Mi amiga tenía razón.

—Yo estoy de acuerdo con Lea, Maddie. Da la sensación de que has encogido y el color te hace ver más pálida. Deberías escoger tonalidades más frías en vez de cálidas.

Suspiré con cansancio. Llevábamos días buscando el vestido ideal para nuestra gran noche.

Habíamos recorrido todas las tiendas de todos los centros comerciales y no habíamos

encontrado uno que nos gustara, ni siquiera Sarah y Lea.

Me metí de nuevo en los probadores y me quité aquel vestido de corte clásico y color anaranjado. Tenía el escote en forma de corazón, mi preferido, y era de palabra de honor. La tela era tan suave que no había dudado en probármelo.

Una vez fuera, seguí buscando entre los kilos de tela. Fue así cómo di con un vestido que sabía que a mí me quedaría fatal pero que a Lea le sentaría como un guante. Era de su color preferido, azul celeste. Tenía un cinturón fino de pedrería precioso y un único tirante. Sonreí y busqué la talla de mi amiga. Por suerte solo quedaba uno. Esperaba que le gustara.

Sin perder la sonrisa, me acerqué a ella.

—¿Has encontrado alguno que te guste?

—Sí, creo que este te encantará y te quedará de perlas —dije y se lo mostré.

Sus ojos brillaron de la emoción y si no la conociera bien, habría jurado que estaba babeando por él.

—¡Vaya, es precioso!

—¿Qué es precioso? —preguntó Sarah uniéndose a nosotras. Traía consigo dos vestidos de colores llamativos.

—Tú lo eres, mi amor. —Le tiró un beso y un guiño.

—Por fin, ya te ha costado pillar todas mis indirectas. Salgamos de esta tienda y enrollémonos en algún sitio, cariño —le siguió el juego Sarah.

Solté una carcajada sin poder evitarlo.

—Fuguémonos juntas y vayámonos a vivir a Alaska. Quiero tres hijos y un perro.

En fin, mis amigas no estaban del todo cuerdas. Al final, Sarah terminó con el juego riendo estruendosamente y preguntando:

—¿Qué es lo que tanto te ha gustado?

—Esto. —Le señaló el vestido que yo aún tenía entre mis manos—. Me encanta la tela. —Lo acaricié con suavidad.

—Pruébatelo —la insté—. Te quedará genial, ya sabes que el celeste te sienta de maravilla.

—Veamos. —Y caminó hacia los probadores de nuevo.

Tanto Sarah como ella se metieron cada una en uno y yo me quedé fuera esperando. Saqué mi teléfono y lo encendí mientras tanto. Fue ahí cuando me di cuenta de que tenía un mensaje de Eric que decía: “Maddie, no podemos seguir así. Quiero hablar contigo y explicártelo todo. Por favor”. Arrugué la nariz con desagrado y volvía a guardar el aparato sin responderle.

—¿Qué tal estoy? —preguntó mi compañera de baile saliendo de aquel cubículo.

Abrí la boca. Estaba despampanante con ese vestido de noche de color rosa fuerte. Los tirantes eran finos y el escote no era muy pronunciado. La prenda en sí era preciosa, pero una vez puesto era todavía más hermoso y a Sarah le sentaba de maravilla.

—Como lleves eso a Wyatt le va a dar algo. —Sonreí con picardía.

—Como Hannah me vea así vestida, no le dejará salir de casa —bromeó ella.

Reí con ella pensando en la reacción de nuestra profesora.

—Pensará que quieres pervertir a su niño.

—Que sepamos, él ya es un pervertido cuando se lo propone. —Me guiñó un ojo con travesura.

Tuvimos que esperar varios minutos para que Lea saliera de allí. Madre mía, a veces esa mujer tardaba demasiado en arreglarse. Hizo a un lado la cortina negra y salió enfundada en el vestido. Tal y como pensaba, le sentaba como un guante y le marcaba todas y cada una de sus curvas a la perfección.

—¡Tachán! —Puso morritos e intentó hacer una pose sexy, ocasionando que Sarah y yo riéramos como si no hubiera un mañana—. ¿Qué tal estoy?

Sarah, a mi lado, estaba muda. Se le había desencajado la mandíbula y sus ojos estaban abiertos de par en par en cuanto se fijó en ella.

—Estás muy sexy.

—Perfecta —dijo Sarah al mismo tiempo que yo—. Voy a probarme el otro. Esperadme los dos.

—Sí, señora —dijimos al unísono mi hermana y yo poniéndonos rectas como soldados.

Sarah sonrió de lado y, sin decir nada, se metió de nuevo en el pequeño probador, cerrando la cortina una vez estuvo dentro.

—Me encanta la tela, es tan suave —dije acariciando la falda del vestido.

—Tienes un muy buen gusto. Has acertado de lleno y amo este vestido. Me lo llevo.

Sonreí con satisfacción.

—¡Aquí estoy de nuevo! —canturreó Sarah corriendo las cortinas a un lado y saliendo. A ella sí que le quedó bien la pose sexy de modelo, pues ambas, Sarah y yo, habíamos modelado para varias marcas de moda juvenil e infantil.

—¡Bua, ese vestido es espectacular! —exclamó Lea—. Te sienta mejor que el anterior que ya de por sí me gustaba.

Sarah se miró en el espejo y sonrió. Creo que le gustó verse en aquel vestido morado con reflejos lilas. A diferencia del anterior, este le llegaba por encima de la rodilla. Tenía una tira alrededor de la cintura para atarla a modo de lazo y dos tirantes muy finos. El escote en forma de “V” le favorecía y era el que mejor le quedaba de todos.

—Adjudicado, me lo quedo —sentenció sin perder la sonrisa.

—Me encanta —dije suspirando apenas imperceptiblemente.

Esperé pacientemente a que ambas se cambiaran de ropa y después pagaron. El vestido de Lea había sido el más caro de los dos, pero aun así fue barato en comparación con los que seguramente llevarían Kaitlyn y su grupo, ya que según ellas se estaban haciendo el vestido a medida para que “las indeseables no eligieran el mismo vestido”, palabras tuyas no mías.

Continuamos recorriendo las tiendas del centro de la ciudad en busca de un atuendo para mí, pero desgraciadamente no vi ninguno que me gustara o que me quedara bien. Estaba siendo muy exigente, porque no quería llevar cualquier vestido. Quería verme hermosa en él, sentirme especial aunque solo fuera por una noche tal y como le pasó a Cenicienta en el baile. Pero, claro, esto no era un cuento de hadas y me temo que mi hada madrina no convirtió mis vaqueros desgastados y mi camiseta de tirantes en el vestido que yo andaba buscando y que tanto anhelaba.

Cerré la taquilla con un golpe seco y caminé hacia mi siguiente clase sin muchas ganas de hacer algo. Lea se había puesto mala de nuevo y era preocupante. Ya era la tercera vez en un mes. Según el médico, solo era un simple resfriado lo que le había provocado la fiebre, pero aun así era un tanto preocupante.

Llegué al aula antes que nadie y me preparé. Saqué las gafas de la funda y me las coloqué. Estas no eran las mismas que llevaba a principios de curso, sino que eran las que normalmente usaba en casa cuando no tenía por qué ocultarme del mundo. No era el primer día que las traía a clase.

Me concentré en todo lo que los profesores decían, sin perderme ni un solo detalle aunque ya

sabía todo lo que debía saber. Al día siguiente empezarían los exámenes finales y, a decir verdad, estaba un pelín nerviosa. Sabía que conseguiría superar con creces la media que debía sacar para poder continuar concursando, pero aun así no podía evitar sentirme un poco inquieta.

Llegó la hora del descanso de media hora y como hacía calor decidí ir hacia la sombra bajo la que Lea y yo usualmente solíamos refugiarnos. Llevé mi reproductor de música que el colegio permitía usar y el cuaderno en donde apuntaba todas las coreografías que había creado ese año.

Los primeros diez minutos los pasé así, disfrutando del día mientras terminaba la rutina que tenía en mente para Rachael. Fui a rebobinar la canción por cuarta vez, pero escuché la voz chillona de Kaitlyn decir:

—¡Aquí estás, friki!

Alcé la mirada del cuaderno para mirarlas con indiferencia. Elevé la ceja. Siempre iba al mismo sitio salvo en los días que llovía o hacía demasiado frío como para estar fuera. Era lógico, aunque, claro, estábamos hablando de esa zorra y de sus amiguitas. Ninguna de ellas utilizaba el cerebro para pensar, parecía que solo tenían cabeza para estropear su cabello con tantos tintes y extensiones falsas.

—¿Se os ha perdido algo? —pregunté con tranquilidad, apagando el aparato pequeño del tamaño de una nuez y guardándomelo en el bolsillo. "¿La dignidad tal vez? ¿La inteligencia quizá?", pensé pero no lo dije en voz alta.

—No —respondió a mi pregunta Scarlett.

—Veo que tu amiga no está hoy contigo para defenderte —se burló Jasmine. Puse los ojos en blanco.

Como si yo necesitara que alguien me defendiera.

—El caso es que vengo a decirte que hoy tendré una cita con mi novio, Eric —me restregó con malicia.

Se me formó un nudo en la garganta y sentí rabia y decepción al escuchar aquello. Pensé que Eric había espabilado en ese aspecto y que ya no saldría con perras falsas como Kaitlyn. Qué decepción.

—Créeme, aunque te creas el centro del universo, no vales nada. Tú y tu novio os podéis ir a la mierda —dije mientras me subía las gafas por el puente de la nariz, ya que debido al calor se me escurrían cada dos por tres. Eso era lo que más odiaba de ellas.

—La mierda en persona la tenemos delante de nosotras —atacó ella con esa lengua mordaz.

Puse los ojos en blanco sin hacer caso de ese comentario y volví la vista a mi cuaderno. Mi intención era ignorarlas, así se cansarían de mí y me dejarían en paz, pero no, las muy idiotas tenían que entrometerse en mis asuntos.

—¿Qué haces? —preguntó Kaitlyn quitándome el cuaderno de las manos. De mis labios se escapó un quejido.

—Devuélvemelo —exigí intentando recuperar mi preciado tesoro.

Jasmine leyó el contenido y se burló.

—Vaya, mirad lo que nos hemos encontrado, chicas. ¡Es el cuaderno en donde nuestro bichito raro apunta todas y cada una de las coreografías que crea! ¿Sabéis lo que podría hacer? Podría destruirla.

—Ni se te ocurra. Suéltalo.

Sus ojos brillaron con maldad.

—¿O si no qué nos harás? —preguntó fingiendo estar asustada. Sonrió triunfante apartándose un mechón rojizo de la cara—. Gracias a este cuaderno el *Great Dancers Studio* os ganará en todas las competiciones de baile. Es genial, fantástico.

Me encogí de hombros fingiendo indiferencia y tranquilidad.

—¿Qué te hace pensar que tu ex estudio nos ganará? Somos tan buenas que les ganaremos igual. Además, ahí solo tengo las rutinas que yo me he inventado, no las de Hannah. —Sonreí con aires de superioridad.

Ella ni se inmutó.

—Da igual, nos sirve de todos modos. Creo que Kiara se echará unas risas con este cuadernito. —Rió con maldad—. Eso sí, debo decirte que las coreografías son muy buenas —dijo mientras seguía ojeándolo—. ¿*The Killer*? ¿En serio, Madison? No sabía que te gustaran las películas de terror.

—Devuélveme mi cuaderno —volví a pedírselo estirando la mano a modo de exigencia.

—No.

—Mira lo que hago con tu cuaderno tanpreciado —se burló Kaitlyn. Se lo arrebató de las manos a Jasmine y llevó una mano a las hojas. ¡No! ¿Estaba loca? Como arrancara una sola hoja...

Por fortuna, Jasmine la paró justo a tiempo, lo que fue un gran alivio para mí. Rellenar ese cuaderno había sido muy costoso. Lo hacía por puro placer, como un pasatiempo, pero aun así me había costado mucho. Una coreografía no se crea de la nada, se necesita su tiempo para pulirla bien y darle todos los remates necesarios. Es por eso que me molestaba que anduvieran con mis cosas.

—Espera —la retuvo Jasmine—. Sé cómo le hará más daño. Dámelo, seguro que a Kiara le gustará echarle un ojo —se burló.

—¡Dámelo, es mío! —exclamé con cansancio. Incluso yo noté ese matiz infantil en mi voz. Patético. Eso solo hizo que mis oponentes se relamieran del gusto y se fueran de allí riéndose con crueldad.

Frustrada, di un golpe fuerte en el suelo que solo consiguió lastimarme la mano.

Llegada la hora del almuerzo, me senté sola en una mesa, alejada del mundo. Todavía seguía furiosa con las estúpidas animadoras y debido a eso mis patatas en salsa verde se habían convertido en puré de patatas y bacalao. Estúpidas, todas ellas. ¡Qué asco!

De pronto alguien se sentó enfrente. A pesar de yo tener la cabeza gacha le oí y al alzarla mi furia se incrementó.

—No estoy de humor, Eric —le avisé al intruso que había osado sentarse a mi lado.

—Se nota. —Lo miré fulminándole con la mirada. Él alzó las manos a modo de rendición y sonrió con sinceridad—. Solo quiero entregarte esto. —Sacó de su mochila... ¡Mi cuaderno! ¿Cómo narices lo tenía él?—. Creo que Kaitlyn y compañía te lo han quitado, ¿cierto?

Asentí con la cabeza y por primera vez en mucho tiempo le dediqué una grandiosa sonrisa.

—Gracias —dije mientras lo cogía y lo apretaba contra mi pecho—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Hacer qué? —Me miró con confusión.

—Devolvérmelo.

Se encogió de hombros.

—Te pertenece y, aunque tú no lo creas, me importas y mucho. —Apreté los labios con fuerza. Allá iba de nuevo—. ¿Por qué no me dejas que te cuente lo que pasó, Maddie?

Me levanté del asiento y cogí la bandeja, buscando al mismo tiempo una vía de escape.

—Tengo que irme.

Pero Eric no me dejó. Alargó una mano y la posó en mi brazo derecho.

—Espera, también tengo que decirte que el profesor de matemáticas quiere que vayamos hoy a su clase después de comer.

—Vale. —Volví a sentarme y lo ignoré durante varios minutos.

—¿Cuánto tiempo vas a estar así, ignorándome? Estoy aquí, ¿sabes? —Pasó su mano por delante de mi rostro en repetidas ocasiones.

Permanecí en silencio mirándole a los ojos. Su mirada era tan profunda que no pude evitar perderme en ella. Muy a mi pesar, debía admitir que anhelaba los momentos agradables que pasaba con él y sus besos, eso sí que lo extrañaba.

—¿Por qué? —pregunté al fin con un hilillo de voz y un nudo en la garganta que apenas me dejaba tragar saliva.

Suspiró frotándose los ojos con ambas manos.

—Te juro y perjuro, Maddie, que no la besé y mucho menos tenemos una relación. Fue ella la que me besó de manera desprevenida, no yo. Yo solo tengo ojos para una única chica. No sé si la conocerás. Es menuda, pero no tanto; tiene unos ojos preciosos que enamoran y una sonrisa que baja todas mis defensas.

A veces es un poco tozuda, pero yo la quiero igual. Para mí es especial y única, y te juro que mi intención no era hacerla daño, mucho menos enfadarla, que me dejara de hablar y que me privara de esos maravillosos besos que solo ella me da.

Me empezaron a arder las mejillas y a teñirse de carmesí sin poder evitarlo. Abrí la boca para decir algo, pero la cerré al comprobar que no saldría ni un solo sonido de mi garganta.

—Sé lo molesta que debes de haberte sentido al verme besando a tu peor enemiga, pero...

—Mi mayor enemiga es Kiara —lo corté.

Eric me lanzó una de sus sonrisas de lado que tanto amaba.

—Pero —continuó diciendo él— te prometo que yo no sentí nada, es más, me ha dado asco. No entiendo cómo antes podía besarla sin sentir las náuseas que sentí esa vez. —Hizo una mueca de aversión de lo más chistosa que provocó que se me escapara varias carcajadas.

—Había olvidado lo dramático que eres a veces. —Sonreí con burla.

—Pero me quieres igual —respondió tirándome un beso en broma.

Desvié la mirada sintiéndome incómoda de repente. No sabía lo que éramos, pues nunca habíamos llegado a romper, pero sabía que no éramos novios, eso había quedado claro. Me había dejado estupefacta su discurso y, a decir verdad, tenía sentido. Me sentí una completa idiota por haber pensado que Eric había sido capaz de ponerme los cuernos con otra con lo mucho que le había costado ganarse mi confianza. Vaya, Sarah tenía razón por primera vez en mucho tiempo... Y Lea.

También me había conmovido mucho todas las cosas bonitas que había dicho sobre mí. Sentí que mi corazón bailaba dentro de mi cuerpo con fuerza, esperanzador y listo para darle una nueva oportunidad.

—Más quisieras —me burlé, siendo la de siempre con él de nuevo.

Eric notó ese cambio y no pudo reprimir una sonrisa que le iluminó la mirada.

—Entonces —empezó a decir con cautela—, ¿quieres que lo intentemos de nuevo?

Su timidez e inseguridad me derritieron por completo.

—Solo si prometes que no nos heriremos nunca más.

—Prometido. —Estiró el brazo por la mesa y acarició con la yema de los dedos mi mano derecha mientras que utilizaba la otra para seguir disfrutando de mi almuerzo.

Así fue cómo se nos pasó la hora, entre risas, recuerdos y promesas. Una vez ambos terminamos nuestra comida, dejamos la bandeja en su lugar, junto a la puerta principal de la gran estancia de mesas esparcidas, y salimos. Eric me cogió la mano con cautela y yo le di un apretón suave para inculcarle confianza.

Tuvimos que subir al segundo piso, pasar todo el auditorio y el aula de informática para dar con la clase del señor Gold. Toqué la puerta antes de entrar, encontrándome con un aula completamente vacía a excepción del profesor, sentado frente a su escritorio con el ceño fruncido por la concentración. Alzó la cabeza de la pila de papeles que tenía desperdigados por el escritorio y nos miró.

—Buenas tardes, señor Woods y señorita Moon. —Sonrió—. Tengo que hablar con ustedes.

“Eso ya lo sabíamos”, pensé. ¿De qué quería hablar? No tenía ni idea.

—¿Pasa algo, señor? —me animé a preguntar.

Él en vez de responder, señaló las dos sillas que había frente a su gran escritorio. Suspiré y obedecí, dejándome caer en uno de esos dos asientos tan incómodos que el instituto poseía. Estaba convencida de que gracias a estas cosas sufriría un dolor de espalda crónico.

—Señor Woods —habló por fin pasados unos minutos de silencio y tensión—, está a punto de suspender mi asignatura. No lo entiendo, se suponía que usted, señorita Moon, le estaba ayudando y, además, el trimestre pasado su compañero consiguió una nota muy buena. ¿Qué ha pasado para que, de repente, sus notas hayan empeorado considerablemente?

Sabía la respuesta. Después de habernos distanciado, esas clases habían sido canceladas. Además, había notado que varios días Eric decidía saltarse esa clase, así que no me extrañaba para nada que estuviese a punto de suspender la asignatura.

Los exámenes empezaban al día siguiente, viernes. Siendo sincera, estaba un pelín nerviosa y estresada, ya que si no conseguía un promedio igual o superior al de siete y medio, no podría concursar y participar en los Nacionales que se celebrarían a finales de junio.

—¿Quiere la verdad? —preguntó Eric.

—Por supuesto. —El señor Gold se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

Eric tomó una gran bocanada de aire antes de decir:

—Digamos que por asuntos personales no nos hemos podido reunir en los últimos meses. —Me miró de manera significativa.

Eso le llamó la atención a nuestro profesor. Empezó a mirarnos a Eric y a mí alternativamente: primero a Eric, luego a mí, después a Eric... y así sucesivamente.

—¿No me digáis que los dos...? —Dejó las palabras en el aire.

No sé por qué sus palabras provocaron que mis mejillas se tiñeran de rojo, pero lo consiguieron.

Tampoco ayudaba la manera en la que nos miraba, la misma forma en la que Lea lo hacía, como si supiese algo que yo no sabía aún.

Iba a responder, pero cuando abrí la boca para hacerlo, Eric se me adelantó:

—Sí, señor. Madison y yo estamos manteniendo una relación. —Sonrió de lado con orgullo y satisfacción—. O la manteníamos hasta hace poco. Debido a un problemilla, nos habíamos distanciado y por eso habíamos decidido no reunirnos de nuevo para evitar posibles malentendidos.

Salvo eso último, el resto era cierto. Obviamente ninguno de los dos habíamos hablado desde que lo había visto besando al bicho de Kaitlyn y mucho menos nos habíamos vuelto a reunir para esas clases extraescolares que le daba.

El hombre se pasó una mano por el rostro sudoroso y se frotó los ojos con fuerza.

—Mire, señor Woods, tengo entendido que mi asignatura es la única con la que se traba. Le sugiero que retome esas clases, porque, como ha podido comprobar, han sido un acierto. Les felicito por su trabajo, señor Woods y señorita Moon.

—No se preocupe, señor Gold, hoy mismo retomamos las clases, ¿verdad, Maddie?

—Cierto. Sé que Eric a veces es muy cerrado cuando se trata de números y que por eso a veces le cuesta entender la materia, pero cuando lo ve, es un as.

Al oír mis palabras, los ojos de Eric brillaron y las comisuras de sus labios se elevaron con timidez hacia arriba.

—No lo dudo. —Suspiró a la vez que se levantaba de su asiento que parecía mucho más cómo que nuestras malditas sillas. Con un gesto de la mano nos dio a entender que quería que nos levantásemos, cosa que hicimos—. Ahora, será mejor que os pongáis manos a la obra.

—¿Qué parte no has entendido de todo lo que te he explicado? —pregunté mientras soltaba mi lapicero con hastío.

Llevábamos más de media hora estancados en el mismo punto y Eric seguía sin entenderlo. Repetía los mismos errores y podía decirse que se había bloqueado.

—Déjalo. ¡Soy un caso perdido!

—¡Que no! —exclamé yo. Jamás me rendiría. Juraba que Eric Woods sería capaz de aprobar esa asignatura—. Es muy fácil, solo debes concentrarte más.

—¿Cómo quieres que lo haga si la chica más guapa del instituto me está ayudando? Ay, Maddie, a veces debes emplear más ese cerebro tuyo —dijo al mismo tiempo que daba pequeños golpes en mi cabeza.

No pude evitar ruborizarme por las primeras palabras que él había dicho. Era tan tierno...

—Haz lo mismo que hago yo. Tengo al chico más sexy de todo el Kensington en frente de mí y mira lo bien que me concentro para ayudarte —contraataqué.

—Pero...

—Nada de peros y peras en vinagre —lo callé tajante—. Ahora quiero que hagas estos ejercicios mientras voy a la cocina a por un vaso de agua —dije mientras le señalaba dos operaciones sencillas.

Asintió con la cabeza sonriendo.

—Mi casa es tu casa, amor.

Amor. Hacía mucho que no me llamaba así, desde que nos distanciamos. Mi corazón latió con más fuerza dentro de mi pecho y mi pulso se aceleró al escucharla. Debía admitir que había echado de menos que me llamara así.

—Lo sé. —Le tiré un suave beso desde el otro lado de la mesa de cristal y me levanté del suelo.

Estaba en el umbral de la puerta cuando sentí que tiraba de mi brazo y me pegaba a su pecho. En seguida su aroma, una mezcla de colonia y esencia masculina, llenó por completo mis fosas nasales y aspiré su olor. También lo había añorado y estar junto a él, abrazados como estábamos.

Sentí que una de sus manos alzaba mi barbilla para que lo mirara a los ojos, azul contra verde.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Maddie: tenerte entre mis brazos, hablar contigo, hacerte reír... y besarte, eso sí que lo he añorado.

No hicieron falta las palabras. Poco a poco fuimos acortando la distancia que nos separaba hasta que nuestras narices se chocaron y los labios se unieron en un beso suave y lento. Poco a poco el beso se tornó en uno más profundo, más salvaje. Mordió mi labio inferior y, aprovechando el jadeo que emití, su lengua se metió en mi boca para empezar una batalla.

Mis manos colgaban de su cuello mientras enredaba los dedos en su cabello sedoso; sus manos se habían posado en mi baja espalda. De un empujón, hizo que enredara las piernas alrededor de su cintura y me llevó al sofá sin dejar de besarme. Me depositó a horcajadas sobre

él y siguió besándome con pasión al principio. Poco a poco la intensidad le dio el paso a la ternura y al amor hasta que al final nos separamos con la respiración agitada.

—En efecto, hacía mucho que quería probar de nuevo tus labios. —Los acarició con la yema de los dedos. Seguro que estaban rojos e hinchados.

—Y yo. —Sonreí, pero enseguida la borré de mis labios en cuanto sentí una dureza en mi abdomen—. Veo que te alegras de verme. —Esbozó una genuina sonrisa—. Haz lo que te he pedido. Voy por un vaso de agua, ¿quieres algo?

—Otro beso de tus labios, amor.

Reí levantándome de ahí y, antes de irme, le lancé un beso.

Salí de la gran estancia y avancé por el corredor hasta llegar a la cocina. La puerta estaba cerrada y de su interior se escuchaban unas voces. Agudicé el oído y comprobé que las voces les pertenecían a Jane y a Cristina.

—¿Crees que es lo correcto? —le preguntaba Jane.

—Siendo sincera, no lo sé. Pero quiero que lo sepa ya.

Escuché cómo una de las dos suspiraba; me fue imposible saber a quién de las dos le pertenecía ese suspiro.

—Pues adelante.

—Pero no puedo decírselo así cómo así. Es demasiado chocante.

—Es chocante de por sí, Chris —la corrigió Jane.

—¿Crees que no lo sé? —Bufó—. Lo más probable es que me odie. ¡Oh, por Dios! —Sollozó.

¿De qué narices estaban hablando?

—A lo mejor solo debes esperar un poco más, ganarte su confianza.

—No —dijo tras casi un minuto de silencio—. Voy a decírselo, voy a decirle a Madison que yo soy su tía biológica.

Capítulo 32

Madison

No daba crédito a lo que oía. Sentí cómo se me caía el alma a los pies. Sin poder evitarlo, empecé a temblar de forma convulsa. Mi mente viajaba a mil por hora, creando miles de preguntas cuyas respuestas no conocía, pero la que más se repetía era: ¿por qué? Esa era la pregunta que más veces me había hecho a lo largo de esos años. ¿Por qué había sido abandonada? ¿Qué era lo que yo había hecho mal para que no me quisieran?

Escuchar cómo Christina le decía a Jane que yo era su sobrina me provocó náuseas. No quería... No quería saber nada de ella, era... era repugnante. Me llevé las manos al cabello y lo agarré con frustración, ahogando un grito.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez al mismo tiempo que mis mejillas se enrojecían por la rabia y mis ojos se volvían vidriosos por las lágrimas. Respiré hondo tratando de serenarme, aunque no lo conseguí.

Mierda puta.

Quería... Deseaba tanto golpear algo con todas mis fuerzas para descargar toda esa energía e ira que burbujeaba en mi pecho... que tuve que hacer un gran esfuerzo para controlarme y no hacer trizas un jarrón de apariencia cara y que me era muy tentador en esos momentos.

Antes de ser descubierta volví al salón fingiendo tranquilidad. Me temo que mi plan se fue al garete en cuanto osé pisarlo. Una lágrima traicionera bajó descendiendo por mi mejilla. Buff, era capaz de actuar mientras bailaba frente a un auditorio lleno de personas pero era incapaz de fingir que estaba bien. ¡Qué frustrante!

—Maddie, ¿te pasa algo? ¿Estás bien? —El rostro de Eric se transformó en una máscara de preocupación.

Necesité todas y cada una de mis fuerzas para asentir con la cabeza con debilidad. Sabía que si hablaba, me vendría abajo.

—¿Va en serio? —Repetí el gesto con más energía. Eric, por su parte, alzó una ceja sin creer nada de lo que decía—. Entonces, ¿por qué estás llorando?

Yo no estaba... Pero comprobé que estaba errada, pues las lágrimas salían de mis ojos sin que yo pudiera controlarlas. Hipé sin poder evitarlo.

—Tengo... Tengo que... irme —dije con apenas voz audible. Me sequé las lágrimas pasándome las manos por el rostro con fuerza.

—Maddie...

Ni siquiera escuché lo que decía. Recogí mis cosas con rapidez, pues cabía la posibilidad, por remota que fuera, de encontrarme con esa mujer en algún momento; por eso debía largarme de ahí lo antes posible.

—Tengo prisa. —Escuchaba mi propia voz lejana, no la reconocía.

—Si ha sido por algo que haya dicho...

—No, todo está bien. —Intenté esbozar una sonrisa, pero lo único que conseguí fue una mueca grotesca.

—Entonces —insistió—, ¿qué te pasa?

Negué con la cabeza, no sabiendo si contárselo o no y no teniendo ganas para hacerlo. Lo

único que quería hacer era tumbarme en mi cama y llorar hasta que no quedara ni una sola gota dentro de mí.

Eric me miró a los ojos y, tras varios segundos de silencio, dibujó una sonrisa triste e incómoda, no comprendiendo del todo lo que pasaba. Me agarró de la mano con firmeza y me acompañó a la entrada.

Abrió la puerta y antes de que pudiera escaparme de ahí, me atrajo hacia sí y me dio un casto beso en los labios.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

Volví a negar con la cabeza. No tenía ganas de hablar, solo quería estar sola sin que nadie me molestara. ¿Era mucho pedir?

—¿Segura?

Moví la cabeza arriba y abajo afirmando y provocando que suspirara con fuerza, todavía más confuso; lo veía en sus ojos y en su forma de mirarme.

—Está bien. Necesitas calmarte, Maddie. Cuando quieras hablar del tema, sabes dónde encontrarme y cómo contactar conmigo. Ve con cuidado, amor. —Me dio otro beso—. Nos vemos mañana.

—Ajá —dije con voz ronca.

Salí de ahí y fui lo más rápido que pude hacia la parada de autobús más cercana. Hacía un día caluroso y los rayos del sol se posaban en mi pálida piel, calentándola a su paso. No había ni una sola nube esponjosa en el cielo azul celeste como los ojos de Eric.

Eric.

Me sentí la peor persona del universo por cómo lo había tratado. No se lo merecía. A veces era tan idiota... Solté un pequeño chillido que atrajo la atención de varios viandantes. No me importó, puede que en otras circunstancias sí, pero en ese momento me dio igual.

Me sentía como una mierda andante. No quería hacer nada, pero debía. Tenía ensayo. Bufé con fuerza y hastío. Vaya mierda de día... sin contar el hecho de que nos habíamos reconciliado y besado. ¿Por qué todo lo malo pasaba cuando el día había sido perfecto?

Eric

Madison estaba muy rara cuando volvió de la cocina. Me pregunté en varias ocasiones si eso tenía que ver conmigo, si había dicho algo malo o simplemente si había metido la pata hasta el fondo con el beso.

Todavía seguía estupefacto pensando en lo ocurrido, sin poder quitarme esa última escena de la cabeza, cuando mamá entró en la sala. Ni siquiera eran las tres y media. Se suponía que la clase de Hayley empezaba en media hora... ¿Le habría pasado algo a Maddie?

—¿Y Madison? —preguntó al ver que no estaba conmigo.

Me encogí de hombros.

—Se ha marchado a casa.

—¡Qué extraño! —Ladeó la cabeza con aire pensativo.

—Qué me vas a contar. Estaba muy rara cuando ha vuelto de la cocina. ¿Ha pasado algo...?

Pero no pude terminar la frase. El rostro de mamá había perdido todo el color tornándose pálido. De inmediato le empezaron a temblar las manos y el miedo se vio reflejado en su cara. Ay, no, algo andaba mal, muy mal. Normalmente mamá era la viva imagen de la tranquilidad y la calma, pero en ese momento...

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

—Na...da —tartamudeó perdiéndose en sus pensamientos.

La miré.

—No soy tonto, sé que ha pasado algo. Se ha largo como si alguien le persiguiera. A no ser que haya sido yo de nuevo —dije pensando en ello, porque podría ser así. Tenía fama de decir estupideces, así que no sería extraño que sin darme cuenta hubiese herido sus sentimientos.

Mamá eludió el tema y enseguida dijo que tenía que prepararse para llevar a Hayley a sus clases diarias de baile. Estupendo. Sabía que mamá me ocultaba algo e iba a averiguar de qué se trataba.

Supe que la cosa era grave cuando al día siguiente vi a Madison alicaída, casi deprimida. Vino a clase, pero parecía que estaba de cuerpo presente y de mente. En los descansos intenté animarla, pero todos mis esfuerzos fueron en vano. Me preocupó ver que sus ojos estaban surcados por grandes ojeras. Me preocupé mucho más cuando me dijo que no podía quedarse para ayudarme con las mates, que, en cambio, Lea me ayudaría. Fue por eso que, una vez estuvimos solos en el salón, tras presentársela a mi madre, fui directo al grano:

—Lea, ¿qué le está pasando a Madison?

Al principio no me respondió, aunque supe por su mirada que no tenía ni idea.

—No lo sé. Eso mismo iba a preguntarte yo, porque está muy rara desde que ayer fue a tu casa.

—No me digas —dije con ironía.

—Es alarmante. Es como un zombi andante, me preocupa.

—Deberíamos descubrir lo que le pasa —propuse dejando el bolígrafo en la mesa con demasiada fuerza.

—Es muy grave. —La miré sin entender—. Te juro que nunca antes en su vida ha faltado a un ensayo por pereza y ayer lo hizo, Eric.

¿Qué ayer hizo que?! Ay, Dios. Eso era grave. “¿Maddie, qué te pasa?”, pregunté mentalmente pensando en alguna posibilidad, aunque ninguna de ellas tenía sentido. Vamos, estábamos hablando de Madison, la persona más responsable del universo. No habría faltado a un ensayo así como así, estando a dos días de competir contra Kiara. No, señor, debía de ser muy grave.

La miré con horror.

—Creo que este asunto está por encima de nuestras posibilidades.

—¿Qué me vas a contar! —Resopló descansando la espalda en el respaldo del sofá—. Es tan terca a veces... Además, siempre elude mis preguntas. Creo que hoy le he preguntado si se encontraba bien o si le pasaba algo unas cien veces y en todas ellas ha cambiado de tema.

Ambos no sabíamos qué hacer con respecto a ella. Queríamos ayudarla, pero no sabíamos cómo hacerlo, porque no sabíamos qué le estaba rondando por la cabeza. Bufé volviendo a concentrarme en los ejercicios, aunque, siendo sincero, no pude dejar de pensar en ella.

Así fue cómo llegó el sábado y con él todo el estrés del día. Tal y como ya era habitual, el día fue muy ajetreado. En primer lugar, nos reunimos con el resto del equipo infantil y sénior en la entrada del estudio para coger un autobús privado que nos llevaría hasta Idaho, en cuya capital se disputaría el concurso de esa semana. Segundo, Madison seguía estando rara: apenas hablaba y de vez en cuando miraba a Christina, a la que mamá había invitado a asistir. Tercero, hacía un calor espantoso e insoportable y, por si eso fuera poco, en el autobús no había aire acondicionado.

Así que sí, estaba jodido y eso que el día solo acababa de empezar.

Me quedé todo el viaje al centro de Boise, la capital de Idaho, en la parte delantera, charlando con mi hermana, mi familia, Christina y con las demás niñas del grupo de Hayley.

Madre mía. ¡Qué revuelo hubo nada más pisar la acera! Miles de personas gritaban los nombres de las chicas del grupo sénior con fervor y ellas, encantadas por la atención, se sacaban fotos con ellas o firmaban autógrafos sonriendo, incluso Madison. Creo que eso la distrajo de lo que sea que la estaba consumiendo por dentro.

Antes de llegar a los vestuarios la aparté del grupo para sonsacarle información, pero eludió todas y cada una de mis preguntas, únicamente diciendo que estaba bien, que solo estaba estresada. Y una mierda. Más quisiera que fuera eso, pero sabía que había algo más que la ponía triste y me dolía que no quisiera contármelo, que no confiara en mí.

Así que al ver que no conseguiría una respuesta sólida, le di un suave beso en los labios y me despedí de ella acariciando con sutileza su bien torneado trasero, provocando que por un momento fuera la misma chica de antes.

—¡Como lo vuelvas a hacer, te juro, Eric, que me encargaré de que no tengas descendencia! —me amenazó con las mejillas iluminadas.

No pude evitar sonreír al ver su reacción y, antes de que se fuera, le di un casto beso en sus labios.

Todo fue sobre ruedas esa mañana: las niñas ejecutaron todas las coreografías dando lo mejor de sí mismas. Primero salió Mía Jones para mostrarnos el solo que había estado practicando y, después, Amy Sims. El primero era una pieza de jazz que la niña defendió de maravilla y el segundo, acrobático, la especialidad de Amy. Las terceras que salieron fueron Anna y Rachel, quienes realizaron un dueto cuya coreografía era bastante complicada o eso me había dicho Hayley el lunes de esa semana. Las siguientes fueron Emily y mi hermana ejecutando una pieza que a comparación con la anterior parecía mucho más sencilla e infantil. Por último, salieron todas a escena para defender la pieza grupal de esa semana de estilo contemporáneo.

Debía admitir que esa semana todas las niñas me sorprendieron muchísimo. Parecía que Madison cada día se esforzaba más en sus creaciones. Me pregunté cómo lo haría, es decir, suponía que para ser coreógrafa era necesario mucho conocimiento y, a la vez, mucha imaginación.

Todo marchó bien hasta la tarde. Después de comer en el hotel en el que nos hospedábamos esa noche, tuvimos que volver al gran edificio en donde tenía lugar aquella competición. Las mayores, a diferencia de las pequeñas, no se mostraban nerviosas; parecían estar calmadas como si salir a escena delante de miles de pares de ojos fuera algo habitual en ellas. En ese momento busqué a mi novia con la mirada y me sorprendió ver que estaba inquieta: no paraba de eludir la mirada de Christina y mamá y, por si eso fuera poco, no dejaba de devorarse las uñas y de vez en cuando vi que se toqueteaba el pelo, ese día recogido en dos trenzas de espiga.

Una vez dentro del edificio le deseé mucha suerte, aunque estaba seguro que no la necesitaría. Tenía la certeza de que machacaría a Kiara y de que la haría llorar de lo bien que bailaba. Me despedí de ella besando con sutileza sus labios y abrazándola en un intento por transmitirle la calma que sentía en esos momentos.

Sarah fue la primera que salió a escena en la categoría de solos y debía decir que fue una de las mejores actuaciones que había visto. No me gustaría estar en la piel de Madison en esos momentos si tenía que batir a Sarah.

—Esa ha sido la maravillosa Sarah Parker. Démosle un fuerte aplauso —dijo la presentadora desde su sitio, sentada en primera fila junto a los jueces—. A continuación démosle una calurosa

bienvenida a Madison Moon, quien bailará una pieza lírica titulada *Lost*.

En escena apareció la chica más hermosa del mundo ataviada con un vestido azul semejante al camisón que se ponen los enfermos en un hospital y el pelo suelto, aunque yo diría que un poco despeinado y alborotado. Madison se colocó tumbada en el suelo y esperó a que la música sonara. Antes de que lo hiciera, miró directamente al público y paseó la mirada en busca de alguien que no pude ver desde mi posición.

En cuanto escuché el primer acorde, ella empezó a moverse con delicadeza. Todo fue bien, perfecto, hasta que a mediados del baile ocurrió lo peor: Maddie se quedó quieta en seco después de hacer correctamente un giro o eso me dijo Hayley con admiración. Al principio pensé que era parte de la coreografía, pero al escuchar cómo Hannah preguntaba “¿Pero qué está haciendo?” supe que algo malo le pasaba. La cara de mi chica fue todo un poema y, cuando salió de ese estado de congelación, las lágrimas empezaron a empapar sus mejillas y sus pies empezaron a correr fuera del escenario.

Todos los del grupo estábamos estupefactos y sin saber muy bien qué había pasado al principio. Cuando por fin pude asimilar que Madison se había quedado en blanco en su presentación, Hannah estaba enervada.

—¿Qué ha hecho? —repetía una y otra vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a su vez una de las madres de las niñas con asombro.

—¡Es imposible! —dijeron las niñas.

Yo seguía sin salir de mi estado de asombro. Ahí fue cuando decidí que ya era hora de que me dijera qué le pasaba, por qué estaba tan mal y qué era aquello que le preocupaba tanto como para provocar que en una puesta a escena, a pocas semanas de los Nacionales, se quedara bloqueada en el escenario.

Era hora de que supiese la verdad.

Toda.

No permitiría que eludiera el tema de nuevo o que me ignorara.

Me levanté de ahí y salí del auditorio repleto de personas mientras una chica, creo que era Kiara, hacía su presentación a la perfección. Salí al pasillo y avancé por el *backstage* con un único objetivo: ayudar a aquella persona que lo era todo para mí.

Capítulo 33

Eric

La divisé en uno de los tanto pasillos, corriendo hacia lo que parecía la salida trasera del edificio.

—¡Maddie! —grité con fuerza, pero, al parecer, no llegó a escucharme.

Siguió avanzando a toda pastilla por el corredor sin mirar a atrás. Me apresuré y llegué justo después de que atravesara las grandes puertas de cristal. Escuché un sollozo y la vi.

Se había sentado en las escaleras de piedra colocándose el vestido de tal manera que no se le viera nada.

Estaba de espaldas a mí, pero sabía que estaba llorando a lágrima viva por las convulsiones y los sollozos contenidos. Me mataba verla así. Preferiría que me amputaran un brazo antes que verla así de derrotada de nuevo.

—¿Por qué todo me sale mal? —se preguntó con rabia, golpeando con fuerza el suelo con los pies y las manos. Resopló, frustrada por todo lo que había pasado.

Me senté a su lado en silencio. Con delicadeza le cogí la mano izquierda y le acaricié el dorso de la mano trazando pequeños círculos. Al notar aquella caricia, giró lentamente su rostro hacia mí y una máscara de horror se dibujó en él.

—Eric... —Su voz era ronca, sus mejillas estaban sonrosadas por las lágrimas y sus ojos, enrojecidos e hinchados. A pesar de todo, estaba hermosa—. ¿Qué... qué ha... haces a... aquí?

Empecé a acariciar su pelo con tranquilidad, posando un beso delicado en la coronilla.

—Shhh —la intenté tranquilizar, ya que no había dejado de derramar lágrimas en ningún momento—. Tranquila, Maddie. Descárgate.

La abracé con fuerza. Noté cómo se derrumbaba entre mis brazos, cómo gritaba de rabia e impotencia.

Sin lugar a dudas, cada día me gustaba más esa chica y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para hacerla feliz.

—Tranquila, amor —intentaba que se relajara.

—¡No puedo creer que me haya quedado en blanco! —exclamó—. Es inaceptable. Hannah me va a matar, he cavado mi propia tumba. Seguro que me echa del equipo —decía sin dejar de hipar.

No pude soportarlo más. La alejé de mí y la miré a los ojos.

—Escúchame, Maddie. —Le limpié las lágrimas del rostro—. Te conozco. Sé que eres una bailarina ejemplar, que metes horas como nadie lo hace, que eres perfeccionista en todo lo que haces y que, por encima de todo, amas el baile. Es por eso que sé que Hannah ni te va a matar ni te va a echar del estudio ni del equipo sénior.

Madison temblaba. ¡Temblaba! Había perdido toda esa seguridad en sí misma gracias a esa dichosa presentación.

—¿De veras lo crees? —preguntó con apenas un hilillo de voz, con un deje esperanzador.

—No solo lo creo, lo sé. No sé lo que ha pasado para que te quedes en blanco delante de cientos de personas, pero intuyo que te ha tocado profundamente, ¿me equivoco?

Negó con lentitud. Sus ojos se nublaron y más lágrimas amenazaron con escapársele de los

ojos. ¡Oh, no!

Había metido la pata de nuevo.

—Es solo... Todo esto...

Madison apenas era capaz de decir una frase coherente. Sabía que aquello que la preocupaba era importante; en caso contrario, no estaría tan desequilibrada. Estaba abrumada, lo veía en su manera de actuar.

—Maddie, puedes confiar en mí y contarme todo. No te voy a juzgar y mucho menos te voy a reprochar algo, ¿me entiendes?

Su mirada se perdió en el horizonte sin posarla en ningún sitio. Parecía perdida, ida, sin rumbo fijo. Era un manojo de nervios que no había dejado de temblar. Era muy preocupante.

—Lo entiendo, pero esto... esto es demasiado. Agh —bufó—, ¿por qué ha tenido que venir Christina justamente hoy?

Giré su rostro y la obligué a mirarme. Todo eso era muy confuso y lioso.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —Elevé una ceja sin entender lo que estaba pasando realmente.

Tragó saliva con fuerza y dijo con voz temblorosa:

—¿Te...te acuerdas de que el ju...jueves te estuve ayudando con las mate...matemáticas? — Me miró con el rostro surcado de lágrimas. Asentí con la cabeza con cautela sin apartar la mirada de ella. Estaba preocupado. Suspiró sonoramente—. Pues... Resulta que... escuché... escuché... escuché...

—¿Qué escuchaste, amor? —la apremié.

Tomó una gran bocanada de aire en un intento por tranquilizarse y continuar hablando.

—Escuché cómo tu madre y... y Christina hablaban en la cocina. No sé exactamente de qué estaban hablando, pero en un momento dado Christina dijo que... dijo que yo... yo era... su sobrina.

Rompí a llorar de nuevo y yo la envolví de nuevo entre mis brazos. Todo era tan extraño de repente. No sabía que Christina tuviese una sobrina y mucho menos me habría imaginado que Madison lo sería. Ahora entendía por qué la amiga de mi madre había insistido tanto con Madison y por qué mi novia había estado actuando de forma tan extraña hasta el punto de quedarse en blanco en el escenario. Joder, todo eso era muy sorprendente.

—No tiene sentido —escuché que decía entre mis brazos sin dejar de sollozar.

Depositó un beso dulce en la parte alta de su pelo, aspirando esa fragancia tan única que ella desprendía, una mezcla de lirios y gardenias.

—Shhh —intenté calmarla.

—Es que no lo entiendo —seguía diciendo ella—. Se supone que aquellos que me crearon me... abandonaron en el Moonlight. ¿Por qué ahora Christina quiere recuperarme?

—Tranquila, amor.

Ella se separó de mí y me fulminó con la mirada, aunque teniendo en cuenta que estaba llorando a mares y que tenía las mejillas sonrojadas e irritadas por el llanto y los ojos hinchados y enrojecidos... Bueno, solo diré que no fue muy amenazante que digamos.

—¡Nunca le digas a una chica que se tranquilice cuando está histérica! ¡Eso solo nos pone todavía peor! —exclamó golpeando mi pecho con fuerza sin llegar a dañármelo.

Sonreí.

—Eso es, amor, descárgate —la apremié.

Sollozó de nuevo y por su mirada supe que se arrepentía de lo que había hecho.

—Lo siento, lo siento mucho. —Intentó calmarse de nuevo, pero le fue imposible—. Me

duele mucho.

Siendo sincero, estaba molesto y enfadado con mi madre por haberme ocultado algo tan importante como aquello. Conocía a Christina desde siempre y estaba convencido de que ella era incapaz de darle la espalda a alguien, sobre todo si se trataba de un familiar suyo. Ahí había gato encerrado y estaba seguro de que Madison se merecía saber la historia completa de los hechos.

—¿Quieres que te dé un consejo? —pregunté alejándola a regañadientes de mi cuerpo.

—Ajá.

—Deberías hablar con ella. Creo que te mereces saber de boca de ella por qué te dejaron sola en el Moonlight.

Apartó la mirada durante unos breves instantes en los que miró el paisaje, pensativa.

—Eso era lo que yo había pensado. —Volvió a mirarme—. Pero me temo que no tengo el valor y las fuerzas necesarias como para enfrentarla en estos momentos. Necesito tiempo para asimilar todo lo que ha pasado y armarme de valor.

—Lo comprendo, pero deberías de decirle al menos que sabes la verdad. —Sequé un par de lágrimas que descendían por su mejilla con mis labios.

—Yo también creo eso, pero...

—...no estás preparada —terminé la frase por ella.

Sonrió y se limpió el rostro con el dorso de la mano. El maquillaje se le había corrido debido al llanto y en esos momentos parecía un oso panda. Era chistoso y no pude contener la risa.

—¡No tiene gracia! Debo estar horrible.

—No, qué va —mentí—. Pareces un osito panda.

Me sacó la lengua y se levantó de las escaleras. Se sacudió el vestido a pesar de que no tenía ni una sola molécula de suciedad.

—Será mejor que volvamos. Es hora de sufrir las consecuencias.

—¡Qué pesada eres con eso, Maddie! ¿Qué parte no entiendes de que no pasa nada? Quedarse en blanco o bloquearse es algo que le pasa a todo el mundo.

—Sí, pero no a una bailarina profesional. Se supone que debería de haber actuado con madurez. Joder, ¿qué clase de ejemplo les estoy dando a mis alumnos?

Llegamos al pasillo y la acompañé hasta los vestuarios.

—Créeme, eres un modelo a seguir para todos ellos, sobre todo para Hayley. Estoy seguro de que comprenderán que no recordar el baile es algo que a todo el mundo le pasa por lo menos una vez. No te tortures con eso.

Suspiró.

—No puedo evitarlo.

Al llegar a la entrada de los camerinos del equipo de Hannah, nos detuvimos. Le di un gran abrazo para transmitirle toda la confianza que sentía y, antes de que se fuera, le di un gran beso en los labios, como en las películas. La cogí de la cintura y pegué mi boca a la suya con pasión y fervor, aunque poco a poco ese deseo se convirtió en cariño, suavidad, tranquilidad y amor.

—¿Puedo entrar y ayudarte a cambiar? —pregunté juguetón.

La mirada que me lanzó ella fue heladora y terrorífica, muy similar a la que nos lanzó cuando bailó por segunda vez su solo *The Killer*. Debía admitir que me había dejado asombrado y boquiabierto a pesar de que fue la segunda vez que vi aquella coreografía. Era admirable que fuera capaz de hacer aquello.

—Prometo que solo ayudaré —insistí. Sabía que no me dejaría entrar, aunque deseaba ver cómo se preparaba.

—Sí, ya. Y nos mirarás las bragas y el sujetador también. ¡Qué pervertido eres a veces! —se

burló.

—Pero me quieres igual. —Sonreí de lado y ella hizo lo mismo.

—Debo irme —dijo con pena.

La acerqué de nuevo a mí y apoyé las manos en su trasero para darle un último beso profundo antes de separarla y decir:

—Mucha suerte, amor. Sé que serás espectacular. —Le guiñé un ojo y antes de que se fuera, le di un último beso.

Madison

Cuando entré en la estancia que nos habían cedido para que todas las participantes del estudio pudiésemos vestarnos, todas las miradas se dirigieron a mí. Todavía me sentía avergonzada por todo lo que había pasado. En mi opinión, era inaceptable que una bailarina de tal profesionalidad se quedara en blanco.

—Maddie —dijo Sarah en un susurro acercándose a mí.

Me adentré más en la sala y me acerqué a Hannah cabizbaja, esperando una buen riña por su parte.

—Lo siento... —empecé a disculparme, pero ella me calló alzando una mano.

—Escúchame, Maddie —pidió—, sé que en estos momentos te has de sentir humillada...

—Ajá. —Era exactamente como estaba en esos momentos.

—...Pero debes de saber que pese a todo, sé que esta semana has estado sometida a mucha presión.

Tengo entendido que has empezado los exámenes finales, los más duros de todo el curso, y sé que estás en una etapa difícil. Por eso te pido que no te tortures mentalmente, porque te conozco, te recuerdo que te he visto crecer y que el estudio es como tu segunda casa, y sé que en estos momentos lo que estás es enfadada contigo misma, decepcionada más bien. Es normal que en esta etapa sientas tanta presión: por los exámenes, por el futuro... Así que no debes de avergonzarte por lo que ha pasado, ¿entendido? —Eso era fácil decirlo, pero la realidad era muy diferente—. ¿Entendido? —preguntó de nuevo alzando más la voz.

—Sí, Hannah.

—Bien, en ese caso empieza a prepararte. El número grupal es en menos de media hora.

Obedecí sin rechistar. Después de quitarme el vestido anterior, me puse la prenda roja carmesí con toques negros en la falda. La parte de arriba se ajustaba perfectamente a mi cuerpo mientras que la falda era muy pomposa. En la cintura llevaba un cinturón hecho de cartas sacadas de una baraja. Como peinado, me dejé el cabello suelto, rizado y salvaje, y me puse una corona del mismo color que el vestido.

—Déjame, te ayudo —dijo Sarah cuando estaba empezando a maquillarme. Se sentó delante de mí y empezó a aplicarme con sutileza el colorete en las mejillas después de haberme aplicado la base de maquillaje—. ¿Qué ha pasado ahí arriba?

Cogí el lápiz de ojos y empecé a delinearlos: primero uno y después el otro. Era una forma de hacer tiempo, de pensar en qué decirle, pues estaba claro que debía contarle la verdad. Ella, al igual que Lea, se lo merecía. Tal y como nos prometimos hace años, estaríamos en las buenas y en las malas, pasase lo que pasase.

Así que muy a mi pesar y asegurándome de que nadie más nos oía, le narré todo lo que había pasado el jueves de esa semana sin saltarme ni un solo detalle. El rostro de mi amiga pasó de la preocupación al asombro cuando le solté aquella bomba de palabras.

—Así que... —empezó a decir—. ... Tienes una tía.

—Sí —suspiré.

—¡Eso es fantástico! —La miré con horror, sin verle el lado bueno al asunto. ¿Qué tenía de fantástico eso?—. A ver, Maddie, no me mires así y ponte recta que si no, no puedo aplicarte bien la sombra de ojos.

—A sus órdenes, mi teniente —me burlé de ella poniéndome como ella me había pedido.

—El caso es —dijo al tiempo que untaba el pequeño broche en la pintura— que es una buena noticia. No sé, llámame loca, pero yo creo que si ella quiere que tú sepas la verdad, es porque está interesada en que formes parte de su vida. En caso contrario, se habría alejado de ti.

Eso, debía admitirlo, tenía sentido. Porque si en realidad ella no estuviese interesada en conocerme, ¿por qué había hablado con Jane de todo este asunto? Debía decir que había ciertas cosas que se me escapaban de las manos y que me gustaría saber, como por ejemplo ¿por qué en ese momento, después de diecisiete años, había aparecido en mi vida y por qué no antes? Buff, esa información estaba por encima de mis posibilidades.

Sarah terminó de ayudarme y, una vez acabado su trabajo de maquilladora, fui hacia el lado en donde estaba el resto del equipo sénior, junto a Connor y a Wyatt, ensayando el número. Así fue cómo pasé el resto del tiempo hasta que Hannah nos dijo que ya era la hora de ir hacia el escenario.

Juntos recorrimos el mismo pasillo que había recorrido la vez anterior. Sentía el peso de la mirada del resto de los demás participantes, como si lo que acababa de ocurrir hacía menos de una hora fuera una tremenda decepción para ellos. Vamos, no estaba ahí para dar pena a la gente.

Pasamos detrás del escenario y nos colocamos en nuestras posiciones, esperando nuestro turno.

—Vamos, chicos, nosotros podemos machacar a Summer —nos animó Susana.

Empezamos a hacer el ritual que siempre hacíamos en los concursos. Primero, hicimos un corro y saltábamos a la pata coja hacia la derecha. Después, sacudíamos nuestro cuerpo con fuerza como si nos estuviera dando un ataque de convulsiones. Por último, formábamos una gran piña y nos dábamos un abrazo de oso.

—¡Podemos! —gritamos al unísono, incluido los dos chicos.

—A continuación, en la categoría sénior de baile grupal, démosles la bienvenida al número setenta y siete bailando *The Red Queen* —escuché por los altavoces.

Primero salieron Sarah y Wyatt envueltos en una ola de aplausos y, segundos después de que la música empezara a sonar, salió el resto del equipo menos yo. Esperé hasta el cambio en la melodía para entrar, en donde salí con muchos aires de grandeza y suficiencia, y una expresión seria en el rostro. Me ceñí a la coreografía y lo hice lo mejor que pude.

Adoraba ese baile, ya que en él tenía que hacer muchas acrobacias y, siendo sincera, solo en un puñado de coreografías podía hacerlas. Así que cuando Hannah diseñaba algo de ese estilo, lo disfrutaba al máximo.

Fue así cómo hice los treinta segundos de dueto con Connor y el resto del tiempo que duró la música. Me sentí llena de orgullo cuando el número finalizó y cuando todos salimos de ahí. Una vez fuera, volvimos a juntarnos en un gran abrazo.

Todo el domingo estuve repasando para los exámenes con los que tendría que lidiar la semana entrante.

Salimos de Idaho a primera hora y no solté los libros en todo el viaje, al igual que el resto del

equipo sénior que, a pesar de estudiar en distintos centros, ese año nos habían coincidido los exámenes.

—No puedo más —suspiró Sarah derrotada cuando faltaba poco más de media hora para llegar al centro de baile una vez pasada la hora del almuerzo.

—Exagerada —me burlé sin alzar la mirada del libro de literatura.

Mi amiga me miró y, con gesto dramático, se dejó caer en el asiento vacío que había a mi lado.

—Va en serio. Te juro que me va a explotar la cabeza de todo lo que sé. Pregúntame lo que sea y te lo vomito palabra por palabra. Te lo juro.

Sonreí con comprensión.

—Quiero que sea miércoles para que esta mierda de tortura se pase de una vez —me quejé e intenté relajar los hombros que, sin que yo fuera consciente de ello, se habían tensado.

—Tú por lo menos acabas el miércoles. Pero nosotras —dijo al mismo tiempo que señalaba al resto del equipo— terminamos el jueves. ¡Qué asco de vida la del estudiante! Tengo ganas de que termine de una vez y poder dedicarme al baile en cuerpo y alma.

Sarah había decidido desde hacía unos años que quería ser bailarina profesional y dedicarse de lleno al mundo del espectáculo. Ella era una chica muy trabajadora, pues le costaba muchísimo superar la media requerida para competir. En alguna ocasión me había visto obligada a pasar días enteros explicándole hechos que ella no entendía.

Al principio yo también quería hacer lo mismo que ella, pero tras sopesarlo detenidamente me había dado cuenta de que, por si acaso, debería estudiar una carrera universitaria. La carrera que más me había llamado la atención había sido Educación Primaria, pues siempre había disfrutado de ayudar a mis hermanos más pequeños con sus tareas.

—Dímelo a mí que todavía me quedan cuatro años más de estudios. —Sonreí.

Suspiró.

—Buf, no sé cómo eres capaz de seguir con tus estudios teniendo una carrera deslumbrante como bailarina.

Puse los ojos en blanco. Ya volvíamos con el tema. El asunto era que cuando yo decidí estudiar en la universidad por si en el futuro no podía ganarme el pan de cada día con el baile, Sarah había insistido en que lo mejor sería dejarlo. Yo me negué en rotundo, obviamente. Mi media era una de las mejores de mi promoción, por no decir la mejor, y, además, no quería desaprovechar todos el esfuerzo que había hecho ese año para entrar en la universidad. También estaba el hecho de que no me importaba estudiar, ya que disfrutaba de adquirir nuevos conocimientos.

—Imagina que, por cosas del destino, debo dejar de bailar, quiera Dios que no pase. ¿Qué haría en ese caso? ¿Cómo saldría adelante?

—Muy fácil, podrías seguir trabajando para Hannah.

Esa sería una buena opción que no había tenido en cuenta cuando tomé aquella decisión, pero que tampoco me echó para atrás. Amaba dar clases de baile, pero disfrutaba más de recibirlas. Me encantaba crear las coreografías y que estas pudieran ver la luz, pero aun así prefería seguir estudiando.

—Eres consciente de que no me vas a convencer de lo contrario, ¿verdad?

—Créeme, Maddie, sé lo terca que eres a veces. Cuando decides hacer algo, lo haces pase lo que pase. Yo solo digo que... —Pero no la dejé continuar. La verdad era que hablar de ese tema ya me cansaba.

Siempre era lo mimo.

—No insistas, Sarah.

Ella resopló, pero no dijo nada más, cosa que agradecí profundamente.

Pronto llegamos a nuestro destino y, tras bajar del vehículo y coger nuestras maletas, cada uno se fue por donde había venido.

Al entrar en el Moonlight, Kevin y yo fuimos recibidos con una gran oleada de aplausos. A mi lado, el niño hice una ostentosa reverencia y yo hice una pose de lo más chistosa.

—¡Bienvenidos! —gritaron todos y nos juntamos a modo de piña.

En seguida empezaron a preguntar por el concurso. “¿Qué tal ha sido?”, “¿Cómo habéis quedado?”, “¿Ha pasado algo interesante?”. Esas fueron las preguntas que más abundaron.

—Primero, sí, los niños han ganado —empecé a responder.

—Segundo —continuó Kevin—, Anna y Rachael han quedado en primera posición en la categoría de duetos y Emily y Hayley, en el segundo lugar.

—Por último, el solo de Amy ha quedado primero y el de Mia en quinta posición. Así que no puedo estar más orgullosa de mis niños —dije mientras atraía al pequeño hacia mí y le daba un achuchón ocasionando que el resto riera.

—Maddie, por favor, que ya tengo diez años —se quejó él.

Le agarré de los mofletes y los pellizqué con ternura.

—Hazme caso, aunque tengas diecisiete años, siempre serás un niño para ellos —le susurré para que el resto no nos oyera y señalé con la cabeza a Kara y a Álvaro para que supiera de quiénes estaba hablando.

—Jo.

—¿Y las sénior? —preguntó Maya agrandando sus grandes ojos marrones.

Torcí la boca recordando el desastre de mi solo.

—Pues... El baile grupal ha quedado primero, seis puestos por delante de los bailarines de Summer —dije con orgullo al recordar lo mucho que había gustado esa coreografía.

—Sarah ha quedado segunda con su solo —les informó el niño.

Lea, quien se había quedado esa semana para estudiar para los exámenes finales, me miró con satisfacción. Ay, amiga mía, qué equivocada estabas.

—¿Eso quiere decir que has ganado de nuevo? —preguntó Owen con ilusión.

Negué con la cabeza con pena y pesar, siguiendo molesta conmigo misma por cometer semejante error.

—Por desgracia, debo admitir que Kiara quedó primera.

—¡Lo que nos faltaba! —Mi amiga bufó con desesperación. En efecto, Kiara había tardado poco más de dos segundos para meterse conmigo y regodearse delante de todos sin ningún pudor. Me había dicho lo patética que era y el ridículo monumental que había hecho delante de todos.

—¿En qué posición has quedado? —preguntó Kara al ver que no lo decía.

—En ninguna —solté al fin tras tomar una gran bocanada de aire.

Todas las miradas se posaron en mí sin comprender muy bien cómo era eso posible. Yo todavía seguía dándole vueltas al asunto. Sabía cuál había sido la razón de que me quedara helada en el sitio sin poder moverme, como si tuviese un ancla en los pies, y que hubiese olvidado por completo mi solo. No sabéis la rabia que sentí al pasar unos segundos después de que saliera huyendo del escenario, cuando recordé los pasos. Me sentía una inútil y gracias a Eric pude pensar con más claridad.

—¿Qué... Qué ha pasado? —preguntó Dani con temor.

Solté un suspiro apenas imperceptible.

—La verdad es... —Aparté la mirada avergonzada—... que me he... quedado en blanco. —Silencio. Posé la mirada de nuevo en ellos y vi con horror que me miraban con una expresión de lástima y preocupación en sus rostros—. ¡No me miréis así, por favor! Bastante vergüenza he sentido ya.

Pero no surtió efecto. Así que hice lo único que creí que me ayudaría a relajarme. Cargando la maleta, subí a mi habitación y cerré la puerta. Me dejé caer sobre la cama y cerré los ojos con fuerza.

No supe que me había quedado dormida hasta que me desperté unas horas después. Al principio pensaba que solo habían pasado unos minutos, pero tras comprobar la hora en el despertador, me levanté y, cogiendo todos mis apuntes, fui a la sala de estudio y me puse manos a la obra para sacar adelante lo poco que quedaba de curso.

Los días fueron pasando y muy pronto me encontré entregando mi último examen, el de matemáticas.

Había estado chupado, era demasiado sencillo para ser cierto. Incluso un niño pequeño habría sabido hacer las operaciones. Por favor, ¿tan tontos pensaba que éramos el señor Gold? Pero, claro, no todos pensaban lo mismo.

—Ha sido el examen más difícil de la historia —se quejó John nada más sentarse en la mesa del comedor junto a Lea. Intenté ocultar una sonrisita de sabionda y continué con mi almuerzo.

—No ha estado mal. Creo que podré ceñirme a mi media —dijo Lea. Todos sabíamos que ella no era tan buena en esa asignatura como en geografía, por ejemplo.

Divisé a Eric en la entrada y cuando nuestras miradas se conectaron, dibujé una sonrisa en mis labios y todo a mi alrededor desapareció cuando él me devolvió el gesto y alzó la mano para saludarme. Se colocó en la fila y esperó su turno con paciencia.

—Pues yo creo que iré a extraordinaria —nos dijo Caden un tanto preocupado.

—Jo, tío, qué optimista.

—Es la sensación con la que he salido del examen, John. Ha puesto lo más difícil de todo.

Sentí que alguien se sentaba a mi lado y cuando el intruso me acarició el dorso de la mano con ternura, supe quién era por la ya cotidiana corriente eléctrica me recorrió el cuerpo entero. No había que ser muy listo para saber que Eric se encontraba a mi lado.

Giré la cabeza y lo vi. Ahí estaba, tan guapo y perfecto como siempre. Llevaba el cabello rubio engominado hacia un lado y una sombra de barba le cubría la mandíbula dándole un aire sexy. Ese día llevaba una camisa blanca que le marcaba cada músculo con las mangas remangadas hasta los codos y un vaquero. Sonreí de lado pensando en la suerte que tenía de tener un novio tan atractivo.

—¿De qué habláis? —preguntó él sin soltarme la mano.

—Del maldito señor Gold —respondió Jack.

—¿Qué tal os ha salido este último examen? —preguntó tomando un buen trago de su botella de agua.

—Mal.

—Bien, más o menos.

Me quedé callada y recé para que Eric no se hubiese dado cuenta de que yo no había respondido a su pregunta. Mientras que Ethan, John y Lea pensaban que tenían posibilidades de aprobar, el resto creía que iban a suspender.

—¿Y tú, Maddie?

—¿Eh? —Lo miré sin comprender.

Puso los ojos en blanco para después mirarme como diciendo: “Sabes perfectamente de lo que estamos hablando, así que no te hagas la tonta”.

—Vamos, ¿qué tal te ha ido en la cámara de la tortura?

Solté una serie de carcajadas. La “cámara de la tortura”, como lo había llamado Eric, era la sala en donde hacíamos todos y cada uno de los exámenes. Se supone que al principio del curso nos asignaban un sitio que debíamos ocupar durante todo el año. Como los profesores se fiaban tanto de mí, ese año me había tocado en un sitio privilegiado, en la última fila junto a una de las estufas y a una de las ventanas.

—Bien. —Me encogí de hombros quitándole importancia. No quería alardear diciendo que había posibilidades de superar la media del año pasado en matemáticas.

Pero, claro, el resto de comensales no entendió lo que quería decir. Me miraron alarmados y asustados a la vez.

—Estamos jodidos —dijo Ethan.

—Si a ti, señorita *saco dieces* —dijo Jack haciendo comillas con los dedos para recalcar esas dos palabras—, te ha salido solo bien, ¿qué posibilidades tendremos el resto de aprobar?

Puse los ojos en blanco. En fin, esos chicos se estaban ahogando en un vaso de agua.

—Tranquilidad, veremos los resultados la semana que viene.

Después de la comida, Eric y yo tuvimos nuestra primera cita tras el periodo de distanciamiento. Me llevó a una heladería que había cerca del Kensington y que era una de las mejores de la ciudad. Estando dentro del local, me era imposible decidirme entre los múltiples sabores de helado. ¿Qué debía hacer? ¿Bizcocho y menta? No. ¿Fresa y mojito? No, por supuesto. ¿Tutti frutti y chocolate? No, no me apetecía. Entonces, ¿cuál? ¡Qué difícil decisión!

—¿Qué desean? —nos preguntó el camarero sonriendo de forma simpática.

Volví a mirar la carta.

—Yo quiero... mmm... Una copa de helado.

El camarero tomó nota del pedido. Era unos años más mayor que nosotros, pero solo unos pocos. Tenía la frente ligeramente perlada de sudor debido al día caluroso que hacía y, por ello, varios mechones castaños se le pegaban al rostro.

—¿Qué sabores quiere? Puede elegir tres.

—Mango, kínder y oreo.

Apuntó en la libreta mi pedido y antes de centrarse en Eric me regaló otra sonrisa.

—Yo quiero —dijo Eric con un tono más fuerte de lo debido, llamando la atención del chico— un batido de chocolate.

—Bien, ahora mismo os lo traigo. —Terminó de anotar todo y se fue a la cocina para dejar nuestro pedido.

Eric no apartaba la mirada de él. Tenía el ceño fruncido y había achinado los ojos como si estuviese intentando fulminarle con la mirada y clavarle puñales invisibles sobre su espalda.

—Eric, ¿estás bien? —Alargué una mano y le di un suave empujón.

Dejó de mirarle para prestar su atención en mí.

—No me ha gustado cómo te ha mirado, como si te estuviera devorando con la mirada.

Negué con la cabeza sin entenderle.

—No sé a lo que te refieres. —Me encogí de hombros.

Él me sonrió de esa manera tan suya que provocaba que me derritiera por dentro.

—A veces olvido lo inocente que eres. —Lo miré sin entender y le pedí que por favor se explicara—. Ese tío te estaba tirando los tejos, aunque no me extraña, la verdad. Eres la chica

más hermosa de este local —dijo y me guiñó un ojo.

—Y eso te ha puesto un poco celosín.

Se señaló y me miró con incredulidad.

—¿Yo? ¿Celoso? Nunca. ¿Por qué debería estarlo? Ese chico no me llega ni a la suela de los zapatos.

Apoyé los codos en la mesa y la cabeza en las manos para mirarlo mejor. Mis comisuras de los labios se elevaron en una sonrisa divertida que no pude evitar esbozar. Me divertía el hecho de que Eric se sintiera celoso. No me engañaría con esa fachada falsa de seguridad, sabía que muy en el fondo se sentía inseguro de perderme. Lo mismo me pasaba a mí. A veces pensaba que todo eso era demasiado bueno para ser cierto y que esas historias de amor solo ocurrían en los libros.

—Aquí tenéis lo que habéis pedido —dijo el chico que nos había atendido antes. Dejó las cosas sobre la mesa y se fue sin perder en ningún momento la sonrisa de los labios.

—Ya no lo aguanto más —dijo Eric con un matiz de frustración. Me atrajo hasta él y me dio un beso que reflejaba posesividad. Cuando me aparté de él, puse los ojos en blanco.

—Y luego dices que no estás celoso. —Aquello había sido todo lo contrario a una persona que no estaba celosa. Parecía que estaba dejando la marca de su territorio. Suspiré. A veces mi novio era de lo más neandertal y primitivo.

—¡Que no estoy celoso!

Solté una risita y metí la cuchara en la gigantesca copa de helado que me habían servido. Los primeros minutos los pasamos en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos pero sin dejar de mirar al otro. Saboreé el sabor dulce de mi helado.

—¿Qué tal te ha salido mate? —pregunté para romper aquel silencio.

Sonrió con orgullo y satisfacción, algo que nunca le había visto hacer cuando habíamos hablado de las otras asignaturas.

—Creo que podré aprobarlo.

—¡Eso es estupendo! —exclamé esbozando una sonrisa de oreja a oreja, alegre con que hubiese salido contento del examen.

Me guiñó un ojo sin borrar su sonrisa de lado.

—Qué puedo decir. He tendido a la mejor profesora del universo. —Sin previo aviso me dio un casto beso en los labios y, cuando se separó, se los relamió—. Mmm, mi sabor favorito.

Sentí que mis mejillas ardían por lo que había dicho. Comencé a jugar con el borde de la copa de cristal, nerviosa y sin saber qué decir. Nos sumimos en un silencio cómodo en el que no dejamos de mirarnos.

Hacía un día radiante de finales de primavera. Quedaba muy poco para que el verano comenzara y mucho menos para que nos dieran las vacaciones. La semana entrante era la última lectiva y el viernes sería la graduación y el baile. A decir verdad, estaba nerviosa por eso. Se suponía que el baile de la promoción debía ser un recuerdo bonito. Todas las chicas ya tenían pareja... menos yo. Por desgracia, nadie me había pedido que fuera con él. Lea, en cambio, iría con John. Todavía recuerdo cómo se lo pidió, semanas atrás. Vino al Moonlight con un gran ramo de flores y, después de pasar el interrogatorio de tercer grado de Álvaro, se lo pidió. Sin lugar a dudas, fue propio de un cuento de hadas y muy romántico.

Pasados unos minutos Eric miró la hora en la pantalla de su teléfono móvil y abrió los ojos de la impresión.

—¡Madre mía, es muy tarde!

Lo miré asustada pensando en que llegaba tarde al ensayo. Por eso miré la hora en mi reloj y

comprobé que Eric era un exagerado. Ni siquiera eran las tres.

—Tranquilo, me puedo quedar hasta las cuatro, lo sabes. —Lo miré con tranquilidad.

Él se puso nervioso de pronto, sin previo aviso. Me preocupé. Algo andaba mal, lo vi reflejado en su rostro. Evitó mi mirada y se fue a la barra a pagar. ¿Pero qué demonios le pasaba? ¿Qué mosca le había picado de repente?

Me levanté y dejé los dos vasos de cristal vacíos en la barra.

Una vez fuera, paré en seco y le obligué a mirarme.

—Eric, ¿qué pasa? ¿Por qué te has puesto tan raro?

—¿Raro? ¿Yo? No, es solo que... tengo que hacer unos recados para mi madre. Ya sabes, como hoy trabaja hasta tarde me tengo que hacer cargo de unas cositas.

—¿Ah, sí? ¿Quieres que pase por mi casa, coja la bolsa de baile y te acompañe a hacer esas cositas? —Sonreí recalcando la última palabra.

Me lanzó una mirada que no supe descifrar.

—No, Maddie, tranquila. Yo me encargo. —Me acercó a él y me dio un beso—. Te veo luego en el ensayo puesto que tengo que llevar a Hayley al estudio, ¿vale?

—Vale.

—Bien, adiós. Te quiero, preciosa novia.

—Y yo a ti también, príncipe encantador pero celosón.

Salí a correr un rato antes de ir al ensayo a pesar del calor sofocante que hacía en la calle. Había intentado convencer a Sarah y a Lea para que vinieran, pero ninguna de las dos quiso. Sarah dijo algo de que tenía que estudiar y Lea, que le daba pereza correr en un día tan bueno como aquel.

Así que ahí me encontraba media hora después, tomando un buen trago de agua mientras intentaba recuperar la respiración. El sudor me cubría por completo como si fuese una segunda capa de mi piel.

Me había aplicado crema solar, ya que los pantalones cortos y la camiseta sin mangas no me protegían mucho.

Había decidido ir a un parque pequeño al que solía ir con Sarah cuando salíamos juntas a correr los domingos. Era perfecto, pues tenía un sendero muy largo rodeado de árboles que proyectaban sombra durante todo un largo recorrido y, además, estaba a poco más de cinco minutos a pie del estudio.

Una vez hube recuperado todo el aire que había perdido y me hube hidratado bien, continué con la actividad física hasta que tuve que ir al estudio. Para cuando llegué, quince minutos antes de la hora, Sophia estaba en la entrada atendiendo a unos clientes. Me saludó con la mano y, acto seguido, me adentré en ese edificio tan maravilloso que se había convertido en un refugio para mí.

Como llegaba antes de tiempo, decidí darme una ducha rápida en los vestuarios de las niñas y cuando salí de ahí vestida con un pantalón de chándal y una camiseta ancha de una marca muy conocida, todavía no había llegado nadie. Lo normal, supuse. Todavía faltaban cinco minutos para que los niños llegaran.

Suspiré. Con la bolsa en mano, entré en la sala y me quedé petrificada al ver la escena que se desarrollaba en ella. Dentro estaban todos mis alumnos... y Eric.

—Sí, así, muy bien —le felicitaba su hermana por algo que no llegaba a ver.

—¿Creéis que le gustará?

—Claro que sí, a mi hermana le gustan mucho los dulces y... —Kevin calló al verme en la entrada. Eric me estaba dando la espalda, así que no pude ver muy bien lo que tenía en sus manos.

—¿Qué debería gustarme?

Se volvió y me mostró lo que traía entre manos. Me conmovió ver que eran dos cupcakes de chocolate en cuyo glaseado se podía leer: “¿Quieres ir al baile conmigo?”. Me emocioné, mis ojos humedeciéndose por las lágrimas, y mi garganta se cerró impidiéndome decir algo.

—¿Maddie? —Eric se acercó a mí y, al hacerlo, pude ver lo que al principio no estaba en mi campo de visión: una mesa llena de los mismos dulces pero de distintos sabores. Había de todas las clases y colores: con fondant, con glaseado, de un solo color, bicolor... incluso había uno que parecía un arcoíris.

Tenían una pinta estupenda. Ya estaba ansiosa por probarlos.

—¿Qué... Qué es esto?

—¿Sorpresa? —dijeron los niños con un matiz de pregunta, mirándome como si les hubiese pillado con las manos en la masa, cosa que había hecho sin lugar a dudas.

—Esto... —Sonrió—. Se suponía que iba a ser una sorpresa, pero te nos has adelantado. En fin. —Se arrodilló en el suelo como un caballero de reluciente armadura—. Maddie, me preguntaba si querías venir al baile de promoción conmigo. Sé que hemos pasado por muchas turbulencias estos últimos meses, pero, aun así, me gustaría que me hicieras el hombre más feliz del mundo acompañándome al baile del instituto.

La situación era muy romántica. Su propuesta era muy parecida a la de matrimonio, lo que hacía que todo fuese mucho más perfecto.

—Eric. —Acaricié su sedoso cabello con los dedos—. Sí, quiero ir contigo.

Feliz por mis palabras, me subió por los aires y dio un par de vueltas conmigo. Grité por la emoción y cuando me depositó en el suelo con suavidad, su mirada irradiaba amor por todas partes. Parecía que un haz de felicidad nos estaba envolviendo.

—¿Eso significa que no vas a hacer la coreografía que has estado ensayando estos días? —preguntó Emily.

—Shhh —la mandó callar él.

—Tienes que verlo, Maddie —insistió.

—Sí, no ha dejado de ensayar. Creo que he empezado a odiar esa canción —dijo Hayley mirando a su hermano fingiendo estar enfadada con él.

Él la miró con indignación, siguiéndole el juego.

—¿Por?

Se rió mirando a sus amigas.

—Por lo mal que bailas.

—Yo no bailo mal y te lo demostraré —se picó—. Apartaos y poned la música. Voy a enamorar de nuevo a mi amor.

—¡Puaj, qué empalagoso! —dijo Kevin. Uy, lo que le esperaba en la pubertad.

Me aparté y me senté en la zona en donde se encontraban los espejos. Los niños también se sentaron a mi lado y esperaron a que Kevin pusiese la música, una canción demasiado romántica y lenta como para que Eric pudiera bailarla.

Eric lo hizo de pena, eso había que admitirlo. Como coreógrafa y bailarina que era podía decir que en ese momento mi novio hizo que mis ojos sangraran por lo penoso que fue su intento. Eso sí, que lo intentara siquiera me llegó al alma y me conmovió como nada lo había hecho nunca. En ese momento supe que a Eric le importaba de verdad. Ese detalle, por muy mal bailarín que

fuera él, había sido perfecto.

Así que cuando ese chico terminó de bailar, aplaudí con todas mis fuerzas bajo la mirada de mis alumnos, los que no se podían creer que yo, su exigente profesora, estuviera alabando a alguien que tenía dos pies izquierdos.

—¡Bravo! Lo has hecho genial, cariño. —Le guiñé un ojo sin dejar de aplaudir.

—¿Esto va en serio? Pero si no ha seguido el ritmo —se quejó Kevin.

—Parecía un pato.

—A estas alturas ya nos tendrías dando vueltas sin parar al edificio si hubiésemos sido nosotros los que bailábamos —se quejó Anna.

Levanté una mano para hacerlos callar y me acerqué a un jadeante Eric que hacía una reverencia como si lo que acabara de hacer fuese lo mejor del mundo.

—¿Qué te ha parecido, amor?

Sonreí.

—Ha sido perfecto. Me ha encantado el regalo.

Verlo tan feliz me llenó por completo de dicha. Parecía mentira que hacía un año él y yo no pudiésemos vernos ni en pintura y que ahora él fuera mi pareja, una persona con la que yo en un principio no habría salido jamás, ni en sueños.

En lo que quedó de tarde no pude quitarme a Eric de la cabeza, ni la sonrisa de boba enamorada que se dibujó en mis labios. En parte fue a que asistió al ensayo de su hermana, pero además de eso mi relación con él parecía estar en boca de todos, pues mis amigas no dejaron de hablar de él. Cuando les dije que iría con él al baile de la promoción, se alegraron aún más.

Me sentía tan dichosa en esos momentos que me sentía optimista, creía que todos los problemas se podrían arreglar y que todo podría salir bien. Bullía en felicidad y me sentía dentro de una burbuja de alegría que nunca estallaría. Ese era el efecto que causaba Eric en mí y me gustaba. Esperaba que esa sensación no acabara nunca.

Capítulo 34

Eric

El olor a palomitas recién hechas inundaba por completo el salón de mi casa y las risas resonaban por toda la estancia. Era un día alegre para todos: se estrenaba el capítulo en el que Maddie aparecía y, debido a eso, habíamos decidido celebrarlo con los amigos.

Miré hacia mi lado derecho, en donde Wyatt, mejor conocido como Zanahorio, acariciaba con aire distraído a su novia mientras hablaba con Emma sobre algo. A mi lado había un asiento vacío, el que ocuparía mi chica, mientras que al lado de ese hueco se había sentado Lea junto a John.

—Chicos, traigo las palomitas —canturreó Madison mientras entraba en el salón con un bol humeante en las manos y sonriendo de oreja a oreja. Sabía que le había encantado la idea de hacer una pequeña fiesta en mi casa con nuestros amigos para poder ver la emisión de ese capítulo de *Secrets*.

Depositó el cuenco en la mesa de cristal y, segundos después, Sarah y Lea se lanzaron a él como si no hubiesen comido en años. Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de mi bella novia.

—Cuidado, están que arden —les advirtió antes de sentarse a mi lado. Pasé un brazo alrededor de sus hombros y la atraje hacia mí. El programa no había empezado, pero ya habíamos encendido la televisión—. Y luego me dicen a mí que soy una muerta de hambre —dijo esto último mirando a sus dos mejores amigas sin borrar esa sonrisita.

Acaricié un mechón de su pelo, enrosicándolo alrededor de mi dedo. Me encantaban sus rizos; en mi opinión, le daban un aire sexy cuando los llevaba, ya que, por desgracia para mí, casi siempre optaba por el pelo liso. Así le quedaba bien, pero con esos tirabuzones era una bomba de sensualidad femenina capaz de aniquilar a cualquier hombre, en especial a mí.

Pocos minutos después, Susana empezó a aplaudir diciendo.

—¡Ya empieza!

Todos centramos nuestra atención en la pantalla de la televisión, en donde se empezó a escuchar la melodía de la entrada de la serie. Debía admitir que yo me había enganchado a ella desde que comenzó a emitirse. No sabía explicar qué era lo que provocaba que no pudiera saltarme ni un capítulo.

La verdad, la trama te atrapaba de una manera sorprendente.

—Joder, Maddie, si no te tuviera a mi lado, habría jurado que estabas muerta —dijo Lea con estupefacción. Y no era de extrañar. Yo también lo habría pensado.

El caso es que cuando al principio encuentran el cuerpo sin vida de Lana, el personaje al que daba vida Madison, este parecía muy real. Estaba enterrado en el jardín de su casa, cubierto de mugre, pero, aun así, se veía rastros de sangre. Era escalofriante pensar que mi novia había sido esa persona en la serie.

—Fue divertido rodarlo. Eso que veis —dijo señalando la pantalla en el momento justo en el que sacan el cuerpo completo— es un muñeco con mi apariencia. Ahora, en unos momentos, se hace el cambio conmigo.

A medida que avanzaba el episodio, Madison nos iba contando alguna anécdota sobre lo

ocurrido en el rodaje. Las mejores escenas de ella eran cuando aparecía bailando en más de una toma, siendo todas ellas coreografías distintas.

—Tuve que aprenderme cinco bailes distintos de un minuto —dijo sin borrar esa sonrisa tan tierna que bajaba todas mis defensas y los ojos brillantes de la emoción.

—Es increíble lo bien que te sienta la televisión. —Le di un beso en la mejilla.

—Esa escena fue la más difícil de rodar. —Señaló por milésima vez la pantalla. En ella se mostraba una escena de ella en lo que parecía ser un instituto.

—¿Por qué? —preguntó Wyatt tomando un buen puñado de palomitas y compartiéndolas con Sarah.

Hizo una mueca de desagrado.

—Esperad y veréis quién aparece en pantalla en unos segundos.

Intrigado seguí mirando lo que pasaba en aquella escena y solté una tremenda carcajada al ver a aquella persona que ella tanto odiaba. ¡Cómo no! Solo ponía esa expresión de repulsión y molestia cuando su peor enemiga estaba presente o cuando hablaba de ella.

Así fue, en escena apareció nada más y nada menos que Kiara Snyder.

—¡No! —gritaron todas las chicas menos ella con disgusto—. ¡¿Por qué?! —lloriquearon.

Oí cómo resoplaba con fastidio.

—La vieron y cambiaron parte de la trama solo para que ella apareciera unos instantes.

Sabía que a mi novia le había molestado un poco eso. Ella no podía ver a Kiara ni muerta, la odiaba con todo su ser y, bueno, no era de extrañar, teniendo en cuenta que siempre que se veían la que empezaba habitualmente la batalla era Kiara. Eso sí, cuando ambas se topaban en algún sitio, se podía notar la tensión en el ambiente y cómo la tierra temblaba. Era curioso.

—La escena fue difícil de rodar —continuó explicando esa razón— porque ella y yo casi siempre acabábamos discutiendo. Al final hicimos un pequeño pacto para poder dejar nuestras diferencias aparte y continuar con nuestro trabajo con profesionalidad. Eso sí, nada más salir del set, ella ya volvía a ser la misma y arremetía contra mí, aunque, claro, yo no me quedaba atrás. —Suspiró y nos miró con culpabilidad—. Un día casi llegamos a las manos.

Ese pequeño comentario provocó que sus amigas rieran con fuerza.

—¿Por qué no nos extraña?

—Eso pasa casi siempre —dijo Emma secundando a Tamara apartándose un mechón de pelo castaño de los ojos y clavando su mirada marrón en Maddie. La susodicha se puso roja como un tomate, lo que la hacía verse, a mi parecer, más hermosa.

—Además, si no fuera por nosotras, está claro que eso mismo es lo que pasaría. —Esa fue Samantha, la que no pudo evitar soltar una risita.

El breve periodo de anuncios terminó unos instantes después. Cuando uno dice breve, se está refiriendo a casi diez minutos de publicidad sin descansos. No sé por qué decían esa frase tan conocida por todos: “Volvemos en un breve momento”. Estaba claro que los programadores y yo no teníamos el mismo concepto de esa palabra.

En fin, en la pantalla aparecieron de nuevo Madison y Kiara. Como era de esperar, la segunda se metía con la primera todo el rato, pero, a diferencia de la realidad, Madison no le respondía con ese desparpajo que la caracterizaba. No, ni de lejos. Se quedaba callada aguantando las burlas de su mayor enemiga. Supongo que debió ser un golpe muy duro para su orgullo tener que quedarse callada mientras ella no hacía otra cosa que insultarla.

Enseguida supimos que ella había sido la asesina, eso nos había quedado claro como el agua. Fue asombroso la manera en la que actuó, así visto parecía que era muy fácil cuando en realidad sabía que no lo era. Vamos, yo no sería capaz de hacerlo. Me entraría la risa floja y tendrían que

parar cada dos por tres por mi culpa.

—Mira, ese el lugar al que debería ir esa zorra —dijo Sarah señalando la escena que se estaba retransmitiendo por la televisión. Se suponía que al personaje de Kiara lo encerraban entre rejas de por vida por haber asesinado a la estrella del baile. No pude evitar reírme.

—Ojalá —suspiró Madison.

Pronto, la serie dio a su fin y la sala se llenó de aplausos hacia Maddie, la que sin pensárselo dos veces se levantó e hizo una gran reverencia, parecida a la que hacía al terminar sus solos, pero mucho más exagerada.

—Gracias, chicos, ya sé que soy fabulosa —dijo dándose aires de grandeza, apartándose el pelo de la cara en un intento de parecer sexy.

Todos reímos por su intento.

—¿Queréis que hagamos un duelo de karaoke? —preguntó Susana—. Mirad lo que he traído. —Sacó un disco, el último que había salido ese año.

Las chicas empezaron a suplicarnos que lo pusiésemos y nosotros tuvimos que aceptar. Así que inserté el disco en una de las tantas vídeo consolas que tenía en casa y saqué los micrófonos del armario que estaba debajo de la televisión y que se utilizaba para guardar toda clase de juegos y accesorios.

Las primeras dos canciones me lamenté profundamente de haberles dicho que sí. Emma y Sarah destrozaron las canciones. No sabéis lo mal que cantaban las muy condenadas. Emma desafinaba mucho y Sarah... bueno, ella parecía que estaba matando un gato cuando cantaba.

—Muy bien, cariño —la felicitó Wyatt. Sabía por qué lo hacía, para que su novia no se molestara. Creo que sabía que lo hacía muy mal y, debido a eso, lo exageraba. Era una hipótesis que tenía.

—Siguiente —dijo ella después de regalarle una gran sonrisa. Se acercó a él y se sentó a su lado, dándole un beso leve en los labios.

El siguiente fue John. Él no lo hacía tan mal. De todos los que estábamos en la sala fue el que mejor lo hizo hasta que le tocó el turno a Madison.

—Suerte, amor.

Recordaba perfectamente la primera vez que fui a una competición. Estábamos en el autobús privado y la vi cantando, más bien desafinando. Así que sabía que lo haría penosamente, como todos los presentes menos mi mejor amigo. Me equivoqué.

Cuando Maddie cantó las primeras palabras, sacó un vozarrón que no sabía que tenía y que me dejó con la boca abierta. Pero, pero... si ella cantaba muy mal. ¿Cómo era eso posible?

Hizo la canción casi a la perfección con su preciosa y melodiosa voz. Me dejó embobado y embelesado, sin poder apartar la mirada de ella. ¡Vaya! Esa chica era una caja de sorpresas. Cada día me sorprendía más y cada día la quería mucho más. Era mía como yo era suyo.

Acabé aplaudiendo el primero cuando terminó, diciendo lo bien que lo había hecho. Los demás se unieron a mí en el aplauso e incluso Wyatt y Ethan silbaron con fuerza.

Pasamos una tarde magnífica entre amigos, inigualable. Esperaba que pudiera repetirse de nuevo.

El lunes llegó como todos. Ese día nos darían las notas finales a los de mi curso y se notaban los nervios en el ambiente. Todos estábamos exaltados y ansiosos. Las clases se hicieron eternas. Mientras los profesores se despedían de nosotros y nos deseaban un buen verano a pesar de que les veríamos ese viernes en el baile, nosotros apenas les atendíamos. Se suponía que ese día era

el último del curso.

A penúltima hora nuestros tutores nos dieron los resultados.

—...Jasmine Davis —decía la señora Marshall y le entregaba el boletín dentro de un sobre blancos. Repitió el mismo gesto con los demás—. Daniel Moon..., Lea Moon..., Madison Moon. —Le tendió el sobre a mi chica y ella lo cogió con ansia. Mientras esperaba a que la tutora dijera mi nombre, vi cómo Maddie chocaba los cinco con Lea y sonreía de oreja a oreja al mismo tiempo que se llevaba las manos a la boca. Esa reacción significaba que podría ir a los tan ansiados Nacionales—... Eric Woods. Señor Woods. ¡Woods!

Salí de mi ensimismamiento a la vez que toda la clase se reía. Me levanté de mi lugar en la última fila junto a una de las pocas ventanas abiertas y avancé hasta llegar a ella, junto a la pizarra.

—A ver si estamos más atentos —se burló de mí provocando que el resto de la clase riera aún más fuerte.

—Sí, señora.

Una vez hube cogido las notas, me volví y me dirigí a mi asiento, guiñándole un ojo a mi novia, la que no había borrado esa sonrisa tan irresistible que tenía y que tanto amaba.

Mientras la señora Marshall continuaba dando las calificaciones, abrí el sobre con manos temblorosas rezando mentalmente por aprobar las matemáticas. Había salido con una sensación muy buena de ese examen y, al contrario que a principios de curso, me había resultado muy sencillo.

Tomé una gran bocanada de aire y saqué la hoja que estaba doblada por la mitad. Sin soltar el aire, la desdoblé y leí lo que ponía. Una sonrisa de alegría y alivio se dibujó en mis labios y, al instante, volví a respirar. ¡Había aprobado todas! Pero lo mejor era la observación que ponía junto a ese siete que pertenecía a aquella asignatura que me había costado Dios y ayuda superar: “Sus esfuerzos han sido muy notorios. Ha trabajado mucho durante el curso y no puedo estar más orgulloso de él. Espero que disfrute del verano, se lo merece”.

No dejé de sonreír en ningún momento.

Madison

En muchas ocasiones había sentido aquello que todos llamaban satisfacción. La primera vez fue cuando me permitieron competir. Otra de las veces, mi profesora de ballet, hacía ya muchos años, me dijo que estaba preparada para competir empleando ese estilo de baile y ahí fue cuando sentí una mezcla de orgullo y regocijo que nadie pudo aplacar, ni siquiera los nervios de esa primera competencia en ese estilo y el cuarto puesto que conseguí.

En ese instante no sentía satisfacción ni orgullo.

Alivio. En su estado más puro. Alivio por haber superado en dos décimas la media que estaba acostumbrada a sacar. Alivio por haber aprobado el curso. Alivio por saber que podría cursar cualquier carrera que quisiera... Pero, sobre todo, alivio por poder competir en los Nacionales e intentar quedar entre las cinco primeras para poder defender al país entero en los Internacionales.

Los Nacionales. Sonreí al pensar en la posibilidad, por remota que fuera, de quedar en una buena posición. Estábamos a últimos de mayo, lo que significaba que quedaba menos de un mes para aquel terrorífico y a la vez deseado concurso. Era tan importante que se retransmitía en la televisión, en el canal deportivo. Sería inmenso. Primero competirían las categorías inferiores a la sénior y, por último, nos tocaría a nosotras. Eran cinco días de sufrimiento y solo cinco bailarines competirían para poder defender a Estados Unidos en la categoría solista. También los

bailes grupales competirían entre sí para que los cinco mejores fueran también a los Internacionales.

Sería una temporada estresante. Ese periodo de tiempo empezaría la semana entrante, creo, después del baile de graduación.

—¡Mira, Maddie, he vuelto a sacar un nueve de media! —exclamó Lea mostrándome la hoja de papel oficial que le había entregado la señora Marshall.

Mi amiga era una de las personas más inteligentes del instituto. Sus notas no descendían del ocho y, por si eso fuera poco, era muy trabajadora y siempre intentaba dar lo mejor de sí misma. En ese aspecto ambas éramos iguales, aunque yo diría que yo era un poco más perfeccionista, sobre todo si se trataba de la danza.

—¡Eso está genial! Te lo mereces después de haber estado hincando los codos día y noche.

Sonrió con amplitud.

—Quería terminar con estilo. —Se encogió de hombros arrebatándome el trozo de papel de las manos—. ¿Qué me dices de ti? ¿Cómo te ha ido en esta última evaluación y en los globales?

Nos daban las notas de la última evaluación junto a las globales. Se suponía que la nota final era la media de todas las evaluaciones anteriores; en nuestro caso habíamos tenido tres, como era habitual en aquel instituto en donde había dejado los mejores años de mi vida y en donde había conocido a personas maravillosas que, aunque al principio había dado por sentado que serían opuestas a mí, había acabado queriendo.

—Mejor que en las anteriores.

—Lo que era difícil.

—Exacto. —La apunté con el dedo índice y le guiñé un ojo.

—¿Cuánto has sacado?

Le entregué la hoja y esboqué una sonrisita de sabionda, esa que muchos aborrecían. Lea la cogió y leyó el papel con detenimiento, aunque, a decir verdad, no había mucho que leer. En ella solo nos daban la nota de cada asignatura y la media tanto del curso entero como individual. En ese aspecto debía admitir que el curso había mejorado unas décimas, si bien la media apenas rozaba el seis.

Mi amiga abrió los ojos como platos y despegó su mirada del boletín para posarla en mí. No había borrado esa sonrisa de mis labios, pues me sentía llena de dicha.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo es que eres capaz de sacar estas notas y ser una bailarina profesional al mismo tiempo? Explícamelo, Maddie, porque no lo entiendo. Yo me paso muchas horas pegada a los libros para sacar esas notas, horas en las que tú, amiga mía estás entrenando. ¿Cómo lo haces?

Me encogí de hombros con aire desenfadado.

—¿Qué le voy a hacer si soy un cerebro andante? Me gusta estudiar y, debido a eso, en muchos de los tantos viajes en autobús o avión voy estudiando y quitándome materia. Ya sabes que me gusta llevar las cosas por adelantado.

—¡Cómo no! Había olvidado que te encanta aprender cosas nuevas y que eres incapaz de pasar un solo día sin alimentar ese cerebro tuyo —dijo esbozando una sonrisita y mirándome con un brillo burlón en sus ojos marrones.

—¡Oye!

La muy descarada me tiró un beso y me guiñó un ojo.

Miré hacia atrás, hacia dónde estaban Eric y sus amigos. Todos ellos sonreía de oreja a oreja enseñándose mutuamente los papeles, con los ojos brillantes de orgullo y satisfacción, en especial Eric, quien en una ocasión me pilló mirándole y, como era propio de él, me guiñó un ojo

y me saludó con la mano.

—¿Mirando a tu príncipe azul? —escuché que decía Lea a mis espaldas. Me volví de nuevo hacia ella y la miré de esa manera que había aprendido con el solo *The Killer* y que tanto me encantaba. Sin lugar a dudas, esa había sido la coreografía que más me había gustado de todas las que había hecho hasta ese momento—. ¡Deja de mirarme como si fueses a asesinarme esta noche mientras dormimos!

—Mmm. —Me rasqué la barbilla como si me lo estuviese planteando, aunque, siendo sincera, solo intentaba asustarla más. En ocasiones Lea era una miedica. Cuando veíamos películas de terror, ella era la que más gritaba y la que siempre o (casi siempre) no podía dormir porque tenía pesadillas—. Suena muy bien esa idea, pero sería mucho trabajo. Primero tendría que planear una muerte lo suficientemente creíble como para que no me acusaran de asesinato. Después, tendría que matarte, obvio, y deshacerme de tu cadáver para que nadie lo encontrara nunca. ¿Quién sospecharía de mí, la chica buena de Madison Moon? Nadie, así que sería muy fácil. Sin embargo, estás de suerte, amiga mía, porque me da tanta pereza llevar a cabo todo el proceso que no lo voy a hacer. Voy a ser benévola por una vez en mi vida y voy a dejarte libre.

Lea fingió alivio y felicidad.

—¡Oh, qué suerte la mía! Supongo que es porque te has dado cuenta que soy el amor de tu vida y que no puedes vivir sin mí.

—Pensé que el amor de tu vida era Sarah, con quien te ibas a casar e ir a Alaska a vivir. —Me encogí de hombros con fingida indiferencia siguiéndole el juego.

Me miró directamente a los ojos de una forma un tanto siniestra, pues estuvo más de un minuto sin parpadear.

—¿Qué pasa? ¿Una mujer no puede tener dos amores?

—Tres —puntalicé.

Su mirada cambió por completo, reflejando que no entendía de qué estaba hablando.

—¿Qué?

—Que técnicamente somos tres amores de tu vida: John, Sarah y yo. A no ser que ya no te guste John. —Alcé una ceja intentando provocar a Lea, sabiendo de antemano que los sentimientos hacia ese chico por parte de mi amiga eran verdaderos. Nunca antes la había visto tan feliz, ni siquiera con aquel chico con el que estuvo saliendo cuando tenía quince años y el que le rompió el corazón cuando la engañó con Kiara.

Sí, ese chico era el actual novio de ese bicho andante desde entonces, por si os lo preguntabais.

Su mirada fue todo un poema. Miró a ambos lados para comprobar que nadie más nos estuviera escuchando y, una vez estuvo segura, dijo:

—John lo es todo para mí. Lo creas o no, estos últimos meses con él han sido maravillosos. —Se le iluminó la mirada—. Le quiero y siento que te debo mucho. Gracias a ti y a Eric, John y yo tenemos una relación.

—No me las des. Si no fuera por ti y por Sarah, no existiría tu famoso Maddic. —Sonreí con emoción provocando que en rostro de mi amiga también se dibujara una sonrisa.

—¡Tienes razón! Supongo que ambas nos hemos ayudado, al igual que pasó con la relación de Wyatt y Sarah, ¿te acuerdas?

¡Cómo olvidarme de aquello! Fue una locura. Wyatt había pertenecido a nuestro grupo de baile hasta hacía unos años y, debido a eso, se nos hizo muy notorio que empezaba sentir cosas por una de nosotras, aunque al principio no supiésemos quién era la elegida.

Al principio muchas pensamos que quizá nuestro amado Wyatt era gay, ya que pasaba mucho

tiempo con Connor, otro miembro que posteriormente dejó el equipo por falta de tiempo pero que, aun así, no dejó de bailar. Fue gracioso cuando nos dijo que no era homosexual: se puso rojo como un tomate y no nos miró en ningún momento. Fue esa reacción la que nos hizo sospechar de que una de nosotras le gustaba, aunque nunca pensamos que esa sería mi grandiosa amiga Sarah, pues ellos siempre discutían, a todas horas.

Cual fue mi sorpresa cuando un día Wyatt me pidió que, por favor, hablara con él tras un ensayo muy duro. Tenía quince años y pensaba que yo le gustaba. No veáis el miedo que tenía, porque no sabía cómo decirle que mis sentimientos hacia él no eran los mismos. Por fortuna, solo me pidió que le ayudara a conquistar a la "testaruda" de mi amiga. Sentí alivio y decepción. Alivio por no tener que rechazarlo; decepción porque me había hecho falsas ilusiones y había pensado que, por una vez en la vida, alguien quería salir conmigo a pesar de que cuando todo eso pasó ya me escondía ante las miradas de mis compañeros del Kensington.

Así que le ayudé contando con mi gran amiga Lea. Juntos, los tres, planeamos una cita secreta y, días después, yo la llevé al lugar indicado. Al ver lo que pasaba, mi amiga me dejó de hablar durante una semana. Fue horrible para mí que por esa tontería la que consideraba una de mis mejores amigas no quisiera hablar conmigo.

—¿Cómo podría olvidarlo? Sarah no quiso saber nada de mí durante una semana. —Sonreí evocando ese momento.

—Dale las gracias a Wyatt. Si no fuera por él, era muy probable que vuestra amistad se hubiera roto.

Al ver lo que pasaba entre nosotras, la forma en la que ella se alejaba de mí y la forma en la que me respondía cuando intentaba entablar una conversación con ella, decidió tomar cartas en el asunto. Nos reunió a las dos durante uno de los descansos dentro de una sala vacía y nos obligó a decirnos cuáles eran las cualidades de la otra, cuál de ellas apreciábamos más y por qué. Digamos que cuando dije lo buena persona que era y cuánto la quería, su enfado se evaporó como el agua lo hace con el calor.

Estuvimos llorando como magdalenas hasta que ese pequeño tiempo se agotó y tuvimos que volver al ensayo. Desde entonces, nos hicimos más unidas y nos costaba más enfadarnos la una con la otra, ya que la última vez había sido una tortura a pesar de que solo había transcurrido un miserable semana.

Seguimos charlando animadamente entre nosotras hasta que pasados unos minutos, el timbre sonó con fuerza. Empecé a recoger mis cosas y, cuando estaba dispuesta a salir por la puerta para dirigirme a mi taquilla para irme al comedor, debido a que ese día todos salíamos una hora antes porque no tenía sentido que estuviésemos encerrados entre aquellas cuatro paredes perdiendo el tiempo cuando ya nos habían dado los resultados finales, mi tutora me pidió que me quedara un momento, a mí y a otras dos chicas más. Lea me miró un tanto preocupada, pero yo le resté importancia con la mano y la insté a que se fuera hacia el comedor, diciéndole que me reuniría con ella allí y que saciaría su sed de chismorreos.

Me acerqué a la señora Marshall con paso lento y me puse frente a ella, al igual que mis dos compañeras.

Las conocía muy bien, ambas sacaban unas notas de espanto y había hablado con ellas en alguna ocasión.

Eran una de las pocas personas que no me desagradaban de aquel sitio cuando todos me menospreciaban por mi manera de vestir, ajenos a mi mayor secreto.

La señora Marshall se quitó las gafas de la cara y las depositó en la mesa con gesto cansado. Nos miró largo y tendido, sonriendo, lo que alivió la atmósfera que se había instalado.

—Como tutoradas mías no puedo sentirme más orgullosa de vosotras al haceros la entrega de tres de cinco matrículas de honor por haber sacado las notas más altas del curso. En especial —dijo mirándome a mí— usted, señorita Moon, ha sacado la nota más alta de toda la promoción, un total de... —Leyó mi nota que supuse que tendría preparada desde la pantalla de su ordenador —nueve con nueve. ¡Muchas felicidades a todas!

Nos entregó una hoja de papel oficial a cada una mientras yo aún asimilaba la noticia. Una matrícula. ¡Menudo nivel! Nunca antes me habían dado una, aunque sí que era cierto que solía sacar notas muy altas en comparación con los demás.

—Podéis retiraros. Espero veros en la ceremonia de graduación y, posteriormente, en el baile de la promoción.

—Muchas gracias, señora Marshall —nos despedimos de ella al unísono y salimos de aquella aula que estaba en la primera planta del edificio.

Ellas fueron las primeras en salir y desaparecieron del pasillo como alma que lleva el diablo. Yo, en cambio, decidí tomarme mi tiempo. Error.

Al girar para poder bajar las escaleras, me encontré de bruces con Kaitlyn, Scarlett y Jasmine, las que no se sorprendieron de verme.

—Hola, friki —me saludó de mala manera Scarlett.

Puse los ojos en blanco e hice un intento de continuar con mi camino, pero, claro, ellas no me lo permitieron.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —dijo Kaitlyn con burla agarrándome de un brazo con fuerza.

La miré como si fuera una tonta, alzando al mismo tiempo una ceja.

—¿No es obvio?

—Tú no vas a ir a ningún lado, bicho raro. —Jasmine me sujetó el otro brazo para que no pudiese moverme. Intenté con todas mis fuerzas soltarme del agarre de ambas, pero no fui capaz. Ambas tenían mucha fuerza.

—¡Soltadme!

Las tres arpías se rieron con descaro.

—Mirad, creo que tiene miedo —se burló Scarlett.

—Eso no es cierto. —Tiré con más fuerza y logré deshacerme de ellas por un momento. Dispuesta a huir de ahí, puse el pie en el primer escalón.

—Ten cuidado, Madison, porque podrías tropezarte —escuché que Kaitlyn lo decía pero decidí no hacerle caso. Otro error por mi parte, tal vez el más grande que había cometido en mi vida, pues, de pronto, sentí cómo alguien me empujaba con fuerza y cómo caía rodando escaleras abajo hasta llegar a la planta baja.

Al principio no sentí nada, puede que por la adrenalina, pero segundos después sentí cómo latía el pie izquierdo de dolor. Era tan insoportable que no pude evitar soltar un chillido desgarrador. Me agarré el punto dolorido con fuerza e intenté levantarme, pero el dolor punzante no me lo permitía. Empecé a pedir ayuda mientras lágrimas descendían por mi mejilla.

—¡Por favor, que alguien me ayude!

Por fortuna, tras repetirlo varias veces, escuché cómo una Lea corría hacia mí asustada gritando a pleno pulmón mi nombre.

—Maddie, ¿qué ha pasado? ¿Te duele algo?

Estaba alarmada por lo que había pasado, por lo que aquello podría significar para mi carrera profesional. Era consciente de que si me lesionaba gravemente, no podría formar parte de los Nacionales. Después de esa semana empezaban los entrenamientos enfocados hacia ese evento y

nunca, jamás de los jamases, me los perdería.

—Auch, me duele el tobillo izquierdo. —Lo señalé sin soltarlo. El dolor era insoportable.

Lea se puso en cuclillas para ponerse a mi altura y así poder controlar mejor los daños. Al ver cómo me agarraba el tobillo y repetía las mismas palabras que antes, me ayudó a levantarme con mucho esfuerzo.

—Voy a llevarte a la enfermería. —Se mordió el labio inferior con nerviosismo, lo que no auguraba nada bueno.

Diez minutos después conseguimos llegar a la estancia de pequeñas dimensiones que llamábamos enfermería. Yo apenas había estado ahí, solo una vez que yo recordara, cuando me caí de morros contra el asfalto por culpa de Kaitlyn y me rompí el labio. Por fortuna, ese bicho fue expulsado durante una semana, lo cual provocó que todo su séquito de animadoras andaran a la deriva y que, por ende, no se metieran conmigo durante ese breve periodo de tiempo. Sin embargo, esa vez las circunstancias eran distintas, pues aquella vez no me jugaba mi pase para participar en uno de los más importantes concursos de baile del año, como era ese el caso. Por lo tanto, mi preocupación iba más allá.

—Buenas tardes, chicas. ¿Qué ha pasado? —preguntó amablemente Tea Griffin, la enfermera, al vernos en la entrada.

Lea me señaló y le explicó todo lo que había pasado desde su punto de vista: que había vuelto a las taquillas porque se le había olvidado coger un cuaderno y que, de pronto, me había escuchado pidiendo auxilio. Yo, por mi parte, le expliqué cómo había ocurrido ese "accidente" mientras me revisaba la parte herida.

—¡Ay! —me quejé cuando tocó el punto exacto en donde me dolía.

Tea siguió examinando sin hacer caso de mis quejas. Lea, a mi lado, nos miraba a ambas con preocupación.

—¿Es muy grave? —pregunté cuando ya no pude soportar más la tortura de no saber por qué me dolía tanto el tobillo. La mujer permaneció varios segundos en silencio, palpando la zona herida con concentración, hasta que al final soltó su temido veredicto:

—Bien, señorita Moon, he de decirle que ha tenido mucha suerte. No tiene nada roto, ni siquiera tiene un esguince.

—Entonces, ¿de qué se trata? —quise saber con impaciencia, cansada de que se andara con rodeos, cosa que no me gustaba para nada.

—Solo está inflamado. Le aconsejo que descanse y que no haga ningún esfuerzo físico esta semana hasta el domingo por lo menos si no quiere que vaya a más y entonces sea algo grave.

—¿Qué significa eso? —preguntó Lea. Cuando se dio cuenta de algo, su rostro se transformó en un máscara de horror—. ¡Oh, Dios mío! ¡El baile! No podrás ir con el pie así.

¡Era cierto! No podría bailar con el pie hinchado como lo tenía. Menuda mierda.

—Significa que debe reposar. Pero tranquilidad, podrá asistir al baile e incluso podrá bailar si descansa. Así que no se preocupen por eso.

—También significa que esta semana no podré competir en lo que sería la última semana antes de los entrenamientos para los Nacionales —agregué yo con amargura.

"Significa que deberé quedarme sentada sin hacer nada por ayudar a mi equipo y ver cómo las demás luchan por conseguir una última victoria antes de que vayamos a los Nacionales", pensé para mis adentros apenada. Todo aquello significaba estar toda una larga semana de brazos cruzados, sentada probablemente. Significaba sentirme una inútil.

Y no era algo que me agradara.

Capítulo 35

Madison

¿Sabéis esa sensación de impotencia al no poder hacer nada por vosotros mismos? ¿Ese sentimiento de que los demás os ayudan por compasión? Fue así como me sentí desde ese lunes hasta el domingo. No pude ni siquiera llevar mi propia mochila en el hombro porque "podía perder el equilibrio y caerme al suelo", palabras textuales de Eric, no mías.

Resumiendo, estuve vigilada por Lea, la que, al parecer, se había convertido en mi sombra y no dejaba de seguirme. Insistía en que no me moviera mucho, en que descansara para que así el viernes pudiera por lo menos disfrutar del baile de la promoción.

La cosa era que me habían vendando el pie y que me dolía un poco, pero nada en comparación con las lesiones que me había hecho a lo largo de mis casi dieciocho años de vida, las que en la mayoría de las ocasiones habían sido mucho más graves; como por ejemplo aquella en la que me caí de tal manera en un ensayo que me rompí varios dedos del pie o aquella en la que me torcí la muñeca y me disloqué el hombro izquierdo.

Kara se había asustado mucho cuando me vio entrar cojeando y con una venda en el tobillo, al igual que todos los demás conocidos. Eric me había preguntado una y mil veces cómo me había lesionado y si estaba bien. En casa me trataban como si fuera una muñeca frágil que pudiera romperse con el simple soplo del viento. Estaba harta de tantas atenciones y de tanta preocupación.

Pero lo peor de todo fue ver la expresión de pesar y enfado de Hannah. Al principio me preguntó qué tal estaba, si estaba bien... Pero pasado un tiempo me echó una buena bronca a la que yo respondí defendiéndome con la verdad. Tuve que soportar ver cómo mis compañeras ensayaban el baile grupal, una pieza de jazz que, a mi parecer, era muy buena y que tenía muchas posibilidades de ganar. Esa semana el concurso sería el domingo y, si todo iba bien, Hannah me había prometido que podría participar en él siempre y cuando el médico me lo permitiera.

Así que a pesar de que estaba lesionada, me vi obligada a asistir a las clases para observar y aprender el baile grupal, en el único en el que podría participar si todo salía a la perfección. En todo momento intentaba no forzar el tobillo y si sentía que me dolía mucho, paraba y descansaba, tal y como me había recomendado el doctor Smith, el médico que siempre me había atendido y que conocía todas y cada una de mis lesiones. Cuando me vio en su consulta, no se sorprendió. Es más, me dijo que había sido muy raro que no me viera en casi diez meses, ya que casualmente solía ir a su consulta en menos tiempo.

—¡Más brío, Sarah! Parece que te estás durmiendo —dijo en voz en grito Hannah el jueves mientras el grupo hacía su ensayo habitual.

Era una mera observadora. Miraba con atención cada paso de baile, pues todavía no era capaz de aguantar todo el ensayo sin sentir dolor. A veces era un coñazo no ser partícipe y solo ser una espectadora. Sentía que esa semana estaba vagueando, no haciendo esfuerzo alguno por ganar el concurso que sería en Salem, ciudad que se encontraba a una hora de distancia.

—Ya lo estoy intentando, Hannah, ¿no lo ves?

Nuestra profesora bufó provocando que mi amiga repitiera el mismo gesto con frustración y desagrado.

Cuando Sarah estaba molesta y cansada lo mejor era dejarla en paz; si no, mi amiga explotaría. No era la primera vez que pasaba. Ambas habían caído en una gran discusión en más de una ocasión provocando la expulsión de Sarah del equipo durante una semana. Cuando Hannah se enfadaba, las consecuencias podrían ser mucho peores que uno de los más graves huracanes.

—Maddie, acércate un momento.

Me levanté del suelo y me acerqué a ella mirándola con cautela, preguntándome mentalmente qué sería lo que querría de mí aquella alocada mujer.

—Ponte derecha —exigió y yo obedecí, atenta a lo que diría—. Repite el movimiento que le estaba pidiendo a tu compañera para que vea lo sencillo que es que hasta una persona lesionada puede hacerlo.

No sabía muy bien cómo tomarme aquello.

—Mmmm... ¿Se supone que debo mosquearme?

Sarah rió ante mi comentario, pero al darse cuenta de que había sido una provocación hacia ella, frunció el ceño y le lanzó una mirada fulminante.

—¡Oye!

Hannah le lanzó un beso. Increíble.

—¡Vamos, Madison, que me salen más canas de las que tengo!

“Como si eso fuera posible”, pensé con malicia. El cabello de nuestra instructora estaba repleto de canas si bien no llegaba a ser del todo gris. Recuerdo que en ocasiones solía bromear diciendo que cada día le salía una nueva cana por nuestra culpa, porque no conseguíamos llegar hasta donde ella quería que llegásemos. En esos momentos sentía lástima por Wyatt, su único hijo, quien debía aguantarla todos los días a todas horas, incluso por la noche.

Asintiendo con la cabeza, empecé a hacer el movimiento que Sarah había intentado hacer una y otra vez sin conseguirlo realizar a la perfección, que era como Hannah quería que lo hiciera. Quería que mi amiga se tumbara en el suelo boca abajo y estirara las dos piernas por encima de su cabeza, cada punta en extremos opuestos. Así que lo hice lo mejor que pude y, por fortuna, no sentí dolor alguno.

—¿Ves qué fácil es, Sarah? —se burlo nuestra profesora de ella para después centrarse en mí de nuevo—. Ponte en tu posición, veo que puedes continuar ensayando.

El viernes por la mañana fue terrorífico. Estaba nerviosa y ansiosa al mismo tiempo por la graduación.

Según tenía entendido, Eric y John darían el discurso tradicional de despedida y después nos darían a todos los graduados nuestros correspondientes diplomas. Se suponía que los encargados del discurso serían los alumnos que tenían la mejor media de toda la generación, pero tanto Alice como yo habíamos declinado la oferta y habíamos propuesto como representantes a los dos chicos más populares del Kensington.

Esa mañana Lea se empeñó en que nos mimáramos físicamente. Es por ello que me arrastró a un spa, en donde nos sometimos a un tratamiento de belleza. Nos hicieron la manicura y la pedicura, y, en mi caso, me pusieron uñas postizas antes de aplicar varias capas de esmalte de uñas al estilo francés. También aprovechamos para utilizar la sauna, el baño turco y el jacuzzi, así que al salir del edificio Lea y yo estábamos completamente relajadas y preparadas para esa tarde.

Como se suponía que a las siete de la tarde debíamos estar en el campus del Kensington para

celebrar nuestra ceremonia de graduación, nos empezamos a preparar bastante antes. Lo primero que hicimos después de almorzar fue ir a la peluquería para arreglar nuestro cabello. Tras sopesarlo varias veces con detenimiento, al final me había decantado por un semirecogido que dejara a la vista mis tirabuzones y fue así cómo se lo expresé a la chica que me atendió aquella vez.

Lo siguiente que hicimos fue maquillarnos. No me maquillé de un modo excesivo, pero sí que lo marqué un poco más de lo habitual. Me ahumé los ojos y los delineé, me apliqué colorete y, para rematar, me pinté los labios de color cereza. Esa tarde y noche serían especiales para mí y quería estar deslumbrante para la ocasión.

Lea y yo nos estuvimos ayudando mutuamente, trabajando codo con codo. Ella me ayudó con el delineador y yo la ayudé a elegir el color del pintalabios, puesto que estuvo indecisa entre tres colores.

Al final, le aconsejé que se aplicara una tonalidad rosa palo, ya que, en mi opinión, era el color que mejor le sentaba a mi amiga.

Por último, nos enfundamos en nuestros respectivos vestidos. Al final había encontrado el atuendo perfecto para mí. La parte de arriba era blanca y poco a poco descendía hacia las rodillas adquiriendo un tono morado que se hacía más fuerte a medida que descendía. En la parte más oscura había unos puntitos de pedrería que le daban un toque especial, como si fuera una nebulosa repleta de estrellas. El escote en forma de corazón se amarraba con firmeza y se ajustaba perfectamente a mi pecho gracias a los dos tirantes finos. Cuando lo vi, supe al instante que ese era el vestido que había estado buscando para ese evento. Al principio no se ajustaba a mi cuerpo y, por ello, tuve que llevarlo a una sastrería.

—Te queda mejor de lo que recordaba —dijo Lea soltando un suspiro, embelesada.

—¡Qué me vas a contar! —La miré—. Mírate. Estás espectacular.

Soltó una risita nerviosa y después giró sobre sí misma. Riendo, la imité, provocando que con el movimiento los pequeños brillantes deslumbraran. Ambas estábamos metidas en nuestra burbuja de felicidad cuando Arianne vino a nuestra habitación para avisarnos de que en unos minutos debíamos irnos. Así que dejamos de hacer el tonto y volvimos al lío para terminar de prepararnos.

La ceremonia de graduación se llevó a cabo en el auditorio, situado en la primera planta del instituto.

Todos los alumnos que nos graduaríamos ese día estábamos sentados en las primeras filas y nuestros familiares, en las últimas. Todo el Moonlight había asistido, pues nunca nadie se perdía una ceremonia así. También Christina había ido; Eric me lo había dicho.

El director dio su habitual discurso en el que nos deseaba mucha suerte en la universidad, haciendo hincapié en que estaba orgulloso de todos los logros que nuestra promoción había logrado a lo largo de los años.

—Sin más dilación, los señores Woods y Tucker tienen algo que decirles al resto de compañeros.

Démosles una calurosa bienvenida.

Aplaudí junto al resto de compañeros. Lea estaba a mi derecha y Dani, a mi izquierda. También le habían ofrecido a él ese papel, pero mi hermano lo había rechazado, ya que no se veía capaz de hablar en nombre de todo el curso.

Eric y John subieron al escenario envueltos en esa oleada de aplausos. Ambos iban vestidos

de etiqueta y debía admitir que había algo en ello que les daba un aire sexy y sensual. Había leído varios artículos sobre “el efecto esmoquin” y, debía admitirlo, a mi novio le sentaba de miedo y marcaba a la perfección sus fuertes y musculosos brazos.

Ambos se acercaron a la tarima, en donde habían colocado un micrófono. Los dos llevaban una pequeña hoja de papel en donde supuse que llevarían todo lo que querrían decir apuntado.

—Buenas tardes a todos —saludaron.

—Antes de decir algo queremos decir que es un honor estar aquí hoy con vosotros, dando este discurso. Muchas gracias por confiar en nosotros —añadió John con un poco de nerviosismo.

—También queremos decir que ser vuestros compañeros de curso ha sido un honor. Hemos reído, discutido, amado, llorado... Todos estos años que hemos estado juntos, como promoción, han sido los mejores. Gracias por hacer que este camino escabroso tenga los menos obstáculos posibles.

Más aplausos por parte de nosotros, incluso se oyó algún que otro silbido.

—Este camino lo empezamos a recorrer mucho antes de llegar al Kensington —dijo Eric en cuanto el auditorio se sumió de nuevo en un silencio—. Puede que cuando empezamos la educación primaria no estuviésemos todos ni que cuando llegamos a este edificio teniendo trece o catorce años creyéndonos lo más de lo más tampoco estuviésemos todos los que estamos ahora, pero puedo asegurar que me alegro de haberos conocido a todos. Sois los mejores.

—En este largo camino nos han acompañado todo tipo de profesores: los que a parte de darnos clase nos cuentan parte de su vida personal...

—Como la señora Marshall —le cortó Eric fingiendo una tos y provocando que muchos de nosotros riésemos al comprobar que eso era cierto.

—...los que al vernos sudar con su asignatura intentan con todas sus fuerzas que aprobemos.

Eric volvió a hacer lo mismo consiguiendo la misma reacción de antes.

—Como el señor Gold.

—¿Y cómo olvidarnos de aquellos que nos hicieron sufrir con asignaturas como tecnología, dibujo y educación física? Aunque, claro, sin ellos no sabríamos que, por ejemplo, Lea Moon será el futuro *Picasso*. —John le lanzó una mirada cómplice que solo consiguió que, primero, el público comenzara a silbar y, segundo, que mi amiga se ruborizara.

—También hemos compartido estos años tan importantes de nuestras vidas con compañeros extraordinarios. Todos, a pesar de nuestras diferencias, hemos logrado convivir día a día.

Hice una mueca. Eso era cierto, por desgracia. A mí me había costado mucho hacerme un hueco entre mis compañeros cuando pasé de la educación elemental a la secundaria. No fue todo tan repentino, no decidí esconderme cuando empecé a cursar mi primer año allí. Todo ocurrió un año más tarde, más o menos, cuando mi cuerpo empezó a desarrollarse. Además de ser pequeña de estatura, también fui una de las últimas en desarrollarme, lo que, ahora que lo pienso, ayudó mucho a que mi imagen como fracasada se fomentara.

Poco tiempo después de empezar a vestirme con ropas que no me sentaban bien Kaitlyn y su grupo empezaron a atacarme verbalmente. Primero me decían lo mal que vestía y luego pasaron a insultos mayores, como que fea era o lo rara que era. Eric y sus amigos no tardaron en acudir tanto en mi contra como en la de mi mejor amiga. En ese momento me di cuenta que la popularidad de Lea podría haberse dado de otro modo si no hubiese estado conmigo todos los días.

Lea era una chica encantadora cuando decidí que no quería estar relacionada con los chicos durante una buena temporada. Se llevaba bien con muchos de los compañeros, podría haberse relacionado con cualquiera, pero decidió que quería estar conmigo. Sentí un nudo en la garganta

y una fuerte picazón en los ojos. A pesar del sentimiento de culpabilidad que se había instalado en mi pecho de repente y que lo oprimía con fuerza, intenté alejar las lágrimas. Ese era un día especial para todos y no quería estropearlo, no señor.

—A lo largo de estos años nos hemos juntado en distintos grupos —continuó diciendo John mirando al público con maestría. Con la mano derecha sujetaba el micrófono y con la izquierda, la hoja de papel a modo de *chuleta*—. Tenemos a las animadoras, las que se pasan el día hablando de ropa y maquillaje, y a los deportistas que forman el grupo al que pertenece todo aquel que ansía ser popular; tenemos compañeros que en el futuro ansían ser estrellas de Hollywood a los que hemos etiquetado como “artistas”... Y, ¡cómo no!, también tenemos a aquellos que sacan muy buenas notas, que se dejan la piel en ello y que, por ello, les hemos etiquetado como “empollones”.

<<Pero dejadas las etiquetas a un lado, todos tenemos algo en común: somos estudiantes de la promoción LXV del instituto Johan T. Kensington. Entre sus paredes hemos vivido inolvidables aventuras, como cuando el año pasado nuestro capitán del equipo de baloncesto nos llevó hasta la final —dijo John señalando a su compañero con un gesto de la cabeza—. ¿Y cómo olvidarnos de las gamberradas que nos hemos hecho mutuamente, sobre todo entre los populares y los empollones? ¿Cómo olvidar el día en el que nuestro grupo coral llegó a las semifinales o el equipo del decatlón académico venció a los invencibles del instituto Harper?

—Todo lo que hemos vivido entre estas cuatro paredes ha sido único y especial —añadió Eric—. Creo que todos nosotros hemos sacado una gran experiencia de ello. Además, es aquí en donde hemos terminado de forjar nuestras amistades. Esperamos que muchas de ellas perduren en el futuro.

—Lo que mi compañero quiere decir es que estamos muy orgullosos de haber cursado nuestros estudios en el Kensington y que no lo cambiaríamos por ningún otro centro académico. Los docentes, el personal y los compañeros han hecho que nuestra experiencia sea de lo más cómoda posible. Muchas gracias a todos.

Los chicos callaron ante los calurosos aplausos que inundaron la gran estancia de sillas acolchadas, suelo gris liso y paredes de madera. En el centro, alzado unos centímetros sobre el suelo y por el que se podía acceder desde los laterales, había un imponente escenario. Habían instalado una tarima para la ocasión.

—Para finalizar, queríamos agradecer a las familias de que estén aquí en este día tan grande que es hoy para nosotros. La graduación era algo lejano con lo que todos soñábamos cuando pisábamos por primera vez los suelos del centro. Creo que hablo en nombre de mis compañeros al decir que todos los años, llegada esta época, lo que más se comentaba era la ceremonia y el baile.

<<Todos hemos soñado alguna vez con él. Estoy casi seguro que en estos momentos el resto de alumnos estarán chismorreando sobre lo que nosotros, los graduados, hemos decidido ponernos para la ocasión.

Ya sabéis: los que mejor visten y los que peor lo hacen, la pareja más mona del baile... Yo recuerdo que nuestras compañeras hacían eso cada año.

—Es por ello que queremos agradeceros que hayáis estado en todo el camino apoyándonos, tanto en las buenas como en las malas, para que el día de hoy podamos decir que somos graduados —continuó diciendo John segundos después de que Eric cerrase la boca—. Gracias por acompañarnos hoy en nuestro gran día, el día en el que se cierra una etapa y una nueva se abre.

—Profesores, trabajadores, compañeros... Esta etapa no habría sido la misma sin vosotros. La

habéis hecho especial y eso es algo que siempre recordaremos. Muchas gracias por su atención.

Cuando los dos terminaron, la sala explotó en una gran oleada de aplausos. Miré a Eric con orgullo. Sus palabras me había tocado muy fuerte. Fui consciente de cómo el director les dio un apretón en la mano y cómo, después, bajaron del escenario para sentarse en la primera fila. Por desgracia, Lea y yo estábamos unas filas más atrás. Me habría gustado haber estado con él, pero, bueno, más adelante lo tendría a mi lado, así que no debía quejarme.

El señor Theodore Smith, el director del instituto, se acercó al micrófono. Carraspeó antes de empezar a hablar para llamar nuestra atención.

—Ahora vamos a empezar con la entrega de diplomas que será en orden alfabético. Sin más dilación, comencemos. Caden Baker. —El susodicho se levantó de su asiento, en la primera fila, y caminó con paso nervioso hacia el escenario. El director le tendió el trozo de papel, enrollado y atado con un lazo rojo de seda—. Felicidades.

Diez minutos después por fin llegó el apellido Moon.

—Daniel Moon. —aplaudí con fuerza cuando mi hermano subió los cinco peldaños y cogió con ansiedad su diploma—. Lea Moon. —Repetí el mismo gesto con ella sin antes darle un gran abrazo—. Madison Moon —me llamó cuando Lea volvió a su sitio—. Vaya, cuántos Moon hay este año—comentó él cuando me levanté y empecé a caminar más ansiosa que nerviosa hacia el lugar indicado. A diferencia de lo que yo había pensado, mis compañeros aplaudieron con fuerza, provocando que una sonrisa se instalara en mi boca. El año pasado Violet Moon se graduó y ese día estaba sentada en las últimas líneas junto a Kara.

Cuando llegué a lo alto del escenario y el director me dio mi deseado diploma, vi cómo sonreía y me guiñaba un ojo. Violet ese año había empezado la universidad, estudiando medicina. Había estado muy ocupada durante el curso, pero de vez en cuando nos había visitado, al igual que Kim y los hermanos Sky.

Cuando volví a mi asiento diploma en mano, me sentía la chica más feliz del universo. Y eso que el baile todavía no había empezado.

Capítulo 36

Eric

La ceremonia de graduación había ido sobre ruedas a pesar de que antes de subir al escenario tanto John como yo estábamos muy nerviosos y pensábamos que olvidaríamos algo de lo que diríamos. Habíamos empleado más de un mes para escribir el discurso y, desde que comenzamos, habíamos tomado la decisión de mantenerlo en secreto. Queríamos que todos nuestros compañeros se sorprendieran y, por lo que habíamos visto, lo habíamos conseguido con éxito.

Al bajar del escenario, nuestros amigos nos dieron palmaditas en la espalda.

—Vaya, chicos, ha sido un buen discurso —nos dijo Caden sonriendo de oreja a oreja.

—No he reído tanto en mi vida —añadió Jack acomodándose el pelo a un lado.

—¿Cómo se os han ocurrido cosas así? Yo no soy bueno para expresarme en voz alta, sobre todo cuando teníamos que hacer las presentaciones orales de la señora Marshall. Solo de pensarlo, me dan escalofríos. —Ethan se convulsionó como si de verdad se estremeciera. No había que decir que él odiaba hablar en público. Cuando tenía que hacer una exposición delante de toda la clase, le costaba horrores mantenerse sereno. Simple practicaba una y mil veces para fingir que no estaba nervioso, que hablar delante de todos no le producía náuseas.

—Ha sido difícil, pero al final ha sido coser y cantar. —Mi mejor amigo esbozó una sonrisa de suficiencia. Dirigió su mirada hacia una de las filas de atrás. Supe a quién buscaba.

Le puse una mano en el hombro para captar su atención. Enseguida sus ojos verdosos se posaron en mí y un interrogante se formó en su cara. Sonreí con picardía.

—Si sigues buscando en esa dirección, no la vas a encontrar. —Me miró sin comprender. Puse los ojos en blanco y dirigí la mirada hacia el lado opuesto de la misma hilera de asientos y, al encontrar no solo a Lea, sino que también a Maddie, las señalé con el mentón—. Tu amada está ahí.

En cuanto su mirada se cruzó con la de ella, se le iluminó la cara. Nunca antes había visto a mi mejor amigo tan enamorado en mi vida. Lea había sido, por llamarlo de alguna manera, el amor platónico de John. Desde que pisó por primera vez el Kensington y la vio no había podido quitársela de la cabeza. Al principio ni siquiera era capaz de hablar con ella, ¿lo podéis creer? ¿Quién diría que mi amigo fuera muy tímido hacía un tiempo atrás? Un año más tarde entró en el equipo de baloncesto y poco a poco se convirtió en un imán para las chicas, como yo. Pero la única chica que le interesaba no le daba ni la hora...hasta ese año. Sonreí al pensar en el plan que tergiversamos Madison y yo para que ambos hoy en día estuviesen juntos. Sí, nos debían mucho esos dos cabezotas.

Al principio Lea no se dio cuenta de que la miraba. Estaba muy entretenida hablando con su amiga y con Dani sobre algún tema desconocido para nosotros. Alguno de ellos debió de decir algo gracioso, ya que empezaron a reírse. De pronto, Madison captó mi mirada y la de John. ¡Dios mío, qué guapa estaba!

Sonrió en nuestra dirección, radiante de felicidad, y le dio un suave codazo a Lea para captar su atención.

La susodicha la miró de tal manera que si no hubiese sido por el público, yo me habría

quedado viudo antes de tiempo. Madison se encogió de hombros y le indicó que mirara en nuestra dirección.

Fue gracioso ver cómo ambas soltaban pequeñas risitas de nerviosismo y cómo Lea se sonrojaba un poco al comprender que habíamos visto todo el espectáculo. Sin lugar a dudas, esa chica me caía muy bien, mucho mejor que la última novia de John, una animadora insoportable que, por suerte para él, se había cambiado de instituto hacía un año.

Una vez terminada la ceremonia de entrega de diplomas, todos nos invitaron a pasar al gimnasio, en donde se llevaría a cabo el baile tradicional de graduación que organizaba el comité de decoración, es decir, las animadoras. Así que antes de irme, me despedí de mis padres.

Caminé dándome empujones entre la multitud hasta llegar a las filas de atrás. Me costó mucho encontrarlos, pues había una gran marea de gente. En cuanto vi el característico y singular vestido de mi hermana, sonreí y caminé hacia ahí.

Estaban tan enfrascados en su conversación que al principio no se dieron cuenta de mi presencia. Cinco minutos después y al ver que su conversación no cesaba, carraspeé.

—¡Hijo! —exclamó mamá. Supe por la rojez de sus ojos que había estado llorando.

—¡Eric, has estado increíble! —Christina sonreía de oreja a oreja. Me dio un abrazo y un beso en la mejilla.

Hayley llamó mi atención tironeando de mi chaqueta con suavidad. La cogí entre mis brazos y deposité un beso en su mejilla.

—¡Has estado súper guay! ¡Tienes que enseñarme a hablar así! —gritaba llena emoción. No pude evitar sonreír y regarle la cara de besos, ocasionando que a pequeña se removiera inquieta suplicando que parase—. Eric, para, Maya está ahí y no quiero que vea cómo me besas.

—¿Qué tienen de malo mis besos? —Hice un puchero.

—Nada, pero no quiero que lo hagas en público.

¿Desde cuándo Hayley me pedía algo así? Me pregunté si sería alguna moda o algo pasajero. Bajé a mi hermana y me centré en Andrew, quien también me pidió que no lo besara en público. Increíble. Mis hermanitos estaban creciendo muy rápido, demasiado diría yo.

Mientras me despedía de mi familia, me fijé en que la mirada de Christina estaba centrada en un punto.

Seguí la dirección de sus ojos y no pude evitar sonreír al ver cuál era el objetivo: Madison. Ella estaba siendo abrazada por toda su gran familia. Kara y Álvaro le estaban susurrando algo. Volví a mirar a Christina y supe por su expresión que estaba celosa, que quería ser ella la que estuviese en ese momento tan importante con ella.

La verdad era que en todo ese tiempo Madison no había querido hablar con ella. A veces esa chica era tozuda como una mula y si se le metía algo entre ceja y ceja, no había nadie capaz de hacerla cambiar de opinión, ni siquiera yo. Era en esos momentos en que me compadecía de Christina, porque al parecer ella sí quería formar parte de su vida. Me pregunté cuándo Madison le diría la verdad a Christina, que sabía todo y que por eso la estaba evitando todo el tiempo.

Y sinceramente no creía que Christina quisiera deshacerse de ella cuando era pequeña. De lo contrario, no habría querido recuperarla. Pero, claro, Madison estaba convencida de lo contrario.

Papá captó mi atención.

—Escucha, Eric. Debes acordarte de que mañana Hayley tiene ensayo a las doce y que tienes que ir a buscarla a casa de Maya. También debes recordar que Dylan regresa de su viaje de estudios mañana a la tarde y que debes ir a buscarlo al aeropuerto. Además de eso, acuérdate de que Andrew se queda a dormir en casa de Tommy y que debes recogerlo después de que recojas a Dylan, ¿entendido? —Papá me miró a los ojos.

Asentí con la cabeza.

—Sí, papá. Solo disfruta del fin de semana libre en el hotel, ¿vale? Nada de trabajo, ¿eh? Solo pasarlo bien y olvidaros de los problemas.

Papá sonrió.

—Claro.

Papá y mamá se iban a pasar el fin de semana en un hotel cercano a un lago. Serviría para que mis padres desconectarán de sus trabajos, pues habían estado trabajando sin parar durante las últimas semanas. ¿Y qué mejor fin de semana que ese? Dylan no estaría en casa y los mellizos dormirían en casa de su amigo ese día.

—Diviértete en la fiesta, hijo, y no vuelvas muy tarde.

—Vale, papá. —Vi cómo la mayoría de mis compañeros salían del auditorio camino del gimnasio—. Debo irme.

Les di un último abrazo y salí de ahí camino de la fiesta.

Debía admitir que la decoración no estaba mal. Habían decorado el lugar de tal manera que no parecía el apestoso y aburrido gimnasio. Había mesas repletas de aperitivos aquí y allá, con manteles llamativos de un color dorado que hacía juego con la decoración un tanto horterera. Los platos eran de porcelana, pero los vasos, en cambio, eran de plástico. El ponche lo habían colocado en el centro de una de las mesas. Me pregunté mentalmente cuánto tardarían en verter alcohol en él.

Las mesas estaban en los laterales, mientras que en el centro habían puesto una pista de baile improvisada. La música resonaba por todas partes a todo volumen y mis compañeros bailaban al son de ella.

John me alcanzó enseguida. Mis ojos estaban escaneando la sala en busca de la persona que hacía que mis días fueran especiales y cuya sonrisa iluminaba cada recoveco de mi ser. Sonreí al encontrarla cerca de una de las mesas sirviéndose un vaso de ponche a la vez que charlaba animadamente con Lea.

¿Alguna vez habéis sentido esa sensación de estar en el mayor de los paraísos? ¿Alguna vez habéis tenido esa sensación de que el mundo se detiene y solo os encontráis en él vosotros y la persona a la que amáis? Eso fue lo que sentí en el preciso instante en el que nuestras miradas se conectaron. Porque la amaba con todo mi ser. Más que eso: ¡estaba enamorado de Madison hasta la médula!

Sin borrar la sonrisa que curvaba mis labios hacia arriba, me acerqué a ellas. Ambas estaban impresionantes, pero Madison era la que, a mis ojos, estaba más guapa. Lucía un vestido que la hacía verse más bonita de lo que ya era, parecía tener luz propia. Me encantaba que mostrara sus rizos, esos que me volvían loco. Y su manera de maquillarse, un poco más cargada esa vez. Amaba cada parte de Maddie, su manera de ver las cosas, su forma de pensar, su inteligencia y elocuencia... Todo.

—Buenas. ¿Cómo está la chica más guapa del universo? —pregunté cuando llegué a ellas.

Madison abrió la boca para contestar, pero Lea se le adelantó.

—Muy bien, guapo. Pero, ¿no se supone que esos piropos son para mi amiga?

El desparpajo de Lea me hizo reír, más cuando vi cómo Madison la fulminaba con la mirada.

—Creo que te has equivocado. Eso era para mí.

—Permíteme dudarlo —fue la respuesta de Lea—. Ha preguntado por la chica más guapa del universo, y todos sabemos que yo lo soy.

A mi lado, John soltó una tremenda carcajada y, cuando pudo respirar con normalidad, dijo a la vez que elevaba una ceja intentando mostrarse serio:

—¿Estás piropeando a mi chica, Eric?

—¡Eh, yo no soy chica de nadie! —Lea se hizo la ofendida. Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró de la misma forma que lo hizo hacía un par de años cuando sin querer John la tiró al suelo al chocar en el pasillo.

—¿Yo? No, solo estaba piropeando a mi chica.

Ahora fue Maddie la que se hizo la ofendida, imitando a su amiga.

—Yo no soy un objeto, soy una persona de carne y hueso. Así que no soy propiedad de nadie salvo de Madison.

Su expresión era tan tierna que no pude contenerme. Me acerqué a ella y le planté un casto beso en los labios.

—¿Te he dicho lo guapa que eres y lo espectacular que estás esta noche?

—No, nunca —bromeó sonriendo burlescamente—, pero puedes repetirlo las veces que quieras.

Sin poder resistirme a su encanto, le di otro beso sin importar que tuviese los labios pintados.

—Mmm, me quedaría así toda la noche, pero me apetece mucho bailar —la escuché decir en cuanto nos separamos. Al girarme para decirles algo a Lea y a John, descubrí que ya no estaban. Maldije para mis adentros. Esos dos traidores...

Me centré en mi novia. Ese lunes había tenido un encuentro “accidental” con Kaitlyn, Scarlett y Jasmine y me preocupaba que no pudiese participar en el concurso de esa semana, el último antes de los Nacionales.

—¿Estás segura de que no prefieres descansar? Ya sabes, por lo de la lesión.

Al parecer ese pequeño comentario la molestó. Pasó de estar contenta a mostrar una expresión de hastío y bufar.

—¡Estoy bien! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir para que te entre en esa cabeza tuya? No soy una inválida ni nada. Puedo caminar. Además, el médico me ha dicho que podría bailar.

Levanté las manos en señal de rendimiento.

—Solo lo he dicho por si acaso. Ya sabes que si te sientes mal, solo tienes que decírmelo, ¿entendido?

Suspiró, pero asintió con la cabeza de manera afirmativa.

—¿Ahora podemos bailar? —preguntó empleando ese todo de voz dulce y meloso que solo usaba para conseguir todo lo que se propusiera. Dejó el vaso de colores plateados en la mesa y batió sus pestañas intentando mostrarse todo lo adorable posible, aunque no lo necesitaba. No podía negarme. Siempre intentaría hacerla feliz, ese era mi objetivo en la vida desde que la conocí realmente.

A modo de respuesta, tomé su mano y la llevé al centro de la pista. La música era muy movidita. Nos camuflamos entre la mar de gente y empezamos a movernos al ritmo de esta. Madison estaba radiante, bailando a mi lado sin preocuparse por ser la mejor. Me gustaba esa Maddie tan relajada. Creo que le vino bien esa semana de reposo; de lo contrario, en esos momentos estaría consumida por los nervios. En ocasiones odiaba que fuera tan perfeccionista.

Las canciones fueron pasando con rapidez. Hubo muchas, demasiadas diría yo, rápidas. Ojalá pusieran una lenta muy pronto, ya que quería bailar agarrado a mi ángel. Debía admitir que pasada una hora le pedí a Madison que nos sentáramos en una de las sillas que habían puesto en un rincón. Estaba reventado.

No sabía cómo ella podía aguantar tantas canciones.

Madison caminó a mi lado tomada de mi mano y, antes de sentarnos, cogió dos vasos de plástico en cuyo interior vertió un par de refrescos. Una vez sentado, le agradecí aliviado.

—Eres un vago —se burló ella—. Apenas tienes aguante.

—¿Te digo yo en dónde sí tengo aguante? —la reté tras beber un sorbo de mi refresco de cola.

—¡Eres un cerdo! —Arrugó la nariz de tal forma que me causó gracia.

En esos meses en los que llevábamos saliendo no habíamos mantenido relaciones sexuales. Había ocasiones que se me hacían muy difíciles controlarme, sobre todo cuando la veía vestida con esos espectaculares trajes que le proporcionaba el estudio y la veía ejecutando todas esas coreografías. Era imposible no desearla. Por supuesto, ella no sabía nada al respecto. No quería forzarla.

—Pero me quieres igual. —Le lancé un beso.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tendré que hacerlo. Ya sé que soy irresistible, pero, por favor, contrólate. Estamos en público.

A veces me preguntaba si ella era consciente de las sensaciones que provocaba en mí. Ese cálido hormigueo en mi vientre y esa corriente eléctrica cada vez que nuestras pieles se unían. Si sabía que cuando la veía, mi corazón se desbocaba como si hubiese pasado horas jugando un partido de baloncesto.

Ese simple gesto despertó miles de sensaciones en mí interior. Tenía unas ganas tremendas de darle un beso largo, de película, interminable. No sabía por cuánto tiempo más podría contenerme.

No sé cuánto tiempo pasó sin que me diera cuenta que la miraba esbozando una sonrisa de orgullo, creo que hasta que habló y me sacó del encantamiento que me había atrapado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Por nada.

—¿Es porque tengo algo en la cara? —preguntó a la vez que se llevaba una mano al rostro. No pude evitar ampliar mi sonrisa. Esa chica algún día me mataría de ternura y amor.

—No. No puedo evitar mirarte, a aquella persona que le ha dado un vuelco a mi vida, que me ha hecho ver las cosas de otro modo. Eres perfecta.

Sus mejillas se tiñeron de un suave color rosado. Apartó la mirada, avergonzada, y la posó en la pista, en donde John y Lea seguían bailando ajenos al resto de personas que los rodeaban.

—Claro que no lo soy. Soy más baja que las chicas normales, me muerdo las uñas cuando estoy nerviosa y, debido a ello, las tengo hechas un desastre la mayoría de tiempo, y, por si eso fuera poco, soy muy, pero que muy perfeccionista.

La miré con incredulidad sin poder evitarlo. Sabía que a pesar de esa máscara de seguridad que mostraba una parte de ella era vulnerable. Había sido consciente de cómo esa fortaleza se venía abajo cuando Kiara empleó como insulto que sus padres biológicos no la querían. Pero lo que no sabía era que tenía esos prejuicios de sí misma. A ver, era consciente de que a veces odiaba ser tan bajita, pero no sabía que hubiese otras cosas que la molestaran.

—Tus imperfecciones te hacen perfecta. Aunque no lo creas, lo perfecto al final acaba aburriendo y, además, nadie es perfecto. Pero tú, mi amor, lo eres a mis ojos. ¿Sabes por qué? Porque eres trabajadora, persistente, tozuda en ocasiones, luchadora... Podría seguir toda la noche, pero me temo que si lo hago, no podríamos disfrutar del baile. Eres lo más grande y bello que me ha pasado en la vida y por todo eso te quiero tanto. Porque, Maddie, eres lo más perfecto que he visto en mi vida.

Me miró con incredulidad, como si nunca en su vida nadie le hubiese dicho aquello. Todo lo

que le decía era cierto: para mí era la persona más maravillosa que jamás había conocido. Su carácter, su forma de ser, su manera de pensar... Todo en ella era insuperable.

La llevé de nuevo a la pista de baile y estuvimos ahí, bailando sin parar cualquier canción que sonara por los altavoces a todo volumen, hasta que ella me pidió si nos podíamos ir. No me pude negar, seguramente le había empezado a doler el tobillo de estar tanto tiempo de pie y en movimiento.

Mientras yo me despedía de mis amigos, los que seguían bailando agarrados a sus parejas, Madison fue a despedirse de Lea. Fue extraño no ver a John.

Ya en la calle, Madison habló, cruzada de brazos como si tuviese frío.

—No he encontrado a Lea por ningún lado. ¿Tú la has visto?

Antes de responder, me quité la chaqueta y se la tendí. A pesar de la oscuridad de la noche, pude ver el brillo de agradecimiento de sus ojos. Soltó un suspiro de alivio al ponérsela sobre los hombros.

—Tampoco he visto a John.

Vi cómo empezó a morderse el labio inferior. A pesar de ser un gesto que ella hacía cuando estaba preocupada, me parecía de lo más sexy.

Le agarré de las manos y se las apreté con suavidad.

—No te preocupes, amor, seguro que John, al ver que Lea estaba cansada, la habrá llevado a casa.

Me miró aliviada.

—Tienes razón.

Continuamos nuestro trayecto hasta mi coche, que estaba en el aparcamiento de al lado del Kensington.

Antes de llegar a él, Madison se detuvo en seco. Le iba a preguntar qué pasaba, pero su sonrisa ladina me lo dijo antes. Me atrajo hasta ella y me dio el más dulce de los besos.

—Vaya, hoy estás de buen humor —dije con la voz entrecortada al separarme de ella. Al hacerlo, no me encontré con su mirada de siempre, no. En ella había un brillo inusual, un brillo que jamás había visto en ella. Volvió a sonreír de aquella manera y volvió a besarme, pero esa vez no fue un beso dulce, sino que fue un beso cargado de pasión y deseo.

Fue tanta la intensidad de nuestros besos que me obligué a parar por el bien de los dos. Claro que quería hacerla mía, pero no era el lugar indicado.

—No, Maddie, si seguimos así, no podré controlarme.

Escuché cómo jadeaba en busca de aire. En sus ojos vi decepción.

—¿Quién dice que quiero que te controles? —Me miró fijamente, con firmeza y determinación—. Eric, quiero que pasemos a otro nivel.

Aquellas palabras fueron como una ola cálida que me llenó por completo. Su mirada lo decía todo: estaba lista para dar el paso. Sabe Dios que yo también la deseaba, mucho.

Al ver que me había quedado estático, se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa, Eric? ¿Acaso no me deseas como yo lo estoy haciendo en estos momentos?

Lo siguiente que pasó lo recuerdo a medias. Recuerdo haberla arrastrado hasta mi coche y, después, llegar a mi casa. En cuanto pisamos la primera baldosa, Madison se lanzó a mis brazos. Lo que al principio fueron besos suaves, se convirtieron en una danza salvaje y desesperada.

Pronto la temperatura del ambiente aumentó, o eso fue lo que yo creí. Con una destreza que desconocía, conseguí elevarla hasta que sus piernas rodearon mi cintura. En ningún momento dejó de besarme ni yo a ella.

En un momento dado sus manos se enredaron en mi pelo y empezaron a tirar de él,

volviéndome loco como solo ella podía hacerlo. Solté un gemido cuando tiró de unos mis mechones. Yo, por mi parte, empecé a recorrer el camino que nos llevaría a mi habitación. Suerte que no había nadie en casa.

Jadeé cuando sus dientes mordieron con una suavidad muy sensual el lóbulo de mi oreja.

—Eres una chica muy traviesa —ronroneé, disfrutando del momento.

Aproveché un momento de distracción para plantarle besos en el cuello y darle de ver en cuando pequeños mordisquitos que sabía por cómo su respiración se entrecortó aún más de lo que estaba que le encantaban.

Los jadeos y los gemidos resonaban por toda la estancia. Lentamente la fui dejando sobre la cama y yo me situé entre sus piernas. Mis labios recorrieron el camino de vuelta hacia esos labios tan sabrosos de los que nunca me cansaría.

—Te quiero —susurré sobre sus labios.

Me respondió con uno de esos besos que solo ella me daba y que me enloquecían.

—Te quiero —respondió entre jadeos.

Continué besándola y acariciándole la piel expuesta hasta que no lo pude soportar más y, al parecer, ella tampoco. Con una maestría y elegancia que solo ella poseía, me apartó de encima y se bajó el cierre del vestido, apartándolo a un lado y quedándose en ropa interior.

Me atraganté. Si bien a veces por su estatura su cuerpo parecía el de una niña pequeña, sabía perfectamente que tenía un cuerpo de mujer. Ahí, sentado sobre la cama, con una Madison con un conjunto de lencería de algodón blanco con detalles en color lila. El sujetador era de palabra de honor y se aferraba a su torso con firmeza. Sus pechos eran más grandes de lo que a simple vista parecían. No pude evitar sonreír al verla así, con las mejillas ruborizadas, el pelo revuelto y en ropa interior.

Fui a besarla, pero ella me detuvo.

—No es justo que yo esté así mientras tú aún sigues vestido —se quejó.

Sus manos se posaron en mis hombros. Me quitó la chaqueta de mi esmoquin y la dejó tirada junto a su vestido. Lo segundo que hizo fue quitar la corbata y la camisa blanca.

Abrió los ojos y recorrió mi pecho desnudo con la vista. Parecía que estaba babeando. Solo esa imagen me causó gracia.

—Mmm —murmuró y pasó sus manos por mis brazos acercándose a ella.

Pronto nos encontramos de nuevo en una batalla de besos sin tregua. La pasión y el deseo eran palpables en el ambiente. Bajé mis labios hasta el valle de sus pechos, en donde deposité un beso antes de mirarla.

—Si me lo pides ahora, me detendré —le dije con toda la seriedad que encontré.

Me miró con deseo.

—No quiero que lo hagas. Estoy lista, Eric, confío en ti.

—¿Segura?

Sonrió, y solo ese gesto me sacudió por dentro.

—Sí. Te quiero, Eric.

—Yo también a ti. —Junté sus labios con los míos.

Y sucedió.

Capítulo 37

Madison

La luz del día me despertó a la mañana siguiente, los cálidos rayos calentando mi piel. Sentía el cuerpo agarrotado y adolorido como nunca, ni siquiera las horas excesivas de ensayo me dejaban así, lo que me recordaba... ¡El ensayo! Mierda. Se suponía que la competición sería al día siguiente y que, por ende, debería estar en el estudio antes de las doce.

Seguramente me habría dormido. La fiesta duró hasta tarde y Eric y yo...bueno... Abrí los ojos de golpe incorporándome al momento sobre la cama. ¡Eric!

La imagen de él tumbado bocarriba sobre el colchón durmiendo profundamente me enterneció. Estaba muy adorable, tanto que no resistí la tentación de darle un beso en los labios. Error.

Se despertó. Se removió un poco para después abrir los ojos con lentitud, esbozando una sonrisa adormilada al verme a su lado.

—Buenos días, amor. ¿Cómo has dormido? —dijo con la voz ronca.

—Muy bien, bello durmiente. —Sentada como estaba me estiré con un gato, desperezándome. ¡Qué bien había dormido! Al hacer eso, la sábana que me cubría el cuerpo se hizo a un lado, mostrando parte de mi ropa interior. Me ruboricé e intenté cubrirme de nuevo con las sábanas.

Los ojos de Eric brillaron con deseo.

—No me digas que ahora tienes vergüenza, Maddie. No hay nada que ya no haya visto.

No sé por qué sus palabras provocaron una tonalidad aún más intensa que la anterior. Quizá fue por ese tono de burla o por su mirada.

Anoche le había entregado a Eric lo más preciado que una mujer tenía: su virginidad. No me arrepentía de nada, me había gustado a pesar de que al principio había dolido un poco. Eric, al notar que al principio no lo disfrutaba, intentó detenerse, pero yo no le dejé. Le pedí que siguiera adelante. A mí me había parecido la mejor noche de mi vida. Estar con él de aquella manera tan íntima había llevado nuestra relación a otro nivel. Había descubierto que mi amor hacia él había aumentado con creces.

Se removió entre las sábanas y se acercó a mí para depositar un beso casto en mis labios.

—Has estado increíble —dijo y me dio otro beso—. No sabes lo guapa que estás ahora mismo.

Puse los ojos en blanco. Cabello revuelto y enredado, rostro cubierto de legañas y marcas de almohada, y seguramente aliento matutino. Claro, guapísima.

—Ha sido fácil, el mejor ha estado conmigo en todo momento —dije guiñándole un ojo y obviando la segunda parte.

Sonreí llena de dicha. Eric me atrajo hacia él y me rodéo los hombros con un brazo. Reposé la cabeza en su hombro y nos quedamos así durante varios minutos, en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Me gustaba que con él pudiese estar de aquella manera, que no necesitáramos palabras para saber si el otro necesitaba algo, que pudiésemos estar sin hablar, pero al mismo tiempo contándonoslo todo.

En un momento dado Eric miró el reloj de su mesilla de noche.

—Será mejor que vayamos preparándonos. Tengo que ir al Moonlight a recoger a Hayley. —

¡Oh, era cierto! Mi alumna más pequeña se había quedado a pasar la noche en mi casa—. Si quieres ducharte, el baño está al final del pasillo.

Una ducha era lo que más me apetecía en esos momentos, así que asentí. Cogí el vestido del suelo y salí de la habitación de mi chico. Las escaleras estaban en el centro de la planta. En el lado derecho estaban el dormitorio de Eric y otros dos más mientras que en el lado izquierdo estaban los de Jane y Arthur, Hayley y Andrew. La casa en sí era muy acogedora, con las paredes repletas de fotografías familiares, cuadros y dibujos que seguro que alguno de sus hijos había realizado.

El baño era una estancia enorme. El suelo estaba revestido de azulejos negros y las paredes, de azulejos grises. Nada más entrar, en el lado derecho había una gigantesca bañera y a su lado, una ducha de cristal.

El cuelga toallas estaba al lado de esta última. En la parte izquierda había un lavabo de dos pozos conectados por una gran encimera de granito muy modernas que me enamoró al instante y un gran espejo colgado en la pared, un armario con mucho almacenaje y, por último, el retrete.

Aquel espacio era como imaginaba que sería el baño que tendría una vez que me hubiese establecido formalmente en una casa en un futuro.

Me quité la ropa interior y me metí en la ducha. Después de regular la temperatura, me metí bajo el gran chorro de agua caliente. Mis hombros se destensaron y disfruté del momento todo lo que pude, ya que, para mi desgracia, decidí darme una ducha rápida.

Una vez lista, me enrollé una toalla al cuerpo y me puse otra sobre la cabeza para que mi chorreante cabello no mojara el suelo. Me sequé con tranquilidad y, después, me puse de nuevo la ropa que había llevado el día anterior.

—¿Ya estás lista? —preguntó Eric cuando hube entrado en su habitación con aún la toalla enrollada sobre mi cabeza a modo de turbante.

—Sí. El baño es todo tuyo.

Eric desapareció por la puerta así que, para no aburrirme, decidí bajar a la cocina y preparar un delicioso desayuno casero: mis famosas tortitas. Preparé la masa con harina, levadura, una pizca de sal, huevos, una cucharada de aceite, un vaso de leche y azúcar. Batí los ingredientes con ímpetu hasta que me quedó una masa sin grumos para después verter el contenido del bol en una sartén. En total preparé unas doce y puse la mitad en un plato y la otra mitad en otro, que deposité en la mesa mientras tarareaba una canción que se me hacía imposible quitármela de la cabeza.

Fue así cómo me encontró mi chico, poniendo el zumo en dos vasos a la vez que cantaba la canción. Al principio no fui consciente de que me miraba.

—¿Sabías que me encanta tu voz, sobre todo cuando cantas? La adoro.

Pegué un gran bote por el susto, tal fue la intensidad que casi derramo el líquido anaranjado de uno de los vasos de cristal.

—¡Joder, Eric, me has asustado!

Alzó una ceja acercándose a mí. Se había puesto unos vaqueros verdes que le llegaban por encima de la rodilla y una camiseta blanca con el nombre de una marca muy reconocida a nivel mundial. También se había calzado con sus playeras favoritas. Estaba irresistiblemente guapo.

—Caray, no sabía que era tan feo.

Lo miré con burla.

—El sarcasmo es un color que no te queda nada bien.

Hizo una mueca que yo le devolví.

—Vaya —dijo cambiando de tema—, no sabía que habías hecho el desayuno. —Fijó su vista

en la mesa repleta de comida intentando ocultar en balde su ansiedad.

Fui hacia los estantes en donde la familia guardaba la comida.

—Pensé en que sería lo mejor. Me rugen las tripas. —Antes de llegar a mi destino me toqué el vientre con aire dramático.

Metí la cabeza en el armario y busqué el sirope de chocolate, de modo que quedé de espaldas a Eric. Fue por eso que no vi cómo se acercó a mí y rodéo mi cintura con sus brazos. Me besó el hombro y, acto seguido me obligó a girarme para que lo mirara.

—Gracias, por todo. Por ser la persona que me ha hecho cambiar para bien, por ser la luz en un día tormentoso, por ser un ángel. Te quiero.

En ese momento lo amé el doble.

—Yo también te quiero, lo sabes, ¿verdad?

Me dio un beso de los buenos, esos que me derretían por completo y que eran tan largos que me dejaban jadeante y con ganas de otro. Pero tan pronto como empezó, se terminó. Protesté como una niña pequeña, pero lo único que conseguí fue que me dejara un beso en la punta de la nariz, y yo quería uno en mis labios.

—Sabes que me gustaría darte todos los besos del mundo, pero debemos desayunar. No quiero que llegues tarde al ensayo y, si mal no recuerdo, primero tienes que pasar por tu casa para cambiarte, ¿o piensas ir con ese vestido?

Cierto.

Así que a regañadientes me separé de él y me senté a desayunar. Estuvimos hablando del tema que en aquel entonces estaba en boca de todos los que estaban dentro del mundillo del baile: los Nacionales. Me preguntó si estaba ansiosa o nerviosa. A veces me preguntaba si el cerebro de ese hombre funcionaba correctamente o solo se estaba burlando de mí. ¡Por supuesto que estaba nerviosa! ¿Quién no lo estaría?

Quedaba un poco más de tres semanas y yo ya quería que empezaran.

Tras el desayuno (que, por cierto, estaba delicioso), Eric me llevó al Moonlight, aunque me dejó varias calles más atrás. Se suponía que había pasado la noche con Sarah. Sí, era una burda mentira, pero, vamos, era la primera y única mentira que diría en toda mi vida.

Al entrar por la puerta, a eso de las once y media, me encontré con un Álvaro cuya mirada hubiese matado a la persona que tenía delante: Eric. Era consciente de que mi tutor legal estaba actuando de una manera exagerada. Pobre Eric, me compadecía de él. Me pregunté por qué no habría huído cuando había tenido la oportunidad.

—Se lo juro, señor Moon, anoche dejé a Maddie en casa de su amiga. —La voz de Eric demostraba dos cosas: respeto y temor. No era un secreto que Álvaro era muy sobre protector con todas las chicas, sobre todo si se trataba de chicos. A John también le había pasado. El instinto paterno de Álvaro se había disparado. Solo quedaba rezar para que las cosas fuesen bien.

—¿Sobre qué hora?

—No lo sé.

—Escúchame bien, niño bonito, como... —Pero no llegó a terminar la frase, pues me vio en el umbral de la puerta, llaves en mano y con una mueca de horror plantada en el rostro—. Maddie. —Su expresión y su tono habían cambiado por completo.

Me crucé de brazos y me acerqué a ellos.

—Deja a mi novio respirar. ¿No ves que lo estás espantando?

—Es lo que tiene. Viene con el pack.

Álvaro me lanzó una mirada desafiante la cual yo respondí. Le miré con intensidad, sin pestañear, de esa manera que sabía que le ponía nervioso. Sonreí victoriosa en el momento en el

que apartó la mirada.

—Detesto que me mires así.

—Quiero que los dos tengáis una charla civilizada, ¿vale? Así que ya sabéis. Ahora, si me disculpáis, voy a cambiarme. Tengo un ensayo al que acudir.

No tardé ni diez minutos en hacerlo, coger la mochila que llevaba al ensayo y bajar por las escaleras.

Descubrí una imagen muy tierna cuando llegué a la planta baja. Kevin hablaba con Hayley sentado en el parque a la vez que le prestaba uno de sus juguetes y mientras tanto Eric los miraba desde el sofá.

No quería interrumpir en la escena, pero desgraciadamente lo hice. Sin querer trastabillé con uno de los tantos muñecos que había desperdigados por la sala, el que hizo un gran estruendo. Suerte que mantuve el equilibrio a tiempo y no me di de bruces contra el suelo. Lo que me faltaba, estar inactiva más tiempo.

Debido a mi accidente, los tres giraron sus cabezas hacia donde yo estaba. Mientras que los niños se desternillaban de la risa, Eric apretó los labios en un intento por no reírse. Lo supe al ver cómo le temblaba el labio inferior y cómo clavaba sus uñas en su antebrazo.

—Ya estoy lista. Podemos irnos al estudio.

—¡Sí!

—¡Por fin!

Y sin decir nada más, los cuatro nos fuimos a pasar un hermoso día de verano encerrados entre sus cuatro paredes, puliendo todos los detalles para que todo saliera a la perfección.

Menudo asco de domingo. Nada nos salió bien. Parecía que el universo estaba en nuestra contra.

Estábamos jodidas y, en cierta manera, sentía que era culpa mía.

¿Por qué estaba tan mosqueada? Bien, por la cagada que hicimos en el último concurso del año antes de los Nacionales. En primer lugar, el solo que llevó la academia de baile quedó en una posición inaceptable, en quinto lugar. ¡Pobre Támara! Hannah se la comería viva cuando pisáramos el estudio de nuevo el lunes. En segundo lugar, el trío que presentamos no salió tan bien y quedamos segundas, detrás del estudio de Summer. Y, como guinda del pastel, nuestro baile grupal quedó descalificado al yo caerme en el escenario al hacer un *dobles aérial*. Por suerte, mis niños lograron lo que nosotras, las sénior, no pudimos, ganar al grupo de Summer que competía en su categoría.

Los ensayos de los Nacionales comenzaron al día siguiente. Juro que jamás vi a Hannah tan cabreada.

Nos regañó como nunca y nos tuvo haciendo ejercicios básicos durante más de dos horas antes de decirnos qué haríamos en el evento que todas estábamos esperando desde que empezamos el año.

Una vez que el fuego de su ira se extinguió, nos explicó que cada una de nosotras tendríamos un solo, tal y como esperábamos. Mi solo se llamaba *The Phantom of the Opera*. Estaba muy emocionada con la pieza, ya que estaba basada en una de mis películas favoritas. El baile grupal sería de estilo lírico llamado *Viviendo al Límite*. Esperaba que al jurado le gustara, pues la coreografía era algo oscura y misteriosa, y eso era algo extraño de ver sobre el escenario.

Así que, bueno, esas semanas estuvimos entrenando a saco. No sucedió gran cosa, mi vida se había vuelto una rutina: por la mañana ir al estudio para ensayar y darles a mis chicos una clase

de tres horas, comer allí y, por la tarde, poco después del almuerzo, ensayar hasta bien entrada la noche.

Todo fue sobre ruedas hasta que llegó el miércoles de la semana anterior al gran concurso.

Había tenido que volver a mi casa porque me había dejado las punteras en mi dormitorio. Llovía un poco, una leve cortina de agua, y no llevaba paraguas, por lo que nada más llegar, me vi obligada a cambiarme de ropa si no quería coger un resfriado. Así que cuando ya hube estado lista, descendí por las escaleras. No veáis la sorpresa que me llevé al ver a Christina en el salón del Moonlight. ¿Qué estaría haciendo a esas horas allí? ¿Qué sería tan importante como para que hubiese ido a las nueve de la mañana?

En cuanto llegué a la planta baja y me vio, ella sonrió y yo me sentí muy incómoda y violenta. ¿Cómo se suponía que debía actuar frente a ella? ¿Por qué me sonreía de esa forma ahora cuando hacía unos años me había dado la espalda, al igual que el resto de los que se suponía que eran mi familia?

—Hola —me saludó.

Tardé unos segundos en responderle para luego ponerle la excusa de que debía coger algo de la cocina (lo que era cierto: quería coger un par de piezas de fruta para tomarlas en uno de los descansos que tenía).

Fui a la cocina. No sé si tardé mucho o no, pero la cosa es que al volver, mochila en mano, me quedé estática en la entrada del salón. Kara y Álvaro estaban ahí, junto a Christina. Desde donde estaba, pude escuchar parte de su conversación sin que se enterasen de que estaba ahí.

—...Hemos conseguido todos los papeles —decía Kara.

—Están en el despacho. ¿Está segura de esto? Ya sabe cómo es Kevin, es muy revoltoso a veces y no queremos que sufra más.

Christina asintió con la cabeza con fuerza.

—Claro que estoy segura. Kevin es un niño adorable que solo necesita amor. Me ha robado el corazón desde el momento que lo he visto. Sé que quiero adoptarlo.

Adoptarlo. Una palabra tan corta, pero con un significado tan grande. Eso quería decir que ya no vería a ese niño todos los días, que ya no podría gastarle mis bromas a todas horas, que solo lo vería en el estudio y, a veces, cuando llevara a los niños al colegio; pero, a su vez, significaba que por fin tendría una familia que lo quisiera como él lo necesitaba, que cumpliría todos sus caprichos y que cubriría todas sus necesidades.

¡Eso era fantástico! Por fin ese niño que al principio nos había hecho la vida imposible, pero con el que después habíamos establecido una relación muy profunda tendría la familia que todos ansiábamos.

—Hay algo que no entendemos —prosiguió Kara mirando a Álvaro—. ¿Qué tiene que ver Madison en esto?

Fruncí el ceño sin entender las palabras de la mujer que me había criado.

—Lo que mi mujer quiere decir —dijo Álvaro acercándola a él y rodeándole la cintura con las manos con cariño— es por qué también quieres adoptarla.

Espera, espera, espera. ¡¿Qué?! ¡¿Que Christina quería qué?!

—¡¿Qué?!

Oh, mierda, me había delatado.

De inmediato tres pares de ojos se posaron en mí. Mi cerebro se había sobrecalentado, los engranajes de mi cabeza funcionaban a mil por hora. Estaba en un estado de shock, mirándoles con los ojos abiertos como si fuera un cordero que sabe que va a ser comido por un lobo.

No podía ser cierto. No, no, no, no. Me negaba a...

—¡Maddie! —dijeron Kara y Álvaro al unísono, asombrados de verme ahí.

—Podemos explic...

Pero yo no les di tiempo a terminar la frase, pues salí corriendo de ahí, sintiéndome traicionada por ellos, como si me hubiesen clavado un puñal en la espalda. Al final no llegué muy lejos. Acabé sentada en un banco de la plaza que estaba a un par de minutos del Moonlight, con el rostro surcado de lágrimas.

¿Por qué me harían eso? ¿Por qué, de todas las personas que había, Christina iba a adoptarme? No quería, me negaba en rotundo. Me llevé las manos al cabello y tiré de él con fuerza. Joder, no podía ser cierto.

—¿Madison?

Enseguida me erguí y me puse en tensión. Esa voz... ¿Qué hacía ella allí? ¿Me estaba siguiendo?

No me volví, no tenía fuerzas para encararla. Tenía miles de preguntas que rondaban en mi mente y ninguna respuesta. Pero ¿cómo podría resolverlas si me negaba a hablar con ella?

Al parecer, mi silencio no bastó para que entendiera que quería estar sola, pues rodeó el banco de piedra y se sentó a mi lado a una distancia prudencial. Permanecí callada, al igual que ella, enfrascada en un silencio muy tenso y sumida en mi cabeza hecha un lío. ¿Cómo sería capaz de enfrentarme a una situación así? ¿Qué se suponía que debía hacer?

Christina carraspeó y la miré a regañadientes.

—Esto... Madison, ¿por qué has huído de aquella manera cuando has escuchado...bueno...ya sabes...que quiero adoptarte? ¿A caso no quieres vivir conmigo?

¡Claro, pero qué tonta había sido! ¿Por qué no vivir con aquella persona que decidió abandonarme junto a las puertas de una completa desconocida? ¿Y si en vez de Kara hubiese sido un contrabandista de niños o, peor, un pederasta?

Bufé con frustración. Abrí la boca y, sin que yo fuera consciente, las palabras salieron de mi boca con total brusquedad:

—Porque sé que tú eres mi tía biológica.

En cuanto vi cómo Christina abría los ojos y de su boca salía una exclamación de asombro, me reprimí mentalmente. Debería haber sopesado mejor mis palabras, debería...

—¿Cómo...cómo sabes eso? Se suponía que solo lo sabía Jane.

La miré con total neutralidad, aunque eso era muy difícil teniendo en cuenta que mi rostro aún estaba cubierto de lágrimas.

—Escuché cómo se lo decías hace un tiempo.

Ahora era ella la que me miraba.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¡Qué más da! La cuestión es por qué me lo has ocultado y por qué quieres adoptarme, eh. ¿Qué te hace pensar que yo ahora quiero irme contigo si hace casi dieciocho años fui lo suficientemente insignificante como para dejarme sola? —escupí con veneno.

—¡Oh, mierda! Debía de haber supuesto que pensarías eso —se dijo más para sí misma que para mí. Se llevó las manos al cabello, rubio y liso, y se lo agarró con fuerza.

—No comprendo. —Fruncí el ceño y le pedí en silencio que se explicara.

—Buff, es una historia muy larga.

—Tengo tiempo. —Me puse cómoda, dispuesta a escucharla solo porque quería saber sus razones de actuar así. Me desconcertaba un poco todo lo que estaba sucediendo. A la porra el ensayo. Ya iría a la tarde o mañana metería más horas. Lo importante en ese momento era lo que Christina tenía que contarme.

—¿Estás segura? —Me lanzó una mirada inquisitiva.

—Tan segura como que me llamó Madison.

Suspiró.

—Está bien. Veamos, ¿por dónde puedo empezar? —se preguntó a sí misma.

—No lo sé, por el principio, quizás.

Me lanzó una mirada intimidante que decía que me callara, así que cerré el pico dispuesta a escucharla.

—Lo primero, yo soy la hermana pequeña de tu padre, Derek Price. Él era una persona increíble que amaba a tu madre con locura y que me protegía de cualquier rompecorazones. — Sonrió nostálgica.

—Hablas de él en pasado. ¿Dónde está ahora?

Su mirada apenada me lo dijo todo.

—Por desgracia, él murió unos meses antes de que nacieras. No lo culpes de nada. Él te quería incluso antes de que nacieras. Estaba muy ilusionado con la idea de tenerte. —Volvió a sonreír, quizá evocando recuerdos del pasado.

¿Qué? Osea, ¿muerto?

<<No sé qué vió en tu madre, la verdad. Ella era todo lo contrario a él: caprichosa, mimada y adinerada.

Desde el primer momento no me cayó muy bien que digamos, pero le hacía feliz, ¿sabes?, y eso era lo más importante para mí.

<<Se conocieron en la universidad. Gracias a una generosa beca pudo cursar en una de las más prestigiosas universidades de Portland. Derek era muy deportista, no podía vivir sin ello, pero destacaba en la gimnasia artística. Le ofrecieron una beca al ver lo talentoso que era. Todavía recuerdo el día en que llegó la carta de admisión y su expresión de alegría. No lo volví a ver tan alegre hasta pasados casi dos años, cuando conoció a una chica llamada Olivia. Se enamoró perdidamente de ella y, pasado un tiempo, comenzaron a salir.

<<Su relación duró, a diferencia de lo que yo había pensado al principio. Él se veía muy feliz a su lado y eso me hacía dichosa. Un año antes de que todo ocurriese, decidieron mudarse para así vivir juntos y, pasado ese tiempo, me dio la noticia de que Olivia estaba embarazada. Como ya te he dicho antes, él te quería con locura, era algo que no podía creerse. Me dijo que se casaría con tu madre una vez que hubieses nacido.

—Pero... —la insté a seguir cuando vi que permaneció callada durante varios minutos.

—Pero dos meses antes de que nacieras ocurrió lo peor. Él volvía de trabajar, como todas las noches, pero nunca llegó a casa. Olivia se asustó tanto que me llamó en cuanto supo qué había pasado. Derek murió en un accidente de tráfico por culpa de un adolescente insensato que conducía después de haber consumido alcohol y drogas. —Sollozó.

<<Tu madre provenía de una familia adinerada que no aprobaba la relación que tenía con tu padre, es por eso que después de que se fuera a vivir con él la repudiaron. Pero, tras el accidente, desesperada, acudió a ellos. Por lo que me contó la última vez que la vi, hace mucho, sus padres la aceptaron de nuevo con ellos siempre y cuando se deshiciere de ti cuando hubieses nacido.

<<Te preguntarás qué tengo que ver yo con todo este asunto, ¿verdad? —Asentí. No comprendía su papel en toda esa historia—. Bueno, cuando todo esto pasaba, yo me encontraba viajando por el país asistiendo a diferentes conferencias. Era algo que tenía pendiente por hacer, así que un mes después de la tragedia decidí que ya era hora de hacer algo productivo. Es por eso que no me enteré de que Olivia te había abandonado hasta que regresé, un par de meses después.

<<La encontré en la calle. Iba sola y me acerqué a ella. Como no tenía el vientre abultado de

las embarazadas, di por hecho que ya había dado a luz. Le pregunté por ti, qué tal estabas, cómo eras... Pero ella solo me respondió que no había podido hacerse cargo de ti. Me enfadé muchísimo con ella, incluso hoy sigo enfadada: por hacer lo que hizo y por no decirme cuál era tu paradero.

<<Así que empecé a buscarte...hasta que te encontré.

Sonrió victoriosa con los ojos cristalizados.

Permanecí callada, asimilando y procesando toda la información que me acababa de dar. Toda esa situación se me hacía tan rara... ¿Cómo narices una mujer era capaz de abandonar a su hija para conseguir la aprobación de su familia? Abrí los ojos. ¡Con razón Christina me había estado buscando con ímpetu y había insistido, una vez que hubo sabido que era yo, en conocerme! Y yo intentando evitarla... Me sentía la peor persona del universo.

Espera, ¿cómo supuso que sería yo su sobrina?

—¿Cómo supiste que era yo y no otra?

Sonrió como si se esperara esa pregunta.

—Lo primero y lo que más llamó mi atención: tu parecido con Derek. A parte de haber heredado su color de pelo y de ojos, en lo que se refiere a lo físico te pareces mucho. Al principio creía que habían sido imaginaciones mías, así que no le di importancia. Pero luego Jane me habló de que vivías en el Moonlight y todo encajó. Por lo que veo, tienes el pelo rizado y el rostro ovalado, como Olivia. —Hizo una leve mueca de desagrado que habría pasado por alto si no hubiese estado tan atenta a sus gestos y a sus palabras—. Pero no las tuve todas conmigo hasta que te hice una prueba de parentesco. El resto es historia.

Me miró durante unos instantes hasta que ya no lo pude soportar. No sabía lo que sentía. Muchas emociones bullían en mi interior: rabia e ira hacia aquella mujer llamada Olivia, pena y tristeza ante la muerte de mi padre, y culpabilidad. Ahora entendía todo y me sentía fatal por haber sido tan arisca con Christina, quien seguramente las había pasado canutas buscándome.

—Yo... —Bajé la cabeza avergonzada—. Siento mucho mi comportamiento. Es que todo es tan reciente que...

Christina alargó una mano temerosa y la depositó sobre mi rodilla. Alargué la mía y la deposité sobre la suya con timidez.

—No hace falta que digas nada. Es una lluvia torrencial de información la que acabo de darte.

Sonreí y solté una pequeña risita.

—Sí, pero siento que debo decir algo.

—Y yo que debo dejarte espacio para que asimiles todo esto.

Noté que se iba a levantar, pero antes que lo hiciera agarré su mano para llamar su atención.

—No, quiero pasar más tiempo contigo —dije y su rostro se iluminó—, quiero conocerte. ¿Qué te parece si vamos a tomar un helado?

Alzó una ceja pero curvó los labios hacia arriba.

—¿No se supone que tienes ensayo?

Sonreí contagiada por ella.

—Sí, pero hoy quiero pasar el día con mi tía.

Sus ojos volvieron a cristalizarse de nuevo y su labio inferior tembló.

—No sabes cuánto deseaba oír esas palabras.

Sin poder evitarlo, la abracé con fuerza. Yo también había necesitado decírselo. Me sentí muy bien ahí con ella. Tampoco pude contener las lágrimas que se me escaparon y, al parecer, ella tampoco pudo hacerlo. Era una imagen muy bonita, la imagen de dos personas que se habían reencontrado tras años de haber estado separadas.

Capítulo 38

Madison

Llegó el gran día, la hora de darlo todo y de demostrar que éramos lo suficientemente buenos como para calificar entre los cinco primeros puestos.

Fueron unas semanas muy ajetreadas. Primero, entre Gwendolyn y yo coreografíamos un total de dos solos y un baile grupal de la calidad que exigía un concurso tan importante como lo eran los Nacionales.

Segundo, Hannah no nos dio ni un respiro. Se esmeró mucho en que todo saliese a la perfección y ello conllevaba mucha frustración por parte de nosotras. Tercero, Kevin y yo nos habíamos mudado al piso de Christina días atrás y, debido a ello, perdimos un día de ensayo. Cuarto, apenas pude ver a mi chico, solo un par de salidas furtivas.

Acostumbrarme a vivir bajo el mismo techo con mi tía fue extraño y difícil al principio. El apartamento de ella era muy amplio y espacioso, de estilo abierto. Tenía tres dormitorios (uno para cada uno), una sala de estar muy acogedora, una cocina Gourmet -descubrí que a Christina le gustaba mucho la repostería si bien no se dedicaba a ello profesionalmente-, dos cuartos de baños completos, un cuarto para la lavandería y un comedor que estaba pegado a la cocina. Compartir baño con Kevin fue raro al principio y fue algo a lo que nos tuvimos que acostumbrar y que nos costó mucho.

Cada día que pasaba, Christina me mostraba una faceta nueva. Era una mujer que amaba su trabajo con locura y que le encantaba estar rodeada de niños. También a veces era muy organizada y podía llegar a ser muy estricta cuando veía que, por ejemplo, Kevin y yo discutíamos acaloradamente. En cierta manera, se parecía a Kara.

Kara. Añoraba mucho a mis hermanos. Christina nos dio una charla a Kevin y a mí. Nos dijo que no estábamos obligados a romper las relaciones que habíamos forjado con el resto de internos, que podíamos verles siempre que quisiéramos. Menos mal. Ni muerta dejaría de lado a Lea y a Dani, y mucho menos a mis hermanitos pequeños.

Pasó el tiempo y pronto llegó el día señalado.

Así que ahí estábamos, en Los Ángeles, el lugar que había sido seleccionado para celebrar los Nacionales de ese año. El año pasado, por ejemplo, fue en Washington. Habíamos viajado hacía un par de días para acomodarnos y, por ende, había arrastrado conmigo a Christina, quien había insistido en acompañarme.

El clima era agradable, la calidez de Los Ángeles nos envolvía a pesar de que el aire acondicionado estaba a tope. En el exterior hacía un calor sofocante y el sol brillaba con todo su esplendor. El día te invitaba a bañarte en la piscina del hotel o en la playa, pero no podíamos. Debíamos prepararnos para la acción.

Kevin todavía dormía en su cama, al igual que Christina. Mientras que el primero estaba tapado hasta las orejas, la segunda había tirado las sábanas al suelo. Sonreí al ver aquella imagen y, sin poder evitarlo, cogí mi teléfono móvil que había dejado anoche en la mesita de noche y saqué una foto. Se la envié a Eric con el siguiente mensaje: "Mira que dos".

Yo me había despertado hacía una hora, sobre las ocho de la mañana, y, al comprobar que no podría dormir, había optado por hacer una sesión de estiramientos. Así que ahí estaba, con las

piernas estiradas y el torso echado hacia adelante y tocando con mis dedos la punta de mis zapatillas de casa.

Una media hora después, el despertador de Christina empezó a sonar por toda la habitación que los tres compartíamos. Kevin se removió en sueños y murmuró:

—¡Apaga ese cacharro!

Se dio de nuevo la vuelta dispuesto a seguir durmiendo, pero mi tía no se lo permitió.

—Vamos, Kevin, arriba. Tenemos mucho que hacer antes de reunirnos con los demás. —Se levantó y empezó a sacudir con suavidad al niño y este volvió a removerse.

—¿Como qué? —preguntó abriendo los ojos y tallándose los.

—Mmm, veamos, tenemos que desayunar como unos campeones para que así os vaya de maravilla hoy. Ya sabes que el desayuno es la comida más importante del día.

Ese pequeño comentario despertó por completo al niño. Saltó de la cama como un resorte y salió disparado hacia su maleta.

—¡Es verdad! ¡Hoy es el día, Maddie!

Sonreí. Su entusiasmo pudo conmigo.

De pronto Christina reparó en mí, en cómo estaba vestida, reprimiendo un bostezo.

—¿Qué haces vestida con ropa deportiva tan pronto? ¿No se supone que debes descansar para patearles el trasero a todos tus contrincantes? —preguntó poco después de que Kevin se metiera en el baño.

Me encogí de hombros y me levanté del suelo.

—No podía dormir, así que supuse que lo más sensato sería hacer algo productivo. Además, no es como si estuviera malgastando mi energía en balde. Solo estoy haciendo un par de ejercicios de calentamiento.

La mirada de Christina era de preocupación. Lo cierto era que todavía no se había acostumbrado a mis constantes ensayos.

—Me temo que tu sesión se ha cancelado. —Me miró de arriba a abajo y sonrió a la vez que negaba con la cabeza. Kevin tiró de la cadena y salió del aseo—. Deberías darte una ducha antes de que nos reunamos con el resto. —Señaló el baño con el mentón.

Y así hice. Cogí una muda y la ropa que me pondría durante el día y me metí en el baño de suelo de mármol y pared de granito. Me metí en la ducha y no salí de ahí hasta pasada casi media hora. Estaba muy a gusto y, además, tenía como costumbre tardar mucho.

Una vez lista, salí, me sequé con la toalla, me vestí con los pantalones cortos de mezclilla y la camiseta de tirantes verde esmeralda y abrí la puerta de caoba. No salí, ni de lejos había terminado. Me sequé el cabello con ahínco y me cepillé los dientes antes de bajar a desayunar.

Cuando salí, un impaciente Kevin y una sonriente Christina me esperaban.

—Ya era hora. Has tardado mucho, tanto que casi me salen canas y eso que solo tengo diez años —dijo Kevin con un tono de hastío.

Por su parte, Christina soltó una tremenda carcajada. Le revolvió el cabello al chiquillo consiguiendo que él se quejara. Kevin y ella habían creado un gran vínculo desde que Christina nos adoptara hacía ya dos semanas atrás.

—¡Ya estoy lista!

—Es que si no estás lista es para matarte.

En vez de mosquearme o molestarme su comentario lo que conseguí únicamente fue que riera. No sé si ya lo había dicho, pero adoraba a ese niño aunque al principio me hubiese costado mucho congeniar con él.

—En ese caso será mejor que bajemos a desayunar, ¿no creéis? —propuso mi tía mientras nos

guiaba hacia la entrada. Cabía destacar que ninguno de los dos nos quejamos.

Ese desayuno fue como todos los que habíamos tenido antes: animado. Sin embargo, yo no pude evitar sentirme un tanto nerviosa. ¡Estábamos hablando de los Nacionales! Era normal que estuviese preocupada no sólo por mí, sino que también por mis compañeras y por mis chicos. Solo esperaba que todo saliese bien.

"Respira, Maddie. Inhala y exhala", me dije mientras me miraba en el espejo. Podía hacerlo, tal y como lo había hecho otros años. "Vamos, tú puedes".

Terminé de maquillarme el rostro con suavidad y sutileza. El traje de dos piezas estaba colgado en una percha que cogí y arrastré conmigo hacia un lugar apartado. A pesar de llevar años compitiendo juntas, todavía sentía cierta vergüenza al tener que desvestirme delante de mi equipo. Así que por esa razón prefería hacerlo en privado.

Me quité los pantalones cortos y los cambié por la falda negra y lisa. Hice lo mismo con la camiseta de algodón: me la quité y en su lugar me puse el top del mismo color que la falda y que dejaba al descubierto mi vientre plano por todo el ejercicio que hacía. Cambié mis zapatillas por mis punteras favoritas.

Al salir de ahí y reunirme con mi equipo en el centro de la sala, en donde estaban los tocadores, mi amiga casi gritó:

—¡Oh, Dios mío! Amo tu vestuario.

Yo adoraba el suyo. Era muy parecido al vestido que llevó en su graduación, solo que ese tenía tirantes.

Los brillos y el lazo en medio le daban un toque adorable e inocente. Y es que su solo se llamaba así: *Innocence*.

Sonreí al mismo tiempo que retoqué el pintalabios con cuidado de no salirme. Se suponía que debía estar perfecta. Era una pieza única y debía expresar muchas emociones utilizando el lenguaje corporal ya que llevaría una máscara que me cubriría parte del rostro, hasta la nariz. Esa máscara blanca estaba encima de mi tocador, esperando el momento en el que yo me la colocara.

—Vamos, chicas, en cuanto terminéis, quiero que os reunáis conmigo, ¿entendido? —nos dijo Hannah desde casi la otra punta de la estancia sin alzar la vista de la pantalla de su teléfono móvil y tecleando sin parar.

De inmediato Sarah y Tamara se acercaron a ella, quien dejó el aparato electrónico a un lado y empezó a ayudarles a retocar los atuendos. Mientras tanto, me coloqué la máscara alrededor del rostro y me cercioré de que no se caería colocando muchas horquillas del mismo color que mi cabello sobre la goma.

Terminé de retocar el maquillaje y fui hacia donde estaban todas.

Al igual que había hecho con todas, Hannah se aseguró que la máscara estaba bien sujeta y que no se caería en ninguno de mis giros y saltos.

—Bien, chicas, ha sido un año muy duro, lo sabéis. Un año de grandes cambios, de derrotas y de grandes triunfos. Estoy orgullosa de todo lo que habéis conseguido. Solo quiero que les enseñéis al resto del mundo de qué pasta estáis hechas, quiero que lo deís todo y que os sintáis satisfechas con vosotras mismas, ¿entendido?

—¡Sí, Hannah! —coreamos nosotras en voz en grito.

—¡Manos al centro! ¡A la de tres! Una, dos y ¡tres!

—¡*Hannah Brown Studio*! —gritamos al unísono nosotras como si fuese un cántico que nos diese fuerzas para derrotar a todos y cada uno de nuestros enemigo.

Todas salimos de los vestuarios que nos habían proporcionado y recorrimos todo el *backstage* hasta llegar a la parte trasera del escenario. Se suponía que en dos números iría Susana, seguida de Tamara, Emma, Samantha, Sarah y yo. ¡Buff, qué nervios! Mientras esperábamos a que llegara el turno de la primera, estuvimos calentando entre bastidores y haciendo nuestro ritual.

—A continuación, démosle la bienvenida a la número sesenta y cinco, con todos ustedes Susana Díaz bailando *Raining* —la presentó un hombre de mediana edad cuya voz era muy melodiosa y pintoresca.

Mi compañera y amiga de toda la vida salió al escenario mientras el público se volvía loco al escuchar su nombre. Aquel año ella había salido en un vídeo musical de un cantante de mucho renombre que había superado con creces el millón de visitas y, debido a ello, su popularidad había subido como la espuma.

Observamos cómo ella ejecutaba su rutina mientras no dejábamos de dar pequeños aspavientos en nuestro sitio. Ella estaba defendiendo la coreografía que le había dado Hannah con una gran maestría. Sin lugar a dudas, el jazz era lo suyo.

Cuando Susana volvió, el hombre presentó a la siguiente: Tamara. Ella, a diferencia de Susana, tenía una pieza contemporánea y, para desgracia de ella, no era su fuerte. Siempre me había dicho que prefería los bailes líricos. Sin embargo, Hannah le había otorgado ese reto para los Nacionales con el fin de que se amoldara a lo que le dieran en un futuro.

Así que ahí estaba mi amiga, frente a los lobos, con una pieza que sí había ensayado pero con la que no se sentía muy cómoda. No dejé de animarla en todo momento, hasta que salió y nos dio a todos una grandiosa lección: ella podía con todo, hasta con lo que no le gustaba.

—Por favor, señoras y señores —pidió de nuevo el presentador cuya voz resonaba por todo el lugar—, démosle una calurosa bienvenida al número sesenta y siete, ¡con todos ustedes Emma Knight!

Entre aplausos salió ella contoneándose al escenario. Mientras ella se defendía con gran ímpetu, empecé a hacer ejercicios de estiramiento, preparándome mentalmente para lo que venía. Así fue cómo di el tiempo restante, apoyando a mis compañeras e intentando relajarme. Pronto, demasiado pronto diría yo, Sarah salió al escenario. Hice un pequeño giro cerrando los ojos e imaginándome cómo debería hacerlo en el escenario. Al abrirlos me encontré a mi amiga mirando al público jadeante tras terminar su gran obra maestra.

Era la siguiente. Me tocaba darlo todo en el escenario y demostrar que yo no me andaba con chiquilladas.

Me enderecé y, antes de que fuera presentada, sacudí las manos y los pies en un intento por ahuyentar los miedos y los nervios. Debía ser espectacular. Sentía que debía darlo todo y superar a las chicas de *Great Dancers Studio*, las que debía admitir que habían estado insuperables. Solo de pensar en que alguna de ellas me ganara me daba náuseas.

—Muchas gracias, Sarah. Ahora, prestémosle atención a la número setenta, bailando *The Phantom of the Opera* tenemos a Madison Price.

¿Os había dicho que desde que Christina y yo hicimos las paces había adoptado oficial y legalmente el apellido "Price", apellido que se suponía que debía haber tenido? ¿No? ¡Pero qué despistada soy a veces!

Sonreí al escuchar cómo sonaba mi nombre junto a él y, segundos después, tras asegurarme de que la máscara no saldría disparada en ningún momento, salí a escena envuelta en una oleada cálida de aplausos y vítores. Vi a Eric una de las primeras filas, junto a su familia y a la mía, aplaudiendo como un loco. Él era uno de los que habían silbado.

Me coloqué de rodillas en el suelo y esperé pacientemente que mi música tronara por los

altavoces, una pieza que yo había trabajado con sumo mimo, como si fuese uno de los mayores tesoros que poseía. Me encantaban la falda y el top, y la máscara le daba un aura de misterio a mi personaje. Sin lugar a dudas, era uno de los más difíciles que había trabajado en mi vida.

Tomé una profunda bocanada de aire. "Allá vamos", me dije a mí misma dándome ánimos.

En cuanto el primer acorde fluyó por los altavoces, hice el primer ejercicio al que le siguieron el resto: giros, acrobacias, saltos aquí y allá... Era extraño, pero cuando bailaba, me sentía única, sentía que nadie podía vencerme. Era mi segunda casa... O mi tercera. Siempre me había gustado dar todo de mí, aunque eso implicará un trabajo mayor en las clases. La danza era algo que siempre, desde pequeña, había disfrutado.

A decir verdad, se me hizo corta la coreografía. Pronto, demasiado diría yo, ya estaba estirada en el suelo, respirando jadeante y envuelta en aplausos. Me levanté del suelo y saludé todo lo elegante que pude ser para dar una mayor impresión al jurado. Salí de allí muy orgullosa conmigo misma. Daría igual si quedaba primera, segunda o incluso quinta; había disfrutado y eso era lo más importante aunque a veces yo me centrara en ganar.

—¿Qué ha sido eso, Maddie? —preguntó Sarah en cuanto bajé el último peldaño de las escaleras. Me tendió una botella de agua y yo bebí con avidez intentando controlar mi respiración acelerada por el esfuerzo.

—¡Has estado impresionante! —exclamó Emma.

—Se lo tenía que poner difícil a las oponentes, ¿no creéis? —dije jadeante.

Tamara me miró como si me hubiese salido una segunda cabeza o como si mi piel hubiese cambiado de color. —Joder difícil, se lo has puesto imposible. Nunca te había visto bailar así.

—Vosotras también habéis estado perfectas —dije intentando cambiar de tema—. Va a ser una competición muy reñida.

Después de decir eso, todas nos fuimos hacia los camerinos, pues todavía nos quedaba una coreografía que defender en el escenario, un lírico que era de una dificultad asombrosamente alarmante. Solo esperaba que todo saliese bien.

No sé cómo pasó, pero pronto nos encontramos calentando en el centro de la estancia que nos habían proporcionado. Íbamos ataviadas con vestidos cuya falda era de gasa gris y cuya parte de arriba se asemejaba a un corsé. Llevábamos un tocado con forma de sombrero en un lateral y, debido a eso, estábamos un pelín asustadas de que se nos cayera en el escenario. Que ocurriera algo semejante era lo peor que pudiese pasarnos, pues estaba mal visto. Es por eso que nos habíamos cerciorado de que no se caería poniéndonos un arsenal de horquillas en el cabello.

—¡Esa pierna, Maddie, estírala más! —me pidió en voz en grito Hannah.

Automáticamente la corregí.

Cinco minutos después salíamos por la puerta y traspasábamos todo el *backstage*. Por el camino nos encontramos con el estudio de Summer. Ellas irían un número antes que nosotras. En seguida me lamenté al ver su vestimenta, ¡parecía que estaban envueltas en llamas con esos vestidos! Amaba esos atuendos.

—Vaya, vaya, vaya. ¡Pero mirad a quiénes tenemos aquí! —canturreó Summer al vernos. Por suerte, Hannah no se encontraba con nosotras, sino que había ido ya hacia los asientos. Por suerte. De lo contrario, se habría iniciado una pelea entre ellas dos, como el año pasado.

—Hola, Summer, chicas —las saludamos continuando con nuestro camino, o eso intentamos.

—Eh, ¿a dónde creéis que váis? —Johanna se puso en medio para que no pudiésemos pasar.

—¿Al escenario quizás? —le respondió Sarah intentando apartarla—. Además, ¿no deberías estar ahí ya?

¿Eso iba en serio? Ósea, ¿por qué parecía que buscaban pelea? ¿Acaso no eran conscientes de

que no podíamos pelearnos? Porque si eso ocurría, seríamos descalificadas y, entonces, no podríamos optar por ir a los Internacionales. Esa era una de las razones por las que siempre intentaba no hacer caso de las tonterías y de los sapos y culebras que salían de la boca de Kiara, porque ella quería picarme, y yo no le daría ese gusto. No, señor.

—Os vamos a dar una paliza tremenda ahí arriba, ya lo veréis —dijo Kiara con un tono petulante.

En fin, tenía que parar aquello. Era un truco muy viejo: intentar asustarnos. No pensaba caer en tales artimañas. Já.

Agarré del brazo a dos de mis compañeras y las saqué de ahí. El resto vino con nosotras al ver cuál era mi plan. Una vez nos alejamos de ellas, cuya risa insoportable se escuchaba por los pasillos, pude respirar con tranquilidad.

—Gracias, Maddie —dijo Susana con agradecimiento.

Me llevé las manos a la cabeza, teniendo mucho cuidado con el tocado de un color salmón apenas perceptible.

—No hay de qué. Solo he hecho lo que para mí parecía lo más sensato. No debemos dejar que ese grupo de panolis nos baje la moral; mucho menos que nos gane, ¿entendido?

Todas se llevaron las manos a la frente y se pusieron derechas como si estuviesen delante de un sargento.

—A sus órdenes, capitana.

Sonreí.

Fuimos hacia la parte de atrás del escenario y repetimos de nuevo nuestro ritual, ese que habíamos creado años atrás y que nos daba la confianza y nos infundía el valor necesario como para arrasar en escena.

—No podemos cagarla de nuevo —dijo Emma mientras agitaba las manos en un intento de que los nervios se alejaran de su cuerpo.

—Debemos demostrarle al mundo que podemos ir a los Internacionales, que hoy seremos las estrellas más brillantes del escenario, porque eso es lo que somos: estrellas que ansían brillar en el firmamento de Hollywood. —Sacudía los pies a la vez que escuchaba las palabras que Sarah acababa de decir.

—Exacto. —Las señale—. Debemos ser tan buenas como el año pasado como mínimo.

Hacia un año atrás habíamos arrasado en aquel concurso, quedando en los primeros diez puestos en la categoría de los solos y quedando en primer lugar con nuestro baile grupal llamado *Love is in the Air*.

Ojalá pudiésemos a repetirlo.

—¡Eso es!

Cuando el equipo de Summer estaba en el escenario, nos reunimos en una gran piña y nos abrazamos mutuamente, dándonos ánimos de guerra.

—¡Vamos! ¡Por Hannah! —coreamos todas antes de que el presentador hablara para despedir al *Great Dancer Studio*.

—A continuación en la categoría sénior tenemos al número ciento veinte quien nos mostrará su pieza lírica titulada *Viviendo al Límite*.

Entre aplausos y vítores salimos todas en fila y nos posicionamos cada una en su lugar. En cuanto escuché la música, todo el equipo se coordinó de tal manera que ninguna se retrasó en algún paso.

Intentamos hacer la pieza lo más delicada y perfecta posible. Tenía un par de acrobacias aéreas en las que tendría a Sarah y a Emma como ayuda, al igual que Susana tenía un par de

segundos de solo.

Lo bueno de ser un equipo unido era que podíamos confiar las unas en las otras sin tener miedo a que no nos cogieran al vuelo o no nos siguieran por cualquier razón. Desde que nos habíamos unido, habíamos funcionado bien como grupo, como unidad, y eso se notaba mucho en el escenario, el buen clima que había entre nosotras.

Esa era una de las razones de nuestro éxito. La otra simplemente era el trabajo que hacíamos en las clases de baile. Nosotras aprovechábamos el tiempo al máximo y si podíamos expresar un poco más, mejor.

Sudábamos la gota gorda en los ensayos, incluso a veces sentíamos tanta frustración que no podíamos evitar derramar lágrimas. Todo valía para que después de todo el proceso tuviésemos como resultado un baile de tan buena calidad como aquel que estábamos ejecutando sobre el escenario. Debió de haberse visto bien, pues en cuanto finalizamos, todo el público estalló en aplausos y gritos de júbilo, en especial nuestras familias. No podía sentirme más orgullosa de mí misma y de mi equipo.

—¡Muy buenas tardes, señoras y señores! —exclamó con voz cantarina el hombre que se había encargado de presentar a todos los grupos, solistas, dúos y tríos durante los Nacionales. Ahora que lo veía, parecía un personaje muy pintoresco con su traje de tres piezas de pingüino y su cabello azabache engominado hacia un lado—. En unos momentos sabremos quiénes son los ganadores de este concurso tan apasionante y sabremos quiénes irán a los Internacionales.

El hombre se calló durante unos minutos en los que los jueces terminaban de decidir antes de dar su veredicto final. Ese tiempo tan breve se me hizo eterno. Mi corazón latía con fuerza. No solo estaba nerviosa por mí solo o por el baile del grupo, no. También estaba nerviosa por el trabajo de mis niños.

Ojalá estuviesen a la altura de tan alto nivel.

Mis chicos...

Sonreí y miré hacia mi derecha, en donde se encontraban ellos. También se les veía nerviosos y no era de extrañarse. Todo ese trajín era muy importante para ellos. Había sido consciente de lo mucho que habían mejorado ese año en comparación al nivel con el que habían comenzado conmigo las clases. Habían demostrado muchas cualidades como perseverancia, pasión por la danza, esfuerzo y trabajo en equipo, sobre todo eso último. Se habían unido y habían aceptado a Kevin cuando él se les unió a mediados de año. Me sentía tan orgullosa de ellos... Me daba igual en qué posición quedaran, para mí eran unos ganadores.

Ese año había sido uno de los mejores que habíamos tenido como equipo: habíamos conseguido más victorias de las que habíamos esperado, habíamos hecho varios trabajos y entrevistas que habíamos disfrutado... Para mí fue un año lleno de obstáculos: había encontrado el amor, había empezado a dar clases, había terminado el instituto e iba a comenzar la universidad... ¡E incluso había descubierto que tenía una tía! Sí, iba a ser insuperable.

Por eso no dejaría de sonreír en ningún momento, aunque fuésemos derrotados.

Comenzó la premiación y, a decir verdad, no presté atención de nada hasta que el hombre dijo:

—Ahora, pasemos a la categoría infantil.

Ahí puse mis cinco sentidos en marcha. Mientras él leía los nombres que tenía dentro del sobre, yo deseaba para mis adentros que mis niños hubiesen quedado en una buena posición. Quería que todo el mundo viera el potencial de mis alumnos. Sabía que algún día harían cosas

grandes y yo quería poder alardear de ellos.

—Y aquí llegamos a los cinco primeros de la categoría de solos —dijo—. En quinto lugar está Peter Lewis con su interpretación *The Doctor*. —El niño, sentado unas filas más atrás que nosotros, se levantó y avanzó hacia el centro con rapidez mientras el público no dejaba de aplaudir—. En cuarta posición tenemos a Rachael Grey. —Sonreí y vitoreé con fuerza, orgullosa de mi alumna de ocho años. Eran sus primeros nacionales y había quedado cuarta. ¡Menudo nivel!—. En tercera posición tenemos Jessica Richardson. —Una niña menuda, cuya manera de bailar había llamado mi atención no sólo por pertenecer al estudio de Summer, se levantó del otro extremo del escenario y se acercó al hombre para recibir su diploma—. En esta categoría ha estado muy reñido. Solo una décima separan al primero del segundo —dijo a la vez que nos mostraba su dedo índice—. Redoble de tambores... ¡En segundo lugar tenemos al señor Kevin Graham con su solo *Passion*! —Aplaudí y antes de que escapara del escenario, planté un sonoro beso en su mejilla, dejándole una sutil marca debido al pintalabios. Estaba tan orgullosa de él... —. ¡Y en primer lugar y con ello campeona nacional infantil tenemos a Mary Reed!

Después de saludar al público, los cinco volvieron a sus sitios. Ahí fue en donde abracé a esos dos niños con fuerza. Habían conseguido lo que muchos no, quedar entre los cinco primeros cuando yo teniendo su edad ni llegué a clasificarme.

—Pasemos ahora a los bailes grupales que han quedado entre los cinco primeros. En quinta posición *Power*, muchas felicidades. —Una de las integrantes del grupo se levantó y fue hacia el centro del escenario, en donde recogió el diploma—. En cuarto lugar, *Loving You*. Enhorabuena, chicos. —Uno de los chicos (el grupo era íntegro de chicos) se fue el encargado de recoger el premio—. En tercer lugar, *True or False?*, aplausos para ellas. —¡Vaya, Summer debía estar tirándose de los pelos! Era bien sabido que ella era muy exigente con sus alumnas. Para ella eso era una basura, lo sabía muy bien. Y me alegraba por ello—. En segundo lugar están *Stars*. —¡Segundos! Eso era increíble. Estaba muy emocionada, tanto que derramé un par de lágrimas de felicidad. Quería a mis chicos con locura—. Y en primera posición tenemos a... ¡*Jumping*!

En cuanto Hayley regresó a nuestra zona trofeo en mano, abracé con fuerza a cada niño, diciéndoles lo orgullosa que estaba de ellos. Como profesora creía que era muy conveniente motivarles en todo momento, aunque hiciesen algo mal mil veces. Sabía por experiencia propia que si no se les animaba, era muy probable que muchos desistieran y en algún momento dejaran el baile. Yo no quería eso. Si era su sueño ser bailarín o bailarina profesional, yo iba a ayudarles a serlo, costase lo que costase.

De ahí el presentador pasó a la siguiente categoría y así sucesivamente hasta llegar a la mía. Empezó por la categoría de solos y, desde que abrió la boca, sentía un gran nudo en mi garganta y las manos sudadas por los nervios de saber si iría o no a los tan aclamados Internacionales. Era mi sueño.

—Ahora pasemos a los cinco mejores bailarines que nos representarán en los Internacionales. —Las chicas y yo inconscientemente nos tomamos de la mano en un intento de apoyarnos—. Comencemos. En quinto lugar tenemos a Sherlyn Phillips. —El público, al igual que las veces anteriores, aplaudió con fuerza mientras la chica, dos años mayor que yo por lo menos, recogió su premio—. En cuarta posición está Genevieve Morgan. —Conocía muy bien a esa chica. Ella había pertenecido a nuestro estudio hasta que sus padres se vieron obligados a mudarse a otra provincia debido al trabajo. Ella era muy buena y, tal y como me había esperado en cuanto la vi sobre el escenario, había clasificado para acudir a los Internacionales—. En tercer lugar está Sarah Parker. —Aplaudí con fuerza, emocionada por mi amiga. Ella había trabajado mucho esas semanas, pues también era su sueño acudir a ese gran evento que solo tenía lugar una vez al año

y al que solo podían acudir las personas que cumpliesen los dieciocho años ese año o superasen esa edad—. Atención. Solo un milésima separan la primera de la segunda. Redoble de tambores. ¡En segunda posición está... Madison Price! —Mierda. Quedar segunda de ese modo era una basura. No obstante, ¡cumpliría mi sueño! Sonriendo como una boba fui hacia el centro del escenario, desde donde tenía una muy buena perspectiva del auditorio enorme, y recogí el trofeo que me otorgaron. Me tuve que quedar ahí esperando a que dijeran el nombre del ganador o ganadora del concurso—. ¡Y en primer lugar, y con ello mejor bailarina de la categoría sénior, está Kiara Snyder! —¡Doble mierda!

Había metido la pata hasta el fondo. Eso solo significaba una cosa: que la reina de las zorras me haría la vida imposible hasta los Internacionales.

Después de saludar y de recibir las felicitaciones de todo el jurado, nos sentamos en nuestro lugar y esperamos a que llegara la categoría de bailes grupales. Esta no tardó mucho en llegar.

—Chicas, podemos lograrlo. Podemos quedar entre los cinco primeros puestos como el año pasado —susurré cuando el hombre dio paso a los bailes de grupo. Al ver que pasaban los puestos y que no nos mencionaban, nos relajábamos. Eso quería decir que cabía la posibilidad.

—Pasemos a nombrar las cinco coreografías grupales que irán a los Internacionales. En quinta posición tenemos a *Poison*, un fuerte aplauso. —Una representante del equipo fue a recoger el diploma que otorgaban hasta el puesto del tercer lugar—. En cuarto lugar tenemos a *Dancing*. Muchas felicidades —dijo el hombre y esperó con paciencia a que el chico que representaba al grupo llegará hasta él para darle el diploma—. En tercer lugar está la coreografía llamada *In the Middle*. Enhorabuena —Ese era la coreografía que Genevieve había bailado junto a sus compañeras—. ¡En segunda posición está... *Go up in Flames*! —Kiara fue a recoger el premio. Sabía por su forma de caminar que no le había gustado quedar segunda, aunque el año anterior también habían quedado en ese lugar. Bien, perfecto—. ¡Y en primer lugar, y con ello campeones de este gran evento, *Viviendo al Límite*! Un fuerte aplauso para ellas.

En cuanto el presentador nos nombró, todas nos levantamos de nuestro sitio y fuimos corriendo, llenas de dicha por haber ganado y por poder acudir como grupo a los Internacionales, hacia el centro. Allí nos dieron un trofeo que me superaba en altura.

—Bien, esto ha sido todo. Que paséis una buena tarde. Muchas gracias por asistir a esta competición plagada de buenos bailarines —se despidió el hombre con una sonrisa.

Pero yo apenas le escuchaba. Estaba muy ensimismada y no podía dejar de sonreír. Estaba segura que mañana tendría unas agujetas tremendas en las mejillas por ello.

Todo aquello tenía un gran significado para mí. Era mi sueño desde hacía unos años poder participar en los Internacionales. Siempre había sabido que una vez que lograra ese sueño, fuera cual fuese el resultado, dejaría el mundo de la competición para aspirar a algo más, una pequeña espinita que tenía: quería participar en un musical de Broadway o, quizá, saltar a la gran pantalla. Lo único que tenía bien claro era que quería dedicarme al baile, que quería hacer algo relacionado con ello.

¡Vaya, quién diría que al final lo conseguiría!

Epílogo

El verano había llegado de nuevo a Portland. Los días eran soleados y calurosos, tal y como lo habían sido años anteriores. Los niños jugaban en las calles: unos se lanzaban globos de agua entre ellos; otros simplemente se divertían en los parques; y otros disfrutaban el día en compañía de sus padres.

Todo era tranquilo y rutinario.

Un coche oscuro con las ventanas tintadas de negro se adentró por una de las avenidas menos transitadas de la ciudad, una que todos conocemos bien. Allí se había criado la mujer que viajaba en él, junto a su marido y sus dos hijos. La mayor, una niña que no superaba los cuatro años de edad, miraba por la ventana anonadada con el paisaje; y el pequeño, el que apenas tenía año y medio de edad, dormía en la sillita para bebés.

Unos minutos después, el hombre paró el coche delante de un gran edificio que, si no hubiese conocido muy bien, habría pensado que sería una mansión. Parecía mentira que hacía más de diez años su mujer hubiese vivido entre sus paredes. Ese lugar siempre había sido especial para ella y, por ello, habían decidido visitarlo.

Dentro de la verja de hierro había dos personas entradas ya en un avanzado proceso de pubertad. Ella con su cabello del mismo color que el chocolate con leche recogido en dos trenzas de espiga y la vista fija en un libro, y él, a su lado, mirando fijamente la pantalla de su teléfono móvil.

La mujer se emocionó al verlos desde el otro lado de la verja. Habían crecido tanto en aquellos años en los que ella había estado fuera...

Después de haberse graduado, había asistido a la universidad. Al mismo tiempo, todas las tardes sin faltar una seguía yendo al estudio de baile, en donde perfeccionaba la técnica. También había asistido a los Internacionales. Su sueño se hizo realidad en cuanto pisó el escenario y lo dio todo, consiguiendo así entrar entre los cinco primeros puestos, derrotando a su rival número uno. Sin embargo, después de aquello, tal y como se había prometido a sí misma, había dejado el mundo de los concursos para presentarse a castings de varias obras de teatro en Broadway. Fue un camino muy difícil. Muchos "no" merecieron la pena para conseguir el primer "sí", cuando cursaba tercero de Educación Primaria. Poco a poco fue adquiriendo experiencia hasta ser hoy una de las más cotizadas actrices de Broadway, cuyo nombre era muy aclamado por el país.

Se bajaron del coche y tocaron el timbre. Al instante, los dos chicos alzaron la mirada sobresaltados, pero cuando reconocieron a la persona que estaba tras la verja, esbozaron una amplia sonrisa. Ambos corrieron hacia la entrada y abrieron las grandes puertas de metal, abalanzándose contra la mujer y exclamando.

—¡Maddie!

El bebé, que estaba muy cómodo entre los brazos de su madre, protestó aún adormilado por la presión de los dos jóvenes. La mirada de los dos se centró en él mientras Madison hablaba con los ojos cristalizados por la emoción:

—¡Maya! ¡Owen! ¡Cuánto habéis crecido! Parece mentira que hace poco fuésteis así de

pequeños. —Señaló a la niña que estaba a su lado, tomada de la mano de su padre y mirándoles con una tímida sonrisa dibujada en el rostro mostrando sus pequeños dientes.

Una Maya adolescente se separó lo suficiente como para ver a los dos niños. Sus ojos se llenaron de lágrimas al observar el parecido que tenían con aquella mujer que años atrás la había defendido cuando unos niños se habían empezado a meter con ella. La niña había heredado de su madre el mismo cabello castaño y los mismos tirabuzones, al igual que la boca y la forma de los ojos, a pesar de que estos últimos eran de un color azul intenso, como los del padre. El niño, en cambio, no tenía su cabello (el suyo era del mismo color que el trigo), pero sí que tenía los característicos ojos de Madison, tan expresivos como los de ella y plagados de espesas pestañas rubias.

—Oh, Dios mío. Son una miniatura de ti, Maddie. Y de ti, Eric. Me encantan.

La niña tiró de la mano de su padre para captar su atención.

—Papi, ¿quiénes son ellos? —le preguntó mirándole a los ojos.

Eric le regaló una sonrisa radiante a su pequeña. La subió entre sus brazos y depositó un pequeño beso en su frente, apartándole un rizo de los ojos.

—Ellos son tía Maya y tío Owen.

La niña clavó los ojos en aquellos dos extraños. Los analizó con la mirada antes de darles el visto bueno y sonreírles.

—¿Y quién eres tú, pequeña? —le preguntó Owen sin apartar la mirada de la niña.

—Vamos, ¿por qué no les dices cómo te llamas, princesa? —la apremió su padre.

—Soy Clara y él —dijo girándose hacia su hermano—, él es Luke.

Los cuatro empezaron una larga charla sobre lo que había pasado durante esos años en los que no se habían visto. Al principio Madison iba de vez en cuando de visita, pero poco a poco dejó de hacerlo por temas de trabajo y familiares. Es por eso que ni Maya ni Owen conocían a los pequeños, aunque sí sabían de su existencia.

Pasada una media hora, los dos adolescentes les invitaron a pasar y ellos, muy gustosos, los siguieron. En el momento en que pisaron el interior, Madison se dio cuenta de que ese espacio había cambiado con el paso de los años: los sillones en vez de ser negros eran de un color gris claro, la televisión había sido cambiada por una más moderna y las paredes eran ahora de un color acaramelado en vez de ser blancas como lo eran anteriormente.

Pero ese no fue el único espacio que había sufrido algunas reformas: muchos otros habían sido cambiados por otros. Un ejemplo era la pequeña sala de baile que hacía más de diez años había en el sótano. Esta había sido sustituida por una sala de música, pues varios internos disfrutaban mucho de ella.

Habían colocado un gran piano de cola para Griffin y varios instrumentos de cuerda para January, que era una niña muy talentosa.

Lo que no había cambiado para nada era la esencia del lugar, ese aura que desprendía y que a Madison tanto le gustaba, esa que la llenaba de recuerdos. Recordó la vez en que se cayó por las escaleras por andar con tantas prisas y la otra vez que se dislocó la muñeca izquierda. También recordó el día en que Marlene le enseñó a cocinar esas deliciosas galletas que tanto le gustaban a sus niños. Recordó la vez en que, con once años, se quedó dormida en el sofá y al día siguiente amaneció con un bigote pintado con rotulador en su mostacho. Muchos recuerdos le asaltaban en la cabeza, todos ellos buenos. Y es que allí era en donde se había criado y había pasado los primeros años de su vida rodeada de aquellas personas que tanto la querían y con quienes había creado un vínculo muy especial.

Ese era uno de los motivos de la visita: quería rememorar aquellos recuerdos junto a esas

personas que, aunque no fueran familia sanguínea, para ella eran una parte esencial de su ser, pues ellos habían sido con quienes había compartido la mayor parte del tiempo. La familia son aquellas personas que uno permite que formen parte de su vida y no están ligadas por los lazos sanguíneos. Eso era para Madison.

A pesar de no haber conocido nunca a sus padres ya que uno de ellos había fallecido y el otro la había abandonado, sentía que aquellas personas, las que habían crecido con ella, eran su verdadera familia.

Kara y Álvaro eran como si fuesen sus padres y, por ello, quería que conociesen a sus hijos.

Eric y ella no vivían en Portland. Su hogar se encontraba a muchos kilómetros de distancia, en Fresno.

Debido al trabajo de ambos, no habían podido ir antes para que sus pequeños pudiesen conocer a la extraña pero al mismo tiempo agradable familia de su madre.

Como en ningún momento Maya y Owen habían dejado de bombardearles a preguntas, los directores del Moonlight salieron de su despacho alarmados por el escándalo. Se preguntaban si de nuevo estaban discutiendo, ya que últimamente era eso lo que estaba sucediendo entre ambos. Lo que los dos desconocían era quiénes estaban en el salón. Se llevaron una grata sorpresa al verlos, aquellos dos chicos que hacía más de diez años habían emprendido un viaje que los había llevado a lo que en esos momentos eran: un matrimonio feliz con dos hijos maravillosos.

Los ojos de la mujer se agrandaron y se cristalizaron al ver lo grande que estaba aquella niña que se había criado entre esas cuatro paredes.

—¡Maddie!

Sin que ella pudiera reaccionar, Kara se abalanzó sobre ella y la envolvió entre sus brazos, plantando un beso en su sien.

—¡Kara! —Ella también estaba emocionada. Un par de lágrimas de felicidad se deslizaron por su mejilla.

Álvaro se les unió al abrazo e imitó a su mujer. Estuvieron así durante varios minutos, llorando en silencio de dicha, hasta que Luke soltó un pequeño quejido captando la atención de los adultos.

A Kara se le derritió el alma al ver al pequeño, idéntico a su madre. También se fijó en la niña, cuyo parecido tiraba más hacia su padre. Eran hermosos y perfectos.

Fue un reencuentro emotivo al que le siguió una merienda. Allí todos se pusieron al día y Madison pudo conocer a los niños y adolescentes que habitaban ahora en el Moonlight.

Aquí tenemos una maravillosa lección. La familia no sólo está formada por los lazos sanguíneos. No.

Somos nosotros los que decidimos si queremos que una persona forme parte de ella o no, ya que los sentimientos también juegan un papel muy importante en ella. El vínculo que creamos con nuestros amigos, hermanos, padres...ese es el que nos une y hace que podamos llamarnos entre nosotros "familia".

Porque da igual que no tengamos ningún parentesco con ellas si estas personas forman una parte sustancial de nuestro ser.

Agradecimientos

Crear esta novela ha sido un camino plagado de obstáculos que he tenido que superar día tras día. He trabajado tanto en ella que ahora siento que Maddie y Eric son una parte fundamental de mi ser. Les he cogido mucho cariño y siento que voy añorarlos.

Este viaje lo he podido llevar a cabo gracias a la ayuda y al apoyo de varias personas.

En primer lugar, quiero agradecerles a mis padres y a mi hermana el apoyo que me han dado desde el principio. Os quiero mucho. Gracias por estar ahí en todo momento.

En segundo lugar, quiero darles las gracias a una serie de personas que han hecho posible este sueño. Sí, estoy hablando de vosotros, amigos.

A Carlota Acero, una gran amiga y soporte en este viaje. Ella es la que me está ayudando con todo el tema de la edición y corrección de errores. Espero que pronto podamos quedar para darnos consejos mutuamente, amiga mía. Te quiero, Car.

A Eneko Arana por haber escuchado mis ideas un tanto disparatadas y con las que en muchos de los casos no ha estado de acuerdo. Gracias.

A Laura Besga, con quien he compartido grandes momentos y quien me ha apoyado tanto en las buenas como en las malas. Muchas gracias, guapísima.

A Ane Guerricabeitia, quien me ha estado apoyando mucho y me ha motivado a enviarla a alguna editorial para que esta pueda ver la luz del sol. También por su entusiasmo cada vez que hablamos de ella y por las ganas que ha tenido de verme como una escritora famosa. Muchas gracias, eso es muy importante para mí. Sin lugar a dudas, su energía ha hecho de esta novela imparable. Te quiero mucho, Ane.

A Tamara Landa, la persona que más me ha apoyado y aguantado de todas. Ella ha leído el manuscrito de esta novela y me ha instado a seguir adelante con ella. La ha amado desde el principio y, al igual que el resto, me ha motivado a publicarla en físico. Muchas gracias por todo, Tamy.

A Alba Mata con quien he pasado largas tardes tomando batidos y comiendo deliciosos cupcakes mientras me ayudaba a atar todos los cabos de esta novela. También por haberme aguantado sin quejarse en ningún momento y en quien me he basado para crear ciertas características de mi protagonista femenina como la estatura.

A María por haber leído el manuscrito y haberme dado su punto de vista intentando en todo momento ayudarme para que así esta historia fuese lo mejor posible. Muchas gracias por todo.

A Irune Montero por todo el apoyo y entusiasmo mostrados a lo largo de esta novela. Muchas gracias, guapa, por todo.

A Clara Rivas por todo el apoyo que me ha brindado y por haber aguantado todas las veces que sacaba a relucir los planes que tenía para mi novela. Espero que pronto podamos tener otra tarde de escritoras, guapa.

En tercer lugar, quiero darle las gracias a María Sanchez. Fue mi profesora de Filosofía y Ética cuando cursaba la ESO y Bachillerato, y fue, sin lugar a dudas, la persona que me motivó a seguir escribiendo y a perseguir mis sueños. El mundo necesita más profesores como tú, María, que nos ayuden y apoyen.

Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí.

Por último, quiero agradecerlos a vosotros, los lectores, por haber decidido animaros a leer la historia de amor de Madison y Eric, que los hayáis acompañado al igual que yo lo he hecho. Gracias por haber disfrutado. Estoy segura de que Maddie os lo agradece.

¡Muchas gracias a todos y a todas! ¡Sois estupendos!